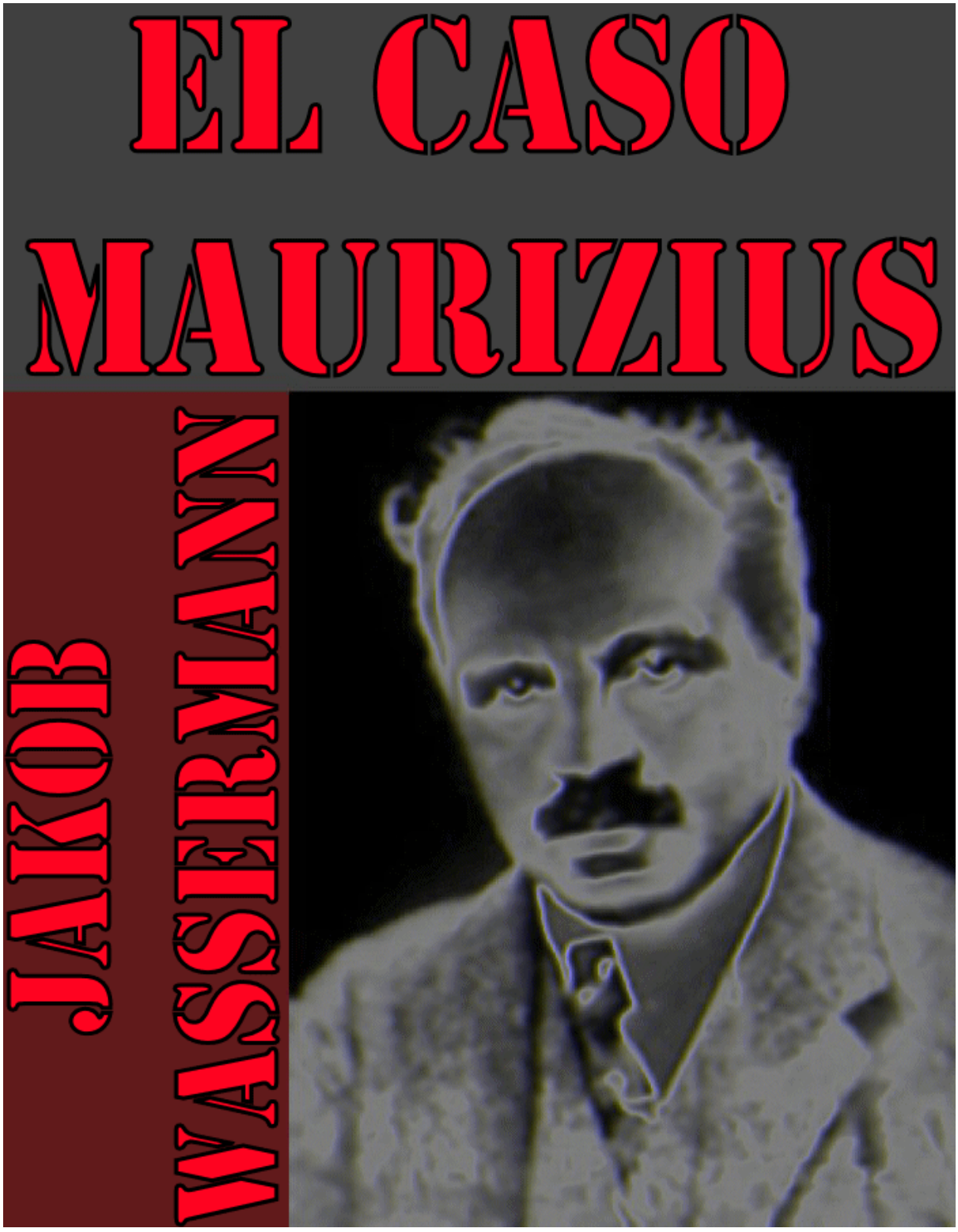
EL CASO MAURIZIUS
JAKOB WASSERMANN



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

«JAKOB WASSERMANN

Creo que toda producción -ha declarado Jakob Wassermann en uno de sus trabajos- no es en el fondo más que una tentativa de reproducción, un llamado de las cosas vistas, oídas y experimentadas que se perdieron en el más allá de la conciencia, y que uno trata de exhumar a trozos, en piezas y fragmentos. De cualquier modo que sea, nunca concebí en otra forma los temas de mi creación".

Buscador angustiado de la justicia, novelista de "los interrogantes del mundo actual", con un don de evocación de las cosas vistas y oídas y un sentido crítico poco común para separar las esencias de lo caótico, Jakob Wassermann ha podido expresar su tiempo con una exactitud, un patetismo, una fuerza simbólica y una poesía trágica tan excepcionales, que no pocos historiadores ya lo han situado en el primer puesto de los novelistas germanos, y otros, quizá demasiado entusiastas, lo han proclamado "el Dostoievski alemán" y "el último de los grandes novelistas".

Sea como fuere, Jakob Wassermann, en cuarenta años de labor literaria, ha dado al mundo obras maestras cuya perduración parecerla desde ahora garantizada, de atenerse al hecho de que, desde hace menos de una década, sus libros van conquistando día a día mayor número de lectores y día a día, también, se hace sentir más la influencia de sus concepciones, tanto en el plano estrictamente artístico como en el humano en general.

Jakob Wassermann nació en Fürth, en 1872. Hijo de una judía sefardí y un judío alemán, criado en el ambiente del "ghetto" de aquella ciudad, fue destinado desde muy joven al comercio, fracasando en todas sus tentativas de "instalar negocio" en Nüremberg, Munich y Viena, ya arrastrado por su vocación de escritor, a la que pronto se entregó de lleno, afrontando miserias e incomprensiones, y movido siempre por las ideas del bien y lo bello, a cuyo servicio jamás fracasó.

Su primera obra, "Los judíos de Zirndorf", publicada en 1897, revelaba en no pocas de sus páginas al futuro gran novelista. Después de editar con suerte varia diversas novelas, entre las cuales se destacan "Historia de Renata Fuchs" y "Gaspar Hauser", da a luz en 1915, en momentos en que naufragan casi todas las afirmaciones individualistas y en que muy pocos se atreven a afirmar el valor de la persona como esencial al progreso humano, "El hombrecillo de los gansos", su producción más armónica, cuyas ideas medulares desarrollará luego en sus grandes novelas. Con ese libro llega para él la fama, mas no el apaciguamiento y el conformismo. Una tras otra van apareciendo sus novelas "Christian Wahnschaffe", "Laudin y los suyos" y "Engelhart Ratgeber", hasta surgir la trilogía que integran "El caso Maurizius" (1928), "Etzel Andergast" (1931) y "Joseph Kerkhoven" (1934), en la que intenta dar y da con fortuna el panorama social de este siglo, enjuiciando, a través de sus personajes, la "tabla de valores" en que se basa nuestra sociedad, para decir todo lo que considera la verdad, acaso la verdad de todos: la que pocos se atreven a ver y muchos menos a decir.

Dar una biografía completa de Wassermann es tarea que escapa a los límites de esta nota. Por eso sólo agregaremos, como dato de particular interés para el público de habla hispana, que en su múltiple producción reveló un singular amor por el mundo ibérico, escribiendo con pasión de artista algunas obras imperecederas para exaltarlo, tales como "Doña Juana la Loca", "El oro de Caxamalca" y "Cristóbal Colón".

Nota del Editor

Librodot

PRIMERA PARTE
EL VALOR DE LA VIDA

CAPITULO PRIMERO

1

DESDE antes de la aparición del hombre de la gorra de marino era visible que el joven Etzel ya estaba agitado por presentimientos vagos, acaso a raíz de esa carta timbrada en Suiza que, al retornar de la escuela, había visto sobre la consola del vestíbulo. La había tomado y la miraba con atención con sus ojos de miope. La escritura lo sorprendió como algo olvidado que ya no se logra situar. ¡Cuánto misterio en una carta cerrada! Llevaba ésta trazada con una escritura redonda y rápida, que tenía aspecto de correr sobre rueditas, la dirección del barón Wolf de Andergast.

-¿Qué puede ser esta carta, Rie? -dijo, dirigiéndose a la gobernanta que salía de la cocina. Desde sus primeros años se encontraba ella en la casa y le era tan familiar y próxima como puede serle una mujer llamada a ocupar el lugar de la madre, de la cual, en efecto, llenaba el papel en todas las cuestiones de orden material. Digamos aquí que el señor de Andergast se había divorciado hacía nueve años y medio: las cláusulas draconianas del divorcio habían obligado a la madre a alejarse de su hijo; ella no tenía derecho a verlo ni a escribirle; claro está que tampoco él debía escribirle y nadie poseía el derecho de hablar de ella delante suyo. De este modo, el muchacho nada sabía, a los dieciséis años, de su madre; el espíritu que reinaba en la casa, incluso, había ahogado en él toda curiosidad al respecto; lo único que le habían dicho, hacía ya mucho tiempo e incidentalmente, como si se hubiese tratado de una persona extraña e indiferente, era que ella vivía en Ginebra y que, por razones que conocería cuando fuera hombre, no podía venir a verlo. Hablase tenido que conformar con esto. No era posible saber si ese asunto ocupaba en secreto su pensamiento, dada la reserva que guardaba acerca de todo lo que se refería a su vida íntima. Había aprendido a callarse, sabiendo hasta qué punto eran infranqueables las barreras que en semejante caso se oponían a su curiosidad. Cuanto más apasionadamente le interesaban las cosas, más se creía obligado a presentarse impasible. Todas las preguntas que formulaba tenían, como la que acababa de dirigir a la señora Rie, una especie de resonancia burlona. Permanecía como emboscado y sus ojos miopes observaban los acontecimientos y los hombres con una atención intensa.

Rie aun no había visto la carta. La tomó de manos de Etzel, la examinó atentamente, y con aire de simulada inocencia dijo:

-Es para tu padre, no te preocupes por ella. Tu pan con manteca está en la mesa. No hay que entrometerse en las cartas que no están dirigidas a uno.

-¡Dios mío! ¡Qué aburrida eres, Rie! -replicó el muchacho-. ¿Supongo que no crees que ignoro de quién es esa carta? ¿Acaso sucede esto muy a menudo? ¿Escribe ella a veces?

Cohibida, Rie observó el enérgico rostro levantado hacia
ella.

-Que yo sepa, no -murmuró con embarazo-. Es la primera vez, por lo que yo sé. -Y ella miró de nuevo el afilado y pálido rostro de fisonomía inteligente y, bajando los ojos, intimidada, no se atrevió ya a contemplar la delicada silueta más que de los hombros a los pies.

-¿Es cierto, Rie? -preguntó Etzel con una sonrisa socarrona en los labios y desenmascarándose de pronto.

-¿Qué te hace suponer lo contrario? -replicó Rie molesta-. Eres un verdadero detective, ¿Quieres tenderme una trampa? Pues sabe que soy tan astuta como tú.

-No, Rie; te juro que no lo eres tanto como yo -respondió Etzel, mirándola con lástima-. Dímelo con franqueza, ¿llegan a menudo cartas como ésta? ¿lías visto ya alguna?

La interrogaba con sus ojos muy abiertos, en cuyas profundidades glaucas veíanse chisporroteos de bronce. Le parecía miserable la torpeza con que la buena ama trataba de engañarlo. Cada vez que tenía la oportunidad de comparar la agudeza de sus sentidos con la de las personas de su intimidad, experimentaba un sentimiento de compasión asombrada y también espanto, como alguien que percibe de súbito una dolencia que hasta entonces no le había hecho sentirse afectado.

-Te digo que nunca; es la primera vez -prosiguió Rie. -Me gustaría estar presente cuando él abra la carta y la lea -murmuró Etzel mordiéndose la punta del dedo que, ensimismado en sus pensamientos, mantenía entre sus dientes. Había pronunciado la palabra "él" con un tono hecho de respeto, temor, credulidad y aversión mezclados. Giró sobre sus talones y balanceando con la mano derecha su paquete de libros, ajustados por una correa, conservando siempre la falange del dedo mayor de la mano izquierda en la boca, se dirigió a su habitación.

Rie le siguió con la mirada, con aire descontento. No gustaba de esa clase de conversaciones, al final de las cuales siempre podíase preguntar si el interlocutor no os toma tirria. Etzel era el único de la casa en quien su alma sensible hallaba eco. Pues en esa casa, lejos de exigirla, no se acordaba ningún valor a la sensibilidad. Era una casa austera.

El dueño no toleraba ni deseaba ninguna familiaridad. Lo único que esperaba era que todos cumplieran su deber en silencio; en cuanto a veleidades de simpatía, si por azar despertaban en él, permanecían inexpresadas. Si se le prodigaban servicios leales, yendo hasta la abnegación, absteníase de manifestar cualquier gratitud, haciendo notar que pagaba a esas gentes por sus sacrificios, dado el caso.

Ella oía ir y venir a Etzel por su cuarto, dando pasos ridículamente cortos. La imagen de ese rostro tendido hacia ella, con el chisporroteo de bronce en el fondo de los ojos, la llenaba de inquietud. Rie se decía: "Helo aquí ahora hecho un hombre; hasta hace un momento no era más que un niño insignificante. ¿Pero de dónde llega, tan de golpe, ese hombre?"

Hacía mucho tiempo que ella lo conocía. Era un niño tranquilo, más pensativo que turbulento, dócil por carecer de deseos y codicia, y que nunca había conocido, ni incluso por crisis, ese aburrimiento (este término es demasiado débil) que agobia a tantos niños con su enigmático tormento. Una atmósfera de ligera alegría emanaba de él sin cesar. Con su aspecto de niño razonable no carecía de una cierta picardía. Su abuela, la vieja baronesa de Andergast, le llamaba Lilliput, doctor y filósofo, cuando tenía doce años y, gracias a ella, sus réplicas vivas y agudas recorrían el círculo de sus conocidos. Rie habíase a la idea de ser la madre "oficial", puesto que la madre instituida por Dios y de la cual sólo tenía nociones imprecisas, si no falsas, habíase substraído a su deber. Influída por la atmósfera de la casa, veía las cosas de la siguiente manera: cumplimiento del deber, olvido del deber, tales eran los dos polos, positivo y negativo, entre los cuales oscilaba el mundo de Andergast, es decir, el mundo en general. A sus ojos, Etzel era un niño abandonado, y puesto que le era posible

cuidarlo, comenzó a quererlo con ternura, sintiéndose particularmente convencida de que ella lo comprendía. Y este error la hacía feliz.

2

Es probable que el señor de Andergast también descubriese, del día a la noche por así decirlo, que el muchacho insignificante habíase transformado en hombre, pues el comportamiento, el empleo del tiempo de Etzel, sus trabajos y lecturas fueron sometidos a un contralor más severo que hasta entonces. Una alusión de Rie al incidente de la carta había bastado para que presintiera el peligro que podía amenazar de allá lejos, y tomó sus medidas. El hecho de que se le informara de semejantes incidentes provenía de la presión moral que ejercía sobre quienes le rodeaban y, si la información era incompleta, llenaba sus lagunas gracias a esa facultad perfecta de relacionar las cosas, que era una de sus características más temidas, aquella mediante la cual subyugaba a los espíritus. Le aseguraba siempre la ventaja de conservar intactas sus fuerzas de reserva: pues en general no estaba obligado ya a exponerlas cuando había llevado a los hechos y las gentes al punto que él deseaba para utilizarlos, sin que se viesen los hilos con los cuales los hacía marchar. Era semejante a esas instalaciones eléctricas modelos en las que funcionan, con plena seguridad; conmutadores, hilos conductores invisibles y transformadores que hacen ganar tiempo.

Entre los efectos de esa organización impecable, Etzel había crecido y se habían adaptado sus nervios, aun cuando de tiempo en tiempo se mostrasen rebeldes. Vivía en una casa de vidrio. Las faltas de que se hacia culpable de ningún modo eran comentadas ni tampoco eran seguidas de amenazas; limitábanse a tomar nota de ellas. Era el método del silencio. Esta anormal situación de familia tenía por resultado que los habitantes de la casa parecieran practicar voluntariamente el espionaje; proveedores, comisionistas, carteros, porteros, todos estaban sujetos a esa voluntad superior, sensible en todas partes, y que gobernaba sin declarar abiertamente su omnipotencia, sin tomarse el trabajo de ordenar a cada uno en particular. Eran conducidos a la obediencia y preparados a la delación por el único hecho de que reinaba allí, aplastadora y grandiosa como una montaña.

Eran esas sus impresiones de infancia. Toda su niñez había estado bajo la vigilancia, disimulada no obstante, de un ojo de lince. Todo estaba cargado de esa vigilancia. Calendario, empleo del tiempo, reloj, cuaderno de apuntes, boletín escolar. Todo emanaba de un programa ideal y tendía a entrar en la realidad con un automatismo totalmente oficial. Pero para lograr tal cosa, no era formulada expresamente ninguna prescripción, no se exigía respeto al mismo por medios exteriores; se lo obtenía tácitamente, y todo esto tenía un carácter de tan glacial necesidad, que nadie pensaba en contradecirlo. Se cumplían las ocupaciones, y el tiempo se repartía con el austero rigor de las prescripciones inmutables; almuerzo, a la una y cuarto; cena, a la siete y media; baños: miércoles y sábado a las nueve; dinero de bolsillo: un marco por semana; relaciones con X... o Z...: poco recomendables, luego había que evitarlas. Si uno dirigía una mirada de asombro, oía decir: ¿Tienes alguna observación que hacer? Permanecía cohibido y vacilante: ¡Dios!... Todo esto con mucha amabilidad, con mucha frialdad, con mucha mesura, completamente con el tono de hombre de mundo.

Cuando un hombre de vigorosa personalidad abandona un cuarto, la atmósfera creada por él no se esfuma de inmediato; sus energías irradian sobre las cosas. Pues mucho más se manifiesta entonces esa influencia en los lugares donde trascurre su vida; la cama en que duerme, la silla en la cual se sienta, el espejo en el cual se mira, el escritorio ante el cual trabaja, las cajas de cigarros y los ceniceros de que se sirve, todas estas cosas llevan su sello, tienen un poco de su expresión, de sus gestos, incluso de su temperatura, como si se les inyectase día a día algunas gotas de su sangre.

Desde que era capaz de pensar y recordar, Etzel siempre había oído abrir y cerrar cierta puerta de la misma manera; ella se abría ampliamente, con lentitud, como si le fuese necesario a la poderosa silueta medir en primer término el lugar con su mirada y tomar posesión del mismo; se cerraba de manera irrevocable, como se cierra una carta cuyo contenido es decisivo. Esas impresiones creaban en su imaginación un encadenamiento de cuadros inmutables: sentíase alejado de un mundo inaccesible en el cual se producían hechos horribles; veía una mano estampando solemnemente su firma en documentos de alcances fatales; veía a su padre encerrado en una soledad intimidadora. Siendo niño se había deslizado algunas veces hasta la puerta, como para descifrar invisibles jeroglíficos que la hubiesen estado cubriendo. Si oía carraspear a su padre, frotar sus pies contra el suelo, ir y venir gravemente, ritmando su marcha como un hombre a quien acosa una horda de malos pensamientos, retirábase sin hacer ruido, procurando adivinar algunos de esos malos pensamientos en el silencio de su habitación, procurando adivinar algunas de esas resoluciones ejecutadas, algún fragmento del mundo desconocido, sombrío y peligroso en el cual vivía su padre.

Lo mismo le sucedía con los campanillazos que, por ser tan imperiosamente breves, no podían llegar más que de su cuarto: a las siete y media en punto de su dormitorio; a las dos y media en punto, después de la siesta, del gabinete de trabajo, a excepción de los días en los cuales los debates en Palacio se prolongaban hasta la tarde. Etzel se sobresaltaba a cada uno de los golpes; dos veces por día era dominado por la misma opresión. acompañada de palpitaciones. Y un fenómeno que antes había sido para el niño una frecuente pesadilla, aun se producía en él ahora con bastante frecuencia: despertaba sobresaltado, porque la débil campanilla había sonado en su sueño. Acechaba y veía delante de él, muy cerca, como un vaciado de yeso iluminado sobre un fondo oscuro, la mano de su padre, con el índice imperiosamente tendido. Esa mano le era conocida más que la suya propia, incluso se insertaba en una serie de visiones que retornaban sin cesar en sus sueños; era una mano estrecha, de aristócrata, de dedos afilados, con uñas amarillentas y, en el dorso, con una capa de vello oscuro. Algunas veces, en el sueño, movíase sobre un pupitre azul; parecida a un extraño reptil. Su elocuencia muda o su inmovilidad expresiva hacían pensar, a veces, en la mano de un actor, de un actor de primer orden y particularmente experto, que no encarna, es cierto, más que caracteres a la vez severos y serenos y que, habiéndolos meditado bien, los representa sin vivirlos precisamente, pero los representa justamente para hacer comprender que guarda sus distancias. Desde muy temprano, Etzel se había familiarizado con esa noción de distancia, aunque su naturaleza, al contrario que la de su padre, lo llevara a relacionarse con los demás, tendencia que, por otra parte, parecía acentuar exteriormente su miopía.

3

ESTE sistema mudo de vigilancia sólo en apariencia alcanzaba su finalidad, pues Etzel había ya tomado disposiciones eficaces para desprenderse de la presión incómoda. Había en eso mayores dificultades que las que hubiesen experimentado otros muchachos en su lugar, pues su lealtad le ataba a ciertas convenciones y su independencia de espíritu le evitaba confiarse a un camarada de su edad. Tampoco le era posible unirse a uno de esos grupos o partidos que se habían formado y se reformaban sin cesar entre sus compañeros. No sentía ningún placer en intervenir en sus discusiones y sólo raramente y con disgusto asistía a sus reuniones. No era fácil inducirlo a pronunciarse acerca de una cuestión, en un sentido u otro, y sus soluciones categóricas no despertaban en él más que la duda. Por lo demás, se daban cuenta que en su reserva había más coraje que en las griterías de los energúmenos y, cosa rara, por eso se le estimaba más. Pese a esto, el único amigo que tuvo (en su fuero íntimo era muy circunspecto en la atribución de ese título, que en público aceptaba por pura cortesía) fue

un espíritu agitado, de opiniones radicales; pero en definitiva no había elegido por sus ideas a Roberto Thielemann, sino porque le gustaban la franqueza y sinceridad de su naturaleza, y así nacieron relaciones basadas en el principio de las compensaciones y en las cuales lo grande y lo pequeño, la pesadez de uno y la vivacidad de otro, la rudeza de una parte y la delicadeza de otra se completaban por su contraste mismo. Thielemann gustaba desempeñar el papel de protector junto a Etzel, cuya superioridad intelectual reconocía por otro lado o, más bien, la superioridad de educación. No siempre comprendía esa originalidad de pensamiento y de juicio, que a veces confinaba en la extravagancia, pero al ver a Etzel tan poco desarrollado físicamente, al ver su delicadeza tímida (bajo la cual, es cierto, se disimulaba una fuerza que él no percibía), sentíase impulsado a cobijar en cierto modo a su camarada más joven y frágil. Y no sólo él, sino todos le trataban con cuidado.

Por lo tanto, Etzel no idealizaba su amistad con Thielemann. Tenía clara conciencia de lo que había de provisorio en ella y también do- insuficiente, y se comportaba como quien, ya sea por discreción o por no hacerse notar, o porque no ha hallado nada mejor, se conforma con una habitación más pequeña, aun criando sus medios le permiten instalarse con más amplitud. Ese sentimiento de lo provisorio dominaba generalmente todas las relaciones que mantenía con los otros, sin que supiese de dónde venía esa impresión o sin poderse defender contra ella. Era ya bastante difícil disimularla a los ojos de los demás cuando, demasiado a menudo, no lograba ya disimulársela a sí mismo. Pues precisamente poseía el don de disimularse algo a sí mismo, laboriosa operación que exige astucia y alguna imaginación. (Pero él no acordaba ningún valor a la imaginación, no quería saber nada de ella, y este era otro rasgo curioso de su carácter).

Habría deseado hablar a Roberto Thielemann del hombre de la gorra de marino; sin embargo se abstuvo de hacerlo, temiendo hacerse demasiado sensible de golpe a sí mismo la inquietud que experimentaba por ello. La triple y repetida aparición del viejo ocupaba y ensombrecía sin tregua sus pensamientos. El día que vio con sus propios ojos que el misterioso individuo seguía a su padre, y atrevíase también a en frentarlo, y que esta audacia, a despecho de lo que a otro tenía de altanero, de fríamente distante, no parecía dejarle indiferente, ni ser considerado por él como un síntoma despreciable -Etzel creía estar seguro de ello-, desde ese día su inquietud se transformó en una desconfianza nerviosa, continuamente creciente con respecto a todo lo que le rodeaba, gentes y cosas, como si las murallas que sostenían el techo no ofreciesen ya ninguna garantía, como si se conservasen en los armarlos productos sutiles, deletéreos; como si una mecha de yesca ardiera en el sótano, lista para hacer estallar una caja de dinamita. Este estado de espera dolorosa duró, con intervalos más o menos largos, hasta el día en que, en una de las carpetas de su padre, pudo apoderarse del documento que tuvo sobre todo el resto de su destino una influencia decisiva.

4

LAS maneras y el exterior del hombre de la gorra, aunque en un principio parecieran corrientes y ordinarios, tenían sin embargo algo de fantasmagórico, aunque más no fuese por la mirada escrutadora con la cual consideró al joven desde el primer momento del encuentro, por el empecinamiento con que lo siguió un cierto tiempo paso a paso, tratando de adelantársele y, cuando lo conseguía, observándole de nuevo, y luego por la brusquedad de su desaparición, tan súbita como su aparición. Pequeño anciano seco, no era un "señorr" ni tampoco un obrero, sino más bien, según toda apariencia, un hombre de la pequeña burguesía. Podía tener alrededor de setenta años, pero su aspecto era de hombre bastante conservado, y no carecía de agilidad en sus movimientos. Llevaba un saco con forro, marrón rapado; tenía guantes de lana y puños tejidos, de bordes rojos; su brazo izquierdo pendía rígido, a lo largo del cuerpo. En los dos primeros encuentros, fumaba una corta pipa inglesa y

Librodot

quizá estaba apagada, incluso, entre sus dientes; en todo caso se percibían detrás de sus labios afeitados y finos como un trazo de pluma, sus dientes echados a perder, casi negros. Etzel habría podido reproducir todas las líneas de ese ruin rostro óseo y curtido; los pequeños ojos chispeantes en acecho, de mirada de astigmático, uno de los cuales parecía de vidrio; las orejas cómicamente separadas, que destacaban los ralos mechones de sus patillas de color gris verdoso. y que parecían dos lamentables pájaros desplumados metidos en un forro desecado. La primera vez, Etzel lo había visto sobre el puente inferior del Mein. Estaba con Roberto Thielemann, Schlehlein el tartamudo, Max Schuster, el del cuello de garza real, que desempeñaba un papel en el "Movimiento de los Jóvenes"; el grueso Nicolás Hohl (el voraz, como lo llamaban a causa de su eterna hambre canina), Müller N° 1 y Müller N° 2. Una reflexión amarga de Thielemann sobre las maniobras pérfidas de Schuster había provocado una discusión política. El grupo de que era jefe había hecho correr rumores malévolos acerca del grupo republicano, y Thielemann les reprochaba que tramaran viles intrigas y se dejaran conducir como peleles, sin tomar nunca partido, por gentes acerca de las cuales podía preguntarse si no eran reclutadores a sueldo de la reacción. "¡Son ustedes unos lindos cocos!", gritaba sin cesar, y su voz bonachona y lenta contrastaba de manera divertida con su cólera. Agitaba el aire con los brazos y sus gritos suscitaban la desaprobación de los transeúntes. No inspiraba especial confianza con su copete de cabellos rojo vivo, su cara cubierta de manchas rojizas y su capa de grueso paño, flotando sobre sus hombros. Cuando por último les lanzó la acusación de que ellos y sus acólitos aterrorizaban ya a aquellos profesores que hasta entonces se habían podido contar entre los puros y que incluso un hombre como Camilo Raff no se declaraba ya abiertamente, sino que se recogía intimidado al rincón de los observadores prudentes, en ese momento mismo, púsose verde de rabia y pareció estar dispuesto a arrojarse sobre Schuster y los dos Müller. El primero hizo un gesto de burla, en el que había tanto desafío como embarazo, y Schlehlein el tartamudo, sabiéndose protegido por la mayoría, se plantó delante de Thielemann y dijo sin vergüenza: "Es cierto, t...tú Raff es también uno de esos pa ... parásitos. Ti...tiembla de miedo de pe ... perder su situación". Thielemann lo midió con una mirada despreciativa y dijo: "¡Cállate, imbécil!" Con la mirada buscó a su alrededor, esperando que alguien lo apoyara, pero nadie estaba con él, porque Etzel, que sentía horror por semejante. escenas, se había separado de la banda camorrera, adelantándose. Viniendo de la plaza de los Suizos, habían llegado puente, y mientras Thielemann observaba a su alrededor, en busca de un auxiliar, sus facciones tomaron una expresión de espanto. Vio a Etzel en medio de la calzada, marchando como un sonámbulo ante un camión que se aproximaba con gran ruido y que iba a derribarlo inevitablemente, al instante. Gritó con todas sus fuerzas: "¡Atención, Andergast, atención, diablo!" De un salto estuvo junto a él y lo arrastró a tiempo para que sólo el paragolpe le rozara la cadera.

Al oír el nombre de Andergast, un hombre que se hallaba apoyado en la balaustrada del puente, con la pipa entre los labios, mirando el río como si no viera ni oyera nada de lo que pasaba a su lado, dióse vuelta bruscamente, notó la presencia de los muchachos, fijó en Etzel su mirada aguda, y cuando Thielemann, pasando su brazo bajo el suyo, le dijo con tono un poco regañón y un poco autoritario: "Ven, Andergast, dejemos a esos sucios tipos", siguió a los dos jóvenes por la Nueva Calle de Mainzi, marchando a unos veinte pasos detrás de ellos. Sólo cuando se detuvieron en la plaza de la Opera, ante la vidriera de una librería, se adelantó, esperando que continuasen su camino y fijando una vez más en Etzel, como en el puente, con su ojo escrutador y chisporroteante, una mirada sin embargo tranquila y pensativa. "¿Conoces a ése?", preguntó Thielemann asombrado, mientras continuaban su camino. "No", dijo Etzel, pero sintió en la espalda una sensación de malestar.

Dos días más tarde, el hombre estaba parado ante el portal del liceo. Era mediodía; los alumnos salían en torrente del patio, dispersándose en todas direcciones, en medio de un vocerío ensordecedor. Etzel se encontraba entre los rezagados. Al estar fuera, su primera mirada se fijó en el hombre de la gorra; abrió los ojos, asombrado, y se detuvo de golpe. El hombre lo miró sin sonreír ni pestañear, y lo siguió. Como Etzel experimentaba de nuevo y

más fuerte que en la víspera esa sensación de malestar en la espalda, colocó su paquete de libros bajo el brazo y partió a la carrera, de modo que, en cinco minutos, dejó al desconocido que lo perseguía a un kilómetro de distancia.

5

LA tercera vez que se hallaba delante de la casa Andergast, en el ángulo de la calle de los Alamos, cuando Etzel regresaba de su lección de gimnasia con Enrique Ellmers. Este Ellmers, hijo de un arquitecto, excelente matemático, había ofrecido ayuda a Etzel para hacer un deber de álgebra, sobre el cual había permanecido toda la noche en vela, sin saber cómo arreglárselas. En el fondo, no quería a Ellmers, que era un jactancioso y un arribista y que algunos meses antes había sido boicoteado por toda la clase por una historia de delación que nunca se pudo aclarar. Pero Ellmers le había ofrecido su concurso con una insistencia tan sincera (sin duda sentíase seducido por la idea de poder decir luego que había ido a casa del barón de Andergast), que Etzel no encontró ninguna razón para hacerse el desdeñoso. Pero esta vez Etzel tuvo miedo cuando vio al hombre de la gorra. Esa repetición tenía algo de amenazadora e ineludible. También la proximidad más inmediata de ese hombre, la calma de la calle desierta, todo reunido, hacían nacer en él el espanto. Su miopía no le permitió hasta entonces distinguir claramente las facciones del extraño y los detalles de su persona, pero ahora el hombre estaba tan próximo a él que podía distinguir el gris amarillento de sus ojos e incluso los botones de paño gastado de su saco. Cuando giró en la calle para entrar en el jardín de la casa, con Ellmers prendido a sus talones, el portero charlaba con un agente de policía, bajo el pórtico. El portero saludó; también el agente, sabiéndose frente al hijo del procurador general. Etzel tuvo una sensación de vértigo cuando vio que el hombre de la gorra también se disponía a entrar. Indudablemente, prendiéndose a los pasos de ambos muchachos, contaba poder pasar sin obstáculo ante el portero y evitar las preguntas importunas: se leía este cálculo en su rostro. Y en efecto lo consiguió; el portero le dirigió una mirada desconfiada, es cierto, pero lo dejó pasar. Se detuvo en la entrada, siguiendo con los ojos a los dos jóvenes. Etzel dejó caer su paquete de libros. Ellmers lo recogió. "Gracias", dijo Etzel. Era todo oídos; cuanto más se aproximaba al segundo piso, más redoblaba sus esfuerzos para oír. Cuando hubieron ascendido algunos escalones del segundo piso, dióse vuelta y escuchó lo que pasaba abajo. Ellmers observó a Etzel con inquietud y le preguntó: "¿Te sientes mal, Andergast? Estás pálido". Etzel escuchó, murmurando luego: "¿Viene?" "¿Quién? ¿De quién hablas?", dijo el otro, asombrado. Etzel se subió a la rampa. Oyó que alguien subía con paso vacilante. "¿Quién puede ser ese hombre que se prende a uno con tanta obstinación?" pensaba Etzel, y la encarnizada persecución del desconocido le inspiraba un creciente temor. Pero Enrique Ellmers siente en ese instante preciso, y esto con una agudeza por completo nueva, que le es profundamente antipático a Etzel y dirige una mirada sombría y algo hostil hacia aquél, que se encuentra dos escalones por encima suyo y que, por su parte, con las facciones de nuevo contraídas, mira en el vacío, pues también oye unos pasos que descienden, unos pasos que conoce bien. Un momento después, la alta silueta del señor de Andergast aparece en el rectángulo de la ventana. Llega precisamente al rellano de la escalera; abajo, el hombre de la gorra llega al rellano correspondiente. Etzel tiene la impresión de que esa coincidencia es extremadamente importante, si bien su razón le dice que es sólo fortuita. El señor Andergast hace a los dos jóvenes una señal con la cabeza, les pregunta una cuestión trivial (¿ya han terminado la jornada?, o algo por el estilo) sin detenerse en su descenso, y luego su mirada recae en el hombre. Este para de súbito, con la espalda contra la pared, como presentando armas, con dos dedos en la visera de la gorra, y dice con vez risiblemente graznante y laconismo militar, cuyo efecto es asimismo grotesco: "Me llamo Maurizius". Al mismo tiempo su mano busca, con un movimiento cuya torpeza es

Librodot

debida evidentemente a la rigidez de su brazo, en el bolsillo interior de su saco forrado, para sacar de él alguna cosa. El señor de Andergast gira la cabeza, le mira un segundo, dos segundos, conserva su rostro altanero y, a través de sus párpados semicerrados, lo mide con expresión sombría, y pasa. Luego da otra vez vuelta la cabeza, la frente ligeramente arrugada, hace con la mano un movimiento de mal humor y apresura el paso. Todo no ha durado más de dos minutos y medio, pero Etzel tiene ahora la certidumbre de que su padre conoce también al hombre de la gorra y que no es precisamente en esa escalera donde lo vio por primera vez; ha adivinado esto en la expresión de su padre, en su manifestación de mal humor, en el movimiento de sus hombros y en la manera como desciende, escalón por escalón, en tanto que ese Maurizius está aún parado contra la pared, en guardia, los ojos astigmáticos fijos en la penumbra de la caja de la escalera.

6

ETZEL, en verdad había adivinado. El señor de Andergast había visto surgir al viejo ante él en varias oportunidades, con su plácida tranquilidad y su empecinamiento de hombre en acecho. Eran numerosos aquellos que se cruzaban en su camino, pero ninguno lo hacía sin temor y muy pocos, solamente, sin angustia. En realidad no daba en nada la impresión de ser un vagabundo o un desclasado; más bien hacía pensar en un provinciano que se encuentra en situación complicada y no sabe cómo arreglárselas en una gran ciudad. Y sin embargo había en su actitud una falta de deferencia, incluso una cierta arrogancia que irritaba los nervios del señor de Andergast. No sabía quién era ese hombre. Creía no haberlo visto nunca. Y he aquí que un buen día se había plantado allí como alguien que quiere llamar la atención a toda costa. Era mediodía. Tomado por el mismo escalofrío que le dominaba cada vez que abandonaba el Palacio de Justicia, que ni incluso el cálido sol de marzo le evitó tampoco ese día, el señor de Andergast abotonó su sobretodo, respondió con un movimiento de cabeza y sin una mirada el saludo devoto del portero, y tomó el camino de su casa. Lo hacía a pie todos los días. En su recorrido por las animadas calles, estaba obligado a quitarse el sombrero innumerables veces y, aunque cumpliera esta ceremonia sin acordar una rápida mirada a nadie, su actitud y su gesto tenían sin embargo en cada oportunidad el matiz que correspondía al rango social de aquel a quien respondía, ya sea que tocara apenas el ala de su sombrero o que se lo quitara para hacerlo describir en el aire un corto semicírculo calculado y volverlo luego lentamente a su cabeza calva. Pero ellos, los otros, quienesquiera que fuesen, obreros, pequeños comerciantes, directores de banco, redactores, agricultores, consejeros municipales, mostraban en sus saludos la obsequiosidad diligente que creían deberla a la alta función del señor Andergast y al hombre temido que era. Habituado al respeto de toda la ciudad, la atravesaba con frialdad. Su mirada fija, clavada ante él, no se interesaba en ninguno de los espectáculos de la calle. Aún más: su semblante negaba en cierto modo la realidad, como si esa realidad fuera para él una trampa, y, puesto que era demasiado familiar, su paso tenía no sólo esa compostura cohibida propia de los hombres acostumbrados a moverse en lugares cerrados, sino también el apresuramiento característico de quienes constantemente tienen que defenderse contra los importunos. Y he aquí que esa silueta se interponía en su camino. Un desconocido se atrevía a mirarlo de frente, a él, señor de Andergast, procurador general. Con una pipa en la boca. Mirarlo de frente y seguirlo, como lo adivinaba sin darse vuelta. Luego, marchando con mayor rapidez, adelantársele y, llegado a un recodo de la calle, detenerse, y fijar de nuevo su mirada en él, ¡la pipa en la boca! ¡Cosa inaudita! Al otro día, el mismo juego y la misma arrogancia. Y tres días más tarde, recomenzando. Quizá fuese un loco, uno de esos numerosos chicaneros perfectamente conocidos de la justicia y de la policía, que circulan paseando con ellos alguna demanda no atendida, tratando de ese modo de molestar a las autoridades. Lo más prudente consistía en ignorar al hombre y, si se hacía necesario, denunciarlo al agente de policía del barrio. Luego vino el ataque en la escalera. ¡Violación de

Librodot

domicilio! ¡Ya era demasiado! ¡Era preciso una sanción! Había que tomar medidas. Al principio el señor de Andergast no oyó el nombre que pronunciaba el individuo sospechoso; cuando pudo captarlo, le miró una vez más todavía, dándose vuelta involuntariamente. No pudo ocultar su sobrecogimiento.

Al día siguiente, por conducto oficial, fue presentada la demanda, que no era ciertamente la primera en ese asunto, pero sí una entre todas aquellas con las cuales el tribunal era tradicionalmente agobiado y provenientes de la misma fuente. Así el incidente recibía una explicación en apariencia inofensiva, aunque la audaz actitud del hombre no dejase de ser menos incomprensible. De todos modos, el caso no merecía que se le prestase mayor atención.

CAPITULO SEGUNDO

1

Ex el espíritu de Etzel la aparición del hombre de la gorra -en particular su inesperado encuentro, y que sin embargo tenía aires de haber sido preparado, con su padre en la escalera- continuaba indisolublemente ligada con la imagen de la carta de estampilla suiza y cuya escritura le hablaba un lenguaje familiar. De estos dos hechos emanaba una orden o una provocación. La única deferencia consistía en que el primero seguía siendo por completo exterior y el otro completamente interno, de manera que tenía la impresión de encontrarse entre ambos como un péndulo que oscila. Uno y otro le creaban una profunda perturbación y desviaban a tal punto sus pensamientos de su curso habitual y de sus obligaciones cotidianas, que una mañana, en lugar de tomar maquinalmente el camino del liceo, fuese en dirección opuesta, alejándose más y más, perdido en sus ensoñaciones; depositó sus libros en la estación de Bockenheim y partió al Taunus. En Oberursel descendió del tren, tomó el camino de las ruinas de Saalburg y, finalmente, sin preocuparse más ni de su finalidad ni de su ruta, se puso a vagar por la selva, sin tener en cuenta el huracán y los chaparrones que, de tiempo en tiempo, crepitaban en los árboles. Cuando la lluvia se hacía demasiado fuerte, buscaba abrigo bajo un árbol o en una cabaña de leñador. Andaba con aspecto soñador, pero ello no era más que una apariencia. Pues nosotros no tratamos en absoluto con un soñador, y este es un hecho que importa establecer ante todo. Sabía lo que realizaba, distinguía las cosas sin buscar a mediodía las catorce horas, no procuraba engañarse, tenía la hora en la cabeza y la noción del tiempo en la punta de los dedos; la prueba está en que a las trece y cuarto

se presentó al almuerzo con la misma exactitud que todos los días, y habiéndose arreglado previamente. Resolver un asunto mediante la única ayuda de su inteligencia, ver claro en sí mismo, abrazar de una mirada la causa y sus consecuencias, poder sacar las necesarias conclusiones, tal era su ambición y, para satisfacerla; se ejercitaba en ello en cada ocasión que se le presentaba. También quería hacer esto ahora y tal motivo lo empujó a evadirse. Pero esta vez no lo había logrado, su turbación era demasiado grande.

La tarde siguiente, en el curso de una conversación obligatoria que había mantenido con su padre, notó un cambio en la actitud de éste. No era fácil adivinar en qué consistía y con cuál intención. A lo sumo un adivino habría podido penetrar en sus intenciones o puntos de vista cuando quería disimularlos. Era más amable que de costumbre, incluso se hizo solícito; así tendió dos veces el queso a Etzel y le preguntó sonriendo si pronto no se haría cortar los cabellos. De inmediato Etzel vio que su padre estaba informado acerca de su excursión matinal y de su ausencia de la escuela y que al respecto llegarían a una de esas explicaciones a medias palabras que eran para él un motivo de espanto. No estaba seguro de

que las cosas fueran a parar en eso; pero, lo que podía ser peor, también era posible que la cosa permaneciera envuelta en el silencio y suspendida entre ellos como una amenaza. Esto formaría parte de las piezas del proceso. El señor de Andergast, visiblemente, esperaba que Etzel comenzara a hablar de la cuestión por propia iniciativa y de cierto modo lo invitaba a hacerlo con su dulzura; pero cuanto más ponía de su parte, más el joven sentíase incómodo y terminó por callarse, mirando al otro lado de la mesa, casi sin pestañear, a ese rostro imponente, para él tan hermético, y que siempre le despertaba el sentimiento de su insuficiencia. No le era posible hacer lo que se exigía de él por medio de una presión moral tan violenta -si bien sin proferir palabra-, pues entonces habría podido hacerlo la víspera. ¿Por qué no lo había hecho y por qué era incapaz de hacerlo? Lo ignoraba. De nada servía aquí tener coraje y brindarse argumentos a sí mismo. Al mismo tiempo que observaba a su padre con un semblante desconcertado, lo que aparentemente no perturbaba en absoluto al señor de Andergast, rompíase la cabeza por saber cómo pudo informarse tan rápidamente (desde luego que no por intermedio del profesor principal, ya que el doctor Camilo Raff no tenía por costumbre ocuparse en bagatelas y, además, guardaba consideraciones para con Etzel- y Rie no le había visto regresar); asimismo se preguntaba por qué se trataba de arrancarle una confesión mediante rodeos, en lugar de interrogarlo con toda simplicidad y de exigirle explicaciones. Claro está que ese procedimiento no era nuevo para él. Nada de simple había en sus relaciones; cuando reflexionaba sobre ellas, sus propios pensamientos tomaban un giro complicado.

Pero para aclarar esas relaciones entre padre e hijo es necesario, en primer término, explicar lo que es preciso entender por esa "conversación obligatoria".

2

SOLO se veían en la casa. El señor de Andergast, absorbido al exceso por su profesión, no daba ningún paseo, no concurría ni al teatro ni a los conciertos. Incluso no gustaba aparecer en público; salvo con algunos colegas bastante íntimos, por ejemplo con el presidente de la Corte de Apelación Sydow y su familia, no mantenía casi ninguna relación mundana. No sentía mayor necesidad de la sociedad de los otros. Las ceremonias oficiales a las cuales no podía dejar de concurrir le resultaban una carga. Una vez por mes iba a ver a su vieja madre, la Generala, como se decía simplemente, en su casa de campo, en Eschersheim. Las tardes de los domingos y días de fiesta los consagraba a estudiar los legajos.

El hecho de pasar cada día dos horas con Etzel entraba en el plan de su existencia a igual título que el estudio de los legajos. Habíase impuesto como un deber la tarea de quitarle a esos entretenimientos su carácter reglamentario y su intención educativa. No se podía contar más que con las horas de la noche. Durante la comida en común, de la cual por lo demás se abstenía a menudo por razones profesionales, permanecían absolutamente extraños el uno para el otro. La fisonomía del señor de Andergast permanecía impenetrable; detrás de su frente, cuyo hermoso modelado revelaba una inteligencia notable, se veían aún querellarse las opiniones más diversas, y los ojos violetas, en el fondo de los cuales manteníase un sombrío e inmóvil ardor, parecían estar ausentes. Además, la señora Rie asistía a las comidas y cuanto más el señor de Andergast reconocía la utilidad del trabajo desempeñado por ella, en su papel de gobernanta, tanto más lo aburría verla fuera de su misión. Tampoco gustaba su presencia a Etzel; es cierto que la quería, conversaba con gusto con ella, pero únicamente cuando estaban solos; en presencia de su padre y, sobre todo, en la mesa, el enervamiento que le causaba podía llegar hasta la aversión. Estaba sentada en su silla con aire tan satisfecho de sí misma, que se hubiera dicho que tácitamente se prodigaba elogios interminables sobre el buen resultado de la excelente comida, obtenido a pesar de dificultades que callaba discretamente. El apetito con que comía era un mudo homenaje que se rendía a sí misma, y

las cosas que decía eran tan triviales como las máximas de un libro de lectura para un pensionado de señoritas.

De noche, ella permanecía en su cuarto. Cuando se retiraba la mesa, el señor de Andergast encendía un cigarro y abandonaba su rigidez por un evidente acto de voluntad; su actitud y su expresión suavizábanse sin degenerar nunca, es cierto, en abandono y en indulgencia; lejos de ello. Pero los ojos violetas no lucían ya como fuego bajo ceniza y recordaban de modo sorprendente los ingenuos de una muchacha.

Generalmente comenzaba con cuestiones inofensivas, por un momento hacía escaramuzas, insistía sobre un asunto, pretendía llevar a Etzel a la contradicción, se complacía en esto, paraba el golpe con habilidad de esgrimista, defendía las ideas tradicionales y experimentadas contra las audaces proposiciones de reforma, indicaba compromisos y, después de una ardiente justa, mostrábase dispuesto a admitir en teoría alguna opinión revolucionaria. No obstante, Etzel, aunque se entregara con pasión a la lucha, experimentaba el mismo sentimiento que cuando imaginaba la mano de su padre como una mano de actor. Todo esto era semejante a un juego sarcástico de un contrincante que no quiere sacar ventaja de su posición incomparablemente más fuerte. "Es terriblemente inteligente -pensaba Etzel, lleno de furor y respeto a la vez-, nunca se deja tomar en falta". En su juvenil e ingenuo ardor llegaba siempre a las opiniones extremas, que sólo pueden sostenerse por paradoja, y se precipitaba en ellas con una temeridad loca, mientras su adversario, ducho en parar todos los golpes, abundaba en lamentos jesuíticos. "No sólo eres batallador -decía el señor de Andergast mirando su reloj de caja de oro-, sino que abusas de astucias y rodeos, ante los cuales hay que ponerse en guardia". Entonces Etzel lo miraba con la boca abierta, con un aspecto sorprendido y desconfiado, pues no creía haber merecido seguramente ese cumplimiento.

Más o menos así terminaban sus charlas, sin nada que los pudiera aproximar, dejando a menudo una impresión de penoso vacío. A las nueve y media en punto, el señor de Andergast se levantaba con una expresión que en absoluto estaba en relación con las últimas palabras pronunciadas; sorprendido, Etzel se dirigía con apresuramiento un poco pueril hacia la puerta, tomaba el picaporte y se inclinaba con la sonrisa insegura de alguien que acaba de ser burlado por otra persona más maligna que él. Es bien cierto que tenía la impresión de haber sido manteado, y no podía decir por qué; y siempre que abandonaba la pieza sentíase despedido como después de una vituperación del director del colegio.

Cuando el señor de Andergast tenía que salir de noche, entraba al atardecer en la habitación de Etzel, sentábase a la mesa donde el muchacho hacía sus deberes, le rogaba que continuara tranquilamente y lo miraba hacer. Al rato, Etzel se intimidaba, perdía el hilo y deteníase: "¿Qué haces?", preguntaba el señor de Andergast. Si por azar se trataba del deber de matemáticas o de la composición de historia, el señor de Andergast se mostraba interesado. Con ese don oratorio superior que tenía para poner de relieve sus palabras, como dicen los actores, elogiaba un día el rigor intelectual al que elevan las matemáticas, la magia de la figura, de la figura pura en particular, a la cual hacen sensible. "Son ellas -afirmaba- las que dan una visión viviente de las leyes naturales y las que, a igual que la corona de una cúpula liga y reúne lo que aparentemente se excluye y rechaza, pueden conciliar las facultades humanas más elevadas y más contradictorias". Etzel escuchaba con atención, pero tenía aspecto de un perrito recalcitrante que no está dispuesto a "aportar". Pero en otra ocasión, cuando su padre le recomendó con la misma dulzura el estudio de las ciencias históricas, le hizo una oposición apasionada, negando especialmente que en esta materia se tratara en realidad de una ciencia. De idéntico modo podríase también llamar ciencia a la redacción de informes y a la lectura de periódicos. ¿Dónde está la certidumbre? ¿Dónde las leyes? ¿Cuándo se marcha en ellas sobre terreno firme? ¡Y todo esto no era, en su opinión, más que un amontonamiento arbitrario de la memoria, nomenclatura, cronología y, admitiendo las cosas en su mejor sentido, novela! "¡Eh!", dijo el señor de Andergast con el gesto del director de orquesta cuando un címbalo hace demasiado ruido.

Eran éstos, en el fondo, ejercicios dialécticos que se desenvolvían en un dominio estrictamente limitado por el señor de Andergast. Etzel sabía que era deber suyo no franquear esa frontera. Ese mismo hombre que con tanta amenidad prestaba oído a sus emociones intelectuales, cuya expresión le arrancaba, que seguía sus deducciones a menudo infantiles, en general muy categóricas y a veces apasionadas, habríase de transformar fatalmente en un bloque de hielo si le pasase por la mente hablar de incidentes externos, de hechos del día, de sus relaciones con un amigo o un profesor, o de plantear cuestiones referentes a la profesión, a la vida privada, al pasado de su padre. Si se arriesgaba a hacerlo por una simple alusión, secretamente incitado al juego y sabiendo que sería llamado severamente al orden, el señor de Andergast se ponía de pie, arrugaba la frente y decía con mirada oblicua y huidiza: "Discutiremos esto en el momento oportuno". Etzel tenía cierta razón en suponer que aun no se le había dado la ocasión de poner a prueba los últimos rigores de ese frío glacial: la caída de su temperatura al menor despropósito le inspiraba, por lo demás, una suficiente angustia. En los momentos en que no se creía observado (eran más raros aun de lo que suponía, pues toda la persona del señor de Andergast era "ojo" en cierto modo, o estaba consagrada al servicio de información del ojo) consideraba a su padre como a una torre inaccesible, sin puertas ni ventanas, que se eleva muy alto, todopoderosa, y que, desde los cimientos a la cúspide, oculta sus secretos. Su profunda admiración tenía por hermano gemelo un temor también profundo. Siendo hijo único y careciendo de madre, permanecía frente a él en un aislamiento singular. Frente a frente, y a una distancia inmutable, así imaginaba siempre su situación respectiva, y cuando imaginariamente se disponía a aproximarse a su padre, éste retrocedía otro tanto; pero, si su padre adelantábase, por otra parte, era dominado por un espanto que le obligaba a la prudencia. Su fama de severidad, implacabilidad e inflexibilidad de principios era conocida desde hacía mucho tiempo para Etzel; ¿no llamaban a su padre Andergast el sanguinario? Claro está que injustamente, pues estaba impregnado hasta la médula, hasta estar como osificado, por la conciencia de la nobleza superior de su deber y de su ministerio. Pero circulaban afirmaciones de ese género como bacterias perjudiciales, y, si bien no habían llegado expresamente a los oídos de Etzel, éste percibió el eco de las mismas, y sus sueños diurnos, a los cuales no se permitía observar, sin permitir tampoco a su imaginación que tratara de modificarlos, creaban figuras dantescas, infernales, cosas existentes en cada hombre desde la primera hora de existencia, incluso en aquellas que nunca han sido vistas ni conocidas, y en ellos su padre encontrábase parado en un brasero ardiente, y juzgaba las cohortes de los condenados.

3

El señor de Andergast estaba sentado en la penumbra, no podía soportar la plena luz de la electricidad, sus ojos se inflamaban con rapidez; todos los Andergast tenían ojos débiles; la vieja Generala, desde hacía años, sufría una afección del nervio óptico, que quizá había que interpretar así: quien no vive más que por los ojos, sufre por los ojos. El intenso violeta de los ojos del señor de Andergast tenía, en efecto, algo anormal. Estaba sentado, con las piernas cruzadas, el busto erguido mediante un esfuerzo demasiado visible, la cabeza enhiesta, de óvalo alargado, con un cráneo pulido y brillante, rodeado de una corona de cabellos grises acerados, cortados al rape. En esa actitud de soberano que se halla en el trono y que sólo a medias pertenece al mundo de la gente vulgar, poseía una fuerza con la que cautivaba las miradas de Etzel. Como si enrollara un hilo en un huso, atraíase la mirada del muchacho, pero sin parecer desearlo ni quererlo. Esa silueta de su padre, sentado de lado, con las piernas cruzadas, le era tan familiar como una figura emblemática estereotipada en su actitud y a la que se ve diariamente. En efecto, tenía alguna semejanza con los personajes de los templos egipcios cuando se lo entrevía en la penumbra. Familiarizarse con las formas estereotipadas

Librodot

es un juego funesto, y conocerlas no significaba en absoluto liberarse ni ilustrarse sobre ellas. Su timidez y el sentimiento de la distancia permanecían invariables y también restaba invariable su atención advertida, que se detenía en dos puntos, a saber: la caída posible de la temperatura y, luego, el minuto en que se es "despedido". Siempre miraba con la misma tensión de espíritu en la penumbra; todas las noches, como hoy, experimentaba una asombrosa inquietud al ver su estatura de atleta, esa frente poderosa, esa nariz recta y fuerte, esos labios marcados, ese cuello vigoroso que sólo en parte estaba oculto por la barba en punta, corta, muy cuidada, ya canosa. Una indefinible atmósfera de melancolía cerníase en torno a toda su persona, una triste insatisfacción semejante a la que experimentan quienes no pueden vivir conforme a aquello que consideran su destino y que, desviados del objeto que antes habíanse propuesto, en un tiempo del que se recuerdan como de un espejismo, ponen su decepción al abrigo de las miradas del mundo, detrás de una coraza de distante orgullo. Lo que les confiere algún valor a sus propios ojos, y en lo cual toda experiencia, toda resolusión los fortifica, es el sentimiento del aislamiento en que viven. Se abisman de una vez por todas en él, hácense tan extraños e indescifrables, tan apartados, que parece que no existiese ya el lenguaje que permitiera a los demás hacerse oír de ellos. Tal era la impresión que a menudo dominaba a Etzel.. . "El camino hasta él es terriblemente largo -pensaba y cuando se llega por fin a su lado, la fatiga lo hace a uno absolutamente estúpido". Efecto de una sensibilidad exagerada, sin duda, pero unida a una conciencia tal de su parentesco, que aquello que los separaba le era una tortura diez veces más cruel. En raras ocasiones había sufrido tanto por ello como ese día. Una o dos veces había estado dispuesto a levantarse bruscamente y abandonar la habitación, pretextando cualquier malestar.

Es difícil decir cuál era el móvil que empujaba al señor de Andergast a informarse tan minuciosamente acerca de la aventura de la víspera (en efecto, hablaba de "aventura" aunque el término conviniera poco a esa escapatoria de las clases y a esa carrera desordenada bajo la lluvia). Un abogado había visto a Etzel en la estación de Oberursel y habíaselo dicho incidentalmente esa mañana a su padre, lo que explicaba que éste estuviera informado. Un azar que desde entonces explotaba a su manera. ¿Era curiosidad de psicólogo o temor a que Etzel iniciara una serie de actos de independencia o de faltas? Era imposible discernirlo, dada la infinita complicación de su espíritu. Era necesario poner durante todo el tiempo posible un freno a las iniciativas personales, ¿pero cómo y por qué medios? ¿No le era necesario dominar el espíritu, en efecto, la materia explosiva más peligrosa del mundo? Primero reconoció poco a poco lo que había de defectuoso en el ingenioso sistema de las distancias conservadas, luego el hecho de que el sistema mismo se vengaba pérfidamente sobre quien lo utiliza, pues habiendo sido frecuentados únicamente los caminos de rodeo, eran los únicos que continuaban siendo practicables y que, por consecuencia, sería necesario un complemento de tiempo ridículo para hacer accesibles las vías directas cerradas con barricadas. Los carceleros tienen su amor propio profesional. No sólo se sienten responsables por el detenido, sino también por la casa, la muralla, las rejas, el portal, la cerradura y las llaves. Y, para terminar, el guardián mismo ya no tiene libertad.

Su sonora voz llenaba el cuarto. En todas las circunstancias ella ponía al oyente en un infierno. La lentitud de su interrogatorio (uno de sus enemigos llamaba a ese procedimiento lenguaje de la barra) provenía del hecho de que se esforzaba en hallar para sus pensamientos la forma más impresionante. Por momentos se tenía la impresión de que se escuchaba con complacencia, pero él estaba libre de esas fatuidades; sólo tenía conciencia de su superioridad, una conciencia que le había penetrado en la sangre y que se manifestaba en sus relaciones con los seres en forma de seca pedantería o de objetividad puramente lógica. En esto era extraordinariamente alemán, en el sentido más moderno de la palabra. Casi todos los oradores de talento siéntense inclinados a considerar a sus auditores como menores, pero nunca esta actitud es menos justificada que ante un menor auténtico. Cuanto más se afanaba, más crecía su impaciencia al sentir que sus palabras esfumábanse. ¡No hallar obstáculo, he aquí, en efecto, el más invencible de los obstáculos! ¿De qué causa, con precisión, se hacía el

defensor? ¿Contra quién predicaba? Había diferentes cosas en el aire; además de "la aventura" del Taunus, estaba la historia de la carta, el encuentro con el viejo idiota en la escalera. Rozaba cuestiones muy próximas que no se atrevía a formular, pero que de ningún modo deseaba que se le planteasen. La víspera, Etzel se había atrevido a poner en duda la legitimidad de un juicio en un proceso político, audacia inaudita, ruptura del ceremonial consagrado. Sus camaradas se habían apasionado por ese caso; Etzel se lo dijo; por aquello que podía comprender en el asunto, agregó, le parecía ver una desproporción odiosa entre la falta y el castigo, siendo una insignificante y el otro inhumano. El señor de Andergast insistió esa noche sobre el tema en la conversación que había cortado bruscamente el día anterior. "Cosa deplorable -decía- que una cuestión de justicia fuese pasto de los charlatanes de la calle, y juego peligroso esa contaminación de la justicia por el sentimiento y que conducía a subordinar lo absoluto a lo relativo. El derecho, continuó, es una idea, no un asunto de corazón; el derecho no es un compromiso arbitrariamente contraído entre las partes, sino una institución eterna y sagrada, verdadera y de un valor intangible, desde el momento que hay jueces que condenan a los culpables y códigos que clasifican los delitos por artículos". ¿Pero qué es, pues, esa llama de incredulidad en los ojos del niño? ¡La ley instituida, eterna! Helo aquí que se agita en su silla y se muerde el dedo con embarazo. Ha oído murmurar muy bajo que el Estado tenía una mano derecha y una mano izquierda, y dos medidas, la primera para una mano, la segunda para la otra, y diferentes balanzas, y para cada balanza diferentes pesas. ¿Qué había en todo esto de cierto? No formuló la pregunta en voz alta; sus ojos interrogaban. Además no ponía en duda el valor del derecho en tanto que idea, sino la equidad de una reciente sentencia, y su corazón no estaba mezclado en nada en la cuestión, sino su pensamiento y su juicio. "Te has metido en el asunto, mi querido padre, pero es mejor no hablar de él", decían sus ojos.

El señor de Andergast quizá comprende el mudo lenguaje del cual se hace intérprete ese muchacho de dieciséis años, vocero del espíritu negador e incrédulo de su generación, ¡espíritu contaminado por el malestar y la anarquía ambientes! Es un acceso de cólera el que le ha conducido a ese error táctico. Pruebas, ejemplos, explicaciones, -trabajo perdido. Las tinieblas no se hacen luz porque se haya movilizado contra ellas un ejército de argumentos. La luz no puede convencer a los ciegos de nacimiento, ni herir a los ciegos voluntarios. Ese espíritu nuevo del cual se reclaman, sobre el cual disparatan, ¿dónde se encuentra? En ellos, afirman. No hay en ellos ni nueva escuela, ni antigua escuela. El hombre, su carrera, su nacimiento, su muerte, nada ha cambiado desde hace seis mil, sesenta mil años. Ser efímero y querer hacer de cada lustro una época; ¡qué locura!; menos son para sí mismos y más desean esperar del tiempo; es siempre el torrente que hace mover los molinos estúpidos y se imaginan haber modificado su curso porque la propia rueda también gira en sus aguas.

Creía también triunfar aquí y desarrollaba el papel de virtuoso en el instante mismo en que él y su despotismo estaban a punto de hundirse. Naturalmente, esperaba verse algún día obligado a dejar afirmarse en su hijo una individualidad de otro molde que la suya; quizá esta diferencia surgía desde tan temprano, porque en su estereotipado escepticismo, estaba tanto y desde hacía tanto tiempo preparado a ello: el temor engendra al objeto temido. Pero no era el despotismo del padre el que sufría una derrota, era el del funcionario. Para el señor de Andergast la función era vocación, la vocación, misión. Era mandatario de un amo absoluto, cuyos intereses representaba, en nombre de los cuales obraba y cuya omnipotencia asiática no toleraba que pudiera ser quebrantada por un relajamiento de las instituciones legales. Ese amo, incluso si desaparecía de la escena en tanto que persona real, persistía en tanto que símbolo. Y también su servidor era un símbolo y, en tanto que tal, no tenía historia, ni antecedentes, ni vida privada. Frente a sus obligaciones profesionales, todo vínculo puramente humano no tenía sino una importancia secundaria. La inmutabilidad, tal es el principio que le guía, su época es lo absoluto, la fe religiosa en la jerarquía a la cual pertenece hace de él un monje, un asceta e, incluso, cuando es necesario, un fanático. Decíase de él, al menos sus colegas hacíanle de ello gloria, que el vigor de su objetividad había triunfado en

varios casos de los más difíciles y obscuros, y le había hecho adquirir ese impresionante prestigio que ni las sacudidas ni las innovaciones en la administración habían podido hacer tambalear. Cosa bien comprensible. ¿Por qué iba a ser sacudido por sucesos del exterior, aquel cuyos fundamentos interiores son a tal punto inquebrantables?

4

ERAN las nueve y media en ese momento. El señor de Andergast sacó su reloj de caja de oro. Etzel se levantó. inclinándose; se le deseó una buena noche y con su andar habitual de fugitivo, tomó el camino de la puerta. Allí, tuvo un movimiento de hesitación. Con la mirada fija en la pared, preguntó a su padre con tono rápido y temeroso: "¿Quién es pues, ese Maurizius, padre?" El señor de Andergast se detuvo en el umbral de su gabinete dé trabajo. "¿Para qué quieres saberlo?", preguntó a su vez, midiendo fríamente con los ojos a su hijo. "Solamente era... -continuó Etzel-, era porque..." Y se detuvo cohibido.

También había interrogado a Rie. Ella había buscado en sus recuerdos, luego sacudió la cabeza. En ese instante mismo se prometió interrogar aún a otras personas, a todas las que pudiera, y en primer lugar a su abuela, a casa de quien debía ir a almorzar al día siguiente, como todos los domingos. Recordó que el hombre de la gorra había dicho su nombre como si tuviese conciencia de ser conocido, casi como alguien que dijese: me llamo Bismarck, pero con tono mucho menos triunfante que despechado. ¡Ah escuchaba esa entonación!

"No es este un tema en el cual podamos en absoluto entretenernos juntos", dijo el señor de Andergast, y semejante a una torre inexpugnable, erigióse entre nubes glaciales.

"Es necesario que le escriba a ella", se dijo Etzel andando por su cuarto. Delante suyo tenía la visión de un prado; más allá de una colina cubierta de árboles y, más lejos aún, el sol poniente; la curvatura de la tierra era parecida al dorso de un gigante. Sintió un cosquilleo en la garganta.

Sentóse y escribió en una hoja que había arrancado de uno de sus cuadernos: "Pasan muchas cosas acerca de las cuales reflexiono largamente. Es espantoso no conocerte. ¿Dónde te encuentras con precisión? Es posible que un día tome el tren y vaya hacia ti. ¿Quizá durante las vacaciones? Sin duda vas a reírte de este proyecto de chico. Naturalmente no dejaré escapar la menor palabra, pues ella desbarataría mi propósito. ¿Por qué? ¡Yo me lo pregunto! Por lo demás, hay una cantidad de preguntas que esperan respuesta. A mi edad, ¡tener en cierto modo los pies y puños atados! Acaso el día en que se corten las ligaduras, y se esté dominado y paralizado para siempre. Sin duda es esto lo que ellos procuran. Es preciso que se esté domado. ¿También a ti te han domado? ¿No puedes decirme lo que tengo que hacer para que nos encontremos? Haré lo que tú quieras, pero es necesario guardar el secreto. ¿Comprendes? Siempre él lo sabe todo. Es preciso absolutamente que esta carta permanezca en secreto. Con el tiempo maduraré, pero los años pasan con una lentitud que desespera. No conseguirán dominarme. ¿Lo creerás tú?, cuando vi la carta en el vestíbulo, fue como si un rayo hubiese caído en mi cerebro. Desearía saber qué es lo que hay. Tú me comprendes. Siento que se ha sido injusto contigo. ¿Es cierto? Hay algo aún de lo que debo hablarte: es de la abominable cantidad de injusticias que a uno le llegan todos los días a los oídos. Es necesario que sepas que la injusticia es la cosa del mundo que mayor horror me inspira. No puedo explicarte lo que siento cuando soy testigo de una injusticia con respecto a mí o a cualquiera, no importa quién sea. Esto me penetra hasta la médula. Me hace sufrir el cuerpo y el alma. Es como si me hubiesen llenado de arena la boca y que tuviera que asfixiarme en el acto".

Se detuvo. Con un movimiento de descontento comprobó que se escribía a sí mismo o a un personaje imaginario, pero no a una persona real. No podía incluso remitir la carta: no tenía la dirección. Había olvidado leer el reverso del sobre que llegara de Ginebra. Además,

Librodot

había que temer que su padre fuese informado, como acerca de todos sus actos y gestos. Siendo niño, imaginaba a su padre sentado en el centro del universo y anotando todas las faltas y los crímenes de toda la gente de la ciudad en una mesa de mármol, con ayuda de un punzón. Algunos fragmentos de esa creencia subsistían aún en él, y de esto nacían por instantes escenas totalmente interiores, conversaciones imaginarias. Su padre se hallaba parado, autoritario, en medio de la habitación. Siendo mago, tenía el poder de pasar a través de las puertas cerradas._ A causa de esta propiedad, Etzel lo había apodado "Trimegisto". Lo llamaba así cada vez que se lo representaba en sus funciones de justiciero: He aquí más o menos cómo se desenvolvía el diálogo: "Trimegisto: ¿Dónde estás, Etzel? - Etzel: ¡Aquí estoy!- Trimegisto: ¿Por qué te ocultas delante mío? Etzel: Yo no me oculto; sólo me he quitado la careta.- Trimegisto: ¡Cómo!, ¡Te atreves a presentarte sin máscara delante mío!- Etzel: Cuando se está solo, padre, no se necesita máscara.- Trimegisto: Pero yo veo en ti, estoy sorprendido, estoy muy sorprendido, desearía no verte sin máscara".

Plegó la carta, la colocó en un sobre y escribió a guisa de dirección: "A mi madre, no sé dónde" y la deslizó en una casilla secreta que él mismo había arreglado en el cajón de su escritorio y donde también se encontraban otros papeles, notas, reflexiones, poesías y, cosa preciosa entre todas, dos cartas que había recibido de Melchor Ghisels. Luego permaneció sentado con el mentón entre las manos y los codos sobre la mesa. Habría debido estar acostado desde hacía rato, pero en su corazón reinaba una agitación que no podía calmar. De la calle ascendía un silbido agudo, prolongado. La lluvia zumbaba en los árboles. Se levantó, dio una vuelta por el cuarto y detúvose ante el estante de los libros. Cada uno de ellos era un amigo; los había comprado uno a uno con su propio dinero, o se los había hecho regalar por su abuela; también su padre le había dado algunos. En lugar de honor lucíanse dos obras de su querido Melchor Ghisels, cuatro volúmenes bien encuadernados, con dedicatoria autógrafa del autor. Este era para Etzel un dios y cada una de las frases de sus libros, una revelación. Sólo los jóvenes de dieciséis años son capaces de sentir una veneración semejante por un escritor. Únicamente un espíritu cuyo ardor todavía está completamente concentrado, es capaz de guardar un fuego tan puro. La admiración que Etzel había dedicado al hombre y a su obra estaba al mismo tiempo penetrada por completo de ternura. Ghisels, que tenía la profundidad del filósofo Kierkegaard, era su profeta y su guía. A menudo, antes de dormirse, leía una media página, muy lentamente, recogido y reteniendo el aliento, en un capítulo leído ya diez veces; luego apagaba con rapidez la lámpara y se dormía con una sonrisa. No lo conocía personalmente. La primera vez le había escrito para pedirle una dedicatoria y la segunda, muy intimidado, para saber el sentido de un pasaje bastante delicado de un hermosísimo ensayo sobre las diversas edades de la vida. El librero Thielemann, el padre de Roberto, le había facilitado su dirección. Desde que sabía que Ghisels vivía en Berlín, Berlín era para él Ihassa la santa. Sentíase tan celosamente prendado de Ghisels, como se puede estarlo por una joya impagable, y era para él una gran satisfacción que sus escritos sólo fuesen conocidos por muy pocos. Un ruidoso renombre, a la conquista del cual, es cierto, su obra no se prestaba, quizá le habría enfriado el entusiasmo. Camilo Raff fue el primero que le abrió el camino de acceso a ese dominio de pensamientos sublimes. El verano precedente, cuando Etzel estuvo enfermo, Camilo Raff había venido a verlo y trajo un libro de Ghisels, del cual le leyó en voz alta toda una tarde.

Tomó del estante uno de los libros de Ghisels; se acostó boja abajo sobre el piso y comenzó a leer. Sólo en esa posición era capaz de entregarse a la lectura con recogimiento, pero al cabo de un momento su mano dejó de dar vueltas las hojas, su frente cayó sobre su brazo, sus piernas se estiraron; dormía. Se despertó a las dos de la madrugada, miró en torno suyo con aire azorado, levantóse de un salto, con premura se quitó la ropa, apagó la luz y sin ruido se deslizó en la cama. Hundida ya la cabeza en las almohadas, se dijo a sí mismo en voz baja palabras en las cuales a la confusión se mezclaba el deseo de excusarse y, como un chiquillo de diez años, somnoliento y avergonzado, sacóse a sí mismo la lengua.

5

LA generala Andergast pertenecía a uno de esos tipos de mujer que están en vías de desaparecer. Era una anciana de setenta y tres años a quien no se habría podido dar esa edad. Era pequeña, extremadamente vivaz, incluso un poco nerviosa. Tenía rasgos expresivos, comprensión rápida y ojos llenos de curiosidad, sobre los cuales llevaba, a causa de su dolencia, una visera de papel verde; además tenía una voz clara y fresca de muchacha. Hacía veinte años que era viuda; después de la muerte de su marido, que había sido malvado, tiránico e hipocondríaco, ella comenzó a vivir y había realizado largos viajes; estuvo en Siria, en la India y pasó varios meses en casa de una prima radicada en la América del Sur. Tenía experiencia de mundo y gustos artísticos, que fijaba en objetos de los más diversos;' su ocupación favorita era la pintura; a pesar de sus ojos enfermos, pasaba todos los días una hora en el taller y pintaba, con una paciencia desinteresada, cuadros de estilo impresionista francés, llenos de elegancia y discreción. Cuando alguien le hablaba de ellos o deseaba verlos, enrojecía como una colegiala y desviaba rápidamente la conversación. No se entendía con su hijo, el procurador general. Era demasiado autoritario para su gusto, y por esto le recordaba desagradablemente a su extinto esposo; como él desaprobaba visiblemente, sin pronunciar palabra, su libertad de comportamiento en sociedad, la negligencia que ponía en la. administración de su fortuna y el hecho de haber renunciado a la actitud de una. respetable matrona, ella le temía mucho y respiraba con libertad cuando él se despedía besándole ceremoniosamente la mano. "No todos los días estoy en condiciones de comparecer ante el tribunal del orden moral universal y de rendir cuentas; soy una naturaleza demasiado imperfecta y demasiado tímida", suspiraba cuando él le reprochaba respetuosamente y con su voz más suave su excesiva precipitación o alguna infracción a las leyes de la humanidad. Desde -el día que se separó de su esposa, ella tenía contra él cargos más serios que aquellos sobre su formulismo y sus principios austeros. No habían tenido ninguna explicación al respecto, pero el señor de Andergast no se hacía ninguna ilusión y tomaba nota de ello, semejante a un censor a quien se le mezquinan un poco las aprobaciones, trátese de su propia persona o de sus actos. La Generala no le perdonaba la dureza con la cual había condenado al exilio a la joven mujer. El tenía en sus manos todos los poderes y los había empleado íntegramente, claro está que observando escrupulosamente la ley que estaba con él. Que la Generala, desde antes del divorcio, había sentido alguna simpatía por Sofía de Andergast, era cosa sabida, pero después del divorcio tal simpatía se acrecentó; y aunque la nuera había dejado la ciudad desde hacía ya tiempo, la vieja dama hablaba de Sofía con no disimulada emoción. Incluso un día, en el salón de una de sus amigas, condenó con indignación la crueldad de prohibir a una madre toda relación con su hijo y hacer irrevocable y sin apelación una medida tan despiadada. Las personas presentes estaban bastante cohibidas; fue un pequeño escándalo que provocó, es cierto, la torpe observación de un joven consejero refrendario que, ya sea por miserable servilismo o porque era un rigorista nato, no tenía términos demasiado elogiosos para celebrar "la firmeza" del señor de Andergast. Claro está que el asunto había trascendido al público y había dado lugar a las habituales murmuraciones. Especialmente esa expresión "de firmeza" puso fuera de sí a la Generala. Después de haber expresado su opinión, parada y con los ojos chispeantes, recogió su chal, su bolsa de mano y abandonó apresuradamente la reunión sorprendida, que durante mucho tiempo se preguntó si había que admirar la valentía de la vieja dama o sonreír ante sus ideas impertinentes. Dos días más tarde, el señor de Andergast hizo una visita a su madre. Sin que hiciese cuestión de esa escena, ni de ningún asunto especial, ni del divorcio, ni de Sofía, obtuvo de la anciana, después de una corta discusión, la promesa solemne de que no pronunciaría delante de Etzel el nombre de su madre y que guardaría sobre la existencia de ésta un silencio absoluto. Su táctica triunfaba. Habíasela impuesto de tal manera esa vez que hasta ese día ella no había

Librodot

roto su compromiso, por difícil que le fuese cuando el cautivador muchacho, sentado a sus pies, charlaba con ella y la interrogaba lleno de confianza.

Cuando esperaba a Etzel, el domingo, hacía los siguientes preparativos: una mesa bien puesta en una habitación bien caldeada. Para ella misma, la Generala no gastaba ceremonias; a veces se olvidaba de comer: al anochecer sentía un poco de hambre y entonces enviaba a la sirvienta, que había empleado para raspar el color de las telas de sus viejos cuadros en lugar de hacerla cocinar, a buscar enfrente algunos emparedados, que ella comía mientras andaba por el cuarto, infatigable, monologando o tarareando a media voz. Para Etzel su abuela era encantadora. En su opinión encerraba mayores misterios que la mayoría de las gentes con las cuales entraba en contacto. Llamaba misterio a la norma que le servía para apreciar a los demás. Todo hombre, incluso el más humilde, el más aburrido, poseía algo secreto e insondable que comenzaba a obrar en el momento mismo en que el personaje desaparecía de su campo visual. Exprimíase el cerebro, preguntándose: ¿Qué hace ahora que se ha encerrado en su misterio? Sobre todo le hacía reflexionar la actitud que cada cual podía adoptar cuando estaba en la soledad. ¿Cómo se comportaba éste? ¿Y aquél? ¿Cuando estaba solo, qué aire tenía? Era imposible saberlo nunca. El ojo que observaba ese estado enigmático lo hacía cesar por el hecho mismo que lo observaba. Por eso Etzel representábase a Trimegisto trazando grandes círculos con un compás sobre una hoja de dibujo y cubriendo la superficie con cifras. Imaginaba a su abuela burlando las leyes de la gravedad y de la estética, moviéndose por el cielo raso con los pies en el aire, o bien, cuando ella estaba fuera, y naturalmente cuando nadie la miraba, elevándose tranquilamente en el aire como un globo. Era este su misterio, lo que no era posible descubrir en ella.

6

AL finalizar la comida Etzel trajo a colación el asunto que quería plantear a su abuela. No había vuelto a ver al hombre de la gorra de marino, pero no por ello sus pensamientos se ocupaban menos de él. No era probable que su abuela conociese precisamente ese nombre. Ella confundía la mayoría de los nombres, incluso de las familia que frecuentaba y, por esto, ya había provocado más de un confusión. Lejos de considerarlo como una equivocación peligrosa, ella se desternillaba de risa cada vez que tal cosa sucedía, haciendo un batiburrillo con las familias, gentes de posición y celebridades de diversas categorías. Todos los días llamaba con otro nombre a su sirvienta Nancy, que estaba en su casa desde hacía catorce años: era Berta, Elisa Babeta, de acuerdo con su capricho, pues siempre era criatura del instante mismo y, practicando el más amable de los tratamientos, nunca se hacía esclava de ningún compromiso. Sin embargo, fue a ella a quien Etzel dirigió la pregunta y, para darse a sí mismo un aspecto de indiferencia, y a fin de que el informe solicitado pareciera insignificante, se puso a examinar desde muy cerca, con curiosidad simulada, el salero de plata, como si se tratara de un navío al que quisiera confiarse para realizar un largo viaje.

¡Maurizius! Ese nombre no le era desconocido a la Generala. Ella dejó sobre la mesa su cuchillo de postre, apoyó las manos en las caderas y, elevando las cejas, lo que dio a su rostro una expresión un tanto tonta, también se puso a observar el salero. Era un nombre del cual surgían tinieblas. Pronunciándolo o escuchándolo, venía al rostro un aliento glacial y un olor de humedad, como cuando se abre la puerta de un sótano. Recuerdos de catástrofes aparecían a la memoria, visiones esfumadas readquirían forma y suscitaban automáticamente el horror con el cual antaño habían oprimido a la ciudad, la región e incluso al país entero. Semejante a un pantano desecado en el cual, al darse un golpe de pico imprudente, surge a la superficie la irisación de sus aguas pestilenciales. "¿Por qué te interesa, pequeño? -preguntó contrariada-. ¿Qué interés puede tener para ti? ¿Qué te hace pensar en él? Es una historia del otro mundo. Han pasado tantos años por encima de ella... ¿Qué es lo que te hace pensar en él?" Etzel notó

la impresión que ese nombre había producido en la Generala. "¿De qué se trata, pues? -murmuró, frotando con gesto maquinal las palmas de sus manos, que tenía sobre las rodillas-. Cuéntamelo, pues, abuela, luego te diré también por qué quiero saberlo?". "Es imposible que te lo cuente -afirmó la abuela-: ya te he dicho que han pasado muchísimos años. Espera que calcule. Tu abuelo ya había muerto; eso debió de ser en el año de su muerte, quizás un poco más tarde. Pero no mucho más tarde, pues dieciocho meses después hice un viaje a Oriente. Por lo tanto, hará de eso dieciocho años, dos años antes de tu nacimiento. ¿Cómo podría contarte eso ahora, dieciocho años después que sucediera? ¿Qué es lo que te interesa tanto en este asunto?" En lugar de responder, Etzel preguntó después de una pausa, con voz más baja aún: "¿Mi padre estaba en juego? En juego, es estúpido lo que digo, abuela, bien sabes lo que quiero decir". Su ansiosa mirada continuaba fija en el salero, transformado en un transatlántico que, en el ínterin, se había aproximado tanto al muelle, que casi ya estaba listo para recibir a los pasajeros. "¿Tu padre? Sí, creo... -dijo ella con tono vacilante a la vez que malicioso - me parece que sí; entonces no era más que un suplente y me parece que esa historia lo sacó a la notoriedad. No me equivoco, es casi seguro; en este asunto se destacó brillantemente y, si no hubiese sido por él, Maurizius habría sido absuelto al fin". Ella se calló, retorció el extremo de su manga y rió con un poco de embarazo; en este instante resultó para su nieto, asombrosamente, cincuenta y siete años más joven.

Pero Etzel insistía, insistía. Con una astucia consumada, simulaba que ese ardiente deseo de saber, cuya fiebre recorría todo su cuerpo, iluminada por la aparición de una sola persona y tendiendo hacia un fin ansiosamente presentido, no era más que una vulgar curiosidad de muchacho. Acercó su silla a la de la Generala, le tocó una mano apoyándola en su mejilla, aun cuando su boca y sus ojos mendigaran. La Generala sacudía la cabeza con asombro. "Escucha, pequeño, estás completamente loco -dijo gruñona-; creo que en estos tiempos has ido a escondidas al cine y has perdido la cabeza mirando las abominaciones que se muestran en la pantalla. Se dice que por ellas algunos muchachos se han vuelto totalmente locos. Además. entre nosotros, yo voy al cine algunas veces, pero no me delates. Bueno, no me mires con ese aire desesperado; busco lo que aun no sé de ese asunto. Con la mejor buena voluntad del mundo, no puedo recordarlo todo. Un viejo cerebro como el mío es un colador con grandes agujeros. No voy a intentar descubrir de dónde te viene ese interés; encontraría, quizá, alguna cosa desagradable. Y bien. . . Fue ese un caso terrible. Las gentes hablaron del asunto durante semanas y más semanas. Todo el mundo se exaltaba en pro o en contra en todos los cafés y en todos los círculos. Hubo mítines el día en que fue conocida la sentencia de muerte; hubo que hacer intervenir a las tropas. En esa época yo estaba en Hamburgo y recuerdo que el médico me prohibió leer los periódicos e incluso mucho después de que terminó el proceso de Maurizius -¿cuál era su nombre?, no lo recuerdo- y que la pena de ese Maurizius fuese conmutada por cadena perpetua; el caso todavía no estaba enterrado. Muchas personas estaban firmemente convencidas de su inocencia. Quizá simplemente porque hasta el último momento había afirmado que era inocente. Además, no era un criminal vulgar. ¡No, claro está que no! Era un sabio, incluso algunos pretendían que era algo en su especialidad, aunque otros decían que era un presumido. En este caso, a pesar de su juventud, creo que aún no contaba veintiséis años, ya ocupaba una destacada posición y tenía autoridad corno historiador de arte. Incluso tengo un pequeño libro suyo. Tendré que buscarlo, debe de estar en un cajón del granero. Recuerdo el título: "De la influencia de la religión sobre las artes plásticas del siglo XIX". Eso me interesaba en aquella época: el arte, la religión eran temas que daban trabajo a las lenguas en los salones. ¿Quién habría tomado a un hombre semejante por un asesino? Nunca pude, en verdad, creer que había asesinado. ¡Matar a la propia mujer y por sorpresa! ¡Y en qué circunstancias! Es una historia muy embrollada. Una historia diabólica, una historia lamentable, de la cual no he retenido ni una maldita palabra. Sólo sé que tenía todo contra él, a los hombres y las cosas, al espacio y el tiempo. En un impecable encadenamiento de presunciones, como dicen los juristas. Y el mérito propio de tu padre fue, aun lo recuerdo, establecer y destacar ese encadenamiento. Estaba muy orgulloso de él, joven

Librodot

y ambicioso como era. Un fundidor no se siente más orgulloso cuando logra obtener un vaciado difícil. Y tu padre podía envanecerse de ello con mayores razones, sin duda, pues supongo que es mucho más delicado eso que la fundición de campanas. El viejo consejero privado Demme, que no era precisamente un asno, me dijo un día que la conveniente exposición de las presunciones era para el criminalista lo que para el astrónomo el cálculo exacto de la trayectoria de un cometa. Comprendo esto. Llegar a obtener que un hecho hable un lenguaje más verídico que su autor, no es precisamente un asunto baladí".

Etzel, sentado junto a ella, miraba. El hombre de la gorra de marino se hacía cada vez más enigmático. Como no era posible que fuese ese mismo Maurizius el condenado a pasar su vida dentro de las murallas de un calabozo, se trataba de saber qué vínculo los unía a ambos. ¿Qué quería de él? ¿Por qué se atravesaba en su camino, midiéndolo con sus desagradables ojos miopes? ¿Tenía alguna misión ante él? ¿Un mensaje que transmitirle? ¿Qué mensaje? ¿Quería captarse su mediación ante Trimegisto? ¿Hacer de él el espía de Trimegisto? Había en todo esto algo de qué temblar. Si en alguna parte existía un misterio, pues precisamente estaba allí. Había que prestarle atención, estar listo para él. El menor indicio tenía importancia. Mientras meditaba, sentado, sus mejillas se cubrían de una palidez que les dio un reflejo anacarado. En lo más profundo de su ser algo temblaba, y encorvó las espaldas como bajo la amenaza de un golpe.

"¿Qué tienes, pequeño? -preguntó la abuela con tono. severo-. Desde hace un tiempo no me gusta tu cara". Ella se levantó con agilidad, le dio unos golpecitos en la mejilla y cuando Etzel se incorporó, puso su brazo bajo el de su nieto y pasó con él al salón. Allí, encendió un cigarrillo y ofreció otro a Etzel, con la misma naturalidad que si se hubiese tratado de un amigo íntimo que comparte todas sus costumbres; luego se asió de nuevo a su brazo y se puso a medir con él la inmensa pieza. "Ahora -continuó- confiésame, ¿qué hay? ¿Por qué pones esa cara desconsolada? ¿Algo anda mal en la escuela? El otoño último aun tenías la esperanza de que serías el primero de tu clase. Con toda franqueza, no le doy gran importancia a esas cosas. Los alumnos modelos no hacen hombres modelos y no son los premios los que hacen genios; el genio es el trabajo, dicen los alemanes; esto será cierto para ellos, quizá. Me intereso algo por ti y soy tu única abuela. Si tuvieses una media docena de hermanos y hermanas, quizá elegiría entre ellas a otro y no a ti, pues eres un poco demasiado astuto y un poco demasiado soñador. También es necesario que se tenga lleno esto (mostró su pecho) cuando se tiene tanto detrás de esto (ella le tiró de una oreja). Basta, es igual, a pesar de todo te quiero bien, pero a veces siento miedo cuando te miro".

"Es asombrosa", pensaba Etzel. Le sonrió (casi eran de la misma altura), detúvose bruscamente y preguntó, conservando por lo demás la sonrisa para atenuar la gravedad de la pregunta. "Dime, abuela, ¿dónde está mi madre? ¿Y por qué no sé nada de ella?".

Sería trabajo perdido querer hallar la asociación de ideas que así lo llevaba a irrumpir tan violentamente en el alma serena de la Generala. Acaso partiera del hombre de la gorra de marino y de esa zona que vadeaba desde el comienzo del relato de la Generala; quizá era un hecho por completo natural que se reveló naturalmente como debiendo ser uno de los pilares por los cuales pasaba el puente de su destino. En todo caso, la Generala quedó rígida de espanto y una vez más lo halló de una impertinencia extraordinaria. Luego su expresión tradujo un extremado descontento: decididamente abusaba de su paciencia y sólo por torturarla había preparado todo un fichero de cuestiones. Nada es tan detestable como sentir estallar en el rostro de uno una serie de preguntas, como si fueran descargas fulminantes. Hoy es esto, mañana aquello, pasado mañana otra cosa, poco importa cuál; pero ese bombardeo general súbito, eso sobrepasaba todos los límites. Y como además había comido demasiado copiosamente, era necesario que descansara, que no charlara tanto después de la comida, sin lo cual tendría opresión y le sería imposible dormir toda la noche. "Etzel es un gentil hombrecito que va a regresar a su casa, ¿no es cierto? Saludarás de mi parte a tu padre y harás mis cumplimientos a Rie. ¡Hasta la vista!". Luego, desbordante de vivacidad y elocuencia, lo empujó al vestíbulo, le tomó la cabeza entre sus manos finas y frescas, le dio un beso en la

Librodot

frente y en los ojos, aguzando graciosamente los labios, y con estrépito cerró la puerta a sus espaldas.

CAPITULO TERCERO

1

EL doctor Raff aprovechó la ocasión para hablar de Etzel con Roberto Thielemann. Estaba preocupado. Etzel descuidaba su trabajo de manera inquietante. Su irregularidad y desorden habían dado lugar en los últimos tiempos a múltiples quejas. Se las habían hecho escuchar, pero esto no le produjo ninguna impresión.

"Es una lástima -dijo el doctor Raff, andando por el corredor con Thielemann-. No quisiera recurrir a las sanciones, no me gusta hacerlo. ¿Qué le pasa? ¿Lo sabe usted?".

El mentón puntiagudo de Thielemann destacábase como un pico sobre su cuello almidonado. Le halagaba que se le pidiese una opinión, aunque sentíase molesto por no poder dar ningún informe. Desde hacía unos ocho días, Etzel lo evitaba como a los demás. Lo confesó con cierta vacilación. "No me inmiscuiré en sus asuntos -dijo, huraño-; que haga lo que desee. Quizá no me considera lo suficiente distinguido y ha recibido en su casa órdenes al respecto".

"-¡Vamos, Thielemann!" - dijo Camilo Raff.

Ese despechado de Roberto pasó los diez dedos por su tupé rojo. Su aire de desdén y su tono agrio estaban destinados a disimular su rencor. "Es posible que su padre haya husmeado que no estoy, desde el punto de vista político, en olor de santidad, ¡desde luego, para la nariz del señor barón!". El doctor Raff reprimió una sonrisa. "¡Dios mío -pensaba-, ved estos Marat y Saint Just!". "¡Esto me apena mucho -agregó con su acento alsaciano-, mucho! Creía que experimentaba cierta confianza por mí. Siempre fue muy abierto conmigo; ha cambiado. Habrá que intentar descubrir la causa. Sondéelo, pues, un poco cuando se presente la oportunidad, pero no se empecine en hacerlo, Thielemann. Por ahora, está en superioridad de condiciones, ya que el equivocado es él; pero no le cierre todos los caminos". Hizo un pequeño saludo con la cabeza a Thielemann y se alejó. Visto de espaldas, pequeño delgado, ágil como era, aun tenía aspecto de escolar. Thielemann lo siguió con la mirada, con expresión refunfuñadora. "¡Que no me empecine! -gruñó-. ¡Hermoso consejo! ¿Acaso tengo que saltarle al cuello, rogarle de rodillas que me permita verlo? Esperarán mucho tiempo, él y su Andergast, de quién está prendado, ¡a fe mía!".

A esa edad rigen las relaciones mutuas convenciones inmutables. Y se las respeta tanto más estrictamente, pues han sido establecidas en forma tácita y sin acuerdo previo. El origen de las mismas es tan frágil y oscuro, corno natural la obediencia a sus leyes. Es decir que, a causa de un acuerdo mudo, Etzel no iba a casa de Thielemann y sólo Roberto iba a ver a Etzel Andergast, pero nunca sin ser invitado a hacerlo. Es cierto que Etzel había ido en algunas ocasiones a casa de Thielemann, pero únicamente a la librería. Una o dos veces Roberto había hecho una vaga alusión a ese estado de cosas, pero sólo para salvar las apariencias. El hecho consiste en que, en el fondo, no deseaba que Etzel fuera a verlo y que, incluso, temiera su visita. No tenía habitación propia. El gabinete en el cual trabajaba y dormía, lo compartía con dos hermanos menores con quienes no se entendía. Pero eso no era lo peor. Su casa era un verdadero templo de la discordia. Entre sus padres se producían constantemente querellas. Ofrecían a sus hijos el triste espectáculo de esos esposos que no pueden estar dos minutos en la misma pieza sin decirse cosas amargas y sin cubrirse mutuamente de reproches. El pensamiento de que Etzel pudiera ser un día testigo de una escena semejante le resultaba

intolerable. Tal circunstancia explicaba, por una parte, la desigualdad de sus recíprocas relaciones. Por otra, también probaba el sentimiento de su inferioridad social, doblemente vigilante y acentuado en su temperamento, por demás predispuesto a la rebelión. Las doctrinas revolucionarias de un muchacho a menudo tienen sus raíces en la discordia que reina en su hogar. En buen número de familias burguesas está muerta., desde hace generaciones, la ternura que antaño daba calor al hogar familiar. Hay que

tener un corazón excepcionalmente bien dispuesto para no llegar a ser vindicativo, después de haber sufrido un insatisfecho apetito de ternura. Pero un corazón tan bien nacido es algo raro.

2

ETZEL ha descubierto en el escritorio de su padre el requerimiento del viejo Maurizius. Es un pedido de indulto. Pedro Pablo Maurizius, viejo agricultor y propietario agrario, domiciliado en Hanau, calle del Mercado 17, solicita al señor procurador general que dé curso y apoyo a un pedido de gracia en favor de su hijo, Otto Leonardo Maurizius, detenido desde hace dieciocho años y cinco meses en la prisión de Kressa. Tal era el encabezamiento del manuscrito. Etzel, que tiene conciencia de haberse rebajado al papel de espía, con duplicidad de casuística se da buenas razones para calmar su vergüenza. Claro está que reconoce vivamente lo poco gloriosos que son los medios tortuosos de que ha hecho uso, pero se justifica invocando las circunstancias, que no le daban lugar a elegirlos. Ha desplegado una astucia puramente animal. El hombre de la gorra de marino ha desempeñado en el asunto el mismo papel que el espectro en Hamlet. "¡Mira un poco lo que pasa en tu casa -habían dicho sus pequeños ojos malignos y obstinados-, presta atención y verás cosas hermosas!" Cada vez que esa advertencia llega a su espíritu, piensa en aquella que escribió la carta de Suiza. De buena gana leería esa carta. Íntimamente espera encontrarla en algún cajón, en alguna carpeta. "Presta atención y verás cosas hermosas". Esta advertencia lo persigue. La mano imperiosa de Trimegisto aparece en la noche, vaciado resplandeciente en las tinieblas. El símbolo de la caja de dinamita en el sótano se hace de más en más real y amenazador. Sin embargo, hay aún advertencias más molestas. Un fantasma hecho de papel sale del gabinete paternal, cargado de legajos y cuadernos azules, y se propaga a través de todos los cuartos. Hace tiempo que tales fantasmas acosan al hogar de los Andergast, perceptibles a los oídos de Etzel solo, multitud de sombras sin nombre cuyos pasos

oye rechinar y que sólo ven sus ojos, esos ojos que, en ciertas horas, perciben mejor las sombras que los cuerpos. En este punto su sensibilidad confina con la histeria. Por haberse ocupado constantemente de cosas encubiertas y secretas, corre el riesgo de ser invadido su espíritu por visiones obsesionantes. ¿Pero acaso puede escapar a esas visiones, él que ha traído al nacer, Dios sabe de dónde, esa chispa; él que ha crecido en un ambiente en el cual, todos los días, son llamadas a rendir cuentas, fechorías y aberraciones humanas de todos los grados y de todos los matices, toda una multitud infame, en un ambiente en que se arroja a los pies del criminal, quien arrastra despiadadamente un formidable puño, la pasarela precaria de la expiación? Es posible que esos fantasmas hayan sitiado ya su cuna y que lo hayan adormecido con sus lamentos. Sobre esa casa está suspendido y reina el destino en su más alto grado. ¿Y cómo puede quererse que no lo sintiera él, que es una membrana entre la esfera de tinieblas y la esfera luminosa del mundo?

Helo aquí pues que anda, por orden de la obstinada mirada de los malvados ojos miopes, a través de los cuartos de la silenciosa casa, torturado por un hombre, un hecho legendario y vaporoso, que se oculta amenazador detrás de ese nombre mismo como un molusco viscoso detrás de los vidrios negros de un acuario; va de cuarto en cuarto, recomenzando siempre. Marzo toca a su fin, el atardecer avanza y su padre ha telefoneado

Librodot

que no llegará antes de la noche; ese día se realiza el compromiso matrimonial de Hilde Sydow y se ha hecho llevar su traje de noche a la oficina. Para Etzel sólo se trata de ocupar a Rie, de modo que su atención sea retenida fuera; con astucia poco común, le ha llevado un pantalón de deporte que presenta un desgarrón triangular y ha hecho un llamamiento a su maestría en el arte de zurcir; al mismo tiempo, y a fuerza de insinuante persuasión, le ha arrancado la promesa de que le hará esa noche, puesto que ambos estarán solos, buñuelos fritos. Sabe que ella misma los prepara: no dejará que la cocinera ponga las manos en ellos; posee su receta propia y se siente feliz con que el muchacho, que en esos días tuvo tan poco apetito, le reclame alguna fruslería. "Bien, bien -dice-, se te hará eso, pequeño mío". Y hela pues de este modo transformada en algo inofensivo por

varias horas. Perdido en sus reflexiones, Etzel está parado en el salón; fuera cae la noche y un trozo de cielo rosa y grisáceo como una oriflama, resplandece por la ventana. Le atrae la puerta cerrada del gabinete de su padre, la abre, entra en la pieza de tapicerías sombrías y enfumadas, impregnada del olor nauseabundo de cigarros apagados; se detiene ante la pila de legajos. Están allí, amontonados, en sus carpetas azules o verdes, teniendo cada uno una etiqueta blanca oval, con una inscripción caligraliada. Nunca, hasta entonces, se había atrevido a abrir uno, y ahora helo aquí que levanta la cubierta del primero. "Pedidos de indulto", lee en la etiqueta oval, y su mirada encuentra en primer término el nombre de Maurizius. Azares semejantes son fenómenos naturales, elementales y normales.

En los argumentos del viejo agricultor y terrateniente en vano se buscaría el. tono humilde del solicitante. Por el contrario, asombra su tono razonador y amargo. Refiere allí antiguos incidentes ya señalados por él y relativos a pretendidos errores en el juicio. Fácilmente se reconoce que sus conclusiones son las de un profano. El recurso parece haber sido redactado sin ayuda de un funcionario del ministerio, acaso porque los consejos de los hombres de oficio han resultado estériles muy a menudo y el autor desea llegar finalmente a su objetivo por la fuerza convincente de su lógica personal. De este hecho se desprende ese lenguaje sin contemplaciones. Pero lo que en definitiva surge del recurso, está bastante alejado de la lógica; son afirmaciones apasionadas, el retorno incansable y obstinado a la misma idea, como en el caso de alguien que en la obscuridad tropezara con una puerta cerrada herméticamente, es el deseo violento y convulsivo de descargarse del peso de una obsesión. En dos lugares se menciona el nombre de Waremme; se adivina que ha debido ser uno de los principales testigos en la instrucción criminal El autor del recurso no se atreve a acusarlo abiertamente por falso testimonio, pero la inculpación se lee entre líneas. Aun más, parecería que eso es algo sabido desde hace mucho tiempo y que nadie piensa negarlo, si bien es muy posible que no exista más que en la imaginación enfermiza del redactor. Si la Corte se resolviera, así se expresa en su recurso, a verificar la exactitud de las declaraciones de ese Gregorio Waremme, todavía se hallarían,

después de haber pasado dieciocho años, razones valederas para revisar el proceso. Acaso entonces una cierta dama, entre todas funesta, que era superfluo mencionar, aparecería con aspecto diferente. Esas palabras, "entre todas funesta", estaban subrayadas dos veces y seguidas de dos signos de admiración entre paréntesis, detalle que por sí solo muestra cuán poco entendía el peticionante sobre la forma de presentar un documento oficial en regla. Por lo demás, el alto magistrado había escrito de través con lápiz rojo: "Opinión desfavorable, Andergast". El viejo agricultor y terrateniente no tiene ninguna idea acerca de la manera de insinuarse con ventaja, pues, diez líneas más abajo, declara que está en condiciones de hacer conocer en cualquier momento a la Corte el domicilio actual del testigo Waremme, a quien se ha creído hasta ahora desaparecido, lo que induce a pensar que ha realizado tareas policiales por su cuenta, intrusión de diletante que no está hecha, precisamente, para ganarse la buena voluntad de las autoridades competentes.

Pero, para terminar, se eleva hasta una retórica teatral. ¿Ese Pedro Pablo Maurizius sería una especie de sectario religioso que viviría en la creencia ingenua de que es posible impresionar a la magistratura prusiana mediante un solemne exorcismo de estilo bíblico?

Aparte del ridículo de esta pretensión, hay sin embargo un acento de innegable verdad en ese conjunto enfático, sin duda de verdad totalmente subjetiva, y entonces Etzel se encuentra en el mismo estado anímico que Hamlet cuando el espíritu de su padre le habla desde el seno de la tierra. "Habla, pobre espíritu", dice con lacerada sorpresa. Las palabras se graban en su cerebro; sabe que no las olvidará nunca y que si a medianoche se lo arrancara de su lecho para repetirlas, podría recitarlas como un autómata, como lo haría con un pasaje de la guerra de las Galias aprendido de memoria: "Por Dios y sus cohortes sagradas, es un inocente que se consume desde hace dieciocho años, enterrado vivo en la tumba de piedra de la prisión. Nunca cometió la acción por la cual se lo ha condenado y que habría confesado cien veces. Y por mucho que nunca haya confesado el crimen que se le imputa y por aplastante que sean los cargos contra él, su vida inocente fue rota en flor; inocente, ha sido cargado con el juicio expiatorio, he aquí lo que proclamaré en voz bien alta y de lo que me haré garante mientras haya aliento de vida en mi pecho".

"Habla, pobre espíritu...".

3

ETZEL desplegó astucias insensatas durante los siguientes días, para despistar la atención de quienes lo observaban. Con el mismo desgaste de energía y de astucia hubiera podido continuar siendo un alumno discreto en lugar de caer en una inercia de tal índole que sus maestros sacudían la cabeza a su respecto; pero era incapaz de ello. El personaje que había sido hasta cierta hora de un cierto día, le parecía envejecido e inútil. Se había producido un acontecimiento en él, por el cual Etzel mismo carecía de punto de comparación y de medida. Pocos días después de la conversación del doctor Raff con Thielemann, comenzaron las vacaciones de Pascuas; esto le valió una tregua, durante la cual escaparía momentáneamente a la crítica de su ambiente. Sólo le faltaba despistar a su padre y Rie, desempeñando el papel de quien no abriga segundas intenciones y está lleno de buen humor y de alegría comunicativa. Cuando cruzaba el vestíbulo, silbaba una cancioncilla; también se lo oía tararear en su habitación; cuando encontraba a Rie, reía con gran bullicio; si ella formulaba una pregunta, respondía alegremente; cuando tropezaba con su padre, asumía para escucharlo un aire completamente sumiso y dócil y, para probarlo, una oficiosidad afectuosa y muda que se leía en sus ojos brillantes. Al escucharlo responder: "Sí, gracias", "No, gracias", ¿cómo era posible sospechar que ocultaba intenciones tan opuestas a las de ese muchacho gentil, a las de ese bajo modelo cuyo personaje representaba hipócritamente? Encarnaba tan bien su papel, que el mismo señor de Andergast, con su profunda experiencia acerca de los errores humanos y de los súbitos cambios de carácter, habría tomado por calumnia estúpida la sola insinuación de que Etzel no era sincero. Empero, si las cosas en apariencia imposibles no se produjesen nunca, la vida sería algo simple, pues cada uno de nosotros está listo en todo momento para lo posible. Por el momento, todo estaba en germen; acaso el muchacho no supiera aún gran cosa de lo que pasaba en él y lo que acabo de llamar hipocresía no fuera más fruto de la resolución tomada por él de librarse del asunto por su propia cuenta, de aclarar con ayuda de su propia inteligencia lo que aun permanecía oscuro, y de no dejarse llevar a ninguna divagación sentimental, a ninguna vana fantasía. Pero a pesar de todo su esfuerzo por llegar a la "libertad de espíritu", como decía, empleando ingenuamente una seca expresión técnica, no podía evitar que, durante las clases, cayera en un estado de ánimo semejante a unas aguas profundas, en las cuales se ahogara él y todos los pensamientos encargados de iluminarlo; finalmente sucumbía bajo el esfuerzo que realizaba para permanecer sentado medio día en un banco y para acomodarse dócilmente a una presencia que, con brusquedad, no le dejaba libre ni el espacio para el volumen de un pequeño guisante. Es cierto que, con esa obligación formidable que germinaba en su pecho, habría tenido más lugar sobre un pequeño guisante que en medio de esos hombres y en esas salas. De este modo le sucedían cosas como seguir

Librodot

rígido y rectamente por el cordón de la vereda, sin apartarse de esa franja estrecha, con el deseo de reprimir la actividad de su pensamiento, puesto que tal actividad no conducía al presente a ninguna parte. Contaba los árboles de la avenida: un número par significaba, esperemos; un número impar, no perdamos tiempo. ¿Pero esperar qué? ¿No perder tiempo con qué propósito? ¿Qué había que hacer? ¿Por dónde comenzar? ¿Para qué proseguir? Y ante todo, ¿qué podía hacer? ¿Quién estaba al corriente? ¿A quién pedirle un consejo? ¿A quién confiarse? ¿Existiría alguien que no se echara a reír, que no se oprimiera las costillas de tanto reír y le dijera: "Eres un insensato, pequeño. ¿Qué te importa a ti el asunto? ¡Qué pretensión de tu parte! Sin duda alguna te has vuelto loco. Observa, pues, si tu cráneo no está cascado". En fin, seriamente: ¿a quién ir a ver, a quién dirigirse? Se complació en imaginar que una joven de corazón muy noble comprendía cuál era su deseo y que, lentamente, era empujado a tomar una decisión con ineludible necesidad. Pero él no conocía nada de esto: el mundo que trataba estaba al respecto despojado de sus dioses, las mujeres y jóvenes que veía en ese mundo -su abuela no tenía para él sexo- eran tan despreciables como las cabezas de cera de las vitrinas de los peinadores. Desde este punto de vista, era un mundo miserable, un mundo de una agobiante masculinidad de cierto modo, en cual faltaba el Orfeo que pudiera obtener de Hades y Perséfona la liberación de Eurídice. Sin embargo le falta un ayudante, un apoyo, una enseñanza, un socorro práctico, sin lo cual todo esto no será más que sinrazón y terminará incluso antes de haber comenzado. Y Etzel anda de arriba para abajo por su cuarto comprimiéndose el pecho con el puño izquierdo, la mano derecha hundida en el bolsillo de su pantalón y haciendo resonar su cortaplumas y sus llaves como un cajero; reflexiona, su cerebro es como un horno que elabora imágenes, aun cuando exige de sí mismo únicamente pensamientos lógicos. Pero no siempre logra imponer a su máquina de pensar la tarea única para la cual ha sido hecha. Hace el cálculo de que dieciocho años y tirito meses son doscientos veintiún meses, o más o menos seis mil seiscientos treinta días. Nota Bene: seis mil seiscientos treinta días y seis mil seiscientas treinta noches, pues hay que hacer la distinción, ya que los días y las noches son cosas diferentes. Pero llegado a este punto del cálculo ya no ve ni comprende nada y no tiene frente a sí más que una cifra que no le dice absolutamente nada y es como si se hallara delante de un hormiguero y se dispusiese a contar los agitados insectos. Quiere figurarse lo que significa seis mil seiscientos treinta días, para tener acerca de esto una idea precisa. Entonces imagina una casa con una escalera de seis mil seiscientos treinta escalones, y la cosa le resulta demasiado difícil. Una caja de cerillas con seis mil seiscientos treinta fósforos; una bolsa que contiene seis mil seiscientas treinta monedas. Pero esto tampoco le resulta. Un tren de seis mil seiscientos treinta vagones; imposible imaginarlo. Un libro de seis mil seiscientas treinta hojas (notad bien esto, tienen que ser hojas, no páginas, correspondiendo entonces las dos páginas de cada hoja a un día y una noche). Aquí puede llegar a una representación concreta: va a buscar una pila de libros en el estante; el primero tiene ciento cincuenta hojas, el segundo ciento veinticinco, el tercero doscientas diez, ninguno tiene más de doscientas sesenta y, por lo tanto, las habría sobreestimado; hace una pirámide de veintitrés volúmenes y no llega sino a cuatro

mil doscientas veinte hojas. Entonces renuncia, guardando el estupor en sus ojos. ¡Y pensar con esto que a cada hora que se iba para él se agregaba otra más allá lejos! Su propia existencia contaba apenas cinco mil novecientos días y, no obstante, ¡cuán larga le parecía, cómo se deslizaba lentamente! Cada semana era semejante a una penosa marcha por la ruta y se daban días que se pegaban a ella como la pez, siendo difícil desprenderse de ellos. Y al sentimiento de lo que pasaba en casa de los otros al mismo tiempo: mientras él dormía y leía, iba a la escuela o jugaba, conversaba con las gentes, hacia tal o cual proyecto, el invierno venía, luego la primavera, brillaba el sol y caía la lluvia, llegaba la mañana y más tarde la noche, y en tanto todo esto acontecía, el otro estaba allá lejos, durante el mismo número de horas y durante las mismas horas y siempre, siempre se hallaba allá lejos. Aun no había nacido Etzel (¡qué misterio infinito surgía súbitamente de esta palabra: nacer!) cuando el otro ya estaba allá, el primero, el segundo, el quinientos, el dos mil doscientos treinta y siete día.

Librodot

Etzel hace un gesto para desprenderse de dos manos que le oprimen los hombros, semejantes a tenazas de acero; mira en torno suyo, furioso, impaciente, huraño; toma una regla de ébano y se pone a marcar el ritmo como un director de orquesta. Es este uno de sus juegos favoritos. Cuando tenía ocho años sentía ya predilección por esta diversión; volvía ahora raramente a ella, salvo en las horas de descarriamiento o de insoportable agobio. Considera como atavismo ese retorno a una manifestación pueril y recae luego en un malestar innominado, como al día siguiente de una orgía. Su papel de director de orquesta consiste en gritar a voz en cuello una sinfonía de su invención, remiendo de todas sus posibles reminiscencias melódicas, en la que imita las maderas, los címbalos, los cobres, los contrabajos, y todo blandiendo con ardor y frenesí la regla que le sirve de batuta. Es la orquesta, la música, el director y la exaltación tumultuosa que se provoca mediante sus cantos y gritos lo que termina por atraer a Rie, quien, con aire descontento, lo invita a tranquilizarse, no comprendiendo ese ataque de frenesí; y le recuerda que su padre puede volver de un momento a otro. Cubierto de sudor, con el rostro escarlata, la regla en la mano levantada, la mira fijamente como si no la reconociese ya, y dice

con aspecto deprimido e irritado: "Cierra la puerta Rie, el vestíbulo apesta a ajo, voy a sentirme mal".

4

LAS cuatro de la tarde del día siguiente (era miércoles) apareció inopinadamente en casa de Thielemann. Se hizo indicar la habitación de Roberto y de pronto se encontró frente a su estupefacto amigo, que ni lo había oído entrar. Era una suerte que Roberto se hallara a punto de iniciar sus deberes, pues en tal oportunidad disponía enteramente de la habitación, una gran pieza pentagonal, incómoda, cuyas dos ventanas daban a un estrecho patio y, por consecuencia, era tan obscura que se hacía preciso encender la luz durante la tarde. Thielemann necesitó un momento para reponerse de su estupor: como Etzel nunca había venido a su casa, nacía de esto una nueva situación, sin hablar de su inexplicable conducta de los últimos tiempos, respecto a la cual Roberto tenía un poco de razón para sentirse resentido. Además, reinaba ese día una atmósfera tempestuosa en la casa; el joven mismo no sabía con precisión lo que pasaba; en la mesa sus padres habían permanecido encerrados en un mutismo glacial y ninguno de los tres muchachos habíase atrevido a pronunciar una palabra; después de tragar el último bocado, el señor Thielemann se levantó y se fue, en tanto que su mujer se encerró en su cuarto, sin dirigir una mirada a sus hijos. Contrariamente a su costumbre, el padre regresó a la media hora; de ordinario jugaba al billar, en el café, hasta las cuatro y media; luego iba al negocio. En ese momento se hallaba en la salita, a la que abandonaba de tiempo en tiempo para cruzar el corredor, haciendo resonar una puerta y de nuevo dominaba el silencio. Pero Roberto desconfiaba de esa calma; sabía que en cualquier instante podía desencadenarse el huracán. ¡Qué fatalidad había querido que Andergast llegara precisamente ese día! Pese a todo había día mejores, en los cuales no se sentía como sobre ascuas. No podía pronunciar una palabra; cohibido buscó un secante y colocó su lapicero detrás de la oreja -costumbre que Etzel detestaba porque lo

hacía parecer un pobre tendero, y que le había reprochado en muchas oportunidades. Pero Roberto no deseaba gustar a Etzel; era preciso que no pasaran las cosas como si no hubiera habido nada entre ellos. Guiñó los ojos y miró con apasionado interés la encendida lámpara eléctrica que pendía del cielo raso, desnuda, sin pantalla, ligada a un hilo. Lo que leyó en el rostro de Etzel, mirándolo tímidamente de lado, lo predispuso a la indulgencia. "Sabrá el diablo cómo se las arregla este hombrecito; apenas llega y ya uno olvida lo que tiene contra él".

"-¿Ha pasado algo? -preguntó, dejando vagar la mirada a través del cuarto, como para asegurarse de que no daba una impresión demasiado desagradable y que el contraste con la confortable pieza de Etzel era menos sensible para éste que para él mismo-. ¿Ha pasado algo? -repitió-. No eres poco estrafalario para un muchacho de tu condición. -Habiendo readquirido su voz una entonación en la que había, sin que él lo quisiera, afecto y solicitud, comprobó no sin despecho que sus relaciones con Etzel eran completamente distintas que las que mantenía con sus demás camaradas.

-He andado tan rápido -dijo Etzel recobrando alientos, y un poco intimidado se sentó frente a Roberto, en su mesa de trabajo-; quisiera discutir contigo cierta cosa ... es decir ... si tienes tiempo . . . no mucho tiempo; yo mismo estoy apurado y es preciso que me halle de regreso en casa a las cinco. Sólo que ... es un asunto terriblemente delicado; es necesario que sepas guardar el secreto, Roberto; nadie nos escucha aquí, ¿no es cierto? -Miró en torno suyo con ojos escrutadores; en la comisura de los labios tenía un breve temblor, como un niño a quien se le ha roto un juguete y que desde ese momento cree conocer la malignidad del mundo. Siempre su-. cedía lo mismo con él; cualquiera fuese la experiencia que ya había adquirido y aun cuando tomara actitudes de hombre maduro y resuelto, todavía subsistía en él el niño de ocho años.

-Vamos, desembucha, pues -dijo Roberto con menos aplomo del que hubiese deseado mostrar-, no hay espías aquí. -Con las manos entre sus rodillas apretadas, Etzel re-flexionaba, frunciendo las cejas. No sabía cómo comenzar; inclinase hacia adelante y poniendo sordina a su voz en muda, que no da más que sonidos viriles en las notas medias, dijo que, en general, no gustaba que los muchachos hablasen de sus asuntos familiares, cosa que estaba bien para las chicas. Pero como por el momento se encontraba en una situación muy complicada y no tenía más amigo íntimo que Thielemann, habíase propuesto dirigirse a él. En realidad no quería más que una respuesta a una cuestión de conciencia. No se trataba de meditar acerca de un tema ni gastar en el asunto demasiadas palabras; Thielemann sólo tenía que decir sí o no, espontáneamente, de acuerdo con su instinto. Se trataba de su madre. Se trataba de las relaciones entre su padre y su madre o, más bien, de la existencia de esas relaciones, que en los últimos tiempos se había convertido en causa de un cruel conflicto interior. "¿Comprendes, Thielemann?", le preguntó con su mirada límpida y amable. Roberto tuvo un escalofrío. "Ni una maldita palabra", murmuró, sacudiéndose como alguien que se encuentra debajo de una gotera. Su rostro se ensombreció, pues no estaba en absoluto preparado para semejante confidencia y casi la sintió como una ironía, pues vivía agobiado por el peso de la discordia que reinaba en su propia familia y de un malestar ya antiguo que había acumulado en él tanto rencor. Su padre y su madre, dos partidos opuestos; repulsivos, despreciándose, persiguiéndose, maldiciéndose uno al otro, esforzándose cada uno, con una ceguera desesperada, en ganar los hijos a su causa. Sintióse atormentado por la sospecha de que Etzel estuviese al corriente de esa degradante situación y que tal circunstancia le hubiese dado el coraje de desplegar sus miserias familiares, en cierto modo por simpatía; resentíase su orgullo de pequeño burgués. Por esto sus pensamientos, ya desviados por el mal, trabajaban en falso, tan grande era la confusión que reinaba en su alma. Anotemos en descargo suyo que no era particularmente perspicaz, sino un buen muchacho, fácil de emocionar. Sus ojos tenían una pobre expresión famélica, mientras miraba a Etzel para sondearlo; no podía olvidar lo que venía preparándose en la morada paternal, pero mientras trataba de retener la atención que su inquietud llevaba a otra parte, su desconfianza con respecto a su amigo desapareció y pensando de pronto que era la primera vez que Etzel le hablaba de tales cosas, sintióse emocionado hasta las lágrimas. "¡Comprenderé perfectamente, hijo -manifestó-; desínflate!"

Etzel sacudió la cabeza. "Escúchame -dijo-: no conozco a mi madre, nunca oí hablar de ella directamente y sólo por rodeos logré algunos datos a su respecto, pero de los más sumarios. Incluso desconozco su dirección y únicamente sé que reside en Suiza, en Ginebra, o por lo menos que vivió allí hasta hace poco tiempo. No sé si está enferma o sana, si es rica o pobre, si está sola o con otros. Y no sé por qué no sé nada, o por qué no tengo derecho a saber

Librodot

nada. No tengo ninguna idea acerca de ella, ninguna imagen suya vive en mi espíritu, porque hace mucho que desapareció de mi existencia y todo recuerdo suyo -lo que no puedo explicarme- se ha borrado de mí; tampoco conozco un retrato suyo, pues nunca vi una fotografía o miniatura de ella; no existen. Es como si la hubieran borrado absolutamente de mi vida. ¿Por qué? No puedo dejar de preguntármelo; es cierto que no ha renunciado voluntariamente a toda relación conmigo. ¿Pero qué pudo obligarla a hacerlo? ¿Una falta? ¿El sentimiento de su culpabilidad? Sería inaudito que una madre por tal motivo abandonara a su hijo y lo olvidara. Mi padre tiene que ver, pues, en esta situación. Es imposible interrogarlo; un segundo después me habría puesto en la puerta sin que yo lo notara. Rie no cuenta para nada en este asunto. Mi abuela está obligada a guardar silencio por razones que no conozco. Las conveniencias me obligan a interrogar a otras personas; estoy frente a una conjuración o un verdadero complot. En el centro de esta conjuración o de esta "entente", poco importa lo que sea, se encuentra mi padre. El es quien ha tomado todas las medidas, quien tiene todos los hilos en la mano. Excluye todo lo que le molesta: toda curiosidad, toda reclamación, todo espíritu de investigación. Es así y quiere que así sean las cosas y porque es todo poderoso así pasan las cosas, en efecto.. ." Etzel siente esto como una injusticia. Se pregunta si debe continuar sometiéndose. Por momentos considera como un acto de obediencia a una orden intima el hecho de practicar una brecha en el dique que se levanta en torno suyo; esto le parece necesario, también, para restablecer el equilibrio que falta a su vida. Aquí Etzel hace una comparación extraña e ingeniosa: le parece haber tocado hasta ahora un trozo musical en el piano sólo con la mano izquierda, es decir, la segunda parte; bien sabe que nunca escuchará el juego simultáneo de ambas manos, pero desearía oír también un día la ejecución realizada por la mano derecha, para poder reconstruir, al menos en su alma, la sinfonía. La dificultad reside en el hecho de que no le agradaría engañar a su padre; no desearía conducirse de manera incorrecta, pues reconoce sus deberes filiales. Obediencia y respeto no son para él -hasta un cierto grado sin embargo- más que palabras carentes de sentido. Su padre se ha ocupado de él a su manera; a su manera también le profesa realmente cierto afecto; no es posible, sin más ni más, pasar por encima de él; es demasiado grande para esto, es una personalidad demasiado fuerte, es demasiado él mismo.

-Ahora dime, Thielemann -Etzel se levanta con bastante brusquedad y en sus ojos se produce un chisporroteó de bronce líquido-, dime lo que debo hacer. Eres una persona justiciera; tienes sentido de lo justo y piensas con rigor, lo que es esencial dime: debo considerarme ligado, debo soportarlo todo junto a él hasta el día en que le convenga decir: he aquí tal cosa y he aquí tal otra; hay esto y aquello, elige, dirígete a derecha o izquierda, quédate en el medio; en todo caso, ¿está informado ahora? Pero tal situación no llegará nunca; nunca estas palabras llegarán a sus labios. Entonces, es necesario que no lo tome en cuenta, que me plante sobre mis dos pies y haga... sí ... lo que puede hacerse ... y de lo que es inútil hablar por el momento. Lo que será aun no lo sé, pero hay que estar listo para casos semejantes; ¿qué me aconsejas, pues, Thielemann? No reflexiones, conoces el juego: la mesa vuela, el pájaro vuela ... se trata de levantar el dedo en seguida; dime rápido tu opinión.

Esa exposición luminosa, mesurada y elocuente, reflejaba toda la claridad de espíritu, toda la audacia, toda la sinceridad de un joven que no admite el chalaneo cuando se trata de sus convicciones morales. Esta cuestión, quizá, no sólo estaba dirigida a Thielemann, quien, sin duda, no era más que el pretexto y el reemplazante fortuito de los demás, sino a todos sus camaradas en general, al espíritu de camaradería, al mundo ambiente y, en definitiva, a sí mismo. Acaso en el fondo de su alma hacía este cálculo: si un día llego a englobar esta cuestión en una fórmula precisa, ya no podré engañarme yo mismo. Únicamente se trata de encontrar la necesaria valentía para plantearse esta pregunta; aquí se hallaba lo más difícil. Desde el momento en que tenía el coraje de formular claramente una cuestión acerca de un tema cualquiera, ganaba bríos y libertad de movimiento para actos totalmente ajenos a este asunto. He aquí lo que es preciso destacar ante todo, lo que habrá que imprimir en grandes

Librodot

caracteres, aunque más no fuera que por la complicación de esta alma, de múltiples capas subyacentes, a pesar de su encantadora simplicidad.

Roberto Thielemann no se había apresurado a dar su respuesta. Levantóse pesadamente, se puso a caminar alrededor de la mesa con sus pesados zapatos, pasó los dedos por sus mechones rojos, gruñó y tosió antes de hacerla oír: "Existe el punto de vista afectivo y el punto de vista cerebral. Y forman dos arreos diferentes; ignoro cuál de los dos marcha mejor. En cierto modo has nacido entre sedas. Y ellas son más difíciles de desgarrar que la tela ordinaria. Eres un tipo asombroso, pero arrastras un montón de prejuicios y tradiciones, o llama a esto como gustes".

Etzel ya no escuchaba. Sonreía sin decir palabra, con una sonrisa enterada, indulgente y decepcionada. Desde el momento en que el otro había dicho "pero", él pensaba; se reanimó, tomó una hoja de papel y un lápiz y dibujó un caballo que tenía cuernos de ciervo y golpeaba el aire con sus patas delanteras. Thielemann se hallaba en el mismo estado que en el curso de griego cuando sacaba una mala nota en composición. Su frente se empurpuró. "Voy a decirte algo -comenzó con tono de misterio, inclinándose hacia Etzel-; ellos nos dan la pitanza, todo está en esto; no tienen la menor idea de lo que pasa en nosotros. Estamos ya en Cannes cuando aun ellos se encuentran en Benevent; no saben lo que les espera. Todo el sistema es desagradable, nauseabundo. Pero poseen la pitanza y con eso son dueños de la situación. Quisiera hacer un buen desgarrón en ella, si lo supieras, un desgarrón como este, mira". Tomó la hoja en la cual Etzel, que seguía sonriendo, borroneaba unas líneas, y la rompió en dos pedazos con un movimiento de cólera.

En ese momento se hicieron oír los gritos penetrantes de una mujer y, al mismo tiempo, una voz de hombre furiosa y atronadora. Apenas habían pasado tres segundos, cuando una puerta se sacudió con ruido. Luego se produjo un silencio que

duró el tiempo de un suspiro y sin duda se reabrió la puerta, pues la voz de la mujer gritó más fuerte que antes, a la vez quejosa y chillona, quebrándose a fuerza de aumentar de tono. El hombre respondió, desde algo más lejos que la primera vez, con injurias y amenazas espantosas. Etzel se paró de un salto, creyó que se había producido un accidente. Quiso ganar la puerta, pero Roberto lo tomó por un hombro, lo retuvo y le deslizó al oído, con el rostro convulsionado, rechinando sus dientes de jabalí, con voz ronca: "No te muevas o tendrás que vértelas conmigo". Había llegado, pues, lo que temía temblando, lo que había querido disimular como se oculta una erupción asquerosa en la frente, lo que lo mantenía sobre ascuas y ensombrecía su juventud. Etzel y él estaban a dos pasos de la puerta y continuaba reteniéndolo por el hombro; su rostro estaba tan pálido que las manchas rojizas de su cara parecían casi negras, como salpicaduras en un pergamino. Etzel había bajado los ojos al mismo tiempo que seguía escuchando la odiosa querella; comprendía el malestar de su amigo. No se atrevía a mirar a Roberto. Entonces cesó bruscamente el ruido como si ambas voces hubiesen sido ahogadas bajo una capa de arena; quince segundos duró más o menos el silencio y luego, de súbito, alguien se puso a tocar un vals en un piano atrozmente desafinado. Nada extraordinario había en esto: era uno de los hermanos de Roberto que se entregaba en el saloncito a ejercicios musicales; pero esta sucesión -primero los infames alaridos; después, inmediatamente después, ese aire de vals tan malo que revelaba en el músico una insensibilidad tan de bruto - permitió a Etzel leer en esa vida de familia como en un libro abierto. Tendió la mano a Roberto con gesto de vacilación y le dijo muy bajo: "Me voy, ahora, Thielemann, pues ya llegaré tarde a casa. Adiós". Ya estaba fuera; temeroso, se deslizó por el corredor y descendió la escalera en pocos saltos. "Es vil de mi parte huir de este modo -pensaba marchando bajo la lluvia por la calle Feyerlein y mirando al cielo con los labios contraídos-; pero si me hubiera quedado más tiempo, tampoco se habría sentido más contento".

Andaba con más lentitud, hundido en sus pensamientos. Al cabo de un instante se detuvo bruscamente, comprimiéndose con las dos manos el pecho. Su corazón comenzó a

Librodot

latir con violencia y en voz baja dijo: "Todo esto no sirve para nada, no tendré paz antes de haber ido a buscar a ese viejo a Hanau".

5

DESDE el jueves deseaba ir a Hanau, pero postergó el viaje para el viernes, pues ese día su padre debía ir a una reunión. Dijo a Rie que iba al cine, que le dejara un sándwich en la mesa y que no lo denunciara si volvía tarde, pues, en cualquier caso, siempre estaría antes de las ocho. Pero, a decir verdad, regresó a las nueve, pues no había encontrado en seguida al viejo Maurizius. Sólo consiguió hallarle una hora más tarde, cuando por segunda vez volvía a su domicilio. Un locatario le había dicho que el viejo estaba en el Café de la Liebre, en el extremo de la calle. Etzel miró a través de las vidrieras sin ver a quien buscaba. Anduvo de arriba para abajo como una patrulla delante del largo edificio de la calle del Mercado, y eran ya las seis cuando al fin vio llegar al hombre de la gorra de marino. El alojamiento del viejo daba sobre un patio; era necesario, para llegar al primer piso, ascender una escalera de molinero que flanqueaba exteriormente la casa y seguir luego por una estrecha galería de madera hasta una puerta que se abría directamente hacia dos piezas humildes. Cerca de la puerta había una campanilla, bajo la cual estaba fijada una placa de cobre con esta inscripción: "P. P. Maurizius, antiguo propietario agrario". Al encontrarlo en la calle, Etzel se había descubierto, pero Maurizius no prestó atención al saludo; evidentemente era raro que lo saludaran; sin duda no conocía a mucha gente en la ciudad. Etzel lo siguió al patio, esperó a que hubiese desaparecido en la galería de arriba, y luego tomó el mismo camino, golpeó suavemente y como nadie se moviera, tiró del cordón y no oyó sonar la campanilla; sin duda no existía; entonces golpeó más fuerte, y al fin abrió el viejo. Miró al visitante con desconfianza. Sin gorra era tan diferente que Etzel, por un instante, creyó que no era el mismo hombre: por su estrechez, el cráneo recordaba la culata de un fusil; a través de algunos mechones blancos como harina veíase lucir, como una ampolla eléctrica, un tumor rojo que hacía retroceder. No es seguro (y nunca fue posible precisarlo) que en un primer momento reconociera al joven a quien, sin embargo, había perseguido tan obstinadamente durante varios días. Su rostro era indescifrable. Etzel dijo: "Quisiera conversar con usted", y el viejo lo invitó a pasar, sin pronunciar una palabra, con un simple guiño y un ademán. Una vez dentro, Etzel dio su nombre. Maurizius hizo un movimiento con la cabeza y no pareció asombrado en absoluto; habríase podido creer que Etzel era un concurrente asiduo a la casa. Con su brazo rígido, el viejo le señaló una silla, sacó de un cajón una caja de lata y con el tabaco que contenía se puso a llenar su pipa. Nada había de notable en el moblaje de la pieza; era el típico de un pequeño burgués: mesa, cómoda y aparador con espejo reclinado contra el muro y lleno de artículos baratos de bazar. Lo único que llamaba la atención era un montón de diarios apilados sobre estantes de madera rústica, dos o tres docenas de carpetas atadas con hilos que tenían en los lomos fichas con una inscripción en lápiz azul: 1905-1906-1907, sumario preliminar, debates del primer día, debates del segundo día, etc.…, ecos de la prensa extranjera, certificados judiciales, certificados de psiquiatras, etc. ... También se hallaban allí algunos folletos. Todo esto era, como pronto pudo verse, la colección de los impresos que trataban del crimen y el proceso de su hijo.

-He vuelto a hacer un pedido de revisión -comenzó Maurizius, sentándose en el sofá recubierto de una tela negra y guarnecido en los bordes con clavos de porcelana blanca, y pitando con respiración nerviosa y jadeante-, con el propósito de que la Corte no se duerma sobre sus dos orejas. Pero es como si se escupiera al aire. ¿Acaso alguien lo ha enviado, mi joven señor? ¿O viene por propio impulso? Por todos los diablos, ¿qué pudo traerlo? En los primeros años venía a verme mucha gente; incluso en 1909, mi casa parecía la de un médico de moda. Todos los días audiencias. Escritores, abogados, espiritistas, periodistas. Hasta

Librodot

llegaron de América. Pero desde hace doce o trece años domina la calma. También vuelve la calma sobre los campos de batalla, cuando se firma la paz, incluso si esa paz es puro pretexto. ¿Qué quiere usted, mi joven señor? Por lo que puedo juzgar, es usted excesivamente joven.

Su voz recordaba el graznido de un cuervo, y sin embargo no hablaba fuerte; a veces, proyectaba algunas palabras aisladas como un perro enronquecido que ladra, abriendo tanto la boca que los mechones de sus patillas, detrás de las cuales apuntaban los horribles lóbulos desnudos de sus orejas, parecían brotarle directamente de la garganta. Etzel admitió que era joven, en efecto; dijo su edad y agregó esta observación algo atrevida: que hasta entonces no había podido convencerse de que el número de años bastara para preservar al mundo de la estupidez y de la vulgaridad. Maurizius le lanzó una mirada de descontento, luego fue tomado por una risa interior que degeneró en un prolongado acceso de tos, la cual sólo terminó después de una abundante expectoración. Etzel sintió náuseas, pero disimuló su disgusto y, tratando de dar a la conversación un tono más cordial, rogó al señor Maurizius que fuera indulgente con su juventud. A pesar suyo había nacido en él el deseo de conocer la verdad acerca del casó Maurizius o, al menos, de conocer los hechos, incluso si no le era posible prometer que alguna vez estaría en condiciones de intervenir útilmente. Además, ¿quién podría creer en su promesa, incluso si ella más tarde debía realizarse? En todo caso, después de haber vacilado largo tiempo, había venido con la esperanza de no dar aquí un paso inútil. Presentó este pedido con una indefinible mezcla de torpeza y amabilidad ingenuamente insinuante, habiendo cruzado las piernas y rodeado sus rodillas con las manos. Si su abuela, la Generala, le hubiera visto así, sin duda habría estallado en una risa burlona. y le hubiese llamado como lo hacía a menudo: muchachito iluminado.

Pero el viejo se hundió en el silencio y apagóse su pipa.

6

HASTA entonces había llevado una existencia simple, pero que se había hecho, es cierto, de más en más sombría con los años, en el curso de los cuales la lucha que realizaba por establecer la inocencia de su hijo se había convertido en su pasión dominante. De su matrimonio con la hija de un pastor del alto valle del Rin habían nacido cuatro hijos, tres varones y una mujer. Poseía un terreno cerca de Golnhausen, cuyos viñedos daban considerables beneficios. Llevaba con su familia una vida exenta de preocupaciones. Una epidemia de tifus estalló en el verano de 1900 y le quitó, en el espacio de dos semanas, su mujer, su hija y dos de sus hijos. El más joven, Leonardo, tenía entonces veinte años y estudiaba en la Universidad de Bonn. Era ya, sin duda alguna, el favorito de su padre, quien veía en su benjamín a alguien extraordinario y que lo dominaba hasta la debilidad con sus talentos y su fina gracia de jovencita; pero después de la catástrofe de una cuádruple muerte, que sólo dejara al padre a Leonardo como único hijo, esa simple preferencia se convirtió en idolatría. Fue para el joven, al mismo tiempo, un padre y una madre. Cuando pasaba un día sin tener noticias de aquél, se inquietaba. Los pedidos de dinero del joven -pedidos que no eran precisamente moderados- los satisfacía sin objeción, aun cuando en el decurso de los años había disminuido considerablemente el rendimiento de la tierra y la instalación de un gran lagar le resultó un negocio desdichado, que lo obligó a cargarse de pesadas hipotecas para hacer frente a sus compromisos. Leonardo no se preocupaba en absoluto por tales cosas. Seguro de que haría una brillante carrera, adulado por sus camaradas y profesores, bien acogido en la mejor sociedad, su actitud natural había llegado a ser la de un vencedor cuyo éxito desarma. El padre no se atrevía a quitarle la ilusión de que dispondría, como hijo único, de una propiedad fundiaria, de recursos ilimitados; por el contrario, temblaba a la idea de tenerle que confesar algún día su situación verdadera. Todas las distinciones que obtenía Leonardo, todos los exámenes en que se destacaba, todas las relaciones aristocráticas que contraía y que ese joven vanidoso no dejaba de anunciarle, eran motivos de satisfacción,

Librodot

como si hubiera engendrarlo un ser de asombroso genio. Los sueños que se forjaba a su respecto lo elevaban bien alto, aunque la ambición del mismo Leonardo no apuntara tan alto; acaso no aspirara a llevar más que una vida fácil y agradable, abandonándose sin contención a sus refinados gustos y a lucirse en un mundo a cuya aprobación y opinión daba el mayor precio. Poco después de que Leonardo fuera habilitado como encargado de cursos en la Universidad, llegó el momento en que el padre fue constreñido a encarar la temida explicación. Se trataba de una deuda de juego de tres mil quinientos marcos que debía pagar en veinticuatro horas. Este dinero no lo tenía el padre y sólo pudo conseguirlo con grandes penas. Un banco nada limpio se lo prestó a interés usurario. Leonardo quedó estupefacto. Entonces el padre y el hijo sostuvieron una larga entrevista, durante toda la noche permanecieron reunidos junto a una botella de "Liebfrauenmilch", bajo el pabellón de rosas situado detrás de la casa, y, para terminar, Maurizius suplicó a su hijo que le perdonara si no podía poner a sus pies las riquezas que éste tenía derecho a exigirle; ¿no era a sus ojos un éxito sin precedentes que su hijo, que apenas contaba veintidós años, hubiese sido designado para desempeñar una cátedra universitaria y fuera considerado como una lumbrera en su especialidad? Dos meses más tarde tuvo lugar el compromiso matrimonial y al cabo de seis semanas las nupcias de Leonardo con Elli Hensolt, viuda de un rico fabricante de papel, a quien había conocido durante su estada en Kreuznach. Estos dos acontecimientos, compromiso y casamiento, el padre únicamente los conoció por algunas lacónicas líneas. Fue tan grande el estupor de Maurizius que, cuando los flamantes esposos lo visitaron, al finalizar el viaje de bodas, para pasar algunos días en su casa, parecía no haber recobrado aún el uso de la palabra, y a tal punto que no dijo adiós a Leonardo cuando partieron. No sin apresuramiento, Leonardo aprovechó esa ocasión para mostrarse ofendido y, por consiguiente, para alejarse de su padre, simulando no ver el pesar y la decepción de éste. En realidad, esa afectuosa tiranía le pesaba desde hacía tiempo; además, sentíase avergonzado de su padre, de sus maneras rústicas, de su tosquedad y de su falta de educación. Por snobismo burgués, cubría con discreto velo sus orígenes; ya no necesitaba al viejo, en efecto, pues su mujer le había traído en dote ochenta mil marcos, fortuna que había heredado de su marido, pues su primera unión había resultado estéril.

Elli Hensolt, en adelante Elli Maurizius, se llamaba de soltera Jahn. A fines del último siglo, los Jahn figuraban entre las familias más notables de Renania. El señor Jahn, el notario, había ocupado en los últimos años de su vida el puesto de burgomaestre de Remagen y era considerado uno de los jefes del partido del Centro, al cual había prestado importantes servicios durante la "Kulturkampf". Pero no logró amasar una fortuna; quizá era demasiado honesto o insuficientemente hábil para asegurarse alguna reserva en la abundancia. Después de su muerte, su familia se halló, si no pobre, es cierto, reducida a modestos ingresos; lentamente se hundió en la obscuridad. Además de Elli, había tenido dos hijos más, un varón, teniente que murió en la guerra de África, y una segunda hija, Ana, que contaba dieciocho años cuando el casamiento de Elli.

Diversas circunstancias provocaron la hostilidad de Maurizius contra ese matrimonio y alimentaron su odio contra la mujer de su hijo. En primer lugar, el hecho de que los Jahn fueran católicos. Aun cuando él distaba mucho de ser un devoto (incluso ni frecuentaba con regularidad el templo), sentíase apegado a las tradiciones habituales de su familia; con ese puritanismo en el cual intervienen igualmente el orgullo campesino, la obediencia filial y la conciencia de pertenecer a un partido avanzado. No obstante, habría tolerado esa apostasía, sin intentar nunca nada a fin de evitarla. Pero era más grave aun que su mujer no fuera atrayente, ni bonita, ni elegante, que no poseyera ninguna de esas cualidades que llaman la atención; tampoco podía ella vanagloriarse de pertenecer a la alta sociedad, de ser de sangre noble, de tener brillantes relaciones o fortuna. Ochenta mil marcos eran una miseria comparados al valor de Leonardo, con su porvenir y lo que éste prometía. Mas lo peor de todo consistía en que ella tenía quince años más que él. Una mujer de treinta y ocho y un hombre de veintitrés, y este hombre era Leonardo; resultaba imposible pasar por encima de

Librodot

esto. Leonardo se ha perdido, ha caído en las redes de una intrigante; ha apagado en él toda llama, se lo ha comprado para remolcar una embarcación que hace agua y pronto no quedarán más que ruinas de su espléndida juventud. De este modo juzgaba el viejo esta unión, y como creía firmemente que Elli le había quitado su hijo, el afecto de su hijo, que ella había cerrado el corazón de Leonardo a su padre y a él mismo lo había condenado a una soledad ignominiosa, pronto no hubo en su alma amargada otro deseo que el de la venganza. Si todavía deseaba vivir, sólo era para esperar la hora del arrepentimiento y del retorno del bienamado que había perdido. Contaba con ello, acechando la aproximación de un destino formidable y vengador, y esperándolo en su sombría desolación. Ese destino llegó, pero muy distinto al que esperaba, y también lo aniquiló.

7

LA vida en común de la pareja pudo deslizarse sin nubes durante los dos primeros años. Con respecto a esta alianza, los amigos de Leonardo siempre habían rechazado toda imputación de vil cálculo de su parte; habían protestado con indignación contra todas las acusaciones de ese género y nunca desearon ver otro motivo en ese casamiento que una inclinación amistosa, adhesión y reconocimiento. Decían que la mujer había salvado a ese eterno indeciso, tan fácil de descarriar, de los peligros que le preparaba su propio carácter. Ella lo mantenía con vigoroso puño, decían, y sólo a ella correspondía el mérito de haber atenuado su irritabilidad, su necesidad enfermiza de compañía, su agitación. ¿Era acaso eso amor? ¿Quién podía penetrar el misterio? ¿Quién habría sabido distinguir en esa tan sorprendente unión lo que correspondía al amor verdadero y lo que era estimación, reconocimiento recíproco y práctica de las cualidades necesarias para una existencia armónica? En primer lugar, ¿qué era amor verdadero? Un fantasma imaginado por los lectores de novelas, al cual el tiempo quitaba sus velos atractivos y engañadores. En todo caso, su mujer le estaba consagrada por una abnegación total, por una fe profunda, por una solicitud incansable; acaso fuera esto el amor verdadero, y si el amor de él no fuera a su vez tan verdadero, tal circunstancia no tenía mucho valor y no había motivos para romperse la cabeza a fin de aclararlo. Lo cierto es que Leonardo publicó durante ese período algunos de sus trabajos más apreciados y se hablaba de una misión oficial que se le confiaría pronto, para realizar un viaje de estudios a España. Sin embargo, y a partir de un momento preciso, la opinión del mundo acerca del matrimonio Maurizius se modificó y circularon rumores de discordia. Decíase que Elli se había enterado de las relaciones de Leonardo con una bailarina. Es cierto que estas relaciones habían precedido en un año al casamiento, pero de ellas había nacido una niña, y cierto día la madre de la criatura, caída en la peor de las miserias, citó a Leonardo. por intermedio de un abogado, reclamándole el cumplimiento de sus deberes paternales. Leonardo nada había dicho a su esposa; ella ignoraba todo el asunto; pero, en cambio, inició a su cuñada en el secreto de su pasado. Ana Jahn se encargó de la criatura, por entonces de dos años, y con la aprobación de Leonardo la llevó a Inglaterra, a casa de una amiga y parienta lejana, directora de un hogar de gobernantas, en cuya casa Hildegarda Koerner -nombre que la criatura recibió al ser bautizada- fue educada y donde permaneció. Cosa curiosa, Leonardo quería a ese pequeño ser sin madre (pues la bailarina había muerto, víctima de la tuberculosis, en Arosa), la quería con ternura exaltada y romántica, aunque no la conociese para nada; más tarde, Ana Jahn conversó con él al respecto y comprendió, en tanto que Elli, después de enterarse por una carta anónima, y luego por la confesión tardía de su marido, profirió protestas de celos y jamás toleró que se pronunciara delante de ella el nombre de la pequeña. Desde aquel momento Ana Jahn aparecía indisolublemente mezclada en la vida de Leonardo. Después de la muerte de su madre, abandonó Colonia, donde habían permanecido juntas; pasó algunos meses en diferentes ciudades y luego se instaló en Bonn,

Librodot

donde se hizo asidua concurrente de la casa de su hermana y de su cuñado. ¿La influencia nefasta que ejerció sobre Leonardo y su vida conyugal hízose sentir desde los primeros días o más tarde? Las opiniones estaban divididas acerca de esta cuestión. No era necesario ser profeta para prever que todo esto terminaría mal. Hay conjeturas triviales (aun cuando estuviese en juego una personalidad que permaneció primero en último plano y que se elevó en el curso de los acontecimientos por encima de la trivialidad corriente). La asombrosa belleza de su joven cuñada no podía dejar indiferente a un hombre como Leonardo. Ana Jahn estaba entonces en pleno florecimiento. Cuando se la veía, caíase en el arrobo; los estudiantes le daban serenatas y le enviaban versos; los oficiales (le la guarnición no hacían más que tratar de introducirse en casa de las familias que ella frecuentaba; cuando aparecía en la calle, las gentes se detenían, quedándose con la boca abierta. Durante cierto tiempo fue ella el tema de las conversaciones, como si se tratara de una gran cantante o una. gran actriz. Las muchachas decían: "He visto a la señorita Jahn", con el tono con que hubiesen hablado de un encuentro sensacional. Al abrir la casa a su hermana, Elli debió reflexionar acerca de todo esto; ella misma había aconsejado a Ana que se instalara en la ciudad, pues no quería que la joven permaneciera sola y abandonada en el mundo. Y así fue como provocó su propia desgracia. Al principio, Leonardo permaneció a la defensiva. Pretendía que Ana le resultaba antipática, que lo aburría. A veces Ana lo trataba con ironía sutil, que él no se atrevía a considerar ironía, y en forma tan insultante que habría sucumbido de vergüenza si hubiese confesado que la comprendía. Ella se expresaba más claramente con las demás personas cuando, por ejemplo, le achacaba riendo que sólo era un pequeño pensionista que vive bajo la vigilancia de una dueña severa. Además, pronto se hizo visible el abismo existente entre ambos esposos; la naturaleza lo había creado y lo ampliaba. Algunos extranjeros preguntaron de paso si la mujer que habían visto del brazo de Maurizius era la madre del profesor. "No -se respondía con una sonrisa-, es su mujer". "¡Ah!", decía entonces el curioso y se quedaba asombrado. Ese término malévolo de pensionista no era injustificado en absoluto. Ella controlaba todos los pasos de su marido, vigilaba sus entrevistas, sus trabajos, sus horas de labor, su lectura, su correspondencia, sus conversaciones, sus gastos. No era avara, incluso le hacía regalos de valor, pero nunca le dejaba disponer de sumas importantes; era demasiado inteligente para no ver la falta que cometía obrando de esa manera, pero un instinto más fuerte que todo le ordenaba mantenerlo encadenado a cualquier precio el más tiempo posible. Ella ya no se dominaba; cuando él se iba, debía decirle exactamente la hora en que regresaría. A esa hora sus ojos ya no abandonaban el cuadrante, y cuando él demoraba un poco, era víctima de un temblor febril. Durante sus esperas, sentíase envejecer. Sentábase delante del espejo y se veía envejecer. Buscaba la confirmación en los ojos de los demás y la rechazaba con horror cuando la encontraba. No obstante, ya las lenguas marchaban a buen tren con respecto a Ana Jahn y Leonardo. Se los encontraba juntos en su museo, en una excursión, en casa de una amiga. Se bromeaba. Elli comprendió lo que iba a desplomarse sobre ella. Hizo lo que no debió hacer mientras le quedara una chispa de dominio sobre sí misma. Reconoció que su marido se le escapaba día tras día, y se asió a él con la energía de la desesperación. Y todo esto aun no era más que el comienzo.

8

DURANTE ese período, el viejo Maurizius fue como una araña en medio de su tela; esperaba pacientemente. Durante cierto tiempo pagó a un detective para que le trajera noticias acerca de su hijo y lo informara de lo que pasaba en su casa. Así se enteró de la historia de la pequeña Hildegarda; hizo seguir las huellas de la criatura, de la cual trató de apoderarse al precio de inenarrables penas; con su astucia campesina, pensaba que así tendría un arma en las manos; sin embargo fracasó. Oyó hablar de Ana Jahn. Hijo espiar a la joven. Oyó hablar de desavenencias entre Leonardo y su mujer, de un creciente desacuerdo, de escenas íntimas,

Librodot

del escándalo que anunciábase con nubes amenazadoras. Estaba satisfecho. Tenía viento en popa. Pero cuando una noche de octubre apareció Leonardo en su casa, de improviso -había llegado en el auto de un amigo para decirle adiós, pretextaba, antes de partir para un largo viaje-, el viejo se sintió espantado por la confusión que notó en el rostro y en toda la persona de su hijo. En seguida tuvo la impresión de que esa visita de despedida a una hora tan imprevista no era más que un pretexto. ¿Por qué tanta deferencia después de tres años y medio de olvido total? Ni una palabra era cierta en el asunto. Leonardo no manifestaba más que cosas confusas y embrolladas; finalmente se franqueó: necesitaba dinero. No se atrevía a exigirlo y sólo hizo alusión a ciertos compromisos agobiadores. Pero cuando observó la impasibilidad del viejo, renunció a toda nueva tentativa, a todo disimulo, y únicamente pensó

en marcharse lo antes posible. El viejo no lo retuvo. Incluso si Leonardo se hubiese prosternado a sus pies, no le habría dado un centavo mientras no le hubiese oído decir de viva voz: "Me he librado de esa mujer". Realizó con notable habilidad su hipócrita comedia, acompañando fríamente a su hijo hasta la puerta y sin tenderle la mano. Era ese el mismo hombre que, después de la condena de su hijo y en tanto que éste purgaba su pena, ponía de lado para él toda una fortuna. No esperaba ni él mismo ver en libertad a ese hijo que idolatraba, ni tampoco saber a ese condenado a perpetuidad en posesión del capital reunido con perseverancia; sin embargo organizó su existencia y tomó medidas, como si pudiera contar con tales hechos con absoluta seguridad. Vendiendo sus tierras en condiciones favorables, y después del pago de las hipotecas, había logrado reunir treinta y cinco mil marcos. Por una previsión casi incomprensible, había depositado esa suma en un banco suizo (dícese que los endemoniados se revelan superlúcidos en la búsqueda de la finalidad única que obsesiona a sus espíritus), y para su sostenimiento sólo gastaba una porción ínfima de sus intereses. Llevaba vida de indigente y su habitación no era más que un cubil. Usaba durante años las mismas ropas; sus comidas consistían en un trozo de queso, salchicha y pan, y, al cabo de dieciocho años, los treinta y cinco mil francos se convirtieron en sesenta mil francos suizos. Tenía entonces setenta y cuatro años. La idea de que podía morirse antes de que Leonardo abandonase la prisión no llegaba ni a conmoverlo; no sólo la muerte no tenía nada de terrorífico para él, sino que incluso le resultaba desprovista de realidad.

9

SOLO más tarde se compuso este cuadro para Etzel, y con ayuda de numerosos detalles que llegaron a su conocimiento poco a poco. Más tarde mantuvo varias entrevistas con Pedro Pablo Maurizius, en un lugar determinado, no lejos de la casa de Andergast. En su tonta senilidad y a causa de que hasta entonces habían fracasado lamentablemente todos sus planes y tentativas, el viejo veía en ese muchacho una especie de mensajero divino: olvidaba la ridícula desproporción de edad que había entre ambos y era más locuaz con él de lo que había sido durante los últimos veinte años con nadie. Esto no evitaba que continuara siendo prudente. Pero, como se dice, el muchacho lo había embrujado y no consideraba imposible que Etzel pudiera ayudarle en el gran caso. Y mientras se creía lo suficiente perspicaz para halagarlo, dejábase sondear por el muchacho, al menos tan astuto como él para todo cuanto deseaba saber, y le comunicaba fragmentos importantes del material documental que cuidadosamente había reunido. Aun cuando Etzel hubiera adquirido por ese medio un conocimiento bastante preciso acerca de los hechos, de la situación respectiva de los actores y de que abrazara claramente con su mirada virgen, semejante al agua de una fuente, el turbio juego de los intereses, comprendió con una intuición no menos segura, todo lo que de siniestro y demoníaco existía en el mundo que se agitaba en último plano y que en su conjunto le parecía más indescifrable que los actos y gestos de los personajes. Era un mundo muy vil, absolutamente aparte de todo lo que hasta entonces le había parecido el mundo, y

Librodot

por esto le resultaba indescifrable. Por tal causa Etzel evitábase toda deducción prematura y se comportaba como un dócil alumno que hace un aprendizaje de agente de policía.

Cuando el viejo emergió de la postración letárgica en la que caía, tal como un ebrio en su ebriedad, todos los días y todas las noches, para descifrar el pasado y para hallar en el mismo, a fuerza de meditación, una fórmula comprensible, su primera preocupación fue limpiar la pipa y llenarla luego de tabaco, no obstante que sus manos sarmentosas, de un amarillo anaranjado, temblaran. Al terminar esta tarea, comenzó a hablar. La gente que ha pasado una parte de su vida reflexionando sobre un solo y mismo tema, excluyendo todos los demás incidentes, y relacionando todas las personas con las cuales tiene contacto, supone en cada auditor un conocimiento tan completo como el propio acerca del asunto e incluso llega a enojarse cuando tropieza con un error en aquél. Además, y como al principio Etzel no comprendiera su chochez senil, llegaba a interrumpir sin temor alguno a Maurizius diciéndole amablemente. "¿Cómo, si no tiene inconveniente? ¿A quién se refiere, si es usted tan amable?" Entonces el viejo agitaba en un gesto defensivo su brazo derecho, se levantaba, dirigíase con paso vacilante hasta el estante con los diarios, sacaba un paquete y arrojaba las hojas amarillas sobre la mesa. Luego andaba al azar, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Llegó la noche; el cubil que le servía de albergue carecía de luz eléctrica; sobre la cómoda había una pequeña lámpara de kerosene; la encendió; echaba humo; la apagó, cortó la mecha, volvió a encenderla, sin servirse nunca de su brazo rígido más que como de un refuerzo; gruñó algo sobre el tubo rajado, mientras Etzel lo observaba y escuchaba durante todos sus aprestos con una atención intensa. Sus palabras se hicieron más claras, disminuyeron la tos y las expectoraciones; cuando al fin alumbró la lámpara, no dando más luz que un farol de establo, le mostró los diarios sobre los cuales caía lentamente el polvo levantado en torbellino y le dijo que en ellos podía leerse toda la historia, del comienzo al fin, a partir del tiro de revólver hasta llegar a la detención, desde el 24 al 29 de octubre de ese año memorable.

"Joven, podrá sacar una conclusión. Si quiere, también podrá creer todo lo que se imprimió. En aquel momento todo el mundo lo creyó: la comisión, el juez de instrucción, los periodistas, los lectores. Unos después de otros lo repitieron o lo copiaron. Nadie se preguntó cómo pudo disparar sobre ella cuando aun se encontraba junto a la puerta del jardín. Esto ha sido confirmado por testigos. Le ruego que no olvide esto, mi joven señor: junto a la puerta del jardín. A dieciocho pasos de distancia, en ese día 24 de octubre, a las siete menos cuarto, cuando ya era noche cerrada. Le ruego que no olvide esto. ¿Puede usted, ya caída la noche, desde dieciocho pasos de distancia, dar en pleno corazón de un hombre con una bala de browning? No, cuando ella sintióse herida, corrió hacia la casa. He aquí lo que afirmó Waremme, bajo juramento. Un tiro en la espalda, en la espalda y en pleno corazón. Junto a tal aserto, la declaración de la sirvienta Frida Weisz: la mujer había salido por la puerta de la casa en dirección a él. Cosa muy natural. Preste atención a lo siguiente: regresa de un viaje, sostiene su valija de cuero con la mano izquierda. El hombre regresa de un viaje, recuérdelo bien. Su mujer lo espera. ¿Qué va a hacer su mujer? Sale a su encuentro. ¿No? ¿Cree usted que no? ¿No cree que la mujer saldrá a recibirlo? Bien. A pesar de esto, él le disparó por la espalda. Es una inverosimilitud que golpea en los ojos, ¿no es cierto? Pero los sumarios pasan en silencio tal circunstancia. Se pronuncian. Se pronuncian contra él. Todo habla contra él. Se dice que tenía la browning en la mano. ¿Quién lo vio? Waremme. Lo ha visto y lo ha jurado. Waremme incluso llegará a jurar que le vio levantar el revólver y hacer puntería. ¿Y dónde estaba Waremme? ¿Dónde? Se lo pregunto a usted, mi joven señor. Según sus afirmaciones, bajo la acacia, justo a tres metros de Elli. El telegrafista Kleinmichel, que entró en el jardín inmediatamente después de la detonación, ¿sabe lo que afirmó? Que Waremme se encontraba en el ángulo de la casa. Estaba delante y no detrás de él; le ruego que anote esto: estaba ya delante. Pero el tribunal juzgó que Kleinmichel se había equivocado, era necesario que Kleinmichel se hubiera equivocado, sin lo cual la historia ya no ritmaba con nada y el nudo pendiente no podía apretarse. 0 bien Waremme prestó falso juramento. ¿Y qué tenía que

Librodot

hacer Waremme en el jardín? Cerca de las seis y treinta y cinco se lo vio aún en el Círculo. Diferentes personas, gentes no sujetas a caución, recordaron esta circunstancia. Del Círculo a la puerta del jardín hay, pulgada más o menos, mil doscientos cuarenta y tres metros. Convendrá usted, mi joven señor, que hay que echarse las piernas al cuello para hacer mil doscientos cuarenta y tres metros en diez minutos. ¿Y cómo lo explicó el señor Waremme? Ana Jahn le habría hablado por teléfono para pedirle que acudiera inmediatamente, que ella estaba inquieta y tenía miedo, que formas sospechosas rondaban en torno a la casa. Formas sospechosas, un cuarto de hora antes de un asesinato. ¿No es algo magnífico, dígame usted? Se trata de alucinaciones, ¿no es verdad?, o yo no sé nada acerca de la cuestión. Llamado así, el señor Waremme habría salido a la carrera como si el diablo le pisara los talones, y como si no hubiese sido posible hallar un coche en toda la ciudad. ¿Se da cuenta? Es cierto que nadie lo vio correr por esa avenida muy frecuentada, donde los picos de gas se encuentran uno cerca del otro. Y además, hacía buen tiempo. La escasa niebla que ese día reinaba no habría podido evitarle a nadie ver correr como un ciervo a semejante coloso. ¿Ha visto usted jamás mayor cúmulo de contradicciones? ¡Y luego ese juez de instrucción! He aquí a alguien que nunca fue atormentado por la duda. ¡Ah! ¡Ciertamente que no! Marchó directamente a su fin, sin rodeo alguno Conocía de antemano el fin; no necesitaba, por lo tanto, más que encontrar el camino. La cosa marchó como sobre ruedas; hubo un amontonamiento tal de acusaciones como de granos de arena en el mar; deseas cargos, pues ahí los tienes; la trama no presenta ninguna falla. Es un detalle insignificante que el pretendido asesino niegue el crimen. No hay ninguna razón para que gente que se siente segura respecto a su propósito se perturbe por tan poco. Pero acaso... quiero decir... en fin, ¡no se mantiene esa serenidad angelical, desde el primer hasta el último momento, en público, ante el tribunal supremo! No se repite con esa angelical obstinación dos mil veces seguidas: "Yo no hice eso". Decir y repetir sin descanso a su juez, a su abogado, a su padre, a sus amigos, a los jurados y, finalmente, en la cárcel misma: "No fui yo quien hizo eso". Estoy de acuerdo que no debió darse a la fuga. Estupidez enorme. Echar a correr como un colegial. Ocultarse dos días en casa de una muchacha, irse a Cassel, luego a Hamburgo, hacerse cortar el bigote -es cierto que esto, cortarse el bigote, lo había realizado antes del caso-, hospedarse en los hoteles con nombre supuesto. Había perdido la cabeza, ya no diferenciaba el blanco del negro. Cuando lo detuvieron, allá arriba, acusado de asesinato, pareció como si lo hubiera herido un rayo. Preguntó: "¡Cómo, señores, yo!" Preste mucha atención a esto, mi joven señor: yo, exclamaba, ¡yo!, como alguien que despierta. Ignora la orden de detención y todo aquello con que están llenos los periódicos y precisamente a causa de esto también se le acusó-de haber jugado una farsa como cualquier hombre taimado. Cuando alguien tiene limpia la conciencia, se presenta por sí mismo a la policía y no hace vida de vagabundo durante una semana por diversos lugares. ¿No es cierto? Esto es conocido, es claro como el día. Toda la gente que afirmaba tales cosas, claro está, son otros tantos buenos dioses. Oyen crecer las hierbas". Se detuvo anhelante; un espantoso ataque de tos le evitó continuar. Etzel se puso de pie, dio vuelta la llave de la lámpara humeante, y cuando se calmó la horrible tos ronca, dijo mirando la punta de sus dedos: "Tuvo que haber dos revólveres".

Maurizius lo miró con la boca abierta: "¿Cómo?", tartamudeó. Sorprendido de su asombro, Etzel declaró: "La mujer fue herida por la espalda; ella había salido a su encuentro y él marchaba hacia ella, dice usted. Él tenía un revólver en la mano. ¿Quién, pues, tenía el otro revólver?"

El viejo cerró lentamente la boca como un cascanueces y se puso a mordisquear sus labios. Después de un rato, murmuró con aire de sombría satisfacción: "Es muy cierto, pero nadie hizo cuestión de tal cosa, nunca se admitió oficialmente tal posibilidad. Pretendióse que primero ella marchó hacia él y que luego se dio a la fuga, dirigiéndose a la casa. Es una teoría. Usted sabe perfectamente lo que es una teoría. Cuando alguien se prende a una teoría, ni diez caballos de tiro harán que la suelte. ¿La realidad? Poco importa. He aquí lo que decía la teoría: cuando ella vio el revólver en su mano, volvióse espantada y corrió hacia la casa.

Esto es completamente posible. Dos revólveres, no. Más aún, la historia dice que incluso ni se halló uno. Waremme afirmó haberle arrancado el arma de la mano, después de haber partido la bala, y haberla arrojado .lejos, a la maleza. Dos agentes la buscaron allí durante dos días, rastrearon el jardín y los alrededores. Nada. El revólver no fue encontrado, jamás reapareció. ¿Qué dice usted? Es inexplicable, ¿no es cierto? Resulta tan maravilloso como inexplicable". Una risita estúpida lo sacudió.

Etzel miraba delante suyo, pensativo. De pronto se puso de pie y preguntó:

"-Quién pudo... quién fue, en su opinión?..."

"-Pst -interrumpió el viejo, haciendo silbar la ese. Se aproximó mucho al joven, bisqueó como un diablo y con el tono. refunfuñador y severo de un maestro de escuela rural dijo-` No sea tan curioso. Ni una palabra. ¡Dónde iríamos a parar, rayos y centellas! Él, comprenda usted, él, mi Leopardo, nunca respondió a esa pregunta, jamás, ni con una simple palabra, ni con la más pequeña palabra. Se negó a hacerlo, ¿comprende, mi joven señor? ¿A qué nos serviría a nosotros dos preguntarlo, para qué nos serviría incluso saberlo? El juramento de Waremme se opone a ello. El juramento (le Waremme quita toda responsabilidad a los otros. Un juramento semejante es una plaza fuerte. Vea un poco: estaba allí Ana Jahn, la bella, la noble, la infortunada Ana Jahn. ¡Y bien! ¿Por qué pone esos divertidos ojos de asombro, esos ojos tan redondos? -En efecto, Etzel había levantado los ojos, impresionado por la sorpresa, habiendo babeado el viejo esos tres calificativos con rabiosa ironía-. Esto se leía en todas partes por aquella época: la bella, la noble, la infortunada Ana Jahn. Inmediatamente después de aquella noche, cayó gravemente enferma. Durante seis semanas, decíase, estuvo al borde de la tumba. Necesitaba grandes cuidados. Ninguna emoción, ¡por amor de Dios! Pasadas esas seis semanas, la trasladaron al Mediodía. En Niza o cualquier otra parte, el diablo sabe dónde, se recogieron sus declaraciones. Sólo apareció en la última audiencia. Y el tribunal se entregó a una enternecedora simpatía. Era un raro placer ver con cuánta precaución procedía en su interrogatorio el señor presidente. Hábilmente le ponía en la boca las respuestas más exquisitas. Y el propio señor substituto Andergast era todo azúcar y miel. Por poco también ella era víctima de ese monstruo, ella, la virgen pura, inmolada por ese infame seductor. Y súbitamente todo el mundo olvidó las vocinglerías de antes. Incluso es un milagro que eses señores profesores, funcionarios, oficiales y estudiantes no hicieran bajo sus ventanas una demostración con antorchas. Bruscamente se había convertido en blanca paloma y él, buen Dios, para él el peor de los términos resultaba aún demasiado bello. No hablo del público. El público tenía una opinión bien distinta. Después del juicio, se creyó que las cosas tomarían un cariz peor todavía. ¡Basta! Dejemos esto de lado. ¿Pero qué quería decir?... ¿Qué era, pues, lo que quería decir?... ¡Ah, sí! Waremme... sin Waremme, sin el testimonio de Waremme, ¿comprende usted?, la cosa habría terminado de modo muy distinto. Este hombre fue quien nos entregó. Este hombre, le digo, una maldición pesa sobre él, o bien no hay Dios en el cielo -de súbito caía en el énfasis bíblico-, Etzel bajo la cabeza-. Este hombre... espero que aun no haya sonado su última hora. Lo espero para un gran bien en nuestro favor, y también para él, sin lo cual nadie desearía estar en su sitio cuando suene esa hora. De la otra... no quiero hablar de ella. Además creo que ya ha recibido su recompensa. Se ha contado toda clase de cosas. Pero el hombre... el juez de aquí abajo aun lo espera. ¡Sí, es cosa segura!"

Etzel miró el péndulo.

-Debo regresar a casa -dijo asustado. El viejo sacudió la cabeza. Etzel le preguntó si podía llevarse algunos periódicos para leerlos. El viejo dijo que sí con la cabeza y le

ayudó a sacar algunos. Cuando Etzel ya se encontraba en el corredor, corrió hacia él y le dio también algunos folletos, pidiéndole que se comprometiera a cuidarlos.

-Pondré todo el cuidado preciso -prometió Etzel y se puso a correr para alcanzar el tren.

CAPITULO CUARTO

1

ESA noche, la tarde y la velada del domingo siguiente, Etzel las pasó leyendo los artículos de los envejecidos diarios. Decíase: "Estudio la situación", y se mantenía impasible como un espectador escasamente interesado. Como se trataba de literatura periodística, manteníase doblemente avizor. Todo eso tenía el sabor de una novela. En general, no gustaba de las novelas. Dócil discípulo de Melchor Ghisels, establecía, por una parte, una distinción rigorosa entre lo que es poema y visión poética, y por otra, la realidad violentada por una posición tomada de antemano. En tales casos conservaba una sangre fría rayana en la insensibilidad. Así, esas informaciones presentadas de manera sensacionalista le causaban horror, Vistas dieciocho años más tarde, se hubiera dicho que eran un cadáver adornado ridículamente y bailando. No obstante, una buena cantidad de detalles aislados permanecían inmutables, porque correspondían a la verdad natural, contra la cual nada puede el artificio.

Los siguientes días -tenía aún delante suyo ocho días de vacaciones- desplegó a espaldas de todos una actividad cuyo objeto era procurarse nuevas informaciones y nuevos puntos de apoyo, para contrastar los relatos que le hacía el viejo Maurizius, cuya parcialidad era innegable; también buscaba confirmación a los reportajes de los diarios, cada vez que sospechaba que éstos exageraban o deformaban los hechos en uno u otro sentido. ¿Pero dónde encontrar esos puntos de apoyo, esas confirmaciones? Y si los hallaba, ¿podía fiarse en ellos más que en lo que hasta ahora sabía? No tenía confianza en la memoria de los hombres. Su instinto le advertía que se olvida toda verdad para dejar paso a la ilusión agradable. De ahí venía su profunda aversión por la historia en general. No podía dejar de sonreír cuando oía contar a personas viejas sus recuerdos. ¡Era tan divertida y visible la manera corno los "embellecían"! ¡Y cómo saboreaban esos fragmentos novelados por ellos con más placer que el conjunto verdadero de los hechos, de los cuales no querían indudablemente saber más nada! La única persona que habría podido facilitar sus búsquedas, ayudarle a disipar sus dudas del comienzo, era su padre. Pero el simple pensamiento de poder rogárselo era ya absurdo. Jamás reconocería Trimegisto la legitimidad de una pregunta, aunque ella fuese única; los ojos violeta se fijarían de sorpresa ante una audacia tan insólita. Así que sólo le quedaba una cosa por hacer: recoger de segunda mano su documentación, filtrarla y comparar.

Una o dos veces por semana Rie recibía una visita, la de un consejero de cancillería llamado Distelmayer, que había estado mucho tiempo en el Tribunal y se hallaba jubilado desde la guerra; sus asuntos marchaban mal porque, como todos los funcionarios reducidos a su pensión, apenas podía procurarse el pan cotidiano. Rie le guardaba siempre la comida cuando se anunciaba; entonces, recomenzaba el mismo juego: rechaza la invitación de la manera más categórica, arguyendo haber realizado poco antes una copiosa comida; luego cedía, aparentemente cansado de tanta insistencia, y por último devoraba el potaje, la carne, las legumbres, la torta hasta la última miga y con una satisfacción que daba pena ver. A veces, el señor de Andergast entraba en el vestíbulo en el momento en que el otro llegaba o se iba. Entonces el consejero se inclinaba con una obsequiosidad que disgustaba a Etzel, mientras el señor de Andergast se mostraba afable, golpeaba con dos dedos el hombro del consejero y le preguntaba, como se hace entre colegas: "¡Hola! ¿Cómo marchan las cosas, mi querido Distelmayer?" Aunque Etzel conservara poca esperanza de saber por intermedio de ese hombrecillo un poco charlatán algo útil, intentó la aventura. Lo envolvió como en un capullo con sus ingenuidades, cuyo efecto ya había experimentado sobre las personas maduras; descendió a su nivel y su con-descendencia era bien diversa a la del señor de Andergast, pues su espíritu joven y altivo está obligado a rebajarse cuando tiene que tratar con personas tan gastadas y aplastadas como el consejero; inició la conversación con tono

Librodot

festivo, permitido con los viejos, para entrar en confianza, con pequeñas bromas y pequeñas alusiones vulgares, tales como las gentes de una cierta edad se permiten gustosamente con los muchachos, y luego, sin el menor trabajo, dio a la conversación un giro serio, dejando caer como al azar el nombre de Maurizius. Así despertó la atención del consejero, quien dijo que alguien le había hablado mucho de ese asunto, que él se interesaba por el mismo y que ya lo había discutido frecuentemente con un amigo. El amigo en cuestión era un pariente lejano de la familia Jahn, o más bien, debía de ser otro el nombre que había olvidado y que acaso recordara el señor consejero el de la familia de la mujer de Maurizius. No había olvidado realmente el nombre y sólo quería probar al consejero y, en efecto, éste lo pronunció en seguida y se mostró más informado de lo que era de esperar, pues en aquella época estuvo vivamente interesado por el proceso. Etzel únicamente deseaba oír hablar de Ana Jahn, saber qué era de su vida después de la terminación del drama, y buscando esto, no perdía de vista un objetivo preciso. En efecto, Distelmayer estaba incluso en condiciones de satisfacer su curiosidad; gustaba mucho ocuparse de la vida privada de las gentes que habían sido alguna vez el punto de mira de la curiosidad pública y constituído un "caso"; muchos funcionarios de la magistratura tienen esta tendencia, en la cual se mezcla una inclinación al "espionaje" con la atracción que ejercen los enigmas no resueltos. Distelmayer había utilizado incluso el tema de ese proceso como elemento literario; sentíase halagado a la vez que sorprendido por el vivo interés que manifestaba el joven barón (acentuaba siempre este título, llamándole "señor barón", lo que Etzel hallaba de mal gusto, aunque sin atreverse a protestar, temiendo disgustarlo). Rie no se sentía menos halagada; asistía a la conversación y no tenía suficientes ojos y oídos para admirar la vivacidad de espíritu, el talento de conversación de su Etzel y el conocimiento que desplegaba acerca del mundo; en casos semejantes, lo reivindicaba con un orgullo totalmente particular como suyo, como de su propiedad, como el fruto de 3u prudencia advertida, y a hurtadillas cambiaba miradas con el consejero, como invitándolo a sentirse también admirado. Etzel veía su procedimiento

y sentía lo ridículo de la situación, ¿pero qué podía importarle, puesto que sus afanes eran coronados por el éxito? Una vez más se dio cuenta de que no era posible sacar algo de alguien, incluso del más ingenuo de los hombres, sin recurrir a vías indirectas; que siempre es preciso "despistarlo" y distraer su atención del objeto que se deseaba obtener, que siempre era necesario tender trampas.

Para volver a Ana Jahn: hacía mucho tiempo que ella ya no se llamaba así. En 1913 se había casado con el director de una gran fábrica de ladrillos, de situación próspera. Antes había permanecido varios años en el extranjero. No se había vuelto a oír algo sobre ella, pues no daba señales de vida a ninguno de sus viejos amigos; nadie sabía dónde se encontraba y, poco a poco, se la olvidó totalmente. La muerte de su hermana Elli la hacía única heredera de toda la fortuna de ésta, pero Dios sabe cómo la administraría, pues al regresar del extranjero ya no poseía nada. El consejero sabía esto por un asesor, cuya tía había sido antaño amiga íntima de Ana Jahn; sobre toda la tierra habitada se extiende una red de relaciones de esta naturaleza, de manera que nadie puede escapar a ella y sólo la confusión inextricable de los hilos que atan a todos los hombres, unos a otros, hace aparecer es á ley del encadenamiento como un juego del azar. Ana Jahn había llegado una noche de invierno a casa de esa mujer, hace más de doce años, con el cuerpo y el alma quebrados, en un estado de indecible cansancio, con una pequeña valija, como una sirvienta sin ocupación, solitaria, muda, pobre. No dijo de dónde llegaba, no reveló nada de su anterior existencia; experimentaba un terror de locura a la simple idea de volverse a encontrar con cualquiera de las personas que había conocido en otros tiempos; pronto se tuvo ocasión de observar que estaba seriamente afectada; un día en que un invitado de su amiga habló sin reflexionar, y sin pensar en ella, acerca de Leonardo Maurizius y de su caso -aun no aclarado en su opinión- se puso pálida, comenzó a temblar y se desplomó presa de convulsiones que duraron algunas horas. Luego quedó en un estado de -depresión enfermiza, se la internó en un sanatorio, se repuso lentamente e incluso recuperó algo de su belleza y gracia cautivadora. En ese establecimiento

Librodot

conoció a un tal Duvernon, un lorenés a quien produjo una impresión profunda y a quien sólo tres años más tarde se decidió a tomar por marido. Parecía que no tuvo que arrepentirse de su decisión; no se sabía gran cosa de ella, pues en efecto ya sólo existía un escaso número de personas que supiesen de su existencia, pero lo que se contaba no era en su perjuicio y tampoco indicaba algo en desfavor de su suerte. Permanecía con su marido en una localidad de los alrededores de Tréveris, decíase que tenían dos hijos y que su mayor felicidad era vivir retirada; nunca abandonaba su casa, no tenía ninguna relación, no hacía vida social y, de manera general, sólo frecuentaba a la gente que formaba parte del limitado círculo de la familia. El retorno de sus peligrosas crisis se hacía de más en más raro, y poco a poco se pudo creer que había olvidado totalmente su tan siniestro y trágico pasado...

Etzel escuchaba silencioso y atento. Con su habitual lucidez de espíritu, dedujo de ese relato, que más tarde demostró ser verídico en lo esencial, que al menos de ese lado no era posible abordar el problema y que aparentemente esa puerta estaba clausurada.

2

EXCEPTUANDO al jurista, los hombres no experimentaban al principio sino muy poca simpatía por la persona del acusador público, incluso cuando éste tiene por misión hacer expiar el más condenable de los crímenes. Esto se debe, sin duda alguna, a que en lo criminal no conoce al hombre a quien considera, a quien no tiene derecho a conocer ni mirar. Para él sólo existe el acto, la gravedad de este acto y, hecho que importa más, la cuestión de que el acto sea expiado. El mismo deja de ser hombre, en efecto, y esa misma voz que exige al culpable la razón de su conducta, ya no es la voz de un hombre, no quiere ya que se la tome como una voz humana. Colocado por encima de las partes, en una esfera cerrada a toda piedad, habiéndose despojado de su personalidad, ha llegado a ser el servidor y el mandatario de la comunidad. Tal es, precisamente, la idea que la gente se forma acerca de él y que él mismo comparte; sólo un carácter de gran envergadura es capaz

de crecer y elevarse aún bajo el imperio de semejante cargo y de desempeñarlo con toda su simbólica amplitud, en tanto que otro de menos envergadura, forzado a tenderse y a tenderse en exceso, sólo llega a destacar, con su insuficiencia personal, la desesperada desproporción que existe entre él y su tarea y, en lugar de la frente augusta del inflexible inquisidor, no se ve más que la mueca estereotipada del polizonte.

Nunca se le había aparecido a Etzel tan extraña la figura de su padre como al terminar la lectura de esa crónica judicial, escrita dieciocho años y medio antes. Como estaba obligado a repetirse sin cesar: "En esa época aun yo no había nacido, aun no se trataba de mí, nada podía entonces concernirme ni depender de mí, ni afectarme; todo ha pasado de modo apenas comprensible, de una manera siniestra, sin este Etzel que soy yo, que tan innegablemente existe ahora, obra y piensa, atraviesa el mundo del cual tiene conciencia". Aquel tiempo adquiría entonces un aspecto falaz y engañador; su padre y su participación en los acontecimientos que lo ocupaban a él, Etzel, cada vez más y que comenzaban a dominar todos sus pensamientos, representaban para el joven, uno y otra, al idea abstracta y la acción personal en su terrorífica exorbitancia, a tal punto que, a menudo, en la imaginación de Etzel, su padre transformábase en una especie de conde de Saint-Germain que, en el proceso contra Juan Calas, había causado, ya una vez, la pérdida del inocente presunto culpable.

Por primera vez el papel oficial desempeñado por su padre en el curso de su proceso: debates, defensas y juicio, tomaba a sus ojos cuerpo y figura, a medida que se desarrollaban esas relaciones dramáticas (después de su último ascenso el señor de Andergast se había convertido en jefe del Estrado general y sólo aparecía en la audiencia en circunstancias excepcionales). Así nacía para Etzel un personaje en quien no podía reconocerse ni encontrarse; ese nombre de Andergast tendría que hallarse entre las cenizas de ese asunto olvidado y, sin

Librodot

embargo, aparecía al ojo vivo tan extraño como la roca inanimada; de ese nombre se desprendía una hostilidad sombría contra la cual nada podía ningún dolor, ninguna apelación, ningún grito, ninguna prueba, ningún argumento, ninguna desgracia, ningún rostro humano, nada, nada; el acusador entraba, el acusado se iba, la pregunta que se le formulaba tenía la rigidez de un metal duro; no era: "¿Eres o no culpable?", sino: "Te rindes, ¿sí o no?" El tiempo transcurrido desde esos dieciocho años y medio en nada había mellado ese nombre de Andergast; el personaje dedicaba el mismo encarnizamiento para atrapar a su víctima, la misma inquebrantable pretensión de conocer los hechos, y esto era lo que llevaba brutalmente al presente, como una voz que llamara desde una habitación vecina. Y Etzel, como si realmente esa voz hiriera su oído y lo llamara, se levantó, cerró con llave la puerta y comenzó a ir y venir por su cuarto tapándose los oídos. Necesitaba un gran dominio de sí mismo para conservar en la mesa un aire despreocupado y durante las conversaciones de la noche, para responder con docilidad, escuchar con interés voluntario, presentar un rostro agradecido a quien lo instruía, en lugar de levantarse, ir hacia él y preguntarle con esa insistencia oprimente que había en él, tal como una corriente de alta tensión: "¿Estabas convencido de su culpabilidad? ¿Creíste entonces, realmente, sinceramente, en su crimen?" Sus ojos interrogadores estaban positivamente clavados en ese gran rostro severo y cerrado, en esa frente impenetrable como una . coraza. Claro está que en vano. Hay relaciones humanas que en seguida se romperían si, en el momento decisivo, se produjese la mutua y decisiva penetración de las almas. Sólo se mantienen porque ese penetración no se produce.

Empero se le presentó a Etzel la oportunidad de entrever bajo otro cariz la participación de su padre en el proceso de Maurizius, y así conoció cuál había sido la opinión de algunos espíritus de la "élite" intelectual. Quien lo informó al respecto fue el profesor Foerster-Loering, sociólogo y economista, hombre a quien Etzel estimaba y del cual Camilo Raff le había hablado a menudo con veneración. Por lo demás, un hombre de fealdad extraordinaria, contrahecho, de nariz rota y torcida. Sus dos hijos, mellizos, eran camaradas de clase de Etzel, quien con frecuencia fue a casa de ellos. El señor de Andergast le aconsejaba que cultivara esa relación y he aquí que, justamente, ellos lo invitaron una vez más; Ellmers y Schlehlein también se encontraban allí. Cuando se les sirvió el té, el profesor se reunió con los jóvenes. Al momento se trabó una conversación apasionante; partiendo de un tema cualquiera, se terminó por hablar de la justicia moderna, cuestión que comenzaba a hacerse candente en esa época. Los jóvenes sentían que las fuerzas vivas de la nación estaban en juego. Etzel, absorbido por una preocupación única, y semejante a una campana mal atada que al más ligero soplo responde con voz metálica, lanzó como al azar el nombre de Maurizius, con alguna vacilación, como para saber si el profesor conocía el asunto y si estaba dispuesto a decir acerca del mismo lo que pensaba. El profesor lo miró con sorpresa: "Es curioso que sea usted quien cite ese caso -dijo-; últimamente he hecho alusión al mismo en una obra ("¡ah!; ¡ah!, también él", pensó Etzel); desde un principio se me apareció como sintomático. Sí, el caso, desde muchos puntos de vista, salía de lo común. ¿Se ha ocupado usted de la cuestión?, ¿o supo algunos detalles particulares? -Etzel batió los párpados, se agitó en la silla con embarazo y dio una respuesta cualquiera, mientras sus camaradas lo miraban intrigados-. A decir verdad, no tengo por qué asombrarme de que usted lo cite -prosiguió el profesor con tono amable-, pues es una asociación de ideas completamente natural, ya que su señor padre dirigió todo el asunto. Puede decirse que fue el verdadero "spíritus rector". Se necesitaba su energía, su coraje, su superioridad para vencer las dificultades que se levantaban frente a él. Lo admiré mucho en esa batalla. Pues para nosotros los alemanes era realmente un "hic Rhodus, hic salta"; Alemania estaba, desde el punto de vista moral, en presencia de un dilema; era ese uno de esos momentos históricos en que tenía que elegir entre elevarse o rebajarse. Por una parte frivolidad, sed de placeres, liviandad, irresponsabilidad; por la otra, conciencia, disciplina, deber. Una vez se impuso el bien. Aun recuerdo el exordio de su padre. Fue algo extraordinario, que debióse clavar en todos los muros y en todas las columnas para carteles. Sé que existían fuertes corrientes subterráneas

Librodot

en favor del acusado. Todavía hoy la agitación no se ha calmado totalmente, del mismo modo que también hay actualmente iluminados que toman al padre Gaspar Hauser por un mártir; ¿pero qué prueba esto? Nosotros los viejos, que hemos vivido aquellos tiempos y que conservamos abiertos los ojos, no dudamos en absoluto acerca de la culpabilidad de ese desgraciado. Pues desde luego era un desgraciado, me nos criminal que débil, un hombre sin espina dorsal y gangrenado hasta lo más profundo de su ser.

Etzel permanecía con la cabeza gacha. Una leve sonrisa, pronunciada y orgullosa, temblaba en sus labios. "Hubiera podido dispensarse de la comparación con Gaspar Hauser -pensaba--; no será ella la que sirva a su causa; nosotros, nosotros estamos mejor informados (habíase interesado en la historia del niño encontrado y había leído al respecto una cantidad de cosas), pero lo que dice de mi padre está bien, es chocante". Levantó lentamente los párpados y con sus ojos miopes observó por turno los rostros. Los había bellos y feos; el más feo -pero también el más expresivo- era como siempre el del profesor. Por molesta que fuera su miopía en general, en el parque de juegos o en la clase, a veces le prestaba servicios en sus relaciones con los demás, destacándole sus rasgos, e incluso sus actitudes envueltas en una penumbra que las embellecía.

3

LA PREGUNTA a formular al viejo Maurizius era ésta: "¿Dónde está Waremme?" Se encontraron junto a un pequeño café, cerca de la plaza Guiolett; llovía desde hacía varias horas; cruzaron algunas calles para llegar a la iglesia del Sagrado Corazón y se refugiaron en su portal. Era la segunda vez que se encontraban en la ciudad; naturalmente después de un acuerdo; pero la primera vez Etzel no había encontrado el medio que le permitiera formular la cuestión; el anciano lo había mantenido en suspenso con uno de sus relatos y luego Etzel olvidó todo lo demás; habíase alejado furtivamente, avanzando a tropezones, la cabeza mareada, al punto de equivocarse de casa en el camino de Kettenhof, y cuando se dio cuenta de ello y quiso volverse atrás, cayó sobre los escalones de piedra del portal, pero sin hacerse daño. Ese relato presentaba la manera con que Pedro Pablo Maurizius y cuatro de sus camaradas, todos ancianos, habían pasado las horas que precedieron al pronunciamiento de la sentencia de muerte. ¿Qué le había llevado a sacar del fondo de su pasado ese episodio? Sólo Dios lo sabe. Aparecióselе como si datara de la semana anterior y como si le faltase tiempo para contarlo. La mirada perdida, con la pipa en la comisura de los labios, con voz de corneja y frecuentes salivazos, dijo su historia.

Hela aquí: el fiscal sustituto había terminado su requisitoria, la segunda, a la que el defensor sólo contestó con algunas palabras; era un pobre diablo sin valor, sin calor, que daba pena al ser escuchado, después de la enérgica acusación de Andergast el sanguinario. El presidente resumió los debates, y los jurados se retiraron. En la sala de audiencia, el público, formado por gentes de todas clases y condiciones, apretujadas unas contra otras, hervía de febril impaciencia. Pedro Pablo Maurizius, colocado entre dos amigos que habían llegado con él desde el lugar en que habitaba, abandonó esa muchedumbre que sudaba el veneno de la sensación violenta. La deliberación y el voto de los jurados durarían seguramente horas. Los dos compañeros habían insistido en que Pedro Pablo Maurizius se retirara a su hotel y allí esperara el veredicto. Uno de ellos era recaudador de Lorch y el otro un molinero de San Goarshausen. Encargaron a un joven suboficial, sobrino del recaudador, que les comunicara sin tardanza la sentencia, con toda la rapidez que le fuera posible; el hotel se hallaba a cinco minutos apenas del tribunal. Por el momento era necesario cuidar al viejo Maurizius, ayudarlo a pasar las horas de ansiosa espera. El suboficial prometió permanecer en acecho y cuando llegara el instante hacer la diligencia. Pablo Pedro Maurizius se sometió a todo lo que quisieron. No se oponía a nada ni manifestaba ningún deseo. Delante del portal del palacio -ya era de noche y el frío de octubre se hacía sentir- dos viejos se aproximaron a los tres primeros; eran personas de la misma región que los conocían, y que se unieron a ellos en un

Librodot

impulso de muda compasión; uno era óptico, también de San Goarshausen, y el otro inspector de seguros dé Langenschwalbach. Los cuatro siguieron a Pedro Pablo Maurizius a un cuarto del hotel, bastante amplio, en medio del cual se encontraba una gruesa mesa redonda. Alrededor de la mesa tomaron asiento los cinco. Pedro Pablo era mucho más joven que los demás; el óptico, el más próximo a él en edad, tenía sesenta años, y el más viejo contaba setenta y ocho. Pidieron cerveza: se puso un vaso delante de cada uno,

pero nadie lo tocó. Esos cinco hombres permanecieron así, en un ininterrumpido silencio, esperando durante cinco largas horas. Cuando pasó la cuarta, el molinero se levantó pesadamente y abrió de par en par la puerta del corredor. Todos comprendieron. Era para que el mensajero hallara con mayor rapidez la pieza y para que pudiese oírlo llegar. Llegó la última hora. "Nunca pudo hallarse una hora semejante desde que el mundo es mundo, mi joven señor". Era un modesto hotelito cuya escalera de madera sin alfombra nacía junto a la entrada. Finalmente, un cuarto de hora antes de que diese la medianoche, tocaron la campanilla en la calle; al cabo de un instante chirrió la puerta; un momento después ascendieron pesadamente por la escalera unas pesadas botas y los cinco hombres, interpretando sin engañarse la lentitud de aquellos pasos, supieron el carácter de la sentencia. Era como si el mismo hombre de la guadaña subiese por la escalera. Luego apareció en el umbral el joven militar, blanco como un sudario; los cinco hombres se pusieron de pie y un solo suspiro partió al mismo tiempo de esos cinco pechos: pena de muerte.

4

¿DONDE está Waremme?

'Maurizius reflexionó; hundióse la gastada gorra en la frente. Parecía no poder decidirse a dar la respuesta.

-No se oye hablar de él -gruñó-. Es fácil comprender que el suelo ardía bajo sus pies. Tenía apuro en desaparecer. Nadie habló después de él y hasta ahora no se supo más nada a su respecto. Había abandonado el país. Igual que Ana Jahn salió del país. ¿Para ir adónde? He aquí. Se dijo que en 1908 se los vio juntos en Deauville. Deauville es el nombre, ¿no es cierto? Una estación veraniega, ¿no es cierto? -El viejo quitó la pipa de sus labios, la sostuvo en el extremo de su brazo rígido y fijó en Etzel una mirada desagradablemente bizca. El joven dilató los ojos (le sorpresa-: ¿Qué es eso? ¡Es una novedad! ¿Un rumor que circuló? ¿Nada más que un rumor? ¿Ella y él? ¿Quién los vio? ¿Quién pudo probarlo? - Maurizius levantó los hombros-. Usaba barba en aquella época -agregó sarcástico--; sí, uno se hace afeitar y el otro se deja crecer la barba; así anda el mundo, mi joven señor Andergast. - Profirió una enronquecida exclamación de mofa y escupió sobre el pavimento. Un anciano cubierto con un gran sombrero hongo se colocó delante de la desigual pareja y sacudió sus paraguas maldiciendo contra el mal tiempo. Cuando se alejó, Etzel insistió en sus preguntas:

-¿Qué clase de hombre era, pues, ese Waremme? -¿Era? -destacó Maurizius sobresalto-. ¿Era? ¡Espero por Nuestro Señor que está en los cielos que no le haya sucedido nada! ¿Lo que "era"? ¡Entonces estaríamos bien embromados! ¡Lo que "era"! -la cólera iluminaba con chispas sus ojos inyectados en sangre.

-Me expresé de ese modo porque hace de eso mucho tiempo -dijo Etzel, excusándose cortésmente.

-Es difícil hablar de él -dijo el viejo con tono enfurruñado y moviendo la mandíbula como un caballo al cual el freno lastima el belfo-; sólo el. diablo sabe cómo hay que arreglárselas para hacer su retrato. Es increíble cuando uno piensa en lo que fue y en lo que actualmente es. -Se detuvo. Aparentemente había dicho más de lo que deseaba y, con aspecto desconcertado y parpadeando, buscó fósforos en su bolsillo.. Etzel lo observó con mirada curiosa. Estaba en la pista de un descubrimiento. Su expresión era apremiante:

-¡Después, después! -imploraba, e involuntariamente tomó al viejo por una de sus mangas.

Librodot

Maurizius había encontrado, al fin, los fósforos, pero volvió a meterlos en el bolsillo sin usarlos. Con cierta torpeza, inició el retrato del Waremme "de aquellos tiempos". Etzel

adivinó en seguida lo incompleto de ese retrato. El personaje salíase seguramente del campo visual del anciano. Este sabía una cantidad de hechos, pero sin tener la menor idea acerca de su significado. Incluso cuando se reflejaban en ese pedestre informe estados de espíritu interesantes, faltaba en el mismo toda relación y los sucesos hacíanse inverosímiles.

-Dos años antes de la desgracia (la "desgracia" era el eje, el punto central de los acontecimientos) apareció bruscamente Waremme en la ciudad; en seguida se metió toda la Universidad en el bolsillo. ¿Quién era? Poco importaba, filósofo o algo por el estilo, escritor, erudito. No aceptó ningún cargo;

acaso no se lo ofrecieron; en todo caso, aprovechó su independencia. A menudo pronunciaba conferencias. La gente venía desde muy lejos para escucharlo. Los profesores se exaltaban. hablaban de él como de un fenómeno. Cuando aparecía en una reunión, los hombres y las mujeres se apretujaban a su alrededor y quedaban fascinados por sus ocurrencias, "Waremme dijo esto, Waremme manifestó aquello...", y nunca la menor contradicción. Algunos consejeros íntimos en particular y algunos grandes magnates de la industria renana estaban completamente prendados de él; y se debía esto a que junto con sus trabajos científicos (en qué rama se había especializado era algo que ignoraba Maurizius), se ocupaba principalmente de política. Si no me equivoco, existían dos cosas pos las cuales tomaba partido violentamente: la guerra con Francia y la Iglesia Católica; naturalmente, los jesuitas estaban en la trastienda. Nunca se supo con precisión de dónde venía. Decíase silesiano, hijo de un propietario de mayorazgo y de una madre noble, pero el mayorazgo sin duda se encontraba en la luna; cuando más tarde hice varias averiguaciones, nadie supo darme noticias sobre las tierras de Waremme. Voluntariamente confesaba que carecía de fortuna e incluso hacía gala de su pobreza; sin embargo, casi todos los días se le veía en el casino o en la mesa de juego. Aunque en ella no se admitiese a nadie que no tuviera una partícula por lo menos de fortuna, a él se lo admitía. En varias ocasiones perdió sumas importantes, sin que nadie se preguntase de dónde le venía el dinero. Si un día tenía quinientos marcos en el bolsillo, organizaba para el día siguiente una fiesta que le costaba diez mil y a la cual invitaba a media ciudad. Y todos acudían. Iban todos, aunque a la larga circulaban sobre él extrañas historias. Ese oscuro asunto de préstamos en que se había metido... luego el suicidio de Lilli Quaestor con la cual estaba comprometido, la hija del "Quaestor" de los carbones. Un buen día la joven se suicidó y nadie supo por qué. Simplemente se tapó la cosa, pues hemos llegado a ser maestros en el arte de tapar las cosas. Mientras los consejeros íntimos y los señores del carbón lo guardaron bajo su protección, estuvo seguro. Pero esto tuvo fin; ese camarilla tiene buen olfato; sin ruido se retiraron ante el escándalo y, al fin de cuentas, hubiese bastado el solo hecho de que tuviera en su activo el ser amigo del asesino Maurizius. Lo mismo lo habrían liquidado, pues ello era bastante...

-¿Dónde está ahora? -interrogó Etzel, tenaz y positivo. Maurizius hizo como si no lo oyera. Hubiérase dicho que, al llegar a este punto, vacilara en echar sus cartas sobre la mesa. Midió al joven con mirada temerosa y después murmuró:

-Este es mi secreto, y si se lo revelo, ¿continuará siendo nuestro secreto? ¡Déme la mano!

-Únicamente Dios sabe lo que Etzel esperaba de ese secreto, pero tendió la mano para

sellar la promesa. Maurizius continuó vacilando siempre: hacía un año y nueve meses que sabía que Waremme se encontraba en Berlín con un nombre supuesto. A costa de grandes dificultades, su hombre de confianza, experto y ladino, que le costaba montones de dinero, había logrado descubrirlo. No habría sido posible hacerlo sin seguir en secreto sus huellas y con las mayores precauciones hasta Chicago, donde permaneció once años, de 1910 hasta 1921. Después de prolongadas búsquedas y por medio de un agente de policía privada, se pudo echar mano de algunas personas que estaban al corriente de su cambio de nombre y que lo habían conocido también con su antiguo apellido en Nueva York, Pittsburg y Kansas City.

Librodot

Pero de todo esto, por desgracia, no podía sacarse ningún provecho. Naturalmente, no había que perderlo de vista; uno no sabía lo que podía pasar, y era preciso que se pudiera echarle el guante en seguida. ¿Pero qué podría pasar? En el presente estado de cosas había, infortunadamente muy pocas esperanzas de poderle echar el guante; nada se podía contra ese hombre, pues estaba cubierto por todas partes y nada tenía que temer al menos de Padre Pablo Maurizius y mucho menos aún de Leonardo... No, nada había que esperar por ese lado; si en su activo no se daba algo más -y un pillo tan redomado debía mantenerse en acecho- no era posible detenerlo. Tenerlo entre ojos, sí; esto era necesario, para poder intervenir no importa cuándo; al efecto, tenía un hombre. para que no lo perdiera de vista, quien a veces ocupaba a otros que estaban en acecho; por lo demás, no quedaba otra cosa que esperar. El viejo fijó su mirada sombría y pensativa en la lluvia que caía. ¿Se engañó Etzel o realmente oyó un ahogado sollozo, semejante al suspiro de un instrumento de madera, que en nada se parecía a lo que hasta entonces escuchara?

-¿Y usted ha ido a verlo? -preguntó obedeciendo a una asombrosa inspiración. La pregunta se le había impuesto únicamente porque, desde el comienzo de la conversación, el viejo se había empeñado en evitar que la formulara. En efecto, tuvo un sobresalto de espanto, su rostro se puso terroso y se obstinó en permanecer callado-. ¿Y qué pasó entonces? -continuó Etzel con aspecto inocente y mirando con amabilidad a Maurizius. Una vez más éste se negó a responder, hasta que Etzel le tocó suavemente el pecho con la mano.

-Fue esa una ridícula estupidez de mi parte -dijo Maurizius, finalmente, con voz dura-: ¿qué podía esperar?... ¿Qué quería yo?... No podía tranquilizarme hasta que lo

tuviera ante mis ojos. Entonces fui a verlo. Se dice profesor libre. Y con este título figura en el anuario. Jorge Warschauer, profesor libre, calle Usedom, en el ángulo de la calle Jasmund. En el primer piso hay un restaurante; en la placa se lee: "Señora Bobike. Se atienden pensionistas". Allí va a comer. No tiene que pagar nada, porque da lecciones a los dos hijos de la señora Bobike. Vive en el tercer piso. Los alumnos acuden a su casa y otras personas también. Enseña inglés, francés, español, italiano, portugués, redacta artículos necrológicos, reportajes, reclamos para tiendas, etc.... Fui, pues, a verlo. Y entonces lo vi. Estaba allí parado sobre mis dos piernas y pensaba: "¡Ah, señor Jesús!", y cuando me miró, le dije: "Creo que me he equivocado", giré sobre mis talones y me fui; en seguida tomé el tren para regresar a casa: catorce horas de viaje y fue imposible decir nada. Absolutamente nada. ¿Y qué decir? ¿Cómo iniciar la cosa? ¿Por dónde comenzar? Y si él lo tira a uno por la escalera, ¿qué?, no había ningún medio de intimidarlo. Y si digo una sola palabra imprudente, comprometo de golpe todo y se esfuma una vez más. Incluso ni dije mi nombre. También era imposible manifestarle: "Dígame, pues, el nombre...' o bien cualquier otra cosa que le consume a uno el alma durante años... Me di cuenta de esto más tarde. ¡Señor Jesús! -Nuevamente se puso a buscar fósforos con movimientos nerviosos, mientras Etzel miraba delante suyo con aire distraído, como para hacer observaciones meteorológicas.

-Es necesario que me vaya, buenas noches -dijo de pronto. Dejó pasmado al viejo y se puso a correr bajo la lluvia. Al llegar al primer recodo, desapareció su apuro, metió las manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a andar como un desocupado. Ya caía la noche, se alumbraron las vitrinas; cada tres tiendas se detenía, examinaba los objetos y canturreaba como un pilluelo. ¿De dónde procedía ese buen humor? Se lo hubiese dicho dominado por un irrefrenable frenesí de aventuras acompañado de pequeñas explosiones de alegría pasajera. Cuando llegó al camino de Kettenhof, tropezó en la entrada con las dos hijas del doctor Malapert, el oculista del primer piso. Eran dos muchachas de catorce y diecisiete años; las conocía bien, las saludó familiarmente y las arrastró consigo mientras ascendían la escalera en una conversación animada, preguntándoles si ya habían ido al Instituto Staedel para ver la nueva exposición de antigüedades griegas, si iban a las carreras de automóviles, si irían a la conferencia del profesor Cué y terminó por hacerlas reír sosteniéndose sobre una pierna como una cigüeña para atarse el cordón de los zapatos. Arriba, apenas Rie le abrió la puerta, se abalanzó sobre ella, diciendo que tenía un hambre atroz; comenzó a bailar a su alrededor

Librodot

bromeando y sus ojos brillaban como si se regocijara por haber realizado alguna buena broma. Guiñándole los ojos, Rie le hizo comprender que su padre había regresado ya y que trabajaba; le señaló la puerta cubierta con un cortinado y le puso la mano en la boca.

Me callo, Rie -murmuró-, camina un poco conmigo para matar el tiempo. -La tomó del brazo y la arrastró al fondo del vestíbulo.

-¿Por qué hay que matar el tiempo? -preguntó ella asombrada.

Etzel replicó:

-Porque es intolerable esperar que uno tenga un mes más.

-Loco -dijo Rie.

-Para ustedes el tiempo ya retrocede -dijo Etzel burlándose-, mi edad y la de ustedes terminarán al fin por encender el paso al otro, como dos mulas testarudas que se encontrarse en alguna parte y se dirán injurias. Ninguno querrá entrar en un sendero.

Durante esa conversación, iban y venían, marcando el paso, divertidamente.

-Escúchame, pequeño -dijo Rie sin transición y mirando con prudencia alrededor suyo-; puesto que eres tan amable hoy, voy a decirte algo -exhaló más que profirió sus

palabras-. Creo que ahora tu madre ya no se encuentra donde estaba antes; llegó de París una carta suya, me parece que su salud anda mejor; tengo el presentimiento de que pronto vendrá por aquí. Pero lo que tienen que escribirse desde hace cierto tiempo -con un poco de temor, indicó con un movimiento del pulgar y por encima de su hombro al gabinete de trabajo del señor de Andergast -lo ignoro. ¡Por amor de Dios, no me traiciones!

Etzel se detuvo, desprendiéndose del brazo de la señora Rie, la miró con aire grave y lanzó un prolongado silbido agudo:

-¡Ah! -dijo-. Nada más. -Luego hundióse en sus pensamientos. "Todo esto en nada cambiará el asunto". pensó, presionándose el pecho con los dos puños.

Fuese el silbido o el ruido de la conversación lo que lo distrajo, o que hubiese terminado ya su labor, la verdad es que el señor de Andergast apareció en el umbral y observó en el largo corredor, con una expresión de asombro glacial en sus ojos violeta, a los dos personajes que se enfrentaban. Rie desapareció rápidamente, refugiándose en la cocina. Lamentaba haber sido tan comunicativa. Sólo quiso ver lo que diría el pequeño. Su expresión y su silencio la inquietaron. Sólo sentía celos por esa mujer desconocida "que había olvidado sus deberes", que tenía el derecho de decirse madre sin serlo más que de nombre. había querido dar alimento a sus propios celos y estaba descontenta con haberlo logrado.

-Buenas noches, papá -dijo Etzel tímidamente.

El señor de Andergast dejó pasar algunos segundos de observación antes de responder lentamente con su voz profunda:

-Buenas noches. Tienes un aire muy agradable y contento, hijo mío.

Pero ya no era cierto.

5

EN su cuarto, Etzel arrancó una hoja de su libreta de apuntes y escribió: "Bobike, esquina de las calles Usedom y Jasmund", y la ocultó en la caja de su reloj. Etzel sabía ya a qué atenerse con respecto a las posibilidades de ejecución de su proyecto, y sólo más tarde, para saber si sus intenciones eran moral y teóricamente justificadas-cató de obtener la opinión del doctor Raff. Camilo Raff esperaba que Etzel diese los primeros pasos. De allí que considerase oportuno, cuando éste le pidió por teléfono una mañana que lo viese á las once, postergar para más tarde la entrevista a fin de mostrarse menos interesado. Tampoco lo invitó a su casa, donde no le hubiera sido cómodo recibirlo, guardando cama su mujer. Le propuso que se encontraran en la calle Miquel, en un lugar preciso, cerca del Palmarium. Únicamente cuando vio al muchacho aproximándose con apuro -eran las tres y media en punto, como lo habían convenido- sintió todo el afecto que le tenía. ¡Qué fuerza de interrogación en esos chispeantes ojos! "Cuando alguien me interroga de esa manera, sería preciso que fuese yo un

Librodot

idiota para suponer que puedo contestarle -pensaba- y que él fuese un amable hipócrita para simular que mi respuesta puede serle de alguna utilidad". Camilo Raff sabía muchas cosas de esos jóvenes confiados a su dirección. Desgraciadamente, su papel de guía distaba mucho de satisfacerle, pues sólo lo cumplía a medias a causa, de las futesas y prescripciones que llegaban de arriba para paralizarlo y también a causa de la reserva. desconfiada que le oponían aquellos a quienes tenía que dirigir; pronto también el orín comenzaría a entorpecer su engranaje. Hasta el momento no se había anquilosado en el dogmatismo demagógico, aun no creía en la infalibilidad de los magos. Tenía imaginación; ahora bien, un imaginativo recibe cada vez que da y solicita a quienes enseña. Contrariamente a algunos de sus colegas mayores, que pretendían marchar con el tiempo, en tanto que llenos de un secreto furor lo siguen, sofocados, tampoco podía ser acusado de servilismo, pues era de su tiempo, uno estaba convencido de ello; tenía el coraje de apartarse de todo lo que era equívoco y mentira. Sólo le faltaba una cosa: resistencia física. Tenía nervios delicados, no era capaz de ningún esfuerzo y en los meses de invierno sin sol se deslizaba como una sombra, sin gusto ni pasión por el trabajo.

Desde hacía tiempo Etzel formaba ya parte del pequeño número de privilegiados con los cuales mantenía relaciones personales. Algunas naturalezas tienen el brillo de una hoja de acero completamente nueva que acaba de salir de la fragua de Dios. Gustan por su novedad y, además, por una especie de utilidad superior, como si se los sintiera predestinados a una misión determinada. Esta "novedad" únicamente la percibió en Etzel poco tiempo atrás; un mes antes, más o menos, tuvo con él una explicación sobre un incidente penoso. Carlos Zehntner, hijo de un comerciante fallido, había tomado, durante la lección de gimnasia, un billete de cinco marcos del saco de Etzel, colgado en el vestuario entre una buena cantidad de otras ropas. Pronto se descubrió la verdad: el rechoncho Nicolás Mohl había observado al ladrón y en seguida se halló el dinero en su bolsillo. Hubo que denunciar al culpable, quien fue expulsado de la escuela. Durante muchos días, Etzel sintióse roído por los escrúpulos; le tenía afecto a Zehntner, no lo consideraba malo ("no es más malo que la mayoría de nosotros", habíale dicho a Roberto Thielemann con tono bastante resuelto) y además sus padres, como se supo más tarde, se encontraban en una situación desesperada. Pensó que no tuvo que quejarse en seguida, que se pudo arreglar el asunto entre ambos y aplicarle a ese aturdido un castigo buscado en consejo de camaradas y que no pudiese olvidar, sin destruir su porvenir. Preguntóle a Camilo Raff directamente si había obrado bien. Raff respondió que no veía cómo habría podido actuar de otra manera; ese tribunal de estudiantes, al que hacía alusión, conduciría finalmente a abusos intolerables. Dejó escapar esta reflexión: "Presta atención, Andergast: ciertos acontecimientos de la existencia pierden relieve cuando el sentimiento toma en ellos demasiada participación. El sentimiento es un rodillo, lo estira y ablanda todo". Etzel hizo un gesto de sorpresa. Estas palabras recordaban los principios de Trimegisto y viniendo de Raff le asombraban. Sintióse totalmente incomprendido. No era eso lo que había que temer, en él, y creía que corría el riesgo de que le pasara lo contrario. Sacudió la cabeza -y no habló más del asunto. El hombre inteligente que era Camilo Raff se sentía molesto al recordar esa conversación; temía haber perdido terreno en la confianza de ese muchacho que podía ser rencoroso como los caracteres viles y a veces, también, los caracteres muy elevados; no comprendió de inmediato la torpeza que había cometido ni tampoco se preocupó mucho por ello; era demasiado difícil prestar oídos a las mil voces y satisfacer a las mil exigencias de la vida sin contar que, además, era necesario salvar las dificultades de la existencia y no dejarse invadir por la amargura de una ambición paralizada, de una estrecha situación pecuniaria. En ciertas oportunidades el rostro del joven pasaba por delante de su pensamiento, siempre erguido y de perfil, en un impulso de atrevimiento, en una actitud de desafío, sin blandura vulgar en los contornos, y poco a poco la convicción de haberse equivocado en su juicio ese día se aclaró en el espíritu del profesor; esta certeza fue confirmada al cabo de cinco minutos. El muchacho había cambiado de manera notable; su actitud era totalmente diferente de la que había observado en los últimos tiempos Camilo Raff

Librodot

en el curso de su entrevista con Thielemann; acaso había en Etzel algo descaradamente superior que se burlaba de los señores profesores cuando le aplicaban una mala nota frunciendo las cejas.

¿Pero qué había sucedido en él? No es cosa fácil de sondear. Es maligno y reservado. Camilo Raff no quiere enfurruñarlo y adelanta un tanteo como sobre escarcha. Cuando, finalmente, gracias a las habilidades socráticas del maestro, el joven se decide a hacer algunas declaraciones, se cuida en primer término de desaprobar o de refrenar; por ejemplo: "Es indispensable que el espíritu saque las cosas del aire -dice Etzel-; hay que tomar posición, deliberar, pensar. Cuando se hace, hay que aprehender por medio de la inteligencia, hay que proceder paso a paso y metódicamente". "Sí, sin duda - dice Raff, reteniendo un impulso irónico-, ciertamente". En ese momento maniobra aún casi sin esperanza. "Es imposible alcanzar una finalidad precisa si no se es capaz de excluir la pasión", dice Etzel con la cara de un analista a quien todas 'as tormentas del espíritu han dado seguridad (he aquí de nuevo al chicuelo iluminado). "Es verdad -concede el doctor Raff un poco ansioso y colocando la mano en el hombro de

Etzel como para evitar que diera un salto peligroso-, es cierto, Con ello se evitan complicaciones inoportunas y sobre todo las sorpresas de lo imprevisto. También es un medio excelente para no alimentar nunca quimeras. Poco a poco la forma dialogada, el procedimiento dialéctico, se impone al pensamiento, y por consiguiente uno tiene... ¿cómo decirlo?... el sentimiento de no estar solo. Pero ese sentimiento provoca al mismo tiempo la abolición de la conciencia moral -si uno se coloca en un punto de vista elevado, claro está- por el hecho de que se acumulan las responsabilidades y los actores de un hecho desaparecen en la multitud. Pero no sería grave. El anonimato es, desde varios puntos de vista, algo hermoso. Pero vea, Andergast, la conciencia también está ligada a la ciencia, a una especie particular de conocimiento, al juicio y a la ley. ¡Hay en el término que lo expresa tanta profundidad y sabiduría! ... ¡Y quién sabrá nunca la cantidad de conciencia que es necesaria para obrar! Aquí se encuentra uno con pozos de minas insondables..." Se calló, asustado por la mirada ávida y apasionada del muchacho. Ese "salto peligroso" era evidentemente un salto en el agua helada. "Todos los organismos no soportan el agua helada ni sobre todo la brusca transición -pensaba Camilo Raff, intrigado por la actitud de Etzel-; todos viven por el cerebro, al menos así deciden hacerlo o es, si se quiere, la divisa confesada. Sin duda por esto se sintió últimamente herido por haberse visto reprochado por mí de un exceso de sentimiento. He aquí la palabra del enigma. ¡Bien!, ¡bien!, ¡bien! Esto vale más que vivir sin cerebro y haciendo un derroche de sentimientos alambicados y desleídos, puro fárrago literario, mediante el cual los de mi generación creen haber hecho avanzar al mundo. No hemos ido muy lejos con esa política del corazón, es cierto; lo que se llama corazón se ha convertido en deudor insolvente. Esta Juventud, con su método, con sus análisis intelectuales, con su costumbre de tomar posición -término abominable-, nos ha vencido por una serie de puntos, como ella dice, y debemos considerarnos felices si aun acepta de nosotros un mendrugo. Incluso si lo hace, no tengo la seguridad de que nos lo agradezca".

Suspiró y Etzel sonrióse como si el doctor Raff hubiese expresado en voz alta su serie de pensamientos. Quizá sólo sonrió porque el otro había suspirado; acaso porque lo presintió y comprendió todo, pues posee una inteligencia maravillosa. Olfatea y se cierne sobre este vasto mundo, conoce todo, lo ha captado todo y es por esto que sonríe. Luego, de nuevo lleno de confianza, mira complaciente a ese maestro de joven y bello rostro. Durante un momento marchan aparejados sin decir nada. Impulsado por ese nuevo flujo de confianza, Etzel formula de pronto algunas alusiones prudentes, que arrojan un poco de luz sobre su estado de alma y revelan la agudeza de la crisis por que atraviesa. Habla de un dilema que lo impulsa a tomar una resolución, una resolución únicamente inspirada por un principio. "No se trata - expone con gran elocuencia verbal y gesticulando ("¿no tendrá, sabe Dios de dónde, sangre israelita en sus venas?" piensa a veces Camilo Raff, observando sus movimientos apasionados, la brusca movilidad de ese rostro cetrino)-, no se trata de oposición, no es

Librodot

posible oponerse al aire que se respira, pues sólo podría evadírsele, y sería arriesgar mucho, puesto que no se puede saber si en la otra atmósfera en que se caería, uno podría respirar cómodamente. Por lo tanto, no se trata de oposición, ni, mucho menos, de contradicción. Cuando no le dicen nada a uno, no se puede elevar una protesta. ¿Comprende usted lo que quiero decir, señor? Estoy tomado por un terrible engranaje... Debo encontrar el medio de zafarme".

Se paró, apretó su puño contra el pecho y puso el índice de su otra mano en la punta de la nariz, con aire de cómico embarazo. "Bien, diga lo que tanto le preocupa -expresó Camilo Raff con tono de animación-; hasta ahora ha hablado por enigmas, estimado amigo". Etzel tomó impulso, dióse vuelta para enfrentar a Camilo Raff y preguntó: "Dígame, señor, ¿realmente se dan a veces conflictos de deberes?" Raff sacudió la cabeza. "Esto se relaciona con viejísimos problemas discutidos de la ética", respondió sonriendo. "Usted me lleva a hacer rodeos -continuó Etzel premioso, casi suplicante-, pero precisamente es eso lo que quiero saber. ¿Hay conflicto de deberes o no existe más que un solo y único deber?" "Tiene que explicarse más claramente, Andergast", dijo Camilo Raff sin posibilidad de evasiva, y a quien sorprendía el tono categórico del muchacho. "Bien -dijo Etzel meneando la cabeza-, bien. Pero quizá no admita usted la explicación. Naturalmente, me

observará que no tengo más que dieciséis años. Y bien, sí; ahora ya tengo dieciséis y cuatro meses. Usted me dobla en edad, ¿no es cierto, treinta y cuatro, treinta y cinco años? Bien. ¡Treinta y cinco años, terriblemente viejo! ¡Dios mío! Hace dieciséis años que estoy en el mismo lugar, en la misma casa, en la misma habitación, no soy un imbécil, tengo ya alguna experiencia acerca de los hombres -descontando esta complicación de mi miopía. Será necesario que pruebe algunos lentes, diga lo que quiera el doctor Malapert-; y bien, pienso esto: ¿qué importa que tenga dieciséis años o diecinueve o veinticinco? No se puede esperar haciendo girar los pulgares. ¿Qué se gana envejeciendo? Se dan casos en que precisamente el acontecimiento ordena: ahora o nunca". Aquí se embrolló en su discurso. Camilo Raff, de más en más asombrado, lo observó: "¿Dónde quiere ir a parar?", sondeó a media voz, con la impresión de que tendría que tomar por las manos a ese ardiente hombrecito y gritarle: "Calma, niño, hagamos las cosas una después de otra, sin precipitación".

"Contésteme a esta pregunta -prosiguió Etzel, y en el ardor de su impulso tomó, como lo había hecho recientemente con el viejo Maurizius, a Camilo Raff por la manga-. No me responda más que esto: un hombre se encuentra desde hace años en la prisión. Es posible que sea un inocente condenado, es posible que se pueda probarlo. ¿Uno tiene el derecho de despreocuparse de este asunto alegando cualquier consideración? ¿Uno tiene el derecho de retardarse o de reflexionar? ¿Cuenta junto a él cualquier otro deber? Dígamelo señor, ¿sí o no?"

Sí o no: de nuevo ese absoluto, esa exigencia apasionada, esa dictadura moral, y una vez más había que responder sin tergiversar, como tuvo que hacerlo el pobre Roberto Thielemann ("¡la mesa vuela! ... ¡el pájaro vuela!...") ¿Cómo era posible eso, cómo podía ser posible para cualquiera, fuese quien fuere? ¿Cómo un Camilo Raff podía lanzar al viento el conocimiento que tenía de la vida y del mundo y dar pábulo a un jovenzuelo en Dios sabe qué peligrosa locura? Y sin embargo había en eso algo que conturbaba hasta lo más profundo de su ser a ese conocedor del mundo y de la vida.

Todo comenzaba a vacilar a su alrededor como en un temblor de tierra. Prudencia, reserva, temor a las consecuencias, conciencia de la inutilidad del esfuerzo, todo esto se desmoronaba y sólo quedaba en pie ese pequeño hombrecito ardiente con su "sí o no". Así, pues, Camilo Raff dijo casi violentándose, con la sensación de haber sido vencido a pesar suyo y en un sobresalto de rebelión contra su propia razón: "Uno... tiene uno el derecho, Andergast, no sé si se tiene el deber o el derecho... quizá usted tenga el derecho, quizá... y quizá el deber..." Se detuvo bruscamente. Etzel lo miró con una sonrisa radiante de reconocimiento. En silencio hicieron un trecho del camino juntos. En silencio se separaron dándose un apretón de manos.

"¿Qué resultará de esto?", pensó Camilo Raff, y cayó en un abatimiento en el que los escrúpulos se sucedían a los escrúpulos. "¿Qué idea oculta preocupa a ese muchacho? ¿No tendría que advertírselo al padre, como profesor consciente? Pero esto significaría perder para siempre la amistad de este asombroso muchacho y pasar a sus ojos por un mentiroso y un discurseador. ¿Pero cuál es su idea oculta, cuál es la idea de ese muchacho? ¿El salto en el agua helada?" Camilo Raff teme que el contacto del agua helada .haga estallar ese frágil vaso. Es imposible descubrir qué ha hecho pasar manifiestamente al niño de los actos ingenuos y espontáneos al acto consciente y reflexionado. "Es preciso -se dice- que un espíritu de dieciséis años describa libremente su curva, que se mueva en la ilusión de lo ilimitado. Cuando es obligado a entrar en la actividad utilitaria, abandonando sus sueños y juegos libres, comienza a sufrir, inevitablemente, puesto que adivina y pronto siente que tiene que renunciar al caos, a la abundancia infinita que lo hacen tan perfectamente feliz y a lo cual la vida no le dará compensación".

6

NUNCA la Generala se había asustado tanto como el día en que Etzel le pidió trescientos marcos. Llegó a su casa un día de semana, incluso la sorprendió en su taller donde jugaba con el pincel librándose a un estudio de flores, la tomó por el cuello y presentó su pedido de golpe y sin darse pausa, sin introducción, sin preparación. Durante un momento la vieja dama no supo qué decir. Dejó la paleta y fijó en su nieto una mirada de espanto. "¿Estás loco, niño? -preguntó, con los labios lívidos-. ¿Dónde sacaré semejante suma en seguida? ¿Y qué quieres hacer con ella? Incluso si pudiera dártela y privarme de ella, ¿cómo asumiría ante mí misma la responsabilidad de semejante inconsecuencia? Tendría la impresión de participar en alguna confabulación culpable". "Bueno, sí -decía la ardiente e impaciente fisonomía de Etzel-. Ya sabía que me dirías todo eso, era necesario que lo dijeses; esperemos el fin de la cancioncilla". Cuando ella terminó, cayó de rodillas, tomó las pequeñas manos estrechas y blancas de la anciana entre las suyas no menos estrechas ni menos pequeñas, aunque más morenas, y la impaciencia marcada en sus facciones se convirtió en una gravedad que la Generala nunca había visto en ellas y que de golpe le hizo perder la superioridad en la cual se atrincheraba hasta el momento y que la naturaleza le había acordado sin exigirle el menor esfuerzo y dándole simplemente un anticipo de cincuenta y cinco años. "Si no te digo para qué los solicito -fue así más o menos como comenzó Etzel- es a causa de que no tienes ni el derecho de aprobarme ni la posibilidad de comprenderme. Porque te verías obligada a evitarlo y evitarías esa cosa para la cual necesito el dinero. . . " Claro está que podía ir a denunciarlo de inmediato, puesto que se había entregado a sus manos, pero ella no lo haría, no, jamás lo haría; ni un instante podría pensar que él destinase ese dinero a algo malo. Pero que ella lo mire: helo ahí de rodillas delante suyo. ¿Cree que puede tratarse de algo malo? No, no tiene deudas, no quiere comprar nada, ¿debe jurarlo?, no, ¿darle su palabra de honor?, no. Todo su honor cuando se trate de ella, es la veneración que lo arroja a sus pies. "Escucha, abuela, escúchame bien, no perdamos más una palabra sobre el asunto. Me vas a prestar el dinero. Cuando sea mayor de edad te lo devolveré. No te rías. Sé bien que hay toda una eternidad hasta entonces, pero tú tienes la seguridad de volverme a encontrar a pesar de esa eternidad". (Creía que esos trescientos marcos le bastarían para cinco años y, en todo caso, era algo divertido ese error en la apreciación del tiempo y del valor del dinero; pero la Generala no reía en absoluto, no hacía más que sacudir dulcemente la cabeza.) Terminó: "Ya lo ves, no halago ni mendigo, vengo a ti, porque... simplemente porque no conozco a nadie más en el mundo".

La Generala puso el meñique de su mano izquierda sobre sus labios y permaneció sin moverse varios minutos. Luego se levantó, hizo a Etzel /una señal para que la siguiese a su dormitorio de muebles laqueados y blancos, con una cama recubierta por un dosel cuyas cortinas caían hasta el suelo, como en el cuarto de una muchacha de diecisiete años. Fue a

Librodot

pasitos, trotando, hasta su escritorio colocado contra la pared y tomó una cajita incrustada de nácar, la abrió con una llavecita de oro que llevaba colgada del cuello prendida de un cordón (a Etzel se le fingía un personaje de cuento de hadas en una escena feérica), sacó de ella cinco billetes de cien marcos, los contó y le entregó tres de ellos al joven. "Este es todo mi dinero para el mes, estos quinientos marcos -dijo con los ojos bajos-, incluyendo. el alquiler. Es duro, mi pequeño; mis recursos son muy limitados, sábelo; pero no hables más de reembolsármelos. Son tonterías... Creo que tú... quiero creer... todo esto es tan raro... me siento completamente divertida, pequeño Etzel". Etzel se le aproximó casi humildemente, le tomó el rostro entre sus manos y la besó en la boca. Luego la miró en los ojos con esa indescriptible gravedad que la había confundido ya una vez, y levantó los ojos. "Adiós, mi vieja abuela". Cuando ella levantó los ojos ya había partido.

CAPITULO QUINTO

1

TRES días después de su visita a la Generala, Etzel abandonó la casa paterna y la ciudad. Era martes, la víspera del día de vacaciones de Pascuas. El lunes por la noche le dijo a Rie que había convenido con Thielemann y los hermanos Foerster-Loering hacer una excursión a la Hohen Kanzel. Partirían a las seis de la mañana y regresarían el miércoles por la tarde; pidióle a Rie que le preparara provisiones para el camino. Desde el mediodía llovía. Habiendo observado Rie que probablemente llovería también al día siguiente, él respondió que habían resuelto partir con cualquier clase de tiempo. "Si esto dependiese únicamente de ti, Rie -dijo lanzándole una maliciosa mirada-, siempre tendría que permanecer juiciosamente en casa, desearías mantenerme atado a la pata de tu silla". Es cierto que ella no amaba en nada las "empresas" y sentía horror por todo cambio en el curso regular de los días consagrados a la repetición. Pero el señor de Andergast había dado su consentimiento y le era preciso inclinarse ante él. Sin embargo, una cosa llamó su atención: que Etzel, después de haber preparado su saco de turista, tuviera que hacer aún mucho en su cuarto durante la noche, abriendo y cerrando cajones, removiendo papeles y guardando al mismo tiempo un silencio inusitado. El volumen de su saco también la sorprendió cuando salió de su habitación a la mañana siguiente; era un fardo que apenas podía cargar sobre su hombro, tan grande y pesado parecía. Asombrada, le preguntó para qué llevaba tantas cosas para un solo día; enrojeciendo respondió que eran libros que le habían prestado los Foester-Loering y que iba a devolvérselos, puesto que tenía que pasar por la casa de ellos y, además, un sobretodo que

Roberto le había facilitado últimamente. La mentira se leía en su rostro. Rie sabía que mentía, lo sabía siempre que quería engañarla, pero no sospechó nada más e incluso se emocionó cuando él le reprochó que se hubiera levantado tan temprano. ¿Acaso no habían convenido la noche anterior que se desayunaría en la estación?`Pero ella quiso demostrar qué sacrificio era capaz de hacer por él; el hecho de que su testimonio de solicitud no permaneciera inadvertido atenuó el malestar que le causaba esa hora matinal, sombría y lluviosa. Además de otras provisiones, ella le metió todavía tres tortas en los bolsillos; Etzel se las agradeció y volviendo sobre sus pasos, ya en el vestíbulo, le dio un sonoro beso en la mejilla; luego partió.

Esa misma mañana el señor de Andergast, yendo a. Limbourg por una cuestión profesional, anunció que regresaría el jueves para el desayuno. Ya era avanzada la noche del miércoles y Etzel aun no había regresado; entonces Rie comenzó a inquietarse. A las once déla noche, resolvió telefonear a casa de los Foerster-Loering. Los Thielemann no tenían teléfono, de lo contrario se habría dirigido a ellos porque conocía mejor a Roberto, quien a

menudo venía a la casa. Pasó un tiempo antes de que le respondieran. Tuvo una sorpresa mayúscula cuando se enteró de que los dos muchachos estaban en su cuarto, en la cama, y que ni ese ni el día anterior habían salido de excursión y que ni habían pensado en ello. En su estupor, dejó caer el auricular, se precipitó en el cuarto de la mucama, despertó a la cocinera y deliberó con ella; finalmente te se tranquilizó; pero no pudo ir a acostarse y anduvo hasta la una y media por el departamento, mirando cada diez minutos por la ventana, la vista y el oído en acecho, dominada por una multitud de alucinaciones en las que se sucedían catástrofes, crímenes accidentes y secuestros de toda índole. Sólo cuando no pudo mantenerse más sobre sus piernas se metió en cama y, a pesar de su corazón oprimido -la verdad nos obliga a decirlo-, durmió con buen sueño hasta la hora habitual. El retorno del día y de sus costumbres le devolvió el ánimo; cada vez que sonaba en el vestíbulo la campanilla, lanzaba un suspiro de alivio, y si bien era decepcionada en seguida, continuaba esperando con confianza el retorno del muchacho. Sólo cuando la mucama regresó de casa de Thielemann con una respuesta análoga a la de los Foerster-Loering, nuevamente volvieron a obsesionarla las imágenes terroríficas y, a fin de librarse de ellas, se vistió y fue a la ciudad para realizar algunas diligencias. Regresó a la una. Su primera pregunta a la mucama fue: "¿Llegó ya?" "No", le respondieron; no tuvo tiempo de ocultar su desconcierto cuando se abrió la puerta del vestíbulo: el señor de Andergast estaba delante de ella. Dirigióse hacia él con las manos unidas: "Etzel no ha regresado, señor barón". El señor de Andergast tendió a la mucama su pequeña valija de viaje, su sobretodo, su sombrero y dijo, algo asombrado: "¡Ah, es extraño"; luego lanzó una mirada escrutadora sobre el rostro congestionado de Rie y se dirigió a su habitación; allí, sobre el escritorio, entre otras cartas llegadas durante su ausencia, había una de Etzel.

2

LA leyó. La expresión de su fisonomía no experimentó ningún cambio Apoyóse en el respaldo de su sillón y miró al vacío. Una mosca que realizaba sus idas y venidas por el cielo. raso pareció interesarlo vivamente. Al cabo de un momento, tomó el sobre y lo examinó; tenía la estampilla de la ciudad .y un sello del martes por la mañana. Un instante más tarde tomaba el teléfono y se hizo comunicar con el comisariado central, anunciando su visita al comisario para las tres y cuarto. Durante el almuerzo guardó un silencio absoluto. Rie hizo vanas tentativas para llevar la conversación hacia el tema que le oprimía el corazón; el señor de Andergast parecía insensible como los demás días y absorbido únicamente por sus pensamientos. Pero cuando se levantó de la mesa, la llamó a su escritorio y secamente la invitó a que lo informara acerca de lo que había notado en el momento de la partida de Etzel. La exposición de Rie perdió su claridad a causa de la desaprobación que se leía en los ojos violeta. Era como si el señor de Andergast se sintiera importunado hasta las náuseas por su verborrea. Cuando ella habló de la enormidad del saco de turista, se hubiera dicho que descubría el detalle en ese mismo instante, al exclamar: "¡Ah, sí, precisamente, fue eso!. , .

¿Quién lo hubiera pensado nunca?" El señor de Andergast opinó con gravedad, "Ciertamente, ¿quién podría nunca pensar en todo? ¡Es algo que no se le puede exigir a uno!" Ella lo miró, perpleja. Su boca se contrajo para llorar. El señor de Andergast expresó el deseo de que se le diera un informe sobre la ropa, trajes y libros que se había llevado Etzel, y que se le entregara el inventario esa misma noche. Era indicarle a Rie que la audiencia había terminado.

El tono de la entrevista que mantuvo con el comisario en jefe, señor de Altachul, fue el que se mantiene entre colegas. En primer término hizo la declaración oficial de la desaparición y dio las señas necesarias. En el curso de la' conversación, después de que el comisario expresara una simpatía cortés mezclada de cierta sorpresa, el señor de Andergast dejó transparentar el deseo de que se emplease el máximo de discreción posible en las medidas que se tomarían para lograr la detención del fugitivo y, sobre todo, en lo

Librodot

concerniente a los comunicados a la prensa. El comisario comprendió y dijo que daría órdenes en este sentido; preguntó si existía alguna razón conocida que hubiese podido motivar la fuga del joven. El señor de Andergast respondió por la negativa. (No necesito insistir expresamente sobre este hecho, pues ya se puede deducir de su actitud con respecto a Rie que él no diría una palabra sobre la carta de Etzel, que estaba resuelto a no hablar de ella más adelante y hacer como si nunca la hubiese recibido). "¿Hizo preparativos el joven?", preguntó el comisario continuando su encuesta, que, dirigida a semejante hombre, tomada el carácter de una solicitud animada sólo por una curiosidad amistosa. "Nada más que los indispensables", respondió el señor de Andergast. "¿Se ha confiado a alguien de la casa, a un camarada?" El señor de Andergast encogió los hombros: "No lo sé", dijo. Lo averiguaría, pues en tan poco tiempo aun no había podido informarse ampliamente. ¿"Pero ese muchacho de dieciséis años tenía el dinero necesario para una ausencia que sabía, seguramente, que duraría bastante tiempo?" El señor de Andergast respondió que tampoco podía dar ningún informe al respecto, que en el fondo no se trataba más que de una travesura de niño, pero que el hecho era evidentemente inquietante. "¿Tiénese alguna idea acerca del lugar al que se ha dirigido, mantiene relaciones secretas,

una correspondencia clandestina, pertenece a algún grupo político de jóvenes?" "No puede suponerse nada por el estilo", replicó fríamente el señor de Andergast. "¿Algún pariente habría cobrado influencia sobre él en secreto?" (Naturalmente, el comisario conocía la situación familiar del barón y formuló la cuestión vacilando, como si pidiera perdón por su indiscreción). El señor de Andergast bajó los párpados y respondió con tono cortante, no muy motivado por cierto: "No, tampoco, es imposible". Tomó el sombrero, levantóse y dijo: "Aun puede agregarse algo a las señas personales: mi hijo es muy miope, tanto que no distingue los rostros a diez pasos de distancia. Como esa miopía no se acentuó en estos últimos años, el oculista no aconsejó el uso de lentes. Pero ese defecto, creo, hará más fácil descubrirlo". "También es mi opinión", se apresuró a decir el comisario. Abandonó su libreta de notas y también se puso de pie. Quedóse pensativo cuando el procurador general lo dejó solo. Los hombres de este oficio tienen un olfato extraordinario para reconocer si las declaraciones son completas o presentan lagunas; adivinan la más ligera reticencia, la más imperceptible reserva. No pudo dejar de pensar que el señor de Andergast no lo había dicho todo y que creyó necesario callarse algunos detalles importantes. Pero se dijo que eso no era asunto suyo; sin embargo, si hubiese creído que era cosa fácil detener al fugitivo y devolverlo a su padre, se habría equivocado enormemente. El aparato administrativo desempeñóse con la precisión habitual; fueron informados los puestos de las estaciones, todas las oficinas de policía, incluídas entre ellas de las fronteras; todas las gendarmerías recibieron la voz de alerta; pero se evitó toda publicidad; este último procedimiento, por lo demás, no habría logrado mejor resultado. Habríase dicho que el joven desapareció bajo tierra.

3

LA carta de Etzel, a la que se ha hecho alusión varias veces, no era de un carácter tal como para predisponer a la dulzura al señor de Andergast. Como padre estaba profundamente herido, afectado en su autoridad, y como hombre, como persona humana, como amigo confiado, sentíase vergonzosamente engañado (pues a tal punto se ilusionaba sobre sí mismo, que se había considerado absolutamente amigo de su hijo), se juzgaba herido por culpa de esa confianza que había generosamente acordado. La primera frase provocaba risa: "No puedo permanecer más tiempo en tu casa; si la abandono no es a causa de una decisión tomada a la ligera, sino después de una lucha de conciencia". "¡Vaya! ¡Ha luchado! ¡La casa... una decisión ... ¿qué te da el derecho, el poder de tomar decisiones, mocoso? ¿Quién te enseñó a juzgar? ¿De dónde te llega la ciencia acerca de aquello que prohíbe o autoriza la conciencia,

quién te ha pedido tus razones?" Luego esto: "No puedo decir lo que nos separa, puesto que todo nos separa. Me siento indefenso frente al desprecio que dedicas a mi juventud, pero alcanzaré quizá, el fin que busco y entonces te obligaré a respetar mi personalidad a pesar de mi juventud". ¡Qué insolencia! Cuando se ha estado muchas veces en contacto con la miseria de este mundo, no se corre el riesgo de caer en esas lamentaciones triviales de los padres que se quejan de la ingratitud de sus hijos y no se teme, ciertamente, el pasar "por anticuados" cuando se comprueba que ellos son únicos en la manera de sobreestimar lo que hacen, lo que quieren; pero una frase del tono de ésta: "no, puedo decir lo que nos separa, puesto que todo nos separa", terminaba por despertar en él una duda. ¿No serían, en definitiva, las sensaciones eficaces las que hacían falta, por mínimos que pudieran ser sus valores educativos? Luego el clavo: "desde que conozco el destino y el proceso de Leonardo Maurizius y el papel que desempeñaste en su condena, ya no tengo tranquilidad; es necesario que se haga la verdad, quiero encontrar la verdad". Frase que, a pesar de su descabellada presunción, no merecía más que un piadoso encogimiento de hombros.

He aquí la carta íntegra:

"Querido papá, no puedo permanecer más tiempo en tu casa; si la abandono no es a causa de una decisión tomada a la ligera, sino después de una lucha de conciencia. Con todo mi corazón te ruego que no veas en esto una falta de respeto; tengo conciencia de lo que te debo. Pero no existe un camino

que nos aproxime; no puedo esperar que hallaré uno para lograrlo. No puedo decir lo que nos separa, puesto que todos nos separa. Me siento indefenso frente al desprecio que te inspira mi juventud, pero alcanzaré quizá el fin que busco y entonces te obligaré a respetar mi personalidad a pesar de mi juventud. Se dice que los pensamientos engendran pensamientos, pero la verdad permanece fuera de este ciclo y hay que crearla como a cualquier obra, creo, mediante un laborioso esfuerzo. Sin palanca es imposible levantar un fardo. Un hombre se ha hecho para mí una palanca; desde que conozco el destino y el proceso de Leonardo Maurizius y el papel que desempeñaste en su condena, ya no tengo tranquilidad; es necesario que se haga la verdad, quiero encontrar la verdad. Todavía tengo que hacerte un gran ruego y apenas me atrevo a. formularlo aquí y a esperar que lo satisfagas: no me busques, no me hagas buscar, déjame libre, no puedo decir por cuánto tiempo, no seas mi adversario en este asunto. Tu hijo, ETZEL".

"Es encantador -comentó con ironía el señor de Andergast-; encima desearía ofrecerse el lujo de mi aprobación tácita; pero pasemos al orden del día, por penosa y desagradable que sea esta historia; no haber previsto esto y haberme dejado engañar, dejarse burlar por un loco, doble loco que soy, he aquí mi error. Tengo que acostumbrarme, pues, al pensamiento de haber sido burlado por un mocoso".

Había que olvidar esa carta. Al recordarla tenía la sensación de marchar con una piedra puntiaguda en los zapatos y a la cual el decoro social no le permitía quitar. Pero no era tan simple poder olvidar. Al señor de Andergast le repugnaba recurrir, por una niñería, a los grandes medios oficiales. No podía decidirse a ver en esa fuga más que una estupidez cuyos pretendidos motivos deseaba ignorar. Reflexionar en esos motivos, para él, era consentir una indignidad. Tenía el don de poder desviar los pensamientos de un objeto del que no quería ocuparse. Era cuestión de dominio personal. Pero a medida que pasaban los días y que las providencias tomadas, a pesar de su probada excelencia, no daban resultado alguno, esa pillería tomó un nuevo aspecto, forzando al menos una atención que no merecía; y de golpe nació un malestar semejante

al que se experimenta cuando, mirando un reloj en el cual se ha leído la hora innumerables veces con maquinal indolencia, de súbito se percibe que faltan las agujas en el

Librodot

cuadrante. A esto se agregó la lamentable actitud de Rie, que tácitamente expresaba, pero de una manera importuna a fuerza de timidez, enervando a fuerza de repetirse, lamentos, sospechas, reproches, asombro. Luego vino la necesidad de prevenir a diferentes lados por teléfono, de advertir al proveedor, al director del colegio, al doctor Raff (a quien rogó en esa ocasión que fuera a verlo el domingo siguiente, aun cuando lo puso en estado de prevención por su tono reticente y embarazado), contestar a toda clase de personas conocidas que habían oído hablar de la misteriosa desaparición del muchacho y que, ya sea por simpatía o por curiosidad, no podían dejar de interrogarlo. Todo esto lo irritaba y perturbaba a tal punto, que el señor de Andergast consideró la idea de tomarse una licencia e irse por algunas semanas. Pero el proyecto no fue ejecutado.

4

LA Generala había telefoneado a Rie durante la tarde, y lo supo todo por ella. Llamó esa noche a su hijo al teléfono, como el señor de Andergast esperaba. Sospechaba que su madre había sido quien le entregara el dinero. Como no podía admitirse que el muchacho desapareciera sin un pfenning, y como se sabía que la abuela era la persona más próxima a la cual podía dirigirse -la debilidad a menudo probada de ésta hacía casi seguro el éxito- esa sospecha tomó pronto la apariencia de una semiverdad. Con voz temblorosa, la Generala se quejó a su hijo que estaba enferma, que no podía moverse de su casa, que lo había llamado inútilmente a su oficina y que lo esperaba esa misma noche. El señor de Andergast pidió un taxi y partió. Después de conversar cinco minutos con ella, sin manifestar ninguna sospecha, obtuvo la confesión de que ella le había dado trescientos marcos a Etzel. Condujo la conversación hacia ese asunto como entreteniéndose, y con tal seguridad, que la Generala quedó estupefacta, mirándolo con la boca abierta e indefensa. Estaba en la cama, un cubrepiés de satén envolvía su delgado cuerpo y su cabeza pequeña descansaba, en una pose elegíaca, sobre las almohadas bordadas. Por su parte, el señor de Andergast guardaba la actitud más cortés del mundo. Había tomado de la mesita de noche un cortapapel de marfil, que mantenía entre los dos índices, y su rostro no traicionaba la menor emoción. Su táctica, sin duda, tendía a expresar mediante el silencio todo aquello que desdeñaba decir con palabras, las que acaso habrían podido ser refutadas o, al menos, negadas. Conocía el valor y el efecto de ese silencio y sabía apreciar su alcance como un oficial de artillería la trayectoria y el punto de caída de una granada explosiva. Lo que esperaba se produjo: la Generala perdió su presencia de ánimo, la cólera ensombreció sus ojos, revolvióse contra la tortura que provocaba en ella ese mutismo ambiguo y cortés y le gritó que había sido él quien lo echara a perder todo en ese niño, que él era la causa de todo, él y su sistema de cuartel, que el pequeño muchacho había huído para... "¡y bien, quizá para ir en busca de su madre y. . . ¿qué pues? ¡Dios mío! ... sí, . . para hacerse cuidar un poco". El señor de Andergast clavó en ella una mirada de interés. "¡Vaya mamá -dijo con glacial asombro-, es la primera vez que te oigo decir semejante cosa. ¿Quién habría pensado en esto? Nunca se me habría ocurrido una idea semejante. ¿Cómo es posible que pienses en eso? ¿Es una simple suposición de tu parte o te apoyas en algo preciso para afirmarlo? ¿Cómo pudo saber Etzel? ... Es extraño; entonces habría en esto una odiosa traición... ¿Acaso estás en relación... quiero decir, conoces... el lugar donde se encuentra ella?"

Su mirada violeta descansaba con una placidez metálica sobre el rostro de la anciana, cuyos ojos de niña enfurruñada, como dos polluelos que sienten volar por encima de ellos al buitre, trataban de rehuirla. Hizo un gesto de protesta: "¡Oh, no -aseguró con un prematuro suspiro y una expresión de pesar demasiado sincera para que el señor de Andergast pudiera dudar de su veracidad-. ¿De dónde y cómo podría saberlo? Con tu sistema has logrado vendar

Librodot

los ojos y despistar a todos aquellos que te rodean, ¿y quién se hubiese atrevido, incluso sabiendo algo. A menudo me pregunto, Wolf, si realmente eres un hombre vivo, con un corazón en el pecho como los demás; causas miedo. Cuando entras en una habitación uno ya siente miedo". El señor de Andergast se puso de pie, sonriendo: "Espero que tu indisposición sea pasajera, querida mamá - dijo con un tono en el que había una solicitud llena de amabilidades, aburrimiento y cansancio-. De cualquier modo, le pediré a Nanny que me comunique mañana cómo te encuentras y lo que haya ordenado el médico". Quiso besarle la mano para despedirse, pero ella, herida por su altanera manera de escapar, sobreexcitada hasta la indignación por su imperturbable tranquilidad, le dijo con tono imperioso: "Quédate, no te vayas tan rápido, todavía no hemos terminado. ¿Dónde está Etzel, dónde está tu hijo? ¿No sabes nada y en cambio yo tendría noticias? Sospechas que estoy en connivencia con él.., bien que se lo dije ... conozco a mi gente. ¡No importa! ¿Qué pasará ahora? Naturalmente, largarás a tus perros de la policía detrás de sus huellas, para maltratarlo aún más. ¿Tienes al menos la más remota idea acerca de lo que es ese muchacho, de lo que hay en él, de lo que pasa en él? No, no sabes nada, nada, nada, nada, nada sabes de él, nada de nadie. ¿No has echado a la pobre Sofía como a un perro y no has obligado a su amante a prestar falso juramento, de modo que sólo le cabía alojarse una bala en el cráneo? Y aun cuando todo haya transcurrido de acuerdo con la ley y las exigencias del honor, correctamente como en una revista... Está bien ... no digo nada... no digo nada, pero por momentos esto me roe el corazón cuando me encuentro acostada y pienso en ello. . . " Diciendo estas palabras, ella se contuvo, espantada, al ver la palidez de su hijo. Habíase dejado arrastrar, imponiéndose su naturaleza emotiva sobre el pesar que sentía con respecto a Etzel y bajo el impulso de tantas cosas que había reprimido durante años; aturdidamente había levantado el velo que ocultaba las desgracias pasadas y tocado con el dedo el punto único que, desprendido de otros hechos, aparecía como una falta imborrable; pero en el fondo se hallaba una vida, se hallaban destinos. Lamentó sus palabras ni bien se le escaparon; colocó las manos delante de sus ojos y sollozó dulcemente. En efecto, el rostro de Wolf de Andergast habíase puesto blanco como el yeso. Lentamente levantó la mano izquierda v arrolló entre sus dedos su barbilla grisácea, humedeciendo rápidamente sus labios con la punta de la lengua; sus enrojecidos párpados se cerraron, dejando apenas una hendidura entre ellos, y dijo con voz muy baja: "Está bien, mamá, no tengo la intención de contrastar con la realidad tus visiones novelescas. En lo futuro ten la bondad de abstenerte de toda alusión a mi persona y a mi pasado, si deseas que continúen nuestras intermitentes relaciones". Y esto con el tono que adoptaba en sus acusaciones. La vieja dama tuvo arrepentimientos, penas. ¿Pero para qué servían? Las gentes a quienes una demasiado grande precipitación arrastra a pecar por la lengua, recaen en una situación mucho peor que la de aquellos a quienes recriminan por sus actos. Aun cuando no cometieran más que un grama de injusticia, proveen de inmediato a los otros medio quintal de ventajas y sólo les queda confusión y penas (a lo que la Generala se entregaba abundantemente).

A la mañana siguiente el señor de Andergast interrogó de nuevo a Rie. Las palabras de la Generala: "Quizá fue en busca de su madre", no le salían de la cabeza. Habiendo afirmado la vieja dama, con tono impresionante, que ella se había abstenido de toda revelación, Rie era la única que, con su limitado espíritu, podía ser sospechada; ¿pero quién la habría informado? El joven no podía ir en busca de su madre, era claro como el día, pues no podría cruzar la frontera francesa; además no era admisible, por irreflexiva y novelesca que fuera la aventura, que la razón con que justificaba expresamente su partida no fuese verdadera. El asunto tenía otro carácter y las consideraciones puramente sentimentales no eran motivos para el joven. Sin embargo, el señor de Andergast no quería soltar el hilo prendido por azar, aunque sólo fuese para conocer a su gente. "Los hombres -pensaba-, incluso los más irreprochables, los más intachables, tienen en el alma un rincón en el que germina el crimen; por eso nunca se los conoce a fondo". Y por lo que se refería a su mujer -cosa inquietante, ella había cambiado de domicilio y de tiempo en tiempo se tomaba el placer de importunarlo con reclamaciones

Librodot

referentes a Etzel-, era imposible imaginar todos los medios contrarios a sus convenciones a los cuales recurría bajo el imperio de esa pretendida nostalgia súbitamente despierta que sentía por Etzel. Reclamó, pues, la presencia de Rie.

Ella fue demasiado anonadada por su insistencia sostenida en negar que había tenido conocimiento del cambio de domicilio de su mujer viendo la estampilla de la última carta y, bañada en lágrimas, confesó haber hablado de ello a Etzel sin pensar en ningún mal. El señor de Andergast dijo: "Considero su procedimiento como un abuso de confianza, y si no obstante esto cierro los ojos, se lo debe al hecho de que se encuentra desde hace tiempo en mi casa". De esta entrevista guardó un regusto amargo, le pareció que el sistema dirigía sus puntas contra él, que los espías a su sueldo estaban sobre sus talones, que sus criaturas convertíanse en traidores. Un intermedio irritante, he aquí cómo se le apareció todo esto al principio: un muchacho, con el cerebro lleno de una idea exaltada, escapa de la casa paterna, se lo reatrapa y durante un momento se le da fríamente una paliza. ¿Qué más? Y sin embargo era algo muy distinto, quizá era un poco diferente, ¿pero cómo, por dónde? ¿Qué era ese algo molesto, desagradable, contrariante?

Habíase propuesto llamar por teléfono al señor de Altechul para preguntarle si se habían encontrado rastros del desertor. Pero se abstuvo de hacerlo. Cada vez que quería levantar el auricular, contraía los labios como atacado de disgusto y permanecía un tiempo sentado ante su escritorio, absorbido en siniestras meditaciones.

5

CON un propósito deliberado, el señor de Andergast adoptó con Camilo Raff un tono dé cordialidad. Le apretó la mano como si hubiese deseado desde hacía mucho una conversación íntima con él y supuesto en su interlocutor las mismas disposiciones. En realidad no veía en él, a pesar de su renombre, más que un maestrito de escuela; mucha gente apreciaba el espíritu y la cultura de Raff, pero esto no lo admitía el señor de Andergast; sentía una mediocre estimación por los educadores, cualquiera fuese la categoría a que perteneciesen: trataba de disimularlo, pero ello formaba parte de su- personalidad; acaso había que buscar la causa de ese sentimiento en una supervivencia feudal o bien en el hecho de que las personalidades poderosas se defienden raramente de una intolerancia desconfiada con respecto a los conocimientos accesibles a todos y del saber necesariamente diluído y empobrecido que constituye la ciencia vulgarizada. De cualquier modo, Camilo Raff se sorprendió del acogimiento. No conocía al señor de Andergast más que por sus visitas oficiales al liceo. Este tenía por costumbre informarse dos o tres veces por semestre de los progresos de su hijo por intermedio del director. Camilo Raff se consideraba feliz cada vez que esa entrevista, siempre seca y protocolar, terminaba en buena forma. Pero he aquí que tenía delante suyo a un hombre amable, que conversaba de manera encantadora. La gente de condición modesta siempre se siente cautivada, pese a su filosofía y a su orgullo democrático, por la afabilidad y la condescendencia de aquellos cuyo rango social es más elevado que el propio. El doctor Raff era bastante inteligente para ignorarlo y manteníase en guardia. No obstante su actitud, fue vencido por el encanto de ese hombre, que ciertamente le era infinitamente superior por su habilidad y su conocimiento de los hombres, y no vio la trampa que le tendía el señor de Andergast, pues éste tenía alguna razón en suponer también aquí sospechas, en todas partes sospechas, la red estallaba por todas partes, por todas partes subalternos desleales) que la influencia ejercida por Camilo Raff sobre Etzel no siempre había sido educadora y que una indulgencia nefasta, quizá incluso culpable con respecto a ciertas tendencias funestas, había desempeñado aquí un papel. También de Camilo Raff se desprendía una atracción que intrigaba decididamente. Tenía en efecto un conocimiento bastante preciso y una representación más perfecta aun de la persona y del carácter de Etzel, y se decía: "Este padre no tiene probablemente una idea exacta acerca de su hijo; si existe alguien que pueda facilitársela eso soy yo, y lo haré de tal modo que no pueda olvidarlo tan rápido"; dos móviles

Librodot

lo empujaban a ello: primero, un sentimiento lindante en la vanidad y del cual, en casos semejantes, incluso aquel que enseña no siempre se encuentra libre, aun cuando sea perfectamente sincero, y luego la necesidad de rechazar, exteriorizándolo, la presión que el señor de Andergast ejercía sobre él a despecho de su amabilidad. De esta manera, cada uno de ellos, defendiendo del mejor modo posible sus intereses, desempeñaba su papel en el más bello acuerdo aparente. Raff contó que había conocido a Etzel dieciocho meses antes en el campo de vacaciones de Odenwald, y que el muchacho le había gustado tanto que, llamado en el curso del mismo otoño al liceo de la ciudad, se alegró del feliz azar que se lo daba como alumno. Se había ocupado mucho del joven, sobre todo en este último semestre, desde que se hallaba en el primer curso y que él, Raff, era profesor del mismo. El señor de Andergast se inclinó un poco hacia adelante, uniendo las manos sobre sus rodillas cruzadas; su actitud y su fisonomía expresaban una curiosidad cortés que halagó a Raff y lo impulsó a hacer un profundo análisis del carácter, lleno de finura, de simpatía y del secreto deseo de enterar al padre de algo nuevo e inesperado sobre su hijo. Y así se puso a hablar de la transparencia límpida de la naturaleza de Etzel: no es "transparencia" en el sentido ordinario de la palabra, ni lo que comúnmente se llama un carácter abierto; abierto no, Etzel no lo es de ninguna manera, y sin embargo tampoco es hermético, sino más bien encerrado en una vaina de varias envolturas. Lo que Raff entiende por "transparencia" se refiere a la moral, a la claridad que se desprende de ella, a una calidad muy especial de alma. Nunca se es decepcionado por sus expresiones, esperando de él. En la relación con Etzel se tiene el sentimiento agradable de que las cosas no pueden ser distintas de lo que son. Acaso no es sino así, así es como se hace esto, es así como se responde a un servicio de amigo, a una ofensa; es así como debe comportarse uno en una situación embarazosa, en la cólera; es así y no de otra manera, puesto que es así y no de otra forma, porque se tiene el don de ser lo que se es, porque no hay que simular que se es lo que se desearía ser; privilegio bien raro esta disposición, tan raro que muy pocos hombres comprenden su rareza, aun cuando la mayoría hable de ello sin cesar, Se necesita, a decir verdad, una singular forma de coraje para ser así. Pero el coraje, en semejante caso, no es más que una cuestión de ritmo. Muchas cosas en la vida, a las que consideramos como fruto de una disposición moral, no son más que cuestión de ritmo. Camilo Raff ha comparado más de una vez la rapidez de reacciones en los jóvenes. Encontró que almas lentas (que pueden habitar perfectamente en cuerpos livianos y ágiles) se inclinan más al mal que las almas ardientes, las almas rápidas. ¿Qué es, por ejemplo, el amor a la equidad y su expresión, sino el abrazo fulgurante del cerebro, el entre choque ardiente de imágenes en la imaginación? Ha observado a Etzel en disputas con camaradas, en sus juegos, en circunstancias en las cuales se trataba ante todo de presencia de ánimo, de discreción; de solicitud, de caballerosidad. Siempre se sentía asombrado por la energía y la precisión con las cuales el riño, en todos los conflictos, tomaba posición. En cierta oportunidad los alumnos le jugaron una mala partida al profesor de matemáticas. Este señor es gran amigo de los dulces; siempre tiene en el bolsillo de su saco un paquete de bombones; naturalmente, los muchachos lo sabían, y a instigación de Thielemann mezclaron un día a su provisión varias pastillas purgantes. Al otro día el profesor llegó furioso al curso; declaró que no quería perder el tiempo descubriendo al culpable, puesto que todos lo eran, y que por lo tanto se limitaría a hacer responsable a uno y castigarlo, librando a éste del castigo si denunciaba al verdadero culpable. Lo tomó entonces al azar, esperando de él una revelación que no vino, como es fácil pensarlo, y le aplicó una pena muy severa. Este procedimiento provocó la cólera de Etzel; no pudo tolerar que un inocente -el acusado por casualidad era el que menos parte había tomado en el complot- tuviese que expiar por el culpable; se puso d e pie y se acusó: "Fui yo el culpable, tiene que castigarme a mí". Esto produjo una honda impresión en la clase, los muchachos no quisieron tolerarlo, protestaron y luego se produjo una verdadera y pequeña rebelión; felizmente el profesor tuvo suficiente sangre fría para no llevar las cosas al extremo; el interrogatorio a que sometió a Etzel fue bastante suave, y abandonó la clase para deliberar, dijo, con el director. Camilo Raff trató de calmarlo y encargóse de que el asunto no tuviese

Librodot

consecuencias, por lo demás también para el maestro, a quien había que evitarle un ridículo mayor. Tuvo más tarde una larga discusión con Etzel. Mientras relata esta conversación una sonrisa misteriosa vaga por su fino y melancólico rostro, una sonrisa casi bribona: "No poco trabajo me dio evitar que me saltara encima con su indignación cómica, con su fría audacia de exigirle a la gente lo que debería hacer por sí misma únicamente por la justicia y la razón y para que el desorden y la miseria no hagan irrupción ininterrumpida en este mundo -dijo Camilo Raff-; tal era más o menos el sentido; yo lo presento de una manera un poco complicada, pero este era el sentido: la gente

debe ser consecuente con sus actos, aquel que tiene un comercio debe conocer su comercio, un juez no debe juzgar más que cuando no subsiste ni la sombra de una duda sobre una falta... Tuve que replicarle: "Querido, estas son cosas muy naturales, pero por ellas a menudo los héroes y los santos han vertido su sangre".

6

EL SEÑOR de Andergast había bajado los párpados sobre sus ojos color violeta. Era como si el cortinado de un escenario cayera para dar lugar a un cambio de decoración. Apenas si se movió. No hizo más que soltar un ¡hum! semicondescendiente, semiescéptico. Camilo Raff distaba mucho de intuir la verdadera naturaleza de ese hombre, su soberbia glacial, la susceptibilidad de su espíritu, la rigidez de sus opiniones, y por ello creyó que debía continuar en forma más detallada su explicación del carácter del niño. Quería convencer al señor de Andergast (¡el colmo de la ingenuidad!); ¿pero de qué? El mismo terminó por no saberlo muy bien. Sólo sentía la contradicción muda y resistente como una muralla de piedra y se empecinó contra ella. Y contó lo pasado con Carlos Zehnter, la historia del billete de cinco marcos robado y la confesión que le hizo Etzel acerca de sus escrúpulos, por haber arrojado a la desgracia con excesiva precipitación a un camarada. Tampoco conocía el señor de Andergast ese incidente, y prestó atención, pero su fisonomía continuó revelando siempre la misma curiosidad cortés. Camilo Raff dijo: "Un sentido tan delicado de la medida también es absolutamente conmovedor. Yo, al menos, no conozco nada que me conmueva más. Por esa "medida" entiendo la carga que otro puede llevar y que está permitido imponerle". "En realidad usted ha estudiado a ese chicuelo desde la a hasta la z", interrumpió secamente el señor de Andergast. "Claro está, señor barón, consideraba esto como uno de mis deberes". "También me parece que se dedica a crear en torno de su cabeza una aureola de virtud. Sabrá perdonarme si encuentro un poco exagerado este procedimiento. El pequeño tiene sus buenas cualidades; desde muchos puntos de vista no está desprovisto de aptitudes; además, es de bastante buena raza, regularmente activo, a veces un poco audaz y, no nos engañemos, cuando quiere alcanzar su propósito sabe aplicar una buena dosis de truhanería. ¿0 cree usted que soy injusto con él al juzgarlo así?" Camilo Raff más bien consideró que el señor Andergast era injusto con él al hablarle con ese tono burlón. Replicó que no era de esa opinión, que nunca había visto tal truhanería en Etzel, sino algo muy distinto, una sorprendente perspicacia, una intuición sin duda sorprendente, lo que se llama instinto del salvaje cuando se trata de aclarar cosas o circunstancias ocultas. En el campo de Odenwald se produjo un incidente después del cual se llamó a ese muchacho, entonces de catorce años, Sherlock Holmes en miniatura. Había allá un joven de diecisiete años, Rosenau, camarada de cuarto de Etzel. No era particularmente estimado, primero por ser judío, y luego a causa de su aspecto contrahecho y desconfiado y, finalmente, porque hacía versos, pacotillas, torpe despliegue de palabras de acuerdo con los modelos célebres, y, además, con un poquito de erotismo; así que las burlas con que lo perseguían los chicos no carecían por completo de fundamento. Pero, naturalmente, tales cosas no hacían más que aumentar su desconfianza. Por lo demás, era un buen muchacho, carente de toda maldad. Pero se lo detestaba simplemente y sin más, y la mayoría deseaba quitárselo de encima o, al menos, hacerle insoportable su residencia en el campo. Cierto día uno de los profesores reclamó un libro de

la biblioteca del establecimiento. Durante un rato se lo buscó y luego alguien dijo: "Rosenau lo tiene, es cierto que no lo pidió prestado, pero siempre hurta los libros ajenos". Rosenau no estaba presente y con toda deliberación se resolvió abrir su armario, estando la llave colgada de un clavo; el maestro forcejeó todos los cajones, abrió uno y de pronto se detuvo con un sacudimiento de cabeza y el rostro aterrado. En el cajón había una media docena de fotografías de las más obscenas, de aquellas que no se muestran más que en las casas de tolerancia, y con todas las precauciones. A excepción de Rosenau, toda la colonia estaba en el cuarto; faltaban algunos minutos para el almuerzo, todos habían sido testigos del abominable descubrimiento, algunos reían y bromeaban, pero la cólera y el desprecio dominaban a la mayoría. Mientras el maestro enviaba en busca del director del establecimiento, llegó Rosenau. Se le dejó llegar frente al armario y se le mostraron las fotografías.

Etzel estaba muy cerca de él y de inmediato tuvo la impresión de que el otro no estaba al corriente de nada y que se le había jugado una partida odiosa. Le bastaba observar el rostro de Rosenau para afirmarse en su convicción. Semejante estupor, un espanto semejante, tal confusión eran imposibles de simular. Los demás no experimentaban la menor duda. Las protestas de Rosenau fueron acogidas con un silencio hostil. El director había partido esa mañana para Wurzburg y no regresaría hasta el siguiente día; las repugnantes imágenes fueron confiscadas a la espera de las decisiones de aquél y Rosenau fue hecho a un lado hasta que se decidiera su suerte. Todos los jóvenes se apartaron ostensiblemente de él. Estaba metido en un rincón, perdido en sus pensamientos, con el rostro entre las manos. Sin embargo Etzel había hecho una observación que le pareció de importancia. La primera de las fotografías estaba manchada con sangre. La mancha había corrido en un delgado hilo por toda la hoja. Se preguntó: ¿de dónde proviene esa sangre? Sin llamar la atención, se aproximó al armario de Rosenau, sacó la caja y vio que de su pared interior, junto a la cerradura, sobresalía la punta de un clavo y que el fondo del cajón también estaba ensangrentado. Se dijo: "El que puso las fotos en el cajón estaba apurado y su herida aun debe de ser bien visible". Un poco más tarde, el cuarto quedó vacío; los jóvenes jugaban al fútbol; se aproximó a Rosenau y le dijo: "Muéstrame las manos". El otro le miró, cohibido, y obedeció, mostrando sus manos abiertas; estaban intactas. Entonces Etzel reflexionó largamente. Por último tomó una resolución. Pidió permiso por dos horas, partió a pie a Amorbach, que no estaba lejos, y compró una bolsa de nueces. Durante la noche, cuando todos se reunieron en la habitación, sacó su bolsa y anunció que distribuiría nueces y que hoy para divertirse se las cascaría, lo que sería muy divertido, ya que la tarea produciría un ruido espantoso; uno a uno tenderían las manos para recibir la respectiva porción. Así se hizo en medio de grandes carcajadas. Cuando le tocó el turno al noveno, Etzel vio la mano herida: un gran rasguño rojo en la palma. Como lo había imaginado, la herida no podía haberse producido en el dorso, dada la forma que tuvo que maniobrar la mano. El muchacho de la mano herida se llamaba Eric Fenchel; era el decano del grupo, tenía casi dieciocho años y se le temía a causa de su brutalidad y de su humor batallador; se conducía como verdadero tirano con sus camaradas menores, tenía sus favoritos y también a quienes no podía soportar. Etzel ocupaba en sus sentimientos un lugar intermedio; Fenchel no era demasiado atrevido a su respecto; todos los demás lo halagaban cobardemente, pero no Etzel; desde el día en que aquél contó con tono desvergonzado que había violado a una chica sordomuda, ya su proximidad le causaba horror. Habría podido jurar que era Eric Fenchel, pero quiso tener la plena evidencia y no dejó traslucir nada. Todos cascaban alegremente sus nueces y él hizo lo mismo. Cuando todos se metieron en sus camas y se apagaron las luces, él permaneció en acecho. Durante largas horas no se movió, esperando. Sería la una de la mañana cuando se levantó sin hacer ruido, tendió el oído, se aseguró que todos dormían profundamente, y deslizóse entre las camas hasta llegar al armario de Fenchel; la llave estaba encima; había ocultado bajo el armario, esa misma tarde, una pequeña linterna sorda, adquirida en la ciudad al mismo tiempo que las nueces, y no haciendo más ruido que una laucha, se puso a revisar el armario; la puerta abierta lo ocultaba a los del cuarto; pocos instantes después encontró lo que

Librodot

buscaba, sus sospechas se confirmaron, la lógica de sus deducciones triunfaba. Fenchel no había introducido más que una parte de sus fotografías en el armario de Rosenau; las otras estaban en su propio cajón, entre los libros y cuadernos. Etzel cerró el armario, deslizóse hasta su cama y durmió hasta bien entrada la mañana. Poco después del desayuno buscó al maestro, le expuso el caso y los medios que había empleado. Menos de un cuarto de hora más tarde Rosenau era rehabilitado. Fenchel, que entre otros era un furioso comejudíos, cuando se comenzó a buscar el libro y nadie le prestaba atención, deslizó furtivamente las fotos en el cajón de Rosenau. Fue expulsado vergonzosamente del campo. A partir de entonces Rosenau manifestó por Etzel un afecto. casi ridículo. Pero al otro año sus padres, que no sabían qué hacer con él, lo enviaron a la América del Sur.

El señor de Andergast observaba sus manos. Habríase dicho que algo en la uña del dedo mayor lo cautivaba especialmente; levantó la mano hasta el mentón y consideró la uña con atención, preguntando sin doble intención aparente: "¿Naturalmente, estaba usted al corriente de la partida de mi hijo?"

Notando una expresión de desagradable sorpresa en el rostro de su interlocutor, agregó con amabilidad: "Así lo creía, usted era su confidente, gozaba de su confianza. Yo no poseía en igual grado esa ventaja. No me quejo, no tengo talento de confesor y, a decir verdad, tampoco me agradaría poseerlo. No le doy importancia a los misterios del corazón". "Los misterios del corazón no son precisamente los términos apropiados", se atrevió a objetar Camilo Raff. Pasando la entrevista de la epopeya al drama, pronto vio la cuerda que el otro pretendía arrojarle al cuello. "Nuestras relaciones nunca salieron de los límites que yo mismo había trazado", dijo con calma. "No ha contestado a mi pregunta", insistió suavemente el señor de Andergast, batiendo los párpados como una mujer que se queja de haber sido relegada. "Vino a verme en un momento de crisis moral -dijo Camilo Raff-. Como yo era su amigo mayor, tenía que acudir en su ayuda; pedía: he aquí donde estoy, ¿qué debo hacer? O mejor dicho: ¿puedo obrar en forma distinta a tal o cual manera? Ignoraba qué se traía entre manos y era imposible adivinarlo por las alusiones que hacía a ello. En cualquier otra circunstancia yo habría encogido los hombros, habría atemperado las cosas, habría acudido a escapatorias. Con él no era posible. En ese momento, no. A él le reconocí en ese instante el derecho de hacer lo que no habría reconocido a ningún otro, es decir, de seguir su inspiración. No lo niego -siempre hablo de ese momento-: no lo habría desviado de la resolución que se le imponía en esa trágica lucha interior. Además, no lo lamento. De que esa decisión iba a tener semejante alcance es precisamente de lo que yo habría dudado s cierto".

-Evidentemente, habría tenido algún escrúpulo en animarlo para una acción tan oscura para usted -averiguó el señor de Andergast con la misma voz suave y una sonrisita astuta.

-Eso... no sé -respondió Raff, tomado de sorpresa-, había algo en él, hubiese tenido vergüenza de verter agua en ese vino... Es tan raro... ¡Si lo hubiera visto, señor barón!. . .

-Es verdad. ¿Y no ha temido la responsabilidad? -continuó la dulce voz interrogadora.

-No -dijo Camilo Raff-, ni un solo instante.

-Me asombra esto -prosiguió el señor de Andergast, levantándose-. No tanto su actitud personal de amigo, que a mí

no me importa, sino más bien, cómo diría, la comprensión indulgente que ha exteriorizado, sorprendente en un educador. Camilo Raff, que también se había puesto de pie, palideció ligeramente.

-No tengo motivos para condenar que no me haya advertido su actitud personal. Pero en el otro sentido era su deber.

-No tenía el derecho de traicionarlo.

-¿A un menor? ¿Se puede hablar de traición en este caso? -Sí, señor barón, así lo creo. Me parece que la minoría de edad no es más que un simple concepto jurídico.

-¿No basta ese concepto jurídico cuando se trata de evitar una falta chocante e intolerable? ¿Existe uno más elevado? Desearía que me lo indicara.

-Ese no basta, señor barón. Sí, existe para el caso uno más elevado.

Así el drama se había convertido gradualmente en un. cambio de réplicas estrictamente encajadas unas en otras y en las cuales se concentraba el "tonus" moral, sin darse no obstante asperezas ni cambios de tono; por el contrario, uno permanecía perfectamente cortés, y el otro, modesto pero firme. Para terminar, el señor de Andergast, acompañando a su visitante hasta la puerta, preguntó incidentalmente si Camilo Raff sabía dónde estaba Etzel. Raff respondió que la partida del niño lo había sorprendido vivamente y que el lugar en que podría hallarse le- era, naturalmente, desconocido. El señor de Andergast sacudió gravemente la cabeza, le estrechó la mano y repitió que su visita le había interesado mucho. Pero cuando Raff cerró la puerta, permaneció largo tiempo parado, con el labio inferior entre los dientes, sumido en sus pensamientos. Al día siguiente dirigió una carta a la administración colegial, informando acerca de la grave falta cometida por el doctor Camilo Raff con el alumno Andergast y reclamando una investigación disciplinaria. La investigación exigida de un modo tan categórico y por un personaje tan encumbrado se hizo sin perder tiempo; tuvo por resultado que Camilo Raff, suspendido en sus funciones durante dos meses, fuera trasladado después, en desgracia, a un rincón de provincia, en Hesse. Fue para él, que ya se ahogaba en su esfera de acción actual, una catástrofe física y moral.

7

ALGUNOS días después de la visita de Camilo Raff, cuyo humillante recuerdo aun no le había dado tregua, el señor de Andergast invitó a cenar al presidente Sydow. El presidente le había dado a entender que su familia estaba en la Opera y que deseaba tener compañía. La mesa era buena; la conversación languidecía, insípida. El presidente, bonachón, gustaba contar anécdotas. El señor de Andergast no sentía placer en escucharlas, pero la gente que se empecina en servirle a uño historias divertidas no pregunta si uno se interesa o no por ellas: se encarga del juego tanto como de los aplausos, y es por esto que el presidente no notó cuán distraído estaba su huésped. El señor de Sydow tenía fama de "buen juez", pero le había valido su renombre, más que el sentimiento de su noble tarea, una mezcla de despreocupado epicureísmo y desprecio por la humanidad en general. No gustaba ir al fondo de las cosas y menos aún elevarse hasta las cúspides; sólo se sentía bien a mitad de camino. En muchos casos su bondad tenía por fundamento la caprichosa de un alcohólico moderado; pesado como un tonel, lamentábase de la pesadez del aparato jurídico y consideraba los veredictos de los jurados como farsas ridículas, sin colocarse nunca, no obstante, contra ellos, y mientras fue juez en el tribunal correccional sus cualidades más seductoras aparecían cuando tenía que vérselas con un criminal que confesaba. Con placer le hubiera estrechado la mano y acordado una pensión. "Por lo menos no se pierde el tiempo con un tipo de esta especie", tenía por costumbre decir, como si el tiempo de un juez estuviese exclusivamente reservado a las divagaciones en las tabernas confortables. En el ejercicio de su profesión, a menudo había chocado con el señor de Andergast; fuera de él, sus relaciones eran excelentes; no había posibilidad de fricción: la distancia entre ambos era demasiado grande.

Partió temprano. (Habíanse instalado en el gabinete de trabajo). Cuando el señor de Andergast quedó solo, abrió la ventana para hacer desaparecer el humo de los cigarros. Era una noche de abril, cálida y pesada; los árboles goteaban, la noche oscura estaba abierta como un pellejo desventrado. El señor de Andergast sondeó las tinieblas con la mirada. Apoyaba su mentón sobre las manos unidas y permanecía inmóvil, como uña estaca. Cuando cerró la ventana, sentóse al escritorio, tomó un legajo en la pila preparada ante él y lo abrió. Pero sus miradas se deslizaban sin curiosidad por las páginas. Mantenía un lápiz en la mano y trazaba distraídamente signos y palabras en una hoja en blanco. De pronto se sobresaltó; tenía delante el nombre de Maurizius, que había escrito sin saberlo y sin pensar en él. Hizo una pelota con la hoja de papel, la arrojó al canasto, dejó el lápiz sobre la mesa .y se levantó, descontento. Durante un momento anduvo sin control, luego permaneció inmóvil y pareció reflexionar

Librodot

algo; después dejó el cuarto, se detuvo con indecisión en el corredor; en el borde de la zona de luz que cortaba la puerta del escritorio, dio nuevamente algunos pasos, hasta que se encontró delante de la puerta del cuarto de Etzel. La abrió y entró. Dio vuelta al conmutador, cerró la puerta con precaución, miró alrededor suyo con las cejas contraídas y sentóse al escritorio, respirando profundamente. Era la primera vez que entraba allí después de la fuga del muchacho.

Dando la espalda a la ventana, se apoyó según su costumbre en el respaldo de la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. El silencio que lo envolvía tenía algo de extraño, su rostro expresaba tristeza y soledad. La tensión de sus facciones, que nunca se distendían, acaso ni en, el sueño, disminuyó. Era como si los barrotes de la jaula del presente que lo encerraba se fundieran y esfumaran, uno después de otro. Sus ojos absorbían todos los objetos de la habitación; la cama de bronce con su cubrepié de seda amarillo desleído, el viejo tapiz de cañamazo bordado, delante de la estufa; las dos sillas de paja a los costados de la mesa, la estantería de los libros con los espacios vacíos, que los hacía parecer mandíbulas desdentadas. El niño habíase llevado los libros que faltaban. Una indescriptible tristeza llenaba el cuarto, y el señor de Andergast no pudo evitar que lo invadiese; una habitación abandonada por quien se aloja en ella, tiene algo de un cadáver. La mesa estaba cubierta de un linóleo a cuadros, lleno de manchas alrededor del tintero. En un lugar estaba diseñada una cabeza con un cuchillo, intento poco afortunado. "Nunca tuvo facilidad para el dibujo'", pensó el señor de Andergast. El cajón de la mesa estaba entreabierto y aparentemente vacío. "Los muchachos siempre son descuidados", piensa el señor de Andergast y cierra el cajón. El cajón le recuerda el incidente de las fotografías en la colonia de vacaciones. Sonríe un poco y esa tímida sonrisa es como una victoria lograda sobre su malestar, que persiste desde la historia de Camilo Raff. ¿Cómo es posible que nunca se enterara de tales episodios? ¿Cómo es posible, además, que un niño no se presente nunca al pensamiento de uno más que como es hoy y jamás como era en su pasado? ¿Que las palabras de ayer se esfumen, que la silueta del último año se desvanezca? ¿Es demasiado perezoso el espíritu humano para conservar el orden y la sucesión de los fenómenos? ¿Nunca se nutre más que del momento presente y no es para él un eterno engaño? Pues el momento que se vive es un impostor. Imposible representarse a ese muchacho como cuando tenía diez años, o antes aún, a los ocho, a los seis. El señor de Andergast nunca le hizo sacar fotografías, siempre consideró que las fotografías de los niños eran estupidez y vanidad. Tampoco es esto lo que importa. Lo que interesaría es conservar la imagen en la memoria. Etzel era un hermoso niño, al menos el señor de Andergast creía recordarlo. Todavía recuerda que esto le molestaba cada vez que la gente elogiaba su lindo rostro, su fina fisonomía, sus maneras graciosas. Mientras se halla en esto, buscando un medio de volver al pasado como un asaltante que se desliza de noche en una casa, no puede dejar de pensar en la linterna sorda comprada al mismo tiempo que las nueces, en Amerbach, por ese muchacho de catorce años. Una muestra de esa facultad perfecta de encadenamiento lógico, de la que nunca habría creído que fuera capaz. Luego vuelve a ver de súbito al pequeño a los cinco años; diríase que su cabeza morena y ensortijada surgiera entre velos de polvo gris. "Padre, mira conmigo el gran atlas y háblame del mar y de Asia". Es muy agradable ver esos pequeños dientes que brillan en la fresca boca. Esa amplia mirada límpida, la convicción que se lee en ella de que Asia y el mar no tienen secretos para la todopoderosa omnisciencia de su padre. En aquel tiempo todo era presente. Pero el presente es siempre la época "en que no se tiene tiempo". "No, pequeña cabeza ensortijada, papá no tiene tiempo, tiene que trabajar"; la cabeza ensortijada no se atreve a contradecir, sólo expresa un asombro pesaroso: ¿puede haber algo más importante en ese momento nostálgico que el atlas, el Asia y el mar? "No tener tiempo", he aquí palabras incomprensibles para quien está rodeado de cantidades de tiempo inconmensurables y no sabe qué partido sacar de esa abundancia de tiempo entre el momento del despertar y el del sueño. Todo el enigma de la vida reside allí, en ese hecho de "no tener tiempo".

Librodot

¿Dónde puede estar ese muchacho? Es noche, los árboles gotean, la noche está abierta como un pellejo desventrado. ¿Dónde puede estar a esa hora?

Al otro día los secretarios asombráronse del laconismo de su jefe. También se sorprendieron por su aire ausente cuando le formularon preguntas indispensables; sobre todo, esto les parecía insólito y varias veces cambiaron miradas de asombro. Cerca del mediodía, antes de prepararse para salir, llamó al jefe de los archivos. Cuando el hombre llegó, habríase dicho (o bien lo simuló) que olvidó para qué lo había llamado: "¡Ah!, sí, es esto precisamente, mi querido Haacke -dijo amablemente-: haga sacar el legajo Maurizius de los años mil novecientos cinco y mil novecientos seis en el tribunal regional y envíelo a mi casa hoy". "A sus órdenes, señor barón".

A las tres de la tarde el legajo impregnado del polvo de los archivos y conteniendo más de dos mil setecientas páginas, en parte amarillentas, estaba en el domicilio del señor de Andergast, sobre su mesa de trabajo.

8

ESA misma noche comenzó a leerlo. Puesto que se había decidido a hacerlo de una vez por todas, lo haría a conciencia. ¿Habíase decidido? Pensándolo bien, se trataba de algo muy distinto a una decisión, que no tenía gran relación con su libre arbitrio. Nunca le había pasado algo semejante. Una presión irresistible, he aquí precisamente lo que era; ¿existían, pues, esos estados de alma en los cuales nunca había creído en realidad y que en el fondo consideró siempre como argucias de abogado para paralizar el brazo de la justicia e introducidas por fraude en el código para halagar la semiciencia de 1os profanos? El hechizo había comenzado por la palabra Maurizius, que de pronto encontrara en el papel, escrita por por él, no sabía cómo. Cuando dio la orden al jefe del servicio de archivos, apenas se atrevió a mirarlo de frente, pensando que la gente leería necesariamente en su cara; sufría por obrar bajo el imperio de esa presión persistente, como si se sintiese atacado por una desconocida enfermedad del sistema nervioso, y estaba avergonzado como si hubiese tenido conciencia de entregarse a cierta bacanal secreta.

Lo que experimentaba durante la lectura no era menos extraño. Su memoria no había conservado más que el esquema rudimentario de los hechos y el recuerdo de la posición que tomó entonces. Todos los detalles se habían borrado. El antagonismo de los destinos aparecía al principio difícilmente inteligible; el desenvolvimiento, la explosión de las pasiones tenían tales proporciones que podía creerse verlas a través de un largavista; los hombres parecían cadáveres; sus motivos, sus actos, sus justificaciones, afirmaciones, acusaciones, explicaciones, subterfugios, observaciones tenían igualmente algo de descompuesto, de rancio, de asqueroso, de amorfo y vulgar. Sí, todo eso era de una vulgaridad desesperante; las deposiciones de los sirvientes, de los encargados de encender los faroles, de los armeros, de los policías, de los empleados ferroviarios, de los porteros de hotel, de los floristas, de las dueñas de pensión, de peluqueros, cocheros e incluso las de los médicos, profesores, mujeres de profesores, estudiantes, comerciantes, industriales, barones y condes, un ejército de testigos, una ola de informes, rumores, interrogatorios, acusaciones, testimonios, averiguaciones, documentos y corpora delicti de estupideces y esfuerzos, de sufrimientos humanos, de abyecciones y debilidad humanas, habiendo perdido calor y vida y así conservados en esa montaña de papel. Examinarla era un trabajo menos fructuoso que el del anatomista que cataloga una colección de preparados en alcohol. Sin embargo, el señor de Andergast era experto en la materia. Sabía de antemano que no tenía nada de divertido penetrar en esas catacumbas y que la paciencia era sometida a ruda prueba, pero ejercitar la paciencia era su destino y el goce de un placer cualquiera no tenía lugar en su vida. Comenzó separando lo esencial de lo accesorio, aislando del caos que lo envolvía los caracteres principales. Siempre se habían producido buena cantidad de murmullos, de protestas por el veredicto que castigó al criminal, y no sólo partían

de los negadores habituales; pues no sólo los espíritus embrollones, los enemigos del orden se habían atrevido a hablar de un asesinato jurídico y a manifestar dudas acerca del procedimiento, acerca de la culpabilidad del condenado, sino que también gente más responsable expresó inquietud, y hasta en los últimos años aun se hacían oír voces que reclamaban una revisión del proceso. Pero nada podía justificarlas, ni vicios de fondo ni vicios de forma. El señor de Andergast había negado su apoyo, seis años antes, a una de esas demandas; lo recordaba bien. Cuanto más se entregaba a la lectura de las piezas, más se precisaban en su recuerdo los contornos del proceso, como si se hubiese barrido la capa de moho que los cubría, no sólo en la carpeta de los legajos, sino también en su cerebro. Sólo que esto no se producía de golpe, sino poco a poco. Una noche, muy tarde, el personaje de Leonardo Maurizius, silueta y rostro, se hizo súbitamente presente en su pensamiento.

Había cerrado el legajo y se paseaba por el cuarto, fumando un cigarrillo. Tenía aspecto de cansancio; en torno a sus ojos agrandábase un círculo oscuro. Pero a menudo el espíritu fatigado, que acaba de sacudir el servilismo de los fines inmediatos, produce sin esfuerzo lo que no daría nunca permaneciendo esclavo. De pronto volvió a ver delante suyo, en el banquillo, al joven. tal como era dieciocho años antes. Un bello mozo, ciertamente, de buen aspecto, elegante: cuando permanecía sentado, con las piernas cruzadas, se veían por encima del calzado impecable sus medias de seda gris. Por entonces comenzaba para los hombres la moda de usar medias de seda. Los cabellos castaños, ampliamente ondeados, estaban cuidadosamente partidos por una raya; los rasgos del rostro, abiertos, un poco blandos, eran de una movilidad casi femenina; las manos delgadas, desagradablemente pequeñas; toda su persona era una mezcla de hombre mundano con apariencias de artista y de hombre agradable a las mujeres, mimado, caprichoso y egoísta. Nunca abandonaba sus labios bien dibujados y sensuales una sonrisa estereotipada (el señor de Andergast recordaba la aversión que le había inspirado siempre esa boca sonriente, sensual). ¿Por qué? Dos misterios parecían encontrarse, el abismo de dos almas impenetrables entre sí. Aquí yacía sin duda la causa de esa aversión. Contrastando con esa boca, los ojos castaños, cuya expresiva belleza era apagada por un pestañeo frecuente, tenían aires de desafío resuelto y al mismo tiempo una tristeza que surgía de inaccesibles profundidades. Estaba allí; cinco minutos antes, el señor de Andergast no habría podido decir cómo era, cómo se comportaba y presentaba, y ahora estaba dibujado delante suyo en sus menores detalles y la precisión minuciosa de la imagen casi lo espantaba. Deseaba deshacerse de ella, sus ojos se desviaban de ella como de un espectáculo inconveniente; pero la imagen era tenaz; la voluntad sola, parecía, no bastaba para expulsarla, y para lograrlo, era necesario otra imagen más verdadera e impresionante aún. Y esta segunda imagen apareció: la imagen de Etzel.

En todas las etapas del trabajo al cual se entregó el señor de Andergast para observar las piezas del proceso Maurizius, la imagen de Etzel fue mezclándose a la materia caótica y con fusa que, poco a poco, se deslucía de un pantano helado; proyectaba sobre el asunto una luz creciente y obligaba al espíritu, y sin piedad, a volverse hacia ella. Es difícil explicar cómo se producía tal hecho en un hombre que nada tenía de visionario, cuyo poder de adivinación era igual a cero y en quien se habrían hallado tan pocas disposiciones metafísicas como en una rotativa que, por lo demás, funciona admirablemente. No lo dudemos: esas repetidas meditaciones sobre la huída de Etzel, sobre su ausencia y las causas que la habían motivado, obraron sobre el señor de Andergast cuando -contra su voluntad e incluso con el sentimiento de que perdía su tiempo- hizo buscar el legajo Maurizius, sepultado en el olvido de los archivos. Lo que hasta entonces le había dado mucho que hacer, era su vanidad herida, llamárase ella -en las más altas regiones de la conciencia-dignidad, autoridad, responsabilidad paternal, prestigio, o bien -en los repliegues secretos del alma- humillante sentimiento de una regresión, esperanza destruída, renunciamiento impotente de la propia energía. Pero aun cuando se cuidaba de dejarse arrastrar hacia estas últimas impresiones, y las negase deliberadamente ante su orgullo, sin embargo sufría con ellas como con una indisposición física a la que uno no se atreve a curar por temor a descubrir un mal más profundo. Mientras

Librodot

se esforzaba en derivar su pensamiento hacia las circunstancias externas, precisamente éstas hacíansele una tortura. ¡Un muchacho de dieciséis años librado a un mundo que desconocía! ¿Qué defensa

opondría a los peligros cotidianos, a las insinuaciones brutales, a esa montaña de basura y delitos, a todas las influencias que podrían ejercerse sobre él, a los actos que podrían llevarlo a cometer? Eran su porvenir, su nombre, su honor, su salud y, finalmente, también su vida, los que se jugaban. ¡Y para esto se ha rodeado de solicitud a un niño, se le ha preparado una existencia de acuerdo con su rango y por medidas maduramente reflexionadas se le ha substraído a la desvergüenza general!; y de pronto golpea la mano que lo conduce, se hace objeto de averiguaciones policiales, carga con la reprobación social, vaga por el mundo con el estigma del desertor y el aventurero. La gravedad de este caso supera a las posibilidades de toda imaginación. "He cumplido con mi deber", se dice el señor de Andergast, y reconociendo lo injusta que ha sido la suerte con él, un repliegue de desprecio amargo se ahonda alrededor de sus labios: "Fui para él un leal consejero, satisfice todas sus necesidades, nunca dejé de cuidar y respetar su personalidad; le acordé la libertad necesaria. ¿De qué podía quejarse? En toda dificultad seria podía dirigirse tranquilamente a mí. Debía hacerlo por conveniencia. ¿Y yo le habría reprochado su falta de madurez? ¿Yo oprimí su juventud? ¿Yo? La verdad es que desperdicié demasiado solicitud y conciencia en pro de un mal sujeto. Hay una tara moral en su carácter, que heredó de su madre. Era de temerlo. A pesar de toda mi vigilancia, no puede extirpar el veneno; la naturaleza ha sido más fuerte que yo".

En esa alternativa de acusación y defensa personales, de miradas retrospectivas que penetran cruelmente en su pasado y de siniestras previsiones, su alma iba ensombreciéndose más y más. Si hubiese tenido un amigo (admitiendo que un hombre como él fuera capaz de cultivar una amistad, para lo que era tan poco apto como un eunuco para engendrar), habría salido en su busca y tratado de decírselo todo y acaso ello le hubiese dado algún consuelo. Pero no tenía a nadie. La persona que necesitaba no existía. Se encuentra tan solo entre el medio millón de habitantes de esa ciudad como una canoa en mitad del océano. Por primera vez lo nota. Cuando penetra en un camino que lo libra de sí mismo durante una hora, que lo libera insuficientemente, pues nunca puede libertarse por completo, ese camino conduce -en raras ocasiones es cierto, y siempre de noche- en una dirección totalmente distinta.

CAPITULO SEXTO

1

TODAS las noches permanece allí hasta horas muy avanzadas, sentado frente a esos legajos polvorientos, con sabor a polvo; hace resúmenes, anota, compara, examina. Es un verdadero trabajo de excavación y terraplenamiento. A la vez que se defiende contra él con insuperable disgusto, vese de más en más profundamente condenado a hacerlo. Nadie le ordena la tarea, se niega a admitir que su trabajo tenga un objeto y, sin embargo, continúa atado al mismo y se le hace un enigma. Tiene que hallar pretextos para que lo inexplicable le parezca algo plausible, y se sugestiona bastante para admirar la labor magistral que representa el proceso a los ojos de quien se ha abierto un camino semejante al de un topo entre la árida maraña de los términos jurídicos y de la ceniza de los hechos. Con lógica férrea los detalles se combinan en un conjunto cuyo coronamiento final será el veredicto. Hay allí perlas de arte jurídico; el alejamiento en el tiempo permite, sólo ahora, abrazar de una mirada el imponente edificio, la solidez de sus bases, el sutil mecanismo de los engranajes internos; el hombre de oficio encuentra en ello un placer estético, y esta obra, la suya, se le aparece como arrastrada

por un vuelo del que, con toda lealtad, debe reconocer que hoy ya no sería capaz. ¿No nos sucede a menudo, en efecto, que al lanzar una mirada retrospectiva sobre nuestras obras juveniles, en las cuales hemos vertido con prodigalidad toda nuestra pasión. y todo nuestro ingenio, experimentamos entonces una especie de trágica envidia, de la cual somos objeto nosotros mismos?

2

HECHO indudable, sin embargo algo faltaba en absoluto a la perfección del proceso: la confesión. En ningún momento de la instrucción del sumario, ni en los autos preliminares, ni en los principales debates, ni más tarde en el establecimiento penitenciario, Maurizius había confesado. Por el contrario, cada vez que se le preguntó si era culpable, contestó con el mismo "no" obstinado y definitivo. Pero con respecto a aquel o aquella que él habría podido considerar culpable, había guardado el mismo silencio obstinado y definitivo. Esto, naturalmente, no podía evitar que fuera condenado, pues las pruebas formaban en torno suyo una cadena demasiado sólida para que pudiera escapar. Incluso el defensor más genial no habría podido hacer saltar el anillo y, con mayor motivo, ese mediocre abogado Volland (muerto hacía tiempo) que Maurizius eligió como defensor. El señor de Andergast todavía recordaba muy bien al personaje, charlatán, provinciano, con un bigote de foca y unos lentes con montura negra, colocados casi perpendiculares en su nariz pronunciada. No creía en absoluto en la inocencia de su cliente y se asió a los expertos psiquiatras, refugiándose en objeciones de forma. El acusado no hubiera podido tener un peor asistente. Tampoco se preocupaba Maurizius por él, tratando sus interrupciones y preguntas con su desprecio impaciente; incluso le ordenó en una oportunidad, en plena causa, que se callara. Pudo procurarse un abogado mejor. ¿Por qué no lo había hecho? Entre las piezas del proceso se encontraba una carta del viejo Maurizius, dirigida a la Corte, en la que afirmaba que Ana Jahn había insistido en que Leonardo se hiciera asistir por Volland, el único abogado en quien ella tenía confianza; ya había secundado a su padre de una manera satisfactoria, habría dicho; era serio y podía confiar en él. En aquel momento no se tuvo en cuenta la carta, no se hicieron averiguaciones en ese sentido; en suma, el tribunal no tenía por qué preocuparse de la calidad del defensor; pero hoy, en la soledad del gabinete, ese detalle ínfimo daba que pensar. Era al principio como un agujero minúsculo en un recipiente enorme, por el cual se escurre el líquido cuidadosa y largamente conservado, sin que se tema, claro está, que se amplíe; por el momento, al menos, parecía de una solidez a toda prueba. El señor de Andergast no experimentaba dudas ni inquietud. Apagó su lámpara del escritorio y permaneció un rato en la oscuridad, no sabiendo si iría a su dormitorio o al de Etzel. No se atrevía a tomar este último partido. Tenía la impresión de regresar por un sendero estrecho y oscuro, desde el teatro del proceso hasta la actualidad. Primero se preguntó dónde estaba. Esos hechos tenían como mínimo dieciocho años. Se puso a escudriñar el contenido de esos dieciocho años. Representaban la parte más rica, la más colmada de su existencia, una cadena de días que se perdían en lontananza. Un curso sólido, completamente uniforme. Dieciocho años de la existencia de un hombre: la cabeza se ha puesto gris, pero nada se tiene entre las manos. Claro está que a los ojos del mundo está la profesión, la carrera, la posición social; pero, ¿qué queda entre las manos? Viendo con exactitud las cosas, esos dieciocho años representan una duración sin fin. Una especie de aburrimiento se insinúa a través de la vida de los hombres de la clase burguesa cuando envejecen; aburrimiento tan devastador como la voraz hormiga: el objeto que ataca permanece absolutamente intacto en su superficie; en su interior no es más que polvo y podredumbre. Un golpe, un choque y el polvo, y luego el edificio entero se hunde en un montón informe.

Pero a lo largo de esa duración interminable, algo habría podido quitar a esos años su monotonía de estepa, si le hubiese prestado atención. Ese algo ha desaparecido, olvidó mirarlo, y ese algo se fue. Durante todos esos innumerables días ese algo creció al lado de

Librodot

uno, y cuando se escudriña el pasado por hallarlo, ya no se sabe del mismo más que lo que se podría decir del portero, el alguacil del tribunal o el cartero. ¿Era ese divertido hombrecito (de esto hace muchísimo tiempo en efecto, aun estaba Sofía; pronto, un cambio de pensamientos para evitar el encuentro con este hecho) quien corría con loca alegría por el cuarto de los niños? La imagen surgió como de una charca, mientras que en la superficie del agua se formaban irisados círculos. ¡Qué raro ese automatismo del cerebro! ¿Por qué crea precisamente esa imagen entre tantas otras posibles? El pequeño no tiene más de tres años, está desnudo, poco antes del baño de la noche, y corre lanzando gritos de alegría detrás de una pelota azul. ¡Qué carne rosada!, ¡qué torpeza cómica en el golpeteo de los pies minúsculos que se afirman completamente rectos como los de un osito!, ¡qué indecible brillo en los ojos, como si el hombrecito, tan alto como una bota, estuviese embriagado de la alegría de vivir!: "Juega conmigo, papá, yo te buscaré; ¿por qué no quieres, ya te vas?, quédate aún, oye, tú serás el ferrocarril y yo el conductor", y de repente silba, jadea y grita: "Al coche", y se transforma frenética e íntegramente, dándose a lo que se representa: locomotora, vagones, viajeros, todo a la vez. El padre sólo tiene una mirada distraída para esa miniatura de un mundo encantador y la radiosa criatura que se halla a sus pies; cierra detrás suyo la puerta y vuelve a entrar en el dominio de las tareas austeras.

Los cuadros y los rostros que hacía reaparecer la revisión de las piezas del proceso se mezclaban a tal punto con las imágenes de la infancia de Etzel, que el señor de Andergast sentíase importunado, excedido. Era como si hubiese tomado una de esas drogas a base de opio que aniquilan la voluntad y sumergen el espíritu en evocaciones indecentes. A pesar de esto, hallábase en perfectas condiciones para entregarse a reflexiones lógicas, aunque sentía continuamente que su reflexión se quebraba contra un muro invisible, detrás del cual sucedía algo impenetrable. Cierta noche que se encontraba en cama y miraba fijamente en el vacío, las manos bajo la nuca (cuando se trata de hombres de la especie del señor de Andergast el hecho de estar acostado en una cama tiene algo de intrínsecamente absurdo: hay cuerpos, los de las estatuas de piedra o de bronce, por ejemplo, a los cuales no es posible imaginar, ni con la mejor buena voluntad del mundo, más que parados: verlos en posición horizontal evocaría de inmediato la idea de algún desorden o de una destrucción), experimentó una sensación desagradable: sentía los dedos de sus pies y su espalda, estaba de repente como encerrado por un dolor físico. He aquí cuál era su pensamiento: "algo no marcha en este proceso, ¿pero qué es? Existe un punto en el cual el engranaje resulta defectuoso, ¿pero cuál es ese punto?" Mentalmente recorre el curso del proceso. Comienza por el principio; el matrimonio de Leonardo y Elli se le aparece de pronto con la mayor claridad. Era para él un hecho nuevo, y perturbador hasta cierto punto. Siempre había sostenido la opinión de que una representación demasiado viva perturba al juicio objetivo. Cualquier clase de participación de la imaginación era considerada por él como despreciable; cuando observaba en los otros la más leve tendencia imaginativa sentía surgir su desconfianza. Jamás, desde el primer instante en que ejerció su profesión, le había acontecido "ver" las cosas y las personas. ¿No era ese estado, semejante al que provoca el opio, el que le obligaba a "ver" la vida pasada de su hijo en lugar de "conocerla" solamente, como había sucedido siempre? ¿Dátase aquí y allá, detrás de la realidad, como otra realidad más misteriosa y a la vez más verdadera? En todo caso era bastante interesante seguir el curso de los hechos de manera tan insólita. Mientras miraba, inmóvil, el cielo raso de su dormitorio, tales hechos pasaban por delante de sus ojos como en un "film".

3

ELLI no había aceptado con alegría el hecho de convertirse en esposa del joven Maurizius. Tres veces había rechazado su pedido, antes de decidirse. Ella decía: "Soy una mujer madura, mañana seré una vieja. Usted es joven y lo será aún durante veinte años, ¿y dónde nos llevará esto?" ¿Qué lo atrae en ella? ¿Es precisamente esa madurez? ¿El sosiego

que emana de ella? ¿Esa firmeza de carácter que la gente elogia y que aparece en todos sus actos? ¿Está cansado de sus aventuras mujeriegas? ¿Prefiere ahora ser conducido en lugar de seducido? ¿Aspira más a la regularidad que a las efímeras pasiones? ¿Es acaso ya, a los veinticuatro años, un retiro en el interior burgués? Junto a todo esto, la circunstancia de que Elli Hensolt es una viuda rica no deja, claro está, de intervenir, aun cuando el exagere considerablemente su fortuna, como se sabrá más tarde; él cree que Elli posee, por lo menos, doscientos mil marcos; pero Hensolt no le ha dejado al morir más que la mitad de sus bienes; la otra mitad ha ido a una entidad de beneficencia; el total no superaba ciento setenta mil marcos. Leonardo sabe esto pocos días antes de su casamiento. ¿Experimentó o demostró alguna decepción? Nadie lo sabe; en todo caso, no puede retroceder. Además Elli no es una mujer a quien se toma o se deja a voluntad. Tiene su dignidad, aun está bien; cuando se la ve en la calle, en un salón, a lo sumo se le dan treinta años; sabe vestirse, tiene maneras distinguidas y si no es una belleza, posee en cambio algo cautivador y fácilmente se comprende que no deje indiferente a un hombre como Leonardo Maurizius.

Elli mismo comprende desde un principio lo que Leonardo espera de ella y lo que necesita. Casi carece de recursos; siente cansancio de haber gozado con demasiada rapidez y

demasiado ardor. Se ha asido a todas las manos que se le tendían y todas se apoderaron de su persona y lo arrastraron sin que fuera capaz de resistir. Le falta un punto de apoyo. El mismo ve el peligro que corre y busca alrededor suyo un sostén. Hombres como él sucumben inevitablemente si una mano vigorosa no los protege en el momento decisivo. Está sobreexcitado por un exceso de vida mundana, estragado por un exceso de aplausos, paralizado por un excesivo número de esperanzas que teme no poder realizar. Digámoslo sin adornos: su salvación está en juego. Elli lo comprende, medita, pesa el pro y el contra, lo que puede perder, y finalmente se decide a realizar el salvamento. Se cree capaz. Apenas se ha fijado esta tarea y ya ocupa y ocupará toda su existencia, y lo sabe. No exige más que una condición: confianza. Si no se le acuerda una confianza total, sin reservas, ilimitada, no puede correr el riesgo de la aventura. Quiere saberlo todo; en todos los casos, en todas las circunstancias, no debe haber entre ellos secretos, simulaciones, tanto para el pasado como en el presente. Ella quiere lograr la confianza de Leonardo, y entonces podrá darle la suya, total, sin reservas, ilimitada. No sólo halla justa esta exigencia, sino también natural; él mismo no ha imaginado de otro modo sus relaciones; son exactamente las que ha tenido en cuenta. Con calor hace esa promesa, su compromiso moral en esa unión. Está convencido de que nunca lo violará; ella cree, pues duda aún menos de su corazón que de su honor. Su propio amor se basa en cierto modo en un acto de creación. Tiene el sentimiento de haberlo recreado a su manera.

4

CUANDO un año y medio después del casamiento, y en plena armonía de su vida en común, una carta anónima hizo saber a Elli las relaciones de Leonardo con la bailarina Gertrudis Koerner y la existencia de la pequeña Hildegarda, creyó que se trataba de una calumnia. Destruyó la carta y procuró no pensar más en ella. Pero pronto percibió en la agitación de Leonardo que las cosas no marchaban como debían marchar. Poco a poco había confesado todas sus calaveradas y su humor comunicativo en esta materia incluso a veces la divirtió, por lo que tenía de fanfarrón y juvenil. Supo la historia de la hija del farmacéutico que, aturdidamente, se había arrojado al cuello de Leonardo y de la cual éste se cansó en un verano; de la mujer de aquel industrial de Crefeld que le hacía escenas de celos e un paseo público; la de la pequeña pianista de Viena que casi lo decidió a partir con ella para América; Leonardo le ha contado caprichos menos comprometedores, que terminaron en una noche; le habló de las que merodeaba en todas partes, al azar; siempre se daba algo nuevo, otro corazón robado, otra pretendiente decepcionada, otra feliz irrupción en la paz conyugal, pero nunca había pronunciado una palabra acerca de Gertrudis Koerner. Sin embargo no se tomaba el

Librodot

trabajo por disimular algo, y a menudo le dijo: "Alabado sea Dios, todo eso es pasado, el caos ese ha concluído; desde que lo sabes todo, realmente estoy libre". ¡Qué alegría había sentido entonces, cómo se le aparecía ahora más viril, más serió, cuanto más legítimo se hacía su propio sentimiento y más abrigada su existencia junto a él! Ella no puede explicárselo. Hay allí un nombre, y un nombre no se inventa; ¿quién imaginaría semejante cosa, por malvado o envidioso que fuera? Esta idea no la abandona, es necesario que la diga; cierto día, en la mesa, bajando los ojos, ella le habla de la carta; por un instante Leonardo permanece en silencio, y luego confiesa. Confiesa que él mismo ha escrito la carta. En la máquina de escribir. Habla de ella como de una broma, pero los ojos de Elli, dilatados por el asombro, le hacen comprender que no entiende semejante clase de bromas. Bien, sí, quería que estuviese preparada para cuando le contara el asunto.

¿Por qué? "¿Siempre se encuentra, pues un niño grande en este encargado titular de cursos, en resumidas cuentas incapaz de respetar un compromiso? Creí que ya habíamos superado este período". Es, ¡ay!, una recaída. ¡Escribir una carta anónima a su propia mujer! Olvidemos esto, pasemos la esponja, continuemos, continuemos. Leonardo confesó en seguida que tuvo relaciones con la bailarina, que pasó con ella sus vacaciones en Müren, que la estimaba y que acaso es posible que ella hubiese representado para él algo más que sus anteriores amantes; pero, ya no lo sabía: se separaron como buenos amigos. Al siguiente invierno ella dio a luz una niña. Lo confesaba, también este, con una reticencia que no ponía en sus demás confesiones, con embarazo, con rodeos. Elli quiere saber por qué ha ocultado o tardado en confesar precisamente esa vinculación. Responde tímidamente que a causa de la hija. Elli no comprende al principio, luego empalidece y se calla. Ha permanecido estéril, su constitución la condena irremediablemente a ello. En un relámpago entrevé la situación y sus peligros. Su condición de mujer y de esposa exige en todos los segundos de su vida la vigilancia más perspicaz, la presencia de espíritu más lúcida. En la unión de un hombre de veinticinco años con una mujer de cuarenta, no sólo incumbe a la mujer la satisfacción de los deseos más íntimos, sino también la obligación existente más difícil y que consiste en aceptar como agradable y deseable lo que repugna a su naturaleza. Y así, en ese instante funesto, tiene el pensamiento de adoptar a la niña; se lo habría comunicado a Leonardo si éste, con una infortunada palabra, que al parecer sólo le dictó su confusión, no la hubiese detenido. (En los autos del interrogatorio, artículo 14 de la prueba judicial, lo mismo que en una carta de Elli a su amiga, la mujer del profesor de Geldern, documento incluído en el legajo, se menciona esa conversación; el proyecto de adopción no figuraba más que en el segundo documento, como puede suponerse). Ahora bien, he aquí lo que dice Leonardo: "Ana lo sabe, yo no tenía otro medio de librarme de las complicaciones que confiándome a ella". Elli lo mira asombrada. Y de repente no experimenta más que un sentimiento de defensa y de hostilidad para con la hija. Sin decir una palabra, se levanta y sale. ¿Cómo es posible que Ana haya sido puesta al corriente del asunto antes que ella? ¿Qué pasó entre ellos? ¿Qué palabras cambiaron? Es necesario que ella profundice en el asunto. Intuye que Leonardo siente por la niña una ternura que quizás aun no se confiesa a sí mismo, pero que a ella le parece, por esa misma razón, tanto más amenazadora. ¿También lo sabe Ana? ¿Lo ha aprobado y animado en ese sentimiento? ¿Ha desempeñado el papel de ángel custodio? Sin duda alguna; la prueba no se hace esperar; Ana llevó la pequeña a Inglaterra, Ana se encargó de ella, Ana mantiene una correspondencia, Ana administra esa propiedad moral, surgida inopinadamente. ¿En nombre de qué se dirigió a ella, en nombre de qué desempeñó el papel de ángel custodio? ¿Pero acaso ella misma, Elli, no ofrecería un recurso en ese desastre? ¿Temióse su oposición o sólo se pretendió evitarle disgustos? La figura de Ana tomó a sus ojos una nueva fisonomía. Amaba a su hermana. Admiraba su belleza. Comprende que mirarla ya es una felicidad. Dios no crea, sino en sus raros caprichos de artista, un ser semejante. Ella cree que Ana es pura, altiva; espera mucho de sus cualidades naturales, de su tacto, gracias al cual se encuentra en su puesto en todas las situaciones, sin perder para nada su aspecto de mujer de mundo. Por esto Elli no cree que Ana haya fallado; en una ciudad de provincia donde todo el mundo, desde el

Librodot

almacenero hasta la esposa del coronel, se entrega a la murmuración, una está comprometida desde el momento que sonríe a un hombre en público, aun cuando no haya vicio o vergüenza que no se practiquen cómodamente detrás de una cortina recubierta de imágenes edificantes. Ana se cuidará perfectamente, pues, si su joven cuñado le gusta más de lo debido, piensa Elli; y que él le guste, lo comprende, es fatal; ¿qué mujer permanecería indiferente junto a Leonardo? Pero la historia de la pequeña Hildegarda anudó entre ellos un lazo más sólido de lo que pudo hacerlo una coquetería pasajera (aun cuando Ana sea todo menos una coqueta; pero cualquier mujer tiene sus artificios, y la que no es coqueta es de las más peligrosas cuando se dedica a ello) o una vecindad accidental -un vínculo más irreprochable también, puesto que puede invocar un deber humanitario, un servicio amistoso; cualquier cosa podría pasar detrás de esos exteriores inocentes; están protegidos contra las sospechas de Elli.

Pero Elli no se atreve a entregarse del todo a las sospechas. No se atreve a hacerlo frente a sí misma. Es necesario que no considere caduca a la primera ocasión incluso rota la más sagrada de las promesas que Leonardo haya formulado. En el fondo lo que hay es que lo ama.

Hasta la edad de treinta y nueve años Elli ignoró el amor. La felicidad que le hizo sentir ese sentimiento exclusivo, que transformó su existencia carente de alegría en un milagro

renovado diariamente, jamás la había conocido antes. ¿Cómo no temer lo que aun no ven sus ojos y lo que teme dejar insinuarse en su espíritu, incluso en sus pesadillas? No obstante, la angustia es su consejera e impregna todas las virtudes que despliega en su matrimonio. ¿No es ésta la unión con un hombre que inicia su carrera, en tanto que ella se aproxima a la decadencia? ¿Con un favorito de la fortuna colmado de todo lo que los demás sólo obtienen por astucia y lucha; con alguien que ha encontrado bondad, indulgencia y apoyo allí donde las puertas se cierran, despreciativas, delante de otros de sus camaradas de edad y estudios, tan merecedores como él; con alguien que no tiene más que tomar, allí donde otros mendigan en vano, que hablar para recoger aprobaciones, que trabajar para que su mérito sea reconocido, que ejercer sus seducciones para crearse partidarios? En este caso, todas las horas de la vida son otras tantas pruebas y cada instante pasado en común implica una obligación particular. Claro está que él no debe adivinar nada de esto; es necesario que todo le parezca fácil y que no observe en ella ningún cansancio; si tiene jaqueca, si sus nervios están tensos, ella lo disimulaba con heroicidad. ¿No tiene tiempo para cuidarse y reposar cuando está ausente? En su compañía, ella se muestra ágil, alerta, interesada, alegre; habla con él de sus proyectos, disipa su mal humor. Leonardo sufre crisis de desfallecimiento, aun cuando la suerte lo haya favorecido hasta ahora de todas las maneras; como todos los caracteres sin firmeza, se cree desconocido por todos; entonces ella despliega la persuasión más refinada, una ternura espiritual e ingeniosa para reconciliarlo con las cosas y consigo mismo. Sus conversaciones, en tales circunstancias, duran hasta muy avanzado la noche, y cuando Elli, al fin, ha logrado hacerlo reír, sabe que ha vencido. Todo lo es permitido, salvo ser aburrida, y realmente Leonardo se entretiene en su compañía de tal modo que en los primeros dieciocho meses de su matrimonio permaneció en casa todas las noches, de charla con ella. Con gran sorpresa de sus viejos amigos, ya no se lo veía ni en el café ni en las tertulias habituales. Tampoco Elli expresa el menor deseo de ir al teatro o efectuar visitas; tres o cuatro veces, en el curso del invierno, recibieron a algunos íntimos, y tres o cuatro veces acudieron a las invitaciones de éstos. Y eso es todo. Durante un tiempo, parece que la imagen de líneas flotantes del "genial Maurizius", como a menudo lo llamaban sus admiradores; del "romántico sin escrúpulos", como decían los bromistas escépticos, adquiere bajo la influencia de Elli contornos más puros.

5

LAS piezas prueban en demasía que la desgracia comenzó poco después de la explicación acerca de la pequeña Hildegarda. En esa época, Ana Jahn venía ya casi todos los

días a casa de su hermana. En efecto, es una casa agradable, arreglada con buen gusto, bien cuidada, una hermosa villa en el arbolado suburbio. Uno se siente bien en ella. Ana vive en una pensión colmada; se queja de la mala alimentación y de la chatura de la compañía. Es urca Mesa Redonda a la cual se sientan estudiantes de escaso interés, solteronas que recogen todos los chismes de la ciudad, viejos solterones que la bombardean con insípidas galanterías: todo esto le causa un gran enervamiento. Además, no está decidida en cuanto a la elección de su futura tarea, el estado de su fortuna es lamentable y en los últimos meses ya comenzó a gastar parte del pequeño capital que heredara. Vacila entre estudiar un arte industrial y prepararse para un examen de francés e inglés. Pide consejos a su hermana y a su cuñado, y ambos se esfuerzan por ayudarla, pero ella no puede fijar su elección, no tiene gusto por nada, siente que no está hecha para ganarse la vida, tal don le falta; no es capaz de subordinarse, de servir, de renunciar a lo que antaño se llamaba "la vida", cuando uno se limitaba a pasearse en torno a la vida. Leonardo, que en un comienzo adoptó una actitud más bien reprobadora, comprende su vacilación y la anima a mantenerse en ella. Ve en su desprecio por la ganancia una cierta forma de espíritu aristocrático, que siempre le ha seducido. Elli, por el contrario, la pone en guardia contra el peligro de vivir como criatura de lujo: cuando se carece de medios necesarios, uno no puede asegurarse una existencia de ese género sino al precio de un envilecimiento más real que el de las mujeres que trabajan, pues entonces se envilece a la propia persona. Ana, por lo demás, no quiere entrar en un convento, y se puede esperar que pronto hallará un marido capaz de ofrecerle la existencia que desea. Ana alza los hombros y su bello rostro se ensombrece extrañamente. En el diario que Elli escribía por aquella época, este gesto está registrado con tono de sorpresa. Más tarde, Ana pronuncia ante Leonardo opiniones hirientes: ¿su hermana teme que le pida dinero? Pues bien, puede decirle a su mujer que no tenga miedo; antes se hará cortar una mano que aceptar algo de Elli; por abominable que le parezca un hombre avaro, una mujer avara le resulta más monstruosa todavía. Esas envenenadas palabras hacen su efecto. Leonardo no puede dejar de formularle a Elli una observación desagradable: una de sus mejores cualidades es la generosidad; no puede sufrir ese temor que ciertas personas experimentan cuando tienen que abrir la bolsa. Con calma, Elli refuta esa insinuación, según la cual se esforzaría en prevenir los eventuales pedidos de su hermana. "¿Tú mismo -replica- no has desaprobado más enérgicamente que yo la inclinación de Ana por hacerse la señora de mundo? ¿No te has burlado de ella porque su tren no estaba en relación con su situación? ¿No has hallado exa-geradas sus pretensiones?" Es cierto. Leonardo se calla. En efecto, no ha dejado pasar ninguna ocasión de divertirse a expensas de la "Señorita sin un cobre" que presumía de princesa y no consideraba digna de ella a ninguna sociedad. Conforme al aspecto que las cosas tomaron posteriormente, está permitido suponer que entonces sólo quería vengarse de la altanera actitud o de la indiferencia de Ana a su respecto. Al comienzo, ella estaba convencida de que Leonardo se había casado con Elli por el dinero, especulando al principio sobre la fortuna del fabricante difunto. ¿Debía un aprecio particular a ese joven porque se había inclinado desvergonzadamente ante el yugo dorado de una mujer vieja? Poco tiempo después habíase dirigido a Ana por el asunto de la pequeña Hildegarda, y tuvo con ella una rara explicación. (Parece que su resolución de hacer un llamado a su compasión femenina y de convertirla en su confidente, la tomó de súbito, sin preámbulo, sin saber si lo escucharía, si desde las primeras palabras que pronunciara no le señalaría la puerta; es probable que quisiera hacerse el astuto con Ana, intimidado secretamente, desde hacía tiempo, por su frialdad; haciéndolo, carecía en absoluto de conciencia acerca de lo que arriesgaba, pues siendo un impulsivo sólo estaba sometido a sus impulsos). Ahora bien, en esa época ya se habían encontrado dos o tres veces para decidir la suerte de la niña, y también se explicaron sobre el casamiento. La malévola suposición de Ana, cuya confesión le arrancó Leonardo, llenó a éste de una violenta irritación. Para justificarse tuvo un tono de sinceridad al que era imposible permanecer sordo. ¿Con qué medios va a defenderse un hombre agobiado por el peso de semejante reproche? Destacará la amistad desinteresada que su mujer le ha ofrecido,

Librodot

y dirá: comprender a un hombre -nota tiene, un hombre que aun no se ha encontrado a sí mismo- es una tarea de la que sólo es capaz una mujer madura, una mujer de carácter firme, de espíritu incapaz de engañarse con fáciles espejismos; celebrará la paz íntima que le ha dado esa unión, el sentimiento de seguridad, semejante al de un capitán de un barco en peligro, cuando sabe que el timón está en buenas manos. Pero es necesario ir más allá de estos lugares comunes, pues nada dicen de la fuerte personalidad de Elli, de su corazón sensible, del incorruptible juicio que formula acerca de los hombres, de su abnegación, de la riqueza de su alma. Leonardo se exalta. Ana escucha, con la cabeza baja; tantas cualidades en otras son casi una humillación para aquella que las oye elogiar, y esto es realmente cierto cuando se trata de una hermana. Leonardo explica lo que quiso decir con "barco averiado" (hecho característico de su parte es que aprovecha conscientemente la ocasión para hablar del peligro que corrió su personalidad, mostrándose generalmente, es verdad, en la forma más favorable posible, deseando hacerse pasar por una naturaleza problemática); antes de conocer a Elli era un juguete en manos del primer llegado, a cada momento podía creerse perdido, pues estaba enloquecido por sus ilusiones y desanimado hasta el disgusto; fue un puro azar que no se perdiera íntegramente, que la audaz confianza en su estrella lo haya mantenido a veces en la superficie; sí, hasta el momento no ha conocido el gran amor y en este sentido su unión con Elli significa un renunciamiento consciente; pero, en cambio, ha obtenido quizás algo más noble y, en todo caso, algo más durable. Ella no puede evitar una sonrisa irónica; no haber conocido el amor (el "grande", como si hubiese uno grande y otro pequeño), ¿qué quiere decir? Es una florecilla retórica, pero también tiene aires de ser una carnada, aun cuando el cebo sea demasiado basto. Así se pesca las cabezas irrazonables que sólo escuchan al deseo, a las que únicamente quieren hincar la uña en lugar de recoger a manos llenas y a las cuales se arroja la resignación como alimento. Sea como fuere, la aparente veracidad de una confesión de tono dolorido y cuyo núcleo es una mentira, es una receta que raramente resulta eficaz.

Pero Ana no cae tan fácilmente en la trampa; sin duda observa a su cuñado con mirada algo diferente, pero no tiene gran confianza en él. Leonardo es tan elocuente, tan hábil para argumentar y, además, no se da tregua para quitarle un prejuicio del que ella ya no se desprende; le cree cuando dice que no se ha casado con Elli por codicia; no es tan tonta como para empecinarse en una idea preconcebida después que uno le aclara su religión. ¿Por qué entonces esas discusiones constantes, ese esfuerzo para captarla, esas interminables cuestiones, esos paréntesis de duda? Por último, Ana obró de acuerdo con sus deseos; fue a buscar la niña a Suiza y con una nurse la condujo a casa de su amiga Paulina Caspot. Esa señora Caspot es hija de un médico de Düsseldorf; se ha casado con un pequeño comerciante británico que murió poco después y la dejó casi sin recursos; luego instaló en Hertfort, a pocas millas al norte de Londres, una pensión para gobernantas sin empleo y saca de ella una renta pasable. Ana mantenía con su amiga una correspondencia regular acerca de la niña, daba instrucciones precisas para su educación (esa mujer, sola en el mundo, había aceptado con alegría la tarea de ocuparse de la niña abandonada) y todos los meses le remitía de parte de Leonardo el precio de la pensión que él le entregaba al efecto. Todo esto requiere, naturalmente, acuerdos y ciertas alianzas, y tanto más cuando la brusquedad con que Elli se recusó le imponía de cierto modo el deber de ayudar a un hombre tan torpe en cuestiones prácticas. Pero él no se cansa de hablar del asunto; todas las semanas está obligada a ir a la ciudad con Leonardo para comprar algún regalo, un vestidito, un juguete para la niña; él le ruega que le consiga fotografías de su hija; quiere convencer a un pintor inglés de que haga el retrato de Hildegarda; pide a Ana que le jure que nunca dejará de interesarse por la criatura y le dice: "Tú eres, ahora, su verdadera madre", y otras cosas por el estilo. Es difícil negarle algo. Su amabilidad es extraordinariamente cautivadora; se aproximan, sus relaciones se hacen más fáciles, cosa natural. Elli se comporta como alguien que, teniendo una soga al cuello, se esforzara en poner buena cara. "¿Adónde van? -pregunta-. ¿De dónde vienen?", y sonríe. Ana se siente espiada. Un deseo bravucón despierta en ella una observación irónica; una expresión de contrariedad basta para que Leonardo replique irritado a su mujer: "¿Estamos en un jardín

Librodot

de infantes? ¿Está prohibido salir juntos?" Elli sonríe. Hace enmienda honorable, ya no encuentra las palabras necesarias. Es como si un velo estuviese tendido entre ella y Leonardo; sus relaciones ya no pueden ser espontáneas. En todas sus conversaciones hay alguna dureza oculta, una trampa disimulada; la soledad, la soledad de dos en compañía a la que se han retirado, se hace insoportable. Si contradice una opinión emitida por él, Leonardo se calla de pronto y se recluye durante horas en el silencio; cuando lo mira entonces, ve en su rostro lo que piensa, y siente miedo, un miedo... Cierto día, él le pide un anticipo de dinero. Está en apuros; el viaje de Ana, la instalación de la criatura, todo le ha costado sumas considerables, no puede arreglárselas, necesita seiscientos marcos. Ella firma un cheque contra su banco; Leonardo mira el cheque, la mira a ella: el cheque es por cuatrocientos marcos. "Te he pedido seiscientos", observa fríamente; ella replica que la suma de los intereses vencidos no sobrepasa los cuatrocientos marcos. El alza desdeñosamente los hombros. "¿Los intereses? ¿Quieres limitarme a los intereses? ¿Me tratas como a un estudiante que ha gastado demasiado rápido su pensión mensual?" "Sé lo que hago -replica Elli desviando los ojos, y sus dedos se juntan-. Si comenzamos a comernos el capital, en diez años estaremos en la indigencia". El se le ríe en las narices: "Espero que dentro de diez años habré progresado lo suficiente para poder pasármelas sin tu generosidad, ¿o tienes la intención de mantenerme bajo tutela hasta el fin de mi vida?" Elli se sobresalta. Una expresión huraña y concentrada que él no le conocía aparece en su rostro; ella dice poniéndole la mano en el hombro: "Esta tutela tú mismo la has querido, te protege contra ti. Si es necesario, te protegeré contra ti mismo, a pesar tuyo". Leonardo se calla y se dilatan sus ojos de asombro. Jamás le había hablado de esa manera. Diríase que se trata de un programa amenazador. De súbito tiene el presentimiento de lo que le espera.

Entonces comienza a pasar las noches fuera de casa. Ella no tiene una queja, un reproche. Se dedica a evitar que el desacuerdo se declare abiertamente. Ve que cada uno de sus pasos le hace avanzar sobre un terreno minado. No le pregunta a casa de quién va; no se informa de dónde viene cuando regresa tarde, pero al escuchar sus explicaciones embrolladas,

los relatos evidentemente fraguados que le hace sobre conferencias, reuniones, compromisos profesionales, que le pesan enormemente, según pretende afirmarlo, ella sufre y se inquieta. Cierta vez lo sorprende en flagrante delito de mentira. Los propietarios de la casa que dice haber visitado, han partido el día anterior, y él no se dio cuenta de que era fácil que Elli lo supiese. Leonardo no lo dice -pero ella lo sabe- que casi todos los días va al Casino y juega al póker. Como antes de su casamiento, ha vuelto a fumar y beber inmoderamente; ya no se trata de un trabajo metódico, y sólo bajo la influencia activa de Waremme comienza a hablar (pero sólo a hablar y siempre se queda en las intenciones) de una actividad disciplinada, lo que no le evita pasarse las noches bebiendo, jugando y discutiendo en compañía de ese hombre fatal.

6

EN el diario íntimo al cual ya nos hemos referido, Elli menciona en diversas oportunidades a ese personaje Waremme, tanto en una nota breve como en reflexiones de mayor aliento, así como en una carta a la señora Gerdern. Claro está que no veía más claramente en él que la mayoría de las gentes.

Todo lo que podía decirse del personaje no era ni más ni menos verdadero que lo contrario. Nadie podía afirmar un conocimiento cabal del mismo. Durante un cierto tiempo, toda la ciudad habló sólo de él, sobre todo al comienzo, en el invierno de 1904 a 1905; habríase dicho que un lobo, penetrando en el redil, lo hubiera puesto en efervescencia. Jugador, petimetre, donjuán; y bien, uno conoce al tipo, nada tiene de impresionante; pero a la vez filólogo, filósofo, poeta, político, ¡y de qué calibre! No es un diletante cualquiera, no es un Inaudi, sino un espíritu productivo, algo como un aliado del diablo, un genio universal. Trabaja en una nueva y, dícese, grandiosa traducción de Platón, de la cual lee a veces pasajes

Librodot

a sus amigos; da conferencias privadas sobre Hegel y el hegelismo, que precisamente goza de una nueva popularidad. Publica una colección de odas alemanas a lo Hoelderlin y dirige en una revista de ciencias antiguas los trabajos de exégesis tendientes a probar que la leyenda de Parsifal no es de origen puramente francés, sino que tiene sus raíces en un viejo mito germano. Descúbrese que es persona grata para el príncipe-obispo de Breslau y que éste lo ha recomendado con calor al alto clero renano. Católico convencido, va a misa, pero vive separado de su mujer. No tiene fortuna ni recursos regulares, pero rechaza un puesto de profesor o cualquier otra situación retribuída. ¿Lo hace porque quiere guardar su independencia (cuando lo afirma se le cree sin, reserva) o bien el dinero le llega desde alguna fuente oscura? También podría creérselo. Consagra lo mejor de su actividad a la filosofía política. Con toda la pasión de que está lleno, proclama la misión mundial de Alemania y declara que el país se ahogará fatalmente dentro de sus estrechos límites y perecerá bajo la acción de los elementos destructores que mantiene en su propio hogar, si no se rehace mediante una guerra. Esta guerra es para él cuestión de religión y la llama sagrada y se siente nacido para ser su Pedro el Ermitaño. Apoyándose en la tradición histórica, que fue interrumpida al finalizar un medioevo próspero por la irrupción de la marea latino-celta, erige en el pensamiento un "imperium" romano-alemán que se extiende desde Sicilia hasta Livonia y desde Rotterdam al Bósforo. En esta construcción hace entrar todo el arte y la poesía, el gótico y el barroco, el Renacimiento y la Antigüedad, a Cristo y los Padres de la Iglesia. De dos cosas una: o esta idea hace de él un fanático (en el caso de que lo fuera) o bien el fanatismo (si lo siente) es uno de los elementos de su personalidad y hace brotar de él la idea, terminada y madura, porque han llegado los anunciados tiempos. No carece de adeptos; con su adhesión dócil lo rodean admiradores, aun cuando no satisfagan su vanidad hambrienta de homenajes; y acaso no es puramente imaginaria esta suposición emitida por algunos observadores de sangre fría: lo dicen cubierto por personajes más poderosos que los profesores imperialistas, generales en retiro y estudiantes exaltados, quienes lo apoyan serían gentes que saben con exactitud lo que quieren y que con facilidad renunciarían al esplendor imperial de medioevo si, a la vez que persiguiendo ese sueño embriagador, no sirviera a sus propios intereses. Así un coloso de la inteligencia como Waremme, era, indudablemente, de una utilidad superior, estuviese o no convencido él mismo hasta lo más íntimo de su ser; por tal razón juzgábanse con indulgencia sus historias de mujeres, sus perpetuas catástrofes pecuniarias, la escasa garantía que ofrecía su persona y el misterio de su origen, respecto al cual, olvidadizo como quien miente torpemente porque miente demasiado, se extendía en relatos siempre contradictorios.

La gente se entera de que es amigo d Ana o, por lo menos, que se conocen bien. La ha conocido en Colonia, el año anterior; en Carnaval le enseñó en una representación de aficionados a encarnar con tanta perfección el papel de Pierrot, que ella recogió aplausos unánimes. He aquí lo que se dice, pero es difícil saber lo que hay de verdad en ello; Ana misma no habla nunca de tal cosa. Ana no habla generalmente de lo que le pasa. Lo único sorprendente, es que desde entonces no va al teatro y abomina de todo lo que a él se refiere. También se mantiene muda acerca de la personalidad de Waremme, al menos con Elli; no fue ella quien le presentó a Leonardo. Parece que el primer impulso partió de Waremme, como si desde lejos hubiese olfateado en el joven la presa que le estaba destinada; y pronto se hicieron inseparables; por la mañana Leonardo visita a Waremme; por la tarde salen juntos a caballo y no es raro que Ana sea de la partida; claro está que el trío hace regular sensación por las calles; por último, Leonardo lo introduce en su hogar. Un resto de instinto le hace vacilar largo tiempo; en efecto, el primer encuentro con Elli es más bien penoso. La aversión de ésta por ese hombre tiene algo de instintivo, se siente incómoda cuando ve ese rostro pálido con su mandíbula inferior de boxeador negro, esos ojos incoloros de mirada lúbrica, ese cuello grueso, esas manos anchas cargadas de anillos; todo él le inspira un horror indescriptible, así como su cortesía irónicamente acentuada -cuando tiene que tratar a una mujer- y también la soberana facilidad de su conversación. Es cierto: a su lado, Leonardo parece un lacayo en la

Librodot

antesala de un príncipe, pero esto no lo disminuye a sus ojos, pues no son los hombres sino Dios quien establece jerarquías. Ella sólo tiene que inquietarse por lo que hace. Le suplica que rompa con ese hombre. Se conduce entonces como si ella le exigiese un acto deshonroso. "No tienes la menor idea acerca de quién es Gregorio Waremme". ¡Oh, sí!, ella se ha formado una idea; cuando ese hombre se le acerca, siente que su corazón se contrae por el presentimiento de un destino inevitable, pero se cuida de decírselo. "Y además -continúa Leonardo-, es el único, entre nuestras relaciones, que parece preocuparse realmente por Ana". ¿Qué contestar? Ella está allí, parada, dominada por el vértigo. Estaba sobrentendido que irían juntos esa tarde a un té en casa del consejero privado Eichhorn. Leonardo prometió venir a buscarla; no viene. Las nueve, las diez, las once de la noche, ella ya no espera. Al día siguiente, por la mañana, Leonardo trata de explicarse; no ha ido al té porque Waremme le leyó un tratado que acababa de terminar. Dos horas después, la mujer del consejero privado la llamó por teléfono: "¿Por qué no vino usted, Elli? ¡Fue una reunión tan encantadora!... Incluso se bailó, y la mejor pareja, sin duda alguna, la formaron el doctor Maurizius y Ana". Elli balbuceó algo, cohibida, en el receptor; siente que su corazón se llena de hiel. Así, ya cuenta tan poco para él que ni la juzga digna de una mentira bien inventada y que pueda ilusionarla por mayor tiempo. No tiene deseos de pedirle explicaciones, las cosas ya han avanzado demasiado; es como un incendio que se burlara del chorro de agua; ligada, lo ve hundirse ante sus ojos agrandados por el espanto; no puede creer aún que todo esté perdido; espera todavía, espera y piensa que sólo se trata de una nube pasajera; Leonardo no puede haber olvidado lo

que le prometió y sobre lo cual ella ha edificado su vida. Pero mientras ella se abandona aún a semejantes ilusiones, ya se amasan en su interior las fuerzas demoníacas que la tendrán de pie en esa lucha que librará para conservarlo a cualquier precio y que los aniquilará a ambos.

7

UNA tarde, al caer el crepúsculo, regresando de unas diligencias en la ciudad, Elli abre la puerta del saloncito; súbitamente. Leonardo y Ana se separan con brusquedad, espantados; cohibidos, miran fijamente a Elli, parada en el umbral. Ana da algunos pasos hacia la ventana y arregla sus cabellos que caen en desorden sobre su frente y mejillas, y oculta el rostro arrebolado; Leonardo permanece como clavado al piso, junto al diván, y se vuelve hacia Elli con un gesto de súplica. Silencio de muerte. Cuando Ana se repone un poco, toma su tapado y su sombrero, abandonados sobre el sillón, se dirige como un huracán hacia la puerta y le clava a Leonardo, pasando rápidamente junto a él, una mirada de tan ardiente desprecio, que éste, pálido como un muerto, le dirige ahora a ella ese gesto suplicante que un instante antes destinara a su mujer. Pero sus ojos fulgurando de indecible orgullo parecen decir que es infamante para ella estar en el mismo cuarto que él y que por esto se apresura a abandonarlo. "¡Déjame pasar!". grita, imperiosa, a su hermana. Elli se hace a un lado sin decir palabra y Ana desaparece. Aun no se ha silenciado el eco de sus ligeros pasos, cuando Leonardo avanza hacia su mujer y le dice, conjurándola: "Por el eterno Dios, Elli, ella no es culpable". Como Elli sigue callándose -todo el cuarto con los muebles gira delante suyo-, él se prosterna, abraza sus rodillas y dice: "Créeme, Elli, Ana es irreprochable; es tan pura como la luz del día". Su actitud es teatral. Elli lo siente y, no obstante, hay en su voz un acento de sinceridad y en su fisonomía una expresión de franqueza. Nada podría turbarla más profundamente.

Acerca de este incidente diéronse dos versiones que concordaban en substancia; una del mismo Leonardo y la otra de la criada Frida, que había escuchado junto a la puerta. Al parecer, fue este incidente el que fijó de manera decisiva la posición de los tres personajes entre sí: Leonardo, ese débil, enloquecido de sensualidad, fascinado por su linda cuñada y no aspirando sino a seducirla; ésta, en una dependencia indirecta, insegura de su porvenir,

Librodot

defendiéndose como podía de sus apasionadas persecuciones, tratando también de llamarlo .a la razón con todos los medios, y cediendo a veces también -ella no es, en efecto, sino una joven de diecinueve años, sin experiencia- al encanto que indudablemente emana de ese hombre, de manera que, a pesar de su reserva, es fatal que aparezca ante ,su hermana como persona dudosa. Ella no quiere engañar a Elli; incluso si amara a Leonardo no podría arrancarle el esposo a su hermana; aun si se divorciara, no podría soportar el pensamiento de haber quebrado la existencia de Elli. Además, ¿tiene Leonardo la intención de abandonar a Elli? Absolutamente no. En primer término, depende de ella, como Ana, y más inmediatamente todavía; está demasiado habituado a las comodidades de una existencia lujosa para allanarse a volver a la precariedad de su vida de soltero y recaer bajo el yugo caprichoso y despótico de su padre. Y luego, arriesga su prestigio a los ojos de una sociedad a cuya consideración confiere la mayor importancia; arriesga su carrera científica; en los ambientes en los cuales se aclimató con tanta facilidad, se perdona toda falta secreta, pero nunca el escándalo público. Por lo tanto, se ve obligado a andar con cuidado, pues no es capaz de renunciar a una u otra cosa. Para renunciar, hay que tener un conocimiento certero de las cosas. Pero los caracteres amorfos como éste, raramente tienen una visión clara de su situación y de sus movimientos secretos, y prefieren navegar en lo incierto. Y ahora cuando se anudan los enigmas en este trío, tan poco interesante por lo demás.

A pesar de su pasión creciente e irrefrenable por Ana, que ya no dejaba en él lugar para otra cosa y que, finalmente, no queda oculta a nadie, continúa viviendo con Elli como con una esposa. Por parte de él, uno puede comprenderlo. Acaso busca el olvido en sus brazos; pero en cuanto a Elli, es difícil creer que pueda dárselo, puesto que ella misma se halla en la mayor confusión y tormento. Quizás él quiere ilusionarla sobre su estado; pero, en este caso, sería preciso admitir que una mujer como Elli fuese capaz de ilusionarse hasta ese punto. Acaso ella no se le niegue; es posible que aun espere, que crea que el poder mágico de su sangre pueda ayudarla a reconquistarlo; quizás hay en efecto algo de eso en ella y no sólo piedad femenina, esa piedad que la arrastra hacia un abismo cuyo horror la hará temblar alternativamente de fiebre y frío; no solamente la piedad de la amante maternal, que hace dar sus supremas reservas, puesto que son sus supremas reservas las que se piden. Que él las exija y las tome mientras tiene ante los ojos la imagen idolatrada de la joven hermana y en tal grado visible y sensible que lo que para él es un sueño bienhechor es horrible para Elli, todo esto presenta a Leonardo con rasgos casi repugnantes. El voluptuoso marcha por el más tenebroso de los senderos. No obstante, diríase, además, que no puede desprenderse de ella. Ejerce sobre él cierto incomprensible poder que lo retiene. Es verosímil que ni él mismo pueda explicarlo. Es posible que sea algo de lo cual se avergüenza. A menudo una mujer -y no es necesario para esto que sea una mujer de "élite"- penetra al hombre hasta lo más hondo, de tal modo que ella se lo ata más que por la sensualidad o el interés. Hay hombres cuyo impulso vital se siente paralizado cuando se adivinan sus pensamientos antes de que los hayan transformado en actos: están hechos de tal suerte, que sólo ocultando su ser íntimo llegan a una verdad completamente externa. Si esa misma mujer posee, junto a esa penetración de la inteligencia, un cierto temperamento, es para el hombre doblemente temible, tres veces, diez veces más, de acuerdo con el poder de ese temperamento. Es lo que produce las más profundas dependencias conocidas. El se le siente entregado, prometiéndole su confianza. Como todos los débiles, es, con respecto a lo que afecta el honor, de una susceptibilidad enfermiza, en el sentido de que, en ciertos casos, trata de salvar el honor incluso al precio de la más grosera ilusión. Se defenderá con la mayor obstinación de haber cometido una falta, aun cuando los cargos sean aplastantes. En realidad, no quiere caer a los ojos de su mujer. La admiración de Elli, su comprensión fina y sutil, lo han elevado poco a poco hasta una zona en la cual está de acuerdo consigo mismo; el aire que allí respira es necesario a su vida y por esto aun conserva los gestos, la mirada e incluso los giros con los cuales se expresaba la vieja confianza, mientras que desde hace mucho tiempo no se atreve a hacerle confesiones. Es una rueda de máquina que gira sin correa de transmisión. Tiene miedo. Prefiere que todo dependa

Librodot

de lo que ella sabrá por vías indirectas, poco a poco y sin su intervención. Teme un cambio en los sentimientos de Elli, teme lo que ella sabe, la decisión inevitable, y, sobre todo, teme lo que él llama sus "celos". Sólo imaginando una escena, no alienta más que un deseo: huir. La pasión que hay en Elli lo amenaza en sus propios fundamentos y ataca sus nervios sensibles con el furor de una fuerza primitiva desencadenada.

"Celos" es una palabra que aquí no dice gran cosa. Se trata de una enfermedad desesperada, de un cáncer del alma para el cual no existe remedio ni médico, ni suavizador, ni incluso los calmantes que resultan del agotamiento. Ella acoge ávidamente todos los chismes, y los delatores no faltan. Se ha visto a Ana con él aquí y allá. El domingo han estado dos horas en el Grupo Artístico; anteayer, por la tarde, Leonardo fue a buscarla a la pensión e hicieron un paseo a la orilla del Rin. Leonardo le ha enviado de la biblioteca de la Universidad un libro dentro del cual había una carta. El miércoles Ana asistió a su conferencia; ubicada en segunda fila, no quitó los ojos de él. Durante una noche nevosa, él anduvo caminando frente a su alojamiento, desde las once hasta la una y media de la madrugada. Otra cosa todavía: ella vino al jardín de la villa mientras Elli anduvo por la ciudad y Leonardo bajó, y, a la vez que marchaban en torno a los canteros de césped, tuvieron una violenta discusión: ella inclinaba la cabeza y su voz no era más que un murmullo, pero él gesticulaba, sobreexcitado, y por momentos se retorcía las manos. Waremme vino ayer por la tarde en coche para llevarlo al Casino y Ana se unió a ellos detrás de la iglesia parroquial. Frida, la criada, cuenta burlonamente que la señorita Ana ya llamó por teléfono esa mañana, a las ocho y media, y que le contestó que sus amos aun no se habían levantado. Elli ya no es capaz de sobreponerse, para entregarse a cualquier ocupación. En su casa las cosas marchan como pueden; ya no se preocupa de las comidas, los proveedores esperan semanas para arreglar sus cuentas. Pasa la mañana en la cama, con las cortinas de la ventana bajas; cuando al fin resuelve levantarse, se presenta -ella antes tan coqueta, tan cuidadosa- con el rostro de alguien que no ha dormido, sin peinarse, con un viejo echarpe alrededor de los hombros, como si estuviese helada hasta los tuétanos. Permanece sentada a la ventana, delante de la estufa, con la mirada fija en el vacío. En su rostro se han marcado arrugas profundas, su tez adquiere un color terroso; cuando percibe su imagen en un espejo, tiene un movimiento de espanto. Si Leonardo no llega a la hora del almuerzo, acude al teléfono, llama a sus conocidos y amigos para saber si está en casa de alguno de ellos o si saben dónde está; envía a Frida a casa de aquellos que no tienen teléfono, a diferentes restaurantes, al Casino; claro está que él se entera; se ríen a sus expensas. Waremme inventa una frase mordaz: "Leonardo es el valiente desertor a quien una cinta de mujer hace trastabillar". Furioso, exige explicaciones a su mujer; Elli pretende que estaba inquieta, que había creído que estaba enfermo. A menudo, por la noche, ella ya no puede soportar la soledad y sale precipitadamente de la casa; apenas se ha dado tiempo para tomar un tapado, corre por la ciudad, vaga como una loca por las calles, mira de manera insólita a personas que no conoce, sigue a una joven pareja en la cual cree reconocer a Leonardo y Ana, de tal suerte que los paseantes sacuden la cabeza con aire inquieto. Luego regresa corriendo como si el diablo le pisara los talones y espera, espera, espera. Al fin, él llega (es medianoche, a menudo mucho más tarde aún), cansado, lacónico, temeroso. No se atreve a retirarse. La cobardía lo domina al oír el tono imperioso con que ella exige que se le aproxime. ¿Ha perdido Elli la razón para humillarse a mendigar su mirada, a mendigar una pobre caricia? ¡Que ponga su mano en la suya, nada más que esto, sólo durante un minuto! ¡Qué miseria!, ¡qué caída! Postrada ante él, solloza, la cara contra el suelo; de pronto se produce lo que él temía; es la crisis de la locura furiosa: "Me has arrastrado por el lodo, por la abyección, ¿y dónde están tus promesas, qué me disimulas, qué tienes en la cabeza?"; y ella maldice a su hermana y amenaza con suicidarse; pero antes matará a la pérfida, luego a él y después se matará ella misma. "No creas que podrás hacer conmigo como con las otras; no soy de aquellas con quienes se puede pactar: en mí todo está en juego: mi vida, mi eternidad, bien lo sabes". Leonardo, cobarde como un perro, consuela, atempera, niega, jura, simula ternura, amistad, emoción, incapaz de

Librodot

liberarse, de terminar con esa situación; desearía acostarse y dormir, todo eso lo irrita, lo descorazona a tal punto que se esfuerza en hacer una caricia mentirosa, para que la locura no estalle -se dice él mismo para excusarse-, mientras ella prosigue: "Mátame, al menos tendré paz". ¿No parecería que esa admonición: "Mátame", se hubiese arraigado en él en una de esas horas siniestras; que ella haya leído en sus ojos el deseo que ya germinaba en Leonardo, ante esa súplica desesperada, y que de allí hayan surgido los espantosos presentimientos de que Elli será víctima en adelante, cada vez que su corazón agitado se recoja un instante?

Todas las noches, las mismas escenas, cada vez más vanas, más violentas, más infernales. Su propia casa le produce miedo, miedo la escalera, miedo la luz. Cierta vez, regresando a su casa, arroja al Rin la llave de la puerta del jardín, después de lo cual se ve obligado a saltar la empalizada. Ya lo sabe todo de memoria: las palabras, las manos que se retuercen, las lágrimas, las explicaciones, y para terminar, el lamentable ruego de no dejarla sola en la pieza (ahora tienen cuartos separados) ; luego sus idas y venidas sin tregua a través de las habitaciones, cuando al fin él se ha desprendido de ella, ha tomado su veronal y procura dormirse, torturado por ese temor incesante. A veces sucede que ella golpea a su puerta como para asegurarse de que realmente está allí. A menudo se vieron encendidas las lámparas y se oyeron sus voces aun a las cuatro de la mañana, en el saloncito; una noche, Elli lanzó tal grito que el agente que hacía la ronda llamó en la villa para saber si había sucedido algo.

8

ELLI sale una tarde, pasa por casa de su modista, luego toma el té en una confitería, bebe encima dos vasos de coñac y se dirige a casa de Ana. Esta ha cambiado de aloja-

miento quince días antes, ha alquilado un elegante departamento en casa de la viuda de un comandante. ¿De dónde sacó el dinero? He aquí algo que nunca fue examinado ni explicado. Es cierto que Gregorio Waremme, desde hace algunas semanas, la utiliza como secretaria; ella trabaja todas las mañanas tres horas con él, pero esto no basta, teniendo en cuenta lo que gasta sólo en medias y zapatos; además, tal empleo será de corta duración. En efecto, para fines de mes se reunirá una especie de Dieta alemana, a la cual han sido invitados los nacionalistas más notables. Waremme es el alma de la asamblea, que tendrá carácter de una demostración; los preparativos, la correspondencia, la colecta de los fondos necesarios, le dan mucho quehacer. Dirige todo con un celo tanto mayor cuanto que en los últimos tiempos ha circulado por su cuenta una nueva historia escandalosa, un asunto de pederastía, en el cual se hallan complicados algunos jóvenes de la nobleza, miembros de una asociación estudiantil muy cerrada y que sus protectores se esfuerzan en silenciar, cosas que, sin embargo, no lograrán por completo, pues un diario socialista publica al principio, sin indicar nombres, un artículo asaz alarmante, y, como medida de precaución, resolvióse postergar la Dieta para el otoño. (A causa de los acontecimientos que se produjeron en el ínterin, no se realizó nunca).

Pronto llegará la noche; en la habitación donde muere el día, Elli espera a su hermana. Anda con nerviosidad, a ratos se detiene, escucha junto a la puerta, permanece parada al pie

de la ventana, husmea en los papeles del escritorio y recomienza a ir y venir. Luego abre un cajón del escritorio: lo primero que se presenta a su vista es una fotografía de Leonardo, que ella no conoce, y al margen de la cual se leen estas palabras: "18 de mayo de 1905, a las 7 de la tarde; a partir de esta hora sé que tengo un alma inmortal. - Leonardo". Elli mira fijamente la foto. Estalla de risa. En una de sus últimas cartas a la amiga ya mencionada, ella escribe acerca de esto: "Me pareció que en lugar de mis senos, tenía dos agujeros profundos y dolorosos". Todo su cuerpo es sacudido por la risa. Entonces llega Ana. "¿Qué haces aquí, Elli?" ¡Oh, esa voz detestada, ronca, triste! Elli desgarra la foto en cuatro trozos y los arroja a los pies de Ana. "¿Hasta cuándo piensas representar esta innoble comedia? -le grita a la cara-. Tú o yo; es necesario que una de las dos se vaya, y si es preciso que sea yo, sabrás adónde iré y al menos habrás terminado con tus precauciones; sólo habrá que

Librodot

felicitarte por haber obrado con la conciencia de una maritornes". Ana se apoya en la pared, tiende el brazo como si quisiera sostenerse de ella, empalidece y se cae. Sin preocuparse de su hermana, que permanece tendida presa de convulsiones epilépticas, Elli desea alejarse. Pero aun no alcanza la puerta cuando Leonardo y Waremme están delante suyo, ambos en smoking. Vienen a buscar a Ana, pues un señor Bussh los ha invitado con otros amigos a una cena en un hotel. Waremme se paroxima a Ana, ve la fotografía hecha trozos y se dirige a Leonardo en estos términos: "Ya ve usted, mi querido Maurizius, que i no había que dejar que las cosas llegaran a este extremo". Al mismo tiempo le indica que se ocupe de Ana; él mismo, cosa extraña, se aproxima a Elli, que, muda, temblorosa, ha permanecido de pie frente a su marido, y le ofrece el brazo: ella, cosa aun más extraña; toma ese brazo y se deja conducir a través del corredor, por el cual la viuda del comandante, que naturalmente lo ha oído y comprendido todo, se aleja con ruido de murciélago. Abajo espera un coche: hace subir a Elli, se sienta a su lado, entra con ella en su casa, la conduce a su habitación y le habla casi un cuarto de hora. Elli tiene la impresión de que un gran médico se ocupa de ella, algún sacerdote que conoce a fondo el corazón humano. Su antipatía se desvanece, ella misma es incapaz de decir nada, pero se abandona, llorando en silencio, al sortilegio de su presencia. Es tan suave, tan bondadoso, tan prudente, y su mirada abarca toda su desventura: "¿Cómo es posible -piensa Elli- que un hombre semejante exista y que haya creído poder odiarlo?" Acepta todo lo que él propone: Leonardo se irá lejos por algunos días y se alojará durante ese tiempo en casa de Waremme; tampoco verá a Ana, y lo mejor será que ésta se instale en casa de Elli; Waremme insistirá sobre esto ante ella, pues le da gran importancia para que callen las malas lenguas. Afirma que Ana es inocente y dice: "Dentro de poco, señora, le traeré la prueba más evidente". Nadie puede dudar de sus intenciones. No pudiendo resistir a su emoción, Elli toma su mano y quiere besarla. "¡Por amor de Dios!", exclama, y apoya los labios en su frente. Esa noche, Elli duerme trece horas con sueño profundo y sin pesadillas; el gran médico la ha calmado. Leonardo pasa toda la semana en casa de Waremme. Una mañana, a comienzos de octubre, viene, pero sólo penetra en el jardín, corta rosas y le envía con Frida el ramo. Ella está tan trastornada por la alegría, que se arroja al cuello de la sirvienta y la abraza. "¡Todo puede arreglarse todavía! -exclama ante su amiga, en su incomprensible ceguera-. La única desgracia está en que en estos diez últimos meses he envejecido diez años ahora soy ya una vieja". Entre tanto las cosas para Leonardo llegaron al paroxismo: Ana, en su propia casa, es más inaccesible que si estuviera separada de él por diez horas de ferrocarril; y detrás de él, guardián de todos sus pasos, Waremme, a quien prometió evitar un encuentro con Ana; ésta deberá irse, en noviembre, a pasar un año en Inglaterra y él no debe tratar de verla hasta entonces. Pero no es lo peor;.debe a Waremme dos mil ochocientos marcos, una deuda que debe pagar a breve plazo, suceda lo que suceda; para hacerle ese servicio y porque confía en su palabra de honor, Waremme ha tomado la suma de los fondos destinados a la Dieta alemana. Es este, en todo caso, un servicio de amistad incomparable y no se le puede reprochar a Waremme que reclame el pago, puesto que él mismo corre el riesgo de ser acusado de desfalco. (La suma fue, por lo demás, reembolsada dos días antes del asesinato, y no por Leonardo, es cierto, que ni lo supo, ignorándose quién y cómo se hizo. Nadie procuró averiguarlo nunca). Quizás es exacto, como lo aseguró más tarde en su declaración, que Waremme se lo ofreció espontáneamente, sin que él se lo pidiese. En las cuestiones de dinero, Waremme es de una generosidad real; y acerca de este punto Leonardo debía parecerle algo así como un hermano un poco degenerado, que se hacía una montaña con un grano de arena; además, sabía en qué cruel situación se hallaba su amigo. En casa de su sastre tenía una cuenta que se elevaba a setecientos marcos; al portero le debía cien, y al pequeño prestamista, cuatrocientos; y una deuda de juego, cuyo pago no podía postergarse, se elevaba a mil doscientos marcos. En tiempo de sus discusiones cotidianas con Elli, que eran tan desastrosas para su sistema nervioso, no se atrevía a dirigirse a ella, y ahora mucho menos. Acaso lo retiene un poco de orgullo; quizás se dice que en ese preciso momento no debe caer frente a ella en una de pendencia material más pesada; es

Librodot

posible que también obre en Leonardo el antiguo temor, ese miedo místico al juez que su esposa es para él. Es verdad que le envía rosas, pero no se atreve a hacer un llamamiento a su alma tranquilizada, no quiere aparecer como haciendo ese gesto por interés; se envilecería de ese modo, se desenmascararía a sus ojos. Entonces proyecta ir a Francfort; tiene allí algunos amigos de fortuna; no piensa en su padre sino cuando éstos lo apartan con la amabilidad que se gasta en semejantes casos. La misma tarde va todavía en auto a casa de su padre. El hijo del joyero a quien se dirigió en vano en último término, ha puesto a su disposición el coche para suavizar el rigor de la negativa paternal. En el curso de estas últimas horas fue cuando todo se embrolló en su cabeza. No puede soportar la existencia sin Ana, no vive ya si no puede verla. Desde Francfort le ha enviado un telegrama y ella no ha respondido. Ahora, en cambio, telegrafía a Elli y anuncia su arribo para la noche siguiente. Quiere volver a su casa; Ana está en ella y todo lo demás le resulta indiferente, incluso la catástrofe que le espera si retorna sin dinero. Para enternecer a su padre,* le cuenta media docena de mentiras y trata de imponérselas con fanfarronadas; está a punto, dice, de hacer un viaje a Italia para terminar un trabajo que le conferirá el título de profesor, y antes de partir ha querido decirle adiós, etc. Pero a pesar de su limitada perspicacia y de su gran suficiencia, comprende a la tercera frase que no obtendrá nada del viejo, que los ruegos y las lágrimas serán vanos y que le será más fácil lograr indulgencia de la mesa que se encuentra entre ambos. Delante suyo los caminos se cierran uno después de otro. ¿Qué le queda por hacer? Nada más que ese horrible e insensato acto cuyo proyecto quizás, cobarde y ávido, acarició en la mente. Se aloja en un hotel de Boegswinter, despide el auto y duerme hasta el mediodía. Cuando se levanta, se afeita el bigote, compra un largo sobretodo inglés amarillo con un cuello que se puede levantar y telegrafía una vez más a Elli, desmintiendo su telegrama de la víspera. ¿Es posible obrar más claramente y salir de la indecisión y el caos con conciencia más lúcida? Es cierto que más tarde afirmó que sólo quiso hablar con Ana, que tenía la intención de hacerla bajar al jardín, y que si se había desfigurado de ese modo,

era para que ella no le negara la entrevista, favoreciéndole lo avanzado de la hora, y que entonces le hubiera propuesto que huyera esa misma noche con él. Estaba obligado a comprar el sobretodo porque no había llevado más que el de verano y el tiempo se había hecho bruscamente invernal. Lamentables explicaciones. La trabazón de los hechos, cadena de anillos bien soldados, apareció a plena luz.

9

Y TODO esto no evita que en el señor de Andergast la duda se eleve, crezca y desborde como una marea que disgrega la materia misma de su convicción. Ese edificio cuya solidez, como le apareciera antaño, había desafiado todos los ataques, presenta ahora por todos lados, a la mirada aguda, fisuras y goteras. La experiencia y el tiempo han agudizado la mirada que se dirige hacia atrás; ¿es la objetividad, a la que ya no molestan el papel de substituto, la necesidad de tomar partido? ¿No sería más bien la intervención de cierta pequeña linterna sorda de Amorbach, de ningún modo simbólica, sino totalmente real, concreta y tangible, por lejana e invisible que esté la mano que la dirige? Ella hace caer su luz brutal sobre las personas y los hechos, para perseguirlos hasta el fin en las tinieblas aun insondables. Y es también la acción de dos ojos audaces, de un par de ojos de dieciséis años, nuevos y sin miedo, reflejando una voluntad capaz de comunicarse a los demás y cuyo poder irresistible está en relación inversa con el alejamiento de aquel que lo recela.

También hace más clara la aparición el alejamiento; un alejamiento en el espacio y en el tiempo, sobre el cual nada puede la voluntad y que transforma en obsesiones toda evocación del recuerdo. Helo aquí una vez más aun, entre las sombras que ondean, a ese muchachito de cinco años y de bucles castaños, en traje de marinero, con las manos en los bolsillos del pantalón, la boca en punta, impertinente, pronta a silbar; está parado en lo alto de la escalera y medita sobre los medios de llegar abajo sin utilizar los escalones. En su rostro se

Librodot

lee que los desprecia, pues últimamente anunció que estaba convencido de que podría volar, pero que para eso necesitaba de una fórmula mágica complicada, y de que uno no puede agenciarse sino después de haber mirado al sol de frente, sin pestañear, durante cinco minutos. Todos los días ensayaba una vez, se impacientaba por lograrlo y sentíase vejado cuando afirmaba que lo había conseguido y alguien le probaba que hacía trampa.

El señor de Andergast tiene ahora delante suyo otra imagen. Es un domingo por la mañana; ha llevado a Etzel al museo Liebig. El pequeño está parado ante una Venus antigua y la mira fijamente con ojos llenos de curiosa angustia y de profundo asombro. Una joven se aproxima al señor de Andergast para saludarlo. Etzel dirige hacia ella sus ojos soñadores, luego observa la estatua, de nuevo contempla a la joven y al fin dice. (El señor de Andergast aun cree oír esas palabras pronunciadas en voz baja y con vacilación): "¿Todas son así, papá, tan maravillosamente bellas?" Hay en la pregunta una secreta angustia que no pueden ocultar los luminosos ojos; es quizá la angustia de los ángeles cuando el brazo de Dios señala los crímenes acumulados en sus criaturas y el camino cubierto de sangre y de penas que conduce, por la muerte, del. amor terrestre al amor celeste. Pero reconocer, presentir esas cosas procede del don de segunda vista precisamente, y en el señor de Andergast esa actitud data de hoy solamente; antaño se tenían cerrados los ojos para tales cosas, como sobre todas las demás, en último caso. Manifestar su existencia es en sí algo natural cuando alguien existe; y bien, existe. La infancia es un estado imperfecto, y hacerlo lo más perfecto posible es tarea de padres y maestros. Aquí el padre tiene preeminencia sobre todos los otros, él es quien se ocupa de los asuntos del mundo y el ser que ha r engendrado no tiene otra cosa que hacer que tomarlo por modelo y marchar dócilmente detrás de sus huellas. Cada día, tomado separadamente, no se distingue en nada de los demás; la hora no merece que uno se detenga en ella; hay que sumar las horas, y la suma de esas columnas de cifras representa una promoción de clase, la primera comunión, un boletín semestral, el certificado de fin de año, los exámenes; el total último representa la manifestación y el valor de la vida; valorizarla es un simple ejercicio de cálculo.

El señor de Andergast recuerda una grave enfermedad que aquejó a Etzel cuando contaba ocho años. Una noche, bastante tarde, entra a la habitación y se aproxima a la cama del pequeño. Hace ya mucho tiempo que la madre ya no está allí. El rostro del niño está púrpura, sus ojos afiebrados y sus cabellos húmedos de sudor se le pegan a la frente; cuarenta grados de fiebre. Cuando Etzel nota la presencia de su padre, un. sorprendente espanto se refleja en sus facciones, da vuelta la cabeza y murmura cosas incomprensibles. La enfermera trata de calmarlo, le pasa la mano por la cabeza y le dice dulcemente: "Mira, pequeño, es tu padre", pero el niño se contorsiona como si fueran a castigarlo y sus labios resecos balbucean: "Quiero que venga Rie". Se busca a Rie; ésta se arrodilla junto a la cama y toma sus manitas; entonces Etzel se calma y dice en un murmullo: "no quiero morir, ¿comprendes Rie?; dícelo a mamá, no quiero morir. En ese "no quiero" hay una decisión huraña, al tal punto que Rie, abandonando su lloriqueo habitual, le responde con gravedad: "Está bien, pequeño Etzel, si no lo quieres no te morirás; sin duda sabes que te necesitamos". "¡Ridícula loca!", piensa el señor de Andergast. Aun cuando estuviese emocionado y seriamente inquieto, esa frase de Rie le pareció entonces tan disparatada como fuera de lugar. Se puede amar a un niño, incluso ocultándoselo cuidadosamente (¿"alguien" no ha llevado la disimulación de esa ternura hasta que por último resta de ella muy poca cosa?). Pero, en verdad, no es posible decirle que uno necesita de él. Y tampoco es cierto que se lo necesite; se necesitan reyes, generales, oficiales, jueces, substitutos, soldados, obreros, sirvientes, pero a los niños hay que educarlos antes de hacerlos utilizables.

No, después de todo, él no había sentido verdadera ternura y a lo sumo experimentó una de las numerosas variedades degenerarlas de ese sentimiento. Frente al giro que ahora han tomado las cosas, frente al total hundimiento de lo que se llama su vida privada, ya no tiene ninguna razón para continuar engañándose todavía.

Medita y medita, y sigue buscando.

Librodot

Enfermedades tales como la escarlatina son a menudo etapas de maduración que cuentan en el desarrollo de un niño. El señor de Andergast recuerda, cosa sorprendente, que

poco tiempo después dejó de seguir al pequeño, es decir que, por una parte, esa conciencia de ejercer un poder soberano y casi divino sobre un ser humano comenzó a vacilar, y, por otra, que en el niño el movimiento ordenado se transformó poco a poco en otro independiente, siendo la modificación ofensiva para el amor propio del educador. Para penetrar en el alma del niño hay que tomarse mucho trabajo. Uno presiente en él una rebelión sumamente extraña a inexpresada. No sería posible señalar en su conducta la menor infracción, la menor desobediencia, pero su actitud es ya la rebelión en sí. Recuerda haber ido al campo, cierto año, para Pentecostés, con el niño, por entonces de diez años. Helo aquí en un compartimiento de primera clase; Etzel se inclina por la ventanilla y el señor de Andergast le invita a que deje de hacerlo y se mantenga quieto. A decir verdad, nada justifica esa orden, pero quiere leer en paz su diario y considera que no es conveniente que el niño se agite y saque continuamente la cabeza por la ventanilla. Entonces Etzel, sentado frente a su padre, erguido como un cirio, acentuando su actitud de prudencia, mira al señor de Andergast sin desviar los ojos. Y en ese examen (aun cuando el padre tenga aire de no parar mientes en ello) hay algo de provocativo, un asombro que lo analiza, una secreta y llamativa curiosidad acerca de lo que realmente puede ser ese hombre que es su padre e incluso una disimulada chispa de ironía en los ojos claros, entrecerrados a la manera de los miopes; durante un segundo el señor de Andergast se siente agitado y ardiendo en cólera, y está casi a punto de levantar la mano para golpear al muchachito. Todo el día permanece lacónico y ensimismado, y de tiempo en tiempo siente que nuevamente se dirige a él, midiéndolo, la clara mirada misteriosa del. niño.

¡Cuánto misterio, por otra parte, en un niño semejante! Siempre parecería que Etzel se aburre en el camino recto y aprovecha todas las oportunidades para salirse de él, tomar por un atajo y entregarse en el otro lado a una empresa clandestina. Cuando reaparece, tiene aire de haber cometido algún latrocinio y de desear poner en lugar seguro y con toda rapidez su botín. ¿No es todo un hurto: las experiencias que va a buscar y que no pueden ser controladas, las palabras e ideas que recoge, los cuadros con que llena su imaginación insaciable? Encuentra cómplices en todas partes, todas las puertas se abren sobre el mundo y toda nueva experiencia del mundo es suciedad para un alma inocente. Aprender exalta o agobia. El saber es temeridad o duda audaz. Cierto día el señor de Andergast sostuvo una conversación con el pastor, y el digno hombre le dijo: "Ese chico tiene un espíritu difícil, en verdad; no cree más que en aquello que se le puede demostrar con la luz meridiana, y la única cosa que lo entretiene es buscar una aguja en un depósito de heno; el mismo buen Dios no lograría dominarlo fácilmente.

Pero al mismo tiempo el sacerdote sonreía, como sonreían todos aquellos que le hablaban de él o que, simplemente, lo veían. Incluso el empleado del registro, desecado por su oficio de chupatintas, tenía una sonrisa sobre los marchitos labios cuando lo vislumbraba. Hasta ese áspero doctor Malapert sonreía cada vez que tropezaba con el niño en la casa. Y siempre era una sonrisa amable, animadora, amplia, la que le dirigían las gentes. ¿De dónde provenía esto? De sus maneras, sin duda alguna. Existen enanos que gesticulan como gigantes, y el hecho es de una gran comicidad. Tenía indudablemente algo de gnomo travieso que mira cándidamente a las personas en los ojos y les hace una burla cuando ya ha cruzado la puerta. Hace algunos años, una anciana tía abuela jorobada visitaba la casa; tenía por costumbre abrazarlo e incluso de abrazarlo de una manera un poco glotona, gimiendo de ternura; cuando al fin terminaba, Etzel frotábase cuidadosamente la cara, se inclinaba delante de ella con cómica gravedad y muy serio decía: "Muchas gracias, tía Rosalía". ¿Acaso lo que tenía de chusco y su actitud cortés y digna encubrían tantas farsas ejecutadas o proyectadas que ellas le ganaban simpatía? Claro está que poseía una gracia natural, una audacia espontánea y amable; esas dos características le venían de su madre, que, siendo muchacha, también era graciosa, impertinente y sumamente difícil de comprender. ¿Residía la seducción

Librodot

en aquello que el doctor Raff había llamado en el curso de su estimable análisis psicológico "la medida"? ¿Las gentes intuían con claridad que el doctor Raff usaba para con ellas la verdadera medida, que no les exigía más de lo que podía esperar de ellas y las tomaba sólo por lo que eran realmente?

Fuese como fuere, el señor de Andergast no había notado gran cosa de lo que su hijo tenía de particular y que todos se apresuraban a reconocer. Si por azar tal hecho se imponía a su pensamiento, no lo admitía, juzgando de su deber no darle la menor importancia. Habría sido irreconciliable con sus principios. Tal circunstancia habría desviado la línea de conducta a seguir. Esto habría perjudicado el orden, contrariado la regla y equivaldría a abandonar el timón.

Sólo ahora, cuando volvía a pensar en ello, parecíale que al tomar tal actitud había renunciado también a otra cosa, por ejemplo, a una cierta complacencia permitida quizás, a algo que podría denominarse un firme propósito de amar.

Desde ese momento pensó que así designaba de manera suficientemente exacta y completa esa actitud que se había hecho suya y que consistía en abstenerse de toda manifestación sentimental, para esterilizar al sentimiento mismo. También le pareció... sí ... pero qué pues, qué... pero puesto que era demasiado tarde... absoluta y de cualquier modo, era demasiado tarde...

CAPITULO SÉPTIMO

1

EL último día de la semana que había comenzado con la compulsa de los legajos Maurizius, el señor de Andergast regresó a su casa a la hora del té; al cruzar el corredor oyó un ligero murmullo de voces en la habitación de Etzel. La puerta estaba entreabierta, se detuvo y vio a su madre sentada a la mesa y a Rie frente a ella. Tenían a la vista los viejos cuadernos de redacción de Etzel. Rie los había recogido de los cajones y estantes, y la Generala los hojeaba, leía aquí y allá algunas líneas, hacía a ratos una reflexión a media voz. Acaso esperaba hallar en los cuadernos algún signo que le permitiera descubrir el lugar donde se hallaba el muchacho, una hoja desprendida, una carta olvidada. Todos sus otros esfuerzos habían sido vanos. Por encima de esas dos mujeres sentadas se cernía una nube de tristeza. La Generala, con su mantilla de encajes a la antigua, un sombrero igualmente fuera de moda sobre su pequeña cabeza, tenía un aspecto de aflicción; aun no podía concebir la fuga de su nieto y comprendía menos todavía que él, de manera tan insinuante, le hubiera hecho creer en su afecto, y no le diera un signo de vida. La preocupación la roía; el señor de Andergast vio su pequeño mentón puntiagudo como el de Etzel y le oyó decir a Rie: "No perdamos ánimos, mi buena Rie; mi confianza sigue inquebrantable. Lo que hay de molesto en este asunto es que ya soy vieja, pero también esto tiene su ventaja. Las personas que uno ama nos habitúan poco a poco, por su ausencia, a la muerte. Es un entrenamiento para los ancianos. ¡Hay tantos afectos ausentes y el mundo es tan grande!"...

El señor de Andergast usaba galochas a causa de la lluvia y por esto retornó a la puerta del vestíbulo sin que lo oyeran; bajó la escalera sin quitarse su sobretodo y salió de la casa. De pronto le era insoportable el pensamiento de estar obligado a abordar cortésmente a su madre, de mirar el rostro arrugado de Rie, su lánguida expresión cargada de humildes reproches, de estar condenado a permanecer hasta la noche sentado ante su mesa de trabajo cargada de legajos, sin otra compañía que el tintero, la libreta de notas, las sillas, el diván, los horribles cuadros colgados de la pared y los libros endurecidos en el silencio.

Con paso rápido anduvo hasta que llegó a la Dammheide, en pleno campo. El viento era allí doblemente violento, la lluvia le azotaba el rostro y los chorros de agua le herían como flechas. Como no tenía paraguas -en principio nunca se servía de él-, estaba calado hasta los huesos. No prestó atención a este hecho. Estaba en un lugar absolutamente desierto, sin casas, sin ruinas en el horizonte. Después de hacer varias docenas de pasos se detenía, tomaba aliento, sosteniendo el borde de su sombrero, escudriñando los alrededores, pero el objeto de su atención no era el paisaje, ni la tempestad, ni las hojas que giraban en torbellino por la avenida, ni las nubes bajas que pasaban desgarrándose; siempre estaba, dirigida hacia adentro. En su frente se expresaba el esfuerzo de un intenso trabajo de pensamiento. A cada minuto sus cejas se contraían más y más. Poco a poco, pareció no sentir ya las cosas exteriores y olvidar en dónde estaba y hacia dónde iba. Por momentos decía en voz alta para él mismo trozos de frases, reflexionaba sin ilación, cosas tan raras en su manera habitual de ser; al mismo tiempo la expresión de su rostro se modificaba y, semejante a un suelo abierto por el arado, perdía su rigidez.

2

ERA imposible ilusionarse: un desgarrón se había dado en la trama lógica. Entonces comenzó el examen del pro y del contra. Hasta cierto punto, está dispuesto a encontrar alguna explicación a ese desgarrón. Los cargos eran tan aplastantes que desde el principio no se siguió más que una pista: una vieja experiencia de la justicia criminal reconoce a

todo crimen un poder de sugestión particular. No puede tratarse de error judicial. Por lo menos en este asunto. Si la urdimbre presenta algún defecto, habría que buscarlo ahora, después de tanto tiempo, en la profundidad. "Sobre todo, nada de trámite oficial". Volver a fijar los ojos del público en este asunto envejecido, terminado, sería una estupidez criminal. "Cuando digo: quizás todavía no se ha descubierto toda la verdad, ya he dicho demasiado... Acaso... ¡Y bien!, sí... acaso... veremos".

Se muerde los labios y hunde la mirada en el chorreante follaje de un olmo. Conviene en que habría sido útil, después del juicio, hacer también observar a ese Gregorio Waremme,

al menos durante un tiempo; pero esto era cuestión de la policía y no del tribunal. Si por entonces uno se hubiera inquietado un poco por el "después, si uno hubiese tenido el derecho a hacerlo, sin duda se habrían obtenido las aclaraciones deseables acerca de los antecedentes del personaje. Y precisamente se omitió hacer tal cosa. Es algo incomprensible; como ahora lo comprueba el señor de Andergast, nada se sabía del pasado de ese hombre, no se habló para nada del mismo. Pero, en resumen, ¿por qué había que hablar de él? El tribunal no le hubiese dado ninguna importancia ni se habría interesado. Para el tribunal, el testigo principal es algo precioso y se cuidará de toda tentativa que resquebraje la confianza que se acuerda a tal personaje; viendo las cosas en su verdadero aspecto, Waremme era la razón de ser de la causa. Sin él no se habría llegado sino con grandes esfuerzos a una conclusión conveniente e incluso ni se la hubiera logrado, dadas las negativas obstinadas y perfectamente absurdas del acusado (el señor de Andergast entendía por "conclusión conveniente", claro está, la culpabilidad reconocida y la condena).

"Sin duda alguna hay aquí puntos débiles. Examinémoslos fríamente". El señor de Andergast modera su paso, que se ha hecho impetuoso, para agrupar los puntos débiles. Encuentra más de lo que sospechaba, pues, al cabo de un instante, sus labios se contraen aún más. Acerca de las relaciones de Waremme y Ana falta cualquier explicación satisfactoria. En Colonia ya debió darse entre ellos algo que echó sombra sobre sus relaciones. Esa historia del papel estudiado por ella bajo su dirección, la aversión enfermiza que Ana ha conserva-

do para todo lo que sea teatro y que aún duró más de un año, nadie trató de aclarar la una ni explicar la otra. Ninguna alusión al carácter de esa amistad, ningún esfuerzo para saber si era de naturaleza erótica o señalaba el preludio de su unión. Esa observación que hiciera a

Elli Maurizius, Waremme, afirmándole que pronto le daría una prueba flagrante de su inocencia, nada demuestra. ¿Qué sentido tenía en su boca la palabra "inocencia"? ¿Qué podía entender por tal cosa un hombre de esa especie? Sería necesario saber cuáles fueron sus relaciones después de 1906, pero a partir de entonces recubren a la escena las más completas tinieblas. La ley no conoce más que el caso en sí, no tiene derecho a tocar lo que le sigue cuando los interesados han recomenzado sus vidas. "Lo que sé como particular, debo ignorarlo como magistrado". Pero el señor de Andergast, como particular, no conoce, no percibe los hechos y los gestos de los condenados y de los testigos, se comporta aquí como una substancia química que no permite que otra substancia actúe sobre ella sino cuando está combinada con otras. Se dice: "Si hubo algo más que una intimidad amistosa entre Waremme y Ana, él hubiese intervenido de un modo más enérgico para defenderla de las importunidades que tenía que sufrir de parte de su cuñado. Por otro lado, va a verla a su casa sin cumplimientos, la busca para llevarla a fiestas, a excursiones deportivas, es su caballero, su rodrigón autorizado. Si se admite que usurpa ese derecho, uno no puede explicárselo sino después de la última escena penosa con Elli, pues Ana se deja convencer por él para que se instale en casa de su hermana a fin de tranquilizar a ésta, o dicho de otro modo, a instalarse en la garganta del lobo. Pura y simplemente habría que admitir que ella había perdido toda voluntad para olvidar del día a la noche el ignominioso insulto que había recibido de Elli. Y su estado de fortuna, ¿en qué se encontraba? Es lamentable, no hay ninguna duda al respecto. Ana oficia de secretaria de Waremme y él la retribuye probablemente; si no lo hizo, si de parte de ella era una ayuda desinteresada, hay que creer entonces en la existencia de relaciones más íntimas que, por lo demás, ella niega. ¿Quién le facilita los medios de existencia puesto que vive desocupada como una dama? ¿Quién paga su lujoso departamento? ¿Leonardo? El lo niega. ¿Waremme? Este punto no ha sido aclarado. Sea cómo fuere, es una situación que hace pensar y que no carece de ambigüedad. Pero continuemos. Como ella es el motivo de discordia entre los dos esposos y no puede ignorarlo, aun cuando se sienta inocente y no sea la última en sufrir la situación, ¿por qué se queda? Si detesta al hombre que con tanta obstinación la persigue, ¿por qué continúa recibiéndolo? Si está harta de quien ha comprometido su reputación, ¿por qué se presenta con él en público? Si Leonardo se deja arrastrar en casa de su hermana, en la de su propia mujer, a tentativas tan abominables, a tal punto que el desprecio ,y la indignación la ponen fuera de sí, ¿por qué reanuda relaciones con él? Lo llama por teléfono, asiste a sus conferencias, guarda en su escritorio una fotografía de Leonardo con una dedicatoria, y hay que confesarlo, realmente inflamada y demasiado clara. No ha podido defenderse contra él, afirma Ana, ha tenido casi que poner buena cara a mal tiempo para que él no perdiera por completo la cabeza, y, en su frenesí, no los arrastrara a todos a la ruina: a ella, a Elli y a sí mismo. ¿Es verosímil esto? "En esa época me pareció bastante verosímil. ¡Señor! Una chica de diecinueve años cuya ignorancia de la vida es lamentable; a menudo las muchachas como ésta, precisamente, a causa de su profunda inocencia, se complican en situaciones inextricables; es posible que la pasión que ha despertado la halague y arda al contacto del fuego que ha encendido. Para quien conoce las mujeres..." El señor de Andergast sacude la cabeza de mal humor. Le parece que éste es un punto de vista demasiado superficial. Ella debió abandonar la ciudad, uno no puede dejar de reprochárselo, pues ofreció todos los días un alimento a ese deseo-criminal; habría valido más que huyese en la noche, a lo desconocido, a la miseria, antes de atizar más tiempo esa mortal discordia entre los esposos. No importa que lo hiciera involuntariamente. ¿Pero si por azar realizó un doble juego? ¿Si los dos hombres no hubiesen sido para ella más que peones en el tablero de ajedrez o si... descendamos hasta lo más hondo, hasta la última posibilidad imaginable: por ejemplo, que ella estuviese en connivencia con Waremme y, conforme a un plan preestablecido, haya empujado los acontecimientos hasta la catástrofe? ¿Es admisible semejante hipótesis? No, no lo es, por nada del mundo. Es una hipótesis inepta, una hipótesis de melodrama. Incluso los audaces calumniadores no se atrevieron a adelantar semejante aserto y las mismas personas que desplegaron el mayor celo para lavar de culpa al

Librodot

desgraciado Maurizius retrocedieron ante esta idea. Sin embargo, permitámonos descender al abismo a lo largo de esta peligrosa cuerda y supongamos que haya sido precisamente así. Habría sido necesario que ambos estuviesen seguros de que los ochenta mil marcos de la fortuna de Elli -en la época aquella sólo podía tratarse de ellos-, que esos ochenta mil marcos, pues, corresponderían a Ana. ¿Pero qué había en el testamento? El señor de Andergast se promete averiguar, si es que existe, las cláusulas de ese testamento. De hecho, si no hubo testamento, y si el marido, como asesino de aquella a quien heredaba, era excluído de la herencia por razones de indignidad, la hermana se convertía -ya que el matrimonio carecía de hijos- en la heredera legal. Pero no podemos aventurarnos de ese modo, descender tan bajo en el abismo, no. Habrían necesitado entonces, por un cálculo que desafiaba toda previsión humana, descontar con certeza absoluta que Leonardo metería la cabeza en la trampa y que sólo tendrían que tirar para que se cerrase el nudo corredizo, y para terminar: delitos, cargos, testigos, todo debió ponerse de acuerdo como los tic-tacs de un cronómetro. "Es idiota. ¡Al diablo con las estupideces! Esas cosas no existían. Habríamos observado alguna huella. A fuerza de hilar delgado uno termina siendo víctima de las propias sutilezas".

El señor de Andergast se detuvo. Un rubor enfermizo extendióse por su rostro, acaso debido al esfuerzo de su marcha bajo el repetido choque de la tempestad o quizás a la masa de pensamientos que lo acosaban; sus venas hinchábanse sobre su frente en cordones azules oscuros y en sus ojos siniestramente entrecerrados se leía un terror que jamás había conocido hasta entonces.

La imagen de Waremme, imposible ya de ser rechazada, retornó a su memoria. La ve con toda claridad delante suyo. La frente atrevida, la mirada fija que observa oblicuamente en la sala, la mandíbula de tiburón, saliente; toda su persona respirando brutalidad, la enorme cabeza con cabellos cortos y rígidos, la silueta un poco obesa. Para enfrentársele, era necesario un mozo de otro calibre que ese polichinela de Maurizius, de nervios flojos. A pesar de esto, sus íntimos hablan de graves accesos de neurosis, de depresiones, de crisis de lágrimas a las cuales estaría sujeto con frecuencia. Es posible. Ese cuerpo que, a pesar de sus proporciones normales, da una impresión de potencia, quizás está minado por fuerzas devastadoras, como las gentes que tienen a la mirada del tiempo absoluto una edad distinta a la del tiempo en que realmente viven. Dice a su edad: veintinueve años, pero se diría que el número no es más que un capricho del certificado de nacimiento. Cuando comienza a hablar, hasta para decir la cosa más indiferente, todo el mundo presta atención. Lo que impone de él, no es la voz, ni la elección de los términos, sino la exactitud de la expresión, la superioridad de la actitud. La impresión que produce en el auditorio es ésta: "¡He aquí alguien que sabe lo que vale!", como si hasta el momento no hubiese visto en acción sino a chafallones y ahora tratase con un maestro. Entre él y todos los demás testigos existe la misma diferencia que entre miserables fragmentos y una obra plástica terminada. Se presenta con un aire tal, que el presidente recoge de inmediata su espíritu y el infeliz Volland presenta el aspecto de una vejiga desinflada; las tentativas de costumbre, dirigidas tanto contra los testigos da cargo como contra los testigos de descargo, resultan aquí inútiles. Ya se sabe lo que son: una. observación burlona, una pregunta capciosa formulada en tono amable, una pose de triunfo para destacar una contradicción de la cual se excusa el testigo alegando un malentendido, que se ha equivocado, que el juez de instrucción lo ha comprendido mal o que se ha engañado. Con éste, no hay necesidad de amonestaciones, de recurrir a una memoria desfalleciente, de esos interrogatorios sembrados de obstáculos que sirven para hacer trastabillar a costureras, cocheros, corredores de comercio e incluso a individuos de la más alta burguesía; aquí, todo ese aparato resulta absolutamente fuera de lugar. Pues Waremme es tan diferente, tan frío, tan plácido como una estatua. Durante su declaración, el señor de Andergast no pudo dejar de decir: "Agradezcámosle a Dios que éste no se halle en el banco de los acusados, no estaríamos a su altura". De pregunta en pregunta, aquel que dirige los debates se hace más cortés, más respetuoso; se hace el silencio en la sala y a tal punto que se oye el zumbido del ventilador colocado encima de la ventana, y se le oye lo suficiente como para que se torne

Librodot

molesto. Desde entonces cada palabra resulta decisiva. Cuando el presidente le pide su opinión acerca de la actitud del acusado antes de su arresto, Waremme responde: "Creo que la Corte estará de acuerdo conmigo si digo que mi papel no consiste en emitir una opinión; mi único deber consiste en dar a conocer mis comprobaciones y testimoniar hechos". Y cosa extraña, se lo admite; sin réplica se acepta esa especie de llamado al orden. Los jueces, el substituto, el defensor, los jurados, todos le están sometidos - de cierto modo; él mismo, por su sola presencia, determina la orientación de la instancia judicial y así su declaración adquiere el peso de una sentencia. La emoción que se lee en sus facciones se transmite a toda la sala; se comprende que le repugna la idea de entregar al verdugo a ese desventurado que era su amigo, pero sabe que él conoce el asunto; lo que ha visto adquiere una fuerza mayor y su juramento más autoridad: "He aquí lo que he visto, de este y del otro modo han pasado las cosas, no puedo decir más". Y detrás suyo Leonardo Maurizius, cuya transparente palidez destácase en la sombra, lo mira con ojos dilatados por un pavor mortal; de un salto se pone de pie y tiende la mano para imprecarlo; Waremme se da vuelta hacia él; de pronto vacila, los guardias lo sostienen, pierde el conocimiento. El, no Maurizius. Esta escena produce una enorme impresión y obra-como un gesto de ultratumba, que vendría a confirmar sus declaraciones.

El señor de Andergast se detiene una vez más, retira el pañuelo del bolsillo interior de su americana y se limpia el rostro. El pañuelo queda totalmente empapado en sudor. Su barba está como una esponja en el agua, sus párpados se han hinchado y los levanta con dificultad, sin llegar a percibirlo. "Habríanse obtenido seguramente resultados interesantes si se hubiera profundizado el carácter de Waremme, se dice el señor de Andergast, prosiguiendo su meditación y luchando al mismo tiempo contra el huracán. No vimos nada de las capas subyacentes de ese carácter, sólo nos limitamos a la superficie, y aun más, a ver lo que quiso mostrarnos. Estaba rodeado por una zona de sombra, su aparición y desaparición han tenido una rapidez teatral. Nunca más volvióse a oír hablar de él; ¡cosa rara! Un espíritu tan notable, semejante voluntad, un poder de acción sostenido por tantas esperanzas y, después, ¡un breve papel de actor de paso, una desaparición total! Es completamente curioso este hecho, un típico fenómeno de la época. ¿Había que tomar en serio esa afirmación del viejo Maurizius en su apelación de que descubrió el lugar en que actualmente se encuentra Waremme?" El señor de Andergast se detiene en este pensamiento, que lo conduce a tomar una decisión que expresa en voz alta: "En la primera ocasión tengo que hacer venir a ese viejo; es incomprensible que no lo haya hecho hasta ahora; es ésta una negligencia culpable. Son insensatas las insinuaciones pérfidas que ese ser ridículo puede hacer contra Ana".

Ana Jahn... el personaje aparece. El señor de Andergast hace un gesto en el vacío, como si quisiera pedirle que espere aún un poco y decirle que su turno todavía no ha llegado. "Un poco de paciencia", parece decirle. Waremme lo ha convencido casi por completo, lo mismo que antaño. El conjunto del cuadro no deja nada que desear, nada que esperar, pero si uno se sumerge en los detalles, de pronto las líneas se confunden y todo comienza a diluirse. Y en primer lugar: ¿dónde fue a dar el revólver? ¿Poseía Leonardo Maurizius una browning? Nunca fue posible probarlo. Waremme lo vio disparar el arma desde el bolsillo de su sobretodo. vio que lo arrojaba lejos de sí. Pero nunca pudo hallárselo, ni en el jardín, ni en un radio de cien metros. Teóricamente, podría pensarse que, en esas condiciones, alguien disparó desde afuera, eventualidad que el defensor destacó demasiado a menudo. ¿Pero quién pudo disparar, quién, gran Dios? Luego: ¿que pasó cuando' Maurizius penetró en el jardín? Elli ya no podía esperarlo al recibir el segundo telegrama que desmentía al primero. ¿Por quién se enteró de que venía? Por Ana, naturalmente. El telegrama dirigido a Ana, en el cual le rogaba que fuera a recibirlo en la estación, no pudo anularlo, ya sea porque había perdido la cabeza y lo había olvidado, o porque en su fuero íntimo esperaba que ella iría a la cita, a pesar de todo. Por lo tanto, Ana, que probablemente comprendió en seguida que el segundo telegrama a Elli no era más que una treta para ganar tiempo, informó a su hermana de la próxima llegada de Leonardo. Bien. Al telegrama que él le envía., ella no contesta, no lo tiene en cuenta; por el

Librodot

contrario, se asegura antes del regreso de aquél, a quien teme, la asistencia de su amigo. He aquí algo aclaratorio. He aquí algo que es lógico. ¿Pero por qué Ana no se va de la casa? Habría sido lo más simple. No tiene más que abandonar la casa y dirigirse a la de alguien que conozca en la ciudad. ¿Por qué se queda y por qué se queda aún y siempre? Si desea que él sólo encuentre a Elli, que Elli sea quien lo reciba, ya que ésta ha quedado inquieta y tiernamente impaciente por su partida sin adioses, no pudo hacer nada más prudente que irse y para nada hubiese necesitado llamar a Waremme. A lo cual se replica: tiene que cuidar a su hermana, no puede abandonar a Elli en esa exaltación que confina en la. locura. ¡Si al menos fuese esto verdad! Ciertamente, hubo entre las dos hermanas una reconciliación, pero que al parecer duró poco tiempo; quizás Elli no podía soportar la presencia de su rival; en efecto, el día del crimen, después de permanecer acostada toda la tarde, de haber llorado y sollozado sin tregua, llamó a la criada Frida y le suplicó que le hiciera compañía, pues tiene un miedo espantoso. Durante ese tiempo, Ana tocaba el piano, abajo. El señor de Andergast recuerda que, ya entonces, ese detalle lo sorprendió. Ella lo explica de un modo casi admisible por el desconcierto en el cual se encuentra: arriba, su hermana casi irresponsable, ella misma sola abajo, temblando ante la llegada de ese hombre desesperado que acaba de fracasar lamentablemente, uno lo presume, en sus tentativas de conseguir dinero. En ese preciso momento ejecuta el Carnaval de Schumann y en el mismo instante tiene alucinaciones, cree ver siluetas sospechosas que vagan en torno a la casa. Dentro de algunos minutos Leonardo estará allí; ella ya no puede soportar esta idea y se precipita al teléfono y ruega a Waremme que acuda en su auxilio. Todo esto está bastante bien, pero cree que Waremme esperaba el llamado. Todo se arregla demasiado bien. También podría suponerse que en el último segundo Elli ha sido alarmada, por lo cual la pregunta que el defensor formuló a Ana no carecía de fundamento: "¿Cómo explica que 'su hermana, a pesar de su indisposición, de los espasmos cardíacos que la aquejaron desde la mañana, abandonara la habitación y la casa para correr, no sólo para correr, sino para volar al encuentro de su marido?" Entonces se produjo un momento crítico y los jurados aguzaron el oído; la intervención del presidente, que afirmó que la señorita Jahn no estaba en condiciones de dar detalles al respecto, puesto que ella no era la enfermera de su hermana, provocó murmullos entre el público. Pero entonces se llamó al anciano Teófilo Guillermo Jahn, tío de ambas hermanas, para oír su declaración, y éste produjo una fuerte impresión en los jurados cuando, mirando hacia el banco de los acusados, exclamó con la mano levantada: "Ese miserable no sólo asesinó a una mujer, a su mujer, a aquella que era en la vida su única amiga, sino también mató a la otra, la mató en su espíritu y en su alma. ¡Que la maldición de toda la humanidad caiga sobre él!" Cuando dijo esto el viejo señor de larga barba blanca, Ana cerró los ojos y juntó las manos. Como en el caso del desvanecimiento de Waremme, fue ese uno de los grandes momentos del proceso.

El señor de Andergast anda con más rapidez, a grandes zancadas. Recuerda la belleza de la joven que, en aquella época, también lo había fascinado. Diríase que fue ayer. Vuelve a

verla de pie, en su ajustado vestido negro, con cuello y puños de encaje blanco sobre sus largas y pálidas manos. Vio poco antes una reproducción de la María Estuardo, de Clouet, y aun recuerda con precisión el estupor que le produjo la semejanza de Ana con ese retrato. La boca dolorida, los ojos "cuya mirada parecía interminable", como afirmó entonces un periodista charlatán; la nobleza de sus movimientos, la delicadeza de la silueta, he aquí cosas que no era posible olvidar. Era un crimen creer que un ser de esa índole pudiera saber lo que es la mentira; ella vivía en un mundo aparte - cerrado e inaccesible-, en un elemento en el cual estaba preservada contra toda mancha. La Corte y los jurados veían en ella una mártir. "Ella se desprendía del proceso como una flor blanca sobre un fondo negro", escribía el mismo periodista charlatán. Además, desde el punto de vista jurídico, era, por así decirlo, el eje de la instrucción; si el señor de Andergast hubiese hecho inclinar un poco ese eje, el suelo habría faltado bajo sus pies. En el mundo sólo había una culpabilidad a encarar. Una sola, absolutamente. No había cómplices, confidentes. ¿Dónde se iría a buscarlos?

Librodot

"Ineluctablemente, el camino nos era trazado, me era trazado como con un estilete de diamante".

Tomó posición para defenderse contra un golpe de viento, como si se tratara del último asalto a sus dudas, y se dijo, deteniéndose: "Por tales razones el fallo es inatacable desde

cualquier punto de vista". Y algunos pasos después, deteniéndose de nuevo: "No, el fallo es inatacable".

Pero ese fallo, por definitivo que fuese su tono, no logra ahogar ni la más pequeña de sus dudas. El espanto se ampliaba en sus ojos como una mancha de tinta sobre un secante. En su alma evitaba ese espanto y temerosamente giraba a su alrededor con sus pensamientos. Era una falta de sinceridad para consigo mismo y sentía su tortura como si se hubiese roto su equilibrio vital. Niño aun, había visto todos los días, durante semanas enteras -y esto con una creciente aversión- un reloj cuyo péndulo tenía oscilaciones irregulares e intermitentes. En tal momento, su pensamiento retornaba sin cesar a ese hecho. Calle de Roedelheim; detuvo a un taxi libre y regresó a la ciudad. Sumergido en una especie de semisomnolencia y completamente empapado, apoyóse en el ángulo del coche. "¿Dónde estará el pequeño?" Esta pregunta atravesó bruscamente su cerebro igual que una flecha. Sus pensamientos ya no le obedecían. Durante un segundo comprendió el deseo que experimentan muchos niños de estar enfermos para no verse obligados a ir a la escuela. ¿Pero para que le hubiera servido estar enfermo? ¿Existía para él algo más que la escuela? Sin duda, podía refugiarse en su inhospitalario dormitorio -semejante a un apartado antro-, pero sólo de tiempo en tiempo, y esa Rie desagradable vendría trotando hasta cerca de su lecho y ni podría llamar junto a él a la pequeña Violeta.

3

VIOLETA Winston era una joven californiana con la cual había trabado conocimiento tres años antes, a la salida de una cena de hombres en el hotel de Rusia. Estaba sentada en el vestíbulo del hotel y en vano se esforzaba para hacerse comprender de uno de los mozos. El señor de Andergast le sirvió de intérprete. Ella había llegado de su país apenas hacía algunos días y quería estudiar en el Conservatorio Stern; no conocía a nadie en la ciudad, estaba sola en el mundo y tenía el dinero necesario para vivir seis meses. Convirtióse en su amiga, y él le alquiló, muy lejos de su casa, sobre la plaza Pestalozzi, un modesto departamento, donde ella lo recibía dos o tres veces por mes. Sus relaciones estaban envueltas en el mayor misterio; gracias a la prudencia absoluta del señor de Andergast, hasta el momento habíase podido evitar todo comentario sobre el asunto.

Es interesante reconstruir, de acuerdo con el carácter de un hombre que uno conoce, la imagen de su amante. En bastantes casos, se encontrará aproximadamente la nota justa, sin abandonarse con excesiva facilidad al juego de los contrastes ni a trazar un esquema simple relacionando atracciones comunes. Sin embargo, si uno considera que, en un caso como este, las sombras acumuladas en el alma de ese hombre no pueden ser disipadas por la magia del erotismo, ni aun transfundidas en su compañera, y que, por otra parte, un alma que se enfría progresivamente ya no conoce de la vida más que los exteriores y los pretextos, pero no el ardor -y, de su forma, no conoce más que las apariencias- entonces no podrá sorprender la elección que el señor de Andergast hizo con la joven californiana. Ella nada le ofrecía, no era nada para él, pues nada tenia que dar, no siendo ella misma nada. Y precisamente esa nada era la que necesitaba. Espíritu, picardía, capricho, cultura, ¿qué podía significar todo esto para él, que no buscaba ni excitación, ni elevación y, mucho menos, lo que se llama distracción, sino una especie de oportunidad para descansar, que le permitiera, cuando sentía necesidad, manifestarse como ser viril, lo que era más compatible con la ignorancia y la trivialidad que con cualidades superiores? Desde hacía diez años vivía sin relaciones

Librodot

conyugales y sabía que a la larga no se pueden ahogar los deseos físicos sin comprometer el equilibrio de -las facultades intelectuales. La reserva de sus fuerzas estaba intacta, pues su barba grisácea y su calva eran la marca de los años y de ningún modo los de una decadencia o de una debilidad internas. Descendiendo de una raza cuyos hombres y mujeres habían alcanzado los ochenta y noventa años en un radioso verdor, poseía aún la frescura física de quienes jamás se han entregado a un desorden y que saben poseer en sí mismos recursos inagotables. Después de separarse de Sofía, había renunciado a toda adhesión, a toda espera del lado de las mujeres. Excluyó simplemente de su vida las sensaciones de esa naturaleza, y no sólo por principio, sino porque había hecho una experiencia que hirió casi mortalmente su orgullo. La herida aun no se había curado y no curaría nunca. Le era imposible pensar en ella sin que la sangre afluyese a su corazón y bullera. El pensamiento de que semejante cosa pudiera renovarse en una forma cualquiera, bastaba para alejar de él toda tentación. Para el señor de Andergast la fe no existía más (ni en ese ni en otro sentido). Además, ¿no le había demostrado en exceso el ejercicio de su profesión qué entienden por amor las gentes, cuál es el espejismo que las engaña y lo que en realidad es el amor? Hubiese podido componer un voluminoso léxico de manifestaciones anormales, de lamentables compromisos y de todas las miserias, pequeñas o grandes, que constituían los trescientos días de trabajo de su año, y repetirse con fastidiosa monotonía el contenido de todos los demás días, de todos los demás años. Una inicial, un prontuario y el individuo no existe más que por su pasado, su reputación, su responsabilidad. Incluso si su impresión digital todavía no está consignada en el prontuario, uno percibe sobre su frente y en sus ojos un estigma no menos acusador. Trátese de quienes leen Fausto o del mayor número, que repiten su Pater o cubren sus murallas de inscripciones moralizadoras (como los judíos piadosos cuelgan sus preceptos sagrados en los marcos de las puertas), ninguno de ellos resistiría una tentación de engaño, de desviación, de falso juramento, de robo o de violación, si existiera la menor esperanza de no ser acusado. Después de todo, no hay buenos ni malos, gentes honestas y pillos, corderos y lobos; sólo hay personas cuyo nombre está intacto y otras cuyo nombre está manchado, gentes castigadas y otras impunes, y esta es toda la diferencia y, pertenezcan a una u otra categoría, no dependen de una disposición natural o de un defecto, sino de una circunstancia fortuita a la cual no prestaron atención. El señor de Andergast no se informaba acerca de tal hombre o mujer; para él no existían la señora Tal ni el señor Cual. Conocía los rangos, las clases, las profesiones, los grupos, los antecedentes, las soldaduras y roturas sociales, las condiciones y las fricciones de las existencias, el estado respectivo de las energías, las posibilidades de expresión, a tal punto que para él era un juego dominarlas y podía hablar en sus lenguajes tanto con un cerrajero, un campesino o una prostituta como con una condesa o un ministro. De la persona, de su invariabilidad y de su unidad esencial, no sabía ni deseaba saber nada. Por esto le convenía y agradaba que Violeta Winston no fuese más que una hembra entre otras, como el pez blanco en un lago es un ejemplar de la especie entre otros mil, cuya captura depende de un azar al cual no hay que darle mucha importancia.

Ella era bonita, amable, buena chica, complaciente e inofensiva. No había la menor maldad en ella. Tenía una piel blanca, un rostro blanco insignificante, cabellos amarillos como el trigo, y como ese color diluído, también ella era neutra, de pequeñas manos gordezuelas y llenas de hoyuelos, como un baby, y tenía hermosas piernas finas. Sus grandes ojos azules, un poco tontos, no le recordaban nada cuando sus miradas se fijaban en él. Cuando sus labios cargados de carmín descubrían los menudos dientecillos blancos, parecía que asimismo éstos quisieran contribuir a la expresión de exquisita nulidad que emanaba de todo su ser. Si la hubiera desmontado para ver qué sentimiento experimentaba por su grande y sombrío amigo, probablemente no se hubiera hallado -fuera de un cierto afecto animal y moderado propio a toda criatura que siente necesidad de protección- más que un pequeño y estúpido temor. Y porque él le inspiraba ese temor, ella lo admiraba. Sí, ella lo admiraba, casi como el pececillo blanco pondríase a admirar al enorme sollo voraz que no lo tragará, precisamente porque lo halla miserable. Cuando estaba sentada sobre sus rodillas y lo miraba,

Librodot

lánguida, no podía evitarse que por sí misma se designara con estos términos: "Poor girl" o "poor little Violet"; arte la desigualdad de las criaturas humanas, era siempre una pequeña explosión de estúpida sorpresa. La conversación que mantenían giraba en general sobre los objetos que los rodeaban. Encima de la cama, ella había colgado una fotografía de su ciudad natal, Sacramento. En opinión del señor de Andergast, la foto estaba demasiado baja, por lo menos en tres pulgadas. Acerca de esto discutieron más de un cuarto de hora. Violeta gustaba de las flores, pero no sabía arreglarlas, y se entregaban a interminables deliberaciones para saber si podía poner juntas, en un mismo vaso, lilas malvas y claveles rojos. Aunque fuera bastante chic en su vestimenta, era un poco indígena en sus gustos y también sentía predilección por los perfumes demasiado fuertes. El señor de Andergast la instruía, la sermoneaba, recomenzando siempre, seco, grave, paciente. Habría considerado la impaciencia frente a una nada tan encantadora y tan tonta, como un verdadero despilfarro de energía. Ella le presentaba la cuenta de sus gastos, y cuando uno de ellos le parecía superfluo, la reconvenía suavemente hasta que surgían en los ojos azules bobalicones lagrimitas bobaliconas. Entonces sonreía con indulgencia. Ella tenía muchos defectos, era olvidadiza, coqueta, glotona, bastante ligera, ¡pero todo eso era tan poca cosa, ella misma, aumentada de sus defectos, era tan insignificante y tan poco molesta a causa de esa insignificancia misma!... Un pececillo blanco. A veces sentábase al piano y cantaba canciones de su país. Su vocecilla insípida llenaba la pieza con un chirrido de cigarra y con sus gordezuelas manitas blancas tontas de baby ella misma se acompañaba al piano. Era un idilio completo.

4

LA marcha a través del campo y en la tempestad pesaba aún en los miembros del señor de Andergast cuando llegó a casa de Violeta. Esta había cenado en su casa y se había vestido con cuidado. Ella se quejó con tono enfurruñado. Sentía que él la descuidaba, pues sus visitas habíanse hecho de más en más raras en los últimos tiempos. En su alemán, que ella estropeaba tan divertidamente -pues él había insistido en que aprendiera alemán-, Violeta decía que la descuidaba "like a single shoe". El señor de Andergast calmó su mal humor con la misma facilidad con que se apaga una cerilla. La jornada había sido mala para ella. Había perdido su reloj-pulsera de oro. Decía que ya no sabría qué hora era, "poor Little Violet has lost the time", que durante la noche despertaría a toda hora de miedo de perder el día y esperaría hasta que la gran campana de la iglesia sonase. El señor de Andergast tenía un aire de meditar sobre un problema de ajedrez y dijo que se trataría de comprarle otro y que sería preciso hacer una denuncia a la policía. Indicó el camino, la casa, las formalidades necesarias. Sentada frente a él durante ese tiempo, ella lo miraba con una admiración sin medida. Le había adquirido los cigarros que prefería; con prontitud le trajo la caja, le dio fuego, encendió ella misma un cigarrillo y luego se entretuvieron tranquilamente hablando con exceso y de detalles del aroma y el precio de ese tabaco un tanto fuerte. Como el señor de Andergast se pasara a menudo la mano por la frente, ella terminó por notar su rostro fatigado, y a su pregunta llena de solicitud, él respondió que tenía una jaqueca bastante violenta. Con los ojos agrandados por el temor, lo miró como si nunca se le hubiera ocurrido pensar que un ser tan colosal pudiera enfermarse o sólo estar indispuesto. Con voz de pájaro asustado, propuso diferentes remedios; como él los rechazara todos con firme dulzura, Violeta se puso a gruñir y él la dejó hacer. Ella le dijo que debía tenderse y reposar. Reconoció que era justo, y obedeció. Se tendió en el diván. Violeta lo cubrió con un chal, apagó las luces, salvo la de un velador, y dijo que iba a dejarlo solo, que durante ese tiempo estaría en su dormitorio y que no lo molestaría. Ya en el umbral, dióse vuelta una vez más, le acarició las sienes con sus dedos cortos y con un maullido de ternura: "You are a naughty boy", dijo sacudiendo la cabeza con aire divertido, "you work too much and you think too much. Demasiado, sure". El

Librodot

sonrió amablemente, aceptó su compasión regañona con la gravedad que uno simula para recibir de un niño una ficha que éste dice que es una moneda de oro.

Largo tiempo permaneció extendido con los ojos abiertos, el cerebro extrañamente vacío, en la pieza casi oscura. Cuánto tiempo había pasado cuando se levantó, no lo sabía. Miró el reloj, pero tan distraídamente que ya ni sabía la hora cuando lo guardó en su caja. Abrió sin ruido la puerta del cuarto vecino. Violeta estaba en la cama y dormía. Frente a la cama caía del cielo raso la luz rosada de un velador. Violeta tenía predilección por las lámparas suspendidas y jamás dormía en la oscuridad. Tenía miedo a las tinieblas y era reacia a toda demostración en contra de ello. El señor de Andergast, parado junto al lecho, miraba a la durmiente. Como la naturaleza borra del rostro dormido toda actividad cerebral, éste vuelve a encontrar por completo su estado de naturaleza y, para la pequeña Violeta, había que hacer en esto menos que con cualquier otra criatura humana. Yacía allí, puramente vegetativa, totalmente rosada por el reflejo de esa iluminación romántica, al mismo tiempo que por los colores que revelaban su juventud y salud. A veces, pasaba por sus facciones una expresión de miedo y, durante algunos segundos, la envejecía en otros tantos años. Pero se habría dicho que era una pequeña ola y no se veía que tal hecho respondiera a una conmoción de capas profundas. Un suspiro. El pecho se eleva, luego todo el cuerpo recae en la apacibilidad. Como todos los hombres para quienes la conciencia psicológica es la única manifestación de poder vital, el señor de Andergast no sentía ningún placer viendo a personas dormidas. Incluso le era necesario sobreponerse a un ligero escalofrío cada vez que veía un rostro dormido. Se aproximó a la mesa de tocador, dejándose caer en el sillón y permaneció así, a la espera, girando el busto hacia el lecho. El espejo del tocador estaba dispuesto de tal modo que dejaba ver a la durmiente cuando se lanzaba una mirada en él.. Esta manera de mirarla agradaba al señor de Andergast. Emplear medios indirectos estaba de acuerdo con su naturaleza. Poco a poco, sin embargo, pareció olvidar dónde se encontraba, su mentón se hundió lentamente en el pecho, sus ojos fijos cargados de una expresión indeciblemente sombría y dura escudriñaban un abismo invisible, y así permaneció horas. Algo formidable había en la actitud de este hombre sentado, inmóvil, la mirada fija, con su poderosa estampa, su enorme cráneo, su rostro de piedra. Cuando finalmente levantó la cabeza y su mirada recayó' en el espejo, no fue a él ni a Violeta dormida a quien vio allí, sino a Waremme. Es decir una persona a la que sin más admitió como Waremme, pero que sólo tenía un vago parecido con ese Waremme que había visto por última vez dieciocho años y medio antes. Esa persona -no veía más que el busto un poco más grande que el natural- extendía el brazo derecho, apoyaba la mano izquierda sobre la cadera y, en la mano derecha abierta, estaba parado Etzel, muy pequeño en verdad, pero muy audaz y hasta con cierta impudicia en la expresión. Tenía una linterna sorda en la mano, y su luz caía, brutal, sobre el rostro de Waremme (o de aquel a quien veía allí), y lo hacía perfectamente traslúcido, como si la piel y los huesos fueran de gelatina y así se pusiera al desnudo el cerebro sobre el cual era dirigida principalmente la luz. Toda la masa cerebral con sus canales, sus meandros y sus protuberancias, su infinita red de fibras y venas se contraía sin cesar, como bajo el escalpelo de un cirujano, bajo la acción del rayo luminoso que penetraba sin que nada pudiera detenerlo. Y como el rayo conducido por el pequeño puño nervioso se movía en todos sentidos, como queriendo descubrir un lugar preciso, poco a poco la masa blanda, repugnante, de dolorosas convulsiones, hacíase perceptible en todas sus partes, de la manera más clara. "¿Qué me sucede? -pensó el señor de Andergast, irritado-. Veo fantasmas, con los ojos abiertos veo fantasmas". Con el índice y el dedo mayor separó los párpados, y cuando miró de nuevo en el espejo, ya no vio más que a la joven durmiente, iluminada por el rayo rosa de la lámpara suspendida, sonriendo a algún lindo sueño, seguramente insignificante.

El señor de Andergast levantóse sin ruido y volvió al saloncito. Se sentó ante el escritorio de patas finas y vacilantes, tomó papel y sobre de una carpeta, miró la pluma a contraluz antes de ponerse a escribir, escribió luego con su amplia y grande escritura, de letras inclinadas unas sobre las otras, entre las cuales las l, las t y las f tenían aspecto de

Librodot

postes telegráficos curvados por el viento: "Querida Violeta, esta velada, desgraciadamente, era la última que podía pasar contigo. Todas las cuentas serán arregladas. La pensión mensual de ciento cincuenta marcos correrá hasta el primero de julio. Te deseo buena suerte en la vida. - W. A." Después de haber puesto la carta en el sobre, apoyó éste ya con la inscripción: "A miss Violet Winston", contra el pie de la lámpara; giró el botón, sin ruido siempre pasó al vestíbulo estrecho como una jaula, púsose el sobretodo, se hundió el sombrero hasta la frente, llegó a. la escalera y cerró lentamente la puerta. Sólo después de haber marchado un instante, notó que ya no llovía y que sobre la ciudad brillaba el cielo.

5

EL ujier anunció que Pedro Pablo Maurizius, citado para las once, estaba ya en la sala de espera. El suplente Naemlich recogió los papeles en su carpeta y se retiró. El señor de

Andergast permaneció un momento con la cabeza apoyada en la mano, con su libreta de apuntes abierta enfrente. Ante todo debía darse cuenta de lo que deseaba saber del anciano. Tendría que pesar cada una de sus palabras. Era necesario ocuparlo un instante en sus propios asuntos para luego sorprenderlo interrogándolo bruscamente acerca de Etzel. Hasta qué punto ese hombre se dejaría distraer, descarriar y arrastrar por una falsa pista, lo revelaría el curso de la entrevista. La súbita conexión de esos dos asuntos era afligente y torturante. Afligente y torturante ese juego de sorpresa: "¿Dónde está Etzel? ", íntimamente mezclado a ese insoluble enigma de un crimen ya en vías de expiación. Sólo cuando el nombre de Maurizius hirió su oído, supo el señor de Andergast que no había hecho venir al viejo únicamente para sermonearlo y luego para obtener de él, de darse la oportunidad, algunas aclaraciones sobre ciertos puntos de detalle que permanecieron oscuros en el proceso; era ese el menor de sus móviles y su principal finalidad consistía en interrogarlo acerca de Etzel, de oírle hablar de Etzel, de disminuir esa insensata inquietud -a tal punto habían llegado las cosas- de la cual no le libraba el razonamiento y que ya no lograba disimular. Otra razón, además, lo había impulsado, una razón más extraña, más irritante: un deseo, un sentimiento de vacío, una insatisfacción, una impaciencia, un mal que le roía y le arañaba dentro, como si un órgano interno cuya existencia hasta entonces jamás hubiera percibido, se revelara de súbito dolorido y sangrante.

La oficina en la cual recibía el procurador era un cuarto en ochava, de dos ventanas, que daba sobre el hospicio y la calle del Cordero, sobre los diez o doce cabarets en los cuales pasaban sus horas bebiendo y haciendo ruido todos aquellos a quienes se citaba en el tribunal y los testigos de las bajas clases. En la pared pintada de color marrón, detrás del escritorio, estaba colgado un retrato de Bismarck, de tamaño natural. La baja estantería contenía los comentarios de la ley, algunos años del Boletín de los juristas y las decisiones del tribunal del Imperio. La limpieza y el orden meticulosos no hacían más que acentuar la desnudez, la agobiadora y desesperante austeridad del lugar. Desde la primera mirada se adivinaba que en ese edificio existían cien piezas tan austeras y desoladas, y que en todas las ciudades del país, reunidas, habría alrededor de veinte o treinta mil. Ponen un sello singular en los rostros de los hombres que pasan en ellas una gran parte de su vida y los impregnan de su austeridad y de su desolación.

El viejo Maurizius permaneció parado junto a la puerta, después de inclinarse profundamente. Usaba una especie de saco de cazador con botones de cuerno de ciervo. Con su brazo izquierdo apretaba la inevitable gorra de marino. El señor de Andergast le dirigió una mirada oblicua, desde sus párpados semicerrados, una mirada de criminalista que aprehende en un segundo lo que, en ciertas circunstancias, niega un prolongado interrogatorio. Pero aquí fue magra la cosecha. Un rostro de anciano, curtido, contraído, obstinado, inmóvil. Sin embargo, la insensibilidad hosca del viejo era afectada. Detrás de la impasibilidad exterior, la ansiosa espera martillaba en su pecho como con pilones de hierro. Creía haber arribado al fin al gran viraje. ¿Cómo podría ser de otro modo, para qué entonces

Librodot

esa citación, todo ese asunto misterioso con el pequeño? Apenas atrevíase a pensar. Desde que recibiera la hoja con el membrete del procurador, había dejado de comer y de dormir, olvidando de llenar su pipa o, cuando la llenaba, de encenderla. Por consiguiente, estaba allí, pronto a escuchar, listo a hablar. Pero desconfiaba de su lengua, temía dejar escapar la palabra torpe o prematura que podría dañarlo. Tenía la impresión de no estar parado en el suelo, sino suspendido en el aire y amenazado de caerse al primer paso. "Reanímate -se repetía sin cesar-, también ese es un ser de carne y hueso". "Lo hice venir para poner fin a sus trámites y petitorios. Tenga cuidado, podría lamentarlo algún día". La voz le llegó, fría. No contenía nada que se pareciera a una promesa, que anunciara una nueva disposición. "Está bien, aun no estamos más que en el comienzo. Los señores juristas, cuando quieren ir a Roma, simulan primero que van a Amsterdam". Maurizius se inclinó. Nada más. Las aletas de su nariz tocaban el tabique nasal; sus narices se hundían. La cara majestuosa del hombre sentado ante el escritorio lo intimidaba desmesuradamente. Sentíase tan dependiente de él como una campana del travesaño al que está suspendida. De antemano temblaba a la idea de oír nuevas palabras, pero nada revelaba de su angustia; miraba fijamente de frente a la cara, como un piloto al escollo próximo. Aquel cuyo poder regía los destinos tenía un lápiz en la mano, un lápiz que incesantemente giraba entre sus dedos, de modo que su punta de pronto estaba dirigida hacia arriba y de pronto hacia abajo. Era algo caprichoso; habría sido necesario saber por qué hacía tal cosa; con eso no pensaría causarle miedo. "Al respecto desearía formularle algunas preguntas, pero llamo su atención sobre el hecho de que nuestra entrevista no tiene ningún carácter oficial y no nos comprometemos mutuamente a nada. Siéntese".

"Bien, las cosas marchaban algo mejor. Ya estamos embarcados, pues". No obedece a la invitación de que se siente. Podría ser una trampa. Respondió a ella con su reverencia estereotipada. Habríase dicho que eran cortesías de pingüino. "¿Qué lo llevó a creer que el abogado Volland haya sido impuesto a su hijo?" Maurizius se frota un labio contra el otro para humedecerlos: ve ante sus ojos una grotesca salamandra que salta con rapidez enloquecedora; ¡si por lo menos ese hombre dejara de girar y volver a girar su lápiz! Es para volverse loco. El lápiz se alarga continuamente, se hace alto como una torre. "Ahora, mis bravos pequeños pensamientos, tratad de no dispersares". "No es una suposición, señor Procurador -contesta-. Leonardo me dijo que se había deseado que así fuera". Ese lápiz, ese maldito lápiz, y con eso, ese diamante que brilla en su dedo... bien, bien... no me queda otra salida que mirar del lado de la ventana, aunque quizás valga más no dejar de mirar de frente al peligro, a ese peligro en el cual, no puede evitarlo, tiene que colocar sus esperanzas. ¿He dicho esto convenientemente?, ¿de manera inteligible? Sentía como arena entre los dientes que le evitaba hablar con claridad. "¿Lo habían deseado? ¿Y quién, pues?" "Se lo dieron a entender". "¿Alguien en particular?" "Alguien en particular". "Usted se engaña acerca de la manera en que pasaron las cosas realmente". "No lo creo, señor Procurador (y se dijo a sí mismo: mi convicción es tan inconmovible como la catedral de Colonia)". "El proyecto no puede haber partido de la familia". "Es posible, claro está, pero de ese lado sólo estaba el viejo Jahn, Teófilo Guillermo". "¡Y bien!, entonces"... "Olivo y aceituno es todo uno". "¿Qué quiere decir?" "Ese hombre sólo tuvo en cuenta la pérdida de mi hijo". "Es estúpido, amigo mío; su hijo mismo preparó su pérdida; el peor de los defensores no podía agravar su caso y el mejor no hubiera podido salvarlo". "Además, .Leonardo había dejado a Ana las manos libres para que ella le eligiese el abogado que más conviniera". "Pues bien, ella creyó que ese Volland era el más conveniente". "Muy bien, señor Procurador, pero pronto vio lo que valía". "Otros se propusieron y es asunto del acusado elegir su defensor; desde la primera entrevista debió advertir que estaba mal servido". "Señor Procurador, eso le era igual". "¿Cómo igual? ¿Cómo puede ser igual para un individuo cuya cabeza vacila sobre sus hombros?" "Sí, señor Procurador. Cuando alguien es inocente y no ve ninguna posibilidad de probar su inocencia, le es igual lo que pueda inventar en cuestión de sutilezas un charlatán. En su caso, habría

Librodot

necesitado que el buen Dios en persona lo defendiese, ¿y quién puede saber si habría sido suficiente?"

Durante algunos minutos se impuso el silencio. Un silencio que aspiraba a todos los pensamiento, un tétrico silencio. El cuerpo de Maurizius balanceábase un poco como la punta de un mástil sacudido por una brisa atemperada. Lanza una mirada temerosa sobre el procurador. "Algo le pasa a este hombre", se dice, y su corazón deja de latir un instante. El señor de Andergast pasea lentamente la mano derecha sobre su rostro, cuatro dedos sobre una mejilla y el pulgar sobre la otra. Experimenta un curioso bienestar físico al tocar la piel de sus mejillas. "La inocencia -piensa, y dilata sus pulmones con rígido orgullo-. ¡La inocencia! Cuando el delincuente es confundido, la expiación está en curso, la justicia divina y la justicia humana han tenido satisfacción. ¡La inocencia!" Es como si el viejo le hubiese arrojado un ladrillo contra el pecho. Pero Maurizius veía bien, algo pasaba en él. Existía para el señor de Andergast un medio de hacer más inquebrantable de lo que era su convicción. Estaba a su alcance una prueba irrefutable. Podía comprobar la manera con que soportaba ese Leonardo Maurizius el destino que se había impuesto. No era inadmisible que, frente a él, rompiera su silencio de dieciocho años, que descargara su alma, se humillara y confesase. Obtener una victoria semejante valía la pena. Y esto era lo que pasaba en el señor de Andergast y lo que el viejo que no vivía más que de ilusiones y esperanzas intuía gracias a una misteriosa telepatía. "¿Recuerda aún lo que habló con su hijo en esa tarde de octubre cuando lo fue a ver por última vez?" Maurizius sacudió la cabeza, pero no como signo de negación. Sólo se asombraba de que se pudiera creer que un solo detalle, incluso el más ínfimo, pudiera haberse borrado de su memoria. Al mismo tiempo, habríase dicho que su rostro se cubría de un velo gris; sabía escudriñar ese hombre sentado detrás del escritorio y no fallaba en su propósito. Al fin abandonaba su infernal lápiz, pero en cambio mira con sus ojos azules como para invitarle a uno a pasearse directamente en ellos. ¡Oh, Dios salvador! Todo el azul que ese hombre tiene en los ojos es como si el pasado se reflejara allí. Maurizius toma uno de los botones de cuerno de su saco y lo hace girar nerviosamente. Es superfluo que narre todo lo que el muchacho le ha servido en cuestión de mentiras, de mentiras más grandes que él; sólo habla de ellas por alusión y con la cabeza gacha. Mentira el viaje de estudios por encargo del Gobierno. Mentira que hubiese recibido mil doscientos marcos por su última obra, si quebró el editor; mentira que el señor de Krupp lo llamara para dar fianza a un holandés dudoso; mentira, en fin, que su intención haya sido ir a casa de su padre al otro día para despedirse, porque alguien le dijo en Wiesbaden que estaba enfermo y para lo cual pidió al conde Hatzfeld que le prestara el auto. No había ido para nada a Wiesbaden y el auto de un joyero no era bastante lujoso para él, por lo que tuvo que inventar al conde. Lamentables mentiras que, a medida que se amontonaban, menos podían mantenerse en pie. ¿Enfermo?, no. Pedro Pablo Maurizius se cuidaba bien de caer enfermo por aquellos tiempos, cuando debía esperar que llegara "su día", del mismo modo que hoy se cuida más que nunca de caer enfermo, puesto que ahora, más que nunca, debe esperar el alba de "su día". ¡Oh!, esas pequeñas mentiras estúpidas y lamentables que querían decir: "Mírame, mira qué tío que soy, mira la consideración con que me tratan; puedes estar orgulloso de mí, he hecho mi camino en el mundo". ¡Si por lo menos su cara no hubiese desmentido todas sus palabras! Parecía haber bebido y andado de juerga durante tres días y tres noches, tenía el aspecto de alguien a quien se acaba de sacar de una casa en llamas y que aun lo espanta en la espalda.

El botón de cuerno estaba desprendido. Maurizius lo tenía en la mano; lo miró perplejo y lo deslizó en su bolsillo. Su relato había sido una salmodia monótona, apenas inteligible.

En ese momento avanzó dos pasos, como si necesitara estar más cerca del auditor para decirle lo que se resolvía a decir ahora: "Sin duda habíase imaginado que yo iba a acosarle con preguntas y a darle un anticipo. Seguramente había creído que después de años, nosotros... pues era así, señor Procurador, a causa de su casamiento... yo ya no sentía estima por él. Era cosa concluída. También habría podido llamarse Leonardo Schulze. Sin duda había creído, puesto que partía de él y allí estaba frente a mí, en la noche, discurriendo como

Librodot

alguien que se encuentra en vísperas de ser internado... ¡Y bien!, habíase imaginado que yo iba a tenderle la mano. Era eso, señor. Y yo no lo hice. Vi claramente adónde quería ir a parar. Pero yo no lo hice. Y esto, señor Procurador, esto seguirá pesándome en la conciencia. Tendré que rendir cuenta por ello. El hombre es un crápula. Cuando el hombre no quiere y se obstina, se hace crápula. Así, simplemente. ¿De qué se trataba, por favor (dio otro paso adelante, se llevó la palma de la mano a la cabeza y los lóbulos de sus orejas pusiéronse de un rojo sangre), de dos mil marcos, pongamos tres mil. Si se los hubiese dado, si con mi orgullo de hombre vil no me hubiese empecinado en querer, no sólo que se arrastrara ante mis rodillas -pues finalmente lo hizo-, sino también que me diese razón contra su Elli; si me hubiese dominado, dándole los dos o tres mil marcos -pude conseguirlos, tan cierto como que estoy aquí-, entonces todo habría tomado un giro diferente. Entonces él se habría liberado por algún tiempo, no habría regresado a su maldita casa con la desesperación en el alma y no se habría precipitado en la red como un pájaro salvaje. Entonces hubiese notado lo que pasaba en torno suyo y hubiera podido cuidarse. Esta es la historia, señor; su vida estaba en juego esa misma noche y su misma vida me pareció que no valía tres mil marcos. Reflexione, señor, reflexione en lo que vale una existencia. Reflexione sobre el precio de una vida. ¿Es posible estimarla en cifras? No tiene precio, como no lo tiene el cielo, y yo la hallé demasiado cara por tres mil marcos". Bajó la mano que había puesto en su cabeza e inclinándose hacia adelante la dejó caer con fuerza sobre la mesa, bajo los ojos del señor de Andergast, como un testimonio y una ofrenda visibles. Y cuando el señor de Andergast levantó los ojos, vio correr lágrimas límpidas como agua por el rostro estragado.

El señor de Andergast se levantó de un solo impulso, atravesó el cuarto y permaneció parado junto a la ventana. "Usted ve las cosas iluminadas por una falsa luz -dijo con voz cascada y sin quitar la vista de la ventana-. Usted arregla las cosas a voluntad, pero esto no tiene ninguna relación con la realidad de los hechos". "No sé qué es la realidad", respondió el viejo con aire sombrío. Luego, después de un tiempo de muda meditación, con la cabeza encogida y los ojos bajos: "¡Señor Procurador, ayúdeme!" El señor de Andergast dióse vuelta y se dirigió directamente hacia él. El cráneo del viejo le llegaba al hombro; descubrió el lóbulo rojo y sintió asco: "¿Qué hizo con el pequeño, con mi hijo?", preguntó con aspereza. Maurizius parpadeó y de pronto pareció abismarse en sí mismo. "El muchacho vino a buscarme por su propia voluntad -dijo tras un largo silencio-. Después de su visita, creí que todo esto no era sino un sueño. En mi vida había visto una aparición o algo por el estilo. Desde hace dieciocho años soy en mi alma un hombre muerto, pero en su fondo hay una chispa que brilla. Pero quería decir... es esto lo que quería decir. El chico fue para mí como una aparición. Es imposible expresar con el lenguaje del sentido común lo que es de ese muchacho. Para volver al tema, conversamos dos o tres veces, creo. Se interesaba por el asunto. Leyó todo lo que le suministré, todos los periódicos. Cierto día, recibí un paquete con una pequeña nota. En el trozo de papel había escrito: "Ahora me voy, pues es necesario que hable con Gregorio Waremme. Cuando regrese, sabremos si es sí o no". Era todo. Me eché a reír. 0 más bien no, no reí. "Angelito, pensé, querido angelito, querido pequeño loco". Y al mismo tiempo experimenté un extraño sentimiento, más o menos éste: "Está bien, la venganza de Dios termina por llegar".

El señor de Andergast retornó a la ventana. Sobre el fondo claro del rectángulo, se erguía como una columna de sombra. "¿No sabe adónde fue?" "No lo sé y lo que supongo prefiero no decirlo". "¿Por qué?" "Es una superstición, señor Procurador". "¿No le escribió después?" "No, señor Procurador". ¿"Y sabe usted... o bien, acaso no sabe dónde vive ese... ese Waremme?" "¿Puedo preguntar, señor Procurador, si formula esa pregunta con carácter oficial o a título privado?" "Por el instante... es... a título privado". "Entonces, señor Procurador, puesto que siento esa superstición, valga ella lo que valga, y si usted me lo permite, dejaré provisoriamente sin respuesta su pregunta". "Está bien".

Era una despedida. Pero Maurizius no se movió. El señor de Andergast, con esa expresión de descontento concentrado que sólo pertenecía a él y bajo la cual podían ocultarse

Librodot

impresiones en las que estaba lo suficientemente ejercitado para no dejar transparentar, profirió estas palabras: "En cuanto al otro asunto, le aconsejo que no espere mucho. Ya veremos". El viejo levantó los ojos con una alegría que le quemaba y a la vez causaba miedo. "Ciertamente, yo... claro está, que uno... ¿Qué podría esperar aún, poniendo las cosas en su mejor aspecto?", tartamudeó con voz enronquecida. "Poniendo las cosas en su mejor aspecto, finalmente se podría transmitir su pedido de indulto con una opinión favorable". El viejo se alejó sin hacer más ruido que una sombra. Quizás temiera que le fuesen retiradas esas palabras, si atraía la atención sobre él.

Cuando un cuarto de hora más tarde el señor de Andergast descendió la monumental escalera de piedra, abotonándose frioleramente el sobretodo. tuvo la impresión de marchar por

el interior de un enorme caracol, en el cual los zumbidos sometían sus oídos a una tortura. Las galerías y escaleras ya estaban desiertas, pero aun vibraba el aire por apagados pasos, por palabras esfumadas. Detrás de las paredes borroneaban escribanos inclinados sobre documentos y sentencias. Intervenían con sus plumas en destinos humanos, pero sus fisonomías eran tan indiferentes como si sólo tuviesen que trasladar una cantidad determinada de tinta sobre otra cantidad determinada de papel. Sacudíanse las puertas y tintineaban las campanillas eléctricas; voces nasales dictaban ante las máquinas o gritaban en los teléfonos. Presentábanse recursos, se prestaba juramento, dictábanse veredictos, se interpretaban leyes. Todo este conjunto es un organismo articulado en el cual todos actúan, obedientes y conscientes de sus deberes: auditores; asesores, substitutos, abogados, consejeros de la Corte, archivistas, secretarios, tesoreros y jueces, jerarquía venerable cuyo coronamiento, el augusto pensamiento que anima al todo, no podría imaginar sin un escalofrío. ¿Pero acaso suponen su presencia, saben que ella está allí, en el fondo del caracol? ¿Tiemblan a esa idea? Habría que saberlo. Parece, es cierto, que el caracol contiene el océano cuando se presta oídos a su murmullo, pero su eterno concierto de órgano no es más que señuelo y no suena sino porque es hueco.

SEGUNDA PARTE
ENTRE DOS MUNDOS

CAPITULO OCTAVO

1

ETZEL no tenía que temer ninguna persecución durante el trayecto. Sabía que su padre no regresaría de su viaje oficial antes del jueves. De aquí a entonces, estaría en Berlín. La única cuestión que se planteaba era ésta: '¿qué hacer entonces?, ¿dónde encontrar refugio?, ¿dónde ocultarse? Es cierto que había rogado a su padre, en la carta de despedida, que no lo hiciera buscar, pero no se hacía ilusiones, sabía perfectamente que ese ruego no sería escuchado. Era preciso que se sintiera al abrigo de toda búsqueda y que guardara para toda eventualidad su libertad de movimientos, sin lo cual el asunto se hacía inútil. En todos los hoteles, pensiones, albergues, estaban obligados a denunciarlo a la policía. Ensayar un nombre supuesto no tendría gran éxito, puesto que, si lo buscaran, se tendrían datos precisos

acerca de él, y los policías son astutos en esta clase de cosas. No conocía a nadie en Berlín, no tenía un solo amigo a quien dirigirse, quizás fuera -¡ay!-, quizás (un suspiro ansioso acompañó a este pensamiento) fuera de Melchor Ghisels. Sólo que estaba permitido pensar que un Melchor Ghisels no podía preocuparse de asuntos tan mezquinos en el caso mismo en que se sintiera preocupado por un Etzel Andergast. ¿Adónde ir, entonces? Era una preocupación seria.

El azar acudió en su ayuda. Mientras se mantenía sentado rígidamente en un rincón del coche, ocupado en meditar sobre esta dificultad que de hora en hora le parecía más insuperable, su mirada cayó sobre una mujer de cuarenta y cinco a cincuenta años, sentada frente a él y que lo observaba desde hacía un tiempo con aire burlón. Sumergido en sus reflexiones, había acordado poca atención a sus compañeros de viaje; había bastantes gentes en el compartimiento, todas personas de condición media: pequeños artesanos, viajantes de comercio, mujeres, niños, muchachas. Sólo a partir de Cassel se desocuparon los asientos y hasta Hanover no ascendió nadie al vagón. Pero quedó la mujer y pronto inició una conversación con él. Era ignorante, charlatana, sin dejar de ser bastante buena mujer; además presentaba un rasgo que a menudo había observado en las mujeres de la pequeña burguesía, algo de derrengado y gastado en la actitud y una expresión que le recordaba los caballos que caen en la calle y quedan tendidos sobre el pavimento con una interrogación testaruda y lastimera al mismo tiempo. Desde las primeras palabras que cambiaron supo su nombre; su situación y su estado de fortuna tampoco le fueron desconocidos por mucho tiempo. Ella se llamaba Schneevogt, su marido era contador en una casa de comercio, y su hijita Melitta, de diecinueve años, también estaba empleada en un comercio. Vivía en la calle de Anklam, en la parte norte de Berlín, en un alojamiento de tres habitaciones con dos bohardillas que alquilaba a hombres solos; contó que venía de Mannheim, donde había enterrado a su único hermano, quien, también, había conducido bien su barca: había sido encuadernador y, además, campeón de ajedrez y secretario de la coral. Al partir para Mannheim tuvo la esperanza de heredar al menos algunas chucherías, pero su esperanza naufragó; no había allí ni un rabanito, nada más que un mobiliario de pacotilla y deudas. Fue difícil arreglárselas, decía. En su fuero íntimo, ella había contado con el querido difunto, pues era necesario fatigarse endiabladamente y no por esto se era más rico, pues su marido siempre estaba enfermo y con su salario, Dios mío, había lo justo para no morirse de hambre. No se le había predicho en su cuna a un hombre tan inteligente que a los cincuenta y siete años tendría que vivir de arenques y papas; desgraciadamente, era demasiado honesto, por lo que no había medio de que progresara en la vida. Melitta entregaba al matrimonio la mayor parte de su sueldo mensual, ¡pero qué hacer con setenta marcos! Era preciso que esa juventud se divirtiera un poco, etc. Era una ininterrumpida ola de palabras; las profería con voz uniformemente estridente, no sólo como si esperara comprensión y simpatía de Etzel por su mala fortuna, sino también como si él fuese en algo responsable. Para personas de esa suerte, la desgracia es el resultado de una falta, nunca de la propia, sino de la sociedad, que no ha sabido apreciar y utilizar sus dones y méritos, o de algunas personas en particular, que se hicieron a un lado en el momento decisivo, por maldad, debilidad o estupidez. Ella no podía cansarse de mirar el pasado con miradas llenas de amargura, de hacer comparaciones no menos amargas sobre la suerte de tal o cual de sus conocidos, de formular observaciones despreciativas sobre la incapacidad de un señor Schmitz, que, a pesar de todo, había llegado a director de una usina; de una dama Hennings, hija de un zapatero, "y es muy cierto lo que le digo, hasta tuvo que coser en el pasado camisas para niños, en la calle Marienburg, en el lugar en que esa calle es más sórdida, y ahora vive en un palacete de Grünewald y tiene un auto". "Si por ejemplo, su hermano hubiese tenido espíritu, habría puesto a prueba la suerte; hace tres años pudo vender su negocio, ¿y dónde estaría ella ahora, ella la señora Schneevogt, dígame?" Esto exigía una venganza del cielo. Al mismo tiempo que gritaba realmente, se inclinó sobre Etzel y sus ojos le lanzaron chispas cargadas de amenazas y de reproches. El, opinaba. Estaba totalmente de acuerdo con ella. Hallaba que la familia Schneevogt era mucho

Librodot

más digna de tener un auto y vivir en Grünewald que la señora Hennings; que había cosido camisas para niños, y que el difunto encuadernador había dejado pasar imperdonablemente una ocasión tan propicia. Lleno de efusiva simpatía miró a la mujer, pronto a todas las concesiones, dispuesto a reconocer que el señor Schneevogt era un genio en el mundo del comercio y que Melitta era una gran cantante, a pesar de que su voz seductora no impulsaba a lanzarla a ningún agente ni director de teatro, y que incluso la señora Schneevogt misma era el modelo de todas las virtudes y talentos femeninos. La mujer estaba encantada con su perspicacia, y desde ese momento fue conquistada por Etzel. Cuando sacó de un paquete grasoso una media docena de tortas, lo invitó a comerlas con ella. Sus manos temblaban, estaban secas y deformadas por el trabajo. Esas manos interesaron a Etzel. Se decía: "Son manos de avaro". Así, apreció más la oferta de las tortas y comió dos. Miraba comer a la mujer. Comía con avidez, con placer. Sus ojos, muy juntos, tenían una mirada vacilante. Seguramente ese rostro nunca había sido lindo y ahora estaba apergaminado por las preocupaciones, la envidia, el descontento. A través de esos sentimientos, dormitaba una estimación de sí misma que llegaba a un grado casi incomprensible. "Si mis propios asuntos no marchan bien, ¿quién puede esperar que los suyos lo lograrán?" Etzel aprovechó la tregua de la comida para aludir, no sin preocupación, a su situación difícil. Buscaba alojamiento, dijo; el precio no tenía mayor importancia, aunque precisamente no nadara en oro, pero estaba obligado a permanecer oculto durante algunas semanas. Discordias domésticas lo habían expulsado de su casa y era preciso esperar que las cosas volviesen al orden, por lo que había aceptado, esperando ese día, un puesto de secretario privado. "Mi nombre es Mohl - dijo-, si usted permite que me presente, Edgardo Mohl". ¿Por qué elige precisamente el nombre de ese condiscípulo que era tan voraz?; ni él mismo puede explicarlo; había sido lo suficiente prudente como para no elegir como nombre "Nicolás", por ejemplo, pues su ropa estaba marcada con la inicial E. Todo esto debíase a una inspiración súbita.

La señora Sclineevogt plegó los párpados para medirlo. Como se trataba de negocios se mantuvo un momento en reserva. Con la mirada lo valorizaba: carácter, orígenes, recursos. El resultado pareció satisfacerla. Un gentil muchacho, de rostro franco, probablemente de buena familia. El asunto prometía. Las dos bohardillas estaban desocupadas por el momento, dijo, y el invierno último se alojaron en ellas dos técnicos de las usinas Borsig, gentes perfectas. Ella no alquilaba sino con pensión, el desayuno y una comida, a mediodía o por la noche. Seguramente lo que expresaba con ese deseo de permanecer oculto, era sin duda que no quería ser denunciado a la policía. Uno corría en ese caso el riesgo de tener que pagar una gran multa, es indudable que lo sabría, pues los agentes espiaban sin cesar, de un modo nauseabundo. Pero cuando él propuso pagar más a causa de esa circunstancia, ella lo interrumpió precipitadamente como si no quisiera exigir nada ilícito: "Bien, volveremos a hablar; en todo caso, venga conmigo a ver la jaula. Llegaremos a medianoche, es cierto, pero usted podrá descansar por la mañana". Por su parte Etzel hacíase el razonamiento siguiente: "Es un asombroso azar,

¡en casa del contador Schneevogt, de la calle Anklam! Jamás podrán encontrarme, si es que no revisan casa por casa". Estaba contento... El tren corre con gran estrépito a través de una bruma gris argentada, la llanura sin límites se agita como el mar. Pero es la primavera, todo es desconocido y por consiguiente seductor; incluso esa ligera angustia que uno tiene en el pecho, angustia frente al mundo, angustia frente a los hombres, que convulsiona la sangre de un modo que no es desagradable.

2

EL tenía diez pies de largo por seis de ancho; el mobiliario: una cama angosta con colchón de paja y una manta de lana, una estufa de hierro enmohecido, una cómoda-asiento de tres patas, una mesa de tocador, redonda y de hierro, con una jofaina grande como una vasija para barba, una mesa de madera y dos sillas de paja. En la pared, pintada de gris, res-

plandecía una cromolitografía de la batalla de Vionville; a lo largo de la cama, la pared presentaba sospechosas manchas de sangre que Etzel consideró un momento con aire interrogador, hasta que comprendió que revelaban la presencia de una colonia de chinches. Jamás había :visto chinches. Del cielo raso descendía un pico de gas con un manchón Auer y una tulipa de mica. La única ventana carecía de cortinas, y podía observar el interior de la casa de enfrente, que parecía repleta; al día siguiente se dio un desfile constante de caras nuevas detrás de las ventanas. "Las cosas no son muy hermosas por aquí -pensaba Etzel, mientras desembalaba su saco de turista-, pero me es igual; no vine aquí para ver cosas hermosas". El mayor inconveniente estaba en que la pieza no tenía entrada independiente; para llegar a ella, había que atravesar la habitación en que dormía la hija de la casa. Sin duda, la cama estaba disimulada detrás de un delgado cortinado, pero a pesar de eso Etzel sentíase molesto. "No es nada -debíase tratando de persuadirse él mismo-, no hay nada que cambiar, y si uno pudiera cambiar las cosas, éstas serían demasiado fáciles". La señora Schneevogt tardó mucho en comunicarle el precio; primero tenía que entregarse a diferentes cálculos, consultar a su marido y, para la pensión, calcular su beneficio, admitiendo Etzel que si rechazaba una comida, ella estaría obligada lo mismo a cobrársela. (Nuevo sermón verboso que terminaba con un himno a su rigurosa lealtad personal). Finalmente, presentó las cifras; alojamiento y pensión: sesenta marcos por mes; servicio, luz y lavado: siete marcos cincuenta. Etzel no soñó en discutir, sacó sesenta y siete marcos con cincuenta de su peculio y se los entregó; esta rapidez en el pago lo elevó mucho en la estimación de la señora Schneevogt; a partir de ese instante ella lo consideró como persona de '"bien"; pero a la vez era objeto de impresiones contradictorias: por una parte, le consagró en su corazón rencoroso un cierto afecto un poco mezquino y le tuvo lástima por estar tan abandonado por el mundo; por otra, lamentó no haberle pedido más, secóse los sesos buscando qué podría sacarle aún y además husmeó un secreto cuyo descubrimiento podría no sólo procurarle un beneficio más palpable, sino también una modificación total de su propia existencia. Con frecuencia puede observarse que son siempre las naturalezas inferiores, cuya imaginación es tan irrefrenable que les presenta la eventualidad de cambios de existencia fantásticos las que sienten placer en moverse en lo irreal; la simpatía y el interés personal se hacen entonces semejantes a dos hermanas diferentes que desearan entenderse, pero que no saben cómo lograrlo. Naturalmente, rebuscó en todas las cosas de Etzel, pero no encontró la más mínima indicación. Había tomado todas las precauciones y pasado revista prolija a todos sus pedazos de papel y a los forros de los libros. Por suerte, ella ponía poco método en su espionaje; su cerebro no retenía nada más que las mezquindades de la vida cotidiana, habíase peleado con los demás locatarios, en desacuerdo con su marido y su hija, por rabia contra la policía, el Gobierno y el buen Dios mismo. Cuando podía echarle la mano a Etzel, derramaba delante suyo un torrente de quejas contra la crueldad de la suerte, tan dura para ella, tan benigna para los demás, y terminaba con una ola de lágrimas y una pequeña factura: cuarenta pfennings por la reparación de la cerradura, ochenta pfennings por una jarra nueva, pues la vieja la había roto él (cosa que Etzel ignoraba). El no oponía ninguna resistencia; sacaba su pequeña bolsa y pagaba. Un temblor de voluptuosidad pasaba por las facciones de la mujer cuando tomaba el dinero en sus manos huesudas, se tratase de cuarenta pfennings o, como la primera vez, de seis billetes de diez marcos y algunas piezas de plata. Entonces Etzel no podía dejar de mirar sus manos, el juego descarriado de los dedos que asían; esto lo cautivaba, como lo habrían hecho las reacciones de fieras hambrientas a las cuales se alcanza un trozo de carne a través de las rejas; hubiera deseado tener bastante dinero para saciar la avidez de esas manos, a fin de que al menos pudiera hallar reposo. Pero no lo tenía ni nunca ganaría probablemente lo suficiente para eso, y durante la noche, cuando estaba acostado, completamente despierto, y pensaba en Waremme (a menudo se despertaba, pues en el alojamiento de enfrente había una academia de bailes, como pronto lo notó, y un espantoso piano mecánico roncaba toda la noche hasta las dos de la madrugada), sus pensamientos iban también a la mujer y preguntábase si sus manos permanecían tranquilas al menos mientras dormía. Desde la academia de bailes

Librodot

llegaba hasta su bohardilla un rayo de luz; la segunda noche, colgó su manta delante de la ventana y, a pesar de esto, no pudo dormirse sino después de mucho tiempo, porque lo perseguían las chinches. Dormir, dormitar, soñar, tener ensueños, permanecer en una semivigilia; se deslizaba sin fin de un estado al otro. "¿Qué hacer? -pensaba-. ¿Cuál es la mejor manera de arreglárselas, cuál es el camino más seguro?, ¿por dónde comenzar?" Comenzar, era decir que creía en el éxito. El creía en el éxito, porque era necesario que su empresa resultara. Solamente en los momentos más sombríos, entre el semisueño y la semivigilia, cuando no era posible aceptar la menor partícula de luz, ni en el mundo exterior, incluso ni en la academia de baile, ni en el mundo interior, sólo en esos minutos se agitaban en él las dudas; una vez fue como si recibiera un golpe en la nuca, cuando tuvo esta idea: "¿Si hubiera muerto, si hubiese muerto la semana anterior, ayer? Entonces sólo encontraría un rostro de madera y no me quedaría otra cosa que abandonar el asunto". Pero reflexionando bien, se dijo que no era posible. Pues entonces la ley que le ordenaba interiormente se aboliría por sí misma: "Entonces -se dijo-, el valor de mi vida se soldaría al conjunto de la creación por déficit todo tiene una verdad más profunda que aquella que se puede ver y comprender. ¿Cómo podría estar muerto Waremme si Maurizius está todavía en la cárcel?" Esto era lo que le ponía la espada en los riñones, ese algo que su imaginación no lograba representarse por completo: ese hombre en la cárcel, pasando también para él cada día que se va, y uno no sabría apresurarse demasiado para poner fin a esa situación, si es que se quiere que el mundo deje de ser una monstruosidad, un absceso purulento que daña al cuerpo y el alma.

Al día siguiente fue a la casa de la calle Usedom, en la esquina de la calle Jasmund, y ascendió al primer piso. En la escalera se hallaba un letrero de cartón, sobre el cual, en letras negras y grandes, se leía: Matilde Bobike, almuerzos: 4 marcos por semana, abonos. Era una de esas casas en las cuales no penetra la menor corriente de aire fresco durante años y donde, del corredor de entrada hasta las bohardillas, reina una vieja atmósfera pestilencial con olor a cordero, repollo, pañales, cuero y aguas servidas. Pregunta por la señora Bobike; pronto aparece una mujer de seis pies de altura, de rostro huesudo, de cabellos grises, que lo mira desde su altura sin decir nada y que le tiende, sin pronunciar una palabra, una carta de pago cuando él le expresa su intención de comer en la casa durante un mes; Etzel paga dieciocho marcos, y ella, siempre muda, le entrega una pequeña libreta que contiene cuatro hojas, cada una de ellas con siete' "tickets" de comida.

3

INCLUSO en un niño, una decisión grave y sagrada hace nacer ideas que equivalen a inspiraciones. Pero Etzel sólo era niño por la talla; por lo demás, decir de un joven de dieciséis años que es un niño, no es más que un medio cómodo para quienes se creen transformados en hombres al día siguiente de haber cumplido los dieciséis años, de no preocuparse de él relegándolo a la infancia. Creen que así destacan la falta de experiencia del joven, pero la experiencia de ellos no es sino un penoso mosaico que no forma un cuadro de conjunto, una adición laboriosa de las más mínimas cifras que nunca da un total. Bien raros son, en efecto, aquellos que son capaces de hacer

verdaderas experiencias. Les falta savia viva; son parecidos al árbol que no da más que frutos leñosos, y sus corazones nada guardan. La idea de la vida es la que hace al hombre creador, idea innata, idea eterna que él mismo se crea. En este caso, la juventud sólo es una etapa y, lo que de hecho le falta de visión retrospectiva y de puntos de comparación que se agregan unos a otros, lo reemplaza por la vida interior, la existencia vivida en el presente de manera intensa y apasionada. Decidido a tentar lo imposible, Etzel comenzó por observar sin miedo el ambiente en que penetraba impulsado por su resolución. La pensión de la señora Bobike prosperaba bajo la razón social de "Pensión para clientela burguesa", es decir que cada día, de las doce a la una y media, se reunían all, en una gran sala desnuda y otras dos más pequeñas, treinta o cuarenta personas más bien dudosas, todos tipos de penitentes y de

Librodot

gentes de existencia precaria, nadadores agotados del gran río de la vida, gentes de una elegancia sospechosa o de una pobreza mal disimulada, comisionistas sin conchabo, virtuosos en gira, pequeños actores de extramuros y actrices sin contrato, hombres de negocio entre un golpe a dar y otro fracasado, "barmen" y bailarines mundanos en los centros del placer del suburbio, algunos provincianos llegados a la capital con sus últimas esperanzas y que terminaron de hundirse allí como las piedras en un banco de arena, uno o dos agentes políticos ambiguos, una mujer casada que había huído del hogar conyugal, la hija de un pastor venida de la Prusia oriental y que deseaba ingresar en el cine. Desde el primer instante, Etzel se esforzó en no chocar con nadie, de ganar simpatías por su complacencia, su ¿tire confiado y modesto y su locuacidad. Pronto entabló amistad con sus comensales, y, entre la sopa de papas y la pasta de legumbres, los arrastró a conversaciones que enriquecieron sensiblemente la noción que él poseía de las diferentes capas sociales. Hablábase de una operación fraudulenta, cometida en alguna parte por un individuo que se nombró con guiñadas, y alguien agregó que bastaba una pequeña dosis de astucia para deslizarse a través de todas las mallas de la red de las leyes. Se habló de un tal Eric, actor de "varietés", que tocaba el piano en el café Victoria y que se había fugado con la mujer del propietario llevándose cuatro mil marcos. Hablábase de esto con una mezcla de envidia y admiración, con el tono que

Etzel había escuchado hasta entonces en ciertos comentarios de habilidades a lo sumo de algún record deportivo. Detrás de él, entreteníanse con asuntos de Bolsa; en la mesa de la izquierda, un pintor, con síntomas de tuberculoso, explicaba que hoy se ganaba mucha plata falsificando cuadros; a la derecha, discutíase con animación sobre la comisión que un agente de inmuebles había embolsado en tal circunstancia precisa. Etzel prestaba oídos, dócil, interesado, con la sonrisa de un principiante que desea instruirse; ante todo se trataba de ocultarse e incluso hubiera deseado ocultarse a sus propios ojos, como si el trato con su propia persona le pesara, como si en circunstancias semejantes a éstas, nada hubiera que saber ni sentir acerca de uno mismo. ¿Acaso no era doble su personalidad, por lo demás: Edgardo Mohl y Etzel Andergast? Y jugaba a ser doble para acordarse una distracción en el curso de la tarea austera a la que estaba consagrado; divertíase excitando a uno contra otro, midiendo uno tras otro a los dos personajes que habitaban en él, y notaba que Etzel retrocedía de más en más, él que era el cuerpo propiamente dicho, en tanto que Edgardo, la sombra, ganaba en amplitud ventajosa y no toleraba ningún obstáculo sobre sus peligrosas vías.

En diferentes ocasiones había observado a su alrededor, escudriñando furtivamente los rostros, pero ninguno de los comensales le pareció ser el que buscaba con tanta y emocionada impaciencia. Finalmente, era la una menos cuarto y la mayoría de los pensionistas ya habían partido, cuando entró un hombre cuyo aspecto no le dejó ninguna duda. Era de talla mediana, vestía un largo chaqué gris fuera de moda, un pantalón también gris que caía como un saco, chaleco de terciopelo un poco gastado, con flores azules; su marcha era indolente y pesada. Sólo después de dar algunos pasos se quitó el sombrero de alas anchas y descubrió el cráneo sembrado de pelos grises y de un volumen tal, que en ese momento el cuerpo que lo llevaba pareció crecer en cinco pulgadas. Los ojos y la mirada estaban totalmente disimulados por anteojos negros y sus manchas redondas y sombrías hacían destacar de tal modo el color cadavérico del rostro arrugado, glacial, pastoso, espeso, gelatinoso, que uno podía creer que era una máscara artificial pintarrajeada de blanco para asustar a las gentes. Involuntariamente Etzel inclinó la cabeza sobre el plato; tenía la impresión de que se le obligaba a ingerir gota a gota algún corrosivo y, en varias ocasiones, tuvo que tragar con dificultad. No se atrevía a mirar sino de reojo, pero sentía pesar sobre él como un enorme fardo, a ese hombre. La mayoría de los presentes lo conocían y varios lo saludaron con la cabeza mientras se sentaba a la mesa. Comía solo e incluso hablase puesto un mantel para él; algunos dijeron: "Buen día, señor Profesor". Pues todo el mundo lo llamaba "profesor", hasta la gente de la calle que lo conocía sólo de vista.

Librodot

4

DE hoy en ocho días -resolvió Etzel- le hablaré, siempre que antes no se ofrezca por sí misma una ocasión favorable". Pero no había ninguna esperanza de que se ofreciera, pues el profesor no hablaba con nadie. Incluso cuando estaban ocupadas todas las mesas y que a duras penas se podía hablar entre el ruido de las voces, conservaba junto a la ventana su mesa reservada, sin mezclarse en nada, y leía un libro que había pescado en el bolsillo posterior de su ridículo chaqué y que tenía abierto junto a su plato. Daba la impresión de que no veía a nadie y de que no oía lo que se hablaba: "Le dirigiré la palabra -decidió Etzel- y le pediré que me dé lecciones de inglés". Tentativa que nada tenía de muy atrevida ni sorprendente, se dirá, puesto que todo el mundo sabía que la profesión de ese hombre consistía en dar lecciones y conseguir alumnos. Sea como fuese, Etzel sintióse aliviado a la idea de que tenía tiempo delante suyo. La sangre se le subió bruscamente a la cabeza, su corazón batía como un motorcito a nafta, cuando imaginaba el encuentro y su entrevista. No era cobardía, sino conciencia de lo desmesurado de su empresa, y este pensamiento lo hacía temblar; y sin embargo, cuando lograba mirar de frente esa idea, penetrábase de ella hasta la punta de los dedos y el fondo del alma, sonreía como un hombre que, parado sobre una casa en llamas, calculara la altura de donde es necesario arrojarse, señalara el lugar en que le sería necesario caer si no deseaba romperse con toda seguridad el cuello y las piernas. Para arrojarse, claro está, es necesario ser un saltarín hábil y, sobre todo, un poco mago.

No obstante utilizó, de acuerdo con un plan preestablecido, ese plazo que se había otorgado, para hacerse querer en la pensión Bobike, para ser conocido por todos, para pasar por "bon camarade", haciendo pequeños favores, tratando de ser tomado por ellos como uno de los propios, derrochando sagacidad y alegría, contribuyendo a las diversiones con toda suerte de diabluras e imponiéndose así, sensiblemente, a la atención del profesor, para que éste se viese obligado a notar su presencia, a formarse de él una idea que Etzel aprovecharía más tarde: la idea de que era un buen chico, por ejemplo, capaz, digno de confianza, que necesita ser guiado y utilizado en toda clase de circunstancias. Pronto percibió que el profesor (en su interior Etzel lo llamaba siempre Waremme, pues el nombre de Warschauer no existía para él) vivía en una total soledad, parecía no tener relaciones ni vínculos; pero también se dijo, y no sin razón, que no existe una vida humana tan estrictamente enmurada que no se pueda penetrar en ella con un poco de inteligencia .y habilidad. No bastaba solicitar su admisión entre los alumnos de Waremme; era mejor que otras circunstancias favorables preparasen el terreno. Se presentó a los demás como un secretario privado e inventó al efecto la historia de un tío, su único pariente, que había huído y que antes proveía a su existencia, dado que era su tutor y administraba para él una pequeña herencia; su sobrino lo buscaba desde hacía algunas semanas; de fuente segura sabía que ese tío estaba en Berlín y residía en el barrio. Esta historia sentimental fue bien recibida. Encuadraba perfectamente en el medio. Extendióse en la tarea de destacar los efectos, retardándolos; tenía el don de convencer a las gentes con una mirada, un juego fisonómico. A todos les hacía comprender que se preocupaba por el bienestar de cada uno, por lo que se le acordaba todo aquello que discretamente pedía para sí mismo: benevolencia y un poco de gentileza. Sus ojos reideros calmaban al palurdo más vulgar. Su buena gracia tenía algo de familiar. Cuando lo deseaba, podía provocar ataques de risa con el gesto de cansancio con que se hundía la gorra hasta los ojos. Representantes de artículos de caucho y artistas vagabundos no son precisamente personas para imponer una reserva de buen tono; el mecánico dentista sin trabajo, que uno encuentra abajo, delante de la tienda del almacenero, y que ojea con insistencia una caja de atún pidiendo diez pfennings de queso blando para su cena, está contento cuando le dirige la palabra. Lo que gustaba a las gentes es que tenía aire de admitirlo naturalmente todo. Si conversaba con un cocainómano, parecía que se asombraba de que todos no tomaran cocaína; si tenía que vérselas con un alcoholista, habríase dicho que le rendía homenaje por la energía

Librodot

de que daba prueba bebiendo, y para decírselo tenía una mirada amable como si el estado de ebriedad fuese el más natural del mundo. Cierto día un joven acicalado le hizo algunas insinuaciones; cuando comprendió, le prometió que las reflexionaría. En el instante en que más emocionado estaba, podía tener el aspecto de un polichinela; cuando tenía que tratar a un hombre colérico, ponía la cara de una vieja nodriza que está obligada a calmar a un lactante. Ninguna, perversión lo sorprendía, ninguna villanía lo ofuscaba, no expresaba horror por ningún vicio e incluso la vista de un crimen probablemente no hubiera modificado un solo rasgo de su cara apacible y sonriente, tan grande era el dominio que ejercía sobre sí mismo. Habríase dicho que desempeñaba un papel para engañarse a sí mismo; aun cuando desconfiara de todo romanticismo y despreciara toda fantasía, no obstante se revelaba un poco inclinado a ello, quizás por el hecho mismo de que lo resistiese. En el fondo era siempre el Etzel que su abuela, la Generala, había observado a los dos años sentado sobre un tapiz, esforzándose en comer con una cuchara de sopa el rayo de sol que caía en la pieza como una cinta de polvo luminoso y que, notando la presencia de quien lo observaba, arroja furioso y confuso la cucharada en el balde de carbón.

Le preguntaron cómo se llamaba su tío fugitivo. "Mohl, Mohl", igual que él. "¡Ah!, ¿Mohl?", intervino un corredor de cigarros; había oído hablar de un Mohl en la taberna Matías. Otro le indicó un individuo a quien motejaban de "mediaseda", cliente destacado de la taberna de Marbach y que tenía una oficina ambulante de informes; en todo Wedding[1] no había un alma que no fuese conocida por él y de la cual no pudiese recitar el curriculum vitae al dedillo. Un tercer consejero, amarillo como un membrillo, con una cicatriz encima del ojo izquierdo y que afirmaba que había gozado en otros tiempos de valimientos en la marina, le recomendó que fuera al Jardín de Invierno, se informara en algunos dancings, entre los diferentes "bookmakers"; en casos de esa índole, se tenía el noventa por ciento de probabilidades de obtener un resultado, entrando en cierto café de la plaza Alexander. Además le indicó en las calles Oranienburg y Alsacia-Lorena varios hoteles donde habitualmente se alojaban personas que, amenazadas por algún peligro, pasaban rápidamente del uno al otro, cuando deseaban eclipsarse. "Hay que distinguir -dijo con tono doctoral en medio del silencio respetuoso de la Mesa Redonda- entre los refugios para gente de mundo, para arribistas, para pequeños burgueses y proletarios; hay que saber lo que es un asilo, un albergue, una taberna. Aquel que se siente vigilado por la policía elige, naturalmente, otro refugio que quien es perseguido por un crimen, y no es preciso sondear muy hondo para descubrirlo; pero para el otro hay que ir a mayor profundidad. Aquel que sólo quiere desaparecer por poco tiempo no se aleja mucho de la superficie, y de ordinario es fácil descubrirlo, incluso cuando navega bajo falso pabellón, lo que puede siempre temerse por parte del tío Mohl. A veces se llega a descubrirlo con mucha rapidez, informándose entre las damas, "no tienes más que interrogar a esas nobles mujeres"[2]. (Esta cita fue hecha con voz temblona y cantarina). Fue así como, después de haber navegado por las mismas aguas que cierto individuo sin poder arponearlo, logró detenerlo dirigiéndose a la Salomé de la calle Landsberg, en Weissensee. Etzel tributó al orador un reconocimiento entusiasta por haberlo instruído tan copiosamente. Para hacerse valer más; desarrolló el asunto ante el auditorio embelesado que, después de esa exposición brillante, no tardó en calificarla de "sumamente perspicaz", de una especie de filosofía popular de los grupos sociales; demostró que dado el estrecho contacto de los hombres dentro de las diferentes capas sociales y el incesante pasaje a la zona inmediatamente inferior o superior, todo el mundo se conocía. Cada sastre conoce otros veinte, cada mercader conoce veinte más de su oficio, hay profesiones que son hermanas y otras que son primas; el cerrajero tiene relaciones con el vendedor de bicicletas, el vidriero con el arquitecto, el, jefe de oficina vigila a dos docenas de empleados, el mozo de café sirve todos los días a doscientos clientes de los cuales sabe casi siempre no sólo el

[1] Barrio de Berlín.
[2] Goethe, Torcuato Tasso, 2, I.

Librodot

nombre, sino también la condición social; la señorita de la tienda se interesa por los compradores y sabe casi exactamente lo que es y hace cada uno de ellos; los chóferes conocen a las gentes que permanecen cerca de sus paradas, los motormen del tranvía conocen a los viajeros de la mañana, del mediodía y de la noche, la mayoría de las gentes pasan al mismo tiempo por las mismas calles. Poco importa el número de conocidos que se tenga, que el profesor, el diputado, el fabricante tengan dos mil, o que el estudiante pobre, el vendedor ambulante, el empleadillo de banco, el ex detenido después de cumplir su pena no tengan más de cincuenta o diez, cada uno de ellos está, a pesar de todo, rodeado de conocidos; en cada escalón de la vida vuelve a encontrar un conocido que lo lleva, en el próximo escalón, a otro conocido; cada uno pertenece a la guilda de su destino.

Cuando creen decir algo notable, los jóvenes hablan con gusto para el público. Etzel estaba bastante exento de esa vanidad y una razón muy distinta lo impulsaba a elevar la voz y a obligar a quienes lo rodeaban a escuchar en silencio; deseaba simplemente hacerse oír por el profesor y, a la vez que hablaba, vigilaba con ojos de lince todos los movimientos de Waremme-Warschauer. A causa de su miopía, sólo podía distinguir confusamente su rostro y su expresión, pero creyó que el hombre interrumpía su lectura para escucharlo y, al final de su exposición, notó que el otro giraba un poco la cabeza como si quisiera ver de su lado (estaba dado vueltas en tres cuartos del lado de Etzel); luego, que movía su mandíbula inferior hipertrofiada, de derecha a izquierda, con su curioso movimiento de muela que tritura. Era 'exactamente como si quisiera echar una avispa y se sintiese demasiado perezoso para levantar la mano. "Ahora conoce mi voz -pensó Etzel-, ya casi soy uno de sus conocidos".

5

NO sólo sus compañeros de mesa le pedían que les hiciera algunas comisiones; por ejemplo, desviándose daría una vuelta por la taberna de las Líneas y diría tal o cual cosa a un señor que esperaba y que tenía tal o cual aspecto, o bien diría a la señorita Else Gruenau, calle Gollnow 27, que Enrique Balle no podría ir a buscarla esa noche, o bien tenía que ir fuera de la ciudad, al Palacio de los Deportes (en seguida le ponían el dinero del metro en la mano), para llamar al corredor Pablo y avisarle que si no entregaba a las cuatro para el objeto que él sabía, entonces tendría que vérselas con Cristóbal Jansen, etc., etc.; y no solamente todos ellos, sino también la señora Bobike misma lo tomó algunas veces por mensajero, enviándolo a dar un aviso a un deudor negligente, a hacer calmar a un proveedor de productos alimenticios a quien por su parte debía dinero, a indicarle a una joven a quien ella cediera dos años antes un gramófono que pagara las cuotas atrasadas, pues, por hallarse en el hospital, no había podido cumplir las condiciones -tenía que pagar todavía dos cuotas- o que le devolviera el instrumento; tenía que llevar un corset para que lo arreglaran, buscar una botella de nafta en casa del droguista, ir a la oficina de declaraciones a pedir una dirección, informarse en la Puerta de Schoenhaus acerca de un pastor sufragista llamado Klapprot y otras cosas por el estilo. Hacía todo eso voluntariamente. Su alegría era inalterable. Andaba, andaba siempre, cualquiera fuese el lugar adonde lo enviaran. Raramente tomaba un vehículo, primero porque quería economizar, luego porque estaba cautivado por lo que veía en el camino. Cruzaba barrios animados donde innumerables gentes se codeaban y chocaban, frías, hostiles, apresuradas, y llegaba a los barrios desiertos, donde la vecindad de las usinas de gas, las barracas, prisiones, hospitales, chimeneas y cementerios daban la impresión de una gigantesca cámara de suplicios con gigantescos instrumentos de tortura; junto a calabozos y tumbas. Penetraba en cuartos rezumando humedad, en subsuelos donde, de noche, se fijaban velas en el gollete de las botellas, y siempre había algún enfermo febril acostado en un canapé recubierto de harapos. Veía niños de rostro arrugado que aun no conocían quizás un árbol o una pradera, y cuando hablaba con uno de ellos, tenía cara de burlarse de sí mismo por no estar tan hambriento y abandonado como ellos. Una vez, delante del local del Ejército de

Librodot

Salvación, tuvo que abrirse paso entre un grupo de desocupados sin albergue y atravesó esa reunión, cuyo silencio era sin embargo tan impresionante, con el mismo aire de cándida despreocupación que hubiera puesto para abrirse camino en el campo de juego entre sus camaradas. La tal señorita Else Gruenau lo miró con complacencia, y Etzel tuvo que apelar a toda su locuacidad ingenua y toda su astucia para escapar a sus emboscadas. Nada de todo eso contaba, ni valía la pena que uno se detuviera en ello, mientras cada hora que pasara marcase una más para el hombre de la prisión. Pensamiento tan inexorable como un péndulo y cuyo efecto pronto fue éste: las horas se hacen parecidas a piedras de molino bajo cuyo chirrido toda la vida de la tierra se exhalaba y esfumaba en suspiros.

Todos los días se levantaba a las siete, abandonaba la casa a las ocho y regresaba por la tarde a las seis o las siete, algunas veces aun más tarde. Era necesario que la ficción de su puesto de secretario guardase alguna verosimilitud; naturalmente, se le preguntó en casa de quién servía. "En casa de un escritor de Westend, avenida de los Castaños", dijo, y mencionó un nombre imaginario. Era una imprudencia. Melita Schncevogt tuvo la idea bien schneevogtiana de buscar en el anuario, y al día siguiente le preguntó, burlona, cómo estaba su patrón. Etzel comprendió: "Por el mundo entero, no enrojecer", pensó, y no se puso rojo, respondiendo con audacia que ese nombre era un seudónimo. "¿Acaso es usted un agente político? ¿Es usted un "batidor" policial? -inquirió la muchacha con aire arisco-. Si es así, es mejor que se tome el portante antes de que tengamos líos con la policía". No, no era un agente político; dijo esto con una sonrisa tranquilizadora y salió del campo visual de esa joven acre. ¿Pero qué hacía todo su tiempo, desde la mañana hasta la hora de almorzar, en casa de la señora Bobike, y desde la una y media hasta la noche, pues las comisiones de que se encargaba siempre eran liquidadas bastante rápido? Y bien, caminaba, caminaba. De los dos pares de zapatos que había traído, uno tenía las suelas agujereadas y el otro los tacos torcidos; al cabo de una semana, tuvo que hacerlos arreglar. Sus pies, que marchaban incansablemente, estaban en un estado lastimoso; acardenalados y llenos de ampollas, no se endurecieron y cicatrizaron sino poco a poco. Como no se acostaba antes de medianoche y entonces le era necesario entablar contra las chinches una lucha sin esperanza, ese género de vida -dada su delicada constitución no hubiera dejado de dañar su salud, si no hubiese estado tendido como un resorte. Andaba y andaba, reflexionaba, sopesaba, recogíase y miraba y marchaba todavía. Cuando estaba fatigado, se sentaba en un banco delante de la Caridad o en el bosque de Humboldt, y si llovía, en la estación. A veces sacaba del bolsillo sus cuadernos de latín y de griego y se ponía a estudiar; a veces, recitaba poemas que sabía de memoria, versos de Rilke y de Georg; a veces leía uno de los volúmenes de Melchor Ghisels. Pero esta lectura se hacía un tormento a la idea de que ese pensamiento ya no era un espíritu sin cuerpo, que detrás existía un hombre accesible, un hombre a quien podría ver hoy mismo y quizás hablar si solamente se resolviera a hacerlo... Mas creía en la visita a la casa de Ghisels como el creyente en una peregrinación, ya era demasiado prosaico decidirse; era necesario que fuese como un arranque involuntario, como si se sintiese arrastrado como el aluvión por el río y solamente en esas condiciones se apagaría su miedo amoroso, parecido a la fiebre pendiente. ¿El ojo de semejante hombre no era tan radioso como el ojo del cielo mismo?

También se encontraba entre los pensionistas de la señora Bobike un estudiante fracasado; de nombre Schirmer. Había hecho durante un tiempo una suplencia en una escuela libre; lo habían expulsado a causa de una historia escandalosa y ahora buscaba pan y techo. Llegó el mismo día que Etzel y se sentaba a la misma mesa; era rubio, rechoncho, bastante bebedor, con aire poco inteligente y barba castaña mal cuidada, que le daba aspecto de suciedad. Estaba entusiasmado, todo en llamas por "el pequeño Mohl", como todo el mundo lo llamaba, y cuando Etzel hacía una de sus acostumbradas y secas observaciones, o bien se prodigaba en consideraciones sobre espectáculo del mundo, o ejecutaba una de sus habilidades, imitando, por ejemplo, a un conductor de ómnibus avinagrado, a un vendedor de diarios tartamudo, Schirmer saltaba de alegría, golpeaba diez veces sobre la mesa con estrépito y miraba en torno suyo en la sala, triunfante, como para recoger aplausos. Cuando le

pasaba el ataque de risa, se limpiaba las lágrimas con un inmenso pañuelo azul. Una vez -hacía precisamente una semana que Etzel venía a la pensión- Schirmer, no sin suficiencia, deslizó en la conversación que sostenía con el técnico de la marina, una cita latina. Etzel se echó a reír y la completó con el segundo verso del dístico, que era de Horacio, lo que en la oportunidad era completamente picaresco, pero sólo comprensible para él y el estudiante. Schirmer tuvo su habitual explosión de entusiasmo, luego dijo: "Mohl, creo que no en vano ha gastado el fundillo de sus pantalones sobre los bancos de la escuela; es un perjuicio tener tantos talentos para nada". "¿Por qué un perjuicio? -inquirió Etzel-. Cuando se los tiene no pueden dañar. También sé otras cosas -agregó con una vanidad bastante bien simulada-; sé de memoria poemas íntegros de Cátulo. ¿Quiere que le recite uno?" "¡Atención, señores - gritó Schirmer limpiándose la boca con su servilleta de papel, pues ya se había distribuído el primer plato-, atención, el pequeño Mohl va a declamar un poema latino! ¡En marcha!" Etzel tuvo una rara sonrisa y comenzó:

Quid est, Catulle? quid moraris emori?
sella in curuli struma Nonius sedet,
per consulatum perierat Vatinius,
qui est Catulle? quid moraris emori?

Los oyentes tenían caras de asombro; para ellos era chino y, además, ¿qué habrían pensado, comprendiendo que, en los versos, Cátulo mismo se comprometía a morir porque estaba permitido a Vatinius formular impunemente un falso` juramento? Pero el joven continuaba y sus mejillas se arrebolaban como si, guardando el tono del poema, no pudiera volver de su estupor:

Risi nescio quem modo e corona
qui, cum mirifice Vatiniana
meas crimina Calvus explicasset
admirans ait hace manusque tollens:
di magni, salaputium desertum...

¡Grandes dioses, qué lenguaje tiene ese aborto! Tradujo en seguida el último verso, luego todos simularon una sonrisa, que era un homenaje, mientras ese idiota de Schirmer no cesaba de gritar "¡bravo!" y golpear ruidosamente las manos. "¡Ah, Dios! Si solamente tuviera catalejos!", pensaba Etzel, y este deseo tenía un verdadero motivo, pues el profesor giró la cabeza hacia su lado como lo había hecho últimamente, y, como últimamente también, su horrible mandíbula se puso a triturar como una piedra de molino. Pero el interés fugitivo que la extraña escena quizás despertó en Waremme -lo que no podría afirmarse- resultó de corta duración; algunos segundos después, habíase abismado de nuevo en su libro. Un poco más tarde -había terminado su almuerzo y se levantaba de su silla- Etzel estaba parado delante de él y le dirigía la palabra: "Desearía tomar lecciones de inglés y muchas personas me han recomendado que me dirigiera a usted, señor Profesor; tengo la intención de ir al extranjero el año próximo, pero antes desearía adquirir un conocimiento acabado del idioma. ¿A qué precio da lecciones, señor Profesor?" Waremme-Warschauer dirigió los vidrios de sus

Librodot

anteojos negros hacia el rostro del muchacho con la misma lentitud que si buscara un objeto en el horizonte con ayuda de catalejos. "Un marco por hora --dijo con voz cortante, un poco enronquecida-. ¿Cuántas horas por semana quiere tomar? ¿Tres, cuatro? Bien. Lunes y miércoles, de cuatro a cinco; sábado, de cuatro a seis. ¿Su nombre? ¿Mohl? ¿M-o-h-1-? Bien, hasta la vista".

"Me parece que hasta ahora -pensó Etzel, vejado- no se preocupó de mí más que de una guinda".

6

WARSCHAUER ocupaba en el tercer piso de la misma casa una sola habitación, bastante grande, es cierto, para que se la pudiera dividir en dos con ayuda de una puerta corrediza. Detrás de esa puerta, en una alcoba sin ventana, hallábase el lecho. A lo largo de las paredes, doscientos o trescientos libros, en su mayor parte encuadernados, apilábanse en columnas, y, cosa sorprendente, entre ellos figuraban numerosas obras especiales sobre la antigüedad judía, la lingüística semita, léxicos hebreos, ediciones del Talmud, exégesis de la Biblia, anales de las sociedades orientalistas y obras de la Cábala. No había estantes. Nada de la atmósfera de una casa. Era ese un cafarnaum de objetos aparentemente sin vínculos entre sí y reunidos por el azar. En el cielo raso y los rincones, telas de araña. Hacía tanto que los vidrios de la ventana, no eran lavados, que ya casi no se veía a través de ellos. Todo lo que es ornamento: cuadros, bibelots o accesorios cómodos, aparte de un viejo sofá gastado, parecía desconocido al habitante de ese lugar. Era el albergue más triste, más abandonado y más semejante a un establo que Etzel viera en su vida. Después de hallar a tientas el camino en un corredor negro- por donde se llegaba a casa de cinco o seis otros locatarios: un vendedor ambulante, una lavandera, un enfermero, un fotógrafo con su numerosa familia-, había golpeado a la puerta; nadie se había movido y estaba en medio de la habitación desierta como un hongo en un carro de mudanzas. Al cabo de un momento, apareció Warschauer detrás de la puerta corrediza e hizo al nuevo alumno un gesto amable con la cabeza, que dio durarte algunos segundos a ese rostro terroso algún parecido con el de una anciana que intenta una sonrisa. Cuanto mayor es la devastación, la suciedad de lo que lo rodea, más meticuloso es el cuidado de su persona. Por instantes, se levanta, toma un cepillo colgado de la pared y frota su chaqué y su chaleco. Cada quince o veinte minutos desaparece por la puerta corrediza, se lava las manos y luego, con su mueca de anciana, retorna a su lugar, coloca sobre sus rodillas las manos regordetas y blancas -cuyas uñas se hallan tan exageradamente recortadas que la punta de los dedos se incurva por encima como pequeños capuchones- con un grave movimiento de prelado, y continúa la lección. Su método es simple y práctico. Da gran importancia a la pronunciación y a la adquisición del vocabulario corriente, y de paso formula explicaciones gramaticales. Señala las cosas que caen bajo sus sentidos, y escribe con tiza las palabras separadamente, en un pizarrón con caballete ubicado junto a la mesa. Pronto se da cuenta de que trata con un joven que ha hecho sus humanidades; esto redobla su amabilidad gesticuladora, que sigue siendo superficial, y como adivina bases sólidas en su alumno, acorta las explicaciones preliminares. Indica las raíces etimológicas y destaca las particularidades de los ingleses, por las cuales se explica el sintetismo de su idioma. El alumno comprende en seguida. Las observaciones del maestro caen como moneda menuda, arrojada distraídamente por un millonario. Pero lo que dice no está sostenido por la expresión de los ojos y de la mirada, y la única confirmación externa a sus palabras la dan sus anteojos negros. "De buena gana le quitaría los anteojos -piensa Etzel-; diríase que desea engañar a la gente". Su interés por aprender y su comprensión producen en Warschauer un asombro evidentemente simulado, y a veces da la impresión de que tratara de parodiar las explosiones de entusiasmo del ridículo Schirmer. Etzel se siente molesto, le irritan sus maneras jesuitas y desde la segunda lección pregunta por qué el señor profesor se burla de él, que no se hace

Librodot

ninguna ilusión acerca de la pobreza de sus conocimientos. Un gesto asustado y persuasivo de Wärschauer, que debe interpretarse así: "Por amor de Dios, joven, ¿qué cree usted de mí? ¿Cómo pudo ocurrírseme esa idea? ¿Qué soy después de todo yo mismo?" Pero todo es comedia, como lo demás. Cuanto más se afana Etzel en torno suyo, más aumenta su alegría de tartufo. Naturalmente, sabe que no trata con un muchacho común; es innegable la buena educación del alumno, pero su complacencia y su gentileza traicionan una intención secreta: ¿de dónde viene?, ¿qué tiene en la cabeza? Sin embargo, nada hay de inquietante en él; cuando un perrito le roza a uno las piernas, se lo deja hacer; siempre hay tiempo para darle un puntapié para alejarlo; mientras tanto, se le arroja un trocito de azúcar, y de tiempo en tiempo, un hueso, y poco importa que lo sorba o lo roa. Es esto lo que expresa la actitud de Waremme-Warschauer. Etzel lo comprende perfectamente. Y pese a ello consigue insinuarse, introducirse en los hábitos, en la vida de ese hombre; procede como el parásito que domestica a su huésped. Sus maniobras de parásito comienzan con el hecho de que llega diez o veinte minutos antes de la hora que le ha sido fijada -incluso cuando otro alumno aun se encuentra en su lección (el profesor no tiene muchos alumnos)- y se queda después de concluir su hora hasta cuando Warschauer se entrega a su trabajo (por lo que Etzel puede adivinar, trabaja por cuenta de un gran director de museo, y, bajo el nombre de éste, en una bibliografía de la escultura árabe, y esto por un salario ridículo, pues el director, una celebridad en su especialidad, podría hacer él mismo el trabajo si tuviese un poco más de tiempo). Etzel se ha puesto a cuidar los libros de Waremme-Warschauer, sobre los cuales hay un milímetro de polvo; los limpia, clasifica, resuelve hacer un catálogo y ni pregunta a Warschauer si vale la pena. Observa que Warschauer no bebe ni fuma y sólo tiene una predilección por el café muy fuerte, que él mismo se prepara sobre un pequeño calentador. Lo alivia de esta tarea. El azar, cuya simplicidad deseada reconoce, continúa ayudándolo. Warschauer se hunde un clavo en el pie y no puede abandonar la habitación durante varios días. No tiene a nadie a su servicio (lo extraño es que, a pesar de las condiciones miserables en que vive no parezca pobre y mucho menos indigente; a menudo da la impresión, por el contrario, de tener arreglado ese escenario con algún misterioso fin, en lo que, por otra parte, se engaña uno); él mismo hace la cama y lustra sus zapatos. Etzel va a buscar su almuerzo en la cocina de la señora Bobike y su colación de la noche, enfrente, en una tienda de la calle Demmin. Naturalmente, modifica el empleo de su jornada de acuerdo con las circunstancias nuevas, pero los días no esperaban sino para ser gobernados por ellas. Consigue vendas y lisol en la farmacia, la, -a la herida, la cura como un hombre del oficio y se muestra tan hábil como si saliese de un curso de enfermeros. Las conversaciones que mantienen -pues está claro que viviendo casi juntos no puedan quedarse mirándose como perros de loza- se animan de más en más por iniciativa de Etzel, que es un charlatán infatigable, en tanto que Warschauer parece limitarse casi con dificultad a planos posteriores inaccesibles. Se gasta en agradecimientos untuosos, defendiéndose con una agitación llena de reverencias, como si una persona de su especie no fuera digna de tantos beneficios, de tanta dedicación. Pero se dan momentos (Etzel no puede dejar de temblar hasta el fondo de sí mismo cuando se presentan, aun cuando al mismo tiempo se diga -como alguien que pone, apretando los dientes, la mano en el fuego para recoger una joya- que nada puede servir mejor a su causa), a veces se dan momentos de ternura que no consisten, es cierto, en otra cosa que un intento de caricia, una mirada brillante detrás de los vidrios negros, un grotesco triturar en el vacío de la mandíbula inferior hipertrofiada. A Etzel le parece que un Golem se despierta y busca, anhelante, en torno suyo, con las garras tendidas, porque siente apetito de carne humana. Cierto día Etzel hablaba, con ese tono ingenuo de muchacho a la vez estudiado y personal, de lo que hará cuando vaya a América (con este pretexto toma lecciones con Warschauer): primero será cowboy, piensa ganar bastante dinero como para comprar más tarde una gran propiedad con ríos y bosques, ganado y animales de caza, y vivir en libertad. "Vivir en libertad", dice esto con un tono de resuelto entusiasmo. Warschauer levanta la cabeza y hace oír una sorda risita burlona. Tiende el brazo, atrae hacia él al joven, tan cerca, que Etzel, con una mezcla de horror, instintiva

Librodot

rebelión y de sumisión consciente del fin a lograr, siente pasar por su frente el aliento del hombre que dice, sacudiendo la cabeza como un Buda: "¿Vivir en libertad?, ¡allá lejos!, ¿allá lejos en libertad? ¡Vamos, pequeño, pequeño, pequeño!" Y ríe con risa de ventrílocuo, divertida y amarga. Etzel se desprende y levanta los hombros, descontento. "Bien sé -gruñe-, bien sé.., usted...", y se retiene, con aspecto provocativo, plantado allí con aire bravucón y echando hacia atrás el cabello. Los ojos detrás de los vidrios negros están fijos en él y tienen esa expresión que Etzel califica en sí mismo de "ogresa", aun cuando nada tenga de cruel ni malvado, revelando solamente esa lubricidad somnolienta del Golem que despierta. Quizás, son esas reminiscencias muy viejas de cuentos que se pasean por su cabeza; anteayer aún era un niño.

Por primera vez Warschauer quiere salir esa noche; cerca de la estación de Stettin hay una cervecería en la cual se realizará una reunión popular a la que desea asistir. Etzel le propone acompañarlo porque el profesor todavía no se mantiene con mucha solidez sobre sus piernas. Warschauer siente pasión por todas las reuniones, cualesquiera sean: cortejos, exhibiciones públicas, demostraciones de huelguistas o vulgares tumultos; las masas lo atraen de manera irresistible; nunca se siente mejor que cuando está hundido como una cuña en un millar de personas, en un local cerrado donde hábiles oradores latiguean a las muchedumbres para excitarlas a demostraciones fanáticas; ha explicado a Etzel esa ebriedad del anonimato, esa felicidad que experimenta entonces al sentir disolverse su personalidad. Etzel no ha captado muy bien, pero para consolarse se dice que el otro volverá a hablarle del asunto. Partieron a las ocho y media, pues todavía fue necesario que Etzel fuera a buscar fiambres a la calle Demmin. Silbando, con las manos en los bolsillos, parte; al regresar, sólo tiene una mano en el bolsillo, pues con la otra lleva un paquete bastante voluminoso, porque ha comprado una libra de cerezas, pero esto no le impide silbar.

Desde la escalera oye la voz sonora, indolente y grave de Warschauer. "¡Oh, oh! -piensa-, alguien se encuentra en casa del profesor". Pero no es más que el hijo de Paalzow; Paalzow es el fotógrafo de al lado. Paalzow hijo tiene la misma edad que Etzel, pero es un muchacho vicioso que ya se las tuvo que ver varias veces con los tribunales de menores. Ya vino esa mañana. Warschauer le habló de eso con aire de disgusto; quiere que le dé dinero y con un pretexto inventado íntegramente con cínica desvergüenza. Warschauer lo llama, con indignación, una tentativa de chantaje. Esperaba, hace varios días, un envío de libros del director del museo; teniendo que salir, quiso pedirle antes a la madre de Paalzow que recogiera en su lugar el paquete, en el caso de que el comisionista llegara en su ausencia. Pero no había nadie en casa de Paalzow, el cuarto estaba vacío. He aquí lo que había de cierto en el asunto; pero el hijo de Paalzow afirma que el profesor salió de la habitación dejando abierta la puerta y que le robaron un par de botines que el profesor debe pagar; no reclama su valor total, sino sólo tres marcos, lo que es muy razonable. Necesita su tálero, sin el cual hará alguna barbaridad y sabrá quitarle al profesor el gusto de gozarse de ella. Cuando entró Etzel, estaba parado en la pieza, con los brazos cruzados, el sombrero sobre la oreja y reclamaba insolentemente su tálero. Warschauer estaba sentado a su mesa con la pluma en la mano y lanzaba una mirada de través, en dirección de la puerta corrediza. Frente a ataques de esa índole, era de una cobardía ridícula. Etzel pasó por detrás del muchacho para dirigirse a la ventana abierta; era una cálida tarde de mayo; dejó sobre el alféizar el paquete de vituallas, y después de tomar un puñado de cerezas, inclinóse hacia afuera como para indicar que el asunto no le interesaba y que no quería tomar partido. Abajo, en el patio, precisamente bajo la ventana, había un caja vacía y durante un instante se absorbió en el esfuerzo de escupir los carozos dentro de ella, sin conseguirlo. Empero, el hijo de Paalzow se hacía cada vez más desvergonzado, el silencio despreciativo de Warschauer le daba coraje y en la jerga berlinesa más colorida declaró que sabría cómo hacerse de su dinero, aunque tuviese que incendiar esa estúpida tienda de papelero. Entonces, Etzel se dio vuelta, dirigiéndose directamente hacia él, le dio un empujón y dijo: "Déjame en paz y rápido, ¿comprendes?" El hijo de Paalzow giró bruscamente como si lo hubiese mordido y lo miró con ojos venenosos. "Nos explicaremos

Librodot

afuera", continuó Etzel guiñando los ojos; habríase podido creer que consideraba al profesor como a un idiota, sin poder destacárselo, puesto que estaba encargado de arreglar sus asuntos correctamente, sobre todo un asunto tan delicado como ese. Pero cuando el pendenciero estuvo fuera, le dijo: "Escúchame un poco, Paalzow; tu historia es bastante sucia; es inútil que trates de convencerme de lo contrario; adivino que quieres hacer una de las tuyas, pero eso no vale un tálero; confórmate con el cincuenta por ciento: aquí tienes un marco cincuenta; arreglaré esto con el profesor. Y ahora, hazte humo". Vacilante, desconfiando, no sabiendo qué pensar del joven, y, en el fondo, bastante incómodo, el hijo de Paalzow tomó el dinero y fuése arrastrando el paso por el largo corredor, con la cara siniestra y la cabeza hundida entre los hombros.

Cuando Etzel volvió al cuarto, Warschauer había encendido encima de su escritorio el mechero de gas y se oía el raspear de la pluma; por la ventana abierta, por encima de los techos de las casas, llegaban los apagados ladridos de las bocinas y las señales del tranvía eléctrico. Etzel se sentó sobre una pila de libros, y con las piernas colgantes, se puso a comer cerezas. Warschauer giró de pronto en su silla y dijo: "¿Le ha dado dinero a ese perdido? -Etzel inclinó vivamente la cabeza-. ¿Por qué? Es una tontería y una mala acción dar dinero a semejante canalla, que le hace rabiar a uno. ¿Pero por qué? ¿Acaso es usted rico?" Etzel proyectó en una amplia curva algunos carozos por la ventana y respondió: "No, absolutamente; pero, en primer lugar, es preciso que no haya disputas aquí, y luego, ¿a qué se llama un perdido, a qué se llama un canalla? Es un muchacho miserable. Por un marco cincuenta se lo puede manejar como un guante. Quise ver hasta qué punto era miserable. Es todo lo positivo que hay en él, esos tres marcos, con cincuenta por ciento de rebaja; ¿hice mal?". Warschauer se agitó un poco en su silla. "¿Positivo? ¿Qué quiere decir?", preguntó. Etzel continuaba escupiendo los carozos. "¡Bien!, lo que uno necesita tener cuando no quiere reventar -replicó, tranquilo-, pues lo que cuenta para los demás: un pequeño ideal, una fe, un gran hombre, algo admirable, todas esas gentes no lo tienen". Hizo un gesto vago con la mano en dirección a la puerta, como para señalar a todos los pequeños Paalzow que allá abajo aspiraban a algo positivo.

Warschauer se calló y retornó a su trabajo. Pero cuando pasaron algunos minutos, abandonó su lapicero, giró una vez más en la silla, apoyó el codo derecho en la mano izquierda, cubrióse el mentón y la boca con la mano derecha, y, así colocado, observó un momento a Etzel, que no parecía turbarse en lo más mínimo. "¡Que me lleve el diablo si lo entiendo, Mohl! -dijo finalmente en voz baja-. Al fin de cuentas, quizás se llame usted de otro modo; vamos, diga lo que hay". No había en el tono ni suspicacia ni amenaza, sino una entonación benevolente, de untuosa afabilidad, destacándose sobre el acompañamiento de su fondo de ogro.

De un salto Etzel bajó de la pila de libros. "Quizás me llame tan poco Mohl como usted Warschauer -respondió con insolencia-. Quizás, ¿quién sabe?"

Warschauer se levantó con lentitud. Y también muy lentamente marchó hacia el muchacho: "¡Hola, chico! -y la voz le ascendía del pecho, totalmente diferente, una voz de ultratumba-. ¡Hola, chico!" "Solamente dije quizás -insistió Etzel con tono más vacilante y sostuvo el brillo negro de los anteojos con la persistencia que exigía su miopía-; quizás yo me llame, ¿cómo podría llamarme? Quizás me llame realmente Maurizius. Existen otros que se llaman así. ¿Por qué no me llamaría Maurizius?"

Warschauer-Waremme tenía el aspecto de alguien a quien se llama desde la calle, por encima de los techos; sus facciones se convulsionaron y adquirieron la expresión de quien medita y escucha sombríamente. "¿Maurizius?", repetía buscando en su pensamiento. Con lentitud pasó la mano regordeta y blanca por su frente, y de pronto dio un paso más hacia Etzel, se quitó los anteojos y lo miró fijamente con una curiosidad sorprendida. Etzel veía por primera vez esos ojos, incoloros como el agua, apagados, casi muertos.

Librodot

CAPITULO NOVENO
1

LA GENERALA recibió de Sofía de Andergast una carta que la impulsó de inmediato a dirigirle la siguiente respuesta: "Querida Sofía: Está muy bien que vengas. Además, no necesitas pedirme mi opinión ni yo tengo que darte consejos. Hallo tan legítima tu decisión, que te invito a hospedarte en mi casa; y me sentiré muy contenta si aceptas. Espero que aun no estés en camino y que estas líneas lleguen a tiempo a tus manos. ¿Quién comprenderá mejor que yo tu desesperación? ¿Yo misma no estoy, desde que partió el pequeño, en un estado abominable? Hablaremos acerca de lo que debes hacer; es cierto que no tienes que esperar gran ayuda de mí; soy una anciana inútil y no es solamente esto lo que obstaculiza mi libertad de movimientos. Tu hijo es hijo del mío, voilá tout. Pero esta vez, Sofía, estoy contigo y estaré contigo hasta el límite de mis fuerzas y de mi coraje. Naturalmente, tiemblo al pensar en una entrevista entre tú y Wolf. Pero es necesario que se realice. Tienes razón. Es necesario que se explique, está obligado a hacerlo, ante Dios y los hombres. Tienes el derecho de reclamarle tu hijo. Aunque desgraciadamente no pueda decirte dónde está, será necesario que se reconozca responsable de que las cosas se hayan agravado hasta el punto que él mismo ignore dónde se halla su hijo. Tus amigos no te han informado mal: nadie sabe dónde se encuentra nuestro pequeño. ¡Ah, Dios!, ya no puedo dormir y me rompo la cabeza sin cesar por descubrir la causa y el lugar de ese exilio. Tu carta destruyó en mí una esperanza suprema y absurda, la de que se había refugiado junto a ti. En los últimos tiempos, a menudo hablaba de ti, pero como yo no tenía derecho a escucharlo, ¿qué sucedió?: que no habló más de ti. Sólo entonces sentí que me hacía inútil, inservible en este mundo. ¡Ah!, no envejecer, o; si esto es imposible, ¡no ser viejo al menos! Después de todo, te asombrarás aun más de esta carta. Pero que haya sido necesario que tú, la madre, supieras por extraños -llama amigos a esos extraños, si quieres, e incluso en este caso también son extraños-, que supieses, digo, por medio de extraños que tu niño había abandonado al padre y que no se lo podía descubrir, he aquí la gota que hizo desbordar el vaso. Ha querido ignorar las tres cartas que le enviaste en los últimos meses; esto lo comprendería en rigor, pero no hacerte saber, o al menos, no hacerte escribir por su abogado lo que pasó, lo que te concierne tanto como a él, y quizás mil veces más que a él, es ya demasiado. Consecuencia... Ustedes los jóvenes sacan conclusiones muy divertidas; también tú, por lo demás, y hay en ti cosas que no comprendo; pero no quiero dejarme arrastrar por el charlatanismo, por lo menos en el papel. Acaso me lo expliques tú. Hace ya nueve años que no te veo, mi querida Sofía, o quizás diez. ¡Dios!, ¿es posible?, y no sé lo que has llegado a ser; pero corno mujer estás ahora más cerca de mí que antes, y creo que nos comprenderemos sin muchas palabras y sin grandes palabras; pero, en cambio, me preocupo por las gentes, en la medida en que son hombres. Te envío mil cariños. Tu devota - Cecilia de Andergast".

Para no ser acusada de conspirar a espaldas de su hijo con la enemiga de éste, la Generala creyó necesario informarle sobre la aludida correspondencia. Lo hizo con una carta mucho más corta que la dirigida a su ex nuera y agregó que Sofía estaría en la ciudad mañana o pasado mañana, y se alojaría en su casa. Esto fue para el señor de Andergast un golpe inesperado que arrojó una luz brutal sobre la inutilidad de las medidas que tomara durante años. Encontró la carta de su madre, por la tarde, sobre su escritorio. La leyó, la plegó y la puso de lado. La releyó y volvió a releerla aún. La desgarró en cuatro pedazos y la arrojó en la papelera; diez minutos más tarde recogió los trozos y los tiró en la estufa, los encendió y contempló hasta que se quemaron. Luego se puso a deambular; después levantó el tubo del teléfono, se hizo comunicar con el Palacio de Justicia, pidió que lo atendiera el director Guenzburg, y le encargó que comunicara de inmediato al administrador de la prisión de Kressa que el procurador estaría

allá al día siguiente por la mañana. ¿Había una relación de causa a efecto entre la carta tan cuidadosamente quemada y esa resolución oficial? Está permitido suponerlo, sin más. Pero el señor de Andergast de ningún modo había fijado el día de la entrevista que se proponía mantener con el prisionero Maurizius. Si esa actitud de defensa, de la que se daba una prueba sensible a sí mismo cambiando de lugar, no era una forma de rehuirle a Sofía, bien podría ser la expresión de otra huída. ¡Por lo menos no estar allí cuando ella llegara! Pues sabía que no le sería posible eludirla. Esta vez tendría que comparecer.

2

KRESSA se erige bien alta entre colinas pronunciadas, con aspecto de un viejo fuerte, residencia hereditaria de una familia real. El hecho de que los pueblos detengan, para hacerle sufrir un cautiverio expiatorio, a la hez de la sociedad en el mismo lugar que fue cuna de sus príncipes, podría dar tema para una lúgubre e impresionante balada sobre el carácter efímero de los esplendores terrestres. El auto oficial del señor de Andergast asciende, con el motor humeante y crepitante, la áspera pendiente que conduce al pabellón recientemente construido. El administrador Pauli espera en el portón; es un hombre delgado; pálido, de unos treinta años, con lentes y un bigotito rubio, anteriormente instructor en Kressa. Recibe al procurador y lo conduce a su oficina de la izquierda; es una habitación meticulosamente limpia, intermedia entre el saloncito burgués con sus teteras sobre el sofá, sus sillones y sus fotografías en las paredes, y la oficina con sus clasificadores, Su escritorio, su teléfono, sus aparatos de señales. Al escritorio está sentado un secretario, detenido privilegiado en quien ese visitante de nota provoca visiblemente una agitación febril, pues sus ojos están vidriosos y sus manos, que arreglan los papeles, tienen movimientos desordenados. El señor de Andergast toma asiento y, con un simple ademán, invita a Pauli a que le haga su informe. Le dice: "Señor Administrador", con tono seco y cortés. Pauli declara que, desde la última tentativa de evasión que se produjo diez días antes, reina tranquilidad en el establecimiento o que, en todo caso, no hay ningún motivo de queja especial. El señor de Andergast desea algunos datos sobre la evasión, que fracasó gracias a la vigilancia del puesto nocturno del patio superior. El rostro exangüe del administrador se coloreó débilmente al recuerdo de un hecho entristecedor y humillante, a la idea de la mala opinión que tendrían esos señores de la administración penitenciaria, y por último, al pensamiento de que uno nunca puede estar seguro de que tales tentativas no se renueven. Sólo existe algo que es peor y cuyas consecuencias son más desastrosas, y es la rebelión abierta. También ya la conoció. Parece inevitable. Después de dos o tres meses de calma, se acumulan regularmente nubes, que estallan en catástrofe. Uno hace todo lo que está a su alcance por esos hombres; tienen una alimentación conveniente, el número de horas indispensables para dormir, sus oficios religiosos, sus recreaciones, uno es gentil con ellos, les procura todas las suavidades en la medida de lo posible, pero no lo ven, no dejan de conspirar, de complotarse. Todo esto se lee en él rostro del joven administrador mientras relata la última tentativa de evasión, historia gris y monótona cuyo único hecho notable consiste en que los penados -eran los del dormitorio número doce- lograran en dos horas de trabajo nocturno perforar sin ruido un muro de setenta y cinco centímetros de espesor, practicando en él una abertura por la cual podían deslizarse fácilmente, y dejarse descender de a cinco, desde una altura de veintitrés metros, a lo largo de cuerdas que habían trenzado poco a poco en las salas de trabajo y ocultado en el dormitorio. ¿Cómo y dónde? Esto resulta incomprensible. "Tentativa insensata, desesperada -dice el administrador con su voz baja y triste, y los ojos fijos en el suelo-, pues a partir de allí aun tenían que salvar treinta metros más y las cuerdas eran cortas: hubieran tenido que saltar los últimos siete metros. Pura locura".

"¿Y aparte de esto? -interrogó el señor de Andergast con precaución, como para no despertar la susceptibilidad del administrador-. Si mis informes son exactos, debe de haber entre ellos algunos ejemplares de interés". "Sí, ciertamente - asintió Pauli con resignación-;

Librodot

están en primer término Hiss, el asesino del brigadier de gendarmería Jaenisch; sin duda el señor Barón lo recordará: agresión nocturna en la calle. Con él

hay que retorcer mucho hilo, pues no se encuentra un medio de domarlo y plegarlo al reglamento. Hace seis semanas que está aquí y todos los días presenta una nueva queja, sin fundamento; ha permanecido tres meses en Dietz, donde relataba alegatos tras alegatos: quería salir de allá, no podía aguantarse; finalmente se lo transfirió a Kressa y ahora desea retornar a Dietz. Tiene una fobia enfermiza contra el trabajo; su único deseo es escribir; quiere relatar su vida y dar así la prueba de su inocencia, es decir, establecer que no ha cometido un asesinato, sino que por culpa de su padre, un bruto y borracho consuetudinario que lo engendró en la ebriedad, había caído en una extremada miseria y que en esa noche de invierno mendigó un cigarrillo al brigadier, a lo que éste llevó la mano al bolsillo para sacar su revólver; entonces él, Hiss, de miedo a ser baleado, disparó. De cualquier modo, no se podía llamar a tal hecho un asesinato; por una cosa así, no debería estar detenido toda su vida; había actuado en caso de legítima defensa, he aquí todo. Desgraciadamente -continúa Pauli sacudiendo la cabeza-, un abogado de Aschaffenbourg se interesó por la causa de ese mentiroso simulador, como por una causa justa, y desde entonces solicita incansablemente entrevistas con su cliente e inunda la Corte con sus pedidos de revisión. Usted lo verá, señor Barón -concluyó el administrador-; hace tres días le acordamos la celda individual que reclamaba para poder escribir y se le dio papel, plumas y tinta, pero hasta el presente no ha escrito una sola palabra. Tal es el hombre". Miró al secretario, que comprendió de inmediato, sacó un cuaderno azul de un cajón y se lo entregó a Pauli. En la etiqueta oval se leía: "Recuerdos de ¡-ni juventud". "Redactó esto en Dietz", dijo el administrador y entregó el cuaderno al señor de Andergast, que lo abrió y observó un momento. En la escritura cursiva y separada se reconocía al empleado de comercio, el estilo presentaba por turno una exageración insoportable y lacrimosa y una suficiencia fanfarrona. Cada tres palabras, había una falta de ortografía o de sintaxis; pero, a pesar de todo, había una sorprendente precisión en infinidad de detalles no desprovistos de interés. "Sí, toman muy en serio a sus propias personas y a las nuestras muy a la ligera -dice el señor de Andergast, abandonando el cuaderno y levantándose-. Desearía, señor Administrador, visitar el establecimiento, y esta

tarde a las tres, mantener una entrevista particular con el penado Maurizius". Pauli se inclinó e hizo llamar al jefe de carceleros. "¿Cómo se porta ese hombre?", preguntó el señor de Andergast con tono de indiferencia, con la mano derecha ya en el picaporte. Pauli sonrió, levantando las cejas. "¡Oh! - respondió-, si todos fueran como él, señor Barón, tendríamos una vida fácil". El jefe de carceleros entró en la oficina; era un anciano de aspecto juvenil, de rostro amable e inteligente.

3

E abre una verja de hierro, se penetra en un patio triste, limitado por los muros del edificio, que parecen ascender hasta el cielo. El efe de carceleros abre la marcha, el señor de Andergast y el administrador lo siguen, dos centinelas uniformados cierran la marcha. El patio está perfectamente barrido, en todas partes se observa un orden que quizás no es el de todos los días. El señor de Andergast, naturalmente, sabe a qué atenerse sobre lo que revelan esas visitas anunciadas: cuando se las espera, se pone a contribución todo lo que tiene brazos y piernas para evitar una reprimenda, y si algo suena mal, se espera obtener indulgencia destacando que es el resultado de una costumbre generalizada o de una negativa de créditos; pro él sabe también que las gentes son fieles a su deber y encaran las obligaciones de su ruda tarea con inteligencia y paciencia. Ya no es como en otros tiempos, en un pasado no tan lejano por cierto, en que las casas penitenciarias tenían la reputación de infiernos, de cuyo horror sólo se hablaba en voz baja y temblando, siendo los directores tiranos irresponsables, los carceleros sirvientes de los verdugos. Ahora se vive en una nación civilizada y el cumplimiento de la pena está reglamentado según principios humanitarios, acaso demasiado

Librodot

humanitarios. Además, Kressa gozaba, bajo ese aspecto, de un renombre sumamente favorable.

Pero el señor de Andergast no ha venido a hacer una de las inspecciones reglamentarias. Se ha servido de un pretexto oficial para disimular todo lo posible su verdadera intención. No desea que se diga que el procurador general vino a ver a Leonardo Maurizius, que él se ocupa evidentemente del asunto y que hay algo en el aire. Desea que no se hable de eso. No, no hay nada en el aire; se puede estar tranquilo al respecto. Así el pretexto se transforma en el cumplimiento concienzudo de otra tarea.

Los cinco hombres ascienden en silencio una escalera de madera dura y en curva; el jefe de carceleros abre una puerta de hierro se abre, penetran en una de las salas de trabajo. Las ventanas enrejadas en lo alto, en forma de ratoneras; las llaves del guardián suenan una vez más, una segunda puerta de hierro se abre, penetran en una del as salas de trabajo. El señor de Andergast, involuntariamente, saca su pañuelo y lo pone sobre su boca. Lo acoge el olor de un lavadero. Conoce este olor. Cuando era principiante, experimentaba de antemano verdaderas angustias, porque ese olor casi lo hacía desvanecer. Eso huele a ropas grasientas, a cola vieja recalentada, a grasa rancia, a muros leprosos, a sudor y alientos fétidos. El viento es fuerte ese día, en las tres salas las ventanas están cerradas. Alrededor de ciento cincuenta hombres de toda edad van y vienen en su interior, unos libremente, otros trabados por ataduras de cuerdas. Trenzan fibras, retuercen cuerdas, algunos hacen jabón, otros trabajan en un armario. Un hombre totalmente encorvado se aproxima al administrador arrastrando los pies, apenas lo ve; con aire misterioso le tira de la manga y le murmura al oído que siempre sucede lo mismo con ese gusano roedor que le destroza el cerebro y que su sufrimiento empeora día a día. El administrador simula tomar en serio sus quejas y cambia con el carcelero, que levanta los hombros, una mirada de inteligencia. No hay duda de que el hombre simula y, sin embargo, cae en un estado de sobreexcitación peligrosa si no se le cree y se le hacen reproches. Es probable que haya inventado íntegramente esa idea del gusano roedor que se aloja en su cerebro simplemente para forzar la atención y hacerse interesante a sus propios ojos. El carcelero llama a un tal Buschfeld, que, por la mañana, se hizo culpable de un acto de indisciplina, y le pide explicaciones en voz baja y amable, haciendo un llamado a su buen sentido. Al producirse la revolución de 1918, en Darmstadt, Buschfeld abofeteó primero al general Winkler, y luego lo mató por la única razón de que era general, Por lo demás, es un hombre inofensivo a quien nadie detesta; casi como a un muchacho a quien se reprocha una reincidencia tiene, justificándose, una sonrisa extraña, mitad confusa, mitad irónica, mientras sus grandes dientes magníficos brillan en el rostro bien dibujado, de pronunciado mentón, apenas cubierto por algunos largos pelos. El señor de Andergast se aproxima y escucha. Como todos los que están allí, desde que se les permite abrir la boca, Buschfeld, después de tres frases, comienza a hablar de su crimen y de su condena y demuestra su inocencia con numerosos argumentos evidentemente meditados con cuidado. La vista del público que lo rodea, lo enardece; describe la situación, explica el malentendido de que ha sido víctima. Sonríe continuamente con sus grandes dientes magníficos. Y el señor de Andergast mira sus grandes ojos velados, color de avellana. Hay en esos ojos un deseo irrefrenable, impetuoso, y que se hace enloquecedor al más ligero golpe dado en la puerta por esa única idea de "afuera". Cuando dice "afuera", entiende por esta palabra el mundo, la vida, la libertad, el árbol, la pradera, la mujer, el cielo, el cabaret, cosas deliciosas cuya evocación compleja abarca al ser íntegro. Ese señor extraño que está allí delante suyo, viene de "afuera"; en consecuencia, tiene un nimbo, un perfume embriagador, un no sé qué en el cual residen todas las posibilidades. Lo mira fijamente y parece preguntar con asombro: "¿Cómo, vienes de "afuera", volverás allá y no te sientes loco de alegría?" Todos y cada uno tienen en los ojos esa idea de "afuera", esa idea enloquecedora, devorante. Es distinta a un deseo; es más, mucho más, supera al deseo, es más grande, más sombría, más estelar que todas las otras nostalgias de la tierra. Hay ojos en los cuales está casi apagada, ha pasado demasiado tiempo, el espíritu dejó escapar las imágenes que hacen a su alrededor un ruido de hojas

Librodot

muertas; es que también el hombre está desecado. He aquí un hombre de cincuenta años con un collar de barba negra como la tinta en torno de su rostro pálido, verdadera figura de carbonero. Hace nueve años que está allí. Mató a su patrón porque éste le retenía los dos mil marcos que había ahorrado durante 'numerosos años de trabajo y que con toda confianza depositara en su casa. Cuando se le pide, relata su historia en su dialecto renano; su pecho se distiende y respira profundamente; todo su poderoso cuerpo, tendido, revive la intolerable iniquidad como en un lejano eco que lo hace vibrar y temblar hasta las entrañas: necesitando ese dinero, lo reclama una, dos, cinco veces; el campesino siempre lo rehuyó, lo eludió, nutrió en él falsas esperanzas y el hombre terminó por convencerse de que el dinero había desaparecido. "¿Qué hacer entonces?, ¿a quién dirigirse. Ni a Dios ni a los jueces; sólo tiene que matar, sin lo cual el corazón estallará". Alma confundida, alma descarriada, alma triturada. Schergentz trabaja a su lado; tiene veinticinco años, es un incendiario: nunca se supo por qué se hizo criminal; era buen hijo, laborioso; una noche puso fuego a la granja del vecino, tres personas perecieron en las llamas; ¿por qué? Nadie lo sabe; desde la hora de su detención no ha pronunciado una sílaba; padre, madre, testigos, juez de instrucción, gendarmes, jueces, defensores, jurados, todos se esforzaron en vano, sin obtener una sílaba; permaneció mudo. Durmiendo, no habla; cuando está solo tampoco, jamás se abandona. El administrador todavía trata de convencerlo, mas se lee en el rostro del jefe de carceleros y de sus subordinados que consideran inútil cualquier tentativa. El señor de Andergast le pone pesadamente la mano sobre el hombro y, fijando la mirada de sus ojos violetas en los del detenido, en los cuales alumbra su llama la obstinación, dice: "Vamos, hombre, ¿qué quiere decir eso? En nada lo beneficia. ¿Para qué empecinarse, entonces?" Pero esos labios están sellados. Un "cordero" del servicio de espionaje emitió hace algunos meses la opinión siguiente: "Desde el primer minuto de su liberación hablará, pero no antes", y así sus manos cumplen la tarea habitual mientras que los ojos lúgubremente cerrados, también mudos, pasan delante de esos hombres sin verlos. Ningún contraste es mayor que el que hay entre él y su vecino; el joven envenenador. Se desembarazó del padre de su novia con arsénico, porque quería evitar su casamiento y se negaba a entregar la dote de su hija. Miembros, articulaciones, músculos, labios, frente, todo tiembla en él con un movimiento convulsivo; su cara enrojece y se congestiona cuando califica de injusticia inconcebible la sentencia que lo ha herido, cuando afirma que nada ha sido probado, que nunca pensó en hacer daño, que los testigos eran enemigos suyos y los jueces estaban prevenidos. Cita los informes de los químicos, el del farmacéutico; todo es falso, es calumnia; se ha callado tal cosa, inventado tal otra, todo para detenerlo y perderlo. "¿Por qué?", pregunta secamente el señor de Andergast. Levanta los hombros con impaciencia. Era un complot universal. Sus últimas palabras se tropiezan, en tanto que trenza apresuradamente y golpea la malla con una pala, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua, aguzada como la de una víbora, con los ojos siempre bajos; es la mentira hecha hombre. ¡Pero cuán miserable es esa mentira, qué temeroso y confundido, qué transparente y débil! El cuerpo ya no obedece sino en apariencia a la voluntad; es un mecanismo destruído, una máquina de piezas enmohecidas, de tubulares rotos, y si respira, si toma algún objeto, traga y digiere, esto no es más que un engaño. En la tercera pieza hay un viejo de sesenta a sesenta y cinco años; él mismo no sabe con precisión su edad; salvo pequeñas interrupciones, ha pasado treinta y tres años en la prisión; tipo tradicional de reincidente. Hace once años se lo trajo por última vez. Tiene aspecto de vagabundo, simpático, con su barbilla grisácea, su prestancia, su cuello encogido, su pequeña cabeza redonda, su naricita arremangada, su pequeña boca y su estrecha frente abombada. El señor de Andergast le pregunta qué mal ha hecho. Sonríe plácidamente: "¡Ah, nada más que un pequeño robo, un robo de nada!", y prueba el filo de su pala en un dedo. "Pero, Kaesbacher -objeta el jefe de carceleros con tono de reproche-, no le habrían dado once años por eso". "Claro está que no -concede el viejo-, había encima una pequeña historia de costumbres". "¡Ah! ¿Está contento con el régimen?", pregunta el señor de Andergast. "¡Ah!, eso sí; no hay de qué quejarse; ahora que la moda consiste en tener ideas humanitarias, uno

está todo lo que se puede estar de bien en establecimientos como este". Por lo demás, el humanitarismo es algo bello; sin embargo, sería necesario que hubiese un poco más de grasa. A veces le falta la grasa, y está obligado a confesarlo. Luego, batiendo lánguidamente los párpados: "El 23 de mayo será mi cumpleaños". "¡Ah! ¿Qué desearía para entonces?" Y el jefe de carceleros, con la ironía de un hombre enterado: "¿Apuesto a que es un budín lo que desea?" "Precisamente, budín, adoro el budín". Y la idea de tener un budín embellece su bello rostro estropeado de delincuente como el crepúsculo el de una niña sentimental. Para éste, el "afuera" ya no existe.

4

ASCIENDEN un piso más para llegar a las celdas individuales. El señor de Andergast no desea ver más que ejemplares típicos. En la primera celda, que tiene la forma de una cueva, se aloja un asesino, un criminal por celos, un hombre de talla esbelta, de rasgos melancólicos, tuberculoso en primer grado. Lo observan por el judas: está sentado delante de su mesa, profundamente abstraído; cuando se abre la puerta, se pone de pie de un salto y se cuadra con rigidez militar; llaman a esto una actitud digna y por ello es bien visto. Una marioneta que sabe ocultar su desesperación interior hasta la total extinción de su personalidad. El jefe de carceleros, cerrando la puerta de hierro, da informes totalmente objetivos: "A menudo se lo oye suspirar muy fuerte, por la noche, durante horas seguidas". Pasemos al caso siguiente: un hombre, un coloso, culpable de violencias y que participó en la tentativa de evasión de octubre último. Había conseguido una barra de hierro con la cual quería aplastar al guardián al ir al baño; sería esa la señal para los conjurados. Pero sucedió que ese día el guardián de turno era precisamente aquel que hacía ya tiempo, a escondidas, le había pasado tabaco de mascar; entonces no pudo golpearlo, la barra de hierro se le cayó de las manos. Está parado contra la pared de su celda y mira entre los párpados semicerrados. Desde su ventana ve a lo lejos, en el campo, un manzano en flor, solo, destacándose delicado y lejano contra el minarete de una casa, en el fondo del valle; este hombre permanece allí, apoyado en el muro, desde el mediodía al crepúsculo, sin moverse, mirando el lejano manzano. Cuando el carcelero abre la puerta, sólo hace un movimiento con la cabeza, como si estuviese ebrio de sueño y sus ojos parpadean, parpadean. Mientras estaba "afuera", no conoció emociones semejantes: ¿qué era para él entonces un manzano florido? No le prestaba ninguna atención, y ahora se ha hecho a sus ojos algo inmenso, es el símbolo de todo aquello de que está privado y de todo lo que ha dejado escapar, así como para su vecino de celda, el canario que se le ha permitido guardar y cuidar. Está condenado a perpetuidad, ha matado y luego despedazado a una niñita de ocho años, pero quiere tanto a su canario que sus ojos se llenan de lágrimas cuando lo mira. Los muros de su celda están adornados con fotografías de toda índole, ilustraciones de diarios, una pequeña madona en colores; son todos obsequios en premio a su buena conducta; cada una de esas cosas le toca en lo más íntimo, y puede permanecer horas y más horas en contemplación delante de cada una de ellas. Saluda a los visitantes con una sonrisa de niño, que no deja de ser inquietante; por seductora y natural que parezca su sonrisa, recuerda las divagaciones de un afiebrado; el hombre tiene anudado alrededor de la cabeza un pañuelo; el administrador le pregunta lo que tiene y responde de buen humor que ha ido esa noche a la kermesse de Kressa. Y ríe. Apoya sus labios en las varillas de la jaula y atrae al pájaro; la bestezuela está bien amaestrada, le ha enseñado a darle un beso; se aproxima revoloteando y pasa su pico entre los labios del asesino. Uno se siente trasladado a una escena estúpidamente sentimental de un folletín por entregas, cuya finalidad fuera poner en descubierto el lado humano de los criminales más abyectos, lo que quizás queda en ellos de la indeleble marca divina. ¡Pero qué horrible es, cómo todo eso es intraducible! ¿Es posible que Dios lo comprenda?

Llegan a los dormitorios. El administrador muestra al señor de Andergast la ventana por la cual dos detenidos se evadieron hace dieciocho meses, quedando un tercero

Librodot

aprisionado entre los barrotes. por los cuales ya había pasado la cabeza, el pecho y los brazos, pero que quedó detenido por las caderas; sus compañeros dé cuarto no pudieron desprenderlo y así, desde medianoche a la mañana, permaneció con el cuerpo desnudo, embadurnado de grasa, suspendido encima del abismo, sobre el cual sobresalía como una viga, y gimiendo por sus torturas. Los otros dos habían corrido, desnudos, en el frío invernal, por el camino; habían penetrado en una casa de campo deshabitada. tomaron en ella alguna ropa y desaparecieron. El administrador, midiendo con la mano el espacio entre los barrotes; declara que resulta un enigma para él que un adulto haya podido comprimirse lo bastante para pasar entre ellos, cuando un gato apenas puede hacerlo. El señor de Andergast hace esta observación: "Parece que el instinto de libertad da a las gentes capacidades sobrehumanas". El administrador y el jefe de carceleros aprobaron en silencio, pero el señor de Andergast siente que sus palabras son triviales e insignificantes; desde que se encuentra en el establecimiento, tiene la penosa impresión de no estar a la altura de su cargo, no recuerda un solo instante en que se encontrara tan turbado, lo que se ve en su palidez, en su paso inseguro; camina pesadamente como si tuviera plomo en los huesos. Cuarenta camas en un cuarto, sesenta en la pieza vecina; de pronto ve las camas unidas y superpuestas, percibe esto de golpe y con voz sorda, en la que se transparenta su descontento, dice que esa disposición es intolerable; los dos centinelas ríen a escondidas; las facciones del jefe de carceleros, llenas de gravedad viril, marcan una inquietud basada en la experiencia; el administrador murmura "Es un foco de infección", frase que también irrita al señor de Andergast por su chatura. Su frente se empurpura como si la cólera ascendiera en su interior, lanza aún una mirada sobre los lechos vacíos superpuestos, impresionado por una visión de horror que exaspera el sentimiento de su dolorosa insuficiencia hasta hacerlo sentirse culpable; con la mano se cubre los párpados, y no quiere ver más esas camas que le presentan hombres bajo el nauseabundo aspecto de una mucosidad repugnante que amplían la perfidia y la voluptuosidad, el interior del pecho como una porción limitada de tinieblas con un músculo palpitante en medio, al cual, por un juego vano y frívolo, los poetas y los místicos siempre hicieron el receptáculo de todas las virtudes. Exemplum docet, se dice el señor de Andergast entrando en la celda del temible Hiss; no hay necesidad de abrirla, porque el limosnero del establecimiento está en ella y un guardián, hombre joven de rostro brutal, roído por una eczema, monta guardia en la puerta. El médico de almas saluda al señor de Andergast. Con su cara arrugada y su mechón blanco, parece un pescador noruego. Pero en él, como en la mayoría de sus semejantes, son engañosas las exterioridades de la autoridad eclesiástica, que ponen en torno a su frente un nimbo luminoso. Esa autoridad que antaño les daba alas, está ahora casi totalmente agotada, se han dado cuenta de que no puede quitarle a esa montaña de desolación más que algunos granitos de arena, que la galería que abren en ella los hunde a ellos mismos día a día; ;.:e han cansado, ya no tienen fe en su misión y cumplen sus funciones como empleados, porque el Estado les paga para ello. "Un caso desesperado", le murmura al señor de Andergast, designando al penado con un movimiento de hombros, y sobre su rostro se extiende esa expresión de disgusto excesivo que experimentaría un. hombre a quien se incitara por centésima vez a arrancar de la tierra un árbol con sus raíces. Hiss está allí, con el busto recogido, la boca plegada en un gesto de maldad en su rostro amarillo limón; la frente huidiza está perlada de gotas de sudor, sus ojos amarillentos como los de una pantera están fijos en el pastor con una expresión de odio insondable, y cuando el administrador le dirige la palabra para preguntarle si ha comenzado a escribir, la mirada se dirige hacia él con la misma expresión de insondable odio. "No pude hacerlo -gruñe ásperamente-. ¿Cómo podría escribir? Hay del otro lado uno que no deja de aullar en su jaula; es como para peder la cabeza"... La mirada de odio se desliza por los rostros que lo rodean, la espalda se encorva más, la pantera bruta y peligrosa puede surgir de un instante a otro de ese ser que ya casi no tiene nada de humano. El señor de Andergast retrocede involuntariamente un paso, abandona la celda sin decir nada; el carcelero ha abierto ya la siguiente: el hombre que la ocupa es aquel "que aúlla en su jaula"; sufre en ese momento una pena disciplinaria, está encerrado por tres días en una jaula de hierro, y,

Librodot

agachado en la semioscuridad, sacude de tiempo en tiempo los barrotes como un gorila, lanza alaridos cada tanto de modo lastimero, como una vaca que llama a su ternero al cual llevan a la muerte. El jefe de carceleros le grita con tono severo: "Lorschmann, si no se queda tranquilo no comerá mañana.", a lo que responde un ruido semejante a un chirriar de dientes que viene del cuerpo del enjaulado, como si tuviese entrañas de hierro herrumbroso. Aquí "el hombre" está totalmente aniquilado; "el hombre" cuya grandeza se celebra, su aspecto exterior mismo, ya no es más que una caricatura. El señor de Andergast está parado frente a la puerta de la celda como si él mismo fuese un prisionero. ¿Por qué esas cosas son tan nuevas para él, tan espantosamente inauditas? ¿Hay en esos ojos una nueva acuidad o bien el rayo de la linterna sorda habría caído sobre ese cuadro infernal, como últimamente sobre el cerebro del personaje aparecido en el espejo de la habitación de Violeta?

5

LAs tres. El señor de Andergast ha almorzado en el restaurante de Kressa, es decir, pagó una serie de platos y sólo tomó dos pocillos de café. Abren la celda del penado 357 y echan el cerrojo detrás suyo. Un hombre sentado junto a una mesa se levanta con la rapidez que exige el establecimiento y con la cual mantiene en pie a su mundo; permanece parado y espera en silencio. Casi llega al cuello del señor de Andergast; el traje gris de los presos flota alrededor de su escuálida silueta. Su dorso se conserva muy recto y tampoco su cabeza está encorvada. Su tinte gris no se distingue del color del traje; sobre una frente elevada se adhieren los cabellos sin cortar, blancos como la nieve. La celda tiene cinco muros, contiene la cama de hierro y un estante con algunos libros. La ventana da sobre el patio; abajo, cincuenta presos marchan en ronda silenciosamente. Es el paseo reglamentario. En el patio no hay lugar sino para cincuenta. Son necesarias cinco horas para que ocho equipos puedan hacer su paseo cotidiano. Se oye ascender el ruido de los pies arrastrándose sobre el pavimento y creeríase que es el viento que pasa entre velas tendidas y que las hace ondear.

"Sin duda, usted no me recuerda", comienza el señor de Andergast, con tono convencional. No parece intención suya anudar el presente con el pasado, ni tampoco sondear un estado de ánimo. Con el mismo formalismo, pronuncia lentamente su nombre y su título. Maurizius, que hasta ese momento no se ha movido, levanta un poco el mentón, como si acabase de recibir un golpe. Como da la espalda a la ventana, no es posible distinguir la expresión de sus ojos, que se destacan como dos círculos negros en su rostro alargado. El señor de Andergast toma asiento en la silla y espera que Maurizius, a quien ha invitado con un ademán, se acomode en la cama. Sin embargo, éste vacila. ¿Qué le hace merecer tal distinción?, pregunta con la lengua pastosa, que hace comprender que no la emplea a menudo. El señor de Andergast está sentado, inclinado hacia adelante, con las manos cruzadas sobre sus rodillas. Su ojos violetas han recobrado su ardor y su brillo. "Esto no puede explicarse con una sola palabra". Repite su ademán invitando al otro a que se siente y de nuevo une las manos. Un silencio. Entonces el señor de Andergast, con los ojos fijos en el suelo,, dice que su visita no reviste ningún carácter oficial, que le fue inspirada por consideraciones personales. Finalmente Maurizius se sienta en la cama, prudente, como para no perder una sílaba. Ahora que la plena luz del día cae sobre él, su rostro tiene un aire espectral. Uno podría creer que por sus venas corre sangre blanca; la nariz hundida, la boca de un corte completamente atractivo, casi graciosa y duramente cerrada. Los ojos ya no son círculos negros, sino marrones, de color café, y tiene una mirada suave, persistente y triste.

"Consideraciones personales. ¿De qué índole?" El señor de Andergast prodiga toda su atención a la uña del dedo mayor de su mano derecha. Luego, con un parpadeo que expresa

una sinceridad infantil (en realidad y por afectado que sea, es el parpadeo de Etzel), dice que se trata de medidas eventuales. Y Maurizius, apenas interesado, repite: "¿Medidas de qué índole?" No tiene por qué desconfiar. ¿Acaso renunció Maurizius a toda esperanza? Lentamente levanta la mano, la coloca sobre su cabeza blanca y, en ese gesto, aparece al

Librodot

señor de Andergast el viejo Maurizius, tal como lo vio delante suyo, con la mano en la coronilla. ¡Qué misterio el de la herencia! Las particularidades exteriores que la naturaleza ha transmitido de padre a hijo son mucho más convincentes y a menudo también más verdaderas que las particularidades morales. Maurizius contesta con vacilación, aunque con bastante firmeza, que jamás, en ningún instante, en ninguna circunstancia, abandonó la idea de una rehabilitación. El señor de Andergast hace girar un índice en torno al otro. ¿Rehabilitación? No es posible pensar en ella, a lo sumo sería a muy largo plazo. Esta posibilidad, aun existiendo, no habría provocado la entrevista de hoy; había que encarar la situación, explica, en su realidad, y para hacerlo apenas existía un solo camino. Y este camino no era practicable sino por medio de una condición, que se le unía como la línea a la caña de pescar. "Comprendo", dijo Maurizius. "Creo, efectivamente, que nos comprendemos", afirmó el señor de Andergast. Un silencio.

"He aquí otra tentativa que conduce al fracaso -prosiguió Maurizius con su voz no ejercitada, y con las cejas contraídas, mira sus rodillas-. Desde que estoy en esta casa muchos lo intentaron ya, poniendo todos su punto de honor en alcanzar ese único fin: directores -pues el hecho de que ahora tengamos un administrador es una novedad-, cuatro directores, entre ellos un antiguo coronel; luego esos señores de la administración penitenciaria, e incluso hubo uno del ministerio que vino varias veces a verme, y, naturalmente, más que todos, los eclesiásticos. El pastor Porschitzky, el que tenemos ahora, es el séptimo que vino a verme (cuenta mentalmente); sí, el séptimo. Uno de éstos, no recuerdo ya si fue el tercero o el cuarto, se llamaba Meinertshagen, permaneció dos días y dos noches sin salir de mi celda. En el mismo tiempo y con menos esfuerzos, habría podido convertir a toda una aldea de negros. Finalmente, uno habría dicho que me había triturado el cráneo a martillazos. Entonces, en mi desesperación -en esa época aun era capaz de caer en la desesperación por cosas de esa suerte-, en mi desesperación le dije: "Señor pastor, cuando Moisés hizo brotar agua de la roca, hizo un milagro. También usted quiere hacer un milagro conmigo, pero lo que desea hacer brotar por arte de magia tendría que hacerlo entrar en mí también antes por arte de magia. ¿Cómo un hombre va a confesar un acto que jamás cometió?" Entonces el pastor renunció a ello, pero a partir de ese día, no existí más para él. No me creyó. Nadie me cree".

La fisonomía del señor de Andergast expresa un pesar un tanto enfático. No quiere dejar que se sospeche que tampoco él lo cree, pero Maurizius sabe perfectamente que no le cree. Provisoriamente es dable entenderse con él, acordándole una atención cortés. Ya es mucho que haya abordado por sí mismo ese tema, y de ningún modo desearía perturbarlo con sus efusiones. El señor de Andergast sabe que el menor impulso dado a gentes condenadas desde hace años a la soledad, las hace caer, incluso cuando sólo se las anima a hablar con un mirada, en una expansión realmente automática. Es un bienestar que las libera, hasta cuando únicamente uno se limite á prestarle atención y aun cuando no puedan oír las réplicas de un interlocutor. Pero diríase que Maurizius adivina ese cálculo de su visitante. "Es posible que sepas muchas cosas - parece decir el temblor fugitivo de su boca-, ¿pero qué sabes de esos largos, larguísimos años, qué sabes del tiempo? Que el tiempo sea en el presente, he aquí algo que no saben unos ni otros; sólo saben ustedes que ha sido. El presente es para ustedes un espléndido relámpago entre dos tinieblas; para mí, está hecho de tinieblas infinitas, entre un fuego que se ha desvanecido detrás del horizonte y otro cuya aurora espero. Una espera eterna, eterna, esto es mi presente, y mientras tenga que esperar, hasta lo invisible, en lo incierto, estaré en el presente. Sólo conoce el infierno aquel que realmente ha comprendido lo que es el presente". Como los párpados de cera de una marioneta, se abrieron los de Maurizius; diríase que ahora solamente comprende a quién tiene delante, que es el mismo hombre que antaño, hace mucho tiempo, lo empujó a ese abismo con una energía inhumana e inexorable. "¿Cómo es posible que aun vivas? -parece preguntar su mirada que hurga en el interior, mientras que con sus dientes blancos extraordinariamente pequeños muerde su labio superior-. ¿Cómo es posible que estés aquí en mi presencia con tu inactualidad? Es algo así como si se tuviera delante a Atila o Iván el Terrible y que los que se encuentran "afuera"

Librodot

pudiesen participar en esa inmortalidad de los que conocen el presente". Como el señor de Andergast persiste en su silencio solícito, remitiéndose a un sortilegio cuyo poder conoció en casos análogos (parecería que hasta aquí su convicción personal no sufre la más ligera sacudida y que no siente que está irremisiblemente minada), Maurizius retoma sus últimas palabras: "No, nadie me creyó -dice hablándose a sí mismo-; bastó una acusación para que fuera culpable. Por aquellos tiempos tenía muchos amigos, podía llamarlos amigos desde el punto de vista de mi vida de entonces, pero desde el día en que caí bajo el golpe de la acusación, se dispersaron como paja en el viento. Yo les dirigía sin cesar la mirada, sin poder comprender... Semejante abandono... Sin embargo, nunca les hice daño, no traicioné a ninguno, creí que no era posible que no me conocieran; cada uno tiene, por así decirlo, un "standard" moral, tantas cosas nos habíamos confiado unos a otros, ningún repliegue del alma había quedado oculto, uno se imaginaba... y ni uno... ni uno, como si de pronto yo hubiese surgido con un nombre extraño... en otro mundo..." "Olvida usted a alguien -le recuerda el señor de Andergast-; creo que su padre nunca dejó de creer". No se resuelve con gusto a hacer una observación que revela demasiada familiaridad, pero ante todo se dice que está allí para disimular, y luego su enfrentamiento comienza a cautivarlo, hay en él una mezcla de precisión y amplitud, de frialdad y de fuga que uno adivina voluntariamente -frenada, que fuerza su atención y hace desvanecer la indiferencia desconfiada en que se había envuelto. Maurizius hace una señal apenas perceptible con la cabeza. "Sí, es cierto -responde-; mi padre, sí, él... pero un padre no cuenta. Hay una diferencia entre los vínculos de la sangre y los demás vínculos. Cuando un hombre es de los suyos, tal cosa no prueba nada a nadie. También Elli habría..." Se calla de súbito, sacude la cabeza. Ese "también" era seguramente extraño, un ejemplo extraño que evita explicar. El señor de Andergast saca su cigarrera, la tiende abierta a Maurizius, quien toma un cigarrillo con ávido apresuramiento. El señor de Andergast le da fuego, enciende otro cigarrillo para él y durante un instante se miran, fumando en silencio. El señor de Andergast reflexiona con esfuerzo. Finalmente, como si hubiera comenzado a tener dudas y esperara ser puesto sobre una pista, lanza esta pregunta: "Si tengo que admitir que usted no disparó -observe bien que no tengo que admitirlo, sólo trato de colocarme en su punto de vista-, ¿quién entonces, en su opinión, pudo hacerlo?" En sus labios hay una sonrisa amable, seductora, y los ojos violetas casi tienen una mirada buena. Maurizius lo observa. Sus cejas se levantan desdeñosamente, lo que forma en su frente una arruga profunda. Pasa alrededor de un minuto y medio, mientras su rostro se ensombrece como en un acceso de mudo furor. ¿Acaso esa pregunta formulada miles de veces con el mismo tono, con el mismo escepticismo, ese mismo aire triunfante de juez y verdugo lo transforma de ese modo? Es poco probable. Ha aprendido a tener paciencia, Conoce la paciencia de los interrogadores, frente a la cual se ha endurecido su corazón y cerrado su oído. La pregunta ya nada toca en él, no podrá hacer salir de su retiro a nada de lo que oculta, ni hacer derretir nada de lo que en él se ha petrificado. No contestarla jamás, bajo la presión de ninguna tortura moral ni física, no responderla jamás con una mirada, ni un suspiro, ni un gesto, es algo resuelto desde hace ya dieciocho años y siete meses. Los demás se rompen los dientes en ese granito. Pero no es eso lo que lo perturba, sino la presencia de ese hombre. De pronto lo comprende: "ese que está sentado allí es su adversario; a setenta y cinco centímetros de ti, está quien te ha hecho maldito, quien te perdió, el hombre inhumanamente inexorable y no un simple representante de ese hombre -han venido muchos de tal jaez-, sino él mismo, en persona". Fatalidad y encarnación del destino. Todo lo de "afuera" condensado en un solo individuo, el mundo, la humanidad, el tribunal, el juicio, todo lo que ha soportado, todo aquello en lo que ha pensado en ese cuarto, todo ese presente eterno, todas sus noches de insomnio, las desesperaciones mortales, las humillaciones, privaciones, angustias, deseos mortales, la concupiscencia de la vida, la concupiscencia de la carne, todo el botín de la vida, todo esto encarnado en un solo hombre. Tiembla de horror al sentirse tan cerca de él, tan cerca como a veces se ve aparecer, en las brumas de una pesadilla, a un adversario. Arreglar cuentas con él sería satisfacer un deseo inconscientemente nutrido durante dieciocho años y

Librodot

medio. Pero primero hay que calmarse. Es necesario que no resucite en él el hombre que era antes. Adivina que no hay ninguna prisa con éste, y dice tranquilamente: "Un juez tiene por misión mostrarme mi culpabilidad; pero que yo deba demostrarle mi inocencia, cuando me resulta imposible, es algo que va contra el sentido común. Existen naciones que han comprendido esto desde hace mucho tiempo, y por tal causa son grandes. La excelencia de una nación está en relación directa a su justicia".

6

EL, señor de Andergast se pone de pie y se dirige a la ventana. Aplastando su cigarrillo contra el reborde, reflexiona sobre la manera como tendrá que comportarse en adelante. Sentíase perturbado y a la vez un poco cohibido. Con una contrariedad perfectamente simulada, dice: "No adelantaremos nada por ese medio; está usted resuelto; naturalmente, había que esperarlo. No tengo la intención de competir con los pastores. Sería esta una empresa absurda en la situación a que han llegado las cosas. Como mi visita no es oficial, como ya se lo expresé, no me permito tampoco poner en duda sus propósitos, sin lo cual podría responder: una ficción con la cual uno se ha obstinado en vivir es un tirano que se niega a ver y a escuchar. Pero dejemos esto. Considero un acuerdo entre nosotros". Callóse algunos segundos para observar el efecto de sus palabras; Maurizius no se movió ni respondió nada. Continuó en tal actitud, y en el timbre de su voz advertíase que estaba sumamente irritado: "En cuanto a nuestro procedimiento judicial, está usted equivocado, como la mayoría de los profanos. La ley prescribe expresamente a los jueces la presentación de la prueba de culpabilidad. Todo acusado pasa por inocente en tanto que no se haya establecido innegablemente su culpabilidad. Es uno de nuestros principios jurídicos fundamentales y no existe un solo tribunal que no lo observe".

Maurizius levantó ligeramente la cabeza. Su actitud y su expresión estaba marcadas por una muda ironía. Sonrió, quizás de la forma jurídicamente retorcida de la explicación, del

empleo pedantesco de giros tales como "en cuanto... procedimiento judicial...", o. quizás del tono doctoral con que su interlocutor defendía una institución que no poseía más que un simulacro de existencia; surgida de pandectas polvorientas, solamente sobrevivía, en efecto, en la cabeza de algunos hombres que han sacado de fórmulas artificiales conceptos con los cuales han contraído una simbiosis de fantasmas. Levantando los hombros dice: "Ese principio existe en el papel, no es posible negarlo. Muchas cosas están escritas, ¿pero llegaría usted a afirmar que se las pone en práctica? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por obra de quién? ¿Sobre quién? Espero que usted no creerá que saco conclusiones de mi propio caso, de mi propio destino; no estoy para nada en causa. Mi inocencia, ¿una ficción? ¡Ah, bien, sí! ¿Toma realmente esa ficción por un sistema que consiste en enceguecerse y taponarse los oídos? Debería ser para usted un consuelo decirse que esa pretendida ficción me ha evitado durante dieciocho años y medio que me diera cuenta claramente de lo que pasaba y aun pasa alrededor de mí, y en este mundo, en un. mundo semejante". Había hablado sin ninguna pasión, más con la frialdad del agotamiento que con violencia, y sin embargo se había levantado y adelantado un paso. En un mundo semejante; este grito brotó de las profundidades de la tierra de las tinieblas absolutas; pero brotaba sin esperanzas de ser escuchado -incluso sin un esfuerzo para serlo- sabiendo perfectamente que millones de veces ya había quedado sin eco. Mientras prendía una mano a la obra como los anillos de una cadena, con un movimiento que parecía serle habitual y nacía de sus ensoñaciones solitarias, sus ojos color de café se fijaban sin tregua en el mentón del señor de Andergast, sin levantar la mirada, lo que causaba un extraordinario malestar al señor de Andergast, tanto como si se lo hubiese hecho pasar bajo una medida demasiado pequeña. "Como dije, no considera mi situación personal -continuo Maurizius-. A mis ojos; claro está, mi destino tiene la misma importancia que el sistema solar, pero como experiencia no es, a pesar de eso, más que un caso aislado. Pero no poseo sólo mi propia experiencia, sino también la de otros mil más; he oído hablar de

Librodot

mil jueces. he visto mil delante de mí, he podido examinar la obra de mil de ellos y todos se reducen a un solo y mismo tipo. Ante todo es el enemigo. Considera realizado el acto; el hombre no le reconoce sino un mínimo valor. El acusador es su dios y el acusado su víctima; el castigo es su finalidad. Si alguien tiene la desgracia de comparecer ante el juez, está perdido. ¿Por qué? Porque el juez anticipa a la pena la puesta en la picota, por medio de la desconfianza, el sarcasmo, el desprecio, la mancilla. Si su víctima no consiente en serlo, la aplasta tan pesadamente que queda marcada con hierro al rojo. Entonces el juicio no es más que el punto sobre la i. Es un caso, un trozo de gravura. Es cierto que la ley le exige que mantenga en equilibrio la balanza, pero él arroja sin vacilar todas sus pesas en uno de los platillos, en el que soporta el acto cometido. ¿Quién le ha dado el derecho de no separar el acto del malhechor, quién lo autoriza no sólo a condenar al culpable -bien, condenar, es quizás su papel-, sino también a vengarse en el? ¡Juez!, este término tenía antaño un noble significado. Era la más alta dignidad en la sociedad humana. Conocí personas que me contaron que a cada interrogatorio sentíanse transidas de espanto hasta en sus órganos

más íntimos, como si de pronto se encontraran al borde de un profundo abismo, Todo sumario se basa en la explotación de viejas tácticas, que en la mayoría de los casos se consiguen con medios tan desleales como los subterfugios a los que recurre la víctima acosada. Pero al mismo tiempo el juez y el ministerio público pretenden la omnisciencia, y discutir la omnisciencia es desencadenar una vindicta sin merced, de modo que sólo los hipócritas, los cínicos y aquellos que ya no tienen el menor recurso, encuentran gracia ante ellos. ¿Dónde está, pues, la comprensión equitativa, dónde la protección que exige nuestra ley? La ley, sólo sirve de pretexto a las instituciones crueles que se han creado en su nombre, ¿y cómo uno podrá inclinarse ante un juez que rebaja al culpable al rango de un animal maltratado? La bestia grita, se enfurece y muerde; los que están fuera tiemblan de espanto y dicen: "¡Alabado sea Dios! Nos hemos librado de él". Es horrible esta manera de librarlos; algunos lo perciben, pero pretenden que nada se puede cambiar, y si la pretenden es porque aquellos que viven en el cielo no tienen la menor idea del infierno, incluso después de haber oído hablar sobre él durante días. La imaginación es impotente para figurárselo. Únicamente quien se encuentra dentro puede comprenderlo".

"Creo que usted divaga -dice el señor de Andergast con un ligero cansancio en la voz-. Las consecuencias que un crimen produce en el alma de un criminal no pueden constituir un reproche contra la colectividad. -La equidad de un castigo no se mide por lo que pueda tener de tolerancia para el sujeto, ni por la actitud de quienes lo dicten. En resumen, esa institución humana es transportada, por sus representantes, de la esfera de la teoría a la de la práctica imperfecta; nuestra tarea es buscar la mayor aproximación posible, y eso es todo. El sufrimiento que se halla entre los dos, incluso el más lamentable, acaso justifica la indignación, pero no puede sacudir el edificio. Como no puede esperar que adopte su posición, pierde tiempo con esas descargas a fondo, o más bien, pierde el mío, lo que es más lamentable". Maurizius contrajo irónicamente los labios. Su aspecto decía: "Sé que son vanas las palabras; ¿para qué sirve esto?" Sin embargo, lo sobreexcitaba ver a ese hombre delante de la ventana. No podía dejar de mirar continuamente en esa dirección, no se atrevía a mirar hacia otra parte. La voz que venía desde allí le parecía transmitida por un megáfono; naturalmente, no era más que una ilusión de sus sentidos exacerbados, enfermizamente tendidos para escuchar con atención, pues el señor de Andergast hablaba con voz contenida a causa del limitado espacio en que se hallaba, pero con una frialdad que, por el esfuerzo que hacía para parecer bondadoso, no resultaba sino más sensible. "¿Y qué quiere, pues?", -requirió Maurizius ásperamente, dejando caer la cabeza sobre el pecho, como hacen casi todos los penados que esperan un fallo de sus superiores. El señor de Andergast reaccionó vivamente, como si la pregunta lo liberara positivamente: "Voy a decírselo: el escaso interés que pongo en sus discusiones teóricas está en proporción inversa al que pongo en su persona. Para hablar con franqueza, estas últimas semanas me he ocupado mucho de su caso. Naturalmente, tenía una imagen muy precisa de usted. Antaño tuve oportunidad de observarlo y de

Librodot

fijar mis comprobaciones. Este nuevo estudio de los legajos no ha traído a esa imagen ninguna modificación esencial. Ahora bien, vengo aquí y encuentro un hombre que no tiene la menor semejanza con el Maurizius de 1905 y 1906. No trataremos de buscar la causa. No podría hacer entrar en ella el tiempo transcurrido como factor de esa transformación, salvo que supiera lo que se ha modificado en mí mismo durante ese período. Admitamos, pues, que también yo no tengo ya mucha semejanza con el substituto Andergast de entonces. Asimismo desearía saber cómo el Leonardo Maurizius de quince, de dieciséis años, se refleja en el de hoy, y entre ambos lo que experimenta el de veinticinco por el de quince. Sí, he aquí lo que quisiera saber. Uno sacaría de este conocimiento, en mi opinión, aclaraciones muy útiles; esto arrojaría cierta luz sobre el problema de la evolución moral".

Maurizius tendió el oído. "¿Por qué dice aclaraciones útiles? (Tal es la idea que en primer término cruzó por su cabeza). ¡Con qué reserva, con qué hermetismo se expresa!" Ese hombre parado junto a la ventana lo inquietaba cada vez más. De súbito su mirada penetró en su interior. Percibió allí una mezcla de suficiencia y de incertidumbre, de autocratismo y debilidad, de inexpugnabilidad contradicha por un impulso inconsciente que lo llevaba, contra su propio cuerpo, junto a su interlocutor. Y esa mezcla lo llenó de estupor. Gentes como él poseen una sensibilidad aguzada, muy distinta a la de aquellos en quienes está gastada por continuos frotamientos; reflexionó un momento: "En aquella época circulaba una novela francesa famosa: Peints par eux mémes -dijo entonces-; nos la trajo Waremme, la leímos, es decir yo y... pero esto nada tiene que ver con el asunto. Recuerdo que era muy buena la descripción de la manera con que se revelaban las personas en sus cartas. Sin que se lo desee, hablando con propiedad, todas las cosas que suceden engranan unas en otras como ruedas dentadas; de un vicio se desprende una virtud y delante de la intriga la cobardía. Casi siempre sucede así. El mejor de los espejos es aquel que lo refleja a uno en el momento en que se quiere hacer caer a otro en la trampa. Perdone mi verborrea, no puedo evitar que piense en una cantidad de cosas al mismo tiempo. Cuando comienzo a hablar, mis pensamientos se dispersan a los cuatro vientos como palomas asustadas. Lo que usted me pregunta es realmente sorprendente para mí. Para conocer mi persona, no necesita, sin embargo, de medios tan indirectos. En otros tiempos, al menos, usted fue a buscar en mi vida, en los hechos positivos, todo lo que valía la pena ser conocido a expensas mías; el resto fue obra de un maravilloso talento para las combinaciones. Haciéndolo así, podía pasársela fácilmente sin mí e incluso mi presencia le habría más bien molestado en su trabajo". El tono sarcástico y mordaz de estas palabras hizo que el señor de Andergast levantara altivamente la cabeza. Pero como Maurizius permanecía con la frente baja, esa advertencia se le pasó por alto, y prosiguió: "Existe un retrato mío de los veintiséis años, que le puedo reproducir con exactitud y que seguramente reconocerá, pues usted mismo lo trazó. Fue el 21 de octubre de 1906, en la sala del pretorio... ¿Diré trazado, expuesto? Es cierto que estaba hecho con palabras. ¿Quiere que se lo repita? Escuche: un hombre de gran inteligencia, de un espíritu vigoroso y ágil, de una cultura acabada, ofreciendo un mínimo de resistencia a las tentaciones de una época corrompida y amenazada de un próximo hundimiento moral. Tengamos en cuenta los síntomas, señores jurados: que el caso individual no los desoriente acerca de los síntomas, ni el crimen singular acerca de la corriente mucho más peligrosa que lo lleva y contra la cual tienen el deber de levantar un dique de una solidez a toda prueba. Raramente la ocasión fue tan favorable para golpear en la persona de un representante típico de las potencias ocultas que hacen la desgracia de una época, la morbidez de una nación y hasta de un continente y de evitar preventivamente con una intervención enérgica la extensión del mal, si es cierto que se puede curarlo... ¿Soy preciso? Creo que lo soy. Por así decirlo, no falta una coma. Pero esto no era más que el marco. El rostro que rodeaba era mucho más horrible todavía. Sin duda usted se asombra de que mi memoria funcione tan perfectamente; es probable que se diga que muy pocos serían capaces, después de tanto tiempo, de repetir palabra por palabra una ejecución verbal. Sí, después de tanto tiempo. Si alguien me afirmara que hace de eso dieciocho siglos y no dieciocho años, no le discutiría esa diferencia. Meses,

Librodot

años, son ideas carentes de sentido, todo eso no tiene ninguna importancia. Ahora bien, al principio, cuando se me negaban mis libros y, sobre todo en las noches de invierno, cuando apagábanse las luces a las seis de la tarde y yo permanecía acostado hasta las dos, tres o cuatro de la mañana hurgando en el pasado como entre los escombros de una casa demolida, me dediqué a no olvidar esa requisitoria. En efecto, habría podido transcribir cada palabra, decir cuándo fue pronunciada; podría fiarme en mi memoria más que en no importa qué. Cuando acababa de recitarme de memoria lo que conocía de Shakespeare o de Goethe, le llegaba el turno a la acusación. Pero prosigamos: Tenemos que ver con claridad. Nuestro objeto nos exige el mayor esfuerzo. No debe ya subsistir en nosotros la menor duda psicológica sobre la personalidad del acusado y, sin presunción, pero sostenido por el único sentimiento de mi deber ineludible, afirmo que puedo disipar en ustedes toda duda de esa suerte, pues la llave que me abre el secreto de esa personalidad, que tal vez aun no está totalmente aclarada ante ustedes, me la dan el temperamento, las disposiciones y la evolución moral del culpable mismo. Inconstancia e irresponsabilidad, he aquí las palancas de sus actos; la primera lo precipita en el dédalo de sus apetitos voluptuosos, que no dejará de transformarse para él en un jardín de suplicios, si puedo creer en la dignidad de la naturaleza humana, y la segunda lo libra de toda obligación con la sociedad, la familia, el orden establecido. El placer, he aquí la fanfarria que lo embruja y aturde; paga el goce con todo el fruto de su trabajo, con todo lo que ha adquirido, con todo lo que ha llegado a ser, con su corazón, su razón, con el corazón de aquellos a quienes amaba, con su ideal, su porvenir y, cuando finalmente se ha hecho insondable, se convierte en asesino. No queremos ofuscar ni desanimar a quienes en este país dirigen honestamente el buen combate de los intelectuales; no es para derrochar tan fácil y con tanto apresuramiento los altos valores del espíritu que los aventureros han penetrado como ladrones en su dominio y que no ofrecen más que sus vanidades a cambio del tesoro auténtico que les han abandonado confiadamente sus guardianes. Toda noble aspiración lo eleva en un grado en la escala de su ambición; sus manos frívolas, sacrílegas, hacen dinero de las reliquias más sagradas y se sirve de él para comprar falsas divisas; la ciencia no es para tal hombre más que un carnaval, en el cual toma sus diversiones encubierto con una máscara que inspira confianza; para él nada es serio, nada tiene un sentido profundo, y cuando se une a una mujer que le era moralmente muy superior, se quiebra, como una piedra porosa, al contacto del metal puro del carácter de ella. Le molesta esa vergüenza que experimenta delante de Elli; está cohibido por ese reproche tácito que su mujer es para él, y la vista de los sufrimientos de ésta, obligada a reconocer la inutilidad de los esfuerzos que ha hecho para salvarlo, mortifica su amor propio; la derrota que remata la lucha realizada por Elli por salvar su alma, le envenena la sangre; los hombres débiles y malvados que aparecen en la escena del mundo revestidos de un brillante barniz, no quieren ser penetrados a fondo, desean que se los tome por esos comediantes misteriosos y seductores que son a sus propios ojos cautivados de sí mismos, y así las cosas llegaron a donde tenían que llegar. Esa desventurada mujer estaba destinada a ser aniquilada por él, en su cuerpo, eh su dignidad social; estaba escrito en el libro del destino y se habría librado de ella incluso si su situación material desesperada no lo hubiese acorralado en ese último medio espantoso, aun si la pasión insensata y sin esperanza que sentía por la hermana de su mujer no hubiese destruído en él el último resto de buen sentido y de honor". Maurizius retomó aliento. El sudor perlaba sus sienes. "Cito exactamente, ¿no es cierto? -preguntó con cierta cortesía dulzona, con el rostro inclinado y dirigido hacia un lado-. Eso era audaz, era un golpe maestro extraer los móviles de la región en que, para el común de los hombres, resultan más inaccesibles. Que usted les presentara un punto de vista tan elevado, los halagó e hizo dóciles. Hasta ese momento habían creído que esa... esa pasión había sido el único motivo. Desde ese instante percibían algo más diabólico: un asesino elegido por el destino, he aquí lo que percibían. El caso estaba terminado de antemano, ya no había necesidad de pensar más en él. Luego usted comenzó a hablar de Dios, ¿no es cierto? Una vez más tenía necesidad de agrupar los diferentes elementos del monstruo, de demostrar filosóficamnte la disgregación

Librodot

del alma, como usted decía: ¡adónde iremos a parar con semejante equipaje a bordo!, exclamó usted, y haciendo alusión a cierta superstición de la gente de mar, predijo al barco la cólera del cielo si no se amputaba el miembro gangrenado. Dios lo ha rechazado, dijo usted, ¿por qué lo salvaremos? Era muy atrevido afirmar una cosa parecida. Usted no podía, sin embargo, saber con certeza si Dios me había rechazado. Pero bajo la impresión de su magnífica elocuencia, sucedió en el tribunal como sucede en una clase cuando uno de los alumnos es amonestado: todos toman expresiones prudentes y obedientes como si fuesen inmaculados ángeles. El castigo de otro es para ellos una redención".

Maurizius se dejó caer sobre la cama de hierro, apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, de tal suerte que la frente y los ojos se ocultaron. Permaneció sentado completamente encorvado, recogido sobre sí mismo. El señor de Andergast, apoyado en la ventana, con los brazos cruzados, lo observaba con fría curiosidad, detrás de la cual se ocultaba un sentimiento próximo al temor. Esta repetición casi textual de la acusación pronunciada por él media generación antes le inspiraba asombro, pero lo más extraño del asunto era que nada de esa acusación, para él, el autor, le parecía familiar o conocida, aun cuando pudiera juzgar con certeza que Maurizius no la había cambiado ni desfigurado, y que esa acusación lo hería como algo extraño, antipático, incluso desagradable, exagerado, lleno de una fraseología de retórico, un verdadero juego de antítesis. Mientras miraba al penado recogido sobre sí mismo, la aversión que experimentó contra su propia elocuencia, que acababa de oír surgir de otra boca, aumentó hasta el punto de que tuvo que defenderse de una náusea y apretó convulsivamente las mandíbulas. Habríase dicho que las palabras se arrastraban por los muros, como viscosos gusanos, incoloros, espantosos como lemures. Si todo lo que se hacía era tan efímero y tan discutible cuando lo marcaba el tiempo, ¿cómo empeñarse en ello? Si una verdad por la cual se había jurado antes delante de Dios y de los hombres podía convertirse al cabo de un tiempo cualquiera en una mueca caricaturesca, ¿qué era de hecho entonces la verdad en general? ¿O bien sucedía que sólo en él había algo caduco, que el mecanismo de su yo tenía grietas? ¡Cuán inquietantes y equívocas eran entonces su presencia allí toda esa conversación! Era intentar golpearse traidoramente uno mismo por la espalda. Sacó el reloj, hizo saltar la tapa: las cuatro y cinco; pero la idea de recoger su sombrero, de retirarse con una dignidad totalmente oficial y regresar a su casa, sin terminar su tarea, le pareció perfectamente insensata.

Quedóse allí, con los brazos cruzados, y esperó.

7

«TENÍA usted perfecta razón -dijo finalmente Maurizius, siempre con la cabeza gacha. Sus mangas de lienzo habíanse deslizado a lo largo de sus brazos, apoyado de codos sobre la mesa-. Ha tenido una excelente idea al recordarme que hubo un tiempo en que, también yo, tuve dieciséis años. Hace mucho que no pensaba en eso. También debe de tener razón al decirme que uno es producto de su generación; me doy cuenta de ello representándome a Leonardo Maurizius a los dieciséis años. No creo hallar más diferencia entre él y yo que entre dos hojas. Cada generación constituye una raza aparte y pertenece a un árbol diferente. Me pregunto qué son hoy los muchachos de dieciséis años. ¿Lo sabe usted? ¡Bah! Claro está que no le agradará hablarme de tal cosa. Es una edad trágica. Es el gran viraje de la vida. El porvenir íntegro depende a menudo entonces de una simple experiencia realizada a esa edad. Los años pasan. Uno lo olvida; de pronto surge y uno se da cuenta de que es ella la que ha impulsado hacia el camino que se siguió. Cuando cursaba el segundo año del liceo, unos camaradas me arrastraron cierto día a un prostíbulo. Hasta entonces yo había permanecido puro. Apenas sabía lo que es una mujer, mientras los otros ya habían tenido aventuras; más de uno hablaba del amor y de las prostitutas. Fui porque tuve vergüenza de confesar mi inocencia e incluso me mostré particularmente atrevido y emprendedor. En esa casa de tolerancia, una joven me condujo a su cuarto: la seguí como una víctima. Cuando estuvimos

solos, caí a sus pies, suplicándole que no me hiciera daño. Después de haber comenzado por retorcerse de risa, pareció apiadarse de mí, me puso sobre sus rodillas, se mostró muy tierna y luego se echó a llorar. Esto me lastimó el corazón; le pregunté cómo era posible que ella se encontrara en esa casa; me relató su vida, una de esas novelas entristecedoras que todas las prostitutas sirven a los novicios, y cuando se da la oportunidad, a los clientes crédulos, y que repiten sin duda incansablemente, pues es muy raro que no produzcan su efecto. Naturalmente creí en la suya de cabo a rabo; vibraba de piedad y de indignación, y ella misma creyó tanto en su propia fábula que se emocionó hasta las lágrimas. No sólo le di todo el dinero que llevaba encima, sino también le juré que la arrancaría a esa miseria y le procuraría una existencia honorable. Logré sacarle a mi padre una suma importante, ciento cuarenta o ciento cincuenta marcos, si no recuerdo mal; rescaté su libertad, alquilé una habitación en un suburbio y la instalé allí; iba a verla todos los días, le consagraba todas mis horas libres; ponía todo mi dinero de bolsillo a su disposición; elegía para ella libros que creía apropiados y muy literarios en general; le leía en voz alta; me entretenía con ella sobre lo que había leído y tontamente creía poder educarla, reivindicarla, devolverla purificada a la sociedad. Por lo demás, era una gentil muchacha, bastante linda, muy joven y ciertamente aun no corrompida. No manteníamos ninguna relación sensual; era tan estricto al respecto que evitaba tocarla la mano. Y no porque me fuera indiferente, pues estaba seguro de que la amaba y quería convencerla de que se trataba de un "amor puro". Siempre le hablaba del "amor puro"; ella me escuchaba pacientemente; creí que era para ella una revelación. Durante ese tiempo, obvio es decírselo, ella se burlaba del estúpido que yo era y se aburría mortalmente. Aun veo esa pieza obscura, en el subsuelo; delante de las ventanas se veían las piernas de los transeúntes. Al lado había un taller de carpintería y oíase el rechinamiento del cepillo; sentada en el hueco del canapé, ella fijaba en mí una mirada de asombro ausente, cuyo sentido se me escapaba, o bien tenía una sonrisa astuta que tampoco yo sabía comprender; nada me interesaba fuera de mi sueño entusiasta. En resumen, un día me enteré de que ella seguía practicando sin vergüenza su antiguo oficio; en tanto que yo continuaba mi obra de redención, ella recibía hombres todas las noches. Necesité mucho tiempo para reponerme de ese golpe; en el fondo, quizás, uno no se repone nunca. En fin, bien, esto por el joven de dieciséis años, por Maurizius el romántico. Aun no era el satán que usted describió diez años después, sino un romántico "pur sang", sin una escoria, grave y dolorido. Sólo que, vea usted, mi juventud pasó en medio de una decoración teatral. Los que nacieron hacia 1880 se encontraron durante su juventud en una penosa situación. En la familia, en la escuela se nos proveía todo lo que era preciso para las necesidades del cuerpo y del espíritu, según la expresión consagrada: los principios, el ideal a lograr, la pensión mensual -sin pensión mensual no se existía para nadie-, la instrucción. Pero todo esto estaba envejecido, gastado hasta la médula; únicamente la pensión era una cosa sólida. El resto no era más que adorno e imitación barata, desde los objetos concretos: sorpresas de Noel o regalos de casamiento, hasta los sentimientos; admiración por la Antigüedad y el Renacimiento, desde el código de honor de los estudiantes y las fiestas patrióticas hasta el grito de "Un Dios, un Rey". Yo no lo sentía hasta este punto; no tenía una naturaleza rebelde; amaba demasiado a la vida para esto; no la analizaba; sin embargo, esto se siente de una manera u otra; se lo quiera o no, uno forma parte de un todo. Solamente que en aquellos años uno vivía egoístamente para sí, y aquel que no rompía de modo resuelto con su ambiente y con las tradiciones -se daban algunos- lentamente se hallaba sumergido, deslizábase y sólo tenía que ver cómo se las arreglaba en sus horas negras. Entonces, claro está, la existencia era espantosamente desflorada; una presión sombría lo dominaba a uno, parecía que

uno había dejado emparedar su alma y en cambio sólo se tenía -una pobre y pequeña situación miserable y algunos amigos a quienes se asía uno con todas las fuerzas de su corazón. Por puro azar una siembra de idealismo había caído en uno, sin vínculo con lo demás; se era "romántico", es decir de una especie aparte, .y era casi una religión; por otro lado, se podía ser romántico y, a la vez, no embarazarse con escrúpulos. Recuerdo haber

Librodot

salido a los diecinueve años de una representación de Tristán con la embriaguez de sentirme un hombre nuevo y, al mismo tiempo, al llegar a casa, robar veinte marcos del escritorio de mi padre. Las dos cosas se conciliaban perfectamente bien. Siempre se conciliaron. Uno puede jurarle por sus grandes dioses a una joven que se casará con ella y poco después abandonarla cobardemente, y en una hora de sublime entusiasmo, hacer suyas las palabras y la vida de Buda; uno puede quitarle a un pobre sastre su salario y caer en éxtasis delante de una madona de Rafael. En el teatro es posible ser conmovido por Los tejedores de Hauptmann y leer en el diario con una secreta satisfacción que se ha disparado contra los huelguistas del Ruhr. ¡Ah! Las dos cosas se concilian bastante bien. Romanticismo. Romanticismo que no se basa en nada y que carece de finalidad. He aquí otro retrato del artista pintado por él mismo. ¿Lo encuentra más halagador que el suyo? Ofrece al menos el placer de presentar dos caras posibles. El suyo no presenta más que una: es de una cruel inmutabilidad".

Frente a esa necesidad apasionada de buscar en sí mismo, de contarse, que hacía brotar en olas toda una vida, así como las aguas, al romperse un dique, inundan las orillas, un sentimiento de cobarde temor invadió de pronto al señor de Andergast, el temor a una verdad que buscaba -quería persuadirse de ello- y que en secreto deseaba no encontrar. Semejante disposición de espíritu no es rara. Es una reproducción en miniatura de las épocas en que "las dos cosas se concilian", según la expresión del penado Maurizius. Pero, sin duda alguna, se engañaba reivindicando ese rasgo como característico de su generación. ¿O no hacía más que exhalar el fondo de amarga ironía que el señor de Andergast había descubierto en él con tal disgusto? Es poco probable. Allí estaba un hombre encorvado, un ser torturado, quemado por la necesidad de comunicarse, consumido por el deseo de encontrar un oído atento, un hombre dispuesto a descargar su corazón, a exhibir su yo, a dar su testimonio, a hablar y, para retomar forma, a salir de la soledad disolvente que quitaba todo contorno a su personalidad. El señor de Andergast, encogiéndose, lanzó al azar, en medio de un nuevo silencio: "Es muy justo. No tuve, en efecto, posibilidad de elección". Maurizius levantó la cabeza y lo observó fijamente, con aire extraviado: "¿Y si su hipótesis es falsa?", interrogó, con la mirada en acecho, subiendo a lo largo del señor de Andergast. "Es inadmisible", respondió éste, con tono tajante. "¿Inadmisible? Es encantador. Sólo lo supongo: ¿si fuese falsa? Tampoco puede admitir esta suposición. Pero sin embargo, ¿si su hipótesis era falsa?" "¿Por lo tanto, le parece admisible?" "Quizás". "Entonces, ¿por qué guardó silencio? ¿Durante el proceso, tanto en la averiguación como en los debates, en la prisión, durante dieciocho años?" "Quiere usted que le diga por qué?" (De nuevo la mirada en acecho, su mirada sombría, ascendiendo a lo largo del señor de Andergast). "Se lo ruego". "Porque no quería cometer un crimen". "¿Cómo? ¿Qué significa? ... Porque... no comprendo". "¡Dios no quiera que usted comprenda!" (Tuvo una sonrisita burlona).

Cohibido, el señor de Andergast sacó maquinalmente su reloj y maquinalmente hizo saltar la tapa: las cinco menos dos minutos.

8

DE pronto Maurizius se levantó de un salto. "Vamos -dijo entre dientes-, ¿qué estoy disparatando? Olvide esas tonterías. Quería ver lo que usted diría. Es esta una idea con la que juego a veces. Es preciso que no piense en voz alta. Espero que no tomará eso en serio". Permaneció parado, con los hombros encogidos. El señor de Andergast observó tranquilamente, como si quisiera calmar la agitación del penado, que no se trataba de hacer un sumario, pues sabía distinguir entre una confesión, entre la sombra misma de una confesión, y el hábito de los acusados de simularla. Esto era de su parte una injuria consciente, pues quiere irritar a Maurizius e incitarlo a defenderse. Pero el detenido deja escapar un suspiro de alivio. "Hay que guardar silencio -murmura y aprieta los puños con los brazos caídos-. ¿Podemos hacer otra cosa que guardar silencio? ¿Acaso todo el juicio tiene

Librodot

otra finalidad que la de aplastar nuestra dignidad? El silencio es nuestro único recurso. Uno quiere mantener alta la cabeza y se pone rígido, se ahoga, pero guarda silencio; es la única manera de salvaguardar un poco de su pobre dignidad humana". Su mirada se hace fija y se hunde en un pasado lejano; diríase que en su espíritu el presente está hecho siempre de piezas y trozos sueltos, de acontecimientos muy alejados unos de otros y que, sin embargo, sin transición, colocan en un mismo plano la imagen, la palabra, el sueño de ayer y la imagen, la palabra y el sueño de hace veinte años. El señor de Andergast, de nuevo muy tranquilo, objeta que hasta ahora no ha visto a nadie que se obstinara en su mutismo indefinidamente cuando está en juego la cabeza, cuando en ello le va la salvación y la vida; la finalidad del juicio, por la cual siente tanto desprecio Maurizius, consiste precisamente en despojar al acusado de la vanidad, para colocarlo en cierto modo totalmente desnudo frente a su acto y su juez. Maurizius hace un gesto de mofa: "¡Es admirable! -exclama con voz estrangulada-. Usted arregla las cosas con mucha sutilidad; desnudo frente al agente de policía, del comisario, del carcelero de la prisión preventiva, de no importa qué carcelero. Y no es precisamente esto: estar desnudo; usted dista mucho de la verdadera cosa, no es precisamente eso". Se apoya en un ángulo del muro y gesticula nerviosamente. Sólo su nerviosidad recuerda aún a veces el tiempo que precedió a su detención. Abre y crispa alternativamente las manos como si quisiera aplastar con ellas todas las humillaciones que ha tenido que soportar desde el día de su arresto hasta el del veredicto. El tono arrogante de los funcionarios subalternos o, peor todavía, sus guiñadas de familiaridad. Caer en sus manos es perder de golpe todo derecho al respeto. La pulcritud provoca sus insultantes bromas. La superioridad intelectual, sus odios. Ya no cuentan los trabajos y los méritos; lo que uno ha sido hasta ayer se encuentra aniquilado. Al fin les es posible atormentar a uno de aquellos que de ordinario tienen el privilegio de atormentarlos a ellos, y entonces lo hacen con una alegría malévola. ¿Niega su crimen? Artificio sutil. La sospecha sigue siendo sospecha. Y equivale a una prueba. En este punto desdeñan a sus jefes. ¿Por qué? Porque en los grados inferiores de la escala son menores las responsabilidades, y entre tales funcionarios el resentimiento de clase se agrega a lo demás; están convencidos de que, a pesar de la tan pregonada igualdad ante la ley, la gente rica e instruída se conjura secretamente contra los pobres y los ignorantes, y por esto desean, al abrigo de esa misma ley, descargar sus cóleras. Cuando se lo arrestó en el hotel de Hamburgo, el comisario le ordenó que saliera de la cama; no le permitió vestirse y tuvo que esperar, en camisa, que fueran revisadas todas sus ropas, documentos y correspondencia. Durante largos años la expresión de perro de presa de ese hombre constituyó una de las visiones de pesadilla que torturaron su imaginación, así como también el gesto de desprecio con que arrojó al suelo su elegante ropa blanca, su expresión de envidia reprimida y de. venganza satisfecha; esa expresión de pequeño burgués decía mucho sobre todo un mundo, mientras consideraba los objetos de tocador y la cigarrera de oro. Después, la primera noche de prisión en compañía de un viejo alcahuete y de un ladrón sifilítico, la comida, el plato de nabos hervidos que se le entrega a uno con tosco ademán, la pestilencia, la suciedad, esa degradación brutal que lo rebaja a uno hasta la hez de la sociedad, el coche celular, el viaje en ferrocarril, con dos gendarmes, y ensayando ya, por puro gusto, la formulación de preguntas falaces, la prevención, el juez de instrucción ya informado sobre el crimen, sobre todos los entresijos del asunto y a quien ninguna objeción toma de sorpresa; escuchando con el aire de un señor que sabe a qué atenerse acerca de tal o cual testimonio abrumador, imponiendo un interrogatorio tras otro, por la mañana, la tarde y la noche; llevando tan lejos esa tortura que el cerebro termina por ser dentro del cráneo una masa incandescente y dolorosa, tendiéndole a uno trampas prohibidas, procurando espantar con su severidad o de paralizar toda resistencia con una dulzura exagerada, ora prometiendo y ora amenazando, sirviéndose de "chivos", recurriendo a todo el aparato de una justicia tenebrosa, intimidando a los testigos, trabajando infatigablemente en la elaboración de un tejido cuyo diseño ya le ha sido trazado y debe realizar, pues así se lo imponen su cargo y su misión. Entonces uno aspira con todas sus fuerzas a que cese ese suplicio, el corazón agotado incluso

Librodot

suspira de alivio después del martirio de los tribunales; ya uno no ve, ni oye ni siente más nada; no se desea luchar, se ha renunciado a toda resistencia, uno se calla. Todo se hace indiferente. Por eso la prisión en la que uno desaparece luego ofrece al menos durante las primeras semanas el reposo consolador de una tumba. Al fin se han terminado las preguntas, ya no se ven testigos cuya hostilidad uno no comprende, ni se oyen las exhortaciones de los abogados; ya no se siente angustia, ni se oyen juramentos, ni hay firmas que poner al pie de declaraciones arrancadas por la tortura. Es una paz paradisíaca. "Este aparato de la justicia es quizás el más sorprendente monumento de energías humanas conscientes de su finalidad que uno puede imaginar -murmura suavemente, tristemente casi, Maurizius-. Lo acepto, sí, se lo concedo. Es extremadamente ingenioso. Cuando se llega a la cúspide de esa pirámide, el inculpado, que se halla debajo, es aplastado. No quiero negar que se encuentran en ese ejército de cazadores y sus ayudantes algunas personas bondadosas, piadosas, capaces de experimentar sentimientos. Sería de mi parte una ingratitud no reconocerlo. En este establecimiento en particular he hallado hombres cuya bondad, cuya benevolencia me han dado ánimos. Existe, por ejemplo, un tal Mathisson; se lo despidió hace seis años porque entregó clandestinamente a un detenido que se moría una carta de su novia. siempre me consolaba diciéndome: "Paciencia, señor Profesor -siempre me llamaba señor profesor-, y no pierda la confianza, pues vendrá para usted el día de la justicia". Me hizo realmente bien, aunque yo no pudiera compartir su seguridad... no tenía ningún motivo para compartirla. ¡Ah!, y luego otro, sobre todo... pero no le hablaré de él, no puedo hablar de él. Y cuán raros son. cómo deben temblar ocultando sus veleidades de bondad, pues evidenciar simpatía o simplemente piedad es contravenir la disciplina, y como tales cosas se saben muy pronto, se controlan con el mayor rigor. Si uno piensa que todas esas gentes -y no sólo ellas, pues la cosa va hasta muy alto; más vale no hablar del grado que alcanza el mal en la jerarquía; si uno piensa que esas gentes se vengan en nosotros contra aquello que les envenena el corazón, de sus ambiciones fracasadas, sus desgracias domésticas, la insuficiencia de sus sueldos, su rebajamiento social, a veces del fracaso de toda una existencia malograda; cuando uno reflexiona sobre el hecho de que esos empleados subalternos son casi siempre hombres para quienes es un placer atormentar y hacer sufrir nada pueden contra todo ello; la autoridad que retienen y que los irrita, los consuela, pues sus vidas son tan sombrías como el calabozo que vigilan o como los destinos a los cuales presiden-; cuando se piensa en todo esto, uno no puede dejar de preguntarse si los hombres están en condiciones de condenar, de castigar a otros hombres. En el actual estado de cosas, ¿qué significa castigar? ¿Quién tiene el derecho, la calidad para hacerlo? Alguien lo dice, pasa la consigna, la máquina lo retiene a uno, pasa su rueda por el cuerpo de uno: castigado. Es una hipocresía incalificable. Una hipocresía pestilencial. -Un suspiro eleva su pecho como el de un niño que acaba de sollozar-. Pero lo estoy importunando -prosigue con tono descontento, como si lamentase su locuacidad-. ¡Es tan raro poder dirigirse a un jefe situado a tanta altura!... Un jefe superior se encuentra a la luz, ignora lo que pasa debajo". En la mirada que dirige al señor de Andergast brota un pálido brillo en el cual se lee un sentimiento hostil, una bravuconería hosca y, al mismo tiempo, la necesidad de asirse a alguien. Cosa curiosa, el magistrado acepta sin el menor movimiento de reprobación que el penado se dirija constantemente a él como a un igual, sin darle su título. Sin duda le importa poco exigir pruebas de respeto. Casi se daría que ha olvidado su rango, las distancia que los separa. Cohibido y molesto por estarlo, escucha con avidez las palabras de su interlocutor. En más de una ocasión, cree que si está allí, frente a Maurizius, en quien siente a un adversario, es para poner fin a una situación tensa que desde hace tiempo se agrava y amenaza estallar en un conflicto. Entonces comienza a dudar de sí mismo, como si fuera posible que él no pudiera tener razón. Maurizius contra Andergast: ¿un arreglo de cuentas, entonces? Y bien, ya se vería.

Camina a grandes pasos por la celda. Se dirige a la puerta, regresa casi rozando a Maurizius. "Son abusos -dice-, pero usted generaliza demasiado, a pesar de todo. Admito que existe un gran número de imperfecciones; son inherentes a este mundo. El mundo tal cual

Librodot

escaparate de soltura, es bastante imperfecto. No quiero atenuar nada. Pero vayamos al nudo del asunto.

No me creerá usted demasiado ingenuo para dar a las razones que me formula acerca de su obstinado silencio de dieciocho años. 0 bien desea hacer a un lado el tema. Pero se ha traicionado. Se debe a que no quiso cometer un asesinato. He aquí la razón. Argumento extraño en boca de un condenado por asesinato. Está bien, dejemos esto. ¿A quién se aplica esa observación? El enigma me parece de fácil solución. ¿Se trataba de salvar, pues, a Ana Jahn? ¿Desde qué punto de vista y por qué? No retire lo que dijo, no lo haga, acaso Dios mismo ha hablado por usted. Sí, el mismo Dios. No tema nada: diga todo lo que desea decir..." El señor de Andergast no pudo evitar que sintiera un cierto malestar en medio de su patética exhortación. Maurizius ha acompañado con el lento movimiento de cabeza de un perro que no quiere perder de vista ni un minuto a su amo, las idas y venidas del magistrado. Escucha, con los labios entreabiertos, mostrando sus pequeños dientes; escucha el eco de las palabras, baja los párpados: "Ahora se imagina que me ha afectado -murmura con tono de rencor, y agrega en seguida en voz baja y humilde-: ¿Puedo permitirme pedirle otro cigarrillo?" El señor de Andergast se apresura a tender la cigarrera abierta; le ofrece fuego. Maurizius aspira profundamente el humo y lo expele por las fosas nasales. El señor de Andergast se sienta junto a la mesa y cruza las piernas. Absolutamente igual como en el curso de sus inevitables conversaciones con Etzel durante la cena, tiene el aspecto de un amigo bondadoso dispuesto a discutir cuestiones interesantes. Pero en su mirada vacila una imperceptible chispa de inquietud, su frente se congestiona. Los dos hombres se observan sin hablar. "¿Ya estará allá Sofía?", se pregunta el señor de Andergast durante ese silencio. Es para él un tormento imaginar la actitud que adoptará ella para reclamarle su hijo. Estaría dispuesto a cualquier sacrificio para substraerse a esa escena. Felizmente, su tarea aquí ya es bastante difícil.

9

¿NO REGISTRÓ nunca sus recuerdos?", pregunta. La tranquilidad y la paciencia que se impone logran poco a poco sobre Maurizius el efecto de un emoliente. "Nunca sentí

el deseo de hacerlo -replica-. ¿Para qué y para quién? Cuando a fines de 1911 se me autorizó a escribir, preferí entregarme a trabajos de mi profesión, pero me faltaban los materiales y estaba forzado a limitarme a las generalidades. Permanecí demasiado tiempo con la mirada concentrada en mí mismo. Llegué a estar ciego. Quisiera poder hacerle comprender algún día a alguien tal situación... pero no es posible. No es posible. El cuerpo de uno es como un tornillo que se hunde en algo horrible. Pero volvamos a lo que deseaba decir... Sí, durante meses trabajé en una historia del culto de la Virgen, basada en la iconografía. Este estudio me llevó a conclusiones raras, incluso en lo referente a mi propia vida. Mientras escribía, traduje inmediatamente al italiano y al español, dos idiomas que siempre me gustaron mucho. Por un instante, hasta tuve la idea de publicar mi trabajo. Creí que era posible, que tal cosa me sería útil. Pero la idea no duró mucho tiempo. En el fondo, hacía mucho que yo había roto con tal género de distracciones. Un buen día llegó un nuevo director, el coronel Buenniño, nomen non est omen. Me prohibió escribir, confiscó mis libros; también tuve que entregarle mi manuscrito. El coronel no me veía con buenos ojos, no podía soportarme; nunca pude descubrir la causa. ¡Oh!, no imploré, ni discutí: destruí mi trabajo. Después perdí todo deseo de recomenzar". "Nunca me enteré de tal hecho -dijo el señor de Andergast frunciendo las cejas". "Es posible; ¿acaso se sabe alguna vez lo que sucede? Usted mismo se espantaría si se enterara de todo lo que no sabe. No se necesitaba mucho para que el coronel lograse darme el golpe de gracia con todas sus mezquindades; ¿quién se lo hubiera evitado si no lo hubiese liquidado un ataque de apoplejía? Ninguna otra cosa en el mundo habría podido evitárselo. No estaba escrito en las estrellas que yo sería su víctima, y esto es todo. Entonces me entregué a la tarea de cardar lana, de fabricar cajas, cuerdas, de trenzar paja, y durante todo el año 1916 cosí botones a las chaquetas de los soldados". "Tiene

Librodot

para mí bastante importancia que usted se resuelva a redactar una especie de autobiografía; espero mucho de ella. Quizás pudiera servirme para aquello de que le hablé al comienzo de nuestra entrevista. En consecuencia, le daré órdenes al administrador y usted podrá estar seguro de tener todas las facilidades necesarias". Maurizius pareció buscar detrás de esa oferta la trampa que se le tendía. Sacudió la cabeza: "Mi vida es un árbol muerto -continuó-. ¿Para qué servirá contar los anillos en la corteza seca o entregarse a reflexiones melancólicas sobre la altura que pudieron alcanzar en su cima las flores? No". "No desconfíe del sentido de mis palabras; de ningún modo quiero obligarlo -aseguró el señor de Andergast con una gravedad que en él revela un cambio de criterio que en un principio ni él mismo capta-; ya no son confesiones lo que deseo, dada la forma en que ahora encaro las cosas . . " "¿Si no?. . . " El señor de Andergast, con la cabeza encogida entre los hombros, hace un ademán que parece confesar, sin tener en cuenta las consecuencias de tal confesión, la incertidumbre en que ha caído. No puede hacer una impresión más durable en Maurizius que esa renuncia muda. Si no hubiese sido realmente una especie de capitulación imprevista que le arrancara de pronto el sentimiento de girar en redondo sin esperanza de llegar a una solución, esa renuncia habría sido un golpe maestro de parte del señor de Andergast.

El rostro de Maurizius se hace aún más pálido que de costumbre. Diríase que lo tortura algo, que deseara hablar y obrar sin poderlo, y que es incapaz de tomar una resolución. Desde hace años esta es la primera visita de "afuera" que recibe en su celda, desde hace años es este el primer hombre que se dirige a él en su propio lenguaje. En el espacio de unos pocos segundos lo asaltan millones de impresiones que se entrecruzan en su alma. Es imposible retener una sola; cada sentimiento es arrastrado por otro más poderoso, más sombrío, más angustioso, más hostil. Es como el proscripto aislado en un islote desierto, quien con todas sus ansias reclama desde un tiempo infinito un rostro humano, se consume por el deseo de comunicarse y olvida que aquel que al fin viene a él con el aspecto de un semejante, es el hombre que lo ha condenado y hecho deportar. La necesidad de una presencia material, de una voz, de una palabra de simpatía lo hace temblar y consumir de fiebre. Expresar lo que siente, escuchar a alguien que le manifieste su pensamiento, esto casi conduce a lo mismo; acaso pueda con tal cambio destruir la horrible enfermedad moral en que se ha convertido el hábito de no hallarse jamás frente a sí mismo. Oye que una voz le dice: "Siéntese, pues", y se sienta dócilmente, apresuradamente, como tirándose, diríase, sobre su asiento. Sus ojos, llenos de una tristeza descarriada, tienen un brillo fosforescente, índice de delincuencia mental. Tres o cuatro meses más y la última chispa se apagará, estará agotada la energía sin parangón con la que ha luchado hasta esa hora. El hombre que aquí le habla como hombre, le devuelve la noción de lo que es un hombre, le crea aún una vez más un lugar en el cuadro de la existencia; podrá mantenerse en él un año más; es necesario que se prenda a él, que lo lleve a librarse del absceso de su alma y la pobre astucia que emplea encubre su mal insensato deseo. De pronto es pronunciado el nombre de Ana Jahn. ¿Seguramente sabe que está casada? ¿Responde? Ya ha respondido, aun cuando parece reflexionar: lo supo hace ocho años. Se echa a reír cuando se le pregunta si la noticia lo sorprendió, si ella modificó sus sentimientos. ¿0 bien no fue un ataque de risa y simplemente trató de hacer creer, sin lograrlo, que había olvidado? En cualquier caso, ese nombre jamás resonó entre esos muros; la celda se hace dos veces más grande, la mesa dos veces más alta, su cabeza se dilata, es como para creer que se ha insuflado uno de esos gases que tienen la propiedad de dilatar los cuerpos. ¿Qué se sabe de esos sentimientos, dígame? Es cierto que hay que suponer alguna perspicacia en la persona que lo interroga a uno. ¿Perspicacia? ¡Bah! Ninguna perspicacia puede penetrar tan a lo hondo. ¡No son más que palabras y esto es todo! Consideraciones que se pronuncian a pesar de uno, por hablar. Las preguntas, las respuestas se suceden. Su padre le comunicó la nueva en una carta. La censura borró otra cosa en la carta. Seguramente algo que se refería a la misma Ana Jahn. Habiendo creído en un principio que la noticia era falsa, no tiene el menor deseo de saber lo que le faltaba a la carta. Únicamente poco a poco se hizo a la idea del casamiento, admitió su posibilidad frente a él mismo. ¿Por qué no iba a casarse?

Librodot

¿Qué obligación tenía para quedarse soltera? ¿Acaso tenía que hacerse monja? Después de todo, quizás el convento hubiese sido la verdadera solución. En su odio indomable, claro está, su padre recogía ávidamente todas las calumnias que corrían por cuenta de ella; un día, hace catorce o quince años quizás, en el curso de una visita, le insinuó algo indigno, infame: que entre ella y Waremme.. . pero Maurizius no quiere repetirlo. El anciano se cuidó mucho

de volver a hablar de tal cosa; además, poco después, sus entrevistas fueron vigiladas estrechamente, y a partir de ese momento ya no supo qué decir cuando venía, cada seis meses, a hacerle su visita en la prisión; permanecía allí completamente triste, mirando con fijeza a su hijo, con aire desdichado y cohibido. Ya no tenía coraje para poner al descubierto la idea que lo obsesionaba. "Según se dice, el matrimonio Duvernon es muy feliz", interrumpió secamente el señor de Andergast. "¿Duvernon? ¡Ah!, ¡se llama Duvernon! Es posible". "Parece que también tiene hijos. Dos niñas". Un temblor agita la mano que Maurizius tiene apoyada en el mentón. "¿Hijos? Realmente, ¿tiene hijos? ¡Toma! Ana dijo cierta vez que jamás desearía tenerlos". "Ella misma no era entonces más que una niña". "En ese sentido no tenía edad; jamás decía algo que no estuviese de acuerdo con su naturaleza". "Y sin embargo fue la que más escrupulosamente se ocupó de su hija natural..." Maurizius hunde sus índices en los ojos. Sus labios se ponen completamente blancos. "Hildegarda. . ., si. . . ", dice sin aliento. "¿Mantienen siempre relación? ¿Quiero decir, Ana y la hija de usted?" "No sé nada". "¿Cómo?... ¿Usted no sabe nada? ... ¿No le han?..." "No -exclama Maurizius-, nada. No me han dicho nada. No tengo ninguna noticia de mi hija". El señor de Andergast no manifiesta indignación ni sorpresa frente a este ataque de desesperación que de inmediato se extingue; requiere con interés diversos detalles y se entera de que Maurizius tuvo que prometerle a Ana Jahn, por intermedio de la señora de Volland, que no se ocuparía más de Hildegarda; era necesario que él estuviese muerto para la niña; con esta condición, Ana Jahn proseguiría preocupándose de ella con solicitud y vigilancia. El señor de Andergast elogia un desinterés semejante, que asegura tranquilidad a la niña, y cree que Ana Durvernon se siente seguramente tan ligada como Ana Jahn por la promesa formulada. Maurizius gira el cuello como alguien que se estrangula. Sí, sí, es posible. Pero él no sabe nada. Habría que verlo. Tener un indicio. ¿Acaso sabe que la niña está viva todavía? ¡Tanta gente ha muerto, ha desaparecido entre los de "afuera" durante ese intervalo!... El señor de Andergast se asombra de la apasionada adhesión que manifiesta ese condenado a prisión perpetua por una niña que no ha vuelto a ver desde que estuvo en pañales, si es que entonces llegó a verla. Este parece uno de esos casos en que el hombre adora al ser nacido de su imaginación, que es como un ancla arrojada en la eternidad. Con un tono natural, con el tono con que uno se entretiene con un amigo frente a unas tazas de café, observa negligentemente que Ana Jahn debió de ser en su juventud -se ignora su posterior vida- un carácter de mujer bastante difícil de comprender; él mismo, por ejemplo, nunca pudo explicarse que ella consagrara sus preocupaciones y penas a esa hija de las relaciones de su cuñado con una extraña. Maurizius quiere responder, se muerde los labios, guarda silencio y roza a su interlocutor con una mirada temerosa; luego dice: "No es tan inexplicable como usted lo supone, si se piensa en aquello que la vida ya le había aportado y en lo que había sucedido cuando vino a nuestra casa. Pero nadie tiene la menor idea al respecto". "En efecto -admitió el señor de Andergast-, lo que supimos es tan superficial como el relato de un accidente en un diario. Hay que ir más lejos, sin duda, para encontrar las realidades".

Durante largo rato Maurizius mantiene fija la mirada en el piso, y se calla. Rechaza nerviosamente la cabeza hacia atrás como si quisiera apartar una proximidad desagradable. Pero no se trata sino de sombras. Sólo mantiene relaciones con sombras; interroga a sombras y se debate con sombras. Por último levanta la mirada, la clava escrutadora en el magistrado y dice, con la boca seca: "Trataré de contarle todo. Creo que será bueno decirlo todo. Hasta cierto punto, siempre puedo ensayar. Aun cuando no sea sino para escucharlo yo mismo, para ver lo que aun subsiste. Pero no hoy. Los acontecimientos de este día me han agotado. Ya no me siento dueño de mí mismo. Mañana. Temprano, será mejor".

Librodot

El señor de Andergast acepta y se pone de pie. Ya en la puerta, da la señal. convenida y entra el carcelero. Son las siete y media cuando llega al hotel de Kressa y pide una habitación para pasar la noche. "Sofía está obligada a esperar", se dice con una mezcla de temor y triunfo, mientras que, sentado junto a la venta de la sala del albergue, contempla las altas murallas grises de la prisión. Pensamiento fugitivo, sin importancia. Cuando se alejan del círculo que ocupa el penado Maurizius, todos sus pensamientos resultan fugitivos y sin importancia.

CAPITULO DECIMO 1

NATURALMENTE, Etzel comprendió en seguida que se había colocado en una situación peligrosa: "Es una suerte -pensó, batiéndose prudentemente en retirada hasta un ángulo de la habitación-, sus ojos no son agradables a la vista y tiene razón en ocultarlos; pero, ¿a qué hacen recordar?: a un sapo u otra cosa desagradable, ¡puaf!" Estaba pálido por la agitación y se preguntaba qué giro iban a tomar los hechos. A decir verdad, no estaba en condiciones ventajosas. Había descubierto sus baterías, y el otro, no. Ya no era posible ir esa noche a la estación de Stettin; ahora ambos tenían otra cosa que hacer.

Warschauer volvió a ponerse con lentitud sus anteojos: "Es curioso", murmuró arrastrando las palabras, y sus ojos parecían horadar un túnel hacia un pasado resultado bajo los años y los acontecimientos. Al mismo tiempo, su mirada no dejaba de examinar al-muchacho: "Traje sardinas y salchichón -dijo Etzel. tratando sin gran éxito de adoptar un aire desenvuelto .y señalando el paquetito que estaba todavía en el borde de la ventana-. Hay pan en el cajón de la mesa y creo que también manteca; ¿no quiere usted comer?" Warschauer tosió ligeramente: "Cierre la ventana, Mohl -dijo con tono pedante, martillando sobre las palabras-, comienza a hacer frío". Etzel obedeció y una mariposa nocturna le revoloteó por la cara mientras cerraba la ventana; resplandores fugitivos, como los de un reflector, atravesaban la niebla roja por encima de los techos. Ya serenado, tomó el paquetito, lo abrió, se aproximó a la mesa, sacó del cajón dos platos y el trozo de pan, tendió apresuradamente el mantel a cuadros azules y blancos, pasablemente sucio; sacó cuchillos y tenedores y preparó el calentador de alcohol para el café. Warschauer lo siguió un momento con la mirada, en silencio; luego pasó a la alcoba, dejando la puerta corrediza abierta, y se lavó las manos larga y minuciosamente, según su costumbre. He aquí lo que pasó a su regreso:

Tomó asiento y, absorto en sí mismo, se puso a comer maquinalmente. Etzel, que afectaba cada vez más actividad, como si hubiese olvidado mucho tiempo antes el penoso al-tercado, encendió el calentador y echó varias cucharadas de café molido, contando en voz alta: una, dos, tres. Mientras lo hacía, un peso oprimía su corazón al pensar que hasta ese momento no tenía, la menor prueba de que aquel "profesor Warschauer" y Gregorio Waremme fuesen una sola y única persona. Se había fiado enteramente en las indicaciones del viejo Maurizius, ¿pero bastaba eso? Desde que viera a Warschauer, su instituto, es cierto, le había revelado que estaba sobre la buena pista, pero no tenía ninguna certeza. El tenaz silencio del profesor le inspiraba una vaga inquietud que debía disimular; sentía palpablemente que todo dependía de la primera pregunta y la primera respuesta, y en tanto que miraba la llama del calentador, preparaba un plan de campaña. No se atrevía a romper el silencio, cuidándose de mostrar con su gesto alguna curiosidad o inquietud, y se contentaba con vigilar, ora la llama, ora el contenido de la cacerola. Esa conducta le era dictada por el respeto, por cierto temor misterioso que le inspiraba la persona del profesor, y entiéndase por la persona la imagen coherente, él ser ordenado como un poema, que un espíritu joven levanta junto a una realidad fortuita e imprevista, ser que concibe en toda su profundidad y toda su extensión. Por fin, Warschauer dejó su cubierto, se pasó varias veces el índice por la

Librodot

boca -lo cual Etzel encontró muy desagradable- y dijo con tono autoritario, casi imperioso: "¿Y bien? ¿Qué? ¿Cuánto tiempo tendré que esperar todavía las explicaciones, my dear míster Mohl, o míster Nobody, o míster no sé cuántos? ¿Qué significa esa brusca salida? ¿Quién le ha mandado? ¿Qué oculta todo lo que me ha dicho? Bueno, aquí me tiene, Jorge Warschauer, alias Gregorio Waremme: ¿Qué es lo que usted desea, joven?"

De manera que, gracias a Dios, ya no había ninguna duda. Pero al oír aquel nombre, Etzel se estremeció como si hubiese oído el ruido de una detonación, y necesitó varios segundos para reponerse: "En seguida, señor profesor -replicó apurado, con una pronta sonrisa cándida, de importancia-. Uno poco de paciencia y estoy con usted; el agua ya hierve". Durante ese tiempo, podía reflexionar. Warschauer, con sus dedos de uñas cortas, tamborileaba sobre la mesa. Etzel hacía el café con toda tranquilidad; cuando estuvo preparado, vertió la infusión humeante en la taza que empujó hacia Warschauer. Luego puso los codos sobre la mesa, parpadeó, vaciló un momento, y después se puso a hablar del viejo Maurizius. "Es un anciano muy desgraciado, señor profesor. ¿Tiene usted una idea de su edad? ¡Setenta y cuatro años! No se comprende que todavía pertenezca a este mundo. Pretende que no se morirá antes de que su hijo Leonardo haya recobrado la libertad. Sin embargo, no hay la menor esperanza de que eso ocurra. Está condenado a perpetuidad. ¿Por qué habrían de soltarlo? Pero él se ha metido esa idea en la cabeza y no quiere abandonarla". Etzel se explayó al respecto, explicó de una manera muy plausible y con abundantes detalles típicos que Maurizius, por lo común muy huraño, le hacía frecuentes visitas, no hablando durante horas enteras más que de Leonardo y de su triste suerte. Poco a poco había nacido en él una amistad por Etzel y le había confiado todo, sus esperanzas, sus gestiones ante el tribunal, sus penas y toda la historia del proceso y sus debates. "Por otra parte, usted debe de conocerlo, señor profesor -dijo Etzel con un tono insinuante, interrumpiendo su propio relato-, porque me dijo que un día había venido a verlo". Warschauer levantó los ojos con aire asombrado. "Sí; había logrado con gran esfuerzo y con grandes gestos descubrir su nombre y su domicilio actuales, y vino sencillamente. Un buen día tomó el tren para hablar con usted. Pero creo que no abrió la boca; no tuvo valor para hacerlo, pobre viejo, y se volvió precipitadamente. ¿No lo recuerda usted?" En Warschauer pareció despertar un recuerdo. Se acordó de que un tipo de viejo campesino o provinciano, bastante torpe, había venido un día a buscarlo; se había quedado en la puerta, abriendo los ojos como un buey; preguntó si había una pieza para alquilar, y luego se marchó. Podía hacer de eso como un año. "Entonces, ¿era él?... ¡Hum!... ¿Maurizius padre? ¡qué curioso! Pero... (tosió ligeramente) ¿qué quería? ¿Para qué venía?" "A causa de ciertas cartas", murmuró Etzel, volviendo a emplear su tono insinuante y adelantando cada vez más su cuerpo sobre la mesa. Warschauer, que bebía ruidosamente los últimos sorbos de café, se quedó con la taza en la mano y preguntó sorprendido: "¿Cartas? ¿Qué cartas?" "Me dijo que usted debía poseer unas cartas que Leonardo le había escrito hace tiempo, antes de la desgracia. Y otras cartas también, que él dirigió a la señorita Jahn. Juro que usted las tiene. El daría la mitad de su fortuna por tenerlas. Entonces, como la otra vez no se animó, como está demasiado viejo y enfermo para volver a venir... en resumen, me apenó verlo roído por la pena; de todos modos, yo no podía quedarme allá, hace mucho que yo quería venir a Berlín y le dije que intentaría, que tal vez usted me devolviese esas cartas". Warschauer sacudió la cabeza: "Ignoro a qué cartas usted se refiere -dijo en tono categórico-. ¡Pura imaginación! Usted se ha molestado por nada, amiguito Mohl". Su acento, aunque burlón, era de una sinceridad perfecta. Por otra parte, Etzel no esperaba otra cosa, pero tomando un aire decepcionado, le pidió tímidamente: "Busque bien, señor profesor. Para darme gusto. Usted no puede imaginarse la adoración del viejo por su hijo; uno no diría que se trata de un criminal; ¡oh!, al contrario, uno casi diría que es un santo. Lo idolatra, literalmente. Atesora los recuerdos más ridículos de años atrás. Ha conservado sus juguetes. Le digo que es algo inaudito. Mire otra vez entre sus papeles". Un relámpago se encendió detrás de los anteojos negros. La mirada descendió, se deslizó por el piso, subió a lo largo del joven hasta su rostro y allí se detuvo con otra fulguración clara, fuerte como el brillo

Librodot

del bronce: "No tengo ninguna carta -articuló con maldad, removiendo las mandíbulas-, ninguna carta dirigida a mí... ni a esa señorita Jahn. No hablemos más del asunto".

Etzel se levantó, algo desconcertado; apoyó una mano sobre la boca, gesto de niño del cual no había podido deshacerse. Frente a Warschauer, poderoso, macizo, aplastado en la silla dentro de su chaqué gris, él se erguía esbelto y menudo, semejante a un signo de exclamación. "¿No era usted amigo suyo, señor profesor? -inquirió con cándida curiosidad-. Yo creía que usted era su amigo". Warschauer frunció desdeñosamente las cejas y eludió la respuesta: "Su amigo... -dijo con desgano y como a disgusto- puede ser... es posible... tenía muchos... entonces... es posible". Etzel dio un paso hacia él. "Pero, dígame una cosa, señor profesor -insistió con viveza y casi aturdidamente-: ¿cree usted, en el fondo, que Leonardo ha cometido ese crimen? Quiero decir... -agregó rápidamente, asustado por la enormidad de semejante pregunta hecha a Warschauer, el testigo principal-. ¿Cree usted que sea culpable, aunque haya disparado el tiro de revólver?" Por toda respuesta, Warschauer volvió hacia Etzel una mirada dura, fría y carente de toda expresión. Hubiérase dicho que no había oído la pregunta o que la hubiese olvidado inmediatamente. Etzel no pudo dejar de sentir un ligero estremecimiento.

2

ES probable que Warschauer-Waremme hubiese visto con toda claridad sus tretas y fintas, mucho más de lo que Etzel se lo imaginaba. Este no se hacía más que una idea muy vaga del espíritu penetrante de aquel hombre y de su experiencia verdaderamente fabulosa. El la presentía, presentía disimulada bajo aquella calma aparente la efervescencia de su alma, de la que podía temerse una erupción devastadora; presentía el indefinible horror de aquella alma desgarrada, semejante a una comarca desolada por un ciclón; la insociabilidad, el carácter insidioso y desconfiado de aquel hombre, parecido a un animal de las cavernas, perseguido y enfermo y sin embargo aun temible; pero no lo penetraba a fondo. Tampoco sospechaba en ese momento que Warschauer no creyó ni una palabra de lo que le decía cuando pretendió haber ido únicamente para entrar en posesión de las cartas. E igualmente no sospechó la, indiferencia que, felizmente para él, se aliaba a ese escepticismo, indiferencia tal que Warschauer no se hubiera dignado entregarse a una averiguación -con toda seguridad molesta para Etzel- a fin de conocer sus intenciones. Warschauer veía bien que los medios puestos en práctica no estaban en relación con el fin perseguido: adularlo, en primer lugar, durante semanas enteras y utilizar toda clase de astucias en casa de la señora Bobike, tomar lecciones, ¡y prestarle mil pequeños servicios para terminar en eso! No por cierto; era risible, ridículo. Cada vez que acordaba un pensamiento a esas cosas, dichos epítetos le volvían a la mente: risible, ridículo, y se reía con malicia. Además, el muchacho mismo, su aspecto; su manera de expresarse, los buenos modales de los cuales no conseguía despojarse -aunque a ratos se esforzara por ser grosero y descuidado-, eso y todo lo que revelaba un ambiente cómodo: la cantidad de los calcetines, de la ropa blanca, el corte de los trajes, todo era demasiado curioso, demasiado imprudente, pensaba Warschauer, sin tomarlo muy en cuenta, como si fuese el roer de un ratoncillo. Algunos días más tarde se le ocurrió atraer al muchacho hacia sí, tomarlo entre sus rodillas y observar su rostro con mirada atenta y penetrante; luego tomó las manos de Etzel, examinando sus dedos, uñas y palmas. "Tiene la piel delicada, chico -terminó por decir-; desde la cuna lo han cuidado según las reglas de la higiene, ¿eh? Un jovencito distinguido, de buena familia; las articulaciones son finas, las sienes transparentes y el espíritu vivo; yo lo estimo, Mohl, lo quiero mucho". Y con una risa repugnante, soltó a Etzel, que lo contemplaba con mirada llena de indecible consternación. De pronto se sintió pequeño, no mayor que su dedo meñique. "¡Eres un demonio!", pensaba volviendo la cara abrumado. Warschauer le propuso ir a una confitería para tomar una taza de chocolate.

Ahora ya sabía qué caso debía hacer de los trabajos de acercamiento de Etzel y manifiestamente no daba ninguna importancia a su descubrimiento; tal vez hasta encontraba

Librodot

placer observando qué perfeccionamiento utilizaría todavía el muchacho y hasta dónde eso lo llevaría. El pretendía que los hombres revelan por sí mismos sus móviles y sus intenciones por poco que uno les dé tiempo para ello; se vacían sencillamente, igual que un carretel. Se sentía en perfecta seguridad, tan inaccesible que podía permitirse un cinismo que los otros tomaban como modestia y humildad. Cuando estuvieron sentados uno frente al otro, en un rincón algo sombrío de la confitería de la calle Rheinsberg, dijo con aquella benevolencia dulzona que daba a Etzel la impresión de uñas que le pellizcasen las orejas: "Usted puede preguntarme lo que quiera, Mohl; le responderé con gusto. Usted sabrá así cosas más útiles que jugando al indio y olfateando mis talones. Eso no le sienta de ningún modo. Vaya, usted sabrá algo conmigo". Etzel se ruborizó hasta la raíz de los cabellos. "Todo lo demás no me interesa, ya ve usted --continuó Warschauer relamiendo el chocolate que le había quedado en los labios-; eso no me interesa y no me atañe. Dar vueltas alrededor del asunto, acechar y espiar, todo eso me hace el efecto de picaduras de pulgas; no lo tomo en cuenta, y si me pongo a ello, chico, ¡cuidado!, un golpe con la uña y la pulga queda aplastada".

"Yo lo aprecio mucho, jovencito Mohl. Imagínese una antorcha encendida en el borde del desierto durante una noche pesada e inmóvil y usted tendrá -admito que la imagen es rara- aproximadamente el sentido de estas palabras". El estado de espíritu de Warschauer es tan misterioso como el de un hombre llegado, en sus relaciones con el mundo, al último estado de la disgregación. "Eso no me interesa y no me atañe". Toda su actitud estaba en aquellas palabras. Voluntariamente se excluía de la sociedad de los humanos. Diríase un hombre que circula entre muros y tabiques de vidrio y que, por disgusto, por desprecio, no se digna levantar la vista para echar una ojeada a través de ellos. Podría ver todo, a derecha, a izquierda, delante y detrás; posee una mirada que atraviesa puertas y paredes, pero eso no lo atrae. Se ha despojado de toda ilusión, hasta el punto de que no levantaría el dedo meñique para mejorar su situación, bastante precaria al parecer. Las palabras que cambian los hombres -no importa a propósito de qué- tienen menos importancia a sus ojos que el zumbido de un insecto; sirven para hacer plausibles los actos que jamás se cumplen, para velar otros que se niegan desde que se confrontan con los discursos. Considera todas las palabras grandilocuentes, las panaceas tales como la religión, la patria, la humanidad, la moral, el amor al prójimo, etcétera, como otras tantas propagandas pegadas en la tienda de un charlatán, y parte de la estupidez y el interés, no ve ninguna otra fuerza moral actuante que valga la pena de ser estudiada; todo lo que se atribuye a otros defectos no es más que la manifestación de esa pareja todopoderosa. No tiene ocasión de hacer conocer sus ideas, y si se presentase, huirían de ellas como de la peste. ¿Por qué habría de contar lo que piensa? Lo mismo podría pedírsele que hiciera malabarismos en la plaza pública. No distingue a su alrededor un oyente eventual, para el caso de que sintiera la necesidad de hablar, porque se hallaba tan solo que, comparado con él, el preso 357 de Kressa lleva una vida .mundana; éste puede, al fin de cuentas, conversar con sus guardianes, relacionarse con sus compañeros; pero la soledad de Warschauer, él la desea, la quiere. No obstante, existe entre sus destinos una similitud que podría llevar a un hombre de menor envergadura a calentarse la cabeza sobre la posibilidad de que existan relaciones ocultas entre ellos. El ni piensa en eso. Hace años que no siente la tentación de mirar a su alrededor y de emprender el regreso por el camino recorrido. No porque el pasado haya desertado de su memoria. ¿Cómo podría ser posible? ¿Acaso no lo lleva en sí mismo? Pero es precisamente por tal causa por lo que resulta inútil ocuparse del mismo. Ese pasado no es para él, como para la mayor parte de la gente, un epitafio sobre una tumba roída por la intemperie; es en sus venas la ola de sangre que se vierte tumultuosamente en el estuario de la muerte.

No se detiene a preguntarse por qué "estima" al muchacho. No es sólo por su juventud; no la estima, no la busca, no la aprecia, porque la considera como un período de luchas poco alegres y de sueños presuntuosos. Porque sin duda ha ahogado en sí misma el recuerdo de su juventud y se odia cuando vuelve a verse en aquella época. Es cierto, es muy joven el "pequeño Mohl", pero con sus dieciséis o diecisiete años tiene una espontaneidad que

Librodot

encanta; no hay en él entusiasmo histérico, vapores agitados de la pubertad, ni romanticismo pegajoso de caracol en su concha. ¿Es el espíritu nuevo? ¿Son así ahora?, ¿muchachos llenos de dinamismo, activos y ponderados, que ven en seguida que un clavo ha caído de la pared o que falta una lata de conserva en la despensa? No es posible. Cuando más, ese ejemplar revela un tipo ya desaparecido, pero hay en él un cierto encanto que produce agitación, al estilo de un veneno sutil, y que hechiza como un perfume que marea. ¿Simpatía? No. Eso no tiene nada que ver con la simpatía; es más bien, un deseo de tenerlo. ¿Tenerlo? ¿Tener qué? ¿Tenerlo cómo? A veces experimenta un estremecimiento voluptuoso a flor de piel, como siente el cuerpo al contacto de un abrigo, un cosquilleo, una oleada de calor. Lo "risible", lo "ridículo", contribuyen a darle ese atractivo. Pero no es todo. Si se lleva más a fondo el análisis, se encuentra ternura, odio, unos celos sin objeto, y el deseo de echar un ' puente por encima de un abismo en el fondo del cual yace un mundo hecho pedazos. Ya que le prometió enseñarle algo, tratará de sacar dicho mundo del abismo, no para poner a la luz del día una ciudad encantada, lo que sería una imagen de ensueño, sino un mundo que es todo lo contrario. El jovencito es casi como un hijo que hubiera olvidado engendrar, nacido de un milagro protoplásmico, para surgir radiante en un desierto nauseabundo. Hay que apoderarse de él, y más adelante verá de qué modo. Quizás esa sed de saber que abrasa al muchacho, dará a Warschauer los medios, si la dirige hacia un fin cuya naturaleza prefiere no profundizar. Y hace este descubrimiento: que dos ojos que lo miran a uno bien de frente, tienen algo que hechiza. ¡Qué idea singular esa del hijo que uno no ha engendrado! Por cierto, una idea de loco o de demonio, cuando se piensa que la sola presencia física del muchacho le producía la misma impresión equívoca que el roce de un durazno calentado por el sol.

3

LA sed de saber... Término bien débil. No hace falta saber leer en las almas para comprender que era algo muy distinto a un interés llegado del exterior, de la atracción hacia una persona en particular: "Vaya, le veremos venir", decidió y, para empezar; se mantuvo a la expectativa. Aquella noche se contentó con despedirse de Etzel, quien en seguida se mostró bastante intimidado o fingió estarlo. Transcurrieron varios días sin que arriesgara una nueva alusión. Mientras tanto, redobló sus atenciones y pasó sus tardes y noches en la habitación de Warschauer, metido en un rincón; mientras otros alumnos daban sus lecciones, se puso a redactar un catálogo de los libros, acomodó la lencería en los cajones, cosió botones a las ropas del profesor, llevó las carillas de su manuscrito al director del museo y estudió su vocabulario y sus reglas gramaticales, haciéndose lo más pequeño posible. Un día, al atardecer, llegó con un ramo de lirios del valle que había comprado por el camino y se lo dio a Warschauer con una sonrisa provocativa. Warschauer exageró su alegría y se condujo como un verdadero tartufo. "¡Es magnífico, chico, magnífico! -exclamó juntando las manos y con el tono cantante de un derviche-. ¡Muguet! ¡Qué lujo en mi humilde alojamiento! ¡Qué atención delicada! En esto se reconoce muy bien su educación esmerada y sus disposiciones estéticas. El hijo de Paalzow no hubiese tenido semejante idea. ¡Es encantador! Desgraciadamente, no tenemos florero que sea digno de estas lindas flores, y debemos contentarnos con un vaso. Pero el donante ennoblece al recipiente..." Y continuó buen rato en el mismo tono; Etzel, nervioso, hubiera deseado golpearlo. De pronto, Warschauer notó que su traje estaba chorreando. Había salido sin paraguas y su abrigo y la gorra estaban empapados, al mismo tiempo que las medias se le pegaban a las piernas. Al ver esto, Warschauer se deshizo en demostraciones ruidosas; comenzó a lamentarse como si se tratara de alguien gravemente herido. Insistió para que Etzel se quitara los zapatos y ¡os calcetines, colgó el abrigo y el saco a secar, fue a buscar una frazada de lana al dormitorio y lo envolvió, obligándolo a tenderse en el canapé, a lo que Etzel se resignó sólo después de haberse negado varias veces de mal humor, y en seguida se puso a prepararle té para que se calentase. Estaba

Librodot

consternado, se desolaba, afanándose alrededor de Etzel y repitiendo su "tz, tz, tz," al frotarse las manos, pero se veía tan a las claras que no era sino pura comedia, que a la larga Etzel no aguantó más y gritó muy pálido: "¡Pero termine de una vez! ¡Usted hace todo esto sólo para provocarme y porque no quiere que hablemos de cosas serias. Pero yo no aguanto más... ¡y me voy!" Y saltó del canapé. En ese momento Warschauer alargaba el brazo para tomar el tarro del té de la mesa. Se volvió lentamente. "¿De qué cosas serias, mi querido amiguito?", preguntó con voz melosa, simulando sorpresa. "Vamos, ya se lo he preguntado -replicó Etzel con impaciencia-. Usted no me contestó". "¿Qué? ¿De qué se trata?", interrogó Warschauer fingiendo siempre ignorar de qué se trataba. Le he preguntado si creía que él fuera culpable. . . Maurizius".

Warschauer se hizo el asombrado. Con el tarro de té en una mano y la tapa en la otra, se aproximó al canapé con paso de autómata. "Ya que está tan al corriente de los hechos, muchacho, usted debería saber que lo afirmé bajo juramento". Su voz ya no era untuosa sino hiriente. "Sí, es verdad -repuso Etzel fijando en los anteojos negros una mirada devoradora-, pero uno puede equivocarse. ¿No habría ninguna, pero absolutamente ninguna posibilidad de que usted se haya equivocado?" "¡Mil diablos! -juró Warschauer entre dientes. El "absolutamente ninguna" aquel le había arrancado el juramento-. Un error de esa clase, jovencito Mohl, no hubiera podido basarse sino sobre un hecho", dijo colocando sin ruido el tarro sobre la mesa. "Ciertamente -admitió Etzel-, por ejemplo, pudo disparar y no dar en el blanco". Warschauer tuvo una, sonrisa burlona. "Hombre, hombre, tirar y no... Es curioso. Es una teoría interesante". Los ojos de Etzel relampaguearon de cólera. "Le diré que sus sarcasmos no me asustan. Usted hace como quien se niega a un combate leal, se pone a salvo y saca la lengua. ¿No le da vergüenza?" "I understand -dijo tranquilamente Warschauer, fijando sobre el muchacho enojado una mirada atenta-. Voy a hablarle francamente, Mohl -agregó en seguida-; aunque yo me hubiera equivocado, no es preciso que fuese un error". "¿Qué quiere decir eso? Explíquemelo, se lo ruego..." Warschauer recorrió dos veces la habitación, con las manos a la espalda, haciendo saltar los faldones de su traje. "Para explicar eso, Mohl... naturalmente, no era sino una figura retórica. No se trata de un error". De nuevo quedó junto al canapé. "¿Cómo se siente? ¿Tiene mucho calor? Con tal de que no le venga fiebre..." "Para explicar eso", repetía Etzel con testarudez de niño al que se le niega la continuación de un cuento comenzado. "¡Que impaciencia! Refrene sus instintos fogosos, amiguito", replicó irónicamente Warschauer con voz cavernosa y reanudando su paseo muy erguido, lo que lo hacía parecer a un gallo que se levanta sobre sus espolones, mientras agitaba el aire con los faldones. "Usted pretende hablar francamente y en seguida lo que dice no es sino una figura retórica -gritó Etzel encolerizado-; vaya uno a ver claro así". Warschauer suspiró. "Mi querido, mi buen Mohl, todo eso es tan lejano... toda esa trágica farsa está tan lejos... que ha desaparecido totalmente del horizonte... no son más que sombras, fantasmas... lo mejor es sepultar eso en el silencio". Dio vuelta alrededor de la mesa, tomó el tarro del té y lo tapó, dándole con la palma de la mano un golpe seco, con el que terminaba categóricamente la conversación.

"El miserable está bien dispuesto -pensaba Etzel con desesperación-. ¿Qué hacer ahora?" Aparentemente quedó tranquilo, sintiendo que no debía insistir ese día; pero todo su

ser se rebelaba contra aquellas reticencias, aquellas declaraciones que no avanzaban sino paso a paso, a tumbos, como si él se encontrara metido en un pantano y el otro, desde la orilla, se alejase cada vez más, pretendiendo ir en su ayuda. También notaba que no llegaría a nada con el método empleado hasta entonces y que era menester hallar otro. "Por el precio de éste, Trimegisto irradia sencillez y cordialidad", se dijo, resumiendo así toda su irritación, y de pronto vio a su padre sentado de lado, las piernas cruzadas, como una masa impasible. Era aquello un tímido recuerdo que tomó forma y en seguida se evaporó. ¡No tenía tiempo para pensar en otra cosa, en su mente no había lugar para otro pensamiento! ¿Qué hacer ahora? Mientras reflexionaba y torturaba su espíritu, su instinto ya le había indicado el buen camino. ¿Su instinto o su curiosidad? A medida que la persona de Warschauer se le hacía más

Librodot

enigmática, más impenetrable, aquel hombre le preocupaba más, no podía dejar de observarlo, de espiarlo sin cesar, y experimentaba unos deseos locos de penetrar en su vida secreta, allí donde Jorge Warschauer dejaba el lugar a Gregorio Waremme, porque la verdad es que no sabía nada de Waremme. Waremme estaba envuelto en la bruma. Waremme era el maestro que se disimulaba y Warschauer el comparsa insignificante que recibía las órdenes. Eran dos personajes netamente diferentes; bastante más distintos el uno del otro que E. Andergast y E. Mohl, por ejemplo. De estos dos, Mohl era 'el más importante, aunque llegara último. Jamás E. Andergast hubiera podido encontrar a Warschauer; esa había sido la tarea de E. Mohl e igualmente era Mohl quien ahora debía forzar a Waremme en sus reductos. "¡Pobre Mohl -pensaba irónicamente Etzel-, ¡pobre Mohl! Solo contra dos, contra Warschauer y contra Waremme". Con argucias espantaba a menudo sus accesos de desesperación. En cuanto a Warschauer, aceptaba amablemente, con un disimulo acompañado de ingenua impaciencia, el interés que le demostraba, y sólo esperaba la ocasión para responder; creo que ya he dicho que estaba dispuesto a ello con tal de que Waremme no tuviera nada que ver en este asunto. Sucedió dos días después de la última conversación que Etzel, hojeando en una pila de viejos folletos polvorientos, encontró uno debajo de todos, que tenía trazado con una escritura atrevida y evidentemente joven, el nombre de Jorge Warschauer con el mes y el año: abril de 1896. Warschauer, que casualmente lo miraba, se sorprendió del aire estupefacto del muchacho; se aproximó, echó una mirada al nombre y dijo: "Es exacto, es mi nombre, así me llamo en realidad. Ese es mi apellido". Los ojos de Etzel se dilataron de asombro. "Es gracioso -se decía con la impresión de haber sido engañado-; así que creer que Warschauer es un resto de Waremme, es pura ilusión; antes de Waremme había habido ya un Warschauer. Waremme no es más que un intermedio". Y murmuró el nombre muy bajito. Warschauer afirmó con un movimiento de cabeza. "Sí -confirmó-, Jorge Warschauer, nacido de padres judíos en Thorn, si usted desea saberlo, mi amiguito. ¡Ah!, habría muchas cosas que contar sobre esto".

Por el momento no parecía que tuviese ganas de hablar, ya porque el lugar le molestase o porque fuese una hora demasiado temprana; pero Etzel tuvo la impresión de que estaba bastante próximo a hablar y que para eso sólo tenía necesidad de dejar que su alma perdiera tensión. "Vamos a dar un paseo, muchacho -dijo-; el tiempo es hermoso, vamos a ver un poco qué pasa afuera". "Con mucho gusto -respondió Mohl-, pero ya verá usted cómo no daremos el paseo y terminaremos por meternos en una confitería". Warschauer dejó oír una risita insegura. "¿Por qué no? Conozco una menos aburrida que la de la calle Rheinsberg, y no está lejos, cerca del círculo de Zehdenick; a las cinco... ¿hoy es sábado, no?, toca la orquesta de jazz". Etzel se dejó convencer, aunque no estaba de humor para oír jazz; pero, conociendo la debilidad de Warschauer por ese género musical, no quiso contrariarlo y lo acompañó. Pasaron una hora y media entre aquel barullo, junto a las burguesiotas, muchachas del barrio, empleadillos, corredores de comercio y bailarines profesionales vestidos con una elegancia de mal gusto, con la cara pintada y terriblemente ajada. Warschauer estaba muy alegre; el movimiento de las parejas que giraban, se deslizaban y ondulaban, frotándose. los rostros sonrosados en medio de aquella niebla de humo, pero sobre todo los estallidos, chillidos y estridencias de los instrumentos, lo sumían en transportes de alegría. En un momento dado, tomó a Etzel de la muñeca y le declaró: "¡Caramba, un saxofón como ese no tiene precio! Vale tanto como una historia de la civilización en tres volúmenes. Mire al hombre de los platillos, Mohl, ¡pero mírelo! ¿No tiene el aspecto de un verdadero Torquemada, cruel, sombrío y fanático? ¡Qué tipo estupendo! En su infancia seguramente arrancaba las patas a los escarabajos y prendía fuego a la cola de los gatos". "Es muy posible, pero no veo qué es lo que le entusiasma a usted", respondió fríamente Etzel. Warschauer le dio unos golpecitos en las manos mientras decía: "Es desde el punto de vista biológico, como sujeto de estudio -afirmó levantando las cejas-. ¿Conoce a aquella joven, allá?", preguntó cambiando de tema y señalando con la barbilla a una muchacha flaca y vulgar que se había levantado de una mesa cercana y miraba fijamente a Etzel. Era Melita Schneevogt. La muchacha levantó un dedo en

Librodot

un gesto de advertencia, como diciendo: "¡Ah, ah! ¡Te pesqué, pequeño hipócrita!" Etzel le hizo un saludo amistoso y notó que se había hecho cortar los cabellos; la última vez que la había visto llevaba el pelo largo. "Hay algo que la trabaja; habría que tener ojo con ella", pensó un instante y luego la olvidó.

El cielo palidecía cuando abandonaron la sala; del lado de la plaza de Sennefeld venía el rumor de un incendio y percibieron las llamas cobrizas que surgían entre las filas de casas.

Algunas personas echaron a correr y la policía montada pasó a galope. Ardía una fábrica de muebles. Durante un rato anduvieron por las calles vecinas, oyendo en medio de las señales de los bomberos las detonaciones y crepitaciones del incendio; el tumulto se hacía peligroso; cerca de la calle Schroeder encontraron una plazoleta casi desierta. Tomaron asiento en un banco; haces de chispas púrpureas brillaban a través de las copas de los tilos; pasó un perro con paso furtivo, se detuvo delante de ellos, olfateó en busca de algo y desapareció. "Bueno -dijo Warschauer-, le voy a explicar lo que hay con ese nombre".

4

«¡AH, sí, es cierto!", exclamó Etzel como si durante todo A, aquel tiempo no hubiera pensado más en el asunto. Se sentó de costado, cerca de Warschauer para oír mejor y también, como estaba oscuro, para ver mejor. "El nombre no tiene gran importancia -siguió diciendo Warschauer-, no es más que una llave que abre, es verdad, puertas especiales. ¿Usted ha tratado a judíos, Mohl?" "¡Ya lo creo! Hay una cantidad de judíos entre nosotros". "¿Tuvo usted a judíos como camaradas?" "¡Sí!" "¿Se llevaba bien con ellos?" "Muy bien" "¿Entonces, usted no tiene contra ellos una hostilidad de principios?" Etzel sacudió la cabeza. El conocía esa hostilidad, pero jamás la había compartido. "¿Sus padres no le pusieron en guardia contra ellos, o le prohibieron que los frecuentase?" "N... no". "Usted vacila. Sí, ¿verdad?" "Alguna vez. Pero yo no hacía caso. Cuando eran buenos muchachos, no hacía caso". "Bueno, era lo que deseaba saber". Quedó en silencio algunos instantes, haciendo pozos en la arena con el extremo de su bastón, y prosiguió: "¿Puede usted imaginar que uno trate de engañarse a sí mismo sobre su nacimiento? Es una cosa muy compleja. No querer ser lo que se es, renegar de la cepa de donde se salió, viene a ser igual que llevar la propia piel como un traje prestado. Mis padres eran judíos; pertenecían a la segunda generación que disfrutaba de derechos civiles. Mi padre todavía no había comprendido del todo que aquel estado de igualdad aparente no era en el fondo sino una tolerancia. Las personas como mi padre, un hombre excelente por otra parte, no tenían desde el punto de vista religioso y social lazos por ningún lado. Habían perdido su antigua creencia y se negaban por razones buenas y malas a adoptar una nueva, quiero decir, la fe cristiana. Un judío quiere ser judío. ¿Qué es lo que eso significa, ser judío? Nadie puede dar sobre ese punto una explicación satisfactoria. Mi padre estaba orgulloso de la emancipación; bueno, un famoso invento que quitó al oprimido todo pretexto de queja. La sociedad lo rechaza, el Estado lo rechaza, el ghetto material se ha transformado en un ghetto moral e intelectual; pero él se pavonea y habla de su emancipación. ¿Ha reflexionado usted alguna vez en esto, jovencito Mohl, o bien, por casualidad, ha encontrado a alguien que se le haya ocurrido pensar en ciertas... en fin, disonancias, digamos? ¿No? Comprendo, usted tenía otras cosas que hacer; pero, de todos modos, tal vez oyó hablar de lo que sucede actualmente en este país. No hago alusión al deseo que tendrían de recuperar esos miserables derechos civiles que nos han dado como se arroja un hueso al perro; ¿por qué no lo hacen? Por lo menos, sería obrar honradamente y valdría más que... permítame un ejemplo, que destrozar los monumentos funerarios de los cementerios israelitas, ¿no le parece? ¿Qué dice usted de esto, mi querido Mohl? Romper las lápidas de las tumbas, ¡eh! Profanar cementerios. Algo nuevo para la historia, ¿eh? Dernier cri. Yo estimo que al lado de eso los envenenamientos de las fuentes y las muertes rituales eran ciertamente actos criminales e insensatos, pero si se juzga desde cierta altura, se excusaban por la pasión y el error. ¿Qué me dice? Usted se calla, jovencito Mohl, y yo res-

Librodot

peto su silencio. Mire, esa profanación de tumbas es simbólica, es infernal, única en la historia. ¿Se ha fijado alguna vez en las últimas chispas que se apagan en una hoja de papel, antes de que se ponga negra del todo? Esto es igual. Las últimas chispas de dignidad, de respeto por sí mismo, de escrúpulo, de humanidad, y otras cosas hermosas con que nos llenan la cabeza, se apagan y todo se vuelve negro. Pero me pierdo. Es verdad que yo mismo he dicho en principio que apartarse de un tema es agotarlo. No me entretendré más con mis recuerdos de familia. Paciencia, que ya llego al grano, vale decir, a mí mismo. No obstante, un axioma más, mi querido Mohl; un axioma que vale por todos: en cada vida llega un momento en el que se puede escoger entre dos tendencias diametralmente opuestas en su naturaleza, un momento durante el cual Shakespeare hubiera podido ser lo mismo un bandido genial como Robin Hood, que un autor dramático; y Lenin, el jefe de la policía secreta del zar, como el destructor del régimen. Yo hubiera podido ser, bajo un impulso que por razones insondables no se produjo, un jefe de los judíos, un Lutero del judaísmo. Mientras que... y ¡sí!, es precisamente de eso que hablo. Nuestros actos son funciones de una dualidad profunda, innata en nosotros como la distinción instintiva que hacemos entre la derecha y la izquierda. No haga caso, Mohl, cuando le digan que un hombre en circunstancias dadas no hubiera podido obrar sino como lo hizo; eso es falso. El asunto es saber hasta dónde habría que remontarse para encontrar el punto en que su libre albedrío estaba aún incólume. Si usted lo desea, puedo citarle experiencias personales... ¿No lo aburro, verdad? ¿Cierto que no? Bueno. Lo que desde mi infancia me hacía sufrir intolerablemente era la cobardía moral de mis correligionarios. Aceptaban su existencia de parias y se consolaban con el sentimiento místico y alambicado de ser un pueblo escogido. 0 bien representaban el papel de grandes señores en el rincón donde se habían dignado encerrarlos, o mejor dicho, imitaban los modales de los grandes señores, sus amos. Yo los odiaba a todos por su modo de ser. Odiaba su idioma, su mentalidad viva, su manera de pensar, su mercantilismo, su melancolía atávica, su presunción y su manía de vestir ridículamente. Por la noche, mordía mi almohada de rabia al recordar un insulto, una humillación, ya hubiese sido yo mismo, mi padre o cualquier otro judío la víctima. En clase, temblaba de vergüenza y todo mi ser se rebelaba cuando se pronunciaba aunque fuese de paso la palabra judío, simplemente para señalar un hecho; ¿comprende usted esto? En el modo de decirlo, se sentían todos los prejuicios, el odio inveterado al cual los siglos no quitaron nada de su hiel ni de su ferocidad. Yo sabía cuál era la verdad (con la punta del bastón pinchó enérgicamente el suelo). Desde la edad de nueve años sabía bien qué pensar de todo eso; a los quince años había estudiado el asunto a fondo y era capaz de sostener cualquier discusión al respecto. Pero con discusiones no se cambian jamás los hechos, ni siquiera los más condenables, en nuestro mundo al menos; y de todos los hechos, había uno que me era absolutamente intolerable; pensar que yo me vería excluido de un dominio cualquiera de la vida y la actividad humanas. ¡Cómo! Con mi capacidad, mi inteligencia, el ardor que yo sentía en mí, ¿jamás podría, fuesen cuales fueren las circunstancias, pongamos por caso, lograr una cartera ministerial? ¿Jamás, fuesen cuales fueren las circunstancias, llegar a ser presidente de una academia científica? Yo tenía, querido, miras bien elevadas (dejó oír una risita sardónica); eran pretensiones locas v mi ambición no podía ni soñar siquiera con contentarse con una cátedra universitaria. Cualesquiera que fuesen las circunstancias, jamás podría crearme una situación como la que un espíritu medio encuentra muy natural pretender, a condición de no estar marcado por el signo de Caín. Este pensamiento me ponía rabioso. Tenía la libertad de entregarme a mis estudios, de enseñar como yo lo entendiese, de producir obras, cosas que nadie me impediría; y finalmente no me negarían su aprobación, ni hasta su admiración si los trabajos lo merecían, pero... en el fondo de su alma, no tendrían confianza en mí, nos rechazarían a mí y a mi obra, sin darme más que cosas externas, y negándome los honores, de los que se muestran tan pródigos entre ellos. (Se quitó el sombrero blando y volvió a ponérselo en seguida). Pero todo eso son los razonamientos. Lo que es imposible de explicar, es lo esencial, el sentimiento de que me negaban todo eso. ¿Y qué es lo que me negaban? Sencillamente, ocupar mi lugar al lado de

Librodot

los otros, el derecho de existir. Porque la existencia no era posible para mí, entonces al menos, si el mundo no era mío, el mundo en toda su plenitud, sin restringirle ni cercenarle nada, y la vida intelectual y todo el imperio que ella ilumina. Así cae por sí misma la objeción que sin duda se presenta en este momento a su mente: que una sola de aquella razones hubiera bastado para hacerme solidario de mis correligionarios y para encontrar una nueva fuerza en la necesidad de utilizar esas mismas resistencias. Pero ya se lo dije: no los quería, y no queriéndolos, me sentía liberado de toda solidaridad No podían suplir lo que me faltaba. Separándome de ellos no era un renegado, porque obedecía a una necesidad interior. Decir que yo no los quería, es decir apenas la mitad de la verdad; la verdad entera es que mi corazón estaba con los otros. El hecho no es raro; aquel a quien se rechaza, da su alma al que lo echa lejos de sí. Es la característica del judío: hace su Tierra Prometida de lo que se le niega y su bien más precioso de lo que no posee. Es siempre la historia del Paraíso Perdido. Eso también es muy judío: es la historia del pecado original. Yo sentía odio por un lado, pero sentía amor por otro. Amaba su lengua... ¡su lengua!... su lengua que era la mía; como mis ojos son míos; amaba su historia, sus héroes, sus cantos; sus provincias. sus ciudades. Los amaba con un amor más profundo que el suyo y los comprendía mejor que ellos. Esto no es una fanfarronada, hijo mío, sino una fatalidad. ¡Además, lo he probado! Pero volvamos atrás. Para comenzar, forjé una leyenda. A la muerte de mi madre, buena mujer que permaneció fiel a las costumbres judías, hice de ella una cristiana, hija de un militar retirado. Y me lo metí tan bien en la cabeza, que aquello fue para mí una realidad acompañada, como en una novela rusa, por los detalles más convincentes. Pero eso no hacía de mí más que un mestizo y yo quería ser cristiano de pura sangre. Imaginando un adulterio con un rico propietario de Silesia, aparté deliberadamente de mi nacimiento al padre israelita _que, entretanto, había a su vez abandonado este bajo mundo. No había nada de audaz en eso. La naturaleza me había favorecido: yo era rubio, de un rubio germánico bien franco (volvió a dejar oír otra vez su risita desagradable); el corte de mi cara, que no tiene nada de oriental; usted no puede negarlo, recordaba desde mi infancia al tipo de nuestros campesinos. Y además, la voluntad modela los rasgos. En el primer año del liceo, ya llevaba el nombre de Waremme. Por adopción, mi padre adoptivo era un escritor católico, que se ocupaba de propaganda y redactaba pequeños tratados religiosos; estaba loco conmigo, me tenía por un genio. Después de todo, tal vez no estaba equivocado; quizás entonces lo era. En todo caso, yo me arreglaba para hacérselo creer a las gentes. No suponga que fuese habilidad de mi parte; yo tenía al mundo en la mano y lo modelaba a mi gusto como a la cera blanda. Jamás solicité el favor de la gente, pero hasta cierto momento de mi vida, hice absolutamente lo que quise con quienes se encontraron en mi camino; aprendí a subyugar a los hombres, voluptuosidad sin igual, arte que exige práctica. El cambio del nombre en cuestión se efectuó bajo los auspicios de un canónigo y con la ayuda de un abogado astuto. No hay para qué decir que eso fue acompañado del bautismo y de una conversión al cristianismo. El camino estaba libre ante mí. ¿Decía usted algo, Mohl? Creí que había dicho algo. Sí, estaba libre. Manos invisibles lo allanaron. Mis años de estudio en las universidades de Breslau, Viena y Friburgo, siempre de oriente a occidente, fueron una serie de triunfos. Sí, de este a oeste. cada vez más lejos, de los bajos fondos a las cimas, y luego de nuevo hacia el fondo, hasta las últimas profundidades; del este al oeste, como el sol. Pero ya me aparto otra vez de mi tema. Vivía libre de preocupaciones; es verdad que mi padre no me había dejado nada, por decir así, pero los subsidios afluían de todas partes, brillantes recomendaciones me abrían todas las puertas, era admitido en los círculos más cerrados, hablaba con personajes importantes como con parientes cercanos, y al mismo tiempo no me dormía, Mohl. ¡Oh, no! ¿Acaso la herencia de mi raza no es una actividad devoradora? No sabía cómo emplear las fuerzas que sentía dentro de mí, fuerzas venidas de fuentes subterráneas, del tesoro inagotado, reunido por generaciones enteras; yo me sentía llamado a grandes cosas.

"Mi vida no me disgustaba del todo. El poeta Waremme se inflamaba al contacto del filósofo Waremme, el buscador de tesoros espirituales al del poeta, el mediador entre los

Librodot

hombres abrazaba a su vez a Waremme el conductor de hombres y éste al político, apareciendo entonces el fin: la política renovadora y creadora, para la cual yo me sentía destinado.

"La idea de una Europa metamorfoseada, de una unidad continental bajo la hegemonía de Alemania, una hegemonía grecorromana, me entusiasmaba. ¡Ah! ¡Qué sueños! ¡Qué sueños locos! Naturalmente, yo no quería atarme a ningún empleo, rechazaba los ofrecimientos más tentadores, todo me parecía despreciable y temía que mi estrella se apagase si me servía de ella como de una lámpara. Después, en medio de aquel hermoso ascenso, sobrevino la caída; en un impulso de Prometeo, una caída espantosa. Pero la catástrofe era de una lógica extraña, (le una lógica desconcertante; me había negado a preverla, creí poder desafiarla, yo... pero, diablo, Mohl, usted me deja charlar y me mira como un hambriento mira un trozo de pan... Creo que es bastante tarde... ¡Vamos, andando!".

5

NO era muy tarde: las diez. Recorrieron el camino en silencio. Al llegar a la calle de Usedom, Waschauer quiso despedirse del joven, pero Etzel le rogó que lo dejase subir; no estaba cansado, decía, estaba tan poco cansado que le tenía miedo a la cama. Warschauer se echó a reír y su risa parecía un cloqueo que le salía del estómago. "Mal calculado, mi querido Mohl -gruñó-; hoy no habrá más historias; Warschauer ha cerrado él negocio". Metió la llave en la cerradura. Etzel tenia la impresión de que no debía soltar su presa y que si lo hacía todo estaría perdido porque al otro día Warschauer, un poco descongelado en ese momento, estaría nuevamente firme y hermético. Pensaba con espanto en su escaso peculio, que, a pesar de una economía escrupulosa, disminuía y se derretía diariamente. ¿Qué hacer cuando se agotase? No podía instalarse en casa de Warschauer, que tampoco poseía nada, y además, eso hubiera sido entregarse atado de pies y manos; el tiempo apremiaba; el viejo de Hanau mostraba el rostro desencajado de aquellos que ya han sido marcados por la muerte; para el otro en la prisión, pasan las semanas; Trimegisto, sentado de costado, con las piernas cruzadas, se preocupa muy poco de la justicia pura; por alguna parte de este mundo, su madre le buscaba; ¿cómo continuar soportando todo eso? Imposible. Le costaba mucho conservar su calma, y, sin embargo, importaba, era preciso que no dejara traslucir nada, que conservase la sangre fría y las ideas claras. Ahora veía adónde lo arrastraba aquel hombre, aquel Warschauer-Waremme; se sentía aspirado por un mundo donde los valores estaban falseados, por las tinieblas sin límite de un alma poderosa. Se había formado de su tarea una idea muy diferente; la había concebido más simple, complicada sí, pero a la manera de un problema aritmético a resolver, de un nudo a desatar a fuerza de paciencia y astucia; no esperaba ver que se volcaba sobre su propio corazón toda aquella existencia cargada de tantos problemas, ni encontrarse con aquel carácter misterioso, sombrío e incomprensible, del cual por lo pronto había que descifrar todo, comenzando de nuevo cada día con su experiencia casi nula y un renunciamiento completo de sí mismo. (Porque nada en Waremme le inspira confianza, nada le es simpático, nada lo conmueve ni atrae; Etzel hubiera querido verlo encadenado ante él y obligarlo a confesar con un hierro al rojo en la mano: sí o no; nada más: sí o no). ¡Ay! Verse obligado a arrancarle todo brizna por brizna y a reconstituir el todo trozo por trozo, sin saber si se obtendrá resultado: el sí o el no esperado. Pasando cada cinco minutos del escalofrío al ardor de la fiebre, tirita y arde sucesivamente; pero se decía que si se dejaba llevar no sería más que un vil o un imbécil. Había que resistir.

Subió. Warschauer le había acordado media hora, no contando con la tenacidad y la fineza astuta de su compañero, y aun menos con su propia necesidad de contar que, una vez despertada, cede al automatismo de la palabra; en fin, digamos por anticipado que cuando Etzel salió de la casa eran las tres de la mañana. Al encontrarse de nuevo en la calle, hacia el lado del campo de maniobras, el cielo ya clareaba; el muchacho se sintió incapaz de dar un paso y se tendió a lo largo sobre el umbral de una taberna que acaba de cerrar; apoyó la

Librodot

palma de las manos sobre el pecho, cerrando los ojos, y respiró profundamente. Un temblor continuo lo sacudía. Decimos esto, repetimos, por anticipado.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, había ruido en el estrecho corredor. De la casa de los Paalzow salían voces desagradables, de personas que pelean; Paalzow, hijo, reclamaba dinero a su madre con tono insolente y un chico lloraba de modo lamentable. La habitación de Warschauer olía a grasa rancia. El profesor no encontró en seguida los fósforos y comenzó a maldecir entre dientes; por fin encendió el gas. Ante todo, vieron un regimiento de grandes cucarachas negras y asquerosas que salían por debajo de la puerta de la alcoba y hormigueaban alrededor de los estantes con provisiones. "¡Oh!, bueno, está lindo", dijo Etzel, que se quedó un instante pensativo. Luego empapó un trapo con alcohol, lo arrojó sobre los bichos en lo más espeso del montón, y cuando varios cientos de cucarachas quedaron aturdidas, las sacó tranquilamente de un escobazo frente a la puerta. "¿Café?", preguntó. Warschauer dijo que sí con la cabeza y el pequeño calentador funcionó una vez más aquel día. Warschauer se paseaba con su paso de tambor, la cintura arqueada, las manos debajo de los faldones del saco y la frente curiosamente sombría. En el tercer piso, un gramófono con voz nasal tocaba una canción callejera; Etzel se puso a repetir la letra:

Noche de China,
Noche de amor...
Noche divina.

"Por favor, Mohl, se lo ruego, no siga con eso", dijo Warschauer con tono doctoral, deteniéndose y lanzándole una mirada de cólera. "Está bien -respondió Etzel-, terminaré de

cantarla en otra ocasión, pero un servicio vale por otro, como se dice; dígame, profesor... no, no me callaré... Lo mismo me da que usted ponga esos ojos furiosos; es preciso, tanto peor, no hubiera usted empezado; todo lo que quiera, pero ahora usted seguirá. ¡Vaya!, usted sirvió la salsa y no habría asado... Escúcheme: tengo un enorme interés por eso, se trata de ... ¡Dios mío!, créame o no, pero no me deje desesperar así... es horrible de parte suya, sépalo bien, es horrible..." Con los puños apretados y los ojos chispeantes se había plantado delante de Warschauer como si quisiera pegarle. "Tz, tz, tz -hizo irónicamente Warschauer-, vea qué lindo desorden, ese Leonardo Maurizius, ese cero, ha hecho en su cabeza, habitualmente tan bien equilibrada. Vamos, ¿qué desea saber? ¿En qué puedo serle útil? No pregunte demasiado a la vez, joven. Una vez que me haya puesto en tren, soy capaz de servirle algo que le hará pasar las ganas de reír. I had a good time wiht you, my boy, you have a bad time with me. Muchachito bueno, pobre inocente que chapotea con imprudencia en el agua tibia y hace cosquillas al tiburón en el vientre. Venga aquí, Mohl, para-hacerle un cariño, venga en seguida..." El Golem... era su voz de Golem... lúbrica y somnolienta. "No", murmuró Etzel, refugiándose detrás de una pila de libros. "Miedoso -dijo Warschauer, burlándose-; ¿no comprende que tiene delante a un hombre formado por una aleación compleja? Que la aleación fuese sólo una nada más grosera... ¡y pobre de usted!; le prevengo que la proporción de metal fino que queda escapa a su apreciación, gracias a Dios, porque si fuera capaz de aquilatarla, sería porque ya usted estaba podrido. Lo pongo en guardia contra aquellos que elevan piadosamente los ojos al cielo, contra esos falsos devotos griegos, esos sacerdotes del nuevo rito, esos discípulos de una doctrina esotérica, esos iluminados que durante sus misas negras adoran al dios hermafrodita. Esa gente no dejará de perseguirlo; ese culto ha hecho millares de adeptos, por la sencilla razón de que quieren acoplar a Marte con Eros y revigorizarlo con una alianza secreta después de su cruel derrota... Se da libre curso a los instintos desviados. ¿No me comprende? Tanto mejor. En todo caso, nada tiene que temer de mí. Sobre ese punto, el puente echado entre nosotros no tiene más resistencia que un arco

Librodot

iris. ¿Todavía no entiende? ¡Ah, ah!, ahora comienza a ver claro, ¡aleluya!" Se aproximó de pronto a Etzel, le tomó la cabeza entre las manos, clavó la mirada en sus ojos y lo besó en la frente. Etzel no se movió. El instinto de ogro de Warschauer parecía atemperado por una especie de dignidad intelectual. Sin embargo, le corrió por la espalda un escalofrío. "¿Y? ...", dijo con obstinación. Warschauer rió burlonamente: "He aquí lo que yo llamo aprovechar la situación -dijo maliciosamente-, no tiene más que una idea en la cabeza"... "¿Entonces?", insistió Etzel con energía y como un niño testarudo. "¡Y bueno!, sí, era preciso que de nuestro encuentro saliéramos rotos los dos, él y yo".

Comenzó a medir el cuarto a grandes zancadas, pensativo, con la mano izquierda debajo de la nuca y balanceando el brazo derecho como un soldado. El vaso de agua temblaba sobre la mesa. "En el fondo es realmente raro, tan gordo y taciturno", se decía Etzel, con todos sus sentidos exacerbados por el deseo de no perder detalle. Primero sólo fueron observaciones deshilvanadas, de las cuales más de una caía en el lugar común, como por ejemplo cuando dijo que en Maurizius había encontrado el alma diametralmente opuesta a la suya; pero las precisiones que facilitó arrojaron en seguida una viva luz sobre sus relaciones. En el comienzo había sido realmente un choque, pero la fuerza de propulsión emanaba principalmente de uno de ellos: el otro no fue más que arrancado de su pasividad, no pudiendo hacer más que participar del movimiento: "Yo no tenía dónde elegir; era menester que lo tomase a remolque, que lo dominase y lo redujese a la impotencia". "¿Y eso por qué? -interrogó Etzel-. ¿No acaba de decir que era un cero?". Warschauer, sin interrumpir su paseo, levantó al aire el brazo derecho: "Sin duda, pero un cero representativo, un cero en un lugar donde servía para formar una cifra enorme. La vida pública entera está hecha de ceros semejantes. De todos modos, era un cero cuyos partidarios no eran desdeñables, un cero brillante, notablemente dotado y que el día menos pensado se elevaría con toda seguridad como un globo inflado con hidrógeno; pero eso no fue lo que decidió, lo que hizo inclinar la balanza... Fíjese bien. Era Waremme quien estaba allí, Gregorio Waremme: metamorfosis. Etapa por etapa, yo había vencido las resistencias, logrando hacerme un lugar en el mundo y acordando mis sentimientos a su diapasón; yo había realizado un trabajo con los hombres que necesitaba (entre paréntesis, era sólo por hacerles creer en mí y para convencerlos de mi valer), un trabajo tal, decía, que diez años después aun tenía resentidos todos los miembros. Yo me he permitido decir que el célebre actor Salvini -tal vez usted oyó hablar de él- sufría un colapso cada vez que acababa de representar un gran papel; un amigo mío, traspunte de teatro, lo vio una vez caer desvanecido entre bastidores después del quinto acto de "Otelo", y, durante una hora y media, un médico le prodigó sus cuidados para hacerlo revivir. Evidentemente, hay actores y actores. Hay algunos que en escena tienen una muerte desgarradora y que una vez caído el telón, dicen palabrotas. Otra vez mira usted asombrado, jovencito Mohl; se diría que está comparación con un actor lo desconcierta; pero es que yo era literalmente un actor. Me veía obligado a representar un papel y si no lo hubiera representado con un arte perfecto, dándome por entero a él, no me hubiese quedado otra cosa por cierto que preparar mis valijas. Que esta palabra actor no le choque; no la tome en su sentido vulgar, no olvide que hace cien años que Goethe escribió Wilhelm Meister y La muerte de Miedling, y más de un siglo y medio que aparecieron las Cartas de Lichtenberg sobre Garrick. Después el actor ha caído hasta la categoría de empleado de empresas comerciales y su persona ha llegado a ser uno de esos ideales de pacotilla del pequeño burgués; y, dicho sea de paso, recuerdo haber pasado una noche entera discutiendo eso con Maurizius. El no me comprendía; sobre ese punto era de una exasperante estupidez. Claro está que yo era un actor; es claro. Y él no lo era, ¡oh!, de ningún modo. Serlo fue mi perdición y la perdición suya fue no serlo..." "¿Cómo es eso? -preguntó Etzel, jadeante de curiosidad-. Pero ante todo explíqueme en qué era usted un actor". Insensiblemente se puso a caminar detrás de Warschauer, que se paseaba siempre muy erguido, y aquello resultaba tan

Librodot

cómico al verlo como las tan conocidas caricaturas de Eisele y Beisele[3]. "Todo lo grande que se realiza, ya sea con el alma o con el espíritu, deriva del arte de transmutarse llevado a lo sublime -enunció Warschauer en tono doctoral-- No pierda usted de vista que me hacía falta poseer un mundo de conocimientos, las disciplinas más variadas, la filosofía, la teología, la economía política, idiomas, derecho, historia, y cada una a fondo, únicamente por sí misma; porque desde el comienzo yo estaba resuelto a no servirme de ninguna de ellas como de vaca lechera o máquina para producir títulos y empleos, por razones debidamente pesadas, como ya se lo he dado a entender, ya que mi ambición apuntaba más alto; por lo tanto, me era forzoso dar un rodeo, no sólo para asegurar siempre a mi propia persona el lugar donde estuviese más valorizada, sino también a fin de instruir, distribuir y estimular a mis admiradores, a mis partidarios, mis mensajeros y propagandistas, teniendo en cuenta exactamente su fuerza y su talento; al mismo tiempo, yo me encontraba constantemente envuelto en una red de intereses complejos como el general de una orden religiosa, porque, según mis ideas de entonces, estaba en juego una cuestión de orden capital, un partido poderoso contaba conmigo, la atención del emperador había sido atraída sobre mi persona y el Vaticano me enviaba negociadores secretos; piense que last not least; además, me hacía falta ingeniarme para borrar mis huellas anteriores, ocultar mi origen y librarme de un vago vestigio metafísico de remordimientos que despertaba en mí mismo la duda sobre mi libertad de espíritu como hombre y ver en ella el resultado de un esfuerzo, es decir, de una tortura. Reúna todo eso y niegue después que aquello fuese nada menos que un baile en la cuerda floja. El otro, todo lo contrario... ni la menor preocupación; se sentía cómodo. Lo que era, había llegado a serlo sin pensar en ello. Un verdadero lirio de los campos. A Leonardo le llegaba todo sin esfuerzo. No tenía necesidad de representar un papel. ¿Acaso había un papel para él? ¡Qué sabía de la obra en la que él figuraba como un personaje, ya que no se encarnaba en nada y no tenía más que seguir viviendo! Seguir viviendo. Leonardo, a quien todo le llegaba sin el menor esfuerzo de su parte... se dejaba vivir. Siempre lo esperaba la mesa tendida y el dinero en la caja. ¿La ciencia?, un estante de donde uno toma lo que le hace falta, naturalmente que cosas costosas que no traicionen su fabricación en serie; los conocedores son raros y hay que tener mala suerte para no lograr engañarlos.- ¿El arte?, una noble ocupación. ¿El trabajo?, ennoblece al hombre, como todos lo saben. Los dioses han querido que antes del placer estuviese el amor, y, antes del amor, la puesta en juego de un corazón que... nada tiene que poner. Un cero en un cero". Warschauer estalló en una risa amarga que despertó un eco raro. "No obstante, no puedo comprender -objetó Etzel pensativamente apoyado en la puerta corrediza-, y precisamente porque usted lo juzga así, yo no puedo meterme en la cabeza que haya podido haber antagonismo entre usted y él. ¿Cómo era posible? Sin esfuerzo... sí. ¿Pero por qué él más que cualquier otro? Lo mismo hubiera pasado con infinidad de otros; al menos, esa es mi impresión. Es preciso que... yo le voy a decir algo, pero no se enoje..." "¡Bueno! ¿Y ...?" "Es... es preciso, me parece... ¿puedo decirlo?" "No tengo miedo, Mohl. ¿Qué es preciso?" "Entonces, es preciso que la culpa haya sido de la señorita Jahn. La culpa... esto parece tonto... que ella haya sido la causa, quiero decir..." Warschauer soltó una risita sibilina. "¡Oh!, his that so? - dijo disfrazando la corriente expresión norteamericana- I wonder. Clever boy. Naver in my life I saw such a clever boy".

Y reanudó su paseo como un gallo erguido sobre sus espolones.

CAPITULO UNDÉCIMO

[3] Elsele y Beisele, figuras simbólicas presentadas con frecuencia en el "Kladderadalsch"; son dos individuos, uno grande y otro pequeño, que siempre discuten vivamente entre sí. (N. del T.).

1

SIGUIÓ un prolongado silencio. Warschauer parecía reflexionar. Según todas las apariencias, la audacia del joven lo desconcertaba. ¿Qué ocultaba? El curioso candor con que Etzel, por dos veces ya, había pronunciado ese nombre, no podía escapar a su ojo experimentado. En el fondo, Mohl no sabía nada a pesar de su pretendido conocimiento de los hechos y de su tono positivo. Había hablado como se habla de un personaje interesante de una obra de teatro que se supone célebre, o como un detective que, de mil maneras, trata de despistar la atención de su víctima para lanzarle en seguida al rostro, con frialdad calculada, una presunción aplastante. Cómico y ridículo. Como si él, Warschauer, tuviese algo que temer. El no tenía absolutamente nada que temer. Si se había radicado en Berlín para llevar allí una vida apagada, casi la de una sombra, lo había hecho con toda libertad de acción; no era objeto de ninguna persecución, no tenía ningún motivo para temer investigaciones. Había adquirido "allá" el derecho de volver a tomar su antiguo nombre; las razones que para ello tuvo, estaban estrechamente relacionadas con la catástrofe que él llamaba su "fracaso de Europa" (pero que no fue sino el preludio de otro fracaso mucho más grave). El podía, desde ese punto de vista, dividir su vida en cuatro períodos bien netos: el período judío, el período germano-cristiano, el período internacional de ultramar y el período actual, para el cual aun no había encontrado un calificativo apropiado. Tal vez su amigo Mohl le sugiriese uno: el período del retorno, por ejemplo. El retorno a los orígenes. Era en extremo interesante, decía. Se reconocería a diversos autores modernos como un tipo de Proteo. Hasta se hallaba en condiciones de proporcionarles sobre el estado presente del mundo datos que les permitirían hacer fortuna. Para sí mismo había renunciado a toda ambición. ¿Para qué tenerla? Ni podía decidirse a escribir una de esas biografías como tantas que aparecen. Veinticinco mil obras se publican cada año en Alemania; sería grotesco agregar la veinticinco mil una. Por otra parte, sería objeto de un anatema como visionario culpable de encarecer los horrores del Apocalipsis.

Divagó por el estilo un buen rato todavía, mientras Etzel, impaciente, comenzó a cepillarse la ropa con cuidado minucioso, calculado. Al mismo tiempo, dirigía al muchacho, por

encima de sus anteojos negros, malignas miradas de soslayo. De pronto cambió de tema y empezó a decir una serie de chistes burlones con motivo de la alusión a Ana Jahn. Aquello era como dispararle por la espalda: "Felizmente el revólver no estaba cargado, querido mío - decía irónicamente-. ¡Qué falta de tino, que discreción! ¿Era conveniente atacar así a la el te, sin prevenirla?" "¡Caramba! -dijo valientemente - yo me decía que en esa ocasión usted no había sufrido perjuicios. En resumen, con ese asunto, usted triunfó en toda la línea". Warschauer, de pie, con la espalda encorvada, tenía el aspecto de un buey que rumia grave e imperturbablemente. "¿Qué le hace creer eso?", preguntó: "Varias cosas". "¿Por ejemplo?" "Por ejemplo, que pasados dos años o no sé` cuánto tiempo después, la señorita Jahn en la casa de usted... o bien con usted". Warschauer frunció las cejas como si calculase. "¿Dos años? No, usted está equivocado. No llega al año. Espere... del principio de 1917 al mes de noviembre". El tono amable de esta rectificación alentaba a Etzel a permanecer en guardia, pero ya no hacía caso a ningún peligro. Una especie de embriaguez lo arrastraba de temeridad en temeridad. "Ahora tanto peor", pensaba, y respondió descaradamente: "Sí; pero según tengo entendido, ella no regresó sino mucho después del lugar donde había estado con usted y no le quedaba nada del dinero qué había heredado de su hermana. Ya no tenía ni un centavo. La casualidad hace que yo lo sepa de una manera cierta --dijo mintiendo descaradamente-, porque conozco a la señora que la recogió en su situación miserable. Por eso tengo razón cuando pretendo que en ese caso usted triunfó completamente de Leonardo Maurizius. El no obtuvo nada y usted escapó con el botín".

Este atrevido ataque produjo en Warschauer un efecto singular. Pareció primero que iba a perder el control; su cara terrosa se veteó de gris azulado, una mancha rojiza le apareció en

medio de la frente y, cosa extraordinaria, las puntas de las orejas le comenzaron a temblar (no tenía las orejas redondas en su parte superior, sino ligeramente puntiagudas como las que se ven en las cabezas de los antiguos faunos). Por segunda vez desde que Etzel lo conocía, se quitó los anteojos; por segunda vez vio Etzel sus ojos opacos, color de agua, y su pecho se elevó con una profunda aspiración. (Etzel, intrigado, pensaba: "¿Qué va a hacer el viejo?" Para él, Warschauer con sus cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, era un viejo, pero nunca como en esos terribles diez o doce segundos le dio esa impresión de vejez). Abrió la boca, paseó aquellas miradas incoloras a su alrededor como buscando un objeto con que golpear; luego, cosa inesperada, el rostro se serenó, dio algunos pasos hacia Etzel, se detuvo, hubiérase dicho que desconcertado, sacudió la cabeza, se dejó caer en la silla del escritorio y se entregó a profundas meditaciones. Así pasaron unos cinco minutos.

"Venga un poco para acá, Mohl", dijo de pronto en voz baja. Etzel obedeció silenciosamente. Warschauer se puso otra vez los anteojos, le tomó al muchacho las dos manos y se las retuvo apretadas entre las suyas. "Siendo todavía estudiante -comenzó diciendo con sonrisa lúgubre- tuve que preparar para el bachillerato a un jovencito, el conde de Rochow. Un día le pedí que me dijera lo que sabía de Elena. Me sorprendió, lo recuerdo casi palabra por palabra, porque era una ensalada de todas las historias que había leído: Elena, hija de Némesis y de Júpiter, tuvo primero un intriga amorosa con un cisne; se casó con Menelao, fue raptada por Paris, y, después de la guerra de Troya, la acompañó a Egipto, donde descubrió que ello no era la verdadera Elena; ésta había quedado con Aquiles; fue atacada por Orestes y Pílades, pero salvada por Apolo. ¿Qué me dice de esta ensalada del conde Rochow? Rara vez he reído de tan buena gana. Eso es lo que sucede con los conocimientos ad hoc, amiguito. Sale siempre, ¡misericordia divina!, una Elena hija a la vez de Némesis y de Leda. Así es como se escribe la historia, hijo mío. Confiar en ella es como querer atrapar peces en un cráter de fuego. Quien se acerque seriamente podrá, cuando mucho, instruirse sobre la naturaleza del fuego y la lava; en cuanto a atrapar peces, jamás. Para empezar, aprenda esto: las cosas son siempre diferentes de como se las presenta. Siguen siendo misteriosas para aquel a quien le sucedieron, y entonces cómo es posible que quien sólo oyó hablar de ellas se atreva a decir: esto es posible, esto es lo sucedido. Pero no quiero juzgarlo demasiado severamente, muchacho, ¡me da lástima!" Soltó las manos de Etzel y se puso de pie sin prestar atención al gesto algo turbado del jovencito.

2

FUE hasta la ventana, la abrió y murmuró: "El cielo está todavía rojo por allá -cerró de nuevo Y prosiguió-: Pero al fin, ¿qué idea tiene usted al hablar de Ana Jahn, amiguito Mohl? ¿Su completa ignorancia no le molesta? Eso me hace la misma impresión que si un niño de pecho se pusiera a perorar sobre la nebulosa de Andrómeda. Perdóneme, pero hay dimensiones y relaciones que escapan a su juicio. Para eso no puedo servirle en nada, aunque bien lo quisiera. ¿Por qué no dar a un joven tan bien dotado indicaciones sobre los laberintos psicológicos, indicaciones que un día podrían serle útiles? Pero, a pesar de toda su madurez de espíritu, Mohl, es sorprendente ver con qué ingenuidad usted se ocupa de ciertos problemas. No se enoje; veo que usted está todavía enojado contra mí; Hablo completamente en serio y hasta su candor me conmueve; quisiera poder reconciliar con la verdad las ideas demasiado... vaya, digamos demasiado cándidas que usted se forja; ante todo, en lo que me concierne, porque usted me ve bajo la figura de un bandido y un pícaro, verdadero Wurm[4] de Intriga y Amor; sólo que no sé, no sé; habría que ser un Tolstoi para poder, con palabras... Quizás le interesará saber que yo encontré a Ana Jahn cuando todavía ella no conocía a su futuro cuñado... ¿Usted ya lo sabía? ¡Bravo! Fue la primera mujer que... no sé cómo decirlo.

[4] Wurm, personaje del drama de Schiller Intriga y Amor; es el tipo del individuo sin escrúpulos, taimado y cruelmente egoísta. (N. del T.).

Era una persona que forzaba la atención de uno. Todavía recuerdo muy bien la noche en que la vi por primera vez; fue en una pequeña reunión, en casa de una tal señora de Hardenberg. Se hallaba de pie, al lado de un jarrón chino de un metro cincuenta de alto, con la cabeza ligeramente apoyada en el brazo. Tenía diecisiete años, pero la naturaleza ya no tenía nada que perfeccionar en ella; toda. su persona tenía una terminación extraña e inquietante. Tuve la impresión de que era orgullosa, orgullosa hasta el punto de sacrificar su vida a su orgullo, si las circunstancias la llevaran al caso. ¿Pero qué era el orgullo en ella? Uno pronuncia esta palabra sin tener en cuenta que hay mil acepciones, desde la más trivial hasta la más profunda. Yo no hallé nunca más que una sola persona cuyo orgullo haya determinado su destino, y fue ella. En fin, quedé prendado de Ana hasta más no poder y las cosas no quedaron ahí. La doctrina de los Sijs de la India enseña que cuando un hombre está alejado de su alma y de lo que su alma desea, no se entretiene en el camino, sino que apresura él paso. Supongo que usted comprende. ¡Estaba escrito! En los hombres, parece que al revés de lo que sucede en química, los cuerpos simples reaccionan más activamente que los compuestos. En ella se encarnaba el mundo en el cual yo no había podido penetrar sino a fuerza de transformarme hasta las últimas fibras de mi ser. Fue su existencia lo que me reveló el sentido de la mía. Esa es la verdad. Nos entendíamos muy bien; o mejor dicho, ella me escuchaba muy bien. Nunca en mi vida, ni con usted, amiguito Mohl, vi una cara tan atenta, tan jadeante de atención, fijándose en mí. En mi juventud pude arrastrar a mis oyentes con la palabra, y galvanizarlos; pude... ¡Ah!, ¿qué no pude hacer? Pude hacer que se renovasen por entero. Tanto a los hombres como a las mujeres. Sin resistencia, veían lo que yo veía y sentían lo que yo les hacía sentir. Sus corazones se volvían valientes y orgullosos; comprendían las metáforas, porque sólo la alegoría nos abre las esferas elevadas. Expresarme era para mí una segunda naturaleza, una verdadera naturaleza en el fondo, así como las pulsaciones de mis arterias; en cuanto tenía ocasión de hablar, me identificaba inmediatamente con los que me escuchaban; era en mí la forma más sublime del amor, tanto con respecto a los hombres como a las mujeres; incansablemente trataba de conquistarlos a fin de hacerlos salir de sí mismos, de sus encierros y de sus límites; para mí no existían ni encierros ni límites; después de lo que le he dicho, usted debe comprenderlo. En lo que toca a las mujeres, no podía pasarme sin ellas. Conmigo, la tarea les era fácil. Yo era inflamable como la yesca. No pensaba jamás en lo que arriesgaba. No ahorraba mi persona; puedo decir que me prodigué como si hubiese tenido cincuenta vidas para gastar. Algunos amigos se burlaban de mí y decían que todas las mujeres eran para mí una Elera. Es absurdo. Es menester haber adorado en muchos altares para saber cuán inaccesibles son los dioses y las diosas, sobre todo cuando uno ha ofrecido sacrificios en vano. Cuando apareció la verdadera Elena, resultó, ¡oh!, profético Rochow, que en realidad era hija de Némesis".

Siguió un momento paseando en silencio por la pieza; Etzel tenía los ojos fijos en tres cucarachas que, negras y repugnantes, caminaban en fila por el suelo. Pero no las veía, era todo oídos. "Lo que sucedió entre nosotros no tiene importancia, por lo menos para lo que nos ocupa. Los hechos materiales carecen de interés; no sirven sino para hacer perder de vista el problema capital y rebajan esos acontecimientos de nuestra vida al nivel de una novela. ("Mala derrota -pensó Etzel-; ahora pasa por alto lo esencial". De hecho, Warschauer, turbado, comenzó a balbucear durante algunos minutos). Lo que fue decisivo era que yo quería conquistarla, mientras que ella... ¿qué quería conquistar ella?... Veamos, ¿qué, en resumen?... un fantasma de ella misma. Si por lo menos hubiera querido conquistarse a sí misma, bueno... pero su reputación, lo que uno debe a su honor, el deber de conservarse a sí mismo... es sacrílego, sacrílego... es la moral de los círculos que piensan bien, una moral de fósiles, es sacrílego. Yo le sacrifiqué mi tiempo, prodigándolo locamente. Una mujer no comprende lo que eso significa, el tiempo de un hombre; ella devora tanto como le dan; eso se traga como limonada, y ella, cuando tiene que probarse un sombrero, no dispone ni de un poquito para uno Ella tenía condiciones; hubiera podido ser algo, pero no soñaba con nada ni creía en nada, salvo que se confesaba todos los domingos, pero no tenía ninguna com-

Librodot

prensión, ningún respeto por la misión de cada uno. Hubiera sido preciso cortarla en pedazos para ver dentro de ella... era tan herméticamente cerrada como una nuez en su tártara... ¿Yo?... ¿Qué quiere usted? Yo no era un caballero de Toggenbourg, un enamorado tembloroso... ¿Qué iba a hacer? (Mientras caminaba se dio en el pecho con la palma de la mano un golpe retumbante). ¿Qué hacer? Romper la cáscara aunque no me entregara su alma, bien que lo sabía; pero uno tiene deseos de vengarse. Le di jaque mate y yo resulté vencido. Tal vez estaba loco. Cometí enormes estupideces. Le conté que era hijo de un príncipe reinante. Al mismo tiempo decuplicaba mis fuerzas y trabajaba como un negro. Pero una pasión como la mía le inspiraba temor. Después de todo, era una joven alemana, usted comprende lo que quiero decir. Aquello sobrepasaba su entendimiento, aprisionada como estaba en los prejuicios como en un corsé de hierro. No se sentía segura conmigo. Adivinaba una sangre extraña... tenía miedo; estaba fascinada y sentía miedo. Cuanto más yo la inundaba de luz, tanto más su alma se ensombrecía. Vaya uno a comprender eso. No querer dejarse arrastrar, ¡oh!, por nada del mundo; terminar por plegarse, por tolerar, así..., ella ignoraba que podía encadenarme si se abandonaba, que yo echaría raíces si me reparaba el terreno; pero ella no lo concebía, era una Elera alemana, y aquello estaba por encima de su horizonte. Rompimos. Anduvo errante de una ciudad a la otra, hasta que la hermana le ofreció hospitalidad en su casa. ¿Y qué sucedió? Que allí la esperaba una tarea conforme a su naturaleza. Encontró una niña privada de madre que tenía necesidad de que se ocuparan de ella y un hombre sentimental y sin energía que tenía necesidad de ser sostenido; él tenía a su alcance un alma que se entrega. ¿La suya no había estado siempre abierta como la puerta de un molino? Lo que le faltaba era la aureola del martirio, un poco de aliento protector y un poco de admiración; ella podía jugar a hacer la institutriz, la inaccesible, la mediadora; estaba hecha de medida para ese papel; era adorada y no corría ningún riesgo. Es verdad que juntos hubieran hallado una felicidad tranquila y aceptable; hubieran formado uno de esos matrimonios en los que el marido es el lacayo titular y la mujer, Dios sabe cómo es posible, es todavía virgen a los cuarenta años, aun cuando haya dado a luz media docena de hijos. Eso es lo que seguramente habría ocurrido si Maurizius hubiera sido libre. Como no lo era, resultó la caída irremediable en la tragedia burguesa con su atmósfera sofocante, donde las dificultades y complicaciones se multiplicaban como las pústulas en la piel durante un erupción cutánea. Es la lucha entre el amor y el deber, el respeto a los lazos sagrados, el temor a los chismes y la calumnia, la correspondencia clandestina, las faltas y los remordimientos. El drama pasó por todos los estados conocidos y clasificados; que yo interviniese o no, el lamentable desenlace caía como el golpe de una maza ya levantada. ¿Tal vez yo hubiera debido no intervenir? ¡Eran tan desgraciados los tres!:.. En medio de su confusión y su ceguera, revoloteaban como pajarillos alrededor del nido destruido; aquella afligente comedia reclamaba literalmente un deus ex machina; sin mí, no podían encontrar una salida; se hallaban sin voluntad, no obedeciendo más que al instinto. Mi Galatea, mi Elena, encantada por un imbécil. Si por lo menos hubiera sido un Paris, ¡pero qué!, nada de eso. La volví a encontrar manchada, arrastrada por el fango, implorando auxilio con todo su ser; ¿qué era sin mí? Pero ella no lo quería confesar, y cuando la saqué del pantano no era más que un cadáver. Pienso que ya no tenía alma. Es cierto que su cuerpo estaba en la tierra, bebía y comía cuando lo necesitaba, se compraba vestidos, leía libros y visitaba los museos, pero... no era más que un cadáver. Yo no soy Cristo, y reanimar a la hija de Jairo no estaba a mi alcance. Al contrario, en aquella época yo era un hombre concluido, puesto a un lado como por una consigna; no servía ni para ser arrojado a los perros; mis más calurosos partidarios no me reconocían; nadie se ocupaba de mí; habían perdido todo recuerdo de las ideas cambiadas y de los proyectos formados en común; me venían devueltas las cartas sin que siquiera hubiesen sido abiertas; mis fuentes de recursos se secaban y no me quedaba otra cosa que levantar campamento y dejar el país con aquella mitad inanimada de mí mismo, como Juana la Loca con el cadáver de su esposo. Hacia el oeste, siempre hacia el oeste".

Librodot

Después de un silencio, habló de los últimos mil francos que había perdido al bacará. Todavía le quedaban cuatro mil, resto de la fortuna de Ana; los repartieron, y la sombra de

mujer que, hasta aquella catástrofe, lo había acompañado, tal vez por la única razón de que no tenía adónde ir, se desprendió de él con la misma apatía que puso en seguirle. ¡A París! Que sea París. ¿Y luego? Ella no sabía nada de eso. Hoja marchita librada al capricho del viento. Durante un año, llevando siempre el nombre de Gregorio Waremme y alumbrado a veces por los últimos reflejos de una gloria desvanecida, él había dejado de tener una vida intelectual. No quería confesar su cruel y humillante fracaso; continuaba desempeñando su papel como actor sin público, delante de las butacas vacías. Había jugado con el mundo y jugó con el azar; lo que no era sino cambiar de máscara. Pretendía que el jugador es el hijo bastardo de la imaginación y que sólo aquel para quien poseer no representaba nada, es capaz de jugar fuerte. En el fondo de su corazón, todavía no había realizado la horrible bancarrota de su sistema; soñaba con riquezas, considerando su exilio como transitorio y su mala situación como pasajera; su intención había sido ganar con los cien mil francos de Ana seiscientos o setecientos mil, operación fácil a sus ojos, y, con esa . suma hacerse un camino empedrado de oro para volver. Desde entonces, todos sus esfuerzos tendieron a forzar la fortuna, día tras día y noche tras noche, con obstinación, con encarnizamiento. Cuando hubo dilapidado todo, sintió que se le pasaba la borrachera. "Comprendí, como aquel que saliendo de un fumadero de opio se encuentra en el aire helado de la mañana, que no había más lugar para mí en Europa. Primeramente, la idea de atravesar el océano no fue más que un sueño vago. Tampoco soñaba encontrarme allí sino con una felicidad debida a la suerte. Era tan completa mi ceguera que yo veía a mi patria en lo por venir, pidiéndome perdón por el mal que me había hecho y acogiéndome con los brazos abiertos. Pero esa noche de que le hablé, mi vida se me apareció con la nitidez de una visión; fijaba sus miradas en mí como una larva salida de los infiernos. En fin, lo supe: para mí no había manera de volver. Yo debía meterme una bala en la cabeza, o bien... quemar mis naves, no mirar más para atrás y perderme, desconocido, en lo desconocido. Es lo que hice; pero, mi buen Mohl, darle una idea de aquellos años, creo que está por encima de mis fuerzas...". Retrocedió hasta la otra pared y se sentó sobre una pila de libros, adelantando la frente. Los pelos blancos y tiesos de su cráneo brillaban como el cristal. Etzel se hacía el chiquito y no decía una palabra. Hubiera deseado meterse en una cueva de ratón para oír solamente y no ser ya visto por Warschauer.

3

NO SE trataba de un acontecimiento preciso; no era una historia con peripecias relacionadas; el relato no tenía ni un verdadero comienzo y nada lo marcaba, aumentando su interés. Sólo de tiempo en tiempo fulguraban imágenes que hacían pensar en los resplandores fosforescentes que se ven en la cresta de las olas sombrías y uniformes (Etzel las había visto en la costa del Mar del Norte, donde, tres años antes, pasara con su padre varias semanas de vacaciones en casa de los Sydow). La charla de Warschauer le recordaba realmente el balanceo triste y monótono de las olas; ya se habían desvanecido la pasión y el entusiasmo puestos en todas sus palabras hasta ese momento; lo que ahora decía tenía un acento más sincero. Chocaba la diferencia como aquella que existe entre un narrador cuyos gritos, gesticulaciones y muecas impiden poner atención en sus palabras, y el que al contrario no se mueve, apenas se ve y no hace más que hablar y hablar. Lo que estaba oyendo le daba a Etzel la impresión de que una fuerza lo atraía hacia el suelo, aspirándolo (hasta experimentaba la sensación física de ello) ; una lógica implacable que paralizaba el corazón, impregnaba todo el relato. En apariencia, no había ninguna relación entre la narración y lo que le interesaba, pero no se inquietaba mayormente porque ya establecería muy bien dicha relación; porque le parecía que era tan sólo otra fase de una sola y misma cosa, de la "cosa" cuya solución hallaría fatalmente de un momento a otro.

Librodot

De modo que Waremme había dejado Europa teniendo plena conciencia de que era para siempre. Emigraba en el más estricto sentido de la palabra, no teniendo ya más patria. Había tomado su partido. Era preciso que olvidara y que empezara de nuevo por el comienzo. Al principio no siempre se había dado cuenta de la principal dificultad de su situación. Dar la espalda a Europa no significaba que uno pueda prescindir de ella. Había empezado a comprender lo que Europa era en realidad para un hombre como él. Ella representaba no sólo su pasado, sino el de trescientos millones de hombres, con lo que él sabía de ella y lo que de ella llevaba en su sangre; no sólo la región que lo había producido, sino también la imagen y configuración de todas las regiones entre el Mar del Norte y el Mediterráneo, su atmósfera, su historia, su evolución; no sólo tal o cual ciudad donde había vivido, sino de cientos y cientos de ciudades y, en aquellas ciudades, las iglesias, los palacios, los castillos, obras de arte, bibliotecas, en fin, las huellas de los grandes hombres. ¿Había acaso un solo acontecimiento de su vida al cual no estuviesen asociados los recuerdos de varias generaciones, recuerdos nacidos al mismo tiempo que él? Europa no era únicamente la suma de los fenómenos de su existencia individual, amistad y amor, odio y desgracia, éxito y decepción; era, idea inconcebible y que lo llenaba de respeto, la existencia de todo desde dos milenios atrás, Pericles y Nostradamus, Teodorico y Voltaire, Ovidio y Erasmo, Arquímedes y Gauss, Calderón y Durero, Fidias y Mozart, Petrarca y Napoleón, Galileo y Nietzche, un ejército innumerable de genios radiantes y otro no menos innumerable de demonios, encontrando toda la luz su equivalente en iguales tinieblas, pero resplandeciendo en ellas, haciendo nacer un vaso de oro de las negras escorias, todo eso: las catástrofes, las nobles inspiraciones, las revoluciones, los períodos de oscurecimiento, las costumbres y la moda, el bien común a todos, con sus fluctuaciones, sus encadenamientos, su evolución grado por grado: el espíritu, he ahí lo que era Europa, su Europa. ¿Cómo podía defenderse de esa Europa? Estaba en él. El la llevaba dentro de sí más allá del océano. Por el hecho de respirar, ella obraba en él. Entonces, pensó que le incumbía una tarea; como un misionero que va hacia los paganos para predicarles el verdadero Dios, él iría allá para anunciarles el espíritu de Europa.

"Le dejo a usted, Mohl, que piense si esa visión me engrandecía ante mis propios ojos. Cristóbal Colón II, un San Pablo de la civilización y de la cultura intelectual, ¿verdad?

Usted dirá que con unos proyectos tan magníficos yo podía muy bien instalarme. Lo que los libros pudieran enseñarme

sobre el país o el pueblo, ya lo sabia; yo consideraba los conocimientos teóricos como un fondo útil; además, poseía el inglés tan bien como mi lengua materna y destacados ingleses me habían expresado numerosas veces su asombro. ¿Sabe?, siempre fui una especie de Mezzofante. Pero no tenía relaciones; no conocía a nadie; no tenía recomendaciones; ni siquiera tenía títulos. Quise penetrar en el mundo de las universidades, pero me era imposible, por ciertas razones, invocar mis trabajos pasados; hubieran podido pedir informes. No tenía ningún grado universitario, el desprecio que en otros tiempos manifesté por las distinciones que se dan al primer llegado, se volvían contra mí y mis tentativas fracasaron. Lo que fue una suerte para mí, porque, dadas las circunstancias, yo hubiera hecho una fea figura en una de sus cátedras, hubiese tenido el aire de un maestro de escuela de una aldea india. Al cabo de algunas semanas, me encontré sin recursos. No me atormenté por eso. Allá nadie se puede morir de hambre. El país entero es una especie de compañía de seguros contra esa muerte. La asistencia social alcanza tal grado de desarrollo que los mendigos son casi tan raros como los reyes. Y usted sabe que viven en un régimen democrático. Ahora que entre vivir y no morir de hambre hay una diferencia notable. Imagínese un vasto hospital provisto de todo el confort moderno, lleno de enfermos incurables de los que ninguno muere jamás, y usted tendrá una idea de esa diferencia. Los fallecimientos podrían perjudicar al buen nombre del establecimiento. Espero que usted habrá podido asegurarse, desde que me conoce, que yo no tengo necesidades materiales. En la época en que me codeaba con la más alta sociedad, no gastaba para mi persona más que un estudiante pobre, salvo cuando lo hacía con vistas a un fin preciso que me interesaba alcanzar. Esa es una cualidad que a veces lo impone a uno más

Librodot

que la inteligencia. El que sólo piensa en el placer, el corrompido, no cree sino en aquel que vive en la abstinencia. Conseguí ganarme cómodamente la vida, dando lecciones de idiomas; pero seguí confinado en el estrecho mundo de la gente sin importancia. Para eso había razones de orden material. No disponía de medios para vestirme convenientemente y menos todavía con elegancia; tampoco tenía ganas; primero por bravata, hallé que mi aspecto miserable me resultaba una protección. Ahora comprenderá por qué experimentaba la necesidad de esa protección. Las razones de orden moral eran las más importantes: apenas si la gente me toleraba. Esas personas no exigen que uno sea un perfecto hombre de mundo; ven en los otros lo que es incierto, flotante, porque ellos también flotan; flotan sobre el abismo. Un jirón de Europa ha quedado prendido a la gente modesta de allá, una migaja de Europa perdida, un resplandor de recuerdo. Apenas su suerte se aseguraba, apenas comenzaban a participar de la seguridad general, y ya empezaban a despertar en ellos las sospechas sobre— mí. Yo decía cosas que no se decían entre ellos, yo aludía a cosas de las que nunca habían oído hablar; mis frases se dividían en principales y subordinadas. Jamás me venía a la boca la palabra dólar. Pero, en cambio, me agradaba servirme de metáforas. Aquello era la Europa, aquello era el "espíritu", cosa en extremo sospechosa y desconcertante a medida que se elevaban en la escala social. Yo me hacía, naturalmente, cada vez más circunspecto y modesto. Pero aplicarme sistemáticamente a evitar todo espíritu y apartarlo de mi camino, era igualmente una manifestación del "espíritu". ¿Qué remedio había para eso? ¡Ah!, yo todavía no había comprendido nada dé aquel país. Yo no veía más que un hecho: que la gente huía, como del fuego, de quien revelaba la menor chispa de espiritualidad y que no hubiera podido hacer olvidar su torpeza arrancando, por ejemplo, un niño a las olas del Mississipí. No, no aman la espiritualidad; sólo aprecian las realidades tangibles, los valores concretos, los negocios, la publicidad y la acción; lo que toca al espíritu les inspira un malestar extremo. Para reemplazar eso, tienen la sonrisa; yo tenía que aprender a sonreír. En San Francisco había una peluquería cuyo propietario tuvo, después del terrible terremoto, la genial idea de clavar en la puerta este letrero: "Se afeita gratis a cualquiera que entre aquí sonriendo". Cuando me contaron eso, lentamente, la luz se hizo en mi espíritu. Un país de niños. Entonces aprendí a sonreír. Entonces usted ve, mi querido Mohl. que se me imponía un problema completamente nuevo de adaptación, a mí maestro en el arte del mimetismo, y un problema mucho más arduo que los de otras ocasiones. Antes había sido en espíritu y por el espíritu, como había llegado a mis fines; pero ahora, si yo quería sostenerme, me era preciso extirpar de mí mismo hasta la última traza de espiritualidad, por decir así, tenía que purgarme todos los días. Pero esas son observaciones y frutos de la experiencia, que no le hacen a usted captar la realidad más que si yo le digo que la sopa de ayer estaba demasiado salada. No permanecí mucho tiempo en Nueva York. Allí se roza todavía con los confines de Europa, y la tentación es demasiado grande. Entonces comenzó mi vida errante. Hay poco que decir. Estuve en Kansas City con la familia de un predicador; de allí al Sur y luego al Medio Oeste. Cuando no se sabe trepar, hay que resignarse a cambiar siempre de lugar; quedarse en el mismo sitio es naufragar. Jack te manda a John, John a Bill, y cuando Bill estima que tú ya no vales para nada, te deja reventar sobre un montón de paja; con toda la amabilidad posible, bien entendido. Keep smiling. Al llegara Chicago, donde pasé diez años y medio, caí enfermo y permanecí ocho meses en el hospital. Durante mi convalecencia, hice relación con un joven negro llamado Joshua Cooper, un Hércules con alma de niño. Cuando lo miraba a uno riendo, daba la impresión de estar en Navidad. Estaba empleado en una casa de banca negra y me presentó a otros negros; yo les daba lecciones, a ellos o a sus hijos. Eso bastó para hundirme con los blancos. Mi camino se hacía más sombrío; me dejé llevar por la corriente, perdí contacto con la superficie y caí al fondo. Me topé con bastantes chinos, pero sólo fueron simples encuentros; es imposible reunirse con ellos. Imposible allá, donde se encuentran desarraigados. Allá viven como la polilla en la madera. La mayoría de ellos llevan la vida más misteriosa que se puede llevar entre los hombres. Es muy raro que un chino sea lo que parece ser, el cocinero un cocinero y el cargador un cargador. Muchos están al servicio de una

Librodot

organización tan poderosa y severa que comparada con ella la orden de los jesuitas tiene toda la benignidad de un pensionado para señoritas. Me veía con frecuencia con un comerciante en té, llamado Sun-Chwong, Chu, y teniendo un día un encargo para él, fui a verlo; el sirviente chino me condujo al sótano de la casa, donde cuatro amigos suyos rodeaban silenciosamente su cadáver. Una hora antes se había desplomado en la calle sin pronunciar una sola palabra; su rostro estaba hinchado como una esponja. Asesinato sin asesino, dictado a dos mil leguas de allí. Sin duda, usted se dirá: ¡Qué cuento de viejas! ¿Eh, amiguito Mohl? Pero es preciso haber visto aquello. Allá los horrores no están todavía maquillados por la civilización y se muestran tal cual son. Aquella ciudad... cuando se me ocurre abrir un atlas y la veo indicada geográficamente, a tal grado de longitud y tal de latitud, sobre la orilla. meridional de un inmenso lago -inmenso como todo en aquel país- de olas blanquecinas como leche rebajada con agua; cuando la veo ahí, figurada por un simple punto, siento un escalofrío de espanto y de asombro. De manera -me digo- que realmente existe; cuando vivía en ella su. realidad no me parecía tan incontestable. Si la receptividad del alma humana igualase en prontitud a la del ojo o de la inteligencia, nadie, ni el ser más endurecido, y Dios sabe si yo lo soy, nadie tendría la fuerza necesaria para vivir hasta el fin del año en medio de semejantes horrores. Toda clase de cosas me atraviesan por la mente; cuando quiero retenerlas, no tienen más consistencia que los sueños de un afiebrado. Sin embargo, he visto cosas de las que es menester que le hable, porque... Veamos, ¿qué dice Shakespeare? La faz del cielo se empurpura. Sí, frente a semejante obra, el universo se aflige y muestra un aire lúgubre como la víspera del juicio final. ¿Se aflige? Me lo pregunto. Eso lo transforma a uno, lo da vuelta como un guante. Es en extremo interesante. Es un libro de figuras tan extraordinario como apropiado para desequilibrar el sistema nervioso. Algo lindo para comenzar. Preludio. Una mañana paso por las callejuelas de los muelles, aturdido por el barullo; máquinas y personas se mueven, gritan y mugen. De pronto, unos sonidos raros llegan a mis oídos. ¿Pájaros que cantan?, me pregunto asombrado. ¿Pájaros que cantan en este infierno de suciedad y de acero? ¿De dónde salen? ¿Cómo puedo oírlos? Entro en un tenducho e interrogo a un negro que me hace señas acompañadas de muecas, de que siga derecho. Me encuentro delante de una pared hecho de jaulas; treinta mil canarios que acaban de descargar, cantan con sus treinta mil minúsculas gargantas: una orquesta, un concierto monstruo cuya música exquisita y absurda tapa el ruido de las grúas, los autos, las locomotoras y los gritos de la gente. Me quedo allí sin saber si debo reír o llorar, es tan desconcertante, tan hermoso, tan irreal. Well!, volvamos la página. Era una tarde de verano, el calor secaba los pulmones. Nos encontramos en las galerías de los mataderos. El cielo tiene un raro color amarillo rojizo y el aire está pegajoso y espeso como para cortarlo con un cuchillo. Galería de varios kilómetros de largo, túneles de madera, un enredijo de túneles atravesando las calles; puentes de la muerte para las bestias de carnicería. Sordos mugidos, interminables filas de bueyes y terneros, un pataleo calmo, fatídico. En un sitio determinado, la maza caía sobre ellos con todo su peso. Cada minuto ve morir a un centenar y desaparecer en la fosa. Espectáculo que oprime; ver tan de cerca a los seres que mueren en un número incalculable. Los veo avanzar, empujados y a su vez empujando, con el hocico del uno apoyado en el flanco del que lo precede, desde la mañana a la noche, días tras día, año tras año, con sus grandes ojos pardos asombrados, llenos de aprensión; su mugido plañidero desgarra el aire, haciendo tal vez estremecer a las estrellas invisibles; los pilares tiemblan bajo el peso de aquellos cuerpos macizos; un vapor dulzón de sangre se eleva de las naves inmensas y de los depósitos, un vapor de sangre pesa siempre sobre la ciudad entera; las ropas, las camas, las iglesias y las habitaciones, tienen olor a sangre; los alimentos, los vinos y los besos tienen gusto a sangre. Todo se hace en cantidades enormes, todo está multiplicado al infinito de un modo aplastante: el individuo, por decir así, ya no tiene nombre y la unidad carece de algo que la distinga. Las calles llevan un número, ¿por qué los hombres no habrían de llevarlo también, por ejemplo, de acuerdo con el número de dólares que ganan traficando con la sangre del ganado o con el alma del mundo? Volvamos la página. Es una noche de otoño; hay tormenta y llueve rabiosamente. He

Librodot

ahí una calle, la calle de Halsted cerca de la cual yo vivía; siete leguas de largo, una longitud desesperante, es interminable como la miseria y el sufrimiento que abriga; dicen que es la calle más larga del mundo, y es verdad; es la nueva calle del Gólgota. Se ven en ella cosas que parecen no ser más que un montón de basuras; hay obligación de quemar la basura delante de la puerta para no asfixiarse. Allí hay callejones sombríos y sucios, con desvencijadas taperas en las que ocho docenas de familias yacen en una docena de agujeros, en forma que la vida así encerrada desborda por las ventanas y que, durante las noches ardientes del verano, hombres, mujeres y chicos en camiseta se acuestan unos sobre otros en los balcones de hierro como arenques en lata. Se encuentran bazares donde se vende toda la pacotilla de la que aquellas gentes amontonadas en desorden se imaginan tener necesidad para la pesadilla que es su existencia. Se ve hormiguear chiquillos de tez cetrina, con miradas ásperas de criminales; y sebo, polvo, humo, montones de papeles viejos, autos asmáticos, carteles redactados en todos los idiomas del globo, una fetidez de establo, de sudor y una bruma de sangre. Pero vamos al hecho. Aquella noche salí; se habían mudado al lado de mi pieza unos inquilinos nuevos: una familia irlandesa de cinco personas; en la estación les habían robado todas sus economías; su desesperación conmovía toda la casa; sus sollozos y sus jeremiadas me ponían nervioso; estaba citado a. medianoche con Joshua Cooper, que se iba por varios meses a la Luisiana; me había dicho que fuera a buscarlo a un bar de la calle veintidós, lindo barrio también aquel. Desde lejos oí unos gritos terribles; después creía que fuese la lluvia castigando los techos de chapa de cinc; y finalmente vi llegar a la carrera una banda de mocetones, y veinte pasos delante de ellos, un negro gigantesco. No había duda, era mi amigo Joshua. Estaba casi desnudo: le habían arrancado las ropas; volaba; una angustia mortal como jamás vi en ninguna cara humana, convulsionaba su buen rostro negro; corría como el viento, a grandes zancadas, con los brazos extendidos hacia adelante y, justo en medio de la frente, una pequeña herida abierta dejaba correr un hilo delgado de sangre sobre la nariz, la boca y la barbilla. Ese segundo en que pasó como una tromba a mi lado, me dio a conocer la suerte que e le esperaba. Ya se acercan sus enemigos; son doce o quince y dan gritos salvajes, como alaridos de bestias; están locos de rabia. Me quedé clavado en el suelo. El viento me llevó el paraguas primero y en seguida el sombrero (estaba precisamente en la esquina de la casa), pero no puse atención en ello. Como ya le dije, no tengo el corazón tierno, ¡pero aquella noche!... "Corre, mi buen amigo, corre, mi Joshua", murmuré en voz baja. Aquellos doce o quince mozos... ya no tenían nada de humano. ¿De bestias?... Un animal tiene un alma de cuáquero comparado con ellos. Era gente cuyo oficio consiste en robar y asesinar, que matan a un hombre de un puñetazo y no dan a eso más importancia que otros al hecho de romper un vidrio, figuras sinistras escapadas de los infiernos, bestias buscadoras de carroña del suburbio. Aquí no tenemos nada parecido a eso; aquí el ser más abyecto se acuerda todavía de que una madre lo echó al mundo; su hipocresía infame trama crímenes que cargan en la cuenta de los negros; eso emana naturalmente de un poder central, como cuando en otros tiempos en Rusia masacraban a los judíos, y llaman a eso ¡la ley de Lynch! No, jamás, aunque llegase a ser tan viejo como Matusalén, jamás dejaré de ver a mi amigo Joshua huyendo despavorido delante de aquella jauría que aullaba, con los brazos extendidos hacia adelante y con aquel hilo de sangre que le corría por su buena cara negra. Nunca lo volví a ver; jamás oí hablar otra vez de él. Dios sabe dónde se pudre su cadáver.

4

WARSCHAUER pesadamente se puso de pie, se acercó a Etzel, quien con la cabeza inclinada estaba sentado en la orilla del sofá, y con el dedo le golpeó en la frente una, dos veces, hasta que levantó los ojos. La imagen del pobre negro, con el rostro cruzado por un hilo de sangre, huyendo en la noche tempestuosa, le era insoportable; sentía frío hasta en las entrañas; instintivamente hizo un gesto de protesta. "¡Y bien, mi amiguito! ¿Le basta con eso? -dijo Warschauer sentándose a su lado y apoyándole una mano en el hombro-; ¿tiene

suficiente con eso?" Etzel sacudió la cabeza. "No tendré bastante hasta que.. " Vaciló, con las cejas fruncidas. "¿Cuándo?..." "Cuando usted me haya contado todo lo suyo, todo". Warschauer balanceó la cabeza con aire de inquietud irónica. "Todo, es mucho: todo, sería por cierto una imprudencia. Pero usted tiene suerte porque estoy en buen tren. Si me deja un poco su mano, esa linda manita de aristócrata para que yo la tenga entre mis gruesas patas, seré amable y seguiré vaciando, mi historia". Casi se arrojó sobre la mano que Etzel abandonó con disgusto a la caricia que le repugnaba y que sólo toleró por ser exigida como salario. Silbaba la llama del gas y un moscardón azul zumbaba entre los papeles del escritorio.

El relato reanudó su rezongo, semejante a una salmodia.

Etzel logró librar su mano del apretón blando, fláccido, pero se guardó muy bien de hacer cualquier otro movimiento. "Se equivocaría, amiguito Mohl, si cree que yo era allá una especie de Isaías anunciando el fin del mundo. Por lo pronto, allá resulta inútil andar anunciando el fin del mundo, esa idea que algunos filósofos de buena pasta inventaron con el propósito de sacudir el sopor moral de Europa; además, el ojo que ve claro regula los movimientos del corazón que sufre. Como la mayoría de la gente afectada de ceguera, sufre todavía más. Aquel que ve claro se vuelve indiferente. Es en verdad cruel, pero si fuera de otro modo, ¿cómo podríamos nosotros, usted y yo, levantarnos todas las mañanas, ponernos la camisa y los calcetines, leer además el diario y volver a casa de la señora Bobike? ¿Acaso sería posible? En -manto a mí, no sufro sino por lo que me concierne; sufrir por lo que toca o otro, ¡es una locura! Cuando uno sufre bastante por las propias cosas, no hay temor de que se vuelva insensible. Nos conocemos unos a otros... más de lo que creemos. Yo tenía que soportar un pesado fardo, un pasado agobiador. Usted lo sabe ahora, en parte al menos Tenía que ocuparme de poner a Waremme fuera de la posibilidad de hacer daño, ¿comprende? Poco a poco, este asunto pasó al primer plano. Calcular y calcular, El judío está hecho para eso. Dios le dio tal destino, Warschauer contra Waremme, ¿comprende? Allá, igual que aquí, eran dos antagonistas. Europa y el pasado, América y el porvenir; esa situación se convirtió más en leit-motiv de mi vida. No vaya a creer que le diré alguna cochina palabra sobre ese maldito asunto de Maurizius; le prevengo que es cosa terminada; haga lo que quiera, pero no le dedicaré un solo pensamiento. -Durante algunos minutos guardó un silencio singularmente amenazador, y como Etzel se callara, prosiguió-: Esa es, pues, la historia de mi amigo Joshua. Según mi opinión, fue un mártir. En nuestros días, los mártires ya no llaman la atención, porque hay demasiados. Es verdad que no me interesan mucho; son un obstáculo, están en retraso. Hay que moldear el destino. Sucumbir y sacrificarse, cualquier imbécil recién llegado puede hacer lo mismo. El Oriente nos legó la fe en los mártires, el culto de los mártires. Vea, por ejemplo, ahí tiene el alma rusa, que en millares de kilómetros cuadrados se entrega a verdaderas orgías de martirio. Es malo, mi querido Mohl. Lo que falta es el pequeño esfuerzo, sencillamente el pequeño esfuerzo que se hace como una bola de nieve. Durante mucho tiempo, durante años, yo di vueltas alrededor del asunto sin saber, y precisamente no veía bastante claro hasta que un hombre me abrió los ojos. Ahora le hablaré de ese hombre, porque gracias a él he llegado a donde estoy. En cierta forma, fue el primer eslabón de una larga cadena. Se llamaba La Due, Hamilton La Due. Era un comerciante bastante rico, de cuarenta a cuarenta y dos años. Había nacido en el Oeste, en la costa del Pacífico, donde viven hombres activos, llenos de empuje y cándidos como niños. Su instrucción era más o menos la de un suboficial entre nosotros, pero tenía un encanto que no se encuentra en nuestros países. Sin embargo, no era ni hermoso, ni elegante, por cierto; era más bien gordo, pesado, tenía la cabeza metida entre los hombros y hablaba balbuceando; pero toda su persona irradiaba simpatía, bondad y confianza, como una estufa irradia su calor. Conocía a una cantidad de gente en la ciudad, pero creo que nadie sabía exactamente en qué se ocupaba fuera de sus negocios. Pienso que huía de sí mismo y gastaba fuera de aquéllos su actividad, con la alegría de un niño que se esconde para entregarse a un juego prohibido. Lo conocí un día que fui a la casa de corrección para pedir noticias acerca de una muchacha que tenían encerrada, desde hacía mucho tiempo; por ebriedad. Yo estaba al pie de la escalinata cuando

Librodot

el auto verde de la policía, tan grande como un camión de mudanzas, se detuvo delante de la puerta, y de aquel enorme coche descendió un chico, solo, como de doce años, con aire sombrío, enfurruñado, que subió la escalinata de a cuatro escalones, como un viejo conocido. A duras penas podían seguirlo los agentes e iba a desaparecer por la puerta cuando salió La Due, atrapó al chico por la solapa y se informó de lo que había ocurrido. ¿Lo que le había pasado? Robó una pluma y una goma en la escuela. Era un criminal. Reincidente, además. ¡Fíjese, una pluma y una goma! La Due entró en seguida en la oficina con el chico y salió llevándolo de la mano. Habíase ofrecido de garante suyo. Me lo contó riendo. Jamás encontré a nadie con quien fuese tan fácil entrar en conversación. "Venga conmigo -me propuso-, tengo que hacer en la prisión". Depositó al muchacho en un negocio cualquiera y me llevó hasta la calle Maxwell. Por el camino me obligó a que aceptase un paquetito de chocolate; sin duda que le era muy desagradable no regalar algo a cualquiera que lo acompañara. Sus bolsillos estaban siempre llenos de regalos; siempre estaba dispuesto a distribuir cigarrillos, paquetes de higos secos, libritos de poesías; una barra de lacre, pantallas de papel, en fin, lo que llevase encima. Al mismo tiempo reía y paseaba curiosamente a su alrededor sus miradas de comadre y gritaba: "¡Hola, Francisco!" de una acera a la otra y, al pasar, golpeaba amistosamente en la espalda a otro y lo llamaba por su nombre: "¡Enrique!". Un judío recién llegado de Kief, estaba preso en la calle Maxwell por haber falsificado unos papeles y protestaba por su inocencia. La Due le había procurado un abogado, al que debía encontrar en la prisión. Cuando llegamos todavía no estaba. Esperamos un poco en la sala de sesiones, pieza sombría y abovedada en la que reinaba un olor pestilencial. La Due iba y venía a pasos cortos, tarareando; se hubiera dicho que era el día de su cumpleaños. Un ruido terrible nos hizo bajar hasta la planta baja; acababan de traer, no sé por qué razón, una media docena de negros y negras, siluetas del infierno del Dante, entre las cuales se hallaban dos mujeres públicas y un viejo leproso que de rabia bailaba con un solo pie. La Due se mezcló en la discusión; al cabo de cinco minutos había calmado a la horda que gritaba y aullaba. Una de las furias, verdadera bruja atacada de bocio, chillonamente pintada, llegó hasta bromear con él, coqueteando con la sombrillita japonesa que mantenía abierta sobre su cabeza; aquella escena me ponía la carne de gallina. Salí un poco a la calle. el vaivén de las gentes, autos y carritos, las basuras que el viento levantaba en torbellinos, los tristes edificios de ladrillo, los colores llamativos de los "affiches" y el cielo plomizo, todo aquello creaba uno de esos minutos en que ya no se comprende más la propia vida. Yo me decía: tal vez estoy en la luna; en una ciudad lunar con sus habitantes lunares; en un mundo de fantasmas y lemures que se desarrolla entre cráteres y desiertos de lava. De pronto vi a La Due delante de mí, con su cara radiante de día de fiesta; había partido en dos una naranja de California, grande como un coco, y me tendía la mitad. Había comprado una canasta llena; la banda de negros se había echado encima y los agentes los dejaban hacer, encogiéndose de hombros. Por fin llegó el abogado, y nos condujeron ante el judío preso; estaba sentado en cuclillas en una de las jaulas que componen aquella prisión semejante a una colección zoológica. Al vernos, estalló en sollozos. La Due se sentó a su lado en la tarima, le acarició afectuosamente la cabeza y le pidió que contara cómo había sucedido todo. El hombre se mostró como transformado; pintó su desgracia en una jerga apenas inteligible y parecía realmente víctima de una odiosa maquinación. La Due supo tranquilizarlo sobre las consecuencias del asunto. Lo curioso es que hubiera oído hablar de él y de otros cientos por los cuales no cesaba de interesarse. Poco a poco fui puesto al corriente sobre su género de vida; porque conmigo tomaba lecciones de alemán; todavía no sé si era realmente una manera de ayudarme o un verdadero deseo de instruirse. Nadie lo secundaba. Sólo él comprendía sus expediciones por los "slums" sin tener a nadie que lo aconsejara o guiase. Sus acciones se convertían evidentemente en bola de nieve. Apenas socorría al judío de la calle Maxwell por ejemplo, cuando seis israelitas emigrados se dirigían a él. Le interesaban particularmente los judíos y los negros. Lo que hacía, lo realizaba personalmente, después de haberse informado por sí mismo, de individuo a individuo. Ni a su alrededor ni detrás suyo había ningún representante de la Ayuda Social. No

Librodot

nadaba en la gran corriente de la alta filantropía. No se preocupaba para nada de saber de dónde venían los millones de dólares gastados en obras de caridad o en qué se los empleaba. Es probable que nunca reflexionase acerca de ello y que su manera de acudir en ayuda de sus semejantes fuera de una naturaleza diferente. Jamás se permitía juzgar a los demás, porque les tenía demasiada consideración, y sobre sí mismo se forjaba una opinión demasiado mediocre. Un día le dije que todas las obras de ayuda social no eran más que un dedal de leche en un hectólitro de tinta. Me miró entristecido. "¿De veras, lo cree?", me preguntó sacudiendo la cabeza con aire consternado. Estoy seguro de que no sentía gran estima por los bienhechores en gran escala. pero había una mujer, enfermera visitadora de Hullhouse, fundadora de la ayuda a la juventud, a la cual veneraba de rodillas. Bastaba pronunciar su nombre para que se le llenaran los ojos de lágrimas. Un día llegó a casa en un estado de agitación extraordinario y me contó algo que había sucedido en la noche del día anterior. Un muchacho de catorce años, visiblemente presa de angustia y terror, había llegado a Hullhouse pidiendo hablar con la "miss'" y cuando le respondieron que ella se había retirado ya a su cuarto, se echó al suelo, debatiéndose en una crisis de desesperación: "¡Quiero que venga la miss! ¡Quiero que venga la miss! Entonces fuéron en busca de la miss; ella conocía al muchacho, que era uno de sus protegidos. Una vez solo con ella, se puso de rodillas, suplicándole que lo salvase y ocultara; la policía lo buscaba, porque había matado al padre. ¿Por qué razón? Porque el padre, desde largos meses atrás, noche tras noche, con la inconsciencia de una máquina, maltrataba a la madre. Incapaz de soportar por más tiempo aquel horror, el muchacho le hundió un cuchillo de cocina en la espalda. Yo hubiera deseado estar allí para ver lo que sucedió en seguida; parece que no es posible hacerse una idea. La Due llegó a medianoche a Hullhouse, donde acostumbraba detenerse para recibir ciertos informes de inmediato supo el asunto de boca de la miss" y fue él quien en seguida condujo al muchacho, perfectamente dócil ya, a la comisaría. Me describió la escena con su vivacidad meridional. La "miss" había escuchado al muchacho y después le aconsejó con dulzura pero con firmeza que se entregara y confesara su crimen. Se negó como una fiera, diciendo que él no había hecho mal, sino que sencillamente había suprimido a una bestia, que era mejor vivir en un mundo en que ya no estaba aquella bestia, y que su acto merecía una recompensa y no un castigo; pero la prisión no, mil veces no. Sus ojos echaban chispas y todo su ser ardía. Tenía el derecho de vivir y el derecho de alejar a aquel monstruo de la vecindad de los humanos; poco le importaba que fuese o no su padre, y si a alguien le importaba, ése no tenía un corazón en el pecho, ni sentido común, e ignoraba cómo aquel perro había martirizado a su madre, etcétera. La "miss" conocía el carácter testarudo del chico, que era uno de sus protegidos de mejores cualidades, pero impulsivo e indomable al extremo. Haciendo un llamamiento a toda su energía moral, ella lo llevo poco a poco a reconocer que no tenía derecho a suprimir una vida (yo no hago más que repetir lo que se me dijo; no es esa mi opinión; ¿por qué no cortar de la humanidad un miembro gangrenado? Pero lo que yo pienso poco importa). Ella le hizo ver que debía por sí mismo, por su honor, por su orgullo, aceptar la expiación de su falta; su acción no podía permanecer oculta, y qué vergüenza para él si, en lugar de proceder como un hombre honrado y valiente, dejaba que la policía lo descubriese, le probase su crimen y resultara haciendo el papel de cobarde y mentiroso! ¿Acaso no podría ella tener confianza en él? Toda su argumentación se concentró en este punto: que ella no podría ya creer en él, lo cual hizo en el muchacho la impresión más profunda. Por fin consiguió ablandarlo y el chico se le echó al cuello. Su resistencia quedó rota. Pero durante horas y horas los argumentos y las refutaciones, ejemplos y confesiones, vacilaciones y repliegos sobre sí mismo, ruegos, exhortaciones y llamados a los sentimientos, se sucedieron de una y otra parte. Cuento esto para demostrarle cómo es de fuerte e indomable aquella raza, cómo se unen y cómo sus vidas están estrechamente ligadas. Lo que La Due hizo por el niño fue menos decisivo, aunque igualmente importante. Si la condena fue relativamente leve, el culpable lo debió a sus esfuerzos infatigables; había interesado a la prensa por el caso y pagó de su bolsillo al abogado más hábil. A medida que yo lo iba conociendo mejor, su

Librodot

personalidad se desprendía de su exterior modesto y yo veía a un hombre que, a pesar de su aire sin importancia, era el tipo simbólico de una raza; representaba en cierto modo al cristal que se ha formado en el seno de la materia bruta. Tal vez sus semejantes eran innumerables y, al conocer más a fondo aquellos sistemas poderosos, creció mi convicción de que, en efecto, no era sino una muestra de una muchedumbre; una muestra que la casualidad había colocado en mi camino. Esto conmovió mi orgullo de europeo como probablemente hubiera sido conmovido un griego del imperio de Alejandro si por casualidad se hubiese encontrado en las Galias con un dulce nazareno. ¡Ah, ah! ¡Un nazareno!... La Due no aportaba la palabra divina, el Evangelio; aportaba su bondad sencilla y cándida. He ahí todo; nada de principios de moral, nada de puritanismo, nada de "el que no está conmigo está contra mí". Es probable que no se detuviera mucho tiempo en reflexionar y tomaba las cosas, terribles o agradables, tal como se presentaban. Jamás murmuraba, nunca se encolerizaba; jamás se veía en él ni despecho ni mal humor. Si estaba extenuado de fatiga y alguna persona le preguntaba por su camino, no era raro que lo acompañase hasta su destino, entreteniéndola además con su alegre charla. Cuando Ethel Green, la estrella del cine, fue muerta a tiros por un enamorado celoso, no sintió más ni menos pena que cualquier modistilla, y acudió a saludar al féretro como lo hicieron millares de personas. Era eso precisamente; él era como todo el mundo y, sin embargo, en medio de la muchedumbre, era el hombre mágico, mágico a la manera de una lenteja. Imagínese, perdido en aquel estado monstruo, con ciudades, montañas y ríos monstruos, en aquel estado de una riqueza monstruo, de una miseria monstruo, de la actividad monstruo y de los crímenes monstruosos, que siente un miedo monstruo a la anarquía y a la revolución, al pequeño La Due, dulce y apacible... ¿cómo diría?... tipo de una nueva humanidad. Fantasmagórico. Uno no salía del asombro. Fue él quien me hizo comprender que aquel mundo no es más que una pasta en la que la levadura aun no levantó. "¡Ah! ¡Somos tan jóvenes!... -repetía con su entusiasmo inocente-. Somos de una juventud inaudita". Y es eso, justamente eso. Una época de preparación. Un horno del que deben salir los pueblos. Todo está aún en la confusión y por hacerse. Nada se ha enfriado. Un empuje del norte y del sur, del este y del oeste, hacia el centro. El mundo blanco y el mundo negro a los tirones; el negro, que se ha convertido en el acreedor de una deuda acrecentada por los años, avanza irresistiblemente, conquista los barrios ' de las ciudades e inunda las provincias. Detrás, la sombra amenazadora del Asia, y después, el verdadero adversario, del que depende el porvenir, la Rusia que se prepara para el duelo mundial, la Rusia del otro lado del planeta... ¿Qué tenía que hacer yo en medio de todo aquello con mis ideas de misión espiritual? ¿Adónde iría a parar yo, pobre europeo afligido por la creencia en el espíritu? A mi alrededor había materia, materia y siempre materia. Allí no podía ser cuestión de espíritu antes de un siglo. Frente a aquel cráter hirviente, Europa no es más que una tienda de antigüedades. Yo había llegado bastante lejos hacia el este, desde todos los puntos de vista, para poder volver sobre mis pasos con la conciencia tranquila. Sin que mi vida exterior o íntima tuviese nada que ver en ello, me sentía rechazado hacia mis orígenes. La regeneración de Jorge Warschauer se cumplía ineludiblemente. Yo me había familiarizado cada vez más con la vida de millones de emigrantes judíos: desde hacía muchos años, Hamilton La Due se sentía en el ghetto como en su casa. Sus mejores amigos eran judíos rusos. "¡Qué gentes admirables -exclamaba cada vez que tenía ocasión de cantar sus alabanzas-. Wonderful people!", y contaba historias sin fin de su orgullo, su desinterés y su agradecimiento. Se produce entre ellos un proceso histórico-psicológico, una fusión de elementos que, por la diversidad de la sangre, engendra en cierto sentido una nueva calidad de alma. Yo me interesaba por aquella existencia trágica. Rota y barrida por las catástrofes europeas, tiene, bajo una apariencia de letargia oriental, un ritmo vertiginoso. Yo frecuentaba sabios regatones y me sumergía en el estudio de nuestros viejos textos; entonces vi lo que me faltaba. Era imposible volverlo a atrapar. A partir de cierto día, me sentí viejo de golpe. Yo no había formado reservas y no tenía nada que dar a la época que veía levantarse. Por lo tanto, se trataba de ponerse a salvo; se trataba de descubrir un pequeño lugar donde estuviese a igual distancia de los dos focos de

Librodot

izquierda y de derecha donde el incendio estaba en su apogeo. No podía ser un Tusculum, sino cuando mucho un observatorio oculto al que yo llevaría un último tizón de la gran hoguera de los tiempos revueltos. ¿Qué tempestad apagará. ese pobre tizón, la de la izquierda o la de la derecha, la del este o la del oeste? ¿Qué me dice, Mohl? Porque en el transcurso de los diez años durante los cuales me evadí de mí mismo para ir al encuentro del mundo, el mujik adormecido se ha movido allá y, en todo el espacio que limitan el río Vístula y el lago Baikal, el proletariado se sublevó; se pueden esperar grandes acontecimientos; las buenas gentes de aquí, que todavía están metidas hasta las orejas en sus tímidas tentativas, no sospechan lo que les espera; sueñan con heredar el knut y, mientras tanto, oyen en el gramófono gangoso el canto plañidero de una época que ya no existe más: el uchnemj... ¿Conoce usted eso, Mohl? Es el canto de los barqueros del Volga... un grito de alarma único en su género, y se sienten edificados por un canto religioso. ¿Nunca lo oyó?" Se puso de pie extendiendo los brazos en cruz, comenzó a caminar de un extremo al otro de la habitación con su paso de tambor mayor y a cantar con voz estentórea: Ei uchnemj... el uchnemj... eschtsche razikj... etschteche daraj. . . ei uchnemj...

5

ETZEL también se había puesto de pie y permanecía inmóvil, aniquilado. La mejilla que había tenido apoyada en la mano le ardía y la otra estaba pálida. Puso los nudillos de sus dedos en la boca y se los mordió hasta hacerlos sangrar. El miedo y la mayor perplejidad se pintaban en sus miradas, "Dios mío -decíase mientras el corazón le latía con fuerza-, uno tiene la impresión de no ser todavía más que una criaturita. Dan ganas de taparse los oídos para no oír más y de desviar los ojos para no ver nada más. Este hombrón macizo y pesado lo aplasta a uno y lo mata; en él, todo sobrepasa la medida humana; es Polifemo jugando con bloques de roca. ¿Por dónde tomarlo, cómo volverlo a llevar a la única pregunta por la cual uno ha venido, por la cual uno ha aceptado todo esto, todas estas cosas de las que en su pequeñez uno no tenía ni la menor idea?" Etzel tenía la impresión de correr con una carretilla detrás de un tren expreso. Sus esperanzas habían caído hasta el cero. ¿Cómo sus pobres palabras se impondrían frente a aquella catarata oratoria? ¿Qué podían su ignorancia y sus dieciséis años contra aquel cerebro que abarcaba el mundo entero? ¿Qué importancia podía tener para éste, el detenido en su prisión, y los seis mil y no sé cuántos días, y las seis mil y no sé cuántas noches de cautividad sufridos injustamente? Otro día más y otra noche más; una noche además de esta, ¿qué le importa? Ha visto muchas otras, conoce horrores igualmente conmovedores, y todo ha pasado sobre él como el agua sobre el lomo de un pato; poco le importa la desgracia de uno o la falta de otro; él se ha construido un sistema de justicia en el cual el individuo no desempeña ya ningún papel, ad usum delphini probablemente. Ya se tocaba la meta. Tal vez una pregunta más y el misterio quedaría develado. Hubiera sido preciso gritar: "¡Un momento! ¿Qué quiso decir hablando de un deus ex machina?" Pero en lugar de eso, lo arrastra a uno bien lejos con su maldito problema Waremme-Warschauer, uno es el pato de la boda y tiene que estar mordiéndose los nudillos hasta hacerse sangre. Etzel hizo un llamamiento a todo su valor y, cuando Warschauer cesó de cantar, se le plantó delante y le dijo: "Todo eso nos ha llevado lejos de Maurizius". "Cierto, sapo abyecto -respondió Warschauer encolerizado-; ahórrame tus basuras viscosas". "¡Oh!, me figuro muy bien que no querrá oír hablar más de eso -prosiguió Etzel exasperado-, pero nada impedirá al sapo croar, aun a riesgo de ser devorado por el buitre". Warschauer se inclinó irónicamente: "Bien respondió el sapito", dijo burlón. Etzel estaba rojo; en sus labios apareció una sonrisa de desafío. "Pero a usted eso le obsesiona sin cesar -dijo-. El juramento, piense en el juramento... puede ser que lo haya olvidado, pero no lo creo; porque hay ahí, ahí dentro, algo que no olvida". Y tendía el índice hacia el pecho de Warschauer. Este retrocedió un paso sin pronunciar ni una palabra. "Sí -insistió Etzel arrebatado por un ataque de osadía-,

Librodot

a eso no se lo puede engañar; eso es lo que ha zarandeado por el mundo, lo que tiene usted que expiar, mientras el otro está allá preso, y el viejo y yo, sí, sí, por una falta del tamaño de un grano de mijo una carrada de sufrimiento, sí, sí!" Había perdido todo dominio sobre sí mismo.

Warschauer apretó los labios, fue hacia la puerta sin decir nada y la abrió de par en par: "Mohl -dijo fríamente-, lo echo y téngase por enterado. ¡Vamos, fuera!" Etzel palideció, vacilando. Warschauer echó una mirada al pasillo oscuro y se puso a cantar de nuevo El uchnemj, como si ya estuviese solo; se interrumpió en seguida y agregó con tono imperioso: "¿Es para hoy o para mañana?..." "No tengo llave, no puedo salir", murmuró Etzel obstinadamente. Warschauer sacó la llave del bolsillo y se la ofreció. Etzel la tomó y franqueó lentamente el umbral. Warschauer cerró la puerta de un golpe detrás de él. Mientras descendía la escalera a tientas, oía a través de la puerta como un estribillo irónico: ¡E¡ uchnemj! Lágrimas de cólera y de desaliento velaron su vista.

La puerta estaba abierta. En ella el joven Paalzow conversaba en voz baja con un individuo de facha patibularia. Al ver a Etzel giró sobre sus talones y, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, echó al muchacho una mirada venenosa. Este pasó sin hacerle caso. "A ti, mi amiguito, yo quisiera encontrarte una tarde en un rincón del bosque", le gritó el hijo de Paalzow con tono amenazador. "¿De veras? ¿Y qué necesidad tienes de un bosque para eso?", replicó Etzel por encima del hombro. Pero mientras se dirigía a su alojamiento, de pronto le faltaron las fuerzas y se acostó en la acera delante de la taberna. Tal vez una especie de miedo a los fantasmas no fuese ajeno al sentimiento que entonces experimentó y, según recordaba, por primera vez en su vida; en cada esquina creía ver al negro gigantesco que llegaba hacia él a la carrera, con los brazos tendidos hacia adelante y deslizándosele de la frente hasta la barbilla un hilo de sangre. Se acostó sobre el escalón de la puerta, pero no se sintió mejor; sus nervios estaban tensos como para romperse. Veía puentes de madera por los que desfilaban interminables convoyes de bueyes y le parecía oír millares de gargantas que aullaban dolorosamente el E¡ uchnemj. Veía al judío sollozar en su jaula de hierro y al parricida de once años clavar un cuchillo de cocina en la espalda de su padre. Veía a Hamilton La Due besar la llaga supurante de un leproso y, en el sótano, el cadáver del chino rodeado de sus amigos. Y siempre, en medio de las demás imágenes, se presentaba la del negro, con el rostro cortado por un hilo de sangre, huyendo con un terror mortal, y a los brutos lanzados en su persecución. "¡Oh, mamá, mamá!", suspiró como un niñito, mientras por fin se levantaba y dirigía titubeando hacia la calle de Anklam. No había para qué decir que estaba además extremadamente cansado. Cuando puso su reloj en la mesa junto a la cama, eran las cuatro y diez y el alba blanqueaba los vidrios. No necesitó encender la luz. Acostumbrado a espolvorear con polvo insecticida, antes de acostarse, las almohadas de tela roja y las sábanas ordinarias manchadas de sangre, lo hizo esta vez también. En seguida se sumió en un sueño pesado, como el de la embriaguez. Una rueda de fuego dentada como una sierra que girase a una velocidad loca, le trabajaba el pecho; era una pesadilla de su niñez que a veces se le presentaba; durmiendo, sabía que tenía fiebre. Unas chinches grandes como las cucarachas del cuarto de Warschauer, le corrían por la cara y el cuello. La señora Schneevogt trajo el desayuno, que dejó sobre la mesita; durmiendo, la vio; seguía durmiendo aunque su alma era incapaz de hallar el sueño. Le pareció que poco después la mujer volvía con la comida del mediodía; ella se llevó rezongando los platos que él no había tocado; la vio y la oyó en medio de su sueño lúcido. La rueda de fuego se puso a zumbar. "Si me corta en dos -pensaba-, Dios cometerá una injusticia. Es preciso que antes hable a mi madre... y el otro asunto... ha pasado un día más..." Al fin abrió los ojos y recobró los sentidos; la camisa empapada de sudor se le pegaba al cuerpo; sentía las piernas tan pesadas que no podía moverlas. "Enfermo -se dijo-; no faltaba sino esto. Ya van seis semanas que me atormento con este demonio y estoy tan adelantado como antes; nada, nada; ¿qué sucederá si caigo enfermo? No es posible que me enferme, porque perdería demasiado tiempo ¿Por qué Ana Jahn fue a Francia con él? Ahí hay algo. El escamoteó este punto, el más misterioso de la

Librodot

historia. ¿Qué hacer ahora? Lo mejor es esperar que venga; no me moveré, tendrá remordimiento; vendrá y entonces podré hacer algo". Después tuvo una visión: su afiebrado cerebro le prestó una doble vista premonitoria de lo que iba a suceder más tarde y vio a Warschauer dando zancadas con su paso de tambor mayor en la habitación, en esta habitación donde se encontraba; luego... se puso a hablar del "caso". Su clarividencia no llegó hasta ahí; su deseo no se atrevió a seguir revistiendo el aspecto de la realidad. ¿Por qué Etzel se estremece así?... Es una suerte que sea ya el mes de junio; uno puede prescindir del fuego.

La voz dura e hiriente de Melitta se dejó oír en la habitación contigua. Puso atención: "Es preciso que ellas no se den cuenta de que estoy enfermo -pensó-. ¿Quién sabe?; quizás me mandarán al hospital. Allí exigen documentos; me vería en un buen enredo. ¿Qué podrá ser esto? Un resfrío de garganta, me cuesta trabajo tragar; mañana habrá pasado". Para no , despertar sospechas si se daba el caso de que una de las Schneevogt entrase, tomó del estante clavado a la pared, junto a la cama, un volumen de Ghisels y lo abrió. Entonces pudo percibir una voz dura e hiriente que decía al lado: "¡Qué injusticia, esto me subleva! Es como para escupir sobre la humanidad entera. Más valdría tomar una soga y colgarse del techo". El tabique era tan delgado y la puerta cerraba tan mal, que distinguió cada palabra y también los tímidos esfuerzos de la señora Schneevogt tratando de calmar a Melitta. En eso sonó el timbre del departamento; las dos mujeres salieron del cuarto y no se oyó más nada. "Es verdad lo que dijo -pensó Etzel, levantando al techo sus ojos dilatados y con el pensamiento abrumador de no haber hecho honor a sus obligaciones-; ¿cómo se puede soportar eso? Y todo el mundo sigue viviendo, tanto los que pretenden no poderlo, como los otros, y yo también. ¿Qué se hace de la justicia? ¿Existe acaso? ¿No es algo que uno imagina, así como las personas piadosas se imaginan un paraíso? Tal vez nuestra razón es incapaz de reconocerla y quizá exista fuera de las regiones accesibles a nuestro espíritu. Pero entonces nuestros actos no tendrían más que un valer provisional y nuestros progresos estarían desprovistos de sentido; sin embargo, es preciso,: es necesario que haya compensaciones. Dieciocho años y nueve meses ahora. ¡Dios mío!, es necesario, es necesario, sin embargo..." ¿Qué es eso, Etzel? Tu alma de dieciocho años que se rebela, erige una ley de bronce; pero, ¿qué poder sobre la tierra la sancionará? Cerró los ojos y Joshua Cooper, con un hilo de sangre que le corría desde la frente a la barbilla, se levantó ante él como una imagen del desaliento. Un escalofrío lo sacudió, tomó el libro que mantenía abierto en sus manos y en la página que tenía ante los ojos leyó estas líneas: " Sobre el vaso más lleno puede todavía flotar un pétalo de rosa, y sobre ese pétalo de flor diez mil ángeles pueden hallar un lugar".

¡Qué palabras! Aquello fue un rayo de luz. Ya las conocía, pero antes jamás había podido penetrar en su sentido; ahora, después de todo por lo que había pasado, su sentido brillaba ante él como una estrella en el cielo. Es menester que vaya a ver al hombre que ha escrito esas líneas, y que vaya en seguida, al minuto. No hay que dudar ni reflexionar. Si en la tierra hay alguien que sea capaz de responder a la gran interrogación ese es el hombre que escribió eso. ¿Que tiene fiebre? ¡Ah, bah!; no es preciso detenerse en este detalle. Son las cuatro de la tarde, es preciso una hora para ir hasta Westend y el momento no es malo para encontrar a alguien en su casa. Tal vez tuviera la suerte de que Ghisels no estuviese de viaje y lo recibiera. A pesar dé sus piernas flojas y sus dolores de garganta, Etzel se desliza de la cama, se lava la cara y el pecho, se viste y sale de la pieza y de la casa.

6

TOMÓ el ascensor para subir al cuarto piso de un inmueble aislado y tocó el timbre en una de las dos puertas. Después de una espera bastante prolongada, apareció un joven que tenía una fisonomía inteligente y agradable, con anteojos de carey. Había dejado varias puertas abiertas detrás de él y se oía un rumor de voces que conversaban con animación. En el perchero del vestíbulo había cinco o seis sombreros y también un abrigo de mujer. "¡Ay,

ay! -se dijo Etzel con el corazón desfalleciente-, tienes mala suerte, amigo". El joven se informó de lo que deseaba. "Quisiera hablar con el señor Ghisels", respondió Etzel, venciendo su timidez con gran trabajo. ("Señor Ghisels; su boca se negaba a pronunciar esa palabra, porque el "señor" se le antojaba amanerado y estúpido). El joven sonrió con un gesto que decía: "Usted no es el único", y le preguntó su nombre. Etzel respondió que se llamaba Andergast, Etzel Andergast, que había escrito al señor Melchor Ghisels seis meses antes, que había recibido una respuesta y que tal vez el señor Ghisels se acordase. Por :primera vez se daba, después de mucho tiempo, su verdadero nombre; no hay para qué decir que ni por un instante pensó en presentarse en aquel santuario con una careta sobre el rostro. De todos modos, no dejaba de ser raro encontrarse a sí mismo de pronto; tenía la impresión, no de hallar lo que era familiar, sino más bien de llevar un resplandeciente traje nuevo en el cual no se sentía del todo cómodo. El joven quiso saber si lo llevaba algún asunto especial. Etzel sacudió la cabeza. "No es precisamente eso", replicó; se sentiría feliz de poder ver al señor Ghisels, de poder pasar una media hora con él y de respirar pirar el mismo aire que él, eso le bastaría. ("Mientes, eso no te bastaría", le replicó una voz interior). El joven sonrió nuevamente y miró al extraño visitante con interés. "¿Quiere entrar aquí mientras espera? -dijo-. Voy a anunciarlo al señor Ghisels". Etzel entró en el vestíbulo en tanto que el joven desaparecía. Las piernas le flaqueaban y la cabeza le daba vueltas; tomó una silla; a su alrededor todo era silencio y espera respetuosa. Temía no conducirse bien y le tenía miedo al momento decisivo. Si un escritor, es decir, uno de esos animadores, de esos pioneers del pensamiento tales como Ghisels, pudiese adivinar los sentimientos que hacen presa del alma de un adolescente que, después de un rudo combate interior, encuentra el valor de presentarse ante él, haría un llamamiento a-todos los recursos de su genio, a todo su corazón también, para hallarse preparado para semejante encuentro. Pero son raros, extremadamente raros, aquellos que no saben no negarse así; tal vez no está dentro de las posibilidades de la naturaleza humana el permanecer tal como se es, en la hora en que uno crea. Sin duda, del sentimiento confuso de esta verdad venía en parte la angustia que experimentaba Etzel, angustia intelectual, si puede ser. ¿"Hasta qué punto -se preguntaba- su verdadera persona responderá a la imagen que de él me he formado? ¿En qué estado de espíritu dejaré esta casa después de haberlo visto, de haber oído su voz y de haber recibido sus palabras? ¿Qué hará, qué dirá, cuál será su mirada y su manera de hablar? ¿Qué deberá suceder para que conserve en mi vida el lugar que él ocupa?" A cada momento crecía en él la tentación de no aguardar el regreso del joven y escaparse tranquilamente; en ese caso nada se produciría y él conservaría su ídolo. Encontraba aquella espera mortalmente larga. Prestó atención y percibió el murmullo de una voz monótona; tenía el oído afinado por la fiebre y la excitación, hasta el punto de captar a través de dos puertas palabras aisladas. Alguien leía en voz alta. Evidentemente, el joven no podía anunciar a la inoportuna visita sino cuando se terminase la lectura. Sonó el timbre de la puerta de entrada. Pareció que nadie la había oído en el departamento. Volvió a sonar. Etzel se preguntó si debería ir a abrir y juzgó que nada lo autorizaba

. ,. a hacerlo. En ese momento, una señora de treinta y ocho a cuarenta años entró en el vestíbulo por una puerta opuesta a la que diese paso al joven. Su actitud y su expresión revelaron a Etzel que era la dueña de casa; su rostro conservaba los rastros de una gran belleza, pero estaba ajado y fatigado. Nunca se le hubiera ocurrido a Etzel que una mujer pudiera habitar la casa; eso lo sorprendió y aumentó su turbación. La mujer se sobresaltó al verlo: "¿No acaban de llamar?", preguntó. "Sí, señora, dos veces", respondió Etzel y tuvo ganas de disculparse por estar allí esperando tontamente. Ella abrió. Otra mujer estaba en la puerta, muy joven todavía, resplandeciente de juventud, muy linda, con los ojos chispeantes, la boca fresca e impertinente. Entonces sucedió algo extraño.' Las dos mujeres, mudas, se midieron con una mirada hostil. La visitante pareció desagradablemente sorprendida al ver a la otra ante ella. Daba la impresión de que contaba con no encontrarla. La dueña de casa se irguió ligeramente, se encogió de hombros, dejó oír una risita gutural y despreciativa, y cerró

Librodot

la puerta de un golpe. La brutalidad de aquel gesto tenía algo de espantoso en aquella mujer de aire temeroso y melancólico. Se quedó allí, con la cabeza baja. El chal de seda azul que llevaba sobre los hombros se había deslizado sin que ella se diera cuenta. Pareció olvidar durante algunos minutos todo lo que la rodeaba. Un dolor indecible se pintaba en su cara. Se hubiera dicho una estatua de piedra, imagen de la desesperación. De pronto tuvo un sobresalto y volvió con paso pesado al interior del departamento. No tuvo ni una mirada para Etzel. Este se hacía pequeño en su asiento, molesto como si hubiese puesto las manos sobre una cosa ajena y atormentado todavía por otro pensamiento: el destino no respetaba esta casa más que a las demás, la vida hacía allí como en otras partes golpear sus olas turbias y el ser noble que había escrito aquello: "sobre el vaso más lleno puede todavía flotar un pétalo de rosa y sobre ese pétalo de flor diez mil ángeles pueden hallar un lugar", no estaba al abrigo de las miserias del siglo; las pasiones se desatan y las tristezas proyectaban su sombra a su alrededor. Ahora que el velo se había entreabierto ante los ojos de Etzel, aquel santuario de un gran sacerdote era en adelante el domicilio de un hombre como los demás y, del mismo modo que uno atraviesa un puente del cual se sabe que hay un pilar apolillado y poco seguro, aunque lo atraviesen pesados vehículos, él se sentía con el corazón apretado y el suelo cedía bajo sus pasos. Entretanto, reapareció el joven y le pidió amablemente que entrase.

7

LA casa de Melchor Ghisels era el refugio de todos aquellos que estaban atormentados, que luchaban, que aspiraban a un ideal, que tenían necesidad de consejos y el refugio de los

náufragos de la vida y los extraviados. Se iba a él como a un médico célebre; con frecuencia su despacho estaba lleno del mediodía a medianoche. Allí se veían gentes de todas las edades, hombre y mujeres, literatos, artistas, actores, estudiantes, emigrantes y políticos, aunque sus amigos más íntimos y su esposa se veían obligados a veces a detener la afluencia de las visitas. Desde hacía varios años estaba muy delicado y no podía soportar ese cansancio. Todos estaban suspendidos de sus labios, le exponían los asuntos más delicados de sus vidas, y le presentaban sus casos de conciencia y sus dificultades personales; querían conocer su opinión sobre sus trabajos y lo arrastraban a interminables discusiones acerca de problemas referentes al arte, la religión o la filosofía, y era raro que finalmente su interlocutor no se inclinase ante una palabra autorizada salida de su boca. Entre aquellas personas había algunas a las que no conocía particularmente, por las cuales ni siquiera tenía simpatía y cuya derrota moral y dificultades materiales le ocupaban semanas y aun meses enteros. Esas personas desaparecían sin dejar rastros; por lo general, jamás volvía a oír hablar de ellas. No se sentía decepcionado por eso; no creía haber sido traicionado o engañado cuando alguien a quien había ayudado se substraía después a su influencia y hasta le pagaba con ingratitud. Esto también lo enriquecía. No porque adquiriese una mayor experiencia, sino porque su maravillosa intuición de la vida se veía todavía más aumentada, más profundizada; ello lo llevaba a la indulgencia, en cierta forma a la clemencia, y le daba tal comprensión de los hombres y de las cosas, que a veces se volvía incomprensible a fuerza de contradecirse a si mismo para ponerse en el lugar de los otros. No tomaba en ello nada a la ligera, ni siquiera la nulidad pretenciosa del diletante; hasta su misma ironía era concienzuda. En cambio, todo lo que personalmente expresaba, tenía aquella facilidad que sólo da el perfecto dominio de todos los medios; conversar con Ghiseis era una felicidad, precisamente a causa de aquella facilidad. Únicamente parecía querer librarse de la pesada riqueza que se difundía en sus palabras y que repartía quedando además agradecido por haberlo podido realizar. Uno no hacía otra cosa que recibir y era como si también actuase y fuese igualmente comprensivo. espiritual, creador y experimentado; como él, toda su personalidad moral era un organismo perfectamente ajustado, dirigido por un principio interior único; su inteligencia y su alma no estaban separadas por ese abismo abierto e infranqueable que hace imposible el advenimiento de un solo gran hombre entre legiones de talentos prodigiosos. Esto le permitía atribuir un

Librodot

sentido a todo acontecimiento, a todo lo que le sucedía a cada uno, a toda obra, a todo destino, sentido nacido en su pensamiento, que su vida asimilaba y rendía fecundo, sobrepasando así al conocimiento estéril.

El hecho de que Etzel, sin experiencia, sin madurez de espíritu, casi un niño todavía, se hubiera sentido magnéticamente atraído, desde el despertar de su conciencia moral, por un hombre cuyo carácter y personalidad sólo se habían revelado a él por el disfraz de los libros, hace creer que en Ghisels había un magnetizador; no importa que se lo llame instinto 0 sensibilidad profunda. Lo cierto es que ese mismo instinto había aumentado su timidez y su inquietud a medida que cada paso lo aproximaba a aquel hombre venerado; la escena entre las dos mujeres no había hecho más que exteriorizar la duda que lo roía. Pero, después de todo, existía un solo hombre en la tierra, sin exceptuar al corazón más noble, al espíritu más amplio, que pudiese enseñarle lo que le era preciso aprender, aquello de lo cual era menester que estuviese seguro para encontrarle a la vida algún valor.

Entró en una gran habitación provista de hermosos muebles antiguos, y se encontró frente a Melchor Ghisels. Era un hombre de unos cincuenta años, estatura superior a la mediana, bien proporcionado y ademanes naturalmente elegantes y desenvueltos. Tenía el rostro afeitado y ojos muy hundidos, de mirada tranquila, penetrante, meditativa y buena, una boca fina extremadamente expresiva, cuyos labios permanecían estrecha y casi dolorosamente apretados cuando guardaba silencio; cuando hablaba, se hubiera dicho que la naturaleza, que hipertrofia en sus criaturas los órganos esenciales, habían modelado aquellos labios para formar palabras, palabras llenas de sentido, raras, a propósito para aquella boca. Las orejas carnosas, apartadas de la cabeza, hacían junto a aquel noble rostro una curiosa impresión, casi desagradable. Pero así como la boca estaba hecha para hablar, las orejas, anchas valvas rojas, parecían hechas para escuchar, para oír bien, justo y mucho.

Invitado a tomar asiento, Etzel se sentó discretamente y sin ruido, algo apartado de los otros visitantes. Las caras, que miró sin idea preconcebida, le agradaron casi todas; ninguna

de ellas era vulgar o inexpresiva. Había cuatro jóvenes, un hombre de cabellos blancos y una joven que, cosa extraña, tenía los cabellos completamente blancos. Ghisels se contentó con nombrar al recién llegado, dispensándose de otro ceremonial cualquiera. De tiempo en tiempo lo rozaba con una mirada escrutadora, ligeramente sorprendida, levantando un poco las espesas cejas que limitaban su frente con sus dos burletes negros. La conversación iniciada proseguía. Etzel no oía más que la voz de Melchor Ghisels y tenía tan sólo la impresión vaga de un verbo castigado, de una elocución fácil, de una forma agradable, y oía solamente su voz, escuchándola con tanto fervor y avidez que se sobresaltaba imperceptiblemente cada vez que se callaba, espiando con impaciencia el momento en que, sonora y cubriendo a las demás voces como con un ala sombría se hacía oír de nuevo. Entonces sentía un placer raro, una extraña liberación. Durante las largas semanas de sus deshilvanadas conversaciones con Warschauer-Waremme, Etzel se había habituado inconscientemente al órgano de éste, como uno puede acostumbrarse a una tortura cotidiana; había terminado por no poder percibir más que aquella voz; apenas si había hablado con alguna otra persona y se había olvidado del acento y el timbre de las palabras sinceras, de la vibración de las palabras que vienen del alma. Esta diferencia le era tan sensible como la que existe entre una moneda de oro y un pedazo de plomo que se deja caer sobre una piedra para descubrir su naturaleza. "¿Está usted enfermo? -le preguntó de pronto Ghisels-. Lo noto muy pálido. ¿Puedo ofrecerle alguna cosa, un cordial?" Etzel sacudió la cabeza y dio las gracias; sus palabras tropezaron unas con otras. Sonrió y su sonrisa pareció gustar a Ghisels, que puso por un momento su mano en el hombro del muchacho, como diciéndole: "Tenga un poco de paciencia, no lo dejaremos ir sin haberlo escuchado". Los visitantes se despidieron, en efecto, muy pronto; la joven de cabellos blancos y el joven de anteojos de carey se quedaron todavía algunos minutos; Ghisels hablaba con ellos gravemente. Cuando por fin se marcharon, entró la dueña de casa e invitó con dulzura a Ghisels a que se recostara en el sofá; realmente, tenía aspecto de muy cansado. La mujer esperó a que se recostara; le envolvió las piernas con una manta de

Librodot

pelo de camello y le preguntó si no debía abrir la ventana. Tenía una manera rara de hablar, entreabriendo apenas los labios y los dientes; sus palabras y también su modo de andar, así como su mirada, traicionaban el esfuerzo y en cierta forma la costumbre del sufrimiento. De nuevo Etzel tuvo la impresión de estar envuelto en una nube de tristeza y de moverse sobre un terreno poco seguro. "Espero que no lo molestaré", balbuceó. "No tema -dijo Ghisels, y dirigiéndose a su mujer-: Sí, querida amiga, abre la ventana. ¡La tarde está tan hermosa!..." Ella abrió la ventana y salió sin hacer ruido. "Mire", dijo Ghisels mostrándole el poniente. Etzel volvió sus miradas hacia aquella dirección. Bajo las ventanas y hasta el horizonte se desplegaba la ola de un verde constituido por las copas de los pinos; la casa parecía ser la última o la primera de la ciudad. Por encima se tendía un cielo borra de vino en el cual, a intervalos regulares, corrían bandas de nubes purpúreas y doradas, semejantes a tizones ardiendo. Mientras Etzel, tieso por el esfuerzo, reunía sus ideas y se decidía a exponerlas vacilando, Ghisels no separaba sus ojos del espectáculo siniestro y grandioso:

En breves palabras, Etzel hizo alusión a sus relaciones con la obra de Ghisels. Para no parecer presuntuoso, dejó entrever que sus escritos habían tenido una influencia decisiva sobre su concepto de los grandes problemas de la vida. Pero no se había detenido en la reflexión especulativa, sino que había ido más lejos, porque aquellos libros justamente le habían hecho comprender que había que ir más allá. (Melchor Ghisels redobló su atención). He aquí de qué se trataba. Su padre pertenecía a la alta magistratura. Ahora bien, entre su padre y él había nacido un sordo antagonismo que, desde un año atrás más o menos, había alcanzado un estado agudo. Le había sido cada vez más difícil adaptarse al modo de ver de su padre, a su manera de concebir la vida y a la idea petrificada que se había hecho del mundo. El padre era, por otra parte, un hombre de valía y de gran talento, recto, íntegro y un espíritu culto. Desde su niñez, muchos ecos de la vida pública de su padre habían llegado naturalmente a los oídos de Etzel, cosas graves, tan graves a veces que, poco a poco, hicieron nacer en él un malestar intolerable. Todo a su alrededor, la vida en la casa, el régimen, todo en fin, llegó a parecerle un desafío a la razón y a la naturaleza. No encontraba otra palabra para calificar la manera como 'su padre concebía el derecho y la justicia. ¡Qué sequedad! Era una tradición. muerta, una ley sin alma (la palabra de Etzel se hizo de pronto fácil y ardiente). Hubo entre ellos explicaciones y las explicaciones trajeron la ruptura. Se refugió en casa de unos parientes; no pudo menos que sacudir el peso de sus relaciones, desprovistas por otra parte de toda sinceridad; mientras comía el pan de su padre, le parecía sufrir la dependencia paterna. Lo que ahora necesitaba era sólo asentar su espíritu, recogerse y hallar el medio de orientarse un poco. Uno lee, oye y ve muchas cosas conmovedoras y torturantes; cuando pensaba en el derecho y la justicia, tenía la impresión de una peste moral, de un obscurecimiento general. Pero si no se puede saber a qué atenerse sobre este punto con respecto a sí mismo en el mundo, es imposible para un joven dar bases firmes a su vida, y por eso se había decidido a solicitar los consejos y opiniones del señor Ghisels.

¡Que muchacho raro! Aun allí, en cierto modo delante de su maestro, callaba los hechos que lo habían llevado ineludiblemente a obrar, así como los había callado ante Camilo Raff y Roberto Thielemann. Y igual que durante su conversación con éste, se atrincheraba detrás de la situación de su madre y daba como pretexto las relaciones con su padre. ¿Era por pudor del acto -ese acto del que con frecuencia se privan las personas nobles-, por temor de que se le suscitaran obstáculos, por falta de confianza en sí mismo o a causa del aspecto romántico que su empresa podía tener ante los ojos de una persona "de experiencia"? (Aunque desde hacía mucho tiempo ya no se le importaba nada, pero absolutamente nada, de la experiencia de las personas que la tienen y de quienes, estaba convencido, jamás Melchor Ghisels se erigiría en defensor, él a quien habían calificado de monumento levantado sobre una tumba). En fin, ¿sería por una especie de superstición, como si de su discreción dependiese el éxito, o bien aun a causa de la obsesionante visión del detenido en su prisión? Sea lo que fuere, ya por una o por otra de esas razones, o por todas ellas reunidas, un obstáculo más fuerte que su voluntad y que su resolución, más fuerte que la ilimitada confianza que tenía en Ghisels, le cerraba la

Librodot

boca. Este lo había escuchado con creciente interés. "¿Es usted muy joven?", preguntó indirectamente, porque Etzel le parecía todavía más joven de lo que era. "Pronto tendré diecisiete años", le respondió Etzel. Ghisels movió la cabeza. "Muchos jóvenes de su edad comprometen desde ahora su propio porvenir -dijo juntando las manos detrás de la nuca-; yo seré el último en censurarlos. La hora presente no nos ofrece gran cosa, pero anticiparse presenta inmensos peligros. Esto me hace pensar siempre un poco en los casamientos de niños en la India; a los veinte años ya no son más que ruinas". Se calló un momento, y luego prosiguió a la ventura: "Usted me hace el efecto de estar conmovido por un acontecimiento capital". Etzel se ruborizó hasta las orejas. "¡Caramba! -se dijo sorprendido y aterrado-, he aquí uno que sabe leer en los demás, o yo no me entiendo". Pero Ghisels, con un ademán, pareció suplicar al joven que no viera en su indicación una curiosidad indiscreta o un ensayo de presión. "Dejemos eso, que no tiene importancia. Lo que lo trae no es nuevo para mí. ¡Vaya! Es una crisis que ya no se contenta con remover superficialmente el agua de un estanque. Hace todavía algunos años uno se podía consolar y decirse: este es un caso aislado, aquel es otro; y entonces uno puede tomar su partido, porque se puede hacer eso cuando sólo se trata de casos aislados, pero hoy la conmoción amenaza la obra entera que hemos tardado dos mil años en edificar. Un deseo de destrucción, profundo y mórbido, se manifiesta en las filas de aquellos que vibran ante los grandes problemas. Si esto no se puede remediar (y temo que sea demasiado tarde), habrá que esperar que dentro de cincuenta años ocurra un cataclismo espantoso, que sobrepasará en horror a todas las guerras y a todas las revoluciones que hemos visto hasta ahora. Es extraño que la destrucción emane con frecuencia de aquellos mismos que se creer. guardianes de los bienes considerados como los más sagrados. Está claro que otro tanto pasa en su caso, en su desacuerdo con su padre. Yo he hablado de eso repetidas veces con mis amigos. La mayoría hacían responsable a la política, lo que hoy llamamos política, chancro roedor, que destruye todo lo que une a los hombres. ¡Oh!, lo he observado a menudo. Puedo también servirme de otra comparación. Es un brasero en el cual el corazón de nuestra juventud se endurece y se conmueve como una escoria". Etzel, con las palmas juntas entre las rodillas, se inclinó hacia adelante y respondió vivamente: "Comprendo, usted habla de la política en resumen como disciplina social..." Ghisels sonrió. "Sí, de una disciplina social mal entendida, o de una disciplina social que falta. De todo aquello que tiende a establecer un orden que se basa en la violencia..."

"Ciertamente. Yo lo he sentido siempre y por eso jamás pude plegarme a ello. Siempre le preguntan a uno cuáles son sus opiniones. Y con tal de que uno tenga las opiniones deseadas, se puede obrar como un canalla. No sé si yo puedo decir "nosotros". Preferiría no hacerlo. Un día vi representar un drama moderno, en el que en la escena un estudiante secundario decía durante toda la función: nosotros... nosotros... nosotros reclamamos esto... nosotros pensamos aquello... nosotros seguimos tal o cual camino. Era perfectamente ridículo". En efecto -interrumpió Ghisels con una amable ironía-, se ha tomado esa costumbre como si el mérito supremo consistiera en tener veinte años, y es un juicio anormal que nosotros, los hombres de cuarenta a cincuenta años, hemos contribuído a difundir. Y sin embargo, un mismo espíritu se encuentra en todos, porque todos llevan en el corazón la misma desesperación. Pero usted quería decir todavía algo más..." "No, nada más que lo que acabo de decir -replicó Etzel, a quien invadía una verdadera embriaguez; sus facciones se animaban y -su rostro se coloreaba; ya no sentía más fiebre ni dolor-. Yo deseaba solamente decir que nos es imposible no sentir desesperación cuando vemos burlada la justicia. ¿Acaso no reposa todo sobre ella? Uno lee en los libros antiguos que los soldados lloraban cuando la bandera del regimiento era deshonrada. ¿Y nosotros, que haremos entonces si la única bandera hacia la cual elevamos nuestros ojos es mancillada a diario y precisamente por los mismos abanderados? La justicia, según me parece, es el corazón palpitante del mundo. Dígame, ¿es verdad eso, sí o no? "Es verdad, mi querido amigo -afirmó Ghisels-. La justicia y el amor estaban en su origen unidos por lazos fraternales. En nuestra civilización, no son ni parientes lejanos. Se puede dar a este estado de cosas muchas explicaciones sin explicar

absolutamente nada. No tenemos pueblo, un pueblo que constituya el cuerpo de la nación y, por consiguiente, lo que llaman democracia se reduce a una colectividad amorfa que no puede organizarse ni elevarse razonablemente, y que ahoga todo idealismo. Tal vez nos hiciera falta un César. Pero, ¿de dónde vendrá? Hay que temer al caos, único que puede hacerlo surgir. En este momento, lo mejor que pueden hacer los mejores, es comentar el temblor de la tierra. El resto no es más que... ¡esto! -y sopló el dorso de su mano, como para echar lejos una leve pelusa-. Yo quisiera decirle tan sólo una cosa más -prosiguió-; reflexione un poco, y tal vez eso le haga dar un paso adelante. Piense que no podemos avanzar sino lentamente, lentamente, paso a paso, y que entre cada paso y el siguiente hay toda la debilidad, todas las faltas, todos los errores, nobles errores a veces, de que nos hacemos culpables. No es una doctrina salvadora, ni una verdad poderosa lo que yo le doy con esto, como ya le decía, sino una indicación, un ligero socorro. Lo que quiero decir; es que el mal y el bien no se determinan en las relaciones de los hombres entre sí, sino únicamente en las relaciones del hombre consigo mismo. ¿Comprende?" "Sí, comprendo -respondió Etzel bajando la vista-; pero... no me tome por un tonto... es preciso que yo le diga... es un simple ejemplo... Si mi amigo o el padre de mi amigo... o bien alguien muy allegado a mí, o si quiere alguien no allegado a mí, si ese alguien se halla injustamente preso y yo... ¿qué debo hacer, entonces?... ¿De qué utilidad me serán ahí las relaciones conmigo mismo? Yo no puedo entonces exigir sino una cosa: el derecho, la justicia. ¿Debo dejarlo languidecer en la cárcel? ¿Debo olvidarlo? ¿Debo decir: acaso eso es asunto mío? ¿Qué debo hacer? ¿Qué es la justicia, si yo no llego a hacerla triunfar, yo, Etzel Andergast?"

Involuntariamente se había puesto de pie y clavaba sus ojos en los de Ghisels como si exigiese de él, y en el momento, derecho y justicia. Ghisels, siempre recostado, se irguió en el sofá. Por un instante sostuvo la mirada del joven, luego volvió los ojos al cielo ya apagado y, en voz baja, dijo abriendo los brazos: "No tengo nada más que responder que esto: perdonemé, pero no soy más que un hombre, un débil junco". Durante un instante su rostro tuvo la expresión torturada del Cristo en la cruz de Matías Grünewald. Entonces Etzel inclinó la cabeza, como si hubiera recibido un fuerte golpe. Comprendió en un destello la grandeza de la respuesta y también el renunciamiento infinito que contenía. Y su corazón oprimido notó de pronto otra cosa más: los diez mil ángeles sobre el pétalo de rosa no eran más que una metáfora, una imagen poética, un bello símbolo misterioso, ¡nada más!, no, nada más...

La puerta de la habitación vecina se abrió y en el rectángulo de luz apareció la silueta sombría de la dueña de casa. "Es hora de ir a la mesa, Ghisels", dijo con su voz blanca y cascada. Melchor Ghisels se levantó penosamente, como lo hacen todos los que sufren; tendió la mano a Etzel y se la estrechó con una emoción casi dolorosa. Poco faltó para que Etzel le besara la mano. Ya abajo, en la calle, hizo señas a un taxi que pasaba y se dejó caer en él, casi sin conocimiento, hasta que el coche se detuvo en la esquina de su casa.

CAPITULO DUODÉCIMO

1

CUANDO, después de una noche de insomnio, imputable tal vez al detestable lecho del hotel -el alma espartana del procurador general no estaba, sin embargo, acostumbrada a tomar en cuenta semejantes contingencias-, el señor de Andergast penetró en la celda, Maurizius estaba sentado junto a la mesa, leyendo. El preso dejó el libro, se puso de pie y una rara rigidez lo inmovilizó mientras miraba al carcelero que cerraba la puerta. La cara del guardián, abotagada por el alcohol, mostraba un asombro curioso. "Buen día", dijo el señor de Andergast, afectando un tono de bonhomía que no engañó al prisionero. "Buen día",

respondió éste en el tono de un soldado que contesta a un superior. "¿Ha descansado bien?" Maurizius se inclinó. "¿Se puede preguntar lo que lee?" El señor de Andergast tomó el libro; era la crónica de la ciudad de Ruthenburg, de Sebastián Dehner. "¡Ah! ¿Eso le interesa? Es inútil preguntarlo, ya que lo tiene en la mano. Este libro muestra claramente la manera como vivía el pueblo antes, o mejor dicho, la manera como se le impedía vivir". "¡Hum!, lo sé bien. La vida del pueblo era más intensa en aquellos tiempos que hoy". "Más paciente, en todo caso. Cuando saqueaban sus viviendas y mataban su ganado, elevaban una queja ante el emperador, y cuando el emperador no acudía en su ayuda, organizaban procesiones de suplicantes. Los hombres han sido siempre muy pacientes y lo son todavía. De la paciencia de la gente se prevalen todos los gobiernos; es lo que les permite mantenerse". El señor de Andergast frunció el entrecejo. "Es usted amargo --dijo, visiblemente decidido a ser indulgente-; pero no vamos a perder nuestro tiempo en vanas polémicas. Usted tenía la intención... espero que no haya cambiado de

idea. Ya lo ve, acepto su propuesta y me pongo a su disposición por todo el día". De nuevo reapareció la extraña rigidez en el preso, que declaró, con la mirada fija: "Lo que prometí, lo cumpliré". Estaba apoyado en el muro. El señor de Andergast llevó la silla junto a la ventana y se sentó. Hizo a Maurizius con la mano un gesto cordial, invitándolo, como al comienzo de su entrevista, a colocarse a su lado. Maurizius pareció no verlo y permaneció de pie, junto a la pared. Sus párpados se cerraron a medias, sus dientes pequeños mordisquearon el labio superior finamente arqueado; varias veces se pasó con nerviosidad la mano por la frente y empezó a hablar en voz tan baja, que a ratos se ahogaba hasta el punto de que costaba trabajo oír lo que decía.

2

PODÍA indicar con precisión el día en que vio a Ana por primera vez. Era el 19 de septiembre de 1904, un lunes. "Yo volvía de la Facultad -dijo-, y en la sala había un abrigo de mujer forrado en piel, que exhalaba un perfume, un perfume dulce a verbena... todavía lo huelo en sueños". Se detuvo como para aspirarlo. (El comienzo de su relato era entrecortado con frecuencia por vacilaciones, silencios; el pensamiento retrocedía, hurgaba en el pasado, como quien mete la mano en el agua para retirar, penosamente, con una especie de miedo, objetos hundidos. Esto, claro está, es imposible de transcribirlo ni parecido). Al entrar en el cuarto, vio a las dos hermanas sentadas, una frente a la otra; su mujer le dijo sonriendo: "Es Ana". No pudo disimular su sorpresa. Había oído hablar mucho de la belleza de Ana, y sobre ese punto esperaba verse maravillado (en efecto, está preparado para su llegada); pero, de todos modos, quedó sorprendido al verla. Era más hermosa de lo que se esperaba y, en todo caso, diferente. Su presencia le provocó malestar; sobre todo el pensamiento de tenerla por compañía en la casa, le resultaba desagradable. Abstracción hecha de la molestia que un huésped trae a toda intimidad apacible, aquella joven de dieciocho a veinte años tiene en su persona algo que fuerza y retiene la atención. No se podía decir exactamente qué era, solamente se lo sentía. Los días siguientes encontró a Ana poco amable y no pudo dejar de hacérselo notar a su mujer; citó varias ocasiones en que los modales altaneros de Ana lo hirieron; hasta se hubiera dicho que Ana misma buscaba las ocasiones de mostrarse altanera. "Me trata como si yo tuviera un robo sobre la conciencia", le había dicho a Elli. Esta trató de excusar a la hermana, sintiéndose su protectora; pero él adivinaba que las dos hermanas no se comprendían. Elli admiraba en Ana la belleza que todo el mundo admiraba, y se esforzaba por ayudarla en todas las formas posibles; Ana tenía preocupaciones materiales, y su difícil situación le creaba a Elli el deber de tomar como suya su causa, pero es imposible olvidar los veinte años que las separan; una hermana no puede esperar que la otra se coloque bajo su dependencia; además, Ana no está dispuesta a ello. El observa y se mantiene en la sombra. Encuentra placer en criticar a su cuñada. Muy particularmente, le molesta la costumbre que ella tenía de confesarse todos los domingos. Un día que él se permitió hacer una observación

irónica al respecto, dijo ella: "Un impío no tiene derecho a meterse a hablar de un sacramento". Esa misma noche Maurizius les leyó, a ella y a Elli, un ensayo que acababa de terminar sobre los paisajes de Durero. El trabajo pareció hacer impresión en Ana y lo discutieron. "¿Dirás que quien ha escrito esto es un impío? -le preguntó él-. Entonces, ¿qué es un impío?" Ana guardó silencio y pareció reflexionar. Tenía siempre en los labios una sonrisa indefinible que, para los que vivían siempre junto a ella, resultaba una sonrisa estereotipada y desagradable. Es una respuesta siempre pronta para multitud de cosas: cumplidos, consejos, servicios prestados, contradicción, invitación a hablar; es una actitud que se mantiene vagamente entre la cortedad y la burla. Maurizius se detuvo analizando aquella sonrisa. Para él es una sonrisa de jovencita gazmoña e irrespetuosa. "Es -explicó- una insolencia que sólo se encuentra y sólo se tolera en las jovencitas de dieciocho años. Si uno hubiese podido desprender aquella sonrisa de sus labios así como se arranca una etiqueta de una caja, estoy seguro de que se hubiera descubierto un defecto, una rajadura en el esmalte -precisó con aire pensativo-. Pero no nos detengamos en ella más tiempo". (Era visible que Maurizius

se aplicaba a evocar netamente la personalidad de Ana, a lo cual el señor de Andergast no podía hasta aquí encontrar nada de atrayente, e inmediatamente expuso un recuerdo característico). Una mañana Elli le dijo: "Figúrate que Ana no quiere quedarse en casa..." "¡Ah! sin duda nosotros no somos gente bastante bien para ella", respondió. "¡Bah!, el viejo Jahn tampoco habitaba un palacio en Colonia". "No es eso -respondió Elli vacilando-, no le gusta tener su habitación al lado de nuestro dormitorio; aunque yo, a pedido suyo, ya coloqué el armario delante de la puerta y rellené el hueco con colchones; pero no basta, y eso le resulta penoso". Maurizius encontró odiosa semejante gazmoñería. Elli tuvo que calmar su indignación diciéndole que, como Ana había sido educada en un convento, tenía que perdonar su exageración. "Sí, es su espíritu católico", reconoció él con tono de reprobación, y con su experiencia de hombre que ha vivido, repitió el lugar común: los ojos púdicamente bajos ocultan con frecuencia una imaginación desvergonzada. Pero los ojos de Ana distaban mucho de estar púdicamente bajos; su mirada, muy al contrario, abarca cosas y personas con una franqueza sin indulgencia (encima de la sonrisa antes mencionada), como si las cosas más secretas no le fuesen desconocidas. Ella no se encontraba en su lugar en ninguna parte, ni con la burguesía, ni en el gran mundo, en la bohemia tampoco y mucho menos en el "demi-monde". No es divertida, no sabe llevar una conversación y tiene poca lectura; en sociedad hace sólo un papel deslucido. ¿Entonces, no tiene más que su belleza? Uno se cansa de ella. A la larga, eso aburre. Y sin embargo, sin embargo... es un agua profunda, un abismo donde uno se ahoga. Ella no podía soportar una palabra equívoca, ni el menor sobrentendido en la conversación, y ese rasgo de su carácter la hace poco sociable. Ese horror que confesaba sin ambages suscitó un día una riña con Elli y una discusión con él, Leonardo. Elli tenía algunos invitados a comer, entre ellos un señor de Buchenau, más tarde amigo íntimo de Waremme, rico deportista y coleccionista, además muy joven, bastante espiritual, cínico y narrador muy apreciado de anécdotas atrevidas. No dejaba de contarlas aquella noche; sus historias se hacían cada vez más escabrosas; mientras con palabras apenas veladas daba la versión de una anécdota muy libre (acostumbrado a encontrar un auditorio gastado, no retrocedía ante las frases más crudas), Ana se puso de pie con aire de una persona que acaba de comprender lo que la conversación tiene de inconveniente; echó a Buchenau una mirada que lo dejó frío, detuvo la palabra en sus labios y salió de la habitación para no volver más. Al otro día Elli le preguntó la razón de su conducta y le declaró que no es costumbre de las personas de cierta categoría entretenerse contando con el borde de los labios historias de personas virtuosas, que no permitiría que se tuviesen groserías con sus invitados, y otras cosas por el estilo; para terminar, apeló al juicio de Leonardo. Ana fijó en el vacío la mirada de sus ojos claros; se hubiera podido creer que buscaba el rostro de Maurizius, pero miraba en dirección a su rodilla, y al mismo tiempo, sonreía con aire raro y somnoliento. El se cuidó de decir nada porque la escena le era penosa; por primera vez no podía echar la culpa a su cuñada. Elli le dijo a Ana por encima del hombro: "Verdaderamente, creo que estás tan infatuada de tu

Librodot

persona que no sientes cuando hieres a alguien". Entonces Ana respondió: "¡Pero!, ¿qué dices?" "Recuerdo -prosiguió Maurizius- que aquellas tres palabras me hicieron estremecer. Se hubiera dicho, tengo aún su acento en mis oídos, que era un ciego estupefacto al oír que alguien le dice que es bizco. Quizás le sorprende que yo pueda repetir todo esto con tanta exactitud, pero le aseguro que ni una palabra está modificada ni inventada, porque tengo cada sílaba grabada en la memoria y podría dibujar cada expresión de su fisonomía; sucede solamente que un detalle no está más en su lugar, pero aparte de eso, todo se halla tan vívido como si las cosas fuesen de ayer".

Maurizius se alejó unos pasos de la pared, pero volvió al mismo lugar en seguida, tomó si hubiera allí alguna garita que lo protegiese de peligros sólo conocidos por él. El señor de Andergast, con las manos juntas sobre sus piernas cruzadas, con la cabeza ligeramente inclinada y vuelta hacia la ventana, estaba molesto por los martillazos sordos que subían del patio de la cárcel y lo obligaban a redoblar la atención para no perder una palabra de lo que decía la voz incolora, junto al muro. Los hechos le eran conocidos hasta cierto punto, al menos despertaban el recuerdo de hechos conocidos, pero por otra parte eran por completo nuevos para él. En cierto modo, experimentaba la impresión que uno tiene leyendo un libro cuyo contenido no se sabe sino por un análisis detallado de los artículos de periódicos o por un comentario. Uno queda estupefacto al ver que el análisis, por fiel que sea, no tiene, por decir así, ningún parecido con la vida del libro mismo, con los acontecimientos vividos y sus efectos inmediatos. Cosa curiosa, notaba que esta comprobación lo contrariaba y aumentaba la angustia en que lo sumía desde tiempo atrás la incertidumbre de su juicio y de sus ideas.

3

MAURIZIUS, con la misma mirada apagada y fija que mostrara hasta aquel momento, comenzó a hablar de su primera conversación íntima con su joven cuñada. Parecía sentir que el tema de su conversación con Ana no tenía gran importancia. Lo que importaba es a lo que condujo esa conversación. El menor incidente se convierte en un eslabón de la cadena. No hay para qué decir que ella había oído hablar de su pasado de seductor y aventurero; Leonardo no se preocupaba en absoluto por eso. Según sus ideas de entonces, una reputación como 1_a suya debía, en efecto, contribuir más bien a hacer interesante a un hombre que á echarle encima el descrédito. En el fondo, Ana no creía que él se hubiera corregido después de su casamiento, y lo tenía siempre por un hombre sujeto a caución. Tanto peor, porque nadie la encargó de juzgarlo, su moral no es la de él, y, por su parte, buscará los medios de pasarse sin su aprobación y su simpatía. Después de todo, ¿qué era ella? Una personita pretenciosa que vivía del crédito que le procuraba su hermosa cara. A pesar de todo, el desdén que notaba en ella lo atormentaba; no podía sentirse tranquilo; aquel desdén le quitaba el sueño y envenenaba sus descansos; veía sin cesar sus cejas ligeramente fruncidas sobre sus-ojos pardos de mirada de acero. Maurizius pasaba, como ya lo dijimos, rápidamente sobre todo eso. Las cosas no habían diferido en nada de como son en otros mil casos semejantes. Por otra parte, comprueba que, hasta un preciso momento, ni su vida ni su persona se salieron jamás de la trivialidad corriente. Después, de pronto, llega ese momento preciso; el destino lo ha agarrado. Llegó derecho sobre él como un enorme bloque de roca, Un instante de tiempo antes, ni se hubiera podido sospechar la existencia de ese coloso, la fatalidad. ("¿No le parece -interroga en el vacío- que lo que se llama fatalidad toma con gran frecuencia nacimiento fuera de nosotros, de una manera insidiosa y cruel, y que, en cierto sentido, nos sobrepasa también? Se continúa estúpidamente divirtiéndose con tonterías y luego, el día en que uno se siente perdido, se espanta al reconocerlo: ¡Ah! ¡Es la fatalidad! Eso es lo que me sucedió a mí"). La palabra que Ana le arroja durante la conversación: "¡Pero te has vendido!", le golpea en pleno rostro como una bofetada. De momento, queda sofocado ante ella; se siente desconocido y ultrajado. En cuanto a Ana, parece lamentar el insulto y emocionada le oye rechazar el ultraje desplegando toda su elocuencia. Cuando se separan,

Librodot

ella le tiende la mano y su silencio contiene a la vez un ruego y una promesa. ¿La había convencido? Es dudoso, y él conserva de aquella escena una impresión de malestar. Un estremecimiento de desesperación lo sacudió, reconociendo súbitamente que ella tenía razón. Despertar pleno de consecuencias. Se vio además obligado a sostener cada mentira con otra, a acumular mentiras sobre mentiras hasta ahogarse. La historia de la carta anónima que él mismo escribiera, marca el punto de partida de la carrera al abismo. Al llegar aquí se apartó de nuevo en sombrías reflexiones y se extendió sobre la distinción entre la mentira en palabras y la mentira en acciones, viendo en ellas la misma diferencia que entre un bacilo inofensivo en ciertas condiciones y un organismo infectado. Una maldición pesa sobre el hombre que se casa con una mujer sin amarla; es una falta que no puede reparar y que lo conduce irremediablemente a su pérdida, sobre todo si, como en su caso particular, lleva consigo la pérdida de su mujer. Cuanto más nobles son los motivos que él se atribuyó, más desastrosas son sus repercusiones. Se había imaginado que obraba cuerdamente casándose con Elli y carecía del conocimiento más superficial de su naturaleza. Si era un hábil cálculo de su parte, era netamente una infamia, fuesen cuales fueren sus intenciones, nobles o seudonobles; y si era ligereza de espíritu y fatalismo despreocupado, entonces todavía tenía bastante menos derecho de asombrarse por los sufrimientos que le hirieron como consecuencia. No, en ello no había nada que fuese de naturaleza sorpresiva. Cuando un hombre se da, y, con una restricción mental, excluye su alma de esa dádiva, al mismo tiempo que acepta el alma de la otra persona como si se tratase de un intercambio leal, comete un crimen, tal vez el peor que pueda cometerse. Es muy lindo decirse para disculparse: "Yo no sabía", pero la falta no queda atenuada ni en un ápice; debías saberlo. Es aquí donde el adagio: "Nadie está exento de conocer la ley", adquiere todo su valor. La ignorancia de la ley... ¿de qué ley? De la que se lleva en sí mismo. Esa, uno está obligado a conocerla".

Maurizius se quedó abismado, pero sólo medio minuto. Mientras el señor de Andergast, con un resto de desconfianza, pensaba en aquel condenado (qué profundo sentido tomaba

de pronto esta palabra) que desgarraba el alma, éste proseguía ya su relato. Pocos días después de su discusión con Ana, recibió de su abogado de Suiza una carta anunciándole el nacimiento de su hija Hildegarda e informándolo de las exigencias de su antigua amante. Supo que ésta se hallaba agonizante y que estaba en el más completo desamparo. Se vio en medio de inextricables dificultades. Su primer pensamiento fue: Ana. Confesaba que, abstracción hecha del engorro terrible en que se veía metido, sintió el deseo irresistible, hasta mórbido, de mezclar a Ana en el asunto. Sus relaciones eran entonces bastante cordiales; ella le había contado muchas cosas de su vida, aunque nada de que pudiera sacar consecuencias, es cierto; nada que le permitiera ver en el fondo de su alma, porque Ana seguía siendo para él una carta cerrada; Ana había discutido con él proyectos para lo por venir; había comenzado a manifestar interés por sus trabajos, dejándolo a veces estupefacto por la justeza implacable de sus observaciones; y eso lo alentó para tentar una gestión de la que no examinó el alcance y que arriesgó simplemente, como uno arriesga su postura en la ruleta. Ella lo escuchó y no dijo nada; se fue. Entonces él se quedó presa de una inquietud todavía mayor. ¿Habría nuevamente perdido su estimación y su simpatía? Dos horas más tarde, ella lo citaba por teléfono para encontrarse en el paseo, se declaraba dispuesta a ir a Suiza para buscar a la niña y conducirla a Londres

a casa de su amiga la señora Caspot. No le dio tiempo para hacerle preguntas ni inquirir detalles; ella lo había decidido así y así se haría; sólo era preciso conseguir el dinero para el viaje y para pagar el sueldo de la acompañante que ella llevaría. La sorpresa lo dejó mudo. No la había creído capaz de tanta celeridad y aquello sólo hizo despertar más su admiración.

Bajo su frialdad, bajo aquel noli me tangere altivo y desconfiado, dormían instintos maternales y sentimientos compasivos; tal

vez acogía también con placer la ocasión de hacer olvidar la injusticia con que lo había juzgado. Quimeras. Ella deseaba partir y eso era todo. Sus viajes a Suiza e Inglaterra, para decirlo en una palabra, eran tentativas de evasión; nada más que tentativas, es cierto; pero, sin

Librodot

embargo, medios de ganar tiempo y de esperar la intervención de una casualidad providencial. Después se interesó ciertamente por la pequeña Hildegarda con una pasión incomprensible; en las horas más sombrías del período que siguió a eso, no cesó jamás de ocuparse de la niña, como si tuviese en ella una tabla a que aferrarse o un refugio supremo contra la fiebre y los tormentos, pero en la época en que ella tomó aquella decisión, sólo el miedo la hizo obrar. El cambio no escapaba a Leonardo. La confusión la había ganado; reía sin motivo; en medio de los preparativos del viaje, media hora antes de la salida del tren, ella recordó que había olvidado su reloj de pulsera en la biblioteca de la Facultad, y casi sufrió una crisis de lágrimas; él tuvo un trabajo ímprobo para calmarla; como él insistiera en que le explicase los motivos de su trastorno, asustada, eludía sus preguntas, pero por fin terminó por decir, como una confesión penosa, que la causa era debida a sus crisis. Hacía ya un año que no las tenía, pero sentía que iban a venirle de nuevo, porque el peso que sentía constantemente en su cerebro era el signo anunciador. Aquello era cierto y esto no lo era. El las conocería, aquellas crisis, pero Ana no las temía tanto como deseaba hacer creer; otra cosa la oprimía, otra cosa de la que no hablaba, porque las palabras no podían franquear sus labios. Haría falta tiempo, mucho tiempo, antes de que lo supiese, y el día en que lo supo era ya demasiado tarde, porque estaba metido plenamente en la hornalla. "En aquella época quizás hubiera podido luchar todavía. Si alguien me hubiera dicho: si quieres vivir, parte con ella, escóndete con ella, no te hagas ver en tu país ni en tu ciudad, ni en tu casa; desaparece, muere para el mundo que hasta ahora ha sido el tuyo; tal vez yo lo hubiera hecho, porque en esa época ella ya me era... Dios mío, ella ya me era... no, no hay palabras para decirlo; quizás hubiera podido decirlo, ¿quién sabe? Pero nada de eso sucedió, porque esas cosas no suceden nunca. Aquel que sugiriese semejante consejo le ahorraría a uno los tormentos de la vida y la muerte; pero ciertas cosas están ineludiblemente escritas en el libro del destino de uno, esa es la verdad..." Se interrumpió; acercándose a la mesa, tomó el jarro y llenó el vaso, que bebió de un trago. Permaneció un largo rato silencioso, con ambos brazos apoyados en la mesa y la cara estirada hacia adelante. "Entonces, Waremme", dijo tranquilamente el señor de Andergast. "¡Ah!, sí, Waremme".

4

TEMIENDO que Maurizius, por cualquier causa, ya porque su emoción fuera demasiado fuerte, o bien porque sus recuerdos se hubieran esfumado, perdiese todo deseo de proseguir su relato, y queriendo por medio de preguntas rápidas, en las que ponía tanto interés como era posible, ayudarlo a vencer aquella vacilación malhadada, el señor de Andergast lo interrogó después de una pausa: "¿Si he comprendido bien, apareció de improviso?" "Precisamente así fue" "¿Y Ana Jahn conocía ya su llegada cuando usted le confesó lo del niño?" "Sí, ella sabía ya que él había descubierto su pista". "¿Cómo... descubierto su pista? ¿Entonces, la perseguía en cierto modo?" "Si no la perseguía exactamente, por lo menos trataba de volverla a encontrar. No le era difícil enterarse de que estaba viviendo en nuestra casa". "Ciertamente; pero, ¿cuáles eran los motivos que ella tenía para ocultarse y aun de temerle?" Maurizius no respondió. "Bueno, quiero admitir -siguió el señor de Andergast- que ella tuviera una razón, la mejor de las razones, si bien no puedo imaginar cuál pudiera ser; entonces, ¿por qué no aprovechó la ocasión que usted le ofrecía? ¿Por qué volvió? Hubiera sido fácil encontrar un pretexto plausible para permanecer en el extranjero; ella no tenía más que escribirle a usted, por ejemplo, que la pequeña estaba enferma o bien que la señora Caspot estaba ausente o que no ofrecía todas las garantías deseables. Con seguridad que usted no hubiera hecho ninguna objeción a que postergase su regreso para una fecha indeterminada. Eso le hubiese hecho ganar tiempo sin despertar ninguna sospecha". "Eso está muy bien razonado, pero ella no podía hacerlo". "¿Por qué, pues?" "Por qué... porque él la había hechizado". El señor de Andergast adoptó un aire incrédulo. "¡Que él la había embrujado! ¡Bah: ¿Qué está diciendo? Eso no se ve más que en

Librodot

los dramas de los teatrillos de los bulevares. Hubo un tiempo en que uno de ellos hizo furor; tal vez lo recuerde, se llamaba Trilby, un bodrio lamentable. Había en la obra un tal Svengali, una especie de hechicero también. Todo eso, sabe, son cuentos de piratas. Por mi parte, jamás pude cerciorarme de que tales cosas sucedan en la vida. ¿Embrujada?... Explíquese más claramente". Maurizius sacudió la cabeza sin levantar los ojos. "Eso no se explica. Historias de piratas, dice usted. Es posible; sí, yo vi Trilby una vez. Esas frivolidades a veces encierran ideas que responden a realidades del momento". "¿Cómo conoció usted a Waremme? Según el sumario, no fue por medio de Ana Jahn". "No, no fue por ella. Algunos días antes de su regreso, me encontré en la calle al señor de Buchenau, quien me dijo: "Señor Maurizius, es preciso que venga hoy a tomar el té en casa; se encontrará con un hombre como jamás habrá visto, un poligloto, un nuevo Winckelmann, un poeta favorito de los dioses". Esas fueron sus propias palabras. Como yo conocía a Buchenau, que era un escéptico a quien nadie había visto entusiasmado por nada, aquellas palabras excitaron mi curiosidad, y fui. Era verdad, jamás había visto nada semejante". "¿En aquel momento, usted ignoraba sus relaciones con la señorita Jahn?" "Sí. El domingo siguiente, era el 27 de noviembre, lo vi en la revista con Ana. Me saludó muy calurosamente, ambos se detuvieron y yo los acompañé". "¿Fue a partir de aquel día que se establecieron las relaciones de amistad entre los tres?" "Sí". "Entonces, es preciso que la primera impresión de la señorita Jahn, para emplear la palabra más anodina, se hubiese calmado poco a poco. ¿Más bien sería una idea, histeria?" "¡Oh, Señor, Dios mío!", murmuró Maurizius. El señor de Andergast lo miró, intrigado. Maurizius introdujo su índice por el cuello como si se sintiese sofocado. "¿O bien tiene usted la impresión de que algo... decisivo había pasado entre ellos?- "¡Oh, sí! -replicó Maurizius con voz apagada-, ¡oh!, sí, algo terriblemente decisivo". Se sostuvo del borde de la mesa. El señor de Andergast esperaba; sentía que su corazón latía con violencia. "Algo... -prosiguió Maurizius; de pronto la voz se le endureció-: La había violado". El señor de Andergast saltó: "¡Vaya! ¿Cómo? -exclamó, perdiendo por primera vez todo control de sí mismo-. Es una locura... usted lo ha soñado". "La había violado cuando ella tenía diecisiete años", repuso 1Maurizius con voz sorda, mientras se aferraba tan convulsivamente al borde de la mesa que tenía los nudillos blancos.

Se oyó en el patio una orden seca, y los martillazos, que desde media hora antes habían cesado, volvieron a oírse. Un volar de golondrinas atravesó el cielo azul matinal. El señor

de Andergast se sentó de nuevo. Buscaba las palabras. "Sin duda -sugirió-, se trata de una de esas falsas declaraciones tan corrientes. Nuestra experiencia nos prueba que las violaciones son extremadamente raras. La víctima queda, en general, en un estado de espíritu que la turba sobre lo que ha pasado y la incita a formular una acusación desprovista de fundamento". Aquella digresión jurídica no arrancó a Maurizius más que una pálida sonrisa: "Usted se equivoca -respondió-: el delito fue consumado". Luego agregó, después de un hondo suspiro: "De todos modos es curioso que..." "¿Por qué curioso? ¿Qué quiere decir?" "Esto: que el sumario del proceso es sin duda tan voluminoso como un tratado de historia en varios tomos y que el hombre que, en cierto sentido, ha sido el autor responsable de ese trabajo, no puede menos que confesar su ignorancia en cuanto se trata de un hecho que no salta a los ojos. Es la pura verdad y usted no puede negarlo. Perdóneme, no quisiera molestarlo, pero tal vez usted mismo vea por eso lo que en realidad es la justicia y el procedimiento. La balanza de Themis, Dios mío... no es un instrumento delicado; es una balanza maciza que no se mueve sino cuando se le echan en los platillos pesas de un quintal. Perdóneme, pero es sencillamente una idea que me atraviesa por la mente". El señor de Andergast tomó el partido de ignorar el ataque. "Lo que no puedo comprender es que usted lo haya sabido -dijo-. La señorita Jahn no puede... no, no hay necesidad de conocer su carácter complicado para darse cuenta de que es inadmisible. Tal vez otras personas estaban en el secreto. Quizás han querido más tarde, después del proceso, hacerle creer a usted esa monstruosidad para... para que no se dejara detener más por ciertas consideraciones. ¿Dígame? Reflexione un poco". Maurizius sacudió la cabeza y reapareció en él la pálida sonrisa. "Lo sé por el mismo Waremme", dijo; el señor

Librodot

de Andergast se sobresaltó: "¿Qué? ¡Por el mismo Waremme! Entonces, usted habla del último tiempo y la confesión significaba: no pierdes gran cosa al perderla, porque hace mucho tiempo que esta hermosa estatua ha sido arrastrada por el barro..." "No hay tal cosa. No fue una confesión" "¿Y entonces, que?" "No fue en los últimos tiempos cuando lo supe, sino al segundo mes de nuestras relaciones, en enero". "Ahora ya no comprendo rada", dejó escapar el señor de Andergast. Maurizius lo contempló con una mirada singularmente mala: "Lo creo muy bien", dijo. Tomó otra vez la jarra, llenó el vaso y lo bebió de un trago.

"Es difícil comprender algo de aquello si no se tiene en cuenta la influencia que Waremme ejercía entonces sobre mí - prosiguió. Se acercó a la cama de hierro y se dejó caer en ella, en apariencia agotado-. Yo era enteramente una cosa suya, veía por sus ojos, empleaba sus mismas palabras, juzgaba las cosas como él y como él me conducía. Comparada con la suya, mi cultura espiritual no era más que un montón de hojarasca. Yo no había hecho más que probar de todo, libar (le un lado a otro, o bien había estudiado para hacer de ello mi sustento. Eso hacía de m,_', a su lado, sólo un pobre incapaz. Lo mismo sucedía con los otros. Todo el mundo estaba a sus pies. Desde que uno se hallaba en el mismo lugar que Waremme, quedaba absolutamente deslumbrado, atado de pies y manos. Involuntariamente, se atribuye a un espíritu de este valer el derecho de jurisdicción sobre la conducta de los demás. Ignoro por qué, pero es un hecho. Para las personas cuya existencia es absorbida por la cultura intelectual y la ciencia, la moral no es sino una excrescencia superflua sobre la esfera radiante del espíritu, si puedo expresarme así. En aquellos años, era particularmente chocante. Era lo que creaba alrededor de nosotros los jóvenes, ese... ese vacío, simulacro del infinito. Fue mucho más tarde, en esta casa, cuando yo me di clara cuenta de ello. En Waremme veía o creía ver, a lo que uno podía llegar cuando... ¡eh!, sí, debí de pensar así: cuando uno es alguien; pero él no lo hacía sentir a uno tan poca cosa, un pobre ser ínfimo, ambicioso, henchido de vanidad, un fracasado. No lo humillaba a uno, a pesar de su ardor y su impulso; era demasiado buen camarada para hacerlo; llevaba dentro de sí la misma pasión que electriza, una pasión inagotable, ya fuese que le sirviese a uno champaña y caviar o que le regalara con poemas e ideas. Uno podría pasar noches y noches en su compañía sin experimentar la menor fatiga y sin pensar en dormir. Aquel hombre era un enigma; estoy convencido de que no se encuentra un hombre parecido cada cien años, así como no se encuentra un Kepler o un Schiller y, al mismo tiempo, estoy convencido de que era el diablo, sí, el diablo en persona. Nadie tiene para creerlo mejores razones que yo. Y vea que el mal, el mal absoluto, es extremadamente raro en la tierra, bastante más raro todavía que Kepler y Schiller. Pero no quiero aburrirlo. Usted dirá que estas son divagaciones místicas y que el diablo ha sido durante bastante tiempo la excusa suprema de todos los condenados. El año de que hablo, el consejero Bringsmann, el profesor de literatura a quien todos veneramos, vivía todavía; todos los viernes uno hallaba en su casa a la mejor sociedad y se pasaba allí horas infinitamente agradables e instructivas. El consejero era uno de los más fervientes admiradores de Waremme; sus amigos lo mimaban y tenían toda clase de atenciones para él. El primer viernes del año era el día de Reyes y la reunión particularmente numerosa; Waremme había prometido al consejero que leería el "Gorgias", cuya traducción acababa de terminar. Casi todos los profesores y sus esposas estaban presentes y era un auditorio cuidadosamente escogido. Cuando entré con Elli y Ana en el salón, que no era muy grande la lectura ya había comenzado y encontramos todos los asientos ocupados. Nada tengo de interesante que decir de la lectura misma, pero me chocó ver al entrar que Waremme se interrumpía por algunos segundos y nos dirigía una mirada colérica, probablemente porque llegábamos tarde. Para esas cosas era de una susceptibilidad extrema; entonces yo atribuía dicha actitud a su pedantería y a su carácter despótico, pero era más bien determinada por una vanidad loca, y le guardaba a uno rencor para siempre por haber herido aquella vanidad. No recuerdo bien si fue Ana o mi mujer la que ocasionó nuestro retraso; en todo caso, Ana se hallaba en tal estado de nerviosidad que, al subir la escalera, se pisó el ruedo del vestido, lo que nos hizo retrasar todavía más, porque hubo que prender el borde desgarrado con alfileres.

Librodot

Mientras lo hacía, estaba pálida como un papel y sus manos temblaban de agitación. Waremme fue colmado de aplausos y elogios, mientras todo el mundo se agrupaba a su alrededor; parecía muy locuaz, más bien dispuesto y expansivo aun que de costumbre. Noté que simulaba ostensiblemente no habernos visto a Ana y a mí; con Elli nunca se había llevado bien. Yo pensé: "En verdad, es llevar la venganza demasiado lejos por una falta bien leve". Entre los invitados se encontraba también un joven profesor de Heidelberg que había publicado recientemente un estudio sobre los temas legendarios de Shakespeare. Waremme conocía el trabajo en cuestión, y al leerlo se había sentido irritado por algunos juicios absurdos; habíamos hablado de eso unos días antes; en particular le habían exasperado las críticas de "Medida por Medida", porque tenía a esta obra en gran estima. No dejó escapar la ocasión de explicarse con el autor y terminó por acorralarlo de tal modo que el infeliz ya no sabía qué decir y hubiera deseado implorar la absolución. La discusión llamó la atención general; todas las demás conversaciones se habían apagado. Embriagado por su éxito, por las miradas de admiración de los concurrentes e impulsado por una intención secreta que sólo más tarde descubrí poco a poco, subyugó a los presentes con una de sus famosas proezas oratorias. Después de una alocución breve y encantadora, recitó de memoria toda la última escena del segundo acto -el magnífico diálogo entre Angel e Isabel-, en el cual le promete la vida de su hermano si se le entrega. En mi vida olvidaré la expresión, la potencia con que declamó aquel trozo, graduando la emoción como un actor consumado y, al mismo tiempo, no como un actor, sino como alguien que vive la escena, que la vive en el mismo minuto. "Creed bien esto, Monseñor: preferiría antes entregar mi cuerpo que mi alma"; y la respuesta de Angel: "No hablo de vuestra alma; los pecados a los cuales estamos obligados, sirven para hacer número más bien que para acusarnos". Y la escena en que ella dice: "Las mujeres son como los espejos en los que ellas se contemplan y que se rompen tan fácilmente como reflejan las imágenes". Y luego su indignación salvaje: "¡Oh!, un honor demasiado pequeño para ser muy creído y una intención muy perniciosa. ¡Hipocresía! ¡Hipocresía! Te denunciaré, Angel!" Y la respuesta de él: "¿Quién os creerá, Isabel? Mi nombre sin tacha, la austeridad de mi vida, mi testimonio opuesto al vuestro y mi situación en el Estado, pesarán tanto más que vuestra acusación, que os' veréis estrangulada por vuestra propia denuncia y apestaréis a calumnia..." Y cuando él llega al pasaje... veamos, ¿cómo es eso?... desde hace veinte años, desde aquel día, no volví a oír ni a leer esas palabras, pero jamás los años podrán borrarlas de mi memoria... cuando con un ardor y un aire de desafío salvaje que nos escalofrió a todos, llegó a este pasaje: "He comenzado, y ahora suelto las riendas al galope de mi sensualidad; decídete a consentir a mi violento deseo, deja a un lado todas tus debilidades y todos esos rubores que imploran un plazo y que rechazan lo que ellos desean, cede tu cuerpo a mi deseo..."

Todas las mujeres en el fondo de la sala dieron un grito; se oyó un ruido de platería y porcelana y hubo un momento de pánico. Me abrí camino a través de la concurrencia y distinguí a Ana que estaba caída sobre la alfombra; al caer, había tirado al suelo una mesita y yacía en medio de platos rotos, té volcado y panecillos, con los miembros sacudidos por un temblor nervioso y con los ojos extraviados. Era la primera crisis de que yo era testigo; la segunda se produjo seis o siete meses más tarde, en su casa, a raíz de una escena con Elli. La llevamos al dormitorio de la señora Bringsmann; Waremme también la atendió; y sólo después de algunas horas se encontró en estado de ser llevada a casa. Esa noche, Waremme me llevó al café. para lo cual yo no me hice rogar porque me parecía que algo debía ser puesto en claro, sobre lo cual sólo él podía arrojar alguna luz, porque yo presentía una misteriosa relación entre la declamación y lo sucedido a Ana. Pidió una botella de champaña, que bebió él solo; luego una segunda, fumando al mismo tiempo sin interrupción cigarrillo tras cigarrillo; no prestaba ninguna atención a mi rostro alterado, ni a las suposiciones que, de tiempo en tiempo, yo arriesgaba con voz insegura. Ya era más de medianoche y no quedaban otros clientes que nosotros, cuando de pronto dijo dándose un puñetazo: "Soy un bruto, un imbécil, por no haber pensado que eso debía hacerle el efecto de un pérfido tiro disparado de atrás.

Librodot

¿Dónde tenía yo la cabeza para que semejante cosa pudiera sucederme?" Abrí los ojos muy grandes, comenzando a entrever la verdad. Yo sabía que Ana sentía una antipatía mórbida por el teatro y hasta por toda representación escénica, pero era imposible que por declamar en un salón una escena espléndida, Waremme hubiera determinado semejante crisis de nervios. En términos parecidos lo hice notar a Waremme; entonces me tomó de la muñeca por encima de la mesa, palideció y murmuró: "¡No, Dios mío!, pero había allí una analogía terrible; la vida se ha burlado de ella de una manera infernal y colocó en su camino a un Angel que no se contentó con una petición impúdica, sino que, en seguida, transformó su deseo en acto, ¿comprende?..." ¡Vaya si comprendía! Comprendía tan bien, que a partir de aquel instante no comprendí más que aquello y no tuve otra idea en la cabeza, por inconcebible que fuese. Tenía el sentimiento... pero para qué hablar de sentimientos; de pronto el mundo se me convirtió en un lodazal. Waremme tenía el aspecto de un espectro. Me dijo que lo acompañara a su casa, que allí no podía hablar y que no podía quedarse solo; aquel asunto lo había sacudido, despertando el pasado; tenía necesidad de expansionarse con un amigo, porque demasiado tiempo había guardado para sí todas aquellas cosas que lo ahogaban... y otras por el estilo. Lo acompañé entonces hasta su casa, donde sirvió licores, se bebió un cuarto de botella de coñac, y sin dejar de pasearse por la habitación, entró en detalles hablando siempre de Angel y de Isabel. Yo había oído hablar de la representación en Colonia, donde Ana se había distinguido, pero ignoraba que Waremme hubiera sido el director artístico; lo dijo de paso, como si la cosa careciera de importancia. Habían estudiado una pastoral francesa con acompañamiento de música antigua. Ana desempeñaba el papel de una joven noble disfrazada de Pierrot. Ahora bien, terminada la representación, aquel hombre... aquel misterioso Angel, se hizo anunciar en su camarín como deseando hablarle de un asunto urgente. Ella lo recibió. Ya era tarde. Ana, como de costumbre, había puesto mucho tiempo en arreglarse; los maquinistas se habían marchado, así como las demás personas que habían tomado parte en la obra; la sirvienta que debía acompañarla hasta su casa, esperaba en la salida de artistas. Ana se hallaba sola en aquel teatro desierto, entre un patio y un pasillo solitarios, con aquel Angel que en verdad no le era completamente desconocido, según pude entender. Me asombró el arte, diré hasta la elegancia literaria con que, a pesar de su agitación, me describía los lugares y la situación... Ignoro por qué el visitante había escogido ese momento para anunciarle una noticia fulminante, con preferencia a cualquier otro; todo en aquel relato era tan raro, tan equívoco. En una palabra, iba para hacerle saber que su hermano Eric había sido muerto durante un combate en el sudeste africano; el telegrama había llegado ese mismo día. Ese hermano era el ser a quien ella más quería en el mundo. tal vez fuese la única persona a quien hubiese amado. Sentía por él un afecto profundo y franco. Fácilmente puede ser imaginado el efecto que produjo en ella una noticia tan inesperada. Aquel Angel estaba expresamente encargado de transmitírsela, ¿y a título de qué? Waremme no lo dijo, sólo me contó que se esforzó por consolarla y calmarla. Pero no se limitó a eso, y se quitó la máscara, por decir así, y se hizo insinuante; una ocasión tan tentadora como aquella no se presentaría muy pronto. El rechazo de la joven no lo detuvo. Su resistencia lo excitó, llevándolo hasta el extremo, y ella fue su víctima. Mientras Waremme hablaba, me parecía que debía irme en seguida y remover cielo y tierra hasta descubrir al bruto aquel y matarlo. En cuanto a Waremme, tal dolor parecía hacer presa en él a medida que avanzaba en el relato que, una vez terminado éste, se arrojó sobre- un sillón estallando en sollozos y gritos aterradores. Después que se calmó, salió de la habitación y yo lo oí ir y venir en el cuarto de baño; tomó una ducha y al cabo de un buen cuarto de hora reapareció con un elegante piyama. Me quedé estupefacto al ver que, con toda calma, me hacía observar con aire de superioridad que la menor palabra que se me escapase sobre aquel asunto delante de Ana, podría tener graves consecuencias para su salud. Que yo era el único en compartir aquel secreto con él; que aquello nos ligaba y nos comprometía recíprocamente. Ana se había confiado a él en un momento de negra desesperación en que daba por terminada su vida; él había logrado darle ánimo, venciendo en ella ciertos prejuicios morales y ciertas veleidades;

Librodot

entretanto, el culpable había escapado y había mil razones para que no volviese jamás. Considerando la cosa objetivamente, lo sucedido a Ana no difería en nada de lo que le pasa a un transeúnte al que un caballo desbocado atropella y que es recogido cubierto de sangre; pero cuando está uno mismo en juego -aquí el recuerdo pareció abrumarlo de nuevo y la voz comenzó a temblarle-, cuando uno piensa en la que estaba en juego, es decir, en ese ser de una imaginación y una sensibilidad exquisitas, no es fácil conformarse tan fácilmente; su alma --la de Waremme- seguía, en todo caso, como aplastada por aquel hecho trágico, y si él no podía separarse de ella, era sólo porque se sentía verdaderamente su amigo y sabía que la amistad era el único terreno donde la raíz herida podía abrevar una nueva savia. Detrás de aquellas palabras se percibía un segundo pensamiento, una intención oculta o una advertencia. Para terminar, me abrazó con afecto, diciéndome que no cometería la locura de hacerme prometer el secreto; que tenía de mí una opinión demasiado elevada, así como de mi buen sentido y mi tacto; para él nada significaba una palabra de honor y otras formalidades de ese género; la situación constituía para él la garantía de mi discreción; ella era de tal naturaleza que toda intervención torpe hubiera sido criminal; la fragilidad de aquella joven tan sensible exigía la mayor reserva, y sólo en homenaje a ella debíamos considerarnos aliados, aliados para protegerla. Le tendí la mano, incapaz de hablar. No recuerdo más cómo -salí, ni cómo regresé a casa. Tenía la cabeza vacía".

5

ARRASTRANDO Sus pasos, Maurizius anduvo dos veces de un extremo al otro de su celda antes de volverse a sentar y continuar: "Cuando hoy, al cabo de más de veinte años, ahora que tengo tiempo, que tengo tiempo de sobra para examinar la cosa en todas sus fases, de excavar por debajo y seguir todas las ramificaciones, me pregunto cuál fue la verdadera razón que,

en el fondo, incitó a Waremme para hecerme sus confidencias, no hallo una respuesta satisfactoria. Puede ser que haya querido prepararme y prevenir un rumor que pudiese llegar

mis oídos; pero, ¿tenía por qué temerlo? No tenía que temer nada por parte de Ana, y en cuanto al misterioso Angel, es inútil decir que era un fantasma. Nadie más conocía el secreto. Ni nadie en el mundo sospechaba de nada ni tenía la menor idea al respecto. ¿Para qué prepararme? ¿Qué podía temer de mi parte? El cuidado de la reputación y de la salud de mi cuñada, bastaba para desarmarme. Tal vez yo hubiera podido matarlo, en una explosión de ira, pero aquella hábil especulación no hubiera podido, preservarlo del peligro. En todo caso, era menester que se sintiera bien seguro de sí mismo para entablar conmigo un juego tan peligroso. Pero no había nada de eso: más bien quería hacerme reflexionar. El había notado que desde hacía tiempo mis relaciones con Ana se hacían cada vez más familiares y quería cortar con aquello, dándome a entender: "No se te ocurra tocarla; no es para ti y chocarás con obstáculos que yo mismo no puedo vencer y que menos lo podrás tú; ya ves que yo me contento con ser su amigo y ayudarla; eso es todo cuanto uno puede pretender; es preciso ser un vil sin escrúpulos para esperar más". Quería -y esto está de acuerdo con su carácter- romper por medios retorcidos el impulso de un rival que en el fondo de él mismo no tomaba en serio. Mi experiencia ulterior es la que me hace decir esto, porque en aquel tiempo yo estaba cegado, aunque asaltado por las sospechas. No podía apartar de mí la impresión penosa que me había hecho su elocuencia persuasiva; me pareció que no había buscado otra cosa que colocarse ante mí como un hombre generoso, y cada vez que recordaba su emoción y la explosión de su dolor, encontraba en ellas el mismo arte perfecto que en su declamación de la escena de Shakespeare. Es probable que las dos veces su actitud fuese función de un solo y único sentimiento; era ocioso buscar en ello una intención, un plan, un fin. Tal vez era la indomable necesidad de exaltar sus facultades, de disfrutar con su propio talento: poner cierto énfasis en la vida era para él la necesidad imperiosa de una segunda naturaleza y, para satisfacerla, no vacilaba en arrojarse eventualmente al peligro. Quizás todo aquello no era

Librodot

más que el producto de su imaginación, una mixtificación, una fábula a lo Waremme; eso me parecía también muy posible. Lo cierto es que entregándome a esas especulaciones tomaba por mal camino. Hasta ese momento yo había creído que él sentía estimación por mí, o en todo caso que me prefería a muchas otras personas; tenía numerosas razones para pensarlo; de pronto, me pareció que me odiaba, que me odiaba con un odio secreto, insondable, que lo hacía capaz de todo, tanto en el mal como en el bien; -había que hacerle esa justicia; en el bien también; pero, ¿por qué ese odio, por qué? Aun hoy lo ignoro; los celos no bastaban para explicarlo; él era de un carácter demasiado despótico para ser celoso, demasiado penetrado del sentimiento de su valía y de su superioridad. De modo que yo no hallaba en ninguna parte un punto de apoyo ni donde hacer pie. Durante días enteros vagué como un inconsciente y hubiera querido esconderme; tenía miedo de volver a ver a Ana, porque tendría que impedirle que viese en mis miradas cierta imagen que me enloquecía. Yo obraba como aquel cuyo bien más preciado, una tela de Rubens o de un Leonardo de Vine¡, hubiera sido manchada por manos sacrílegas, igual que si Ana hubiera sido mi bien, como si yo hubiera tenido derechos establecidos sobre su virginidad y que una cosa semejante no hubiera debido suceder porque yo existía. Me sentía desamparado y literalmente destrozado. El trabajo me causaba horror y no hallaba reposo en ninguna parte; no podía cambiar con nadie cinco palabras seguidas, y la vida al lado de Elli se hizo para mí un suplicio,,, por razonable y buena que ella se mostrara. Esto cambió algunas semanas más tarde. Yo no podía continuar viviendo así, era menester que hablara con Ana, aun cuando resultara de eso el peor de los males. Jamás había sabido disimular, y el primer llegado podía leer en mi rostro lo que pasaba en mí. Me costaba guardar un secreto; con frecuencia me exponía por esa causa a graves molestias, pero el secreto me incomodaba, me oprimía; me volvía indiscreto por puro egoísmo y traicionaba a la confianza que se me había acordado; por eso tenía fama, y no sin razón, de hombre en quien no se podía fiar. En este caso, yo había conservado el secreto más allá de mis fuerzas. "Me equivoco -me dije, creyéndome obligado a callarme con Ana-; le debo a ella, lo mismo que a mí mismo, librarme de la traba que me paraliza". De modo que un día le pedí una entrevista y me hizo ir a su habitación. Ella sospechaba desde hacía tiempo lo que pasaba en mí. A menudo yo había creído sentir que su alma trabajaba, luchando como si tuviese algo que confesar. Pero las naturalezas como la suya no confiesan jamás, sobre todo espontáneamente; antes se dejaría cortar en tiras. Cuando su persona y su actitud se me presentaban con la intensidad de una visión, no dudaba de que algún acontecimiento terrible hubiese cruzado su camino, dejándola marcada para siempre. Y cuando me sentía tan próximo a ella que sólo hubiese tenido que alargar la mano para alcanzarla y ver en ella, se replegaba como una flor que se cierra, y se volvía fría y convencional. Muchas semanas más tarde me declaró que jamás se había franqueado, ni siquiera cuando se confesaba, respecto al crimen de que había sido víctima; digo "el crimen" y ella misma no hablaba de ello sino con palabras veladas y no lo nombraba. El día que nos encontramos solos en su habitación, cuando me aseguré que nadie podía incomodarnos ni escuchar, eché mano de todo mi valor y le pregunté sin rodeos -los cobardes van siempre derecho a su fin- si tal cosa le había sucedido en realidad. Naturalmente que yo la designé de un modo vago, aunque muy claro. Ella apenas se sobresaltó y tuvo una mirada ausente; el rostro se cerró y sus rasgos se endurecieron. Volvió por un momento los ojos hacia la puerta, preguntándose aparentemente si no sería mejor salir de la habitación. Traté de tomarla de una mano, pero cruzó los brazos sobre el pecho y apretó los labios. "Óyeme -le dije-, entre nosotros esto no tiene consecuencias". Ella permaneció callada. "Puedes estar segura de que no hice nada por saberlo, pero ya que lo sé, tal vez podrías hacer algo para ayudarme a olvidarlo". No dijo una palabra. No me acuerdo más de todo cuanto pude decirle entonces; creo que llegué hasta hablarle de pedir cuentas de su acto culpable. Ella seguía obstinadamente en silencio. Hubiérase dicho que me dirigía a un sordo. "Ana -proseguí-, si por lo menos yo te intereso tanto como ese acerico que está sobre la mesa, dime lo que puedo hacer por ti, o al menos qué quieres, y si me permites hablarte; di algo, no importa qué, pero no te quedes ahí, muda como la esfinge, dejándome

Librodot

hacer el papel de Edipo". El mismo silencio. Entonces tomé mi sombrero para escapar. En ese momento ella hizo con el brazo un ligero movimiento; pero, por imperceptible que fuese, estaba lleno de ruego, de imploración. "Ana -le pregunté juntando las manos-, ¿es verdad? No me digas más que sí o no". "Sí", me respondió con voz opaca. "Está bien, ahora todo está bien -le contesté-; acabas de hacerme ver que me juzgas digno de una respuesta; dime además tan sólo: ¿te sientes abrumada, humillada, quiero decir, y tu vida está ensombrecida?" Me dijo que sí con la cabeza. Aquella inclinación de cabeza me sublevó. "¿Entonces -continué- tienes la idea de que no podrás tomar un partido?" Nuevo signo afirmativo. Me arrodillé ante ella y le tomé una de sus manos, que esta vez me abandonó sin resistencia. "¿Es él -seguí preguntando-, es su persona la causa de ese ensombrecimiento?" Nuevo sí con la cabeza. "¿Está en mi poder hacer algo para librarte de eso, para librarte de él, de esa amenaza o simplemente del malestar abrumador que te causa?" Con los labios temblorosos, murmuró con aire pensativo: "Tal vez". "Entonces, dime quién es -le pregunté-, dime su nombre". Se puso de pie y retrocedió un paso: "¡Ah! -murmuró arrastrando la palabra y, con una risa singularmente altiva o despreciativa-, ¿tú no lo sabes?... Tú no sabes... pero entonces, ¿qué esperas de mí?" Su mirada se hizo dura y mala. Me tocó el turno de permanecer en silencio. ¿Qué significaba eso? Usted puede ver hasta qué punto me negaba a la evidencia, hasta qué punto Waremme me dominaba para que yo no hallase todavía en mí el valor de acusarlo, a pesar de todas mis sospechas que, es verdad, no se despertaron sino cuando había pasado algunos días sin verlo. Aunque por una parte Ana estuviese atormentada y mortificada porque Waremme me hubiese tomado por confidente, y también porque la hubiera traicionado sin escrúpulos, ella se sintió aliviada con respecto a mí, y me di cuenta de ello muy bien. Sólo que, bien entendido, jamás hubiera tenido la idea de que él hubiese revestido sus revelaciones, tan exaltadas en apariencia, con semejante tejido de embustes y de palabras melosas, porque por bien que conozcamos a una persona, nunca sospechamos de qué subterfugios y de qué reacciones es capaz; sólo sabemos que a veces puede recurrir a ellos. Mientras de esa manera tan hiriente se apartaba bruscamente de mí, dijo a media voz, entre dientes: "Vete, pero vete, hombre; es horrible verte todavía ahí". En ese momento la revelación súbita de la verdad casi me hizo gritar: "¡Entonces, es él!" No me contestó nada, Se acercó a la ventana y dejó oír de nuevo en tono bajo su risa a la vez altiva y desesperada. "Está bien -dije, y me pareció que yo palidecía hasta el fondo de la garganta-; no hay nada que pensar, porque está claro lo que hay que hacer; ahora puedo obrar y tú no tendrás nada que temer de él". Con esas palabras salí. Desde un café vecino llamé por teléfono a casa de Waremme para saber si estaba allí. Respondieron que había partido para Bigen y no volvería hasta el día siguiente. ¿Cómo expresarle mi rabia y mi impaciencia? Esa misma noche, Ana me mandó unas líneas: "No hagas nada, todo es inútil, sufrirías tú". "No, no, hermosa mía -pensé-; esta vez no arriaré mi pabellón, esta vez no dejaré extraviar mi razón por sus frases; esta vez, de una manera o de otra, llegaremos a una solución". Ya no sé lo que aquel "de una manera o de otra" significaba para mí, pero una vez más yo no contaba con la huéspeda. Escuche ahora cómo sucedieron las cosas y verá qué vergonzoso y lamentable fue para mí el resultado, cuando debí contar con la huéspeda. Para comenzar, el regreso de Waremme se retrasó dos días. En aquel tiempo yo no era de los que la espera hace más fuertes. Entretanto, Paulina Caspot nos escribió que Hildegarda tenía escarlatina. Devorado por la inquietud, supliqué a Ana que fuera a Hertfor; me contestó que no podía, porque no tenía fuerzas para hacerlo. Además estaba en tratos con un pianista de Francfort, que debía tomarle una especie de examen. Elli ponía animosidad y obstinación, queriendo que Ana tomase un trabajo regular; tan pronto quería que pintara, como que diese lecciones de piano, que estudiara idiomas extranjeros, o que se estableciera como modista; era infernal escuchar sus continuas disputas. Un martes tuve aquella conversación con Ana; Waremme volvió el viernes. Pasando por delante del Círculo alrededor de las once, lo vi en la puerta hablando con varios señores. Corrió hacia mí con los brazos abiertos, como si no me viese desde hacía años y que me hubiera echado de menos igual que a un hermano. "Tengo que hablarle, Waremme", le dije, tan

Librodot

emocionado que sentí vértigos. Fijó sobre mí una mirada penetrante, sacó el pecho, irguió la cintura y respondió: "Comprendo, usted ha abusado de mi confianza, no ha sabido contener su lengua. Está bien, venga a mi casa". Llamó un coche y fuimos a su casa. "¿En qué puedo servirle?", me preguntó irónico y frío, cuando estuvimos en su habitación. "Yo debería matarlo como a un perro, Waremme -le dije-; pero usted no vale ni la bala que le dispararía. Quisiera evitar todo escándalo y me remito a su ingenio para encontrar otra salida, una reparación para el honor de Ana". Estas frases ampulosas le demostrarán que ya estaba quebrada mi resolución. Me respondió con un encogimiento de hombros y me dijo con dignidad: "No comprendo ni una desgraciada palabra, háble me como un hombre sensato". "¿Hasta dónde llevará usted esta comedia? -le grité fuera de mí-. ¿Todavía quiere hacerme creer que Angel y Waremme son dos personajes diferentes como Ariman y Ormuz? Seamos francos y arreglemos este asunto como conviene entre hombres, a menos que usted prefiera el látigo". Se puso pálido, se llevó la mano a la nuca y me miró con un asombro lleno de conmiseración que me exasperó: "¿Entre hombres? Entonces condúzcase ante todo tomó un hombre y no como un muchacho". Y como yo quisiera arrojarme sobre él: "Despacio, despacio, esas son maneras de palafrenero -dijo apartándome las manos-; pero si quiere conformarse al código de honor, esta conversación es superflua. Escúcheme tranquilamente y en seguida podrá enviarme sus padrinos si lo desea; estoy a sus órdenes". Y entonces se produjo una cosa inaudita, inconcebible; realizó una proeza oratoria tal como jamás la oí y al lado de la cual el mismo alegato de usted no fue más que un balbuceo pueril. ¿Yo tenía la audacia de acusarlo? ¿Y sobre qué basaba mi acusación? ¿En una queja de Ana? ¿No? ¿En una simple insinuación? ¿Una insinuación verbal? ¿No? ¿Sobre una confesión muda? ¿Únicamente en eso? ¿Y yo encontraba eso suficiente para apostrafarlo como a un lacayo, a él, a Waremme? Lejos de él la idea de querer rebajar a Ana, cuya voluntad de ser sincera era tan indiscutible como su pureza; pero, ¿es que yo estaba ciego para no comprender su estado? ¡Pues bien! Entonces no tenía más que enterarme. Cualquier psiquiatra aficionado me explicaría los síntomas que ella presentaba: "¿O bien no oyó hablar usted jamás, señor profesor -me preguntó echando la cabeza para atrás-, de los trastornos psicomotores, fenómenos mórbidos que pueden hasta provocar la catalepsia catatónica? ¿No sabe usted que una fuerte conmoción en el sujeto que sufre de ello puede quebrar de golpe la resistencia que haya opuesto al mal durante meses y determinar una crisis fatal a los que lo rodean? ¿No ha oído hablar nunca de la alteración del recuerdo y de trastornos de la imaginación que hacen que, engañado por la analogía completa de situaciones, atribuya, con entera inocencia, un acto a una persona que es completamente ajena a él? Infórmese y siga un curso en nuestra clínica. Esos síntomas no eran, por desgracia, nada nuevo en Ana -prosiguió con dolorosa emoción-. Desde hacía años, él se había dedicado a combatirlos y, gracias a un tratamiento mental experimentado con precaución, había logrado atenuarlos, y a veces hacerlos desaparecer totalmente. No había contado con la intervención brutal de un tercero. Sin embargo, ¿no me había recomendado insistentemente, piadosamente, que tuviera las mayores precauciones? ¡Ah! ¿Por qué él mismo no habría sabido callarse? ¿Por qué aquella maldita noche no se habría emborrachado hasta la inconsciencia? Pero también, ¿podía imaginarse que yo, su amigo, un espíritu esclarecido, un hombre sensible, aplastaría aquella flor delicada con mis dedos de rústico? Esa criatura sublime -exclamó llorando-, tan frágil, tan noble, de una igual belleza física y moral, cuya sensibilidad quedara para siempre herida y dolorida... ¿Un Maurizius no era bastante artista, bastante poeta para entender lo que ocultan las palabras, para ver lo que se disimula bajo las apariencias? "¡Por amor del cielo! -exclamé-, perdóneme, Waremme, olvide y aconséjeme". No recuerdo ya bien nítidamente lo que siguió a esto y si él se reconcilió conmigo esa tarde o sólo al día siguiente. De todos modos, había hecho todo cuanto estaba en su poder para persuadirme de su inocencia, o mejor dicho para imponerme la convicción por la violencia de su temperamento y la vehemencia de su palabra prodigiosa, porque todo su ser lo impulsaba a violentar las mentes. Seis semanas más tarde, después de nuestra segunda gran explicación, en la que ya no juzgó necesario presentarme la

Librodot

imagen terrible de una enfermedad mental inventada en todas sus partes o, lo que es peor, inventada a medias, yo no era sino cera blanda entre sus manos; me había, igual que un vampiro, vaciado de toda mi voluntad, de mi fuerza de decisión, y aceptaba como una fatalidad el porvenir que él me había preparado. Pero todavía no he llegado a eso. Esto sucedía un viernes, el 10 de febrero, me parece. Todas aquellas fechas están metidas en mi memoria como otros tantos mojones. El domingo Ana vino a comer con nosotros. Después de la comida, Elli tuvo con ella una discusión de la que ya olvidé el motivo; sólo recuerdo que Elli no tenía razón y que Ana se defendía con una calma desusada, utilizando argumentos probatorios. Tenía la tranquilidad de un lago de la montaña cuando está por helarse. Su voz, toda su persona, aquella transparencia misteriosa, diría, porque uno se ve obligado a emplear siempre las mismas expresiones; aquella transparencia que sin embargo no dejaba ver nada, todo aquello me torturaba. Bajé primero al jardín, donde comencé a pasearme de un lado a otro. Viéndola en el balcón, la llamé; vaciló un instante, me sonrió y fue a reunirse conmigo. Se resbaló en la escalera, corrí hacia ella y llegué a tiempo para recibirla en mis brazos. No evoco este hecho sino porque es una de las tres veces que la tuve en mis brazos, si no ni lo mencionaría. Nos paseamos un rato; yo hablé mucho de mil cosas; ella callaba, como de costumbre, pero yo sentía que al mismo tiempo esperaba de mí una palabra decisiva. Aquella impresión terminó por ser tan clara como si ella me hubiese interrogado directamente. Entonces le dije, con esa necesidad de ser valiente y sincero que tenía metida en el cuerpo, porque aunque mentir no me asustase más que de costumbre, yo tenía la necesidad imperiosa de no engañarla: "He hablado a Waremme; la sospecha que hiciste nacer en mí está desprovista de fundamento, y tomé una pista mala; daría el resto de mi vida por que tú me dijeras quién fue, porque no puede ser él ¿No es cierto que es absolutamente imposible? Di, Ana". Se puso blanca como un papel; la encantadora serenidad impresa en su rostro un minuto antes, cedió su lugar a una crispación de odio; se detuvo murmurando por lo bajo: "¡Oh!, cómo me disgustan todos, tú y él, y tu mujer y ustedes todos!" Me estremecí hasta el fondo de mi alma; en mi estupidez yo no comprendía bajo qué aspecto me había mostrado, y vea: desde aquel día comenzó el horrible drama al lado del cual todo lo que le había precedido no era sino un juego de niños, y que es imposible olvidar jamás; drama del que uno se resiente siempre, cuando lo ha vivido por entero.

6

SE LEVANTÓ, se aproximó a la estufa de hierro fundido y puso las manos abiertas sobre la rejilla como si tuviese frío y la estufa estuviera encendida. El señor de Andergast sacó la cigarrera, la abrió y se dio cuenta de que estaba vacía. Llamó al guardián y le ordenó que fuese a buscarle cigarrillos. Transcurrió un cuarto de hora antes del regreso del hombre. Durante ese tiempo, el señor de Andergast permaneció en la ventana mirando hacia el patio, donde el sexto equipo de presos terminaba su triste paseo circular. "Pediré el auto para las dos -se dijo el señor de Andergast-; es preciso que pida al señor Dauli que telefonee al despacho para que sepan dónde estoy; si Sofía ha llegado mientras tanto, le daré una cita para la tarde temprano; quizás haya recibido estos días noticias de Etzel; es poco probable; pero, en fin, no es imposible; nuestra conversación sería menos espinosa y tal vez fuese menos inútil". Pero esas preocupaciones profesionales y domésticas, con las que quería, más o menos inconscientemente, velar un mundo de pensamientos muy diferente, se parecían al vaho con que su aliento recubría el vidrio de la ventana. Cuando el guardián trajo los cigarrillos y se alejó haciendo resonar sus tacones, el señor de Andergast le ofreció uno al preso, pero Maurizius, limitándose a quitar sus manos de la estufa, se inclinó rígidamente diciendo: "Más tarde, si le parece bien". Tampoco el señor de Andergast tenía ganas de fumar. "El período a que hacían alusión sus últimas palabras, se extiende, entonces, de la mitad de febrero al... al mes de octubre", dijo para alentar al preso a proseguir su relato, reanudándolo él mismo con un tono seco que le fue, por un instante, penoso de oír. Esforzándose por adoptar una actitud

Librodot

natural, aunque esa táctica fuese superflua, se pasaba la mano por su pelambre gris, subiendo de la nuez hasta la barbilla, mientras que su mirada erraba por la celda, posándose sobre cada objeto que la amueblaba, pero nunca sobre el hombre que vivía en ella. Maurizius levantó la tapa interior de la estufa, fijó la mirada en el agujero negro y colocó de nuevo la tapa: "Sí -prosiguió-, fue una operación a propósito para destrozar perfectamente los corazones, porque cada uno era a la vez torturado e instrumento de tortura. Dos o tres obraban siempre de consuno para aplastar al tercero o al cuarto. ¡Admirable mecanismo, por cierto! Ana entre yo y Waremme, yo entre Ana y Waremme, Elli entre yo y Ana, Ana entre Elli y yo, y Elli entre los otros tres. Aquello duró días y días, semanas y semanas, hasta el espantoso desenlace... Si quisiera darme ahora un cigarrillo, se lo agradecería". Fumó un momento en silencio. De tiempo en tiempo, un resplandor incierto se encendía en su mirada. Parecía reflexionar y preguntarse si existía algún medio de hacer entender lo que se preparaba a contar. Sin duda, aun todo se presentaba a su mente como un embrollo inextricable. "Por lo pronto -prosiguió-, ya no comprendí nada de la conducta de Ana. Por una buena parte del mes de marzo, no hizo en nuestra casa sino dos o tres apariciones, escogiendo siempre el momento en que yo no estaba. Supe por Elli que se mostraba muy alegre, que se había hecho varios vestidos, que iba a bailes y a tes, según ella con amigos, pero en realidad se encontraba en todas partes con Waremme. Cuanto más ella nos evitaba a mí y mi casa, tanto más me buscaba Waremme, como si diese el mayor valor a mi compañía. Para fines de marzo publiqué mi estudio acerca de la influencia de la religión sobre las artes plásticas desde los nazarenos hasta Urde; él publicó una crítica en la Gaceta de Francfort comparándome con Justi y hasta, lo que era muy exagerado, con Rohde y Burckhardt. Eso, naturalmente, me honró -y halagó, aunque yo tuviese plena conciencia -que, por lo demás lo confesaba- de la parte que le tocaba a Waremme en las ideas expuestas. Un buen día se comenzó a hablar a escondidas de un plagio del cual yo me habría hecho culpable, y cuando busqué el origen del rumor, supe que el mismo Waremme lo difundía por todas partes. Lo puse en la obligación de explicarse; se burló de mí y me dijo: "Niño, no se preocupe de semejantes tonterías; ¿plagio? Pero, vamos, eso no existe entre espíritus superiores". Esa misma tarde, en el momento en que dejábamos al mismo tiempo la mesa de juego, en el círculo; me llevó aparte y me dijo con tono alegre: "Oiga, ¿sabe quién hizo correr esa historia tonta del plagio? Usted no lo adivinaría. Su cuñada Ana. Encontró en mis primeros libros varias frases que responden exactamente a su juicio, por otra parte magistral, sobre Feuerbach; desde aquella época yo había comprobado el eclecticismo de ese pintor de segundo orden". Todo aquello me pareció muy raro, y al día siguiente le pregunté a Ana si era cierto. Ignoraba hasta la primera palabra del asunto. No demostró ningún interés y sólo me dijo con su aire glacial que Waremme se había comprometido con Lilí Quaestor ocho días antes y que la muchacha se había envenenado la noche anterior. Hacía tres días que yo había oído hablar de aquel compromiso, aunque todavía no fuese oficial, pero como Waremme no me dijera ni una palabra, no me había atrevido a creerlo. "Al verte se diría, Ana, que tú eres la responsable de esa muerte", exclamé asustado. Me clavó la mirada: "¡Y es la verdad -replicó-, precisamente lo has adivinado!" Entonces me confesó que había dirigido a la joven una carta en la que le revelaba sus derechos más antiguos e incontestables. "Lo has soñado", le dije a Ana y me negué con energía a creerla capaz de semejante acción; pero además me confesó que Waremme la había obligado a escribir aquella carta. Se había apresurado a comprometerse, había encontrado que la muchacha lo fastidiaba, y las ventajas que creyó encontrar resultaron ilusorias, al ver las cosas más de cerca; nunca se supo si la había seducido o no; pero, en una palabra, quiso sacar su castaña del fuego y le pareció que Ana era buena para eso. Tal vez también era aquel un medio de obrar sobre ella. Conocía los peones que utilizaba en su tablero, pero aquella Lilí Quaestor era un persona que no toleraba que se burlasen de ella. El cálculo y la obligación eran palabras vacías de sentido para alguien como él. Todo lo que sucedió después, hasta el crimen, era cálculo sin duda; sí y no, porque un viento abrasador de tempestad fue también uno de los elementos destructores, una de esas fuerzas primitivas que escapan a toda especulación humana y que burlan los

Librodot

cálculos del mismo diablo por interesado que esté en el desenlace. Entonces, comencé a sentir aquel viento abrasador de tempestad. Por lo pronto, empujó a Ana hacia mí, más cerca que nunca; cada una de sus miradas, cada sílaba de sus labios, era un "¡Líbrame del mal!" Ella atravesaba por minutos de angustia tal que hubiera deseado meterse en mi bolsillo para refugiarse, como me lo dijo una vez, pero no soportaba mi presencia más que cuando yo me mostraba tranquilo y plácido; el menor gesto mío de insistencia le producía un terror loco, y cuando yo hablaba de fuga, ella tenía un modo raro de presentarme su mano derecha muy abierta, con los dedos para arriba, como si la imagen de Elli estuviese allí pintada; el adulterio era para ella el pecado de los pecados. Es verdad que del fin de marzo al 18 de mayo, pude leer más profundamente en ella; sólo hasta el 18 de mayo, porque a partir de aquel día todo cambió. Omití decir -probablemente porque tengo una valiosa razón para no arrancar del olvido este hecho que marca el punto extremo de mi debilidad y mi cobarde sumisión-, olvidé decir que entretanto Waremme me _había dado a entender redondamente que la historia del misterioso Angel de Colonia era una invención a la cual se había visto en la necesidad de recurrir para no comprometer nuestra amistad. Me lo confesó durante una excursión a Biebrich, mientras que, perdidos por la noche en el bosque, nos hallábamos sentados en un tronco de árbol, aguardando la salida de la luna. He hablado de mi debilidad y cobardía frente a él, pero aquella noche fue tan sincero y tan verídico como se lo permitía su naturaleza demoníaca, de doble fondo. En efecto, era en extremo impresionable, y el ambiente, el paisaje, el bosque tenebroso, podían obrar profundamente sobre él. Un día lo vi, a causa de una violenta tormenta, en un estado que me dio gran lástima. Por cierto que había comunicado a Ana ese miedo a la tempestad, esa emoción que entonces me explicó extensamente. Cuando las fuerzas de la naturaleza estaban desencadenadas, ella parecía un pájaro revoloteando, enloquecido en medio de la tormenta. Así, pues, mientras estábamos sentados en aquel tronco, no pudiéndonos ver las caras, me declaró a quemarropa que no había podido elegir y no había podido hacer otra cosa que despistarme, inventando aquella abracadabrante variante de la historia del pretendido Angel, porque no hubiese podido soportar mi hostilidad y mi odio; ahora que tantos acontecimientos me habían hecho penetrar más en su persona, ya no tenía motivo para temer semejante abandono de mi parte. Yo debía saber tan bien como él que estábamos encadenados uno al otro, no sólo por la extraña criatura que era lo más precioso que ambos teníamos en el mundo, sino también por el interés espiritual, el más poderoso que pueda, en un momento decisivo de la historia, comprometer a dos hombres a hacer causa común. Fue inútil que yo me dijera:

"Despacio, despacio, no tanta grandilocuencia", porque lo escuchaba anhelante. ¿Quién podía resistir al encanto embrujador de su palabra? Para decir la verdad, yo estaba cansado hasta más no poder de ser así zarandeado, sacudido de derecha a izquierda y de arriba abajo; yo nada me sorprendía. De ese modo fue llevado a hablar de su amor por Ana. De todos modos, eso me arrancó de mi apatía y dijo cosas que me hicieron estremecer. No podría repetir sus palabras, porque las he olvidado; lo que sé es que caían sobre mi corazón como gotas de plomo fundido; ya no recuerdo de qué imágenes ni de qué comparaciones se sirvió, pero sí sé que oyéndolo me pregunté varias veces con el corazón oprimido: "Al lado de esto, ¿acaso tú cuentas para algo?" Confesó que en el vestíbulo del teatro la hizo suya por la fuerza. "Pero -agregó-, si no lo hubiera hecho, me hubiese ahorcado una hora después". Y lo creí: "Aunque se defendió como un ángel enojado -concluyó-, en el fondo de su alma era mía, como es mía todavía hoy, y ella lo sabía entonces y lo sabe siempre". Pretendía no ser un bandido, un libertino a lo Karamasov; según él, era una blasfemia llamar crimen a un acto que no hacía más que afirmar la estrecha dependencia de dos vidas que uno aboliría negándola. Cuando por fin la luna se mostró por encima de la copa de los árboles, hicimos en silencio todo el camino hasta la estación. Tan sólo una vez, casi al llegar, me detuvo poniéndome la mano en el hombro y me dijo: "Usted me da lástima, Maurizius; está marcado por el destino; si no renuncia a ella, eso será su perdición". Me parece todavía sentir cómo el corazón se me saltaba a la boca cuando le respondí: "Esas no son sino palabras sonoras,

Librodot

Warrmme; sé que estoy en una pendiente resbaladiza, pero si Dios me hace el favor de no hacerme oír más sus enredos, me sentiré más tranquilo". Se encogió de hombros: "Dios no hace a nadie la merced de modificar la suerte que le ha asignado, y yo no soy sino su instrumento". Usted estará conmigo en que aquella conversación no era trivial, sino de tal naturaleza que podía trastornarlo a uno igual que un cataclismo. Fue la última cuyos términos quedaron grabados con exactitud en mi memoria; las otras se borraron entre 'a bruma, sin duda porque todo el andamiaje de nuestra existencia se dislocó y las palabras de cada uno de los interlocutores no tuvieron ya mayor importancia".

7

SE INTEPPUMPIÓ, y, con el cuerpo curiosamente encorvado, se volvió a lo largo del muro hasta el rincón de la celda. Cuando retomó la palabra, hubiérase dicho que se dirigía a sí mismo y que había olvidado la presencia del procurador. A veces las frases se le escapaban inconclusas. A veces se detenía de pronto, gesticulaba sin hablar, se ponía la mano en la frente o sacudía repetidamente la cabeza. Verlo en aquel estado conmovía de horror y de compasión. Parecía tener dificultad para no confundir los acontecimientos. Especialmente aquellos situados en la época en que Elli tomó sobre su curso una influencia decisiva y funesta, carecían de la nitidez que tenían sus recuerdos. Hizo aún alusión varias veces a aquel 18 de mayo de que había hablado y que parecía marcar una fecha capital en sus relaciones con Ana (el señor de Andergast recordó que la dedicatoria tan significativa de la fotografía que Elli encontró en el escritorio de su hermana llevaba esa fecha). Evitaba con celoso cuidado todo cuando pudiese echar un matiz desfavorable sobre Ana, cuando hablaba de sus encuentros y de las conversaciones que mantuvieron. El señor de Andergast no puede menos que sentir sorpresa por tal discreción; le hace el efecto de las precauciones con que se rodearía a una huella geológica conservada como un fetiche. Tiene la impresión de que aquel 18 de mayo Ana le dio por primera y única vez a Maurizius una prueba incontestable de un amor del cual corrientemente no podía arrancarle sino testimonios muy raros y muy vagos. Tal vez fue aquello una caricia fugitiva o un beso que él mendigó en un momento de inconsciencia, en la exaltación enfermiza de sus sentimientos, pero él da a aquella limosna más importancia de la que en realidad tiene y saca de ella conclusiones que halagan por un momento su ilusión y la exaltan hasta que se quiebra. Sus confusas alusiones permiten juzgar que en aquella circunstancia Ana salió de su reserva como no lo había hecho antes, sobre todo con respecto a sus relaciones con Warremme. La afirmación de Ana de que después de la infame agresión de Colonia no hubo entre ellos ningún otro acercamiento íntimo, ni la menor caricia, ni la menor connivencia secreta que pudiese hacerle creer que ella le perteneciera, explicó a Maurizius muchas cosas de la conducta de Waremme. Aquel hombre vanidoso, celoso, sensual, testarudo y diabólico hasta el más alto grado, tenía que sentirse fuera de sí por semejante reserva. A pesar de eso, Ana no negaba que le fuera imposible desprenderse de él; reconocía que desesperada que, atada de pies y manos, sin voluntad alguna, se volvía siempre hacia Waremme. Mostró a Leonardo las cartas que durante dieciocho meses le había escrito Waremme; tenía más de cuatrocientas, de doce, veinte y veinticinco páginas cada una, llenas de protestas de amor, de súplicas, de ensueños y versos, de los cuales tan sólo el recuerdo la hiela y la hace palidecer. He ahí lo que fue aquel famoso 18 de mayo. Algunos días más tarde, Ana, presa de la mayor perplejidad, le contó que Waremme le había ofrecido casarse con ella. Por fantástico que ello parezca, aquel hombre divorciado, padre de dos hijos errantes por el mundo; aquel hombre sin medios de existencia asegurada, aquel que se burlaba de la legitimidad burguesa, aquel jugador, aventurero, utopista político -porque cada vez más se mostraba como tal- quería encadenar su vida agitada, precaria, tormentosa y sin asidero alguno, a aquella criatura que ya había tronchado a medias, para aniquilarla completamente. Todo se rebeló en Maurizius, pero no tenía derecho a decir rada. Supo entonces que una anciana señora católica y piadosa la baronesa de Loeven,

Librodot

constituiría una fuerte dote para Ana, pero que ésta debía antes enclaustrarse por seis meses en un convento de Ursulinas. Aquello se hacía cada vez más incomprensible e incoherente. No; él, Maurizius, no tenía derecho a moverse siquiera. Algunos rumores maldicientes corrían ya por la calle y esparcían su veneno; pero no tenía derecho ni a levantar el dedo meñique para salvarla; ¿acaso sabía si ella deseaba ser salvada por él? Ni siquiera sabía si Ana lo amaba, si simplemente lo toleraba, o si lo odiaba, así como no sabía si amaba a Waremme, lo temía lo aborrecía o lo odiaba. No se sabía lo que pensaba; no era posible conocerla. Para ello hubiera sido menester abrirle el pecho y disecarle el corazón. Esa clase de mujeres, según le parecía aún ahora, después de largos años, en los que el frío de la crítica inexorable transformó el oleaje vibrante de la vida en un hielo transparente; esas mujeres no tienen principios internos; su horizonte se limita trágicamente -trágicamente por su aislamiento y su soledad- a su propia persona, a su propio destino. (Maurizius iba y venía gesticulando). Es un vaso que recibe de nosotros su contenido y quizás también su alma, al que, en todo caso, nosotros damos destino e impulso. Si ellas sucumben, víctimas de nuestro deseo, es únicamente, sin duda, porque, como Narciso, están siempre perdidas en la contemplación de sí mismas. En efecto, ¿qué es el narcisismo sino el amor a una cosa incorpórea? Y precisamente porque deseamos estrechar la imagen a falta del cuerpo que no existe, ellas nos castigan y nos hacen responsables hasta el fin del mundo. He ahí cómo uno es víctima de sí mismo y se engaña con un vano espejismo".

Aquellas palabras fueron dichas con el acento de una sentencia terrible e irrevocable. "Más o menos era lo mismo con respecto a Elli -prosiguió Maurizius con los ojos cerrados como si hablase en sueños-., De pronto descubrí lo que significa ser hermanas y los secretos ocultos que se revelan en la naturaleza de esos lazos profundos. Justamente porque eran tan diferentes como si hubieran nacido en regiones antípodas, se sorprendían en ellas tantos puntos de semejanza y rasgos de idéntica naturaleza. ¿Idéntica?... a la manera del carbón y el diamante, por lo menos según mi parecer. Hay que confesar que también respecto a Elli se podía hablar de un egoísmo desprovisto del reparo de su "yo", ¿o cómo expresar el caso? Está lejos de mí la intención de disculparme, estoy perdido sin remedio y pongo a mi persona fuera de la cuestión; pero de pronto no fue más un ser humano lo que tuve delante de mí. Una loba, una loba sanguinaria y feroz surgió, cuando ella se puso contra su hermana; y cuando se irguió contra mí, fue un acreedor implacable que reclamaba con intereses usurarios el pago de su préstamo. Todo el andamiaje se dislocó. Es curioso, si se profundiza el sentido de esta expresión: la actitud externa y moral de cualquiera... el andamiaje,,, no había ya nada que lo mantuviera, y no podía sostenerse más. Era el frenesí en su paroxismo. Una mujer de la más afinada sensibilidad, con un espíritu de lo más culto, una mujer buena, distinguida y generosa. Y después... eso. Me han reprochado... se alegó contra mí cierto hecho: que viví maritalmente con ella hasta las horas más terribles del conflicto... ¡y sí!, un hombre desciende siempre tan bajo como una mujer lo deje caer. Repito que no hay que ver en esto una tentativa de justificación personal. Toda mi desgracia' está ahí; se puede, al servicio de la voluptuosidad, traficar suciamente con el alma y trocar en forma abyecta, a cambio de esa misma voluptuosidad, el ensueño y el ideal. Cuantas veces pensé en ello, me dije que novecientos noventa y nueve hombres de cada mil son así y que el mundo entero se envilece en el libertinaje. Yo no era, por cierto, el número mil, ¡oh, no! Elli se jugó el todo por el todo, el día que me arrancó el sueño ante mis ojos. Ella no sabía que los sueños que se roban a los demás envenenan en seguida la vida del ladrón. Pero, ¿qué estoy diciendo? En definitiva, sólo la carne y la sangre estaban en juego cuando, en la desgracia de nuestros corazones, nos estrechábamos; mas, ¿qué decir del despertar? ¡Qué sed de venganza, qué furor! En mí la conciencia de sentirme siempre el mismo y en ella la conciencia de ser engañada. -Los años que tenía más que yo, resultaban sus Euménides; ligados estrechamente, nos hundíamos hasta el último grado de nuestra maldad y nuestra bajeza. Improvisándose espía, ella interrogaba hábilmente a la gente; me mezquinaba el miserable dinero que me daba y gritaba a voz en cuello su desgracia hasta ser la comidilla pública; durante noches y noches, vagaba por la

Librodot

casa como un alma en pena y no comprendía, ¡oh!, no quería comprender, que igual que ella yo no era sino un pobre desdichado, un pobre diablo a quien Dios decía: "¡Toma, ahí tienes tu destino, trágalo!" Llegó un día en que me dije: "Más valdría, mujer, que no existieras, que desaparecieras de estos tristes lugares". Le aseguro, señor, que borrarla del número de los humanos me pareció entonces una buena acción, porque semejante existencia era una carga, un suplicio para quien la vive, me dije, y una carga, un suplicio para aquellos que deben vivirla con ella. "¿Cómo, no habría un salida posible, uno no tendría el derecho a volver a encontrar la paz?" Es evidente que teniendo aquel deseo criminal, no estoy exento de culpabilidad. No. No lo crea... no estoy exento de culpabilidad ni menos aún soy inocente, lo que no es en modo alguno la misma cosa. Llega un momento en que el crimen ya está consumado en espíritu, y lo que sucede en seguida es como la expulsión de la placenta después del parto. Pero es hacer un juicio sacrílego, lo sé. En lo más fuerte de mi angustia, le dije a Ana: "Si las cosas llegan al último extremo, te mataré y luego me mataré; entonces todo el mundo quedará en paz". Era aquel día de septiembre en que estalló el sucio asunto de Waremme con los estudiantes; fue el golpe de gracia. Ana quedó casi deshecha. En aquella época, yo debía ya a Waremme una crecida suma de dinero; mi mujer no me ayudaba; adoraba su capital, al que hacía sudar intereses; perdía la razón; pero, ¿era todavía una persona viva, llevando en ella la noción viva de lo que es un ser humano, o tan sólo un triste cadáver animado únicamente como la rama de Galvani por un simulacro de vida? No lo sé. Eso no me concierne, se lo repito; en cuanto a mí, había vuelto la página; sólo Ana me daba pena; pero ella no quería morir; con frecuencia me he devanado los sesos por adivinar lo que le inspiraba aquel terror loco a la muerte; tal vez un resto de religiosidad, o la idea del pecado mortal. Una vez me permití decir que las personas dotadas de una gran belleza se libran más difícilmente que las demás del temor a la muerte, como si esa belleza les impusiera un deber que nosotros ignoramos. Sin duda, de eso provenía también el miedo que tenía a mi regreso. Desde que yo hable de matarla y matarme, temblaba ante mí; probablemente así asustó a Elli y la hizo huir de la casa; enloquecida, debió gritarle: "¡Viene tu marido, quiere matarme!" Transida de espanto, se habrá escapado por la casa como un cervatillo perseguido por los cazadores... Sí, debió de ser eso".

Apoyó el pulgar y el mayor de la mano derecha en sus sienes. El señor de Andorgast se levantó lenta y pesadamente. "Sí... -murmuró-, sí, ya lo veo". Luego, tras un silencio en que las respiraciones apenas perceptibles parecieron detenerse, agregó, recordando maquinalmente los hechos sobre los cuales había instruído el proceso, y afectando un tono seco y positivo: "Y si antes tocó el piano, era porque, aterrada, ya ignoraba lo que hacía; ¿es lo que usted quiere decir?" "Es posible", replicó Maurizius con aire concentrado. "¿Y entonces?", interrogó el señor de Andergast haciendo un esfuerzo sobrehumano para conservar su calma y aparentar que no daba a su pregunta más que un interés superficial. (Hasta sacó el reloj del chaleco, pero sin abrir la tapa y, con lentitud, volvió a guardarlo en el bolsillo). "Entonces... -dijo Maurizius, como un eco, fijando en su interlocutor una mirada endurecida, mala, y encogiéndose de hombros- entonces... no tiene más que dirigirse al expediente, lo ilustrará mejor que yo". Pero después de un sombrío silencio, durante el cual sus dientes, menudos como los de una muchachita, mordisqueaban su labio inferior, se arrancaron penosamente de sus labios estas palabras: "Todo se conjuraba contra ella... no tenía ni la menor salida para escapar... Los torturadores la cercaban... la medida estaba colmada... nadie la comprendía, ni le tenía lástima... ¿Qué necesidad tuvo de hacer ir a Waremme?... El sólo tenía que apoyar desde lejos sobre el escape... Y yo, Dios mío, demasiado tarde... demasiado tarde...".

Se detuvo pálido de terror; se tambaleó y apoyóse en la pared. El señor de Andergast, con la misma lentitud pesada, fue hasta él, buscó su mirada y durante veinte largos segundos permanecieron mirándose a los ojos.

Maurizius levantó la mano con un gesto de defensa temerosa. El señor de Andergast notó que tenía las uñas roídas. Consecuencia evidente de su reclusión y de sus largas medi-

Librodot

taciones solitarias. "¿Quién le dio a ella el revólver?", murmuró con voz ronca. Maurizius se estremeció: "Pero, ¿entonces cree que yo vi algo? -dijo con un sobresalto salvaje-. No vi nada, nada, absolutamente nada..." El señor de Andergast bajó la cabeza con aire resignado. "Esa es la cosa, justamente... nada, nada", repitió Maurizius con un gesto desconsolado. "¿Y usted, usted mismo, tenía un revólver, sí o no?", prosiguió inexorablemente el señor de Andergast con la boca seca. Una risita se escapó de entre los labios de Maurizius. "Los tiempos han cambiado -respondió, enigmático-; ya no tengo veintiséis años, tengo cuarenta y cinco". Y al decir eso, tuvo el mismo movimiento de párpados que en los tribunales, diecinueve años antes. De nuevo se penetraron las miradas de los dos hombres. "Bueno, tomo nota de eso", dijo el señor de Andergast, con la extraña sensación de que alguna cosa crujía en su columna vertebral. Murizius lo miró con aire indiferente tomar el sombrero, golpear en la puerta del modo convenido con el guardián y salir de la celda. Apareció un segundo guardián con un plato de latón. Traía la comida del preso 357. Una espesa sopa de coles en la que nadaban unos trozos de carne parecidos a raíces negras en un mar amarillento.

CAPITULO DECIMOTERCERO

1

ES RARO que una conversación entre dos personas que tienen que tratar de una cuestión de importancia, suceda como se la habían imaginado o preparado, sobre todo cuando se llega a un seudoarreglo de cuentas. Es verdad que Sofía de Andergast esperaba de la entrevista con su ex marido un resultado muy preciso, y si su conversación fue algo diferente de lo que en su agitación exaltada se había figurado, ello se debió únicamente a que el hombre ante el cual se hallaba no era más aquel que había conocido. Su impaciencia cuando llegó a casa de la Generala la impulsaba de tal modo a obrar, que Sofía miró a la anciana señora con un aire completamente desconcertado cuando ésta le dijo que el procurador general estaba de viaje y que no había podido saber la fecha de su regreso. Sólo al día siguiente, a mediodía, se supo por teléfono que volvería esa tarde. Sofía había pasado una noche en blanco; a las cuatro de la mañana se había levantado y bajado al jardín; cuando a las ocho la Generala la hizo llamar para el desayuno, se la buscó por toda la casa y terminaron por descubrirla dormitando en un banco de la glorieta, con los brazos apoyados en el respaldo de piedra y la cara oculta en ellos. Costó mucho trabajo decidirla a tomar una taza de té, y no respondió más que con una sonrisa amable e insignificante a los reproches de la Generala, que en esa ocasión mostró una locuacidad algo nerviosa. La anciana señora, por otra parte, no encontró en ella la confianza y el impulso afectuoso que creía tener derecho a esperar. Al principio se vio obligada a violentarse y repetirse constantemente: "No es sólo una mujer desdichada, es la madre de Etzel, y yo no la he invitado a venir a mi casa para pasar con ella algunos días agradables,

sino porque y es tiempo de que se haga algo; aquí no se trata de agradar". Pero, al par de su acostumbrada afabilidad, tenía siempre su pequeña porción de egoísmo y deseaba, aunque muy discretamente y aun tomando parte en las preocupaciones de los demás, que se hiciera un poco la corte. Pero Sofía no fue más allá de la amabilidad de la que nunca se desprendía. Eso molestaba a la Generala y se dedicaba a observar todo lo que le disgustaba en la recién llegada: cierta reserva que la hacía avara de sus palabras, el aire decidido, la seguridad con la cual se presentaba, y tal vez el cuidado meticuloso que ponía en su arreglo, porque desde la mañana aparecía de punta en blanco. La Generala pensaba: "Cuida mucho de su persona, y eso no se concilia con su pena y sus preocupaciones". Como si un pesar sincero no

pudiera afirmarse sino con una apariencia descuidada. Pero más bien por ingenuidad que por mezquindad la Generala criticaba esas cosas; sin duda había esperado ver a Sofía en el conmovedor papel de una "madre pródiga", de una Niobe abrumada por el dolor, y se encontraba, en cambio, con una mujer de un carácter difícil de penetrar, con una persona singularmente resuelta, sobria de palabras, ágil y fría, cuyos rasgos habían conservado sorprendente aire de juventud. Porque se le hubiera dado cuando mucho treinta y dos años, y la Generala calculaba que debía de tener treinta y ocho bien cumplidos. Esas críticas de la Generala eran sólo superficiales y ocultaban un sentimiento más profundo: los celos. La comprobación de que Sofía había permanecido sorprendentemente joven, que tenía modales seductores, dientes impecables, una figura tan esbelta todavía y que era de esperar que Etzel se lanzara a su encuentro, rebosante de alegría, le apretaba el corazón y le hacía presentir horas dolorosas. En realidad, se había propuesto hablar de Etzel lo menos posible, al menos para comenzar. Esta resolución procedía también del sentimiento de celos de que acabamos de hablar, aunque tratase de persuadirse a sí misma de que tan sólo quería evitar que Sofía se atormentase inútilmente. De todos modos, cuando después del desayuno pasó al salón con su visita, las ganas de hablar fueron más fuertes que ella; por una parte, le parecía inconveniente ocultar a Sofía lo que sabía, y por otra estaba orgullosa de su saber e impaciente por exponerlo y demostrar su habilidad y su prudencia. En efecto, había ido a conversar personalmente con el profesor Camilo Raff poco antes de que partiera para asumir su nuevo cargo; había tenido con él una larga conversación respecto a Etzel, y aquella conferencia le había suministrado más de un dato precioso, que reunidos a la conducta del joven con ella, y particularmente a su visita y su pedido urgente de dinero, arrojaba alguna luz sobre el camino que podía haber tomado, aunque dicho camino no dejase por eso de parecer menos inquietante y extraordinario. ¡Y no había dado señales de vida! No lo hubiera traicionado, hubiese respetado y guardado su secreto, ¡oh!, ciertamente, si le daba tanta importancia... pero irse así... ¡sin prevenir y dejando a todos consumiéndose de inquietud y de pena! La Generala decía "a todos" por cortesía, pero no pensaba sino en sí misma. Sofía escuchó sin pronunciar ni una palabra, pero con el más vivo interés. Siguió silenciosa cuando la Generala se calló. Sólo el brillo de sus grandes ojos pardos traicionaba su emoción. La Generala se quedó un momento desconcertada: era el mismo brillo, la misma fulguración de bronce que en "él"; era de ella que la había heredado, y de pronto sus celos tontos se desvanecieron, dando lugar a una profunda simpatía por la mujer. Sofía, aliviada, se dijo: "Entonces, así es". Jamás había sido lo que se llama una madre apasionada, es decir, que nunca había hecho ostentación de su amor maternal, y, cuando vivía con Etzel, dio mucha importancia al hecho de tener con su hijo el tono ligero y familiar de todo el mundo. Siempre pronta a reír y bromear con él, evitó cuidadosamente molestarlo con esa ternura egoísta que lo hubiera envuelto demasiado pronto en el mundo turbador de los sentimientos. Tal vez el señor de Andergast buscó a su modo (¡pero qué modo tan frío, razonable y sin entusiasmo!) de terminar lo que la rica y cálida naturaleza de ella había comenzado. Quizás sufría precisamente, desde ese punto de vista, una influencia misteriosa, pero la verdad es que nunca hubiera consentido en reconocerlo delante de nadie ni en su fuero interno. No había entretanto llegado nada. Cuando el corazón no habla, las experiencias pedagógicas son vanas, y las suyas habían experimentado un lamentable fracaso. Cuando Sofía se vio obligada a separarse de su hijo, nadie le oyó una queja y menos aún una explosión de desesperación. Hasta se dijo abiertamente y se sostuvo que era incapaz de todo

sentimiento profundo. Pero ella tenía la particularidad de poder vivir con una imagen que llevara en su alma, como con un ser de carne y hueso; en todo caso, tuvo durante todos aquellos años y hasta ese día el sentimiento de estar realmente unida a su hijo y de hacer de él, desde lejos, un aliado. Entraban para ello en juego fuerzas extrañas, que nada tenían que ver con una resolución tomada con vistas a un fin determinado. He ahí por qué se sentía aliviada diciéndose: "¡Entonces, es así!" Por eso en sus ojos brillaba el resplandor de los ojos de Etzel.

Librodot

2

AL ATARDECER tomó un coche y fue hasta la ciudad. Mientras recorría con lentitud las calles, sentía su alma dolorosamente tironeada entre el sentimiento de hallarse en su casa y la impresión de encontrarse en un ambiente hostil, entre recuerdos claros y armoniosos y otros sombríos y torturantes. Las casas viejas y vueltas a pintar del suburbio, le parecían tener una fisonomía engañosa, pero al llegar frente al Roemer, la vieja municipalidad de la población, se detuvo y levantó los ojos hacia la fachada, como uno fija la mirada en un rostro venerable. Con la mirada baja, como si siguiera una pista, llegó al camino de Kettenhof y a la casa de Andergast. Recorrió con la mirada la fila de ventanas del segundo piso, y todas estaban oscuras. Aquella oscuridad decía de la ausencia de los dos seres que su mente apartaba el uno del otro, como al horror de la felicidad, y que no podía impedirse de ligarlos estrechamente tampoco, porque uno no puede separar la idea de un hijo de la de su padre. ¿Podría subir ahora y presentarse ante el hombre a quien ella venía a pedir cuenta de su conducta? ¿Qué le diría? ¿Cómo le expondría lo que había de decir? Ahora que llegaba su hora, ahora, en ese minuto que "satisfacía sus deseos" y en que ella veía ante sí toda su vida arruinada por él, ¿qué actitud tomaría cuando ella le gritase en la cara: "¿Dónde está mi hijo? ¡Devuélveme a mi hijo!" Pero ese minuto punzante aun no existía más que en su imaginación y la realidad lo haría desvanecerse. Frente a ella se erguirá otro ser, el más trivial del mundo mientras sólo es evocado por el pensamiento, pero el ser más inesperado, el más desconcertante, el mejor hecho para paralizarla, al aparecer en la realidad.

Pero aquel minuto que "satisfacía sus deseos" resumía para ella toda su vida en los diez últimos años, como una gota de agua resume en sí al mar, y volvía a verse errando de hotel en hotel y de ciudad en ciudad. No tenía a nadie para consolarla, para ayudarla, ni hogar, ni asilo. Muda y fría, se había dejado dictar condiciones por el hombre que habitaba allí arriba y se firmaron acuerdos. Fue él quien decidió su porvenir; ella ya no poseía ningún derecho aparte de la libertad, y en la medida en que él se la dejaba, nada más que su fortuna, lo que quedaba de la herencia paterna. Había estado enferma, siempre enferma, y jamás llamó ni consultó a un médico. Durante la guerra, vivió en aquella Suiza completamente desorganizada, rodeada de llamas, en pensiones baratas, en medio de gentes vulgares, y logró pasar inadvertida, sin despertar una curiosidad simpática que la hubiera importunado. Se había ocupado de botánica y de mineralogía, se gastó los ojos en bordados artísticos, hizo largas caminatas, con frecuencia más allá de sus fuerzas; le costó trabajo acostumbrarse a la soledad, aunque no pudiera soportar ninguna compañía. Se interesó por muchas manifestaciones de la actividad intelectual y conservó un amor inalterable a la vida. Pero, de todos modos, su corazón estaba en cierta forma vacío, y la existencia que llevaba, completamente desprovista de alegría; podía reír y entretenerse, pero sólo con los indiferentes, porque en cuanto cualquiera, hombre o mujer, se hacía más familiar, cambiaba su actitud y rompía insensiblemente toda relación. No podía ya creer realmente en nada y su situación respecto al mundo externo había sido profundamente conmovida. En esos últimos años sólo tuvo relaciones amistosas con dos personas: un pintor suizo que se había radicado en un chalet del cantón de Valais y un viejo sabio, el señor Andrés Levy, profesor de la Sorbona y bacteriólogo distinguido, que había encontrado en Ginebra y cuya casa en París frecuentó bastante. Mencioné su amor inalterable por la vida, y sin embargo sentía siempre un alivio por las noches al ver terminada otra jornada, y por las mañanas al saber terminada la noche. Pero precisamente las personas desdichadas son las que se sienten obligadas a vivir

al día, obligación de la que se libran con mayor dificultad que la de vivir por vivir.

Veinticuatro horas después del minuto que "satisfacía sus deseos", entró en la casa de Andergast. La Generala había preparado por teléfono su entrevista con Wolf de Andergast. Volver a los lugares donde se ha sufrido una pena jamás apaciguada, es menos una prueba para la memoria del corazón que para la de los ojos. La experiencia demuestra que la mayoría

Librodot

de la gente, aun cuando sus sentimientos se suavicen o se extingan, los conserva en un rincón especial de su alma, del que puede sacarlos cuando quiere. En este caso no son más que fantasmas que no recuerdan al ser viviente sino como un despojo vacío, el cuerpo que lo llevaba, si bien los lugares y las cosas desaparecen completamente de su memoria, y, al verlos de nuevo, les causan una sorpresa que les hace sensible sólo el lazo entre su personalidad actual y la de antes. Todo sucede entonces como si uno hubiera ocultado con la mano una imagen aterradora por un instante tan sólo, para atenuar su efecto horripilante. Por cierto que no pasaba eso en Sofía, porque su alma, como lo hemos dicho, durante los diez años transcurridos había conservado intacto todo su ardor, y no obstante el mundo concreto, aquel que salta a los ojos, en el cual se hallaba de pronto otra vez, resucitaba el pasado con un poder que la aplastaba y sobre todo anulaba en ella toda noción de tiempo, lo que reducía la idea de haber envejecido, de tener más edad, a una farsa incomprensible de la naturaleza. ¿Acaso todas las cosas no eran, en efecto, tal como lo habían sido siempre? Entre diez años y una semana, la diferencia es puramente ficticia. Ahí estaba el escalón, el tercero después del descanso, que ya crujía bajo su pie diez años antes; ahí a la izquierda, sobre la ventana de la escalera, la mancha pálida y amarillenta sobre el yeso pardo; vacilante, se sostuvo de ese botón de cobre el día que supo que el hombre a quien amaba se había pegado un tiro en la cabeza y en que no sabía si aun tendría fuerzas para ir hasta la casa donde yacía su cadáver; cuántas veces leyó aquellas letras con adornos prendidos en la placa de loza del primer piso: "Doctor Malapert"; cuántas veces, desesperada, apoyó el dedo en el timbre del segundo piso y esperó, con el corazón lleno de disgusto, que le abriesen la puerta de su propio domicilio.

Ahí estaba de nuevo, apretando el botón del timbre. La hicieron pasar. Allí estaba el mismo espejo, reflejando su imagen como si no hubiera cesado un solo día de hacerlo; el sombrero duro estaba en el perchero, símbolo de una trivialidad ceremoniosa y desagradable; debajo colgaban los abrigos, siempre teniendo pegado ese olor repugnante del cigarro; enfrente, en la pared, el retrato del viejo emperador con su aire benévolo y su barba partida en dos; he ahí la puerta que, sin una lágrima (nunca le agradaron las lágrimas) franqueó la última noche, después de un último adiós al niño que se caía de sueño, y, finalmente, la otra puerta, oculta por un tapiz, que jamás había abierto sin decirse: "Si por lo menos estuviera libre de este suplicio, si ya me hubiera ido..."

3

LAS siete, el señor de Andergast le dijo a Rie: "Una señora vendrá a las siete y media. No hace falta anunciarla". Rie dijo que sí con un movimiento de cabeza, porque ya sabía. Nanny, la sirvienta de la Generala, no había dejado de decirle a quién hospedaban bajo su techo, y Rie se sentía envuelta en sordas maquinaciones. En su agitación, dio órdenes equivocadas en la cocina y dejó caer un tarro de dulce al suelo: "Todo pasa y todo acaba", se dijo, mirándolo con melancolía. "¿Se acuerda -agregó- que me sucedió lo mismo el penúltimo otoño? El niño se arrodilló en el suelo y quería lamer el dulce". La cocinera pretendió recordar que en aquella ocasión ella se quedó sorprendida porque el niño nunca había sido goloso. "Si al menos lo hubiera sido -suspiró Rie-, todavía lo tendríamos en casa, porque cuando se es goloso se ama el hogar". En ese instante sonó el timbre, la sirvienta abrió la puerta del piso, Rie salió despacio al pasillo y vio a una mujer de estatura mediana, que no era precisamente esbelta, dirigirse con paso firme al despacho, y tuvo este pensamiento hostil: "Parece que conoce muy bien esto", como si eso fuera una prueba de maldad. Jamás deseó tanto como en aquel momento escuchar detrás de una puerta, y sólo la retuvo el natural sentido de las conveniencias. Permaneció un momento en el mismo lugar, aguzando el oído, y como todo estaba en silencio, se volvió tristemente a su habitación.

El señor de Andergast había vuelto a las cinco y media. Pidió té, pero no tocó la taza y no había cesado de pasearse agitado por la habitación. No podía apartar de sus oídos la

voz del preso Maurizius; aunque hiciera o pensara cualquier cosa, lo perseguía como el arrullo ininterrumpido de una paloma invisible. Por momentos, un jirón de una frase se desprendía del monótono arrullo; entonces se sobresaltaba, suspendía el paseo, inclinaba la cabeza de lado, fruncía el entrecejo y mascullaba algunas palabras. Había encendido más de una docena de cigarrillos, uno tras otro, y los había tirado al cenicero después de dos o tres chupadas. Varias veces apoyó la mano en la frente como viera hacer a Maurizius y su rostro mostraba una expresión meditativa. Múltiples preguntas lo asaltaban, como copos en torbellino, de los cuales ninguno podía fijar su pensamiento. De tiempo en tiempo sacaba el reloj, se aseguraba con inquietud de que las agujas avanzaban, como si hubiera estado urgido por llegar a una solución antes del minuto que pondría fin a su soledad. Pero mientras giraban las agujas no acertaba a calmar aquella turbación afiebraba. El arrullo, siempre aquel arrullo. Al fin se desprendió del caos, tangible, una pregunta: "¿Por qué no habló antes? ¿Por qué guardo silencio durante esos diecinueve años, si lo que confesó tenía el sello evidente de la verdad? Si ahora se había decidido a hablar, hubiera podido hacerlo muy bien hace tres años, cinco, doce, quince. ¿Qué se lo impidió? La vergüenza, las bravatas, el deseo de no exponer a alguien, no resisten a una prueba en la que cada año se convierte en una eternidad, en que la misma idea del sacrificio -nacida de una pasión sin ejemplos que aquí desempeña ciertamente un papel desaparece en medio de la completa disgregación de la personalidad moral". Al pensar en esto: la completa disgregación de la personalidad moral, el señor de Andergast sintió pasar por su corazón un estremecimiento a la vez helado y ardiente. Así lo había ganado el estado de espíritu de aquel hombre-fantasma. Acababa de comprender el sentido de la obra de muerte continuada a través de diecinueve años. Quizás él mismo había sido alcanzado por ella de un modo más duradero de lo que jamás hubiera podido sospechar). "¿Qué pudo habérselo impedido?" La pregunta lo obsesionaba sin cesar y comenzaba a nacer en él una vaga intuición: "Tal vez es menester buscar la causa de una razón más profunda -se decía-; quizá Maurizius tuvo entonces conciencia de que la verdad era sólo verdad para él, pero no para mí, no para nosotros; no estuvo madura para mí, para nosotros, sino cuando se sintió preparado para revelarla casi a regañadientes. Pero, ¿si aquella verdad no fuera más que el resultado del tiempo -se dijo de pronto con un estremecimiento-; si, con el espíritu influido, turbado por el presente, yo no hubiese estado preparado hace tres años, cinco, doce o quince años, para aceptar esa verdad que hoy me parece tan sencilla, tan plausible? Tal vez la verdad necesita ser amamantada por el tiempo". Este pensamiento tenía algo tan sublevante y arrojaba una luz tan vívida sobre todo lo que hasta ese momento él había denominado juicio y sentencia, que por algunos instantes tuvo la sensación de que el núcleo sólido de su personalidad se había disuelto y esparcido. En su desazón, y para escapar a aquella descomposición de su ser, se puso a pensar en los detalles del sumario, los que durante todo su viaje de regreso de Kressa le habían preocupado como un rompecabezas. Por ejemplo, ¿hasta qué punto las declaraciones de Maurizius concordaban con las fechas consignadas en el sumario? Esta preocupación ya había atraído anteriormente su pensamiento, dirigido en seguida en otro sentido. Apenas puso de nuevo su atención en ello, cuando sintió un ligero golpe en la puerta y entró Sofía.

El señor de Andergast permaneció de pie detrás de su escritorio, como detrás de una fortaleza. En semejante situación, un saludo, por trivial que fuese, hubiera sido absurdo. No había visto a la mujer desde hacía diez años, y durante ese tiempo ni una sola vez se interrogó respecto a sus sentimientos para con ella. Una vez terminada una cuestión, no le reconocía más el derecho a intervenir en el empleo ordenado de su tiempo. Sabía terminar de una vez para siempre con las cosas de su vida privada, igual que con las de su profesión. En ambos casos consagraba un plazo determinado a la liquidación de las consecuencias, pero pasado dicho plazo el asunto quedaba archivado. Sofía cerró la puerta tras de sí; cinco pasos los separaban, pero él no la veía o más bien no quería verla, no tenía ganas de verla. Bajó los párpados algo inflamados y su corpachón oscilaba ligeramente. Esperaba. "Estoy lo suficientemente preparado. ¿En qué puedo serle útil?", decía su aspecto glacial y distante.

Librodot

Pero alrededor de su nariz se alargaba la palidez. Sofía se acercó al sillón colocado en la penumbra, delante de la biblioteca, y se sentó con suavidad, mirándolo con sus ojos sombríos. Un estremecimiento amargo y amenazador agitaba las comisuras de sus labios; se hubiera dicho que deseaba obligarlo a que hablara primero. Ella conocía su terquedad, y, como antes, sólo tenía ahora desprecio por aquella actitud que traducía, lo sabía muy bien, la rígida observación de una "línea de conducta". Pero pronto reconoció su error y su instinto sutil le advirtió que en aquel hombre se había operado un cambio, como si de su impasibilidad de bronce, de su arrogancia y de su perfecto dominio de sí mismo, sólo le hubieran quedado la expresión del rostro, la mirada, la envoltura intacta de una fruta roída por dentro. Esa comprobación no la llevó a ser más indulgente, porque nada podía inclinarla al perdón, pero tampoco sintió ninguna satisfacción íntima. Aquellas cosas no le interesaban. Para ella, Andergast no era sino una persona sobre la cual uno fija por un instante su pensamiento. El lugar que en otros tiempos ocupara en su vida (ocupado casi únicamente para hacer en ella una obra destructiva) ya no existía. Su viejo abogado, con quien ella cambiaba a veces algunas cartas de negocios, la puso al corriente de la fuga de Etzel, y la energía amasada en Sofía desde tanto tiempo atrás la arrastró bruscamente a emprender el viaje. Fue de acuerdo con el abogado que en los meses de marzo y abril dirigió dos cartas al señor de Andergast, en las que reclamaba las medidas tomadas antes, arguyendo su invalidez y su ilegalidad, ya que la renuncia que aparecía libremente consentida por su parte, le fuera arrancada por la fuerza. Las cartas no habían sido juzgadas dignas de respuesta, y al comunicárselo a su hombre de leyes, ella había agregado: "Es un error imperdonable haber apelado a un tribunal que permanece sordo al lenguaje de los sentimientos humanos". La noticia de que el muchacho se había ido y no se lo podía hallar, le hizo pasar por encima de todos los obstáculos y la volvió indiferente a las consecuencias de un paso que, viéndolo de cerca, no prometía resultados prácticos. Pero quería obrar, y, por lo menos, probarse a sí misma que el miedo que la aterrorizaba en otro tiempo ya no existía. Y ahora estaba ahí, muda, con la voz estrangulada en la garganta, igual que el día en que luego de haberle arrancado por la violencia la confesión de su falta, le hizo, después del suicidio de Jorge Hofer, firmar aquel papel insensato, explotando sin escrúpulos su falta, saciando su venganza so pretexto de justicia.

Se entabló un. diálogo que, arrastrado por su propio peso, apartó las trivialidades inevitables y se perdió en profundidades donde las almas, en su antagonismo consagrado por la ley, se enfrentaban, por decir así, al margen del mundo, y que es casi imposible de transcribir con sus sobrentendidos, sus fintas, sus silencios y sus reticencias hirientes. Con frecuencia uno de los interlocutores no respondía al otro sino con su silencio, más elocuente que todos los argumentos; se cambiaban ideas sin ilación y un encogimiento de hombros expresaba toda una historia. La atmósfera de la habitación estaba cargada de una electricidad que se comunicaba directamente a los nervios de las dos personas presentes. El señor de Andergast comenzó diciendo que lamentaba mucho ignorar el fin de la visita, si bien podía adivinar el motivo; era una frase convencional que pronunció con el mismo tono que usaba en las consultas para dirigirse a un cliente. Después de haber examinado con detención si semejante entrevista era admisible o no, había optado por la afirmativa; sin embargo... y se encogió de hombros como si ya no supiese qué pensar. Sofía se puso de pie de un salto. "Siempre su aire pomposo, insolente y enfático", se dijo indignada. Luego sonrió y volvió a sentarse. El motivo en cuestión -prosiguió él algo más cortésmente, creyendo con su modo de iniciar la cuestión haber señalado bien su punto de vista-, el motivo en cuestión no podía obligarlo ni a una explicación ni a una discusión. Lo mismo que antes, no admitía reivindicaciones en ese sentido. "¡Ah! ¿De veras?,', dijo como un aleteo de pájaro, una voz en el sillón. Desagradablemente sorprendido, el señor de Andergast miró en aquella dirección. "Perfectamente", confirmó en tono seco. Sofía se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho. "Vana esperanza -dijo con tranquilidad-; no haré reclamaciones y, por lo tanto, no tendrás ocasión de combatirlas". El señor de Andergast levantó las cejas con aire inte-

Librodot

rrogativo. "Entonces no veo la necesidad de esta entrevista", decía su expresión de fastidio reprimido. Aquel primer tuteo por parte de la mujer le produjo un choque, aunque era de esperar que no podría ser evitado a la larga. Cogió el sello que estaba junto al tintero, le tomó el peso en la palma de la mano y lo miró con atención. Sus pensamientos se agitaban en el campo de dos círculos concéntricos. El uno, en una parte de su cerebro puesta al descubierto, encerraba todo lo concerniente al preso Maurizius; tenía la impresión de que había salido de la celda demasiado pronto, dejando escapar así las revelaciones más interesantes. "Necesitaré volver a pescar eso -se decía-; ciertas cosas tienen necesidad de ser puestas en claro". Reconstituía mentalmente la escena del crimen y reflexionaba en la desaparición del revólver; calculaba el tiempo que necesitó Waremme para llegar desde el círculo a la puerta del jardín y hallaba, detalle que lo confundía, una diferencia de un minuto y medio a dos minutos. Pensaba en la: oscuridad- completa de aquella noche brumosa de octubre y se reprochaba por haber acordado en la instrucción del proceso tanto crédito a los testimonios casuales (siempre el mismo errar, admitía resignado). Medía mentalmente la distancia de la verja a la puerta de entrada, donde estaba Ana -unos treinta y cinco metros-, y se decía que Waremme debió de pasar corriendo junto a Maurizius, si realmente éste no había disparado, y luego que habría vuelto probablemente sobre sus pasos dando cara a Maurizius y teniendo en la mano el arma recogida del suelo; todo esto desembocaba en la conclusión de que era preciso volver a visitar al preso, de que era necesario verlo de nuevo lo más pronto posible, para llevarlo a suministrar los últimos esclarecimientos. El señor de Andergast no se confesaba que era la persona misma 'de Maurizius la que lo atraía y lo tenía anhelante como hasta ese momento no le sucediera con nadie, y con temor evitaba sacar de todo su relato la única deducción lógica: que Waremme debió de haber hecho una declaración falsa. Aceptar esta deducción y sus consecuencias, sobrepasaba sus fuerzas, y por ello tenía que hacer un llamamiento a toda su voluntad, para impedir que en él se formulara este pensamiento.

De ese modo su alma torturada pasaba alternativamente del círculo de las visiones alucinantes del que Maurizius era el centro, al otro en medio del cual estaba Sofía, realidad bien visible, junto a la que no podía dejar de imaginarse, aunque no lo quisiera, la invisible presencia del hijo. Aunque aparentase no haber mirado todavía en realidad a Sofía, su mirada inquisidora la había observado a hurtadillas. La comprobación de que los años pasaran por ella sin alterar de modo sensible su belleza, lo llenaba de un asombro preñado de odio. Sus cabellos castaños conservaban el reflejo dorado, el óvalo encantador de su rostro apenas estaba alterado y las cejas dibujaban siempre aquel arco característico que daba a la cara la expresión de constante curiosidad particular de los miopes y que tantas veces lo había impacientado; el cuello no tenía casi arrugas y la actitud de Sofía no traicionaba en nada el impacto de un destino riguroso, ni de la enfermedad, ni de que ella hubiese seguido penosamente el camino de la expiación. No se veía en ella. ninguna traza de arrepentimiento, de humildad, de sufrimiento, ni de abandono; nada de abrumador, nada de solicitante, nada de lo que esperaba y de lo que hubiera gustado encontrar en ella. Al contrario, su persona respiraba la libertad de espíritu, el buen equilibrio y la sangre fría. ¿Cómo era eso posible? Había allí algo que no estaba claro. ¿Ese era el resultado del castigo impuesto? ¿Entonces, para qué sirvió dicho castigo? Aquel rostro calmo, ese silencio desdeñoso, la sonrisa llena de suficiencia (así le parecía a él, pero en realidad era una sonrisa dolorosa, porque toda la vida secreta de aquella mujer se escribía en algunos rasgos expresivos alrededor de la boca). Más aterrador todavía era su parecido con Etzel, visible desde su manera de sentarse, y también en la mirada tensa, suspecta, revelando un alma siempre a la defensiva, con una mezcla de puerilidad y de madurez irritante en los rasgos, de sed de aprender y de... ¡y bien!, ¡sí!, de astucia. Era extraordinario, casi sobrenatural, y el señor de Andergast no esperaba eso y tal vez se viera obligado a modificar su táctica, a hacer un juego más fino y a tomar medidas a fin de evitar un acercamiento posible entre aquellos dos caracteres manifiesta y peligrosamente semejantes. ¿Y Sofía?

Librodot

4

PARA ella, las cosas eran muy sencillas: prevenida desde lejos, creyó naturalmente en un funesto desacuerdo entre el padre y el hijo, provocado de un lado por la despótica voluntad de Andergast, por su frialdad, por su costumbre de obligar rigurosamente a usar muletas a los que dependían de él y someterlos a una obediencia pasiva, y por otra parte por el espíritu rebelde de un ser joven, sediento de independencia, impaciente por ser dueño de sí mismo, y que había tomado el primer pretexto que se presentaba para sacudir un yugo intolerable. Ella se había imaginado escenas tormentosas y una ruptura de estallido; la fuga habría sido una ocurrencia repentina, un acto de desesperación que, cuando Etzel hubiera corrido sus aventuras cierto tiempo, traería ya fuese su regreso al hogar seguido de un castigo, o bien la desgracia del muchacho. Las confidencias de la Generala le habían presentado las cosas bajo un aspecto muy diferente, fortificando en ella una confianza tranquila, nacida de los lazos misteriosos que unen las almas y que tan sólo habían velado las imágenes terroríficas que flotaban en la superficie de sus pensamientos. Sin. embargo, le quedaban algunas dudas; que eran disipadas por su entrevista con aquel hombre. Ella tenía para los sentimientos secretos de la gente la sensibilidad de un sismógrafo. Reconoció en su agitación, en su mirada, donde aparecía de pronto cierto brillo para apagarse en seguida, en su vigilancia inquieta unida a determinada distracción que traicionaba un espíritu preocupado por otra cosa, los síntomas de una catástrofe. La fuga de Etzel era algo más serio que la escapada ordinaria de un jovencito rebelado contra la voluntad paterna. Aunque se hubiera escapado a causa de ella (se podía admitir que la injusticia culpable cometida con su madre hubiese sido descubierta por Etzel y que tal vez hubiera abandonado a su padre con la secreta esperanza de reunirse con ella), aun así, Sofía no habría sentido la satisfacción que ahora experimentaba. Aquel "algo más serio" era de una naturaleza más noble y el desquite no podía ser más brillante. ¿Quién hubiera osado esperar nunca o predecir eso? Tuvo una sonrisa, no triunfante sino más bien de asombro, como si ella no pudiera creer. todavía en un milagro. "Las pretensiones que yo pudiese abrigar -dijo atrevidamente-, ahora no tienen objeto, sólo que tú no lo sabes". "¿Cómo es eso?", interrogó el señor de Andergast con un vago esfuerzo por mostrarse interesado y dejando el sello en su lugar. "0 mejor dicho, tú lo sabes bien, pero quieres hacer como que lo ignoras -continuó Sofía-. ¿Cómo alguien como tú podría no sentirse alcanzado en lo más profundo de su ser e ignorar que el principio mismo de su vida ha fracasado?" "¿Puedo permitirme hacer observar que estas frases son absolutamente enigmáticas?" "¡Oh, como quieras! No pretendo ser perfectamente clara, pero no veo que la cosa sea oscura". "Soy todo oídos". "Tú no te imaginarás que se trate de una divergencia pasajera entre tu hijo y tú. El muchacho volverá cuando haya hecho lo que se ha propuesto hacer o cuando se convenza de que era imposible. Regresará, y sobre eso no hay ninguna duda, pero no a tu casa. No volverá jamás a tu casa". El señor de Andergast dejó oír una risita seca y forzada. "Se puede uno ocupar de ello y tomar medidas, me parece", replicó. "Ocuparse de que lo haga por la, fuerza y tomar medidas de rigor, eso sí, pero no es de ese modo como se reconquista un alma". "No doy ninguna importancia al alma". "Lo sé, y también sé que tratarías de ahuyentar esa alma. Ese método te ha dado ya buenos resultados". "Haré lo que me dicte mi deber". "¡Claro! El deber es un amo poderoso. ¿Y qué te ordenará? ¿El calabozo?" "Me niego a una discusión en ese tono". "¡Ese tono, Dios mío!... -replicó Sofía con aire de piedad-. No puedo hablarte como tus autómatas de la oficina cuando se trata de una cosa tan grave". "¿Y esa cosa es ...?" "No he venido a reivindicar mis derechos, sino para impedir que suceda algo". "¿Qué pues?" "Si tú no lo adivinaras, tus preguntas no serían tan torpes". "Pareces temer no encontrarme tan impotente frente a los acontecimientos como tuviste a bien hacérmelo creer primeramente". "¿Quién pondría en duda tu perspicacia? Es tu punto fuerte. ¿Impotente? No, yo no te creo impotente. Desgraciadamente, no lo serás jamás. Por eso me das lástima. Con frecuencia es en la impotencia que uno descubre su verdadera

fuerza. Tú utilizaste la tuya para una obra estéril. No te aferres a ella hasta lo absurdo. Hagas lo que hagas, el chico está perdido para ti".

Por un instante, se hubiera dicho que el señor de Andergast iba a arrojar lejos la coraza que lo hacía inatacable; sus ojos color violeta despidieron un brillo siniestro y su palidez

de alrededor de la nariz alcanzó las mejillas. Pero guardó silencio. "Esta mujer se olvida, esta mujer se expresa insolentemente conmigo", se dijo encolerizado, pero siguió silencioso. Caminó hasta la estufa de mayólica parda y se apoyó en ella con la actitud de un hombre que ignora con desdén las sutilezas psicológicas de que su persona es objeto. La voz de Sofía no se elevó por sobre el tono de la conversación mantenida hasta ese momento, cuando prosiguió: "Sus ojos, fatalmente, debían abrirse algún día y un día comprender lo que es su padre. ¿Acaso no es mi hijo? No se puede negar que es hijo mío, ¿di? Es verdad que yo no me imaginaba bien cómo es. Curiosa confesión de parte de una madre, ¿verdad? Pero, por lo menos, no esperé en vano todos estos años, porque no hice más que esperar. Tú te has engañado en tus cálculos. Aunque el alma no te interese, como dices, esa alma te ha probado de todos modos que no se la puede violentar. Es el antagonista de tu espíritu. Es admirable con qué lógica tu educación lo ha preparado para eso. Tu madre me ha contado... Reuniendo las cosas, una se hace una idea de conjunto muy nítida. Sin duda has olvidado que yo no pude creer nunca en la culpabilidad de Maurizius. Claro que no te has dignado detenerte para saber lo que pensaba una joven de dieciocho años... Dios mío, eso no tiene ninguna importancia. Nos conocimos el mismo día en que el juicio fue hecho definitivamente ejecutorio y tú resplandecías al hacérmelo saber. Me corrió un escalofrío de la cabeza a los pies. Todavía te oigo subrayar aquella palabra "definitivamente" como si se tratase de un mensaje celeste. Cuando participé nuestro compromiso a mi padre -que pasaba una temporada en Nauheim y era tres semanas antes de su muerte- me escribió una carta en que sólo hablaba de la inocencia de Maurizius y de ti, que habías sostenido la acusación. El, hombre de leyes, estaba muy afectado. Era de otra época, no consideraba al derecho como una tabla sacrosanta de la ley, y nuestro noviazgo le preocupaba mucho. Es raro. Nada se pierde en este mundo. La semilla arrojada al viento cayó en el corazón de mi hijo y se convirtió en un árbol, del cual él recogió el fruto del conocimiento. Para tus ojos, el derecho y la ley son instituciones sobre las cuales no puede hacer presa la crítica humana. Una vez soñé que una multitud inmensa se arrastraba a tus pies, suplicándote que revocaras un fallo, y tú permanecías como una pirámide de piedra. ¡Qué espantosa aberración es imaginarse que uno es infalible! ¡Qué maldición no tener el derecho de haberse equivocado! Tú me quitaste mi hijo, sí, el hijo que es mío. Tal vez en la tierra no hay nadie como una madre para poseer verdaderamente algo. Pero no me quejo, no acuso, yo... ¿cómo dicen ustedes en los tribunales? Resumo el asunto: tú me lo sacaste, déjame terminar a mí; la palabra expresa exactamente la cosa. Me lo quitaste a una edad en que podías esperar modelarlo según tu idea, a tu imagen, porque era blanda cera en tu mano vigorosa. Para hacerlo, te apoyaste en el derecho y la ley como en dos acólitos dignos de confianza y, en efecto, te sirvieron admirablemente. Después creció ese ser que la ley te permitió confiscar en provecho tuyo, ¿y qué sucedió? Que él destruyó la base que tú edificaste, te arrancó tu ilusión, y que el derecho y la ley te dejan. No hay dialéctica que pueda sostener lo contrario. No tengo más que mirarte para ver que es así. Hace todavía una hora, yo no tenía la menor idea de todo esto, no sabía que...". Se levantó de un salto, dio un paso hacia el señor Andergast y con el puño derecho en el hueco de la mano izquierda, preguntó con una voz singularmente serena que no traicionaba ninguna emoción: "¿Quieres que yo te diga qué otra cosa sucedió?" El señor de Andergast levantó el brazo, con el índice extendido en ademán imperioso, y aquel gesto del procurador general, en aquel instante, semejaba el gesto de un fantasma: "No quiero -dijo vivamente-. No tenemos para qué discutir eso. No permitiré ni una palabra más". "Comprendo -dijo Sofía con tono irónico-, me retiras la palabra. Pero es a ti a quien la retiras". Dio un paso más y tuvo una sonrisa llena de fuego concentrado, casi de arrobamiento, murmurando con el rostro levantado hacia el cielo: "¿Pero, dónde está, dónde está, pues? No puede dejar de venir pronto, yo quisiera verlo..." El

Librodot

señor de Andergast bajó la cabeza. Se quedó un rato clavado en el mismo sitio, hasta el momento en que a sus oídos llegaron las palabras "falso juramento", y entonces se sacudió en un estremecimiento.

5

SOFÍA se había dado vuelta e iba y venía por el estrecho espacio entre la biblioteca y el escritorio, y, como sucede a veces cuando el espíritu está tenso, se fijaba con aparente interés en diversos objetos: el barómetro cerca de la ventana, una estatuita de bronce en el rincón, o el dorso de un libro. Al mismo tiempo, volvió a hablar como antes con tono ligero, con su juego fisonómico tan móvil, y cada vez que se detenía o que daba vuelta, levantaba la nariz como para husmear el aire. Sus palabras daban la impresión de que desnudando el pasado, quería dejar entender que no estaba menos resuelta despiadadamente a disponer del porvenir a su gusto. La osadía poco común de una mujer que es capaz de reflexionar, que ha aprendido a reflexionar y no retrocede ante las consecuencias de sus reflexiones, se manifestaba en ella más netamente que al principio. Si la estufa que estaba detrás de él se hubiera transformado en un ser viviente y se hubiera mezclado en la conversación, el señor de Andergast no se habría mostrado más sorprendido ni más desconcertado de lo que estaba ante aquella actitud. El "demasiado tarde", que desde la fuga de Etzel había hecho interminables sus noches, se erguía de nuevo ante él, lo veía como un fantasma que le hacía muecas en todas las paredes, en su casa, en la oficina, en la calle, en todas partes, en todas, demasiado tarde, demasiado tarde.

Ella no sentía temor de hablar de su falta y de hablar de ella sin rodeos. "Cuando tuve un amante...", dijo. Para ella, su acto había sido la tentativa de evasión fracasada de un cautivo preso en un calabozo. "Hasta los veinte años fui un ser libre -agregó-; mi casamiento me condenó a vivir enclaustrada". No pudo dejar de sentir un escalofrío al decir: "La maternidad llega sin que una la espere. Conforme al derecho y la ley". Y luego: "¿Qué existencia era la que yo llevaba? ¿De qué está hecha una vida conyugal? El hombre, compuesto híbrido de un sexo y una profesión; ser sensual por la noche y magistrado durante el día, mezcla cada vez más turbia, a medida que el hábito lo hacía más seguro de si mismo, y no tenía un corazón bastante humano para inquietarse en saber por qué la pobre criatura que se marchitaba a su lado guardaba siempre, siempre, silencio, diciendo cuando mucho sí o no; era dulce y dócil, se vestía bien, y en cuanto al resto, ocupaba un lugar justo antes que los perros. El era el amo, el . esposo, el padre, el sostén; y lo era escrupulosamente, concienzudamente, conforme al derecho y a la ley. Corazón, ¿qué más quieres? Sí, pero el corazón, aunque tiene derecho a amar, se rehúsa a amar. Contra el derecho y la ley. En medio de su hambre y su derrota, siente que es preciso que ame, no importa a quien, a toda costa, aunque más no sea para sentir de qué es capaz, para saber que no está para nada sobre la tierra, sólo para animar a un ser que cuida de la cocina, de la bodega, que ocupa la alcoba y cuida de los chicos; se da al primero que quiere tomarlo, por medianamente aceptable que sea. También contra el derecho y la ley. El amor... bueno, digamos el amor. Más de una pasión ha nacido únicamente por miedo al vacío. Son las más violentas. Jorge Hofer no era un hombre trascendente; era un hombre como muchos otros, inteligente, honrado y generoso. Si hubiera estado por encima de los demás, hubiese despreciado vuestros prejuicios y no hubiera prestado el juramento que debía salvarme y que le costó la vida. ¡Un juramento falso! Fue aquella pesadilla la que lo impulsó a la muerte. No, no era un carácter fuerte, estaba penetrado por el sentimiento del honor propio de su casta y reconocía tu derecho a la ley, que a mí me ha hecho siempre el mismo efecto que las dos tibias en cruz que se ven sobre los frascos de veneno. Cuando tú lo forzaste a jurar, ya tenías mi confesión, sabías que lo aniquilarías conforme al derecho y la ley, y me arrancaste mi confesión con la falsa promesa de que si yo confesaba, tú lo eximirías de su juramento. Un juramento falso... instrumento útil en toda ocasión. Tan pronto uno se sirve de él y lo ignora, como se le condena y persigue. El

Librodot

fin justifica los medios. ¿Vuestro mundo no es acaso el del perjurio? Pero el que te sirvió para reducirnos a merced tuya es en tu vida una mancha indeleble. Ha sido inútil que por otra parte llevaras una vida de penitente, porque jamás podrás borrarla ni disimularla. Muchas veces me he preguntado cómo es posible soportar eso... sin duda apartando la mirada. ¡Vosotros sabéis poner tanta energía y perseverancia en apartar las miradas de las cosas!..."

"Sí. Un juramento falso -dijo el señor de Andergast con voz inexpresiva (sobre su busto encorvado, su rostro de cera lucía en la oscuridad-; sí, sin duda incurrió en falso juramento". Sofía levantó hacia él su mirada de asombro. Naturalmente, no sospechaba hasta qué punto aquella palabra había conmovido su alma. Ella se detuvo, fijando en él sus ojos escrutadores. "No es bueno -siguió diciendo él en frases cortadas- despertar las viejas historias. Eso no es bueno, Sofía, sobre todo en este momento, por ciertas razones. Tú eres una mujer; tal vez tú comprendes, es cierto, cosas que otros no comprenderían, pero eso... no. Ustedes las mujeres apelan desde hace algún tiempo a sentimientos, para responder a los cuales nosotros no estamos preparados. Hay matices que ustedes captan porque tienen tiempo, mucho tiempo y porque el imperioso: "Yo debo, es preciso", no existe para ustedes. Si yo hubiera seguido siendo lo que era, mi derecho sería superior al tuyo. De todos modos... (se interrumpió y respiró profundamente) recuerda que hoy casi todos los hombres que se acercan a los cincuenta están destrozados por el fracaso del principio director de su vida. Desgraciadamente, yo no soy la excepción a la regla". Sofía tenía bajas sus largas pestañas. "Renuncia al chico", respondió. "No veo con qué derecho...", replicó él recuperando su tiesura. Sofía le cortó la palabra con un gesto violento. "Con qué derecho, ¡con qué derecho!... ¡ya he pagado! Yo tampoco he tenido nada por nada". Y como ella se callase, él la miró y de pronto comprendió el precio que ella había pagado. Hay mujeres que, después de una vida de continencia voluntaria, voluntaria porque es dictada por la busca de un fin ante el cual todo se borra, adquiere una segunda virginidad. El la miró; ella sonrió y su débil sonrisa llevaba en sí una fuerza secreta. Bruscamente le hizo un movimiento de cabeza, distante y orgulloso, y se dirigió a la puerta poniéndose el guante izquierdo. El señor de Andergast se sentó otra vez ante su escritorio, apoyó los codos en el borde y se tapó el rostro con las manos. Se quedó así dos largas horas, sin oír los golpes repetidos y cada vez más tímidos que daba Rie en la puerta, hasta que hacia las once se decidió por fin y abrió despacito, murmurando que la cena estaba servida.

Por otra parte, más o menos había aceptado la visita de Sofía, porque ésta, al salir de la habitación, viéndola en el pasillo, fue hasta ella y le estrechó la mano en silencio.

6

A LAS siete de la mañana, el señor de Andergast estaba de A nuevo en camino a Kressa. ¿Qué quería hacer? ¿Qué esperaba? ¿Qué lo atraía para que su impaciencia fuera tan grande que le parecía que el auto se arrastraba como una diligencia, y que echara miradas de cólera a todo obstáculo encontrado en el camino? ¿Un nuevo interrogatorio, nuevas preguntas, ahora para qué? Los detalles del proceso, que hasta la víspera le parecían importantes, habían cesado de serlo. No podían ya agregar ni quitar nada en el aspecto del asunto. Entonces, ¿qué le impulsaba? Evitaba poner la cosa en claro. Temía las divagaciones a que lo hubiera llevado el análisis de aquella agitación que lo hacía obrar... era ridículo... a la manera de aquellos que ante el acontecimiento de lo inevitable experimentan la necesidad de volver a ver a un amigo. Un amigo... ¿el condenado, un amigo? Era sin duda que su pobre cerebro enfermo abrigaba semejante desviación del sentimiento. Tenía cansancio cerebral. Era la consecuencia, la repercusión de los disgustos que había tenido con aquella mujer y con el muchacho. Al mismo tiempo que se esforzaba para negarles toda importancia, para no pensar en ellos, para no sufrir, y para desechar todo responsabilidad, se decía que en compensación quizás atribuía al incidente Maurizius una importancia que no tenía... (análisis sutil de sí mismo que hacía honor a su perspicacia). Pero no importa, el sentimiento que lo

Librodot

impulsaba hacia el preso era análogo al que le hacía echar de menos al muchacho. No se mezclaban en él la amargura y el amor propio herido que hubiera sentido si se le hubiese desconocido lo mejor de su "yo", pero venía de regiones más profundas, como si hubiese que vencer al destino y que los obstáculos fuesen demasiado poderosos para ser quebrados. (Los hombres de su temple y de su generación, que ignoran por completo la alegría y no conocen la amistad más que por borrosas reminiscencias de su juventud, no se dan cuenta de su aislamiento absoluto sino a una edad avanzada, y entonces sucede que, como muchas mujeres a la edad crítica, tratan, con la voluntad obscurecida, de procurarse lo que les falta, por medio de actos que están en plena contradicción con su naturaleza).

Tenía vagamente la idea de que era menester explicarse, entenderse, y sobre todo hacerse comprender (falaz esperanza, bien lo sabía) y el sentimiento de un algo que lo obligaba, provocando en él una rebelión. Se encogía de hombros ante sí mismo e imaginaba pretextos para justificar esta nueva visita, pero no podía dejar de oír siempre la voz arrulladora, ni de ver los gestos nerviosos y las miradas inquietas del preso, la boca graciosamente arqueada que recordaba la de Napoleón, los dientes pequeños como de una jovencita, los cabellos blancos como la nieve, y experimentar al mismo tiempo la sensación que la primera entrevista ya había despertado en él, de que se hallaba ante un hombre que tenía la misión de revelar al mundo secretos hasta ese momento insospechados.

Cerca ya de Kressa, la marcha del auto fue obstaculizada por la lluvia, y el chofer tuvo que poner la capota. El señor de Andergast se vio obligado a esperar un cuarto de hora en las oficinas mientras comunicaban al director su presencia, porque estaban haciendo su informe. Pauli le hizo saber que el preso 357 se había sentido enfermo durante la noche, pero que a ruegos del mismo no fue llevado a la enfermería y que estaba en su celda. Además, según el médico, sólo se trataba de una indisposición ligera una indigestión o algo así. Después de tomar bicarbonato de soda, el enfermo se hallaba ya mucho mejor. No había ningún inconveniente en que el señor de Andergast lo viera, El secretario, de mirada agitada, se puso de pie y entregó cortésmente la orden. Diez minutos más tarde, al dar justamente las nueve el reloj de la cárcel, el guardián abría la celda.

Maurizius estaba acostado en su cama de hierro y una frazada de lana gris, despeluzada, lo cubría hasta el pecho. En su rostro pálido los ojos precian dos trozos de carbón flotando en el círculo oscuro de las órbitas. Al ver al magistrado, se irguió bruscamente y su gesto decía: "¡Otra vez usted! ¿No era bastante todavía?" Tenía puesta, encima de la camisa de tela áspera, una blusa gruesa, de la que había dejado el cuello entreabierto. El señor de Andergast se le aproximó y con la frente sombría bajó una mirada desde lo alto de su imponente estatura y, de pronto, le tendió ambas manos. Mientras esperaba la respuesta a su gesto (respuesta que no tuvo) sus grandes dientes relucían entre los labios que parecían hinchados, como inflados. Se hubiera podido jurar que el rostro pálido del preso no podía ponerse más blanco, y, sin embargo, palideció todavía. "¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué lo hará ¿Qué ocultará esto?", preguntaba su mirada fija, asustada y mala, con la desconfianza Característica de quien ha soportado una detención prolongada. El señor de Andergast dejó caer los brazos y por un momento permaneció perdido en sus pensamientos. Luego fue hasta la ventana y miró la lluvia que caía en largos hilos de agua como un tejido de seda opaca; después tomó la silla de madera, la colocó junto a la cama y se sentó pesadamente. Con las manos juntas por el extremo de los dedos, comenzó lentamente: "Esta vez renunciaré a toda pregunta y a toda investigación que le sea desagradable. Por lo tanto, no se inquiete. Siento que su salud se haya resentido por el cansancio de ayer". Maurizius, que hasta ese momento había tenido la cabeza levantada con un torturador esfuerzo de atención, la apoyó en la almohada. "¡Bah!, mi salud no importa", respondió con indiferencia. El señor de Andergast se inclinó hacia él: "Una pregunta -prosiguió con el tono nuevo que adoptara esta vez hacia el preso, un tono que decía claramente: hablo de hombre a hombre, de igual a igual, y que hacía aguzar el oído a Maurizius cómo si se esforzara por distinguir una voz entre un estrépito lejano-, sólo una pregunta. Si usted juzga oportuno no contestarla, yo comprenderé su silencio. Por otra parte,

Librodot

sólo podrá ser interpretado de una sola manera". Maurizius miró al aire. "Diga", respondió. "¿Aceptaría ser indultado, renunciando a toda nueva gestión? Su palabra me bastaría".

Una sacudida eléctrica recorrió el cuerpo extendido de Maurizius. Sus labios secos se apretaron. Le fue imposible hablar. Imágenes confusas emprendieron una ronda alocada en su cerebro trastornado. Hubiera querido gritar, pero no podía. Hubiera deseado taparse la cara con las manos, pero no tenía fuerzas. El cuerpo le hacía el efecto de un bloque de plomo y su corazón un motor que rateaba e iba a detenerse. El señor de Andergast comprendió. Con singular humildad apoyó la mano en el brazo de Maurizius y dijo: "Le ofrezco lo que es posible ofrecerle. ¡Todavía tiene por delante un porvenir! Usted no tiene el derecho de rechazarlo por una sombra". La cara de Maurizius se crispó: "¡Una sombra! ¡Una sombra! ¿Eso dice usted? ¿Un porvenir sin... esa sombra? Un porvenir con esto (y con el dedo señaló sus ojos...) ¡Un porvenir !" El señor de Andergast comenzó a hablarle como a un niño obstinado: "Es preciso que usted se rehaga. La vida es una fuerza poderosa. Es un torrente que elimina el veneno y el lodo. Piense en la libertad... (¡Qué descolorido y desesperadamente trivial!, pensó irritado contra la pobreza de las palabras pronunciadas)". Otro estremecimiento igual sacudió de nuevo el pobre cuerpo agotado del preso, y murmuró: "La libertad... ¡Oh, Dios mío!... La libertad..." Sus ojos se humedecieron. "¡Y bien!, ya ve ...", dijo el señor de Andergast conmovido (de pronto sintió que era un bienhechor, un verdadero amigo, profundamente conmovido, olvidando que la limosna no tiene el valor del regalo y sin darse cuenta de lo que en ella hay de irónico y despreciable). Maurizius. permaneció mudo. Pasaron cinco minutos sin que se moviera y por fin le temblaron los labios y comenzó un soliloquio.

7

USTEDES no lo saben. Nadie en la tierra puede forjarse la más vaga idea al respecto. Sobre ese punto la imaginación humana se muestra irreductiblemente indócil. Todo lo que se dice, todo lo que se sabe "afuera", no es ni aproximado. Algunos se figuran haberlo comprendido porque se han acostumbrado a ciertos cuadros que excitan la imaginación. Pero no han captado tampoco ni la menor partícula. Otros van repitiendo que no es tan terrible como se dice, que el hombre se acomoda a todas las circunstancias, que todo es cuestión de costumbre y que las condiciones se mejoran cada año, que la legislación se adapta al espíritu moderno y otras cosas por el estilo. No saben lo que dicen. Todos los sufrimientos, todos los males de aquí, vienen de la imposibilidad de transmitir nuestras experiencias a los demás, Cuando mucho, se les puede instruir. Entre la parte de pruebas atribuída a cada uno y el peso que lo aplastará, se extiende por entero el camino de la experiencia que cada uno debe seguir solo, por su propia cuenta, así como cada uno está solo para morir su muerte y

nadie sabe lo que es morir. ¡No es tan terrible!... ¡no! Por mucho tiempo se ha dicho: no es tan terrible. Si no fuera que uno ya no existe moral ni intelectualmente, ni como hombre, ni como padre, ni como hijo, ni como ciudadano o miembro de la sociedad, en efecto, el resto no sería tan terrible. Uno descansa, ya se lo dije ¿no es cierto? Uno tiene descanso y paz. ¡No más ambiciones, no más preocupaciones de dinero, no más barullo, no más escenas, no más periódicos: el orden, la paz y el descanso! A través de estos muros, uno ya no está expuesto a nada. Uno se harta de la libertad. ¿Acaso no es ella la que le condujo a uno a donde se halla? Uno se dice no tengo necesidad de la libertad, que no sirve más que para hacer de mí un rebelde, así como uno se vuelve borracho cuando tiene una bodega bien provista. Eso dura así mucho tiempo. Usted ha oído hablar seguramente del suplicio español de la gota de agua. Se pone al condenado debajo de un grifo y a intervalos regulares caen las gotas sobre cierta parte de su cuerpo. Al principio aquello molesta solamente, después se hace doloroso, luego es una tortura atroz y, finalmente, cada gota es como un martillo que cayera sobre el cráneo, y la piel, las carnes y los huesos son tan sólo una masa dolorida. Al llegar aquí, me dije: "No es tan terrible". Pasaban los días, las semanas y los meses, y siempre me decía: "No es tan

Librodot

terrible". Hasta que había instantes y horas en que ese estado de duración imprevisible me daba una impresión de seguridad, como si ya nada más pudiera alcanzarme. Es preciso que usted recuerde los días que yo había soportado. El espíritu tiene primero que salir de su sopor. ¡Bueno! ¡Por fin! La niebla se disipa. Un día me dijo el director: "Ya hace quince meses que está aquí". Entre paréntesis, le diré que jamás me tutearon como a los demás, porque en aquella época se los tuteaba a todos, pero no a mí, que era un intelectual y tenía el título de doctor. ¡Quince meses! La idea me atravesó la mente como un relámpago. "Quince meses -pensé-, ¿y qué se han hecho? ¿Qué han sido? ¿Qué he visto y qué hice durante esos quince meses?" Corrientemente, eso señala en la vida una etapa de la que uno se da cuenta, tanto para bien como para mal. "Afuera", el cuerpo entero estaba penetrado hasta la punta de los dedos de la noción del tiempo. Le pregunté: " ¿Hace realmente quince meses, señor director?" Se echó a reír y respondió: "Feliz mortal, que no percibe la fuga de las horas". Pues aquello fue el comienzo; quiero decir, el miedo a no tener ya más conciencia de la realidad del tiempo. Aquel temor se hizo tan horrible, que por la noche cuidaba de no dormirme para retener el tiempo, para sentirlo, así como en las carreras uno fija sus miradas en los jockeys y sus colores para no perder el segundo en que el vencedor alcance la meta. Pero eso es una pobre comparación. Prefiero no hacer comparaciones, porque todo es inexacto, todo queda falseado por lo mismo que es del mundo de ustedes, los de "afuera". El miedo a que se escapara el tiempo se me incrustó en los tuétanos como si tuviese algo que perder. ¡Dios mío! ¿Qué tenía que perder o ver que se me escapara?... ¡A perpetuidad! (A donde esas palabras: ¡a perpetuidad!) ¿Qué puede uno perder? Pero el cerebro humano es un instrumento curioso. Aquella primera tortura me arrastró en seguida a la segunda. Al miedo de que el tiempo se me escapara, se agregó la tortura que provocaba en mí el sincronismo de los acontecimientos. Era tal vez más horrible todavía. Por ejemplo, me encuentro en el taller y mis manos ejecutan maquinalmente el mismo movimiento siempre igual; entonces, se apodera de mí un pensamiento: quizás en ese mismo instante, el cartero Lindenschmitt baja por el bulevar y toca el timbre en casa de los Kosegarten, o bien en ese mismo minuto el profesor Stein y el profesor Wendland se encuentran en la esquina de la Facultad y se ponen a cuchichear, porque como de costumbre se complotan contra el profesor Straszmeyer, Los veo. Veo a Lindenschmitt, el cartero, con su cara de borracho, sacar las cartas de su bolsa. Y veo a la sirvienta de los Kosegarten asomarse a la ventana y sacudir su trapo antes de apretar el botón que abre la puerta. Lo veo porque lo he visto millares de veces y no es nada probable que aquello haya cambiado en nada. Eso varía a cada hora, en todas las ciudades en que he estado, en las estaciones, los hoteles, los museos; veo lo que sucede en esa misma hora, a las gentes que solía encontrar, y los objetos que siempre se hallaron allí, deben de permanecer todavía. Veo por la mañana a los primeros vehículos que atraviesan las calles aun dormidas, y por la noche los faroles que se alumbran; veo una estatua de bronce del museo de Cassel que siempre me agradó, y me digo: "Es curioso, está ahí, sé que está y podría tocarla con la mano, pero igualmente podría tocar a Sirio con la mano". Las cosas existen y no existen, están ahí y no lo están. Y lo mismo pasa con todo; árboles que conozco, niños que también conozco y que crecen como un sueño, objetos que me pertenecieron y que no sé dónde están en ese momento, aunque es preciso que estén en alguna parte por fuerza... Ese pensamiento no me daba tregua, y como el temor de ver que el tiempo se me escapaba retardaba cada vez más su marcha, hacíase más tangible cada día. Se trataba del día presente, ¿comprende? Me parecía que cuando uno a uno los días se habían acumulado y luego transcurrido, una monstruosa bestia de presa se los había tragado de un bocado. Así como esa tortura estaba causada por el miedo de ver que se escapaba el tiempo, la terrorífica representación del sincronismo del tiempo engendró la impresión de que todos los hechos simultáneos que yo evocaba se desarrollaban delante de mí en un espacio sin límites. No podía creer que tenía delante los muros, y al acercarme esperaba verlos que se apartaban como un telón de teatro. ¡El espacio! ¡El espacio! La idea de que estaba encerrado parecía un absurdo. Pero esas son bagatelas comparadas con lo que siguió".

Librodot

Maurizius movió varias veces de través la cabeza, luego puso las manos con los dedos entrelazados sobre el cráneo y continuó: "De aquella primera tortura salieron todas las demás, especialmente la de... ¿cómo explicar eso? La de decirse: si hubiera sucedido tal cosa... si sólo yo hubiera... Si, en tal o cual circunstancia, yo hubiera dicho tal o cual cosa; si en ocasión de tal o cual discusión yo hubiera dado tal o cual respuesta, todo habría sido diferente. Si, tal o cual día, en lugar de aceptar la mano de Waremme le hubiese dicho: "¡No, basta!..." Si el famoso 24 de octubre yo hubiera tomado el tren común en lugar del expreso, todo habría sucedido de otro modo. Y después,• representarse las cosas tal como entonces se hubiesen producido. Yo reconstituía y arreglaba el pasado como se hace en medio de la fiebre; veía las tonterías, las locuras y los actos insensatos, reconociendo que en la vida es imposible dar marcha atrás para modificar los acontecimientos, aunque hubiera sido tan natural y tan sencillo cambiarlos. Esta idea me roía el corazón y me enloquecía. Lamentar, arrepentirse, darse cuenta demasiado tarde de que uno puso demasiada confianza en fulano, de que creyó demasiado en lo que zutano decía de otro, de que no desconfió a destiempo y de que un día uno debió decir claramente su pensamiento. ¡Y todo lo que no cree haber olvidado hacer!... Por ejemplo, olvidado de escribir a Elli la carta importante que hubiera impedido el espantoso malentendido; olvidado de decir a Ana lo que tal vez nos hubiera salvado, a ella, a mi mujer y a mí, es decir, que yo tenía la firme intención de partir solo si todo fracasaba y de conservar para mí solo a Hildegarda. Veinte veces al día parece que uno puede atrapar de nuevo todo eso y repararlo; luego, cuando uno se da cuenta de que es imposible, irremediablemente imposible, se apodera de uno la rabia contra esa imposibilidad. A eso es a lo que más cuesta habituarse: ver su voluntad encadenada; no, yo lo digo torpemente: no poder querer más, ¡sentir que en uno se atrofia el órgano que quiere! Vea, los dientes están hechos para morder, ¿no es cierto? ¡Pues bien! Supóngase que al morder un pedazo de pan se le cae un diente y que sólo se da cuenta de ello cuando se le han caído todos. ¡Bueno, pues es así! El resultado es que la misma vida y la conciencia que uno tiene de sí mismo, se encuentran singularmente disminuídas. Uno desconfía de sí mismo hasta en las menores manifestaciones de la existencia. Cuando uno camina, la cabeza le da vueltas; siente un frío en la espalda al tener que bajar una escalera; la obligación de levantarse de la cama, parece ocultar un gran peligro; cada ventana es un abismo al cual uno no se atreve a aproximarse; comer y beber son actos raros y anacrónicos; se habla a los otros del mismo modo que uno habla consigo mismo; no se puede reír ni llorar, porque la risa y las lágrimas han quedado "afuera". Uno quiere todavía; uno quiere a toda costa querer, ¿pero qué? Uno se enloquece... Lo más espantoso es que con la posibilidad de querer, las palabras por medio de las cuales uno quiere, caen también convertidas en polvo. Todo es tan estrecho, en efecto, y el ritmo de la vida tan reducido y el dominio en uno se mueve tan vacío, que ningún deseo ni ninguna aspiración aparecen y sólo las necesidades materiales se atreven a manifestarse. Pero dentro de uno el cerebro trabaja, hierve, trabaja hasta la desesperación (uno creería que anda por una selva viendo que los caminos se borran detrás de la persona), las palabras lo abandonan, perdiendo su valor, su dulzura se marchita y las ideas elevadas se funden en ideas vulgares y sucias. A veces surgen los recuerdos, espectros de llama, y el aliento se detiene. Es que uno ha creído encontrarse con un amigo o recibir una, flor de una mano querida. Pero esas imágenes están lejos, lejos; uno se asombra y estallaría en sollozos al pensar que eso sucedió. Dos o tres veces en el curso del año me desperté sobresaltado y gritando: "¿Yo, yo?", así, con signos de interrogación. Yo, nada más. Pero esa palabra: yo, tiene algo muy particular. Oiga hablar a las personas que están aquí desde hace años, y notará que se detienen cada vez antes de pronunciarla, como si tuvieran los ojos vendados y temieran dar un traspié. Eso me conmovió siempre. Por lo tanto, esa gente, usted ve, no es como la otra. ¿Cómo explicárselo y hacérselo comprender? No terminaría nunca. Cuando trato de hacerlo, todo baila delante de mis ojos. No tengo el talento de un Virgilio y creo que el mismo Dante no vio eso. Tampoco quisiera aburrirlo. Espero que esto no lo fastidie. ¿No?, tanto mejor. Ante todo, quiero hablarle también de las esperanzas, de los deseos que uno tiene, puesto que ya hablé de los

Librodot

recuerdos que poco a poco se hacen temblorosos, microspópicos, aparte de uno o dos que resplandecen como antorchas aunque no tengan en sí nada de particular, pero lo mantienen a uno bajo su imperio, no se sabe por qué... pero lo que se espera, lo que preocupa a la curiosidad es tan vulgar, tan mezquino, que uno se avergüenza. Por ejemplo, uno se pregunta qué cara pondrá el guardián al abrir la puerta, si el capellán fulminara en su sermón como la última vez, si uno nuevo será encerrado ese día, si uno conseguirá procurarse cigarrillos, si volveremos a ver en el pasillo el ratón que, con gran alegría de todos, se trepó por el pantalón del jefe de guardianes... ¡Y esa gente! Los primeros años, fue para mí un alivio trabajar en el taller con los demás. Durante diecisiete meses me acosté también en el dormitorio con los de mi turno. Pero en aquella época yo estaba todavía replegado en mí mismo, no veía las fisonomías, no las distinguía unas de otras y sólo veía unas sombras amarillentas que se movían a mi alrededor. Mientras estuvo en vigor la prohibición de hablar, no noté que me tenían inquina; cuando tuvimos autorización para hablar, no oí nada de lo que se decía y tampoco percibí su hostilidad. Me encontraban altivo y distanciado: "Se figura ser de otra esencia que nosotros", decían irónicamente. Me llamaban el maestro de escuela, el magister, en fin, usted conoce eso. Pero cuando, a raíz de una tentativa de evasión y otra vez cuando se emborracharon como cerdos con aguardiente introducido clandestinamente, yo fingí ignorar todo y no traicioné a nadie, aunque el director y el subdirector creyeron que me sacarían con facilidad una declaración, subí en su aprecio y me aceptaron a su modo. Eso llegó a ser una tradición. Y en una casa como esta, la tradición respecto a un prisionero prevalece sobre todo. Sólo que en aquel tiempo, yo no conocía a ninguno en particular porque ninguno me interesaba. Yo no me ocupaba de nada ni de nadie; la verdad es que no conocía más que sus pies, y por la noche, apenas tendido en la cama, me hundía en un suelo de plomo. Todos aquellos que de una vida intelectual han pasado al régimen de la prisión, se lo dirán también: por la noche se duerme como un tronco. Sin duda, la naturaleza vela por uno y no quiere que todo sea demolido a la vez. Ante la rabia de los hombres, cierra la última puerta que queda. Pero una noche me desperté; algo me hacía cosquillas y me palpaba el cuerpo. Sentí en seguida una sensación rara: una barba, brazos velludos y unas manos húmedas. Me erguí y quise rechazar al individuo que me echaba su aliento fétido a la cara y gruñía: "¡Quieto, desgraciado!" Luchamos. Alrededor y más bajo oí cuchicheos y risas. Mi cama era una de las primeras. El hombre me apretó la garganta con una mano y deslizó la otra a lo largo de mi cuerpo bajo las sábanas. Le metí las rodillas en las costillas y las uñas en los ojos. Juraba como un condenado. Alrededor seguían las risas. Por fin- pude dominarlo y se cayó de la cama con un estrépito infernal. Apareció el guardián y todo quedó en un silencio mortal. Al día siguiente pedí ser puesto en una celda, sin decir una palabra de lo que había sucedido. El director que teníamos entonces, el mismo que me hizo aquella reflexión respecto a los quince meses, se mostró benévolo conmigo, y cuando le dije que no ponerme en una celda sería mi muerte, me miró con ojos penetrantes, como sospechando que yo le ocultaba algo, y luego respondió: "Bueno, nos ocuparemos de eso". Tuve que esperar todavía tres semanas porque la prisión estaba repleta. En ese tiempo tuve que desbaratar algunas tentativas peligrosas del individuo que me había atacado; aquello pasó como el resto. Después me dieron una celda. Fue un verdadero cambio que en cierto modo abrió un nuevo período".

8

MAURIZIUS se calló. Un estremecimiento a flor de piel corrió por su frente de color blanco azulado, como sobre la leche cuando está por hervir. La nuez le subía y bajaba al tragar saliva. El señor de Andergast en su silla tiene el aire de una estatua de piedra. Diríase que duerme. Pero está muy lejos de hacerlo y le parece que el, silencio del preso no terminará nunca.

"El cambio -prosiguió bien pronto Maurizius- se manifestó ante todo por la pérdida del sueño. Me sentía decaído y perdía las fuerzas. Si no podía cerrar los ojos era porque sin cesar

hurgaba en el pasado, pero esta vez con más de aquellos: "si al menos" y "si yo hubiera". No hacía más que disputar con la gente, exigiéndoles la causa de su conducta; eran explicaciones y ajustes de cuentas. Días y noches enteros, rumiaba sobre el origen de ciertas palabras, de ciertos hechos y de ciertos actos, sobre el verdadero carácter de fulano o mengano, sobre las ilusiones que yo me había hecho de éste o de aquél, sobre las faltas que yo cometiera en tal o cual circunstancia, sobre el mal que éste y aquél me hicieron y el mal que yo les había hecho, y veía a la persona en cuestión delante de mí en carne y hueso, y disputaba con ella, recordándole hechos olvidados, planteando los más sutiles argumentos, y todo giraba y daba vueltas como una rueda que corre por una pendiente a una velocidad vertiginosa. Tan pronto discutía con un impresor que me había perjudicado cuatro años antes, como me veía frente a un camarada, algún muchacho insignificante que me calumnió. Otra vez era una violenta discusión con un colega de la Facultad, a quien yo reprochaba su clasicismo estúpido. Otro un conflicto con la mujer de un consejero, que no había respondido a mi saludo y a quien arrojaba a la cabeza, con respecto a su snobismo y su orgullo de casta, tales verdades que jamás me hubiese atrevido a decirle en realidad. O bien era la traición del mejor amigo de mi juventud, seis años antes, que me minaba el corazón; yo le hablaba demostrándole su falta, y él reconocía su cobardía y me pedía perdón. Como desquite, recordaba haber sido yo también infiel y traidor; sobre todo, había una joven que no se me iba de la cabeza; en cierta ocasión le jugué una mala pasada y desplegaba toda mi elocuencia y mi energía para obtener- su perdón. Al principio, no se trataba sino de personas que yo conocía o que había ya perdido de vista; como mi intención era cuidar de mí mismo, me ocupaba de ellas tanto más activamente cuanto yo sentía que así podía apartar de mí las que me tocaban más de cerca. Pero no pude impedir que a la larga se me acercaran. Todavía gané tiempo con los interrogatorios que el juez de instrucción me hizo sufrir; a menudo podía reproducirlos frase por frase, y eso me ocupó horas y días. Terminaba por dar a las cosas un giro favorable a mi causa, porque yo desconcertaba tan bien al magistrado con mis declaraciones y objeciones, que él reconocía que el sumario caía por sí mismo. Yo disfrutaba con eso como con una victoria, y no cabía en mí de alegría; pensaba, por ejemplo, en mi conducta para con mi padre, en mi dureza, mi ingratitud, y la pena que debieron causarle; le hacía toda clase de confesiones y decidía escribirle. Elaboraba una larga carta para hacerle comprender que no pude obrar de otro modo... Como siempre, me excusaba, me alababa y aseguraba que no había cambiado... Mas de pronto intervenía Elli y me hacía presente lo que yo mismo no me había atrevido a hacerme presente: mi naturaleza esencialmente mentirosa. Trataba de arrancarle alguna indulgencia, pero no la obtenía; arrepentimiento, contricción, todo era inútil, por lo menos al principio, aunque luego se dulcificaba, yo podía contarle todo y lavarme de las acusaciones más graves. Hasta una vez ella dejó correr sus lágrimas. Otra, hubo entre nosotros un verdadero drama: después de una escena terrible, se abrió las venas en el baño. Volé hacia ella, que yacía inmóvil en la bañera, cuya agua estaba toda roja, y entre sus rodillas tenía a mi pequeña Hildegarda acurrucada, con un espejo redondo en la mano y la pequeña me miraba con los ojos desmesuradamente dilatados, como si acabara de comprender qué clase de hombre era yo. Esto que le cuento, señor, no son sueños, no. ¿Qué era entonces?, me preguntará usted... ¿Qué era cuando, por ejemplo, ' me encontraba frente a Gregorio Waremme y lo acorralaba tan bien con mis pruebas y mis súplicas, que se desmoronaba,

y yo me decía: "Esta vez, Satanás, es el golpe de gracia"...? ¿Qué era? ¿Qué? Un libertinaje del espíritu, tal vez; un pandemónium de todo lo que no había sido dicho y hecho, de todo lo que había sido dicho o hecho demasiado tarde, de aquello que había sido deseado o temido y que en seguida lo ahoga y lo roe a uno, la realidad confundida con la apariencia de la realidad, una casuística apasionada aboliendo del curso de los acontecimientos la ley que les había regido, y mostrándome la contra como una escritura reflejada en un espejo. Aunque esto duró desde el mes de mayo al de septiembre, el personaje principal todavía no había hecho su aparición. Digo su "aparición" porque mi mente con frecuencia lo rozó, naturalmente, y su nombre me atravesó por el pensamiento a menudo, pero no era la viga

Librodot

maestra que sostiene el edificio. Después de la vida de mentiras, la vida de expiación, pero había logrado mantenerlo en la sombra. Con refinamientos de astucia, lograba evitar aquella imagen. Tenía tal aprensión de verla y quedarme con ella, que me sumergía con frenesí en los recuerdos de las cosas más insignificantes y las amplificaba hasta que mi pobre cabeza no era más que una rueda de fuego... Trabajo perdido. Cuando las noches se alargaron y llegó el invierno, un día... Aquello me asaltó de súbito. No quiero dejarme arrastrar por el pudor. Me he prometido decirlo todo. Eso sobrepasa lo que el pudor prohíbe decir y no tiene nada que ver con él. Quién sabe si jamás se encontrará a alguien que, en ninguna preocupación por las consecuencias que su palabras pudieran tener para él o por el modo como se las juzgará, tenga el único deseo de que la verdad salga de las mazmorras y vea la luz. Quién sabe si a mí mismo se me volvería a presentar la hora; no es seguro. Tengo la impresión de que muy pronto todo se borrará y de que yo mismo ya no lo sabría explicar bien. Es preciso estar inspirado para exponerse sin reticencias y hallarse en un estado de espíritu en que uno no se ame ni se odie. He aquí, pues, lo que me sucedió cuando apareció Ana. Primero se mostró bajo el aspecto de aquella Ana, la joven, la mujer que yo conocí, y que me había... ¡Bah?, para qué... supongo que usted comprende. Se me presentó con un vestido adornado con volados o encajes, con su lindo peinado y su chal azul o gris. ¡Yo conocía tan bien aquello! ¡Era tan hermoso, tan de ella sola! Sus ojos, su boca, el color de sus cabellos, sus labios, el gesto anguloso que a veces tenía cuando doblaba la mano, su manera de dar cinco pasos rápidos y luego dos más lentos, de guiñar ligeramente el párpado izquierdo cuando sonreía, de levantar la barbilla cuando se hacía una pregunta, y de apoyar la mejilla en el hueco de la mano para reflexionar... Todo aquello que le era particular, que era sólo suyo, que era Ana y nadie más... Nunca más, yo lo sabía. Jamás volvería a verla. Jamás podría verla de nuevo. Nunca más. Ella vivía, circulaba en una habitación, conversaba con otras personas, apoyaba la mejilla en el hueco de la mano, levantaba la barbilla con aire interrogante y llevaba su vestido de volados; no la volvería a ver jamás. Probablemente usted conoce la poesía de Edgar Poe "El Cuervo", donde cada estrofa termina con el estribillo "Nunca más. El cuervo graznó: nunca más". Yo me lo repetía todos los días: "el cuervo graznó: ¡nunca más!" Ahora bien, yo arrastraba conmigo una esperanza indefectible, la; de que algún día se sabría todo y que yo podría presentarme sin mancha ante la faz del mundo. Pero desde que la imagen de Ana empezó a surgir delante de mí, las esperanzas se me desvanecieron como humo al viento y lo sabía con una implacable certeza: nunca más. Como todo el flujo de mi existencia continuaba corriendo hacia ella, su imagen no podía mentir, y por lo tanto era mi esperanza quien mentía. Me resigné mientras conservé aquella nostalgia lacerante... ¡Ah!, estas palabras no dicen nada. No existen palabras que puedan expresar eso. Es el suplicio de todos los suplicios y una muerte de todos los instantes, de la que uno no muere nunca. Uno cree que no podrá soportarle ni un día más, ni un cuarto de hora más, las puertas se van a abrir, ahí, entonces, en ese mismo segundo; el tiempo que pasa no tiene realidad, mi cabeza estallará si mañana no puedo ir a reunirme con ella, los muros y cerrojos no existen y, sin embargo, ¡oh Señor!, ahí están. Hay una ciudad, y una casa en donde ella vive, donde respira, piensa y duerme. Y aquí, nunca más. No es posible hacerse una idea de eso, señor. Usted objetará, naturalmente, que había una falta que expiar. Y es verdad que la mía era inmensa. Es la falta que separa al hombre de los demás hombres, que separa el hombre de la mujer. La justicia te ha castigado por una falta que no es la tuya, es cierto, pero tú sigues maldito por la que cometiste y tal vez es más grave de lo que tú crees. Si no o comprendes, sopórtalo sin comprenderlo. Pero todo eso no e acepta más que un tiempo. La exaltación y la alegría del sacrificio no duran sino mientras se puede retener la imagen adorada. De golpe, la carne se subleva. Esperar, esperar... no se puede aguardar más. La carne domina, y uno ya no es responsable de 1o que sucede. La imagen adorada se borra y Ana cesa de ser Ana. La idea del amor se apaga. La sentencia de ustedes separa al hombre de la mujer y la máquina judicial desencadena en el hombre a la bestia. La desesperación engendra el vicio oculto. La máquina judicial dice: ¿qué hacer?; en eso no puedo hacer nada. Piense un poco en lo que sucede a aquellos que no tienen

Librodot

que perder una imagen adorada que por un tiempo espiritualice sus deseos. Sólo tienen los recuerdos conservados por sus sentidos y la imagen de las mujeres de la vida que los desgarra. Todos sin excepción, son sádicos. He visto infinidad de invertidos... ¡Oh!, yo también terminé por no poder dominar a la carne. La imagen adorada voló en pedazos como bajo los golpes de un hacha. Los recuerdos y las ideas dejaron su lugar a las sombras y éstas a los cuerpos. Mujeres, mujeres y más mujeres, todas sin rostro, nada más que senos, un vientre, muslos, una piel suave y un olor embriagador de fiera que quema como una lluvia de fuego, que abrasa y espesa la sangre de las venas, transformando el paladar en un trozo de cuero y los cabellos en un casco de sudor. Sin tregua ni reposo. De día, uno está cercado por eso en la celda, y de noche, si uno se acuerda un rato, uno ve... al lado de lo que se ve, los dibujos más obscenos con que se deleitan los viciosos, palidecen. Las famosas tentaciones de San Antonio, parecen ilustraciones para Biblias de uso familiar. Porque él hubiera podido substraerse a su destino; estaba en su mano aquel renunciamiento voluntario; pero, ¿quién puede pretender renunciar a todo para siempre? Uno hace siempre una reserva, uno puede... en una palabra, uno puede abrir la puerta. ¿Pero aquí? ¡Piense que yo todavía no tenía treinta años! ¿Por qué no mataron al sexo en mí? No tener treinta años y estar enterrado vivo... Uno no ve a su alrededor más que al acto carnal que desencadena en uno un frenesí sexual que todo lo renueva: dos nubes en el cielo que se acercan, dos tirantes que en el taller ensambla el carpintero, la llave que el guardián desliza en la cerradura, la brizna de hierba que crece entre dos adoquines, la propia lengua cuando humedece los labios, la H mayúscula del título de un libro, o el tapón de una botella. Agregue a eso que en una casa como esta, se tiene la horrible sensación de que todo se repite centenares de veces y de que el martirio de uno es el martirio de los demás. Los miasmas que se exhalan de los quinientos deseos furiosos, tienen sobre el espíritu una acción más nefasta que la más abyecta depravación. ¡Qué repulsión! ¡Qué negro y atroz disgusto! ¡Cómo se desprecia uno! ¡Cómo el espíritu se enrostra y se desliza! El corazón se deseca y ya no es más que un órgano inmundo. ¿Hay alguien de "afuera" que pueda hacerse de ello la menor idea? Es imposible. Porque si así fuera, ninguno de los hijos que ustedes engendran podría ya jugar alegremente; ninguna joven desposada podría entrar en el lecho nupcial sin sentirse helada de horror y disgusto. Naturalmente que ese estado tiene su paroxismo y su declinación. En mí duró aproximadamente... a ver, que calcule... unos dieciocho meses. No sé si usted se da cuenta de lo que eso representa: dieciocho meses, primero de un modo general y luego en un espacio de diez metros cuadrados como éste. En el fondo, desde que uno fija límites al tiempo, borra su noción. Lo que viene luego es una especie de estupidez disolvente. Uno está aplastado, embrutecido, y tiene la impresión de que podría desmontarse pieza por pieza como una caja de construcciones, la cabeza por un lado y las piernas a una legua de ella. Eso dura también varios meses. Entonces uno empieza a dormir con un sueño que antes no conocía. Yo digo "uno"... naturalmente, hablo siempre de mí. Esa forma impersonal viene de que ya no se es más que un número. Con frecuencia me pregunto si no hay entre yo y mi silueta externa algo de horrible, de muerto; es tonto, ¿verdad? El sueño de que hablo, tiene justamente eso de particular, que disuelve la forma; se diría que uno ya no tiene contornos netos, que uno se ha coagulado y endurecido bajo el aspecto de una masa inconsciente, en putrefacción. Uno siente sobre sí ese olor a podredumbre, ¿comprende? Y ese sentimiento lo penetra hasta en el sueño. Cuando esto pasó por mí -¿no es insensato que todo termine por pasar, "pasar", verdaderamente, no es horrible?-, cuando pasó por mí, lentamente fue para mí una realidad que estaba solo en mi celda desde hacía años. ¿Cómo solo -me dije-, dónde están los demás? ¿Dónde están los hombres? ¿Dónde está el mundo entero? Me parecía exactamente como si me despertara de la muerte. Tuve miedo de mi aislamiento y de mi soledad frente a mí mismo. Me puse a hablar en voz alta. Me sorprendí repitiendo durante media hora la misma frase. Las ocupaciones maquinales que me dieron no me sirvieron de nada. Lo mismo hubiera sido meterme los dedos en la boca uno después del otro. Fue entonces cuando pedí libros. Me los dieron y tuve autorización para escribir. Eso me ayudó; durante ocho meses. En aquellos ocho meses me

Librodot

entregué al trabajo intelectual. Hice una experiencia curiosa. Al parecer, mi trabajo era exactamente el mismo que antes, igual que en la vida ordinaria; me servía de las mismas palabras, tenía el mismo estilo, seguía los mismos pensamientos y sacaba idénticas conclusiones. Pero aquello no pasaba de mi mano. En realidad, todo estaba momificado y se hubiera dicho que un autómata se aplicaba concienzudamente a copiar al verdadero Leonardo Maurizius. Lo que yo hacía carecía de aliento, le faltaba alma. Cuando lo leía y releía, no veía nada que corregir: el plan era bueno, las ideas lógicas y a veces originales; mi memoria funcionaba de un modo impecable y seguía mucho tiempo sin conocer la causa de aquel malestar, hasta que un día descubrí que toda mi actitud era una imitación. Maurizius hacía el papel de Maurizius. No se puede imaginar nada más angustioso. Lo hacía sirviéndose de los conocimientos y de los resultados adquiridos en otra existencia en la cual todavía simulaba creer, y de la que aceptaba como vivas y verdaderas las expresiones, los giros, las ideas directrices y los principios científicos. Sin embargo no eran más que cadáveres que sólo palpitan con una vida artificial cuando él les consagra una energía y un trabajo que no servían, en el fondo lo sabía muy bien, sino para ilusionarse a sí mismo. En realidad, ya no había nada. Aquello era tan afligente que tenía que reunir todo mi valor para llegar al fin de la tarea cotidiana. De todos modos, conseguí terminar algo, si bien no fue más que una producción momificada. ¿Conoce usted el disgusto tenaz que uno experimenta y los reproches que uno se hace cuando ha realizado una obra que es sólo producto de la actividad y en la cual el deseo de crear estuvo ausente? Parece que uno ha mentido al mismo Dios. Un día me sentí incapaz de continuar; recuerdo que era el Viernes Santo de 1913. Me levanté y tiré la pluma al tacho de la basura. "Se acabó", me dije, y sentí tanta repugnancia, que me dio un vómito. Durante varios días anduve por la celda como alguien que buscara alguna cosa. Después comencé a hablar solo. Luego me puse a escuchar en la pared. Daba golpes en la piedra y ponía el oído. Me respondieron otros golpes que yo no entendía. Me puse a cantar, y vino el guardián a prohibírmelo. Por la noche, molí la cama a puñetazos; de a ratos iba y venía en la oscuridad y gritaba nombres, siempre los mismos: Cristóbal, Juan Máximo, y me imaginaba personas, personas cualesquiera que llevaban esos nombres. La celda se agrandaba, adquiría las dimensiones de una sala y después se encogía hasta quedar reducida al tamaño de una lata de conservas; el techo me tocaba la cabeza y el piso estaba a varios metros debajo de mí, tanto que yo me balanceaba en el aire como un ahorcado. Ya ve, todas las posibilidades se ofrecen a la locura, pero el buen sentido no tiene a su disposición más que una sola. Traté de calcular el número de radios que puede tener un círculo y la cantidad de estrellas que uno puede imaginarse en el cielo. Me preguntaba si se podrían copiar todas las obras de Homero en la cara interna de la puerta, Y contaba y calculaba indefinidamente. Traté de contar los hilos de la frazada de lana, las manchas de moscas en los virios y los granos de arroz de la sopa. Recitaba el Pater comenzando por el fin y ensayé de hacer lo mismo con el Canto de la Campana, de Schiller, durante días enteros, hasta que el miedo de perder la razón me hizo aullar como un perro. Oía siempre ruido de cadenas y de pasos. Cuando llegó el invierno, al fin de noviembre -no se asombre al verme dar las fechas siempre porque es preciso que proceda por orden cronológico si no quiero perder de vista la sucesión de los acontecimientos-, hacia el fin del año, por lo tanto, caí enfermo de bastante gravedad. Estaba en la enfermería con seis más. Tres de ellos formaban parte de mi turno y los veía siempre en el paseo. Eran todos temibles bandidos. Uno de los que yo no conocía, tenía un agujero abierto en la cabeza y se le veía el cerebro cuando le quitaban el vendaje. Estaba prohibido hablar; pero, no obstante, podíamos cambiar a veces algunas palabras. Naturalmente, en la enfermería no se ponían la máscara. En aquella época todavía nos llevaban al taller, la capilla y el paseo. Dos estaban condenados a perpetuidad, pero uno había ya cumplido veinte años y contaba con ser puesto en libertad al cabo de otros cinco años. Hablaba de eso continuamente como si cinco años no fuesen sino cinco días. Otro había llegado recientemente de una prisión del gran ducado de Baden; desde la ventana de su celda había asistido uno de los últimos días a una ejecución capital. La impresión fue tan atroz que todavía le causaba

Librodot

frecuentes crisis de nervios. Yo examinaba a aquella gente y la miraba como un explorador que aborda una isla desierta y se encuentra allí con una raza desconocida. Me horrorizaba un pensamiento: ya hace siete años que estás en la cárcel, me decía, y no conoces entre ellos a ninguno, por poco que sea; sin embargo, son hombres, y este es tu "mundo". En ocasiones oía delirar a algún enfermo en una sala vecina. Había uno que sollozaba noche y día. El médico decía que era un simulador, pero pronto hubo que llevarlo a un asilo de alienados. Mi vecino de cama, uno pequeño, pelirrojo, me contó una porción de cosas, siempre en voz baja, sobre él y sus camaradas. Aquello me abrió los ojos. Vi que si continuaba un año más llevando la misma vida, habría que encerrarme también a mí en una celda para locos furiosos, y temblé. ¿Por qué se preocupaba uno tanto de su porvenir? ¿Por qué quiere uno vivir? Misterio. De pronto, usted lo creerá si quiere, la vida volvió a tener un sentido para mí. Cuando dejé de trabajar para aniquilarme, se levantó en mí un asomo de personalidad, tímidamente, como una débil hierbecilla.

9

¿CUANTO tiempo permaneció en la enfermería", preguntó el señor de Andergast con voz débil, no tanto para oír una respuesta como para escuchar su propia voz y asegurarse de que todavía podía hablar. "Nueve semanas -respondió Maurizius-. Cuando estuve curado y volví a mi celda, le pedí al director que me recibiera y le expresé mi deseo de ocuparme dos o tres días por semana en la cocina o la limpieza de los pasillos. Me lo negó. Hay el principio de negar todas las peticiones, pero un mes más tarde, después del motín y la visita del ministro, me lo concedieron". "Lo recuerdo -afirmó el señor de Andergast tapándose los ojos con la mano izquierda, en la que brillaba un diamante-, recuerdo aquella revuelta, Un asunto feo". "Sí, un feo asunto, si usted quiere". "¿Claro que usted no torró parte en ella?" "No". "Seis hombres fueron muertos a tiros de revólver, si mis recuerdos no me engañan". "Sí, es exacto. Seis fueron muertos y veintitrés heridos". "¿Cómo se produjo aquello?" Maurizius sonrió débilmente. "Tal vez había gusanos en el pan", replicó irónicamente. Tenía él aire de pensar para sí: "Esto que he dicho o nada, es lo mismo". En realidad, el señor de Andergast no hizo la pregunta más que para hablar, para ocultar el fondo de su pensamiento. La verdad era que el procurador general había llegado a no observar ya las formas usuales (en lo concerniente a la actitud, el rango, las distancias y las preguntas que hacía) más que por medio de una crispación del espíritu, como si se aferrara con todas sus fuerzas a los últimos lazos que le retenían antes de ser tragado por el caos. Es casi imposible definir el estado en que se hallaba. Quería, deseaba a toda costa que Maurizius siguiera hablando, pero al mismo tiempo temía lo que iba a decir, hasta el punto de sentirse tentado de taparse los oídos. Pensó en la posibilidad de hacer desviar la conversación a un terreno neutral (comparado con el tema tocado, la discusión del sumario, del crimen y de todo lo relacionado con él, le parecía un terreno neutral), pero sentía que eso se. ría débil y cobarde. Hubiera querido irse, pero en el mismo instante de tomar esa decisión, vio cuán absurda e irrealizable era. Un inexplicable deseo lo clavaba en su asunto y un incomprensible abatimiento lo hacía incapaz de obrar metódicamente; miraba la cara del preso sobre la almohada ordinaria y no podía alejarse de allí; quiso saber la hora y no atinó ni a llevar la mano al bolsillo. "Se aplicaron a los culpables los más crueles castigos", murmuró Maurizius. "Aquel hecho aumentó probablemente su interés por sus compañeros", sugirió blandamente el señor de Andergast. Maurizius le dirigió una mirada apagada, como paralizada. "Sí, aquel acontecimiento, los gusanos en el pan y la carne pasada", completó con tono sarcástico. El señor de Andergast dijo animándose: "Aquello ya no se produce; se tiene mucho cuidado", Maurizius se encogió de hombros, respondiendo bruscamente: "Bueno, tome eso en sentido figurado. Porque sigue habiendo gusanos en el pan".

Quedó pensativo un largo rato y luego volvió a caer en el balbuceo de su primera conversación. Habló de los castigos inhumanos, las duchas heladas, los azotes con correas, la

Librodot

camisa de fuerza y el encierro a oscuras. Sus pupilas se dilataban, endureciéndose y tomando un negro de pez. Agitó la cabeza de un lado al otro, torturado la levantó y luego la dejó caer sobre la almohada de paja. Pronunció un nombre, el de Klakusch, el del guardián Klakusch, pareciendo unirlo a un acontecimiento decisivo para él. Pero algo más había pasado antes (no es fácil orientarse en medio de los recuerdos que evoca, yendo hacia adelante, y luego retrocediendo; se ve que le cuesta no confundir los diferentes períodos, sobre todo después de cesar su reclusión en la celda y cuando el vacío que había en él se había poblado de figuras). Como circula libremente por la prisión dos días por semana, se encuentra con los demás presos. Es interesante comprobar cómo se preocupa por ellos, y sobre todo, cosa curiosa, por la hez, por aquellos llamados incorregibles. Es una fascinación siniestra que, como una red devoradora, lo atrae paulatinamente hacia ellos. ¿Puede sentirse uno deslumbrado por lo negro? Quizás sentía una voluptuosidad intelectual observando que en aquellos abismos apestados, todo lo que calienta y alumbra el mundo al cual perteneció en otro tiempo, está carbonizado. Las conquistas del espíritu, las investigaciones morales, el arte, la filosofía, no son más que restos carbonizados e irreconocibles. Un trazo neto separa a la humanidad en dos partes; lo alto y lo bajo. En lo bajo, reina la abyección como dueña absoluta. Encontró dos o trescientos hombres espantosos por su parecido en la depravación, individuos que, al margen de la sociedad, se mantienen al acecho como tigres en la selva. El mal no es urdido ni deseado; está ahí, simplemente. Las caras están marcadas por todos los vicios imaginables. Sin frente, y con barbillas como cortadas por un sablazo. Todos tipos de observación para la patología criminal. Uno puede preguntarse si poseen lo que se llama alma. Destinados al mal desde su nacimiento, miden el precio de la vida según sus deseos inmoderados y aprecian las cosas de este mundo de acuerdo con el peligro que corren para adquirirlas o destruirlas. ¿La ley? Un trozo de papel. ¿Los deberes hacia el Estado y la sociedad? Se burlan de ellos. ¿La religión? Ídem. ¿Los medios de existencia? Una garantía contra la policía. ¿La prisión? Una cosa bien natural. ¿El amor? ¿Acaso faltan las mujeres en la vida? ¿La pena? Emborráchate, imbécil. ¿Padres, mujer, hijos? ¡Qué tonterías! Eso merece un puntapié en el trasero. ¡Disolución! ¡Tinieblas! El fin de todo.

Podía creérsele. Maurizius exponía todo aquello de tal manera que se adivinaba una subcorriente contraria, como un defensor que, por antítesis, prepara la tesis. Sabe tantas cosas que han debido pasar por su corazón antes de que las comprendiese, que los signos de su profunda conmoción parecen crisis epilépticas. Pero tal vez fue esa misma conmoción la que lo salvó. Sin duda era eso lo que quería decir cuando habló de la personalidad que tímidamente se levantó en él como una tierna hierbecilla. En la segunda mitad del año 1915 -la guerra comenzaba entonces a reunir en las cárceles la turba de la humanidad- apareció en su vida el guardián Klakusch. Llegó de Cassel, de donde lo habían trasladado. Tenía una barba de patriarca de hilos rubios que le cubría la cara y le bajaba hasta la cintura, una nariz chata y ojillos rojos y lacrimosos. Llevaba siempre una gorra metida sobre la frente y tenía aire de desafío. A veces reía solo, maquinalmente, como con alegría maligna, sin que se pudiera adivinar por qué. Le encargaron el servicio de la galería donde estaba la celda de Maurizius. "En el primer momento me fue antipático -confesó Maurizius-. Solía quedarse cinco minutos en la puerta mirándome con sus ojos redondos, después hacía chasquear la lengua y se iba. Lo que más nervioso me ponía era aquel ruido con la lengua. Un día entró. "Me he permitido decir -me declaró que usted es un hombre instruído, una especie de sabio. ¿Podría decirme con certeza qué es un criminal?" Lo miré estupefacto. "¿Cómo, qué quiere usted decir?" "Y... sí, quiero decir... - respondió- hay tantos que... ¿sabe? Nos asaltan toda clase de ideas, ya ve". "¿Qué ideas?", pregunté. "Bueno, ideas -contestó secándose los ojos lacrimosos-. Vea, ahí está el 316. Un muchacho que no haría mal a una mosca. Es verdaderamente conmovedor. Asesinó a su amante, que le hacía soportar un trato odioso. Cuando salga, al fin de los ocho años que le colgaron, será un tipo arruinado. Anemia o tuberculosis; ya lo sabe usted bien, nuestras enfermedades. Y aparte de eso, ¿qué quiere usted que aprenda aquí? ¿Lo ha mirado alguna vez? De todos modos, es raro que ese muchacho sea

Librodot

un criminal". Chasqueó la lengua y se fue, sin aguardar mi respuesta. "¿Qué es este pajarraco?", me preguntaba yo y me devanaba los sesos sobre él. Tiene que ser que algo en mí le agradó desde un principio. Primero sospeché que intentaba sonsacarme, o bien que quería deslumbrarme; tal vez, pensaba también, no puede tener quieta la lengua. Pero mis dudas y sospechas no duraron mucho. Era un hombre curioso. Tenía los modales de un ingenuo y parecía bastante insignificante; pero luego, cuando uno estaba un rato con él, daba la impresión de que nada le era desconocido en este mundo, y para ello bastaba interrogarlo sobre cualquier cosa. Pero sólo le interesaba la prisión y los presos eran su único tema de conversación. Tenía sesenta y cuatro años y treinta y cinco ya de servicios en las cárceles. Había visto pasar legiones de criminales y estaba más al corriente de los métodos judiciales y los procedimientos de aplicación de las penalidades que muchos magistrados con alto cargo. Sin embargo, no sentía vanidad, como tampoco de su modo de cumplir su deber, de la dificultad de su servicio o de su experiencia. Nada despertaba su vanidad. En cuanto a su comprensión insondable de una infinidad de cosas, ni parecía sospechar la existencia. Pero se podría escribir un libro entero sobre él y usted tendría una idea de lo que era aquel hombre. Un día me dijo: "Yo quisiera saber por qué usted está siempre tan triste. Yo les digo siempre a los muchachos: tienes una buena cama, un techo sobre la cabeza, comes cuando tienes hambre, ¿qué más te hace falta? No tienes preocupaciones, ninguna fajina ni enredos, ¿entonces, qué más pides?" Yo le respondí: "Pobre amigo, usted sabe muy bien que no cree ni una palabra de esos consuelos". Se irguió mientras me contestaba: "No, es cierto, tiene razón". "¿Y bueno, entonces para qué?", le pregunté. "Sí, ¿para qué? -repitió-. Si uno lo supiera... Pero vea, los jueces no pueden hacer otra cosa, y ahí está lo malo: que cuando un juez condena, condena como un hombre a otro hombre, y eso no debería ser". "¿De veras? -le pregunté asombrado-. ¿Cree que eso no debería ser?" "No, eso no debería ser -repitió con un tono que nunca olvidaré-; un hombre no tiene derecho a juzgar a otro". "¿Y qué piensa usted del castigo? -dije-. Es preciso que haya un castigo; lo hay desde que el mundo es mundo". Se inclinó hacia mí y me respondió al oído: "Entonces es preciso destruir el mundo y crear gentes que piensen de otro modo. Desde la niñez se nos meten esas ideas en la cabeza a palos, pero nada tiene que ver el hombre tal como Dios lo ha creado. Es una mentira. El que castiga se miente a sí mismo, y así se imagina que está sin pecado. Esa es la verdad. Pero no lo repita, porque el administrador me echaría a la calle". Encontré aquello tan extraordinario, que pronto llegué a esperar con impaciencia la hora de su llegada. Me daba cuenta de cuanto sucedía en la casa. Una vez lo vi con una inusitada preocupación, que se manifestaba con numerosos chasquidos de lengua. "Acaban de traer a dos muchachos jóvenes -me contó-, y les han colgado cuatro y cinco años de cárcel por robo a mano armada. Son vagabundos. Hacía dos días que no probaban bocado y caminaban bajo la lluvia, cerca de un pueblo, cuando vieron a un borracho en la zanja del camino y le sacaron su dinero: tres marcos con veinticinco. Nueve años de cárcel por tres marcos con veinticinco". Me tomó de los hombros y me sacudió como si yo hubiera pronunciado la condena o si pudiera hacer algo. "Ya ve usted. Klakusch, en qué mundo vivimos", dije. Me miró con las cejas fruncidas. "Voy a decirle una cosa -me respondió- con respecto a las personas y sus actos. ¿Un acto es el hombre?" "No -repliqué-: un acto no es el hombre, y ahí está el error". Me soltó y oí que murmuraba mientras se alejaba: "Entonces, es eso, que un acto no es el hombre". De pronto, volvió sobre sus pasos. "Ayer hablé con el 291 -dijo-, y sigue siempre sentado, rumiando pensamientos en la cabeza. El verdadero tipo del presidiario. Cometió un incesto. Su mujer tuvo siempre líos con otros hombres y él la dejó hacer, sin atreverse a protestar porque la quería demasiado. Al final, la carne no lo dejaba tranquilo. Tenía una hija que era una linda muchacha, frívola, por el estilo de la madre. Parece que ella lo incitó. La mujer descubrió el pastel y lo denunció para librarse de él, como hace esa gente. Yo le pregunté: "¿Es verdad que hiciste eso?" No comprendió." ¡Eh!, dime, le dije golpeándole el pecho. -Sí, fui yo, respondió temerosamente. -Entonces, eres culpable, le contesté. - Sí, replicó, pero no hay jueces para esas cosas. -¿Cómo?, le pregunté sorprendido. -No reconozco a los jueces, dijo el

Librodot

imbécil". Yo protesté: "Quizás no es tan imbécil, Klakusch". "Es posible -admitió-, es posible; pero, ¿qué quiere que le diga? Ese, a causa de haberse hecho malo, ha vuelto a ser bueno. Muchas veces he visto eso. Con esa gente, nunca se está al cabo de todo; uno puede estudiarla cien años y no se está al cabo. Algunos llegan y en lugar de lamentar su crimen, dicen: No tuve suerte. Como si fuese una lotería en que todos hacen su jugada y como si no hubiese en la tierra sino ladrones, asesinos y fulleros, y gana el premio gordo aquel a quien no lo pescan. No tienen sentido moral, ¿verdad? Y luego, ¿dónde está el sentido moral, quiere decírmelo?" Me miró con aire astuto, pero no le pude responder. De pronto prosiguió gravemente: "¡Bueno! Yo le puedo enseñar algo. Ahora sé lo que es un criminal". "¿Y qué es? ...", pregunté con curiosidad. "Es aquel que trabaja para quebrar su vida. Ese es un criminal. El que trabaja para quebrar su vida, es un criminal". Es cierto, Klakusch -dije-, eso es terriblemente cierto". Me hizo con la cabeza un gesto amistoso y me acarició los cabellos. Algunos días más tarde, me trajo una noticia que anunció antes de cerrar la puerta. Se sabía aquello en toda la casa: "El 422 confesó". Durante tres años y medio, guardó silencio obstinadamente y fue imposible arrancarle una sola palabra. No hacía más que ir y venir como un león enjaulado, rechinando los dientes amenazadoramente, se pelaba los dedos arañando las paredes y maldecía a Dios y los hombres. Aquella misma mañana, a las cinco, pidió de pronto el sacerdote y cuando llegó el pastor le gritó a la cara, con el hocico lleno de espuma, toda su falta. Después se tiró en un rincón de la celda sin chistar, y allí estaba todavía. Me parecía asistir a la escena, porque cuando Klakusch contaba un hecho corno aquel, uno se lo representaba en sus más ínfimos detalles, y no solamente lo veía, sino que quedaba grabado en uno como una obsesión. Por ejemplo, una vez me contó que, en una noche de invierno, muchos años antes, un presidiario puesto en libertad había venido a buscarlo y suplicarle juntando las manos que lo ocultara con él, en su cuarto o en cualquier lugar de la cárcel. No sabía adónde ir y no tenía un centavo. No podría responder de lo que haría. Era algo desgarrador ver a aquel hombre enloquecido y desesperado. Klakusch le habló durante toda la noche, lo reconfortó como pudo, le dio algún dinero y, finalmente, lo despidió recomendándole_ mucho: "Sobre todo, no hagas mal a nadie". El tono con que me contó aquel episodio, me impidió tragar el menor bocado en todo el día; aun lo oigo decir al desdichado: "¡Pobre muchacho!" y "Es preciso que no te hagas así mala sangre" y estas palabras: "Sobre todo, no hagas mal a nadie". Un día hablábamos del monstruo que estaba aquí desde hacía cuatro años, Schneider, el estrangulador de mujeres; me dijo que en la reunión de los guardianes se trató del preso, que los desconcertaba porque era tan intratable que no sabían qué hacer con él. Le hice observar que un ser como aquel no era ya un hombre y que era un error tratarlo como a un hombre. Klakusch me contestó que aparentemente era así, y que si se le prometía a Schneider doble ración de grasa si asesinaba a su hermano, uno podía apostar lo que quisiera a que el criminal no vacilaría un instante. "Ya lo ve", le dije. "Es posible - me contestó-, pero hay una cosa cierta: en el vientre de su madre aun no era malo". Y como yo permaneciera en silencio, agregó: "Si en el vientre de su madre todavía no era malo, entonces es un hombre como usted, como yo o como el jefe de policía. Y lo que yo le reprocho no me da derecho a ejercer justicia sobre él". "¿Qué quiere decir usted con eso, Klakusch? ¿Qué entiende usted por justicia?", pregunté. "En realidad -replicó-, es una palabra que jamás se debería pronunciar". "¿Por qué, Klakusch?" "Es una palabra que se parece a un pescado y se escapa cuando uno lo atrapa -y añadió-:¡Ah, si uno supiera lo que hay que decir, cuántas cosas llegaría a hacer! Pero nadie sabe decirlo". Algunos días después, tuve en el pasillo una disputa con un preso que me era muy antipático, un individuo retraído y solapado, que repugnaba a causa de su crimen. Siendo profesor adjunto en una escuela, había abusado de unos niñitos. Le conté la disputa a Klakusch, quien me escuchó tranquilamente y luego me dijo: "Voy a darle un buen consejo y no le costará nada seguirlo. Trate de ser amable con ellos; usted no se imagina lo que se puede obtener. Un poquito de cortesía. Mire, es como la mandrágora, que según parece hace saltar las cerraduras más sólidas. Ensaye y verá". Como alumno dócil, lo ensayé y vi que tenía razón. Con frecuencia bastaba una sonrisa amable para

Librodot

metamorfosear instantáneamente el rostro más hosco. Hice experiencias curiosas. Esa gente ya no cree posible que uno sea con ella como se es "afuera" con cualquier persona que uno conozca. No quiero decir precisamente amable y educado, porque eso mismo despertaría su desconfianza. Lo que importa es que se les demuestre cierta consideración y que se tenga con ellos algunos miramientos. Ya se han olvidado de lo que es eso, y primero lo miran a uno con ojos asombrados, sin saber qué decir. Me ha sucedido ver a uno que se daba vuelta y se ponía a llorar como un niño. Quizás diga usted que eso es sensiblería, y en ese caso yo haría bien no hablando más; hubiera sido más prudente que me callara. Eso me sirvió para aproximarme diariamente más a Klakusch, y cuando él tenía un día franco, lo echaba de menos terriblemente, sintiéndome desgraciado. El también cada día me quería más, si bien me lo demostraba raramente, pero una vez me dijo que nunca había tenido un hijo y que de haber tenido alguno, hubiera deseado que se me pareciera. "¿Y no le importa -le pregunté- que yo sea un presidiario, un condenado a perpetuidad?" "No -replicó-; si se trata de usted, eso no me importa nada". Entonces fue cuando tomé la resolución de hacerle otra pregunta, sólo que no sabía cómo planteársela, o mejor dicho, temía presentársela. En efecto, aquello fue el fin. Hace cuatro años de eso. Hace cuatro años que murió".

10

NO comprendo -dijo el señor de Andergast, vacilando-. ¿Acaso su muerte... tiene alguna relación con eso, con la pregunta?" "Sí, justamente, y se lo voy a contar. Y con eso... acabaré. Después pensé con frecuencia en las relaciones raras que uno puede tener en la vida. Cualquier hombre de "afuera" trataría de románticas y extravagantes mis relaciones con

Klakusch el guardián hasta tal vez pretendiera que sólo existieron en mi imaginación, y si un escéptico obstinado me acorralara en mis últimos baluartes, tal vez yo mismo no viera en iodo ello sino un sueño. ¿Acaso no pasa igual con todo cuanto nos sucede? Al cabo de cierto tiempo, es un sueño. El yo al que le ha sucedido la cosa, no es más el yo que la recuerda. Es posible que haya sido a veces objeto de una alucinación cuando el viejo de la barba de hilos rubios estaba aquí en mi celda (entonces ya ocupaba ésta) a la hora del crepúsculo, pues me parecía tener de nuevo un alma en el pecho, porque él tenía una. Porque ahí está lo esencial: cuando el hombre está solo, no tiene alma, puede creérmelo, y de eso se desprende que tampoco tiene Dios. ¡Cuando pienso en las noches de entonces! Su voz resonaba aún aquí y podía seguir conversando con él, como todavía me ocurre. Ya ve usted que para mí nadie muere y muchas de las palabras que él me dijo y que he conservado, verdaderamente me han venido de la noche y de la ausencia. Un cerebro como el nuestro (al mismo tiempo se golpeaba la sien con el dedo) se parece al gong de un templo chino; y cuando se lo roza con el extremo del índice, retumba como una campana de catedral en el fondo del agua. Pero para poner las cosas en su lugar, si usted encuentra románticas nuestras relaciones o duda de ellas, no olvide que una cárcel es un terreno donde crecen plantas que ustedes todavía no han clasificado, y donde ocurren cosas que, es menester admitirlo, pertenecen a un mundo fuera de toda norma. Todo es tan pequeño y todo es tan vasto... todo tiene tanta importancia y todo es tan vacío... ¡Lo que se llama destino lo codea a uno tan de cerca!... Ante todo, yo deseaba establecer este punto. No sé si para usted tiene algún sentido. Ya durante varios días, naturalmente, quiero decir en las horas en que podíamos hablar, había conversado con Klakusch del establecimiento en forma general. En el curso del año que siguió a la revolución, se habían introducido bastantes mejoras y otras cosas se suavizaron, lo que despertaba en mí ciertas esperanzas que Klakusch no compartía; le parecía que era trabajo perdido poner pasas en la masa cuando la harina no valía nada. Era preciso buscar el mal en otra parte. Las gentes que han estudiado no se daban cuenta de ello. Era una cuestión de medida. "Cuando alguno, un pobre diablo no más malo que otro, hace una cosa del tamaño de un dedo -decía-, lo castigan con una pena del tamaño del brazo sin fijarse en la persona que castigan. ¿Y quién tiene el derecho de castigar sin tomar en cuenta a la persona? Eso es un

Librodot

derecho divino". Al principio no lo comprendí, pero por fin vi que no hablaba de la persona externa, porque se pone bastante atención en ella, sino de la persona moral. El nudo del asunto es saber hasta dónde es responsable; y, desde ese punto de vista, no hay dos hombres semejantes. Le objeté que desde hacía mucho tiempo se había renunciado a la idea de castigar por castigar, de usar represalias o medios de intimidación. No se trata sino de proteger la sociedad y reformar al culpable. "Proteger la sociedad es tan quimérico como querer reformar al culpable; los que están enterados no pueden menos que reír. ¿Cómo quiere proteger a un loco que se araña la cara con sus propias uñas? Ese loco es la sociedad, que se arroga el derecho de proteger lo que, en su demencia, ella misma destruye continuamente. --Y agregó-: ¡Detente, oh sociedad, hay que proceder de otro modo!" Era una tarde de diciembre cuando discutíamos así, y la nieve que caía desde la mañana hacía aún más sombría mi celda. Antes de salir, Klakusch me dijo: "Ya no tengo gusto para nada, los años me pesan sobre los hombros, sé demasiado y nada me puede entrar en la cabeza ni en el corazón". Cuando al anochecer volvió para vaciar mi recipiente (según el reglamento, yo mismo hubiera debido hacerlo, pero lo hacía siempre él en mi lugar) y lo vi delante de mi, reuní todo mi valor y le pregunté: "Dígame, Klakusch: ¿cree que hay aquí personas que hayan sido condenadas injustamente?" Mi pregunta lo tomó de sorpresa y respondió vacilando: "No es imposible". "¿Con cuántos inocentes condenados injustamente ha tenido que ver durante su carrera? -le pregunté-. Me refiero a aquellos cuya inocencia era notoria". Reflexionó un momento y luego contó con los dedos, murmurando por lo bajo los nombres: "Once". "¿Y creyó en su inocencia desde que los conoció?" "¡Oh, no! -replicó-. ¡Oh, no! Si uno lo creyera y tuviera que verlos consumirse así, si uno estuviera seguro...". Entonces insistí: "¡Bueno! ¿Y si uno estuviera seguro, Klakusch?" "Entonces, la verdad, uno no podría seguir viviendo". Mi celda ya estaba oscura y apenas podía distinguir su silueta. Entonces tenté la pregunta que me tenía intranquilo y a la cual deseaba llegar: "Y yo, Klakusch, me cree culpable o inocente?" "¿Usted quiere que le conteste?", dijo. "Yo desearía que me respondiera franca y sinceramente". De nuevo se quedó pensativo y luego me dijo: "Bueno, mañana por la mañana tendrá mi respuesta". Y al otro día temprano la tuve. Se había colgado del barrote de su ventana".

Maurizius volvió la cara hacia la pared y se quedó inmóvil. Pasó un cuarto de hora reinando un silencio absoluto en la celda. Quién sabe cuánto tiempo habría durado aquel lúgubre silencio si no hubieran golpeado a la puerta blindada. Era el médico del establecimiento que hacía su gira, e informado de la presencia del alto magistrado, solicitaba permiso para examinar al enfermo; no permanecería mucho tiempo. Entró un señor gordo, con lentes de oro sobre una nariz que parecía una papa. Saludó rígidamente, como un oficial de la reserva; tomó la muñeca del preso para observarle el pulso, dejó escapar algunas palabras de satisfacción, saludó en seguida y se marchó.

El señor de Andergast se había puesto de pie. Le parecía que- había pasado diecinueve años sentado en aquella silla, y esos diecinueve años lo habían dejado viejo, cansado y marchito. Su mirada temerosa se detuvo sobre el preso que yacía rígido, con los ojos cerrados y los puños sobre el pecho. "Habría que decir algo", pensó el señor de Andergast. "No -replicaba otra voz en él-, abstente de toda palabra". Tomó el sombrero que había dejado sobre la mesa diecinueve años antes, y los guantes marrones de piel que estaban a su lado. Puso cuidado en no hacer el menor ruido, y con el sombrero y los guantes en la mano, el señor barón de Andergast, procurador general, salió furtivamente, como un ladrón, de la celda del preso 357...

El auto esperaba. "¡Vaya rápido!", gritó al chófer y se desplomó en un rincón del coche. Sus ojos violetas, desmesuradamente abiertos, miraban la lluvia que caía. Pero no la veía, ni miraba, ni pensaba, ni sentía nada.

Vuelto a su despacho a las tres y media de la tarde, mandó al ministro de Justicia un largo telegrama de doscientas palabras, en el que, en términos apremiantes, le solicitaba el indulto inmediato del preso Maurizius.

Librodot

TERCERA PARTE

LA MUERTE IRREVOCABLE

CAPITULO DECIMOCUARTO

1

AL bajar del taxi, Etzel tuvo un mareo. "¡Vamos, valor!", se dijo a sí mismo. La luz de los focos eléctricos corría por su rostro como cera fundida. Cuatro pisos de veintitrés escalones, lo cual sumaba noventa y dos. Era endiabladamente alto. Cestas, cubos vacíos y tachos de cal para revocar las paredes. En el último piso reinaba una penumbra color malva. La puerta del departamento estaba abierta y Melitta estaba en la entrada. Tenía sobre los hombros un ridículo chal verde y se lo ceñía tanto que tenía el aspecto de una percha. "¿Vino alguien?", preguntó inquieto. "Quien quiere que haya venido? -respondió groseramente-. ¿Acaso alguien viene alguna vez a verlo?" "Es verdad -replicó Etzel -, nadie ha venido nunca, pero podría venir alguien". "¡Será una persona muy bien -contestó la amable muchacha-, porque me parece que tiene usted lindas relaciones!"

Una vez en su cuarto, Etzel se dejó caer en una silla, metió las manos en los bolsillos y apoyó la nuca en el respaldo. Hubiera querido tener luz, pero estaba muy fatigado para encender el gas. Su deseo fue satisfecho más pronto de lo que hubiera esperado. La señora Schneevogt apareció y manifestó su asombro al encontrarlo a oscuras. Etzel declaró que le agradaba la oscuridad; y ella emitió la opinión de que era un muchacho original, encendió la luz y le preguntó si debía llevarle la comida. Como no había tocado su almuerzo, iba a calentárselo. Mientras decía eso, su rostro reflejaba la más rigurosa honradez. Etzel le dio las gracias, agregando que no tenía apetito. La señora Schneevogt comprobó con aire preocupado que su aspecto no le gustaba. "Un poco de gripe", dijo con aire despreocupado, cruzando como un hombre sus piernas estiradas. La mujer le recomendó meterse en cama y prometió llevarle agua azucarada bien caliente, remedio infalible. "¡Si por lo menos te fueras, mujer horrible!" Pero la otra sentía la necesidad de hablar o, cuando menos, de apoyarse en alguien en medio de sus tribulaciones. Se informó si él había oído la disputa mantenida después de almorzar con su hija; más tarde se había reanudado y la señora Schneevogt misma se había puesto en un estado horrible. Etzel confesó que había oído ruido y creyó que se trataba de una discusión familiar. "Si no fuera más que eso...", suspiró la señora Schneevogt. Y en vista de que demostraba la necesidad de ponerlo al corriente, renunció a toda resistencia. Aquellas manos secas y agitadas, le parecían gesticular junto a sus ojos.

"¡Pues bien!": En la gran casa de modas donde trabajaba Melitta, un empleado había sido estropeado días antes por el ascensor, que funcionaba mal. Hacía poco que estaba empleado en la casa, porque en realidad era un cantor de "varietés" caído en la miseria y que se había olvidado de hacerse asegurar como los demás. El hombre reclamaba daños y perjuicios: indemnizaciones, intereses y honorarios médicos. La casa negaba toda responsabilidad, pretendiendo que él tenía la culpa del accidente y apelaba al testimonio de otros varios empleados. Aquella gente estaba dispuesta a decir todo lo que se quisiera, temblando de miedo a perder su puesto. Sólo Melitta se rehusaba, y precisamente ella sería el principal testigo, porque en el momento del accidente se hallaba en el lugar donde se produjo la desgracia. Y no solamente se negaba a tomar el partido de los patronos, sino que se ponía abiertamente contra ellos, estando dispuesta a jurar que, desde hacía dos días el

funcionamiento del ascensor dejaba que desear, que el hombre no era ni negligente ni ebrio, como algunos lo habían pretendido; que fue arrastrado en la caída y que medio segundo después lo encontraron colgado en el ascensor, con los brazos y los hombros cubiertos de heridas. "Los patronos están furiosos al ver que está contra ellos, gimió la señora Schneevogt. Huelga decir que tanto ella como el señor Schneevogt estaban igualmente furiosos. Había hecho saber a Melitta que la sección en que ella trabajaba sería suprimida en breve y que habían contemplado la posibilidad de nombrarla jefa de una nueva sección a crearse. "¡Usted comprende!", dijo la señora Schneevogt. Etzel comprendía muy bien, aunque la cabeza le daba vueltas; comprendía lo odioso de aquella amalgama de promesas y amenazas. "Esa idiota no ve dónde está su interés -se lamentaba la señora de Schneevogt retorciéndose las manos-. ¡En los tiempos que corren, se puede una quedar meses enteros en la calle sin encontrar un empleo conveniente!" La mujer había llegado a ese punto de su historia sensacional, cuando se abrió bruscamente la puerta e irrumpió Melitta en la pieza. Saltó sobre la madre como un gato encolerizado: "¡Puedes hacer lo que gustes y gritar media noche si quieres, pero no lo haré y no lo haré; ahí está!" Luego, volviéndose hacia Etzel, agregó con su voz dura y aguda: "Le ponen a una un pedazo de azúcar debajo de la nariz para que haga una bajeza y para quitarle a un pobre hombre, para el cual la vida ya no tiene más valor que un harapo, los pocos centavos que no bastarían a esos canallas ricachones para pagar las ostras de su desayuno!" ¿Era posible que ella se dejara asustar? Que hablara Mohl y que dijera si es preciso rebajarse ante ellos, y si no era más honrado enviar todo a paseo y reventar en la calle... Se dejó caer en el taburete, levantó sus hombros huesudos y estalló en una crisis histérica de lágrimas. "¡Qué muchacha! Está rabiosa", pensó Etzel tratando de levantarse. "Vete -dijo Melitta a su madre con tono imperioso-; tengo que hablar con él".

La muchacha esperó que la puerta estuviera cerrada y luego dijo a media voz con aire sombrío: "El hombre está perdido si no lo ayuda un abogado para obtener justicia.

Yo conozco uno, y parece que es muy bueno. Se llama J. Silberbaum y vive en la calle Lottum. Pero no se molesta si no se le da un adelanto- Cuarenta marcos o no se moverá. Présteme esos cuarenta marcos, Mohl, y se los devolveré de a poco. En estos momentos estoy en la miseria. Si los tuviera, no se los pediría". Etzel ocultó su turbación. Hecho un balance completo, todavía le quedaban ochenta y seis marcos. Su alojamiento y la pensión del mes los había pagado por adelantado; pero, ¿estaba seguro de qué dentro de ocho días podría regresar a su casa? Quizás pudiera hacerlo antes aún; tal vez ¿por qué no?, pasado mañana mismo; mas todo dependía de dos cosas. Ante todo era preciso que Waremme-Warschauer viniera y que en cierto modo estuviera arrepentido; y después, que fuese llevado hasta el punto en que podría abrírsele el pecho y poner al desnudo su cerebro. He aquí de lo que dependía todo, y, claro, no se estaba seguro de nada. Si le fuera necesario permanecer allí aguardando, desesperadamente solo en aquella inmensa ciudad, ¿qué haría con cuarenta y seis marcos? Y para mejor ahora, con aquella malhadada fiebre en el cuerpo, que le hacía ver millares de pajuelas brillantes que le daban delante de los ojos. Esas reflexiones le atravesaron por la mente como un relámpago, mientras Melitta lo examinaba con mirada escrutadora e inquieta, encogida en el taburete, rodeándose las rodillas con los brazos, sin preocuparse de que su falda corta se le había subido hasta la mitad de los muslos. Decir que no a quien se dirigía a uno en semejantes circunstancias, ¡era imposible! Cerrar el bolsillo cuando uno tenía en él con qué salvar a alguien, no era propio. Usar de un subterfugio y decir: "No lo tengo", o bien: "lo necesito yo mismo", ni qué pensarlo. Para eso, Etzel Andergast hubiera podido muy bien quedarse junto a Rie para que le hiciera pasteles. En ese caso, ¿para qué había emprendido todo? "Está bien -dijo-, voy a darle el dinero". Buscó la cartera, bastante usada ya, en el forro de su chaleco, donde él mismo y como pudo se había cortado y cosido un bolsillo, y ofreció a Melitta dos billetes de veinte marcos. Ella, evidentemente, no había creído que lo hiciera, pero se había dicho que no arriesgaba nada con probarlo. De modo que se mostró algo estupefacta, y la persona y la situación de Etzel le parecieron más misteriosas, por no decir más sospechosas que nunca. "Realmente, es usted un tipo maravilloso", dijo agradecida, y

Librodot

luego agregó con un resto de desconfianza: "¿Por lo menos, supongo que su dinero es católico?" "¡Oh, sí! -respondió el muchacho-, y viene de un lugar muy bien. No le digo más que eso". "¡Bravo!, y muchas gracias -dijo Melitta deslizando los billetes en su corpiño y poniéndose de pie-. Mañana por la mañana iré a casa de Silberbaum y después le mostraré el recibo". "No hace falta". "Sí, porque yo podría haberle contado una mentira". "Para eso, se habría dirigido a otra persona, supongo". "Mohl, ¿no quiere decirme usted qué ocupación tiene, con exactitud?" "Busco a un tío que se fugó con el dinero de su pupilo". "¡Hum! Eso no me parece una ocupación muy lucrativa". "A mí tampoco y pronto estaré en la vía". (Se ve que Etzel, aquel "chico iluminado", había tenido la feliz inspiración de adoptar el lenguaje del medio en que vivía). "¿Por eso preguntó si vino el que debía venir? -interrogó con finura Melitta-. ¿Sería ése su tío mismo? ¿Usted cree que va a venir por sí mismo a traerle el asunto en una bandeja de plata?", y se rió con una risa metálica. "No. El que tiene que venir es otro. Otro con quien tengo también una cuenta que arreglar. Tampoco es de mala familia; usted lo vio conmigo la otra noche en el jazz". "¡Ah! ¿Aquel viejo gordo, lleno de sopa?" "Justamente ése, y si no viniese, las cosas irían mal, ya ve. Tengo razones para creer que vendrá, y si no viene hoy será mañana. Sabe dónde vivo. Una vez lo anotó. De día no tiene tiempo y por lo tanto vendrá de noche. Cuando venga, hágalo entrar al punto. Dígale también a su madre que lo haga pasar en seguida a mi cuarto. Dígaselo a todo el mundo en la casa; que todos le digan que estoy aquí... ¿Comprende? Es muy importante. Tan importante como el subterráneo, ¿comprende?..." "¡Desgraciado! -gritó Melitta asustada-. Ha bebido de más o..." "Sólo me siento... -balbuceó Etzel- un poco pesado, ¿sabe? ¿Por qué baila hoy continuamente la luz del gas?"

Melitta no perdió tiempo en palabras. Lo ayudó a desvestirse y cuando estuvo acostado lo tapó cuidadosamente. "Nada de médico -imploró él antes de sumergirse en un sueño afiebrado- se lo ruego, nada de médico". "No tema -respondió la muchacha para calmarlo-, eso nos pasa también a nosotros. No corremos en seguida a buscar al médico". Debajo de esto, pensó, debe de haber algo, para que tenga tanto miedo del médico. Pero le acababa de hacer un servicio tan grande, que resolvió atenderlo ella misma como mejor pudiese. Ella tenía un pequeño botiquín donde había antipirina; disolvió dos comprimidos en agua y se la dio a beber en cucharadas. "Un lindo muchacho", pensaba contemplando el rostro afiebrado de Etzel.

2

Asó la noche en un estado cercano a la inconsciencia, en P medio del cual pensamientos locos se perseguían en su cerebro. Melita había dejado abierta la puerta de su cuarto y

de tiempo en tiempo iba con una vela a ver cómo seguía. El no podía soportar la luz y gemía suavemente, con la mano delante de los ojos. Del otro lado del muro, la pianola de la escuela de bailes hacía el mismo ruido de trueno que un regimiento de caballería lanzado al galope sobre un campo recubierto de chapas de cinc. Aquello no cesaba, no cesaba... La mujer joven que se presentó en la puerta de Ghisels le golpeaba la cara con un claxon. Mirando de más cerca, veía que no era un claxon sino un saxofón, y el joven de anteojos de carey decía: "Señorita, esa es una ocupación conveniente para un centauro". Su abuela estaba suspendida de la cuerda de un globo como un equilibrista y la señora Schneevogt la amenazaba con el puño gritando enojada: "¡Si yo tuviese las rentas que ella tiene, también haría lo mismo!... Andergast, dígame el año de la muerte del último Hohenstaufen... Mal, siéntese". Una mujer con un antifaz negro caminaba del brazo de Trimegisto por una calle siniestra y desierta. Una explosión hacía saltar los adoquines por el aire, el padre de Etzel los atrapaba al vuelo, se los metía en el bolsillo como pruebas para el juicio y decía a la persona enmascarada: "Usted es Ana Jahn; en nombre de la ley, la detengo". Luego Etzel pasaba por encima de una ciudad en un vagón abierto de mercaderías; las vías corrían por el aire como

Librodot

cables; el vagón estaba vacío, salvo una caja de madera que, cosa curiosa, era transparente y estaba llena de cabezas humanas como manzanas; reconocía entre ellas la del joven Paalzow y la del negro Joshua Cooper. De pronto aparecía Camilo Raff y le gritaba "¡Espéranos!", lo tomaba de la muñeca y corrían hasta quedar sin aliento hacia una puerta que podía cerrarse de un minuto a otro, y si eso ocurría estarían perdidos...

Por la mañana Melitta se vio obligada a ir a su trabajo y confió al inquilino enfermo al cuidado de su madre; pero ésta tenía cosas que hacer en la calle, de modo que Etzel quedó solo en la casa la mayor parte de la mañana. Había bajado la fiebre, pero se sentía dolorido y permaneció estirado e inmóvil, con los ojos semicerrados. Como todos los niños y los jovencitos cuando están enfermos, se complacía pensando en la muerte y se sentía lástima desde lo profundo de su corazón a causa de su debilidad y del abandono en que se hallaba. Una sola circunstancia quitaba al pensamiento de la muerte una parte de su encanto dulce y melancólico: que nadie lo sabría si se moría allí, en una horrible casa de pensión del norte de Berlín, miserablemente y bajo un seudónimo. Ni su abuela, ni Roberto Thielemann, ni la buena vieja Rie, ni tampoco Trimegisto. Era verdaderamente desagradable; era preciso a todo trance que Trimegisto lo supiese. Esa podía ser quizás la única posibilidad de hacer presa en él. Mohl Edgardo, de padres desconocidos, de origen desconocido, puede verse su cadáver en la morgue de Ploetzensee. Al cabo de cierto tiempo, el cuerpo es identificado y personas de luto lo acompañan hasta su última morada, con el corazón acongojado y la conciencia repleta de remordimientos. Aquí yace Etzel Andergast, alias Mohl, víctima de sus nobles aspiraciones y llorado por todos sus amigos espirituales. Naturalmente, no sospechaba que si su imaginación creaba aquella escenografía macabra, era porque la vida recobraba ya sus fueros. Los ruidos de la casa, de arriba abajo, las voces, los pasos que parecían llegar desde un laberinto de galerías subterráneas, el temblor de los vidrios, el ladrido de los perros, los gritos de los vendedores y el zumbar de un aeroplano, todo aquello pertenecía muy bien al mundo real en su agitación viviente.

Etzel levantó la cabeza y prestó atención: sonaba el timbre. Al cabo de un instante, volvieron a llamar; y un momento después se oyó un nuevo llamado más prolongado. El corazón le palpitó. ¿Es posible... a mediodía? Sí, es posible. No tiene lecciones sino hasta las once y por lo general va a casa de la señora Bobike a las doce y media. Etzel lo siente hasta el fondo de sus entrañas: es él. Y sonríe; es una sonrisa llena de espera, de turbación y de alegría inesperada, en la que se reflejaban todas sus resoluciones, sus esperanzas y sus temores. ¿Debe levantarse e ir a abrir? No tiene pijama. La señora Schnnevogt hubiera abierto tamaños ojos de encontrar uno entre su ropa. Mientras se pone el pantalón, tal vez el otro se vaya. Oye voces... Gracias a Dios, la señora Schneevogt está de vuelta. Y es la voz de él. Su voz de bajo, de pecho. Su voz de abejorro.

Entró Warschauer-Waremme, seguido de la señora Schneevogt devorada por la curiosidad. Con los brazos levantados como un exorcista, Warschauer se aproximó al lecho: "¿Entonces, Mohl, mi pobre Mohl, está verdaderamente enfermo, seriamente enfermo? También yo me decía: ¿Por qué no se lo ve a Mohl? ¿Qué puede tener? Seguramente que no estará enojado con su viejo amigo y no va a enojarse por un movimiento de impaciencia... ¿Qué es lo que pasa? ¿La cabeza, el estómago, la garganta, los pulmones? ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Fiebre? Poor fellow! Mi buena señora, tiene aquí a un excelente jovencito y espero que usted lo atienda y no lo descuiden aquí..." Era un flujo de palabras que nada detenía. Daba grandes zancadas por la habitación, representando la piedad, la consternación y la dedicación. La señora Schneevogt, a la que en seguida impuso enormemente su aspecto, dio a entender con aire ofendido que ella y su hija hacían lo necesario por el enfermo. "Excelente mujer", dijo Warschauer. Pero encontró que el cuarto carecía de aire y abrió del todo la ventana. Después volvió junto a Etzel, le puso la mano en la frente y en el pecho, gruñó algunas palabras con aire preocupado, hizo "tz-tz-tz", y los dos vidrios negros de sus gafas parecían en el borde de su sombrero, que conservaba puesto, los sombríos orificios de un par de tubos. "Hágale caldo, mi buena señora -dijo volviéndose hacia la mujer que, reteniendo el

Librodot

aliento, escuchaba y miraba-. Si fuera posible, caldo de gallina. Mande buscar a la farmacia un purgante, calomel o aceite de ricino, y hágaselo tomar". "Así se hará, señor doctor", respondió respetuosamente la señora Schneevogt, que lo tomaba por un médico. Etzel no pudo menos que reírse. El mismo Warschauer tuvo la mueca de una sonrisa amable. "Vaya, vaya -dijo alegremente-, ya está más animado. El carácter despierto domina. Vivos voto. Mi pequeño Mohl, ahora lo dejo tengo obligaciones fastidiosas que me llaman; volveré esta noche para hacerle compañía. Good bye, my dear". Hizo con la mano derecha un gesto animoso y se dirigió a la puerta. Detrás de él flotaban ridículamente los faldones de su chaqué gris. La señora Schneevogt lo acompañó por el pasillo con una sonrisa obsequiosa.

Etzel dirigió una mirada airada hacia la puerta por donde había desaparecido. "Siempre esa desagradable afectación -pensó-. Me pregunto adónde quiere ir a parar. ¿Quiere burlarse de mí, como de costumbre, o bien tiene intenciones particulares? Entonces, es esta noche... Esta vez, será una de dos... quisiera que ya fuese media noche. Desearía estar en el día de mañana". Se puso a combinar un plan; pero, ¿para qué servía . un plan con un adversario como osé? Uno no tiene tiempo para hacerle una zancadilla cuando ya le ha aplastado los pies. "El mejor medio de poner de mi lado las probabilidades -pensó- es fingirme más enfermo de lo que estoy, simular una extremada debilidad y hasta hacer como si el mal atravesara una crisis y no pudiera evolucionar hacia la mejoría hasta que yo tenga el espíritu y el corazón descargados de un peso que me aplasta". Estaba combinado muy hábilmente. Todo el entusiasmo, la astucia y la testarudez de los Andergast, amasados en aquel corazón y aquel cerebro de dieciséis años, se coligaban de una manera demoníaca para preparar su hora decisiva. No retrocedo ante esa debatida palabra demoníaca. El demonismo es la disposición fundamental de esas naturalezas capaces, en su rectitud innata, de obrar según los principios que han aceptado, ya sea que estén cubiertas de un ligero barniz de intelectualidad o que, desconociendo en ellas a fuerzas más profundas, se prevalgan, como lo hacía Etzel de buena gana, de no creer más que en las ideas y de no seguir sino a la lógica. Esto es sólo una medida de sabia precaución para no verse obligado a mantener con el demonio -personaje molesto a pesar de todo- relaciones demasiado íntimas.

3

MELITTA volvió como a las siete y media y corrió en seguida a requerirle a Etzel noticias de su salud. Cuando él le respondió que se encontraba mejor, se mostró muy contenta. Desgraciadamente, no podía quedarse, agregó, porque los empleados de la casa donde trabajaba se reunirían a las ocho y media para ponerse de acuerdo respecto al asunto del ascensor. Con seguridad estaría de regreso a las diez, y entonces entraría a ver cómo seguía. Ya había hablado al abogado Silberbaum y pagado los cuarenta marcos; el asunto estaba en buenas manos. Le mostró el recibo del abogado, pero él ni siquiera lo miró. "Mi madre le está haciendo una tortilla y también le traerá té -dijo la joven-, y mañana estará libre de esta molestia". De pronto había tomado un tono de camaradería y de franqueza que contrastaba curiosamente con sus modales agresivos y hoscos de antes, pero que no agradaba mucho a Etzel, porque habiéndose puesto en seguida a buscar el motivo, encontró que había adquirido su simpatía demasiado fácilmente. Pensó en aquel "precio tan barato" y halló que es hacer demasiado honor a la gente, al criticar en semejantes casos sus sentimientos impulsivos. "No se tiene el alma bastante sencilla -se dijo gravemente-; sería bueno que lo fuese más, porque uno se parece a un lápiz demasiado afilado cuya punta se parte en cuanto se comienza a escribir".

Como la señora Schneevogt le insistía para que comiera algo, comió la mitad de la tortilla, pero dejó junto a la cama el té. La amabilidad de la patrona tenía, por cierto, móviles muy concretos, pero no se atormentó por ello aun en esas condiciones, la compraba demasiado barata (al otro día se vio obligado a reconocer, cuando quiso abonar su gasto, que con las personas más venales es con las que se yerra más fácilmente). Eran las nueve y cuarto

Librodot

cuando oyó sonar el timbre del departamento. "Llueve, mi querido Mohl -dijo Warschauer al entrar-; estoy empapado". Se quitó el sombrero y lo sacudió, se sacó el abrigo y lo sacudió también, buscó por un momento una percha y terminó, resoplando y aclarándose la garganta, por depositar ambos en el taburete que Melitta había ocupado el día anterior. "¡Y bien! ¿Cómo está mi pobre Lázaro?", se informó. Tomó una silla del respaldo, la pasó por encima de la mesa y la colocó junto a la cama para sentarse. "¡Hola! ¿Qué es eso?", preguntó poniendo el oído. Era la pianola de la clase de baile que había recomenzado su ruido ensordecedor. "Es infernal. ¿Usted puede dormir con tal estrépito? Mi sincero pésame". Se aproximó a la ventana, miró de frente y vio detrás de los vidrios las sombras contorsionadas que pasaban y volvían a pasar por el otro lado de los visillos vivamente iluminados. Dejó oír una risita sorda: "Hermosa cámara oscura -dijo-, ilustración del charleston; se siente literalmente el olor al sudor del placer, y lo que se oye retumba en las orejas como las trompetas de Jericó. Me gusta eso. Uno está en seguida en plena situación". Etzel suspiró. Warschauer volvió junto al lecho y lo miró asustado. La exageración casi grotesca, de la que todavía no se había despojado, se manifestaba otra vez. "¿No querría hablar más bajo?", preguntó Etzel. "Pero naturalmente; claro que sí. Seguro, son los nervios", murmuró Warschauer con un aire que parecía no poderse perdonar su falta de atención. "Además, esto no será más que una visita de paso -prosiguió, haciendo con la mano un gesto amable-. No quisiera a ningún precio molestarlo, por nada del mundo desearía retrasar la convalecencia, porque usted ya está en convalecencia, según las noticias tranquilizadoras que me dio la patrona". "No lo sé -murmuró débilmente Etzel- otra vez no me siento del todo bien... Mire, es horrible encontrarse solo en esta pieza con esa música terrible del otro lado de todos modos, no puedo dormir. Quédese entonces todavía". "Bueno, bueno, no hay que decir nada más. Me quedaré todo lo que usted quiera, Mohl. Resultaría un mal amigo si me fuera ahora. ¿Debo quedarme sin hablar? ¿Quiere que le lea algo? ¿Desea que conversemos? No hace falta que se canse; mantendré yo solo la conversación".

Etzel se cansaba pensando: "¿Qué estará maquinando ahora? ¿Por qué de pronto se ha vuelto miel y azúcar? Como un relámpago, atrapó al vuelo, a través de los anteojos negros, la fulguración metálica de la mirada de Warschauer, y un escalofrío le corrió a lo largo de la médula. El breve silencio mantenido entre ambos duró como el corto tiempo entre el momento en que una puerta se abre y aquel en que se cierra. "No es conversación lo que deseo -dijo Etzel con el tono doliente y contraído de una persona afiebrada-; mi idea no es la de quedarme tranquilamente oyéndolo hablar de cualquier cosa. No se trata de cualquier cosa..." "¿Entonces de qué..., mi simpático y pequeño Mohl?" "Del motivo por el cual usted me puso en la puerta anteayer". "Puesto en la puerta es una frase un poco fuerte. Realmente, mi querido Mohl, que es una expresión algo violenta para un movimiento de cólera debido a la impaciencia. ¿Estaría yo aquí si estuviese enojado hasta ese punto? ¿Podría permanecer aquí, al lado de su cama, con la conciencia tranquila?" "Ignoro por qué está aquí, señor profesor. Es probable que, después de todo, no tenga la conciencia muy tranquila. Por otra parte, no sé por qué usted se ocupa de mí. ¿Qué encuentra en mi de interesante? Y si halla algo interesante, ¿por qué juega conmigo como el gato con un ratón?" Warschauer reprimió una sonrisa. Masticó un momento el aire y respondió: "¿Lo que me interesa en usted, querido Mohl? Para decir la verdad, no he pensado en eso. En eso, mi naturaleza se parece a la del animal". Etzel arrugó las cejas. "No le creo, señor profesor. Ni por un instante deja de saber lo que hace y por qué lo hace". "Entonces, me tiene por un intrigante que mira a lo lejos". "No precisamente; sólo que usted es más fuerte que yo, es infinitamente más fuerte que yo y se abusa de esa ventaja". "Usted es insolente, Mohl". "Es la verdad". "¡Hum, hum! -hizo Warschauer acomodándose los anteojos sobre la nariz-. Se agita inútilmente, Mohl, y no debe agitarse. ¿No tiene termómetro? Sus ojos tienen un brillo que no dice nada bueno. Calma. Voy a ver qué puedo hacer por usted. Si eso lo tranquilizaría... Hablo de la explicación de mi simpatía. En el fondo, eso no es fácil. Su exaltación, que el otro día me impulsó a una medida enérgica, un poco demasiado enérgica, lo reconozco, confirmó ciertas suposiciones. ¿Habré

Librodot

jugado con usted, Mohl? Eso es un audaz retorcimiento de la verdad. Tengo la idea de que ha sido más bien usted quien jugó conmigo, o por lo menos, lo intentó. Con la mano en la conciencia, ¿es verdad o no?"

"¡Ah, ah!, ya estamos en el corazón del debate", pensó Etzel con una mezcla de inquietud y de alivio, juntando las manos debajo de la frazada. "Nada de eso -respondió algo molesto- desde el principio yo le dije lo que quería. ¿No comencé por preguntarle si creía culpable a Maurizius? Pero usted se esquivó y todas las veces que le hablé de lo mismo se esquivó. ¿O no se burló de mí todavía la última vez?" Warschauer tuvo una mueca. "¿Y por qué razón, si le parece, yo tenía que servir mi opinión en bandeja de plata a un chiquillo llegado quién sabe de dónde? Ya que ahora discutimos este asunto tranquilamente... -ve que lo tomo en serio, igual que si tuviera ante mí a un delegado de la Liga de los Derechos del Hombre, y en ninguna forma podrá quejarse de mí- ya que discutimos amistosamente ciertos malentendidos, dígame: ¿qué motivaba su juicio? Su enternecedora historia de pequeño burgués, es una historia cuya trama torpe sólo podría inspirar lástima a un viejo de cuero duro como yo, admitiendo que no lo fastidiara. Ahora se ruboriza, Mohl; es muy natural, ruborícese siempre, porque le sienta maravillosamente bien; es cosa de su edad. Pero cuando se quiere engañar a un Jorge Warschauer, hay que tomarse incomparablemente mucho más trabajo, Mohl. Hay que tener ideas nuevas y no basta servirse de la primera ocurrencia que venga a la mente entre el crepúsculo y la caída de la noche. ¿Comprendido?" "Tiene razón -murmuró Etzel con los ojos bajos-. ¿Pero qué podía hacer?" "¿Qué podía hacer usted? Pues exactamente lo que espero que haga ahora. Hay personas a quienes uno debe siempre la verdad: aquellos de quien uno la espera. ¿Lo reconoce usted así?" "Sí, lo reconozco". "¿Y bien, entonces? ¡Qué muchacho inteligente! ".

Etzel abrió varias veces la boca para hablar, mientras Warschauer lo observaba, con el rostro fijo con una inmovilidad de máscara. La pianola dejaba oír con su sonido mecánico y sin vida un american blue. "No puedo cumplirlo -dijo entre dientes, muy bajito y con esfuerzo-. Leí la petición de indulto que redactó el viejo Maurizius. Entonces me hice contar todo por él. Fui a verlo, sencillamente. Me facilitó las memorias y artículos de los diarios, pero no valía la pena. Me explicó muchos detalles, pero desde el primer minuto no hubo para mí ninguna duda: el veredicto era falso. Aquel veredicto fue un asesinato jurídico. No tuve ninguna duda de ello, como no la tengo de los diez mandamientos o de la sinceridad de Lutero. No me preocupaba por el viejo, que, en el fondo, me dejaba frío. En el fondo lo detestaba igual que a su petición de indulto. ¿Por qué un indulto? ¿Lloriquear para obtener el perdón del condenado y contentarse con un indulto cuando estaba convencido de la inocencia de su hijo? No se lo quise decir y, además, ¿para qué me hubiera servido, si a mis ojos no era más que un viejo reblandecido? Sus protestas no me hubieran hecho la menor impresión si por mí mismo no me hubiese sentido penetrado de este pensamiento: ese hombre es inocente. Si usted me preguntara cómo adquirí esa certeza, no podría responderle sino una cosa: no lo sé. Lo que yo sé, es que es así y que todos los tribunales del mundo no me harían desdecir. Tal vez usted lo comprenda mejor si le digo que me crié en una casa donde un juicio tiene el mismo valor que un sacramento de la Iglesia. A veces se tienen alucinaciones en la oscuridad, ¿no es cierto? En determinadas circunstancias un hecho puede exaltarlo a uno tanto como una idea... ¿Me expreso bastante claramente? Entonces, es más fuerte que todas las consideraciones y todo el saber. Una vez presa de esa exaltación, me hubiera sido imposible quedarme en casa, y yo me decía: es menester que se haga justicia a ese hombre o yo estoy perdido. ¿Lo comprende ahora? Esa es la verdad".

Al final había hablado muy lentamente y levantando las manos unidas por encima de la colcha. Su frente, sobre la cual caían en desorden algunos mechones de cabellos húmedos, parecía de piedra pulida. Y, cosa curiosa, una sonrisa a la vez provocativa y enfermiza tironeaba de sus labios. Su rostro había perdido de pronto la expresión juvenil y durante algunos minutos sus rasgos tuvieron hasta algo de maduro y doloroso. La mirada se concentraba, tendida hacia los anteojos negros, detrás de las cuales se hubiera dicho que nada se movía y

Librodot

no pasaba nada. "Es bastante aproximado a lo que yo pensaba --murmuró Warschauer-; yo había calculado las cosas en ese sentido. Saúl partió en busca de las burras y encontró un reino. Mohl salió en busca de la justicia y deberá considerarse feliz encontrando las burras. No me fulmine así con la mirada con tanto desprecio, mi querido Mohl; esto no es cinismo, sino el fruto de la experiencia. ¿Quiere usted que lo siga llamando todavía Mohl, eh, aunque presumo por sus revelaciones que sólo sea un nom de guerre? Bueno, atengámonos a él. Ya me acostumbré a ese nombre, y no pido más. En todo caso, para su edad no se desenvolvió mal. ¡Sí... sí...! Hay paño y raras disposiciones... ¡Caramba!, amiguito Mohl, ¿por qué tuvo que oponerse a mis proyectos? ¿Qué demonio entró en usted para que se atravesara en mi camino?" Etzel mostró un gesto de asombro: "Pero, Dios mío, creo que un demonio muy lógico", respondió encogiéndose de hombros. Warschauer hizo con la mano un gesto vertical que cortó el aire. "No digo que en usted era una cosa deseada, pero hablo del atentado así cometido contra mí. Sí, un atentado", afirmó con tal gesto de maldad en la cara que Etzel se sobresaltó.

"No comprendo", dijo. "No espero que lo comprenda, joven, porque su espíritu está demasiado turbado por esa idea fija -replicó Warschauer con tono cortante-. Sin embargo, yo me había vanagloriado hasta este momento... Eso no basta. Había echado mis cuentas y hecho el balance. No tenía necesidad de que sobreviniesen nuevos acontecimientos; no necesitaba nuevas sacudidas. Y ahora usted hace irrupción en ese idilio de cementerio. En el primer libro de Saúl hay una frase sublime sobre el. mismo Saúl a que acabo de aludir: Dios le dio un nuevo corazón". Al decir eso, se miraba las manos blancas e hinchadas, colocadas sobre su rodillas. "Todo eso está fuera del asunto", dijo Etzel con dureza. Warschauer se levantó de un salto, atravesó la estrecha habitación, volvió y tomó asiento. "Está bien, hablemos de la justicia", dijo sacando el pecho, lo que le daba un aire fanfarrón y ofendido a la vez.

4

EFECTIVAMENTE, su aire ofendido y fanfarrón hacía pensar en un enamorado despedido que cree haber demostrado suficientemente sus méritos. Pero cuando se puso a hablar, la llama chisporroteante de su espíritu devoró más victoriosamente que nunca los elementos turbios, antipáticos, peligrosos y maléficos de su persona. "Sí, la justicia, la augusta madre de las cosas, como no sé qué escritor la llamó. Quizás fuera yo mismo. En otro tiempo me agradaba el desdeñoso eufemismo. Un prelado de gran sentido común me dijo un día: No reclames airadamente lo que se te debe, no sea que te lo acuerden de verdad. Cuidémonos todos de hacerlo. Uno puede exigir de la sociedad cualquier cosa y siempre se dignará hacer concesiones; pero exigir de ella justicia es una perfecta falta de sentido, porque no dispone de los medios necesarios para acordarla. Además, no está hecha para ello. Es como querer iniciar a un bebé en los misterios del cálculo integral y descuidarse de darle la leche que le es necesaria. Nosotros no tenemos la leche que necesitamos. Me encontré en el barco con un hombre que iba a la Sociedad de las Naciones, un creyente puritano de Boston. Me decía con entusiasmo: Nuestra misión es la de hacer reinar la justicia entre los pueblos. Me le reí en la cara. Usted dormía mientras corría el tren, le respondí; usted debió bajar en Ellis Island para visitar las barracas de los inmigrantes. Una vueltita por México tampoco le hubiera hecho mal. Usted se equivocó de camino. Me miró con la boca abierta, sin comprender. Todos aquellos que buscan la justicia se equivocan de camino, porque cualquiera que sea la senda que emprendan, es la mala. Sospecho que todos los que se embarcan en esta galera se entusiasman por razones personales. Miguel Kohlhaas es el personaje más odioso del mundo; nadie, excepto los alemanes, puede comprender su lógica tan prusiana. La mujer que reclamaba ante Salomón que el niño en litigio fuera cortado en dos, representa el encarnizamiento para sacar de la idea de justicia sus últimas consecuencias. Ateniéndose a la justicia pura, el niño debe ser cortado en dos. No se indigne, Mohl; lo que digo es la verdad. Sus ideas humanitarias no son ni un frasco de aceite derramado sobre las

cataratas del Niágara. Salomón era un sabio; convenció de su absurdo a todos los apóstoles de la justicia y cubrió de ridículo a todos los pacifistas. ¿Se ha visto alguna vez, desde que el mundo es mundo, que una guerra tuviese una causa justa? ¿Se ha visto nunca a un general que librara sus batallas por la justicia? ¿Se vio rendir cuentas, salvo cuando su empresa había fracasado, a alguno de esos célebres ladrones de territorios o exterminadores de hombres? Lo invito a que reflexione un poco en las relaciones, iba a decir en el parentesco, que existe entre la idea de derecho y la idea de venganza. ¿Cuándo y dónde, en la historia, vio usted que se fundaban imperios y religiones, que se edificaban ciudades, y que se difundía la civilización con ayuda de la justicia? ¿Conoce un ejemplo de ello? Yo no lo conozco. ¿Dónde está la picota que hará expiar la masacre de diez millones de indios, el envenenamiento con el opio de cien millones de chinos y la esclavitud a que han sido reducidos trescientos millones de hindúes? ¿Quién detuvo a los navíos repletos de esclavos negros que, del decimosexto al decimonoveno siglo, atravesaron el océano de África para América en largas caravanas? ¿Quién levanta el dedo meñique en favor de centenares de miles de hombres que se consumen en las minas de cobre del Brasil? ¿Dónde está el juez que emprenderá la tarea de castigar los pogroms de Ucrania? ¿Quiere otros ejemplos? Los tengo a su disposición. Usted me va a responder que su ideal moral más caro y más secreto es precisamente creer que es preciso poner remedio a eso y que hay que reformar el mundo. ¡Ta, ta, ta!... Uno no remedia nada y no se reforma nada. Digo "uno" porque los hombres nada pueden. En cuanto a los cambios que se cumplen por la fuerza de las cosas, es otra cuestión. Pero entonces se trata de evoluciones tan largas como la del antropoide de Pericles. La empresa es demasiado vasta y el individuo de formato demasiado pequeño, mi pobre Mohl. ¡Son presunciones! ¡Presunciones! Usted puede sacar de sus dotes un partido más útil, usted que representa a los demás, ¿porque me imagino que se tiene por un individuo representativo? ¿Del espíritu moderno? ¿De la generación presente? No lo niegue (Etzel no soñaba en negarlo, ni siquiera en hacer la menor objeción; escuchaba solamente, con los ojos dilatados), no niegue que es la moda, el tipo de hoy. Todos esos hijos de papá de nuestra época, esos run-away-boys rebelados que quieren hacer la felicidad del mundo, terminan por verse "obligados a bajar el tono y sentirse felices de que se les permita decretar desde una oficina cualquiera, que el estiércol de una caballeriza parecida a la de Augias, por lo menos no debe molestar el olfato del público. Muy pronto abandonan la idea de que ellos hubieran hecho las cosas mejor que sus antepasados. ¿Para qué reclamar la justicia a grito pelado, cuando la realidad que nos rodea nos recuerda sin cesar, con un desprecio insolente, que vivimos únicamente del fruto de la injusticia? El bocado de pan que yo como, el marco que gano y el par de zapatos que llevo puesto, es el resultado de un complicado sistema de injusticias y violaciones del derecho. Toda existencia humana, toda actividad humana, presupone hoy una hecatombe de víctimas. Usted y sus semejantes suponen, por el contrario, que existe una voluntad de justicia, una idea inmanente de la justicia, por decir así. Es falso. Es un sofisma. Al conjunto de la humanidad se le importa bien poco de la justicia. No tiene órgano para percibirla. A veces le pasa, particularmente cuando atraviesa épocas prósperas, que se embriaga con ese pensamiento; pero si aparece la menor amenaza contra los dividendos y si los valores de la Bolsa aflojan, todo su hermoso entusiasmo echa a volar, y los pájaros profetas que hablaban desde lo alto, bajan de su rama y dejan de hacer ruido. Conocí a dos directores de banco en Leipzig; los dos estaban en el mismo banco. La casa quebró y con ello innumerables familias perdieron sus economías. Uno de los dos, hombre probo, abandonó toda su fortuna al síndico de la quiebra y se constituyó preso. Fue encarcelado y condenado a tres años de prisión. El otro, un pillo como pocos, supo deslizarse entre las mallas de la ley y poner a salvo su tesoro. Hoy es un nabab colmado de condecoraciones, admirado y orgullo de su patria. La pobre sirvienta que, por desesperación, estrangula a su recién nacido, no encuentra piedad en los tribunales. Pero, recientemente, un gran señor de Mecklemburgo envenenó a su mujer para heredarla, y el fiscal vaciló seis meses antes de poner en movimiento la acción pública. El año pasado asistí al proceso en que una mujer fue condenada como proxeneta por haber

Librodot

cobijado una noche bajo su techo a su hija y al novio. Jamás olvidaré el grito desgarrador de aquella mujer al oír el veredicto; jamás oí una voz humana expresando semejante angustia frente a una catástrofe que quebraba su existencia, semejante incomprensión ante el orden establecido. Al lado de eso, uno ve a jueces imbéciles absolver, porque está bien arreglada y los deslumbra con su charla, a una mujer que confiesa haber matado al marido. Si usted me prueba que en uno solo de esos diferentes casos hubo alguien que se preocupase de saber si se había satisfecho a la justicia, como se ha convenido en decir, le doy un tálero. Usted ha tenido la desgracia de exaltarse, usted me lo ha dicho, mi querido Mohl; pero pudo haberse exaltado con otros treinta y seis mil casos. ¿Por qué ha sido preciso que justamente eligiera ese? Compromete demasiado su responsabilidad personal en un descubrimiento fortuito, asumiendo una tarea demasiado pesada para sus hombros. Prodiga inútilmente su vida, su inteligencia, sus fuerzas y su tiempo, en una causa perdida, en un asunto muerto. ¿Quién es Maurizius? ¿Quién se interesa por Maurizius? ¿Qué diferencia hay entre que esté en la cárcel o en su casa, entre que sea culpable o inocente?... ¿Qué dice Goethe? El día del juicio final, eso no tendrá más importancia que un p... Poner por delante, en el actual estado de las cosas, la gran palabra justicia, es, por cierto, como servirse del vapor para mover un molinillo de café".

El rostro de Etzel había perdido todo color. Le temblaban los labios y la barbilla, le corrían escalofríos de la cabeza a los pies y devoraba con los ojos al hombre que estaba sentado frente a él. No necesitaba fingirse enfermo, porque en aquel momento estaba enfermo hasta el fondo de su corazón y su alma, enfermo de cólera y de desprecio, de loca decepción y de exasperación. Hizo un gesto insensato como para arrojar al rostro de aquel hombre todo lo que sentía, así como en un movimiento de rabia se recoge una piedra para tirársela al ofensor. Después balbuceó, retorciéndose en el lecho: "Pero es ... es increíble., nadie en el mundo puede creerlo... es infame... ¡Es horrible..., tener que oír tales cosas... y estas gentes pretenden ser hombres... habla y habla... Dios mío, Dios mío... y pretende ser un hombre... no puedo ver más a este hombre... ¡Que se vaya!" "¡Mohl!", exclamó Warschauer sinceramente aterrado, porque no se esperaba ese resultado. "Agua", gimió Etzel. "Sí, sí, en seguida, querido, chiquito", murmuró Warschauer trastornado, y buscando torpemente el botellón por todos lados en el cuarto. Por fin lo encontró, echó agua en un vaso y se la llevó. Etzel lanzó un profundo suspiro y se quedó rígido en la cama. "Bueno, bueno -dijo Warschauer-, ¿qué pasa mi querido, mi bueno y pequeño Mohl? Serénate, mírame, mira a tu amigo..." "Tengo calor -murmuró Etzel-, me siento mal..." "Sí, sí, hijito, claro -Warschauer tocó el cuerpo del joven-. Estás hirviendo, vamos a hacer una envoltura..., es la fiebre". En efecto, todo el cuerpo de Etzel estaba ardiendo como una estufa sobrecalentada. Fenómeno incomprensible, porque en realidad el muchacho no tenía fiebre. ¿Gobernaba sus reacciones físicas hasta el punto de poder hacerlas obedecer pura y sencillamente a un impulso moral? ¿Únicamente porque tenía necesidad de impresionar al otro por medios concretos? ¿Qué parte tenía allí la simulación y qué parte un último esfuerzo heroico de la inmolación de sí mismo? Como un corredor insensato, volaba hacia la meta, inconsciente en medio de la reflexión más fría. Warschauer metió una toalla en la jarra del agua, la retorció para que sólo quedara bien embebida, volvió junto a Etzel y le sacó la camisa. Etzel se quedó tranquilo, estaba rígido y no hacía el menor movimiento. Viendo ante sí el cuerpo del jovencito, Warschauer se inmovilizó en una muda contemplación. Las manos le comenzaron a temblar. Detrás de los vidrios de sus anteojos, brillaron dos relámpagos inquietantes, como dos pequeñas llamas sombrías. Abrió la boca con el aspecto de un poseído que ha comenzado una oración y no puede continuarla. "Mi pequeño -murmuraba-, mi querido pequeño..." Etzel pareció despertar. Con sus dos manos tomó vivamente a Warschauer por ambos brazos. Fijó sobre él una mirada indecible, atrevida, hosca, suplicante e imperiosa. Le soltó los brazos, se levantó sobre las rodillas y se aferró a los hombros del hombre. Luego soltó los hombros, se apoderó de los anteojos y se los arrancó, blandiéndolos en su mano derecha como un trofeo. Desnudo, de rodillas y con los anteojos en la mano, exclamó: "Quiero saberlo todo. ¿Lo oye? Quiero saber lo que

Librodot

significaba aquel deus ex machina. Usted puede decírmelo porque soy digno de ello. ¡Vamos! ¡Diga! ¿Quién tiró? ¿Fue Ana Jahn, fue ella quien tiró? ¿Sí o no? ¿Sí o no?"

La respuesta fue una mirada animal, desconcertada, de los ojos color de agua.

5

UNA débil sonrisa pasó por el rostro lívido de Warschauer. Ya no tenía fuerzas para resistir al joven que, fuera de sí, lo urgía. Tomó suavemente de sus manos los anteojos y los depositó sobre la silla. Luego acarició el hombro, la espalda y la cadera del cuerpo hermoso y elástico; sus dientes castañeteaban: "¡Pues bien, sí! Pues bien sí. Fue ella quien tiró -dijo con una especie de dulzura senil-. Si deseas tanto saberlo, mi querido Mohl, ¿por qué iba a ocultártelo?... Sí, ella fue quien tiró... ¿Acaso podía hacer otra cosa?..." Etzel apretó con las suyas la mano derecha de Warschauer y cayó sobre la cama sin soltarle la mano. Parecía ebrio de felicidad. Con un ardor apasionado clavó su mirada en los ojos color de agua. Tenía la impresión de que mientras lo tuviera bajo su mirada, aquel hombre no podría escapársele. Warschauer se sentó en el borde de la cama y estirando los labios a veces y otras masticando en el vacío, con el mismo tono senil, casi tartamudeando, hizo el relato del drama en todos sus detalles. Ella se había sentido tan sacudida que perdió completamente la cabeza, Eran tres tigres a sus talones: el cuñado, la hermana y él, Waremme. Ese era el efecto que le producían: tres tigres. Ya no sabía a qué lado volverse. El le había dado el revólver esa tarde, diciéndole: "Uno no sabe lo que puede suceder. Es mejor estar preparado para cualquier cosa". Sin pensar que, en su desesperación, ella podía suicidarse. Y en efecto, poco faltó para que lo hiciera. Después se lo confesó. Fue la voluntad magnética de él la que lo impidió, en el último momento. El había tenido la sospecha. Estuvo paseándose por debajo de su ventana durante una hora y media. No estaba en el Círculo. Había salido de allí una hora más temprano que de costumbre. Los testigos se habían equivocado o fueron inducidos al error por sus declaraciones posteriores. Había estado paseándose al anochecer por debajo de las ventanas laterales, sin quitar los ojos del hueco iluminado de su cuarto, y de cuando en cuando podía ver su sombra. Sabía por experiencia que si concentraba sus pensamientos sobre ella, quedaría bajo su influencia inmediata y sometería su voluntad a la suya. Pero ella debió oír por la ventana entreabierta el ruido de sus pasos en las hojas secas, y eso llevó al colmo su angustia. La muchacha se sentó al piano, tocando lo primero que se le ocurrió, pero se interrumpió bruscamente, corrió a la escalera y le telefoneó a él, a Waremme, al Círculo. Inútilmente, claro. "¡Por amor del cielo, Elli -gritó entonces desde abajo a su hermana-, ahí está tu marido, baja o sucederá una desgracia!" Al oír eso, Elli bajó precipitadamente, se echó sobre su hermana como una furia, la tomó por la garganta y silbando como una víbora, le dijo: "¡Vete, vete en seguida o te estrangulo!". En aquel mismo momento se oyó el portón de la verja que se cerraba. Elli había saltado al jardín y Ana, que parecía no tener ya ni una gota de sangre en las venas, la había seguido tambaleándose. "Yo daba vuelta la esquina de la casa, dirigiéndome a la escalinata, cuando sonó el tiro. Lo que pasó después, carece de interés. Es más o menos lo que se ha dicho y repetido cien veces. Yo tomé naturalmente el revólver y lo hice desaparecer". "¿Pero antes usted se aproximó a Maurizius con el arma en la mano?", preguntó Etzel jadeante. "Sí". "¿Para que se creyera que usted se lo había sacado?" "Sí, naturalmente. Excelente observación". "¿Pero cómo pudo ser que Ana Jahn lo haya dejado encarcelar y condenar, cómo puede ser que durante esos diecinueve años... no pudo comprenderlo... ¿cómo ha tenido valor? ¿Cómo se puede hacer eso?" Warschauer miraba al suelo, de lado. "Eso es un secreto de su naturaleza. No puedo explicarlo sino muy imperfectamente. Ya se lo he dicho: se trataba de un cadáver, un cadáver que yo tenía que galvanizar para darle una apariencia de vida. No la perdí de vista ni un instante. Durante todo el proceso, mientras ella estuvo en el Mediodía, permanecí a su lado". "¿Pero y después, después, durante todos los años que siguieron? Vamos, vamos. ¡Pero piense!" Warschauer dejó vagar sus ojos por el muro, como si quisiera contar las manchas de chinches de pronto,

Librodot

miró a Etzel bien de frente y, frunciendo el entrecejo, dijo con un tono que aterraba: "Es menester ir bien al fondo para explicar eso. No es posible, de ningún modo, abarcar de una sola ojeada esa alma complicada. Mi influencia sobre ella se estrelló ahí con una decisión preexistente. Nadie más que usted y yo, en el mundo, sabe lo que ahora le voy a decir. A primera vista puede parecerle una cosa vulgar pero, dada la persona de que se trata, es algo extraordinario. Y es lo que hizo de mí el árbitro en última instancia de sus destinos. Cuando comprendí lo que paraba, me pareció que un gigante me había atrapado y roto el espinazo. La verdad es que ella amaba a ese hombre. Lo quiso con locura. Lo amó con una pasión tan furiosa que su mente se trastornó y su alma quedó enferma para siempre. Ese amor fue para ella el golpe de gracia, el salto a los infiernos. Y él no lo sabía. Ni siquiera lo sospechaba. El se contentaba con amar, el desdichado, y seguía mendigando, implorando y gimiendo, mientras ella ya... ¡Bueno! Sí; ella ya había dado el salto al infierno. Ella no le perdonaba que no lo supiera. No le perdonaba el amor insensato que sentía por ella y no se lo perdonaba a sí misma. Por eso él debió soportar su castigo. Era preciso que desapareciera. Jamás y en ninguna circunstancia, el hecho de que ella había matado a su hermana por amor a él, debería servir para aproximarlos. Ella se había creado al detalle un derecho imaginario detrás del cual se parapetaba. Decretar su muerte o decretar su pena, fue un derecho que ella se arrogó, fue su enemigo más cruel y se transformó en seguida en un fantasma sin alma para vivir con él su vida de expiación. Encima, un orgullo burgués y una cobardía burguesa se reunía en ella, ligados como no es posible encontrarlos unidos en una misma persona. En efecto, ya ha pasado la época que permitió a seres de este género alcanzar todo su desarrollo. La primera vez que vio en los diarios su nombre mezclado en el asunto, aquello le produjo una impresión singular. Por otra parte, se hablaba de ella con extremada delicadeza. Pasó horas y horas lavándose las manos y sintió un disgusto que creció hasta el punto de darle convulsiones de horror. No, Mohl, es un carácter que usted no puede comprender y, al fin de cuentas, debo decir: que Dios lo preserve de comprenderlo. De un paganismo y un beaterío estúpido, llena de orgullo y devorada por la rabia de hacerse mal a sí misma, casta como una virgen y abrasada por una sensualidad mística, primitiva y oscura, austera y ávida de ternura, con el alma aherrojada y odiando los cerrojos, detestando al que se atreviese a poner sobre ellos su mano y al que los respetase, pero sobre todo viviendo bajo el signo de un astro tenebroso. Hay muchos que viven bajo el signo de un astro tenebroso. No luce en ellos ninguna luz. Ellos quieren su destino sombrío, lo llaman y lo provocan, hasta que los aplasta. Quieren ser aplastados. No quieren doblegarse y rendirse, sino ser aplastados. Era el caso de ella. Ese es un punto establecido. Paciencia, Mohl, ya llego a lo que usted quiere saber. A la declaración... ya sé... ya sé..." Se levantó, tropezó con la silla, y se cayeron los anteojos. Se inclinó y los observó atentamente; tenían un vidrio roto inclinó la cabeza y se los puso en el bolsillo. Después fue hasta la ventana, alzó por un instante sus miradas al cielo lluvioso y volvió: "El testimonio no fue más que una posibilidad para permanecer de pie, una consecuencia lógica. Es difícil seguir de pie cuando uno tiene rota la columna vertebral, pero había que hacerlo. Me encontraba sobre un montón de ruinas y no había lugar a vacilar sobre la elección de la última víctima. Al menos yo, no tenía por qué vacilar. No tenía que apreciar el mayor o menor valor de tal o cual persona, sino que decirme: en medio de las profundas tinieblas, ¿queda todavía un resplandor de esperanza para el porvenir? ¿Qué es posible salvar de este desastre? Entre yo y Leonardo Maurizius debía librarse un duelo, combate poco caballeresco, es cierto, un duelo en el cual se jugarían y se enfrentarían los destinos. Si yo salía vencedor, sería que el destino así lo quería. No crea que entonces uno obre únicamente pidiendo consejo a su conciencia; también interviene el signo mágico que le envían los espíritus invisibles. La conciencia sola no sería bastante fuerte; lo que sostiene es el llamamiento escuchado. ¿Viene del cielo o del infierno? Mientras uno obedece, no lo sabe. Uno no ve el astro tenebroso. Está mal... sí, claro... el mal es una idea relativa e insondable, un espejo mágico en que se refleja sólo aquel que mirándose en él pronuncia el abracadabra judeocristiano. Hoy eso parece mal. Hay muchas horas... muchas noches en que... uno tiene

Librodot

debilidades en este mundo sublunar. Si yo hubiera conquistado un reino, el reino de este mundo, como por un momento pudo creerse que lo había hecho, yo sería sin tacha. Mi falta hubiera encontrado su contrapeso. Las cosas se dieron vuelta de manera que perdí la partida. ¿Habrá verdaderamente entre el cielo y la tierra cosas que nuestra filosofía no sospecha? O, para ampliar esta idea, ¿cosas de las que sólo podemos tener sospecha? Hay muchas noches en que... Mohl, Mohl, mucho me temo que no seamos, tal como somos, más que unas lamentables criaturas, todas amasadas con la misma arcilla y cuando mucho buenas para ser dadas como pasto de los gusanos. ¡Es triste reconocerlo! ¡Triste conclusión!"

Volvió a sentarse en el borde de la cama (entretanto, Etzel había subido la colcha hasta la barbilla), tomó la mano del jovencito y dijo: "No he tenido escrúpulos para hablarle sin ambages, ya que lo anhelaba tanto. ¿Por qué negarle esa satisfacción? Para usted esto no tiene ningún valor práctico. Hace mucho que mi falso testimonio ha caído en la prescripción. Sí, Dios mío... después de todo, para mí lo mismo daría. Para mí en este mundo ya nada tiene importancia. Si me interrogo con sinceridad, me veo acerca de ese punto perfectamente indiferente. Pero desearía tener el timón en la mano por un momento todavía. No vaya a concebir esperanzas exageradas. Llevar al cadí mi confesión, no le serviría para nada (hizo sonar los labios con una alegría maligna). Los engranajes de nuestros tribunales están tan herrumbrados, que se cuidarán muy bien de exhumar el sacrosanto cadáver de la justicia porque un joven exaltado de diecisiete años haya dado un grito de alarma. Y además, yo sigo siendo el hombre que obedece a la ley y que no irá ridículamente, porque ya tarde se ha chiflado por alguno, a poner en peligro sus posibilidades, por pobres que sean. Porque se lo confieso francamente, querido, me he chiflado por usted. Sería ingrato con el destino si no quisiera reconocerlo. Usted ha tomado entre sus manitas mi viejo corazón marchito, y a veces, sin que yo pudiera impedirlo, ha hecho brillar sobre él una luz radiante. Demos al César lo que pertenece al César. ¡Sin ofenderlo, Mohl!" Se puso de pie y prosiguió diciendo: "Además, le diré que pronto me iré de aquí. Tengo una hija que vive en un lugar de la Alta Silesia polaca. Hace veintitrés años que no la he vuelto a ver creo que se casó con un empleado del gobierno. Trataré de volverla a encontrar. Ya sabe, la marcha hacia el Oriente. Tal vez encuentre allá un lugar donde descansar, una especie de asilo para mi vejez, y usted comprenderá que necesito llevar un nombre más o menos limpio. La gente puede exigírmelo. Pero si usted sabe descubrirme allá por segunda vez, pequeño abanderado entusiasta, quizás me encuentre dispuesto a hacer una declaración que valga ante la justicia si fuese necesario. Y, todo es posible en este mundo, tal vez lo ayude, sacrificando mi indigna persona, a poner una trampa a la justicia coja. Pereat Warschauer, fiat mundos. Sólo le pido que tenga la bondad de estar allí media hora antes de mi muerte". Con una risa seca, tomó su abrigo y el sombrero. "Vaya, se hace tarde Au revoir, amiguito Mohl. Mañana vendré a buscar noticias de usted y espero encontrarlo curado. ¿Cómo puedo salir de esta casa?" Etzel se puso el camisón y respondió: "Se puede pasar por la taberna, la puerta está siempre abierta". Su voz había cambiado tanto que Warschauer se volvió asombrado. Igual cambio se había operado en el rostro de Etzel, leyéndose en él una decisión fría y clara. "¡Ah! ¡Ah!, dijo Warschauer y salió. Etzel lo oyó todavía atravesar a tientas la pieza oscura de Melitta; sintióse aún el ruido de dos puertas y luego se hizo el silencio. Estirado en su cama, el muchacho miraba el aire. Se sentía ligero como una pluma, inmaterial, pero los pensamientos que atravesaban por su mente era pesados y sombríos. Probablemente habrían pasado unos diez minutos y todavía no se había decidido a apagar la luz, cuando tocaron suavemente en la puerta, que se abrió en seguida despacito y apareció en ella Melitta, envuelta en su absurdo chal verde como un asta en su bandera. No entró y no hizo más que observar a Etzel con mirada curiosa, escrutadora e intensa. Etzel volvió hacia ella la cabeza y respondió a su mirada: "¿Oyó usted?", dijo en voz muy baja. "Sí", respondió ella con la cabeza. "¿Todo? ¿Oyó usted todo?", repitió muy bajito. No había razón para que no levantara la voz. Ella se puso un dedo sobre los labios y contestó: "Más o menos". "Tanto mejor", replicó Etzel, y no agregó nada más. "Habrá tormenta", observó la joven. En ese momento la pianola se detuvo y, en efecto, se oyó el trueno que

gruñía débilmente por encima de los techos. Melitta volvió a cerrar la puerta. Etzel se paró en la cama y apagó el gas. Se envolvió en las cobijas, exhaló un suspiro y se deseó a sí mismo: "Buenas noches, Mohl". Se durmió inmediatamente y descansó con el sueño tranquilo y profundo de un niño. Al despertarse a la mañana siguiente, mandó a paseo de un papirotazo a una chinche asquerosa que se paseaba, harta de sangre, sobre su manga, respiró profundamente y dijo: "Buen día, Etzel Andergast". Eran las siete. Saltó de la cama y se puso a empaquetar sus cosas. Tres horas más tarde estaba en la estación.

CAPITULO DECIMOQUINTO

1

Un joven substituto, que estaba de servicio por algunas semanas en la cárcel, se encargó de anunciar al preso Maurizius que le había sido acordada la gracia de una libertad condicional. "¿Acepta?", preguntó el magistrado con una cierta curiosidad que se dirigía al hombre y no a la respuesta. Maurizius; en guardia, tragó saliva. "¿De qué condición se trata?" "No está especificado". "¿Entonces, con cualquier pretexto, podrían volver a meterme en la cárcel?" "Para mí, es sólo una fórmula. Y si su conducta..." "¿Quiere decir que si yo no ocasiono ninguna molestia a los tribunales?..." "No he recibido sobre ese punto ninguna instrucción". "¿Durante cuánto tiempo deberé observar esa condición?" "Un año, y medio, diecisiete meses, para ser exacto. Hasta el final del vigésimo año de la pena". "¿De modo que puede suceder que me vea obligado a rehacer esos diecisiete meses de cárcel si atraigo sobre mí el descontento de las autoridades?" "En principio, sí. Pero como ya se lo he dicho, es una formalidad". "¿Y si yo ahora rehusara, dentro de diecisiete meses quedaría en libertad sin condiciones?" "Sin duda alguna", replicó el joven substituto molesto y ligeramente irritado. Al oír la palabra rehusar, Pauli, el administrador de la cárcel, levantó la mirada, estupefacto, y detrás de él el jefe de guardianes sacudió la cabeza con aire abstraído. "Entonces se quieren ahorrar una ocasión de tenerme sujeto", murmuró Maurizius. "¿Acepta usted o no?", interrogó el substituto con tono cortante, señalando sobre la mesa un papel preparado para la firma. El secretario no podía quedarse más en su sitio. Se puso de pie y dirigió a Maurizius una mirada ávida. Este no se movió. Sus pómulos se volvieron de color rojo ladrillo. Uno de sus hombros se sacudió por un escalofrío. Abrió la boca, pero no salió de ella ningún sonido. Todos lo miraban. De pronto hizo un movimiento como si fuese a caer, pero era sencillamente que había querido acercarse a la mesa y se sostenía del borde. El secretario le alcanzó la pluma. Maurizius la mojó en el tintero, la contempló un momento, confundido, y luego escribió su nombre en el papel, en el lugar donde el secretario había puesto el dedo. El ruido de las cuatro respiraciones se oyó en la habitación como un ligero viento. "Podrá usted salir mañana por la mañana, a las ocho -dijo el director-. El guardián irá a buscarlo a las siete para que usted se vista". "¿Puedo tener autorización para telegrafiar a mi padre?", preguntó Maurizius con voz estrangulada. El substituto y el administrador cambiaron una mirada indecisa. "Preferiríamos que no lo hiciera", dijo el substituto, porque desearíamos evitar toda publicidad inútil". "Pero me será difícil desenvolverme afuera". El magistrado sonrió. "Eso puede arreglarse. Una vez que usted esté en la estación, Dios mío..." "Telegrafíe, pues, a su padre que usted llegará a su casa durante el día de mañana", propuso Pauli en un impulso de lástima. Lo que no nos agrada es que venga aquí y que se conozca la hora de su liberación. Los diarios harían en seguida de eso un asunto". "Entonces, prefiero abstenerme", replicó Maurizius. El guardián que lo llevó de nuevo a la celda, aquel que tenía cara de borracho, le

Librodot

preguntó con condescendencia: "¿Y... cómo se siente?", pero como Maurizius volviera hacia él una mirada ausente, tosió ligeramente y se esquivó.

2

MAÑANA por la mañana a las ocho... Quince horas todavía. ¿Cómo pasarlas? Mira el muro, contempla el tubo de la estufa, da algunos pasos y se dice que durante ese tiempo los minutos pasan. Se toca la barba de varios días y se pregunta si podrá hacerse afeitar esa noche misma. Seguramente se lo concederán. Eso ocuparía algún tiempo. Es preciso que reflexione, y eso también lleva tiempo. Toma la mesa y la traslada dos metros más allá. Coloca delante la silla, sin saber bien por

qué lo hace. Se sienta, abre la Crónica de Rothenburgo y lee: "El 4 de abril de 1659, los burgueses tiraron al blanco, salieron formando una compañía, con tambores y trompetas al frente". Calculó: 1659, eso hacía doscientos cincuenta y ocho años vaya, todavía catorce horas y tres cuartos. Cuando uno cierra los párpados y apoya con fuerza los pulgares en las sienes, llega un momento en que se hace sensible la marcha rápida de las horas muchas veces había hecho la prueba. Pero hoy ese método falla por completo. ¿Qué es la paciencia? La lentitud de la sangre. Olvidarse de que uno quiere, eso es la paciencia. ¡Pobre hombre! Ya estás queriendo de nuevo. Se levantó y puso la mesa junto a la ventana y luego la silla. Se sentó y leyó: "El 29 de julio fue puesta en la picota una sirvienta extranjera, de veinte años de edad, junto con su madre, porque la hija, obedeciendo órdenes de la madre, había robado cerca de cien táleros a H. Dan. Rueckern, capellán del hospital, al que sirvió durante tres cuartos de año. Fueron condenadas a destierro y el verdugo las condujo fuera de la ciudad. La muchacha gritó y lloró lastimeramente; el miserable dinero quería volverse a su procedencia, a la guerra, porque Rueckern era capellán de los ejércitos de Bernardo de Sajonia-Weimar". Aquello está bien. lejos, la rueda dio vueltas y hace tiempo que los suspiros de aquellos sufrimientos humanos se acallaron.

Cerró el libro. De pronto se estremeció a la idea de echar una mirada sobre el pasado. Todo lo que estaba detrás de él, era un estrecho calabozo delante suyo se extendía un espacio sin límites. ¿Pero cuándo comenzaré lo que está delante? ¿Será tan sólo cuando hayan pasado catorce horas y cuarto, penosamente, como caballos de carga que se doblegan bajo su fardo, o bien ahora, a cada minuto de este ahora? ¿Y este ahora es el intervalo que separa un latido del corazón del siguiente, o un segundo del otro, de una de esas ochenta y seis mil cuatrocientas estaciones en el vacío y la desesperación que componen un día? Pero hay un mañana para él Musita la palabra, con los labios temblorosos: mañana. Ese mañana se parece a la mancha de luz brillante que uno percibe al extremo de un túnel y que se agranda lentamente, con una lentitud indecible; el círculo se ensancha y el brillo se suaviza, lentamente, muy lentamente, a pesar de la vertiginosa rapidez del tren. A ese mañana se agrega. otro mañana, después un tercero, un cuarto,

un quinto. De cada minuto presente, podrá decir: "entonces" y mientras ahora dice "es", podrá decir "fue". Da vueltas por la celda, da vueltas... Trece horas y media. Da vueltas y más vueltas todavía: doce horas y cuarto. Se puso a contar sus pasos. Una imagen, una imagen que se parece a una flor de piedra y purpúrea, flota en el aire brumoso y gris de la celda. "Mañana". Ese "mañana" límpido como un cristal. Ese "mañana que no se puede esperar, ese "mañana" mensajero de una felicidad insensata y envuelto, sin embargo, en una angustia loca... Caminos. Carreteras. Puertas de la ciudad. Marchar hacia adelante. El cielo, bóveda que nada corta. Campanarios. Arboles. Jardines. Una mujer... Juntó las manos y un estremecimiento lo sacudió todo entero: una mujer...

Once horas y media. Se echó en la cama y se abandonó a la dulzura torturante de un ensueño que soñó con los ojos abiertos.

Librodot

3

HAY un corazón en la tierra -se imagina en su sueño -que languidece por él: Hildegarda, que ha crecido entre extraños y espera el día que la reúna al padre que no conoce. Hasta que cumplió quince años, jamás se pronunció su nombre ante ella. A los doce sorprendió una conversación entre la persona que le sirve de madre y un digno anciano que se interesa por ella desde ese momento, sospechó la verdad. El día que cumplió quince años, su protectora le cuenta discretamente lo que` no le está permitido ignorar. Se convenció inmediatamente de la inocencia de su padre. No habla y por su parte se cuida de hacer alusión a él, pero en su alma noble y valiente se afirma más y más la convicción de que algún día será rehabilitado ante la faz del mundo, y la convicción más firme todavía, al lado de la cual el resto pierde toda importancia, de que llegará en su busca y se la llevará consigo. Ella lo hará feliz. Borrará el recuerdo de todos los sufrimientos como en una pizarra la esponja borra la escritura. En los proyectos que se hace, no sueña sino en compensarlo de sus penurias. Ella lo espera, lo espera con toda la paciencia de un corazón filial. Espera su resurrección... El pensamiento prosigue irresistiblemente su sueño, echa por la borda experiencia, verosimilitud y realidad. Y lo que del fondo del corazón sube a la superficie, es la ingenuidad del hombre-niño, deseos infantiles de la infantil espera en la víspera de Navidad. Ella ' es joven, encuentra hermosa la vida y haría mal reduciéndose a su papel de ángel guardián y renunciando por él a la felicidad de amar y casarse. Elegirá un esposo dispuesto a consagrarse con ella a la tarea de procurar al "resucitado" una patria y un hogar. Vendrán los hijos, lindas cabecitas rubias, la casa estará llena de gente feliz y por las noches se reunirán en habitaciones acogedoras para entretenerse en una atmósfera de dulce intimidad.

¿Pero cómo será el primer encuentro? Los contornos vagos del sueño, hasta ahora hipotético, adquieren la nitidez de las cosas reales. Con perfecta desenvoltura, la imaginación corrige la idea primera, según la cual Hildegarda no debía casarse sino más tarde, tal vez un año después de haber encontrado a su padre. Por una razón cualquiera, que conviene aprobar absolutamente, pero que permanece obscura, ella decide casarse en seguida y la suerte quiere (¿o bien desempeñará aquí un papel alguna voluntad misteriosa y poderosa?) que el casamiento tenga lugar varios días después de su liberación. Casi se creería que la liberación debiera ser así solemnemente festejada. Pero él no puede llegar a tiempo para la bendición nupcial. Cuando entra en la casa donde lo esperan los recién casados, ya se encuentran reunidos todos los invitados. Su llegada hace sensación. Los criados cuchichean y se apresuran. Le toman el abrigo y el sombrero, y le indican el camino. Se abren las dos hojas de una puerta y ve una sala llena de damas y señores. Todos los rostros se vuelven hacia él, leyéndose en ellos la sorpresa, la emoción, la piedad y el respeto. La música se interrumpe y se hace el silencio como en el teatro cuando una persona que, después de creerla perdida durante muchos años, vuelve, tras de pasar por crueles pruebas, al seno de sus parientes y amigos. Un anciano de larga barba amarilla -que recuerda vagamente al guardián Klakusch, pero que tiene un aire muy aristocrático- se le acerca, se inclina y le tiende la mano. Maurizius no puede pronunciar ni una sola palabra de tan conmovido que está. Su mirada gira a su alrededor, buscando a alguien: "¿Dónde está ella? ¿Dónde está Hildegarda?". Se oye al fondo de la sala un ligero grito, una agitación de alegría se apodera de toda la concurrencia, y los invitados se aparan para dar paso a una silueta blanca que, con los velos flotando a su alrededor, y con los brazos extendidos,. vuela hacia él con un grito de felicidad. El la toma, la estrecha contra su corazón y aprieta aquel cuerpo tibio, pleno de ternura. Aprieta contra su mejilla aquel rostro dichoso... Ahora todo puede arreglarse todavía. El puede olvidar. Está transformado y se siente renovado...

Uno tras otro, los segundos caen sin ruido en la eternidad, tal como caen en el abismo las piedras que se desprenden de la montaña. Durante dieciocho años y siete meses, ha sucedido lo mismo, y ellos yacen, como un montón de escombros, en el fondo del precipicio inconcebible y sombrío. Asoma el día.

Librodot

4

SE despidió del director y del jefe de guardianes, quienes le dieron la mano y le desearon buena suerte. La pesada puerta de hierro se cerró a sus espaldas y se encontró solo bajo la bóveda del cielo. La calle descendía; sus pies buscaron una superficie plana se vio obligado a pensar para restablecer su equilibrio. Después de haber hecho una veintena de pasos, le costó trabajo comprender que no tendrá que volver sobre los mismos. Sus piernas sienten la necesidad de dar media vuelta y durante muchos días tendrá todavía que luchar contra esa tendencia... La idea de que se puede ir más lejos, de que hay que ir más lejos, tiene algo que asusta; que asusta no menos que el espacio de que su cuerpo dispone. Se diría que uno ha sido proyectado en el aire y que se debate en él desesperadamente. Entra demasiado aire en el pecho. Todo es un poco penoso: la luz, el cielo, la ropa a la cual uno no está habituado, y el cuero de los zapatos. Se camina con un paso duro de muñeco. Al cabo de un rato uno se siente fatigado, se detiene, mira a su alrededor y se halla perdido. La gente lo mira asombrada. Uno sonríe. Se vuelven sin responder a la sonrisa de uno. Para ellos, hay que adoptar una cara neutra.

"¿Podría decirme si hay que dar vuelta a la derecha para ir a la estación?" "La primera calle a la izquierda y después la segunda a la derecha". "Gracias". ¿Pero por qué volver sobre sus pasos? Derecho, siempre derecho. ¡Niños! ¡Unos niños! Se detiene y palidece. ¡Qué pequeños son, si parecen enanos! Y allá... ¡dos mujeres! Se vio obligado a apoyarse en un escaparate y se sostuvo con las dos manos atrás; casi rompe el vidrio. El propietario salió y lo apostrofó duramente. Con humildad, pidió disculpas. Por un instante tuvo unas ganas locas de tocar a aquellas mujeres y acariciar sus senos, pero se rehizo. Su rostro se volvió grave, sombrío casi. Y a partir de aquel momento, instintivamente, lleva esa misma cara grave, casi sombría, como una máscara tanto más impenetrable cuanto más fuertemente lo asaltan las impresiones del mundo. Así atraviesa la muchedumbre, espera en el andén de la estación, oye el murmullo confuso de los ruidos y ocupa un lugar en un compartimiento, con el rostro grave, casi sombrío, inmóvil y distante, con los ojos semicerrados y los labios ligeramente apretados para adentro. Cada vez que distingue una mujer con falda corta y medias claras de seda, su frente se cubre de un rubor fugitivo y palpitan las ventanas de su nariz; es algo nuevo para él. Antes no era así. Todo ha cambiado... Todo se ha transformado. ¿La gente hablará todavía el mismo idioma? Pone atención. Son las mismas palabras, pero le parece que el acento, el ritmo; no son ya familiares a sus oídos. Comienza a decirse que el abismo cavado por los años que lo apartaron de la sociedad, no sólo del mundo de las imágenes y los sonidos, sino también del organismo social entero, no podrá ser llenado jamás. Experimenta un sentimiento de malestar que se acrecienta y con el cual pronto no puede vivir.

En Hanau descendió del tren. Vagó un poco por las calles. El cielo sin nubes resplandece como una masa de plomo fundido y resulta extremadamente fatigoso caminar a pleno sol, porque la luz cruda lo deslumbra. Se detiene ante el comercio de un óptico, vacila, entra y pide anteojos. Le prueban seis u ocho pares diferentes, y elige unos que tienen vidrios ahumados y montura de metal. El vendedor le aconseja que lleve unos con armazón de asta, es la moda, resulta más elegante. "Bueno", dice con la cabeza, toma los de asta y se los pone en seguida. Con sus anteojos se siente más tranquilo, más seguro y disminuye su malestar. Se miró en el espejo. Quedó mucho tiempo sin poder desprender sus ojos de aquella cara pálida con anteojos negros.

Un cuarto de hora más tarde se encontró delante de la casa de la calle del Mercado. Preguntó por el alojamiento de su padre. Una vieja le indicó una escalera de madera en el patio. Está tan penetrado de temor y angustia, que subir la escalera es para él un trabajo penoso. El nombre de su padre es una palabra cuyo eco se ha apagado en él, es un vestigio de otra época. No siente ni alegría ni impaciencia, sólo miedo de tener que mostrar sentimientos que no experimenta.

Librodot

Se preguntó si esa categoría de sentimientos no estaría completamente muerta en su corazón, pero pensando en Hildegarda respondió fogosamente a esa pregunta con una negativa. ¿Pero, no sería Hildegarda una simple creación de su mente? ¿Una forma vacía inventada por él en todos los detalles? ¿Un ser sin existencia real, que él imaginó para tener la ilusión de que hay un ser en la tierra que le pertenece? Por primera vez lo roza esa duda y la rechaza con horror, como si hubiera manchado una cosa sagrada. (Pero, ¿de dónde le ha llegado esa esperanza tan firme, si no tiene absolutamente ningún dato preciso para apoyarse y que, al contrario, debe darse cuenta de no habrán descuidado nada para destruir todo lazo externo entre él y la hija, cosa fácil dada la situación? La clave del enigma yace tal vez en esa zona donde le naturaleza humana reacciona contra toda precisión y en que, rodeada de fuerzas primitivas y misteriosas, se refugia en una vida que disimula la vida real).

Tocó el timbre y transcurrió un pesado minuto. En el patio, un gato maullaba lastimeramente. Se oyeron unos pasos detrás de la puerta y una pregunta áspera. La puerta se abrió y el padre y el hijo quedaron frente a frente. El viejo abrió los ojos muy grandes y se quedó como petrificado la cara se le puso de color púrpura, se inclinó su cuerpo hacia adelante y con los brazos se sostuvo del marco. "Lo sabía... -dijo con voz estrangulada- lo leí en el diario... pero no pensaba que ya hoy..." El resto de la frase se ahogó en un sollozo. Pareció una tos ronca, penosa No se ocultó la cara y corrieron las lágrimas de sus ojos astigmáticos. Leonardo Maurizius permaneció curiosamente frío. Sus rasgos conservaban su expresión severa y casi siniestra.

"¿Por qué no estoy conmovido?", se preguntó mientras acompañaba a su habitación al viejo, que lo había tomado del brazo. Miró a su alrededor. Lo triste y pobre del alojamiento hicieron nacer en él un miedo vago. No había pensado todavía en el porvenir. Nunca creyó que su padre tuviese una gran fortuna; además, se había enterado en la cárcel de que la depreciación de la plata, en el curso de los últimos años, había arruinado no solamente a los ricos, sino también a gente que tenía un pasar. Parecía que el viejo había sido alcanzado también por aquello, si no nunca hubiera buscado asilo en semejante vivienda. En sus reflexiones rápidas, las preocupaciones materiales ocuparon el primer plano de sus pensamientos y precisaron el malestar que lo inquietaba y abrumaba, haciéndolo estremecer después. Entonces será preciso -pensó Maurizius- depender de los demás, dirigirse a los otros, dar explicaciones y aceptar favores, pequeños favores de detalle, después del gran favor humillante al que debía la libertad, ese estado al que antes llamó con todas sus fuerzas y con todos sus anhelos y que ahora, cuando se esfuerza continuamente por adquirir conciencia de él, no puede ir más allá de un sentimiento vago; tan vago como el que se tiene cuando se duerme, del lugar en que uno se encuentra. Es que, durante sus años de cárcel, economizó del dinero que ganara, unos cincuenta marcos, y en un impulso de generosidad, los dio para la caja de los presos liberados; era una suma pequeña, es cierto, pero lo hubiera ayudado a vivir los primeros tiempos y aquí parecía reinar una negra miseria.

Pero aquella preocupación no tenía razón de ser, y lo supo un cuarto de hora después. Por largo rato el viejo se quedó contemplándolo, perdido en una muda adoración. Sus mejillas arrugadas temblaban aún bajo las patillas grises. Con la mano derecha tenía sujeto su brazo izquierdo rígido, y no podía hablar. La mirada de Leonardo se dirige hacia la mesa y ve que está cubierta por toda clase de papeles, al lado de un diario abierto en la segunda página y en la cual se destaca un telegrama en letras grandes que hacía saber al mundo su liberación, cruzado por estas palabras trazadas con mano torpe y con lápiz azul: "Bendito sea Jesús!" El lápiz azul está puesto todavía sobre el diario. Eso lo conmueve de pronto, y más bien el lápiz que las cinco palabras. Es extraordinario cómo pueden los objetos en su inercia conservar el reflejo de la naturaleza humana y del alma. El viejo volvió a tomar asiento, señaló los papeles y dijo lo más secamente 'posible: "Eso es tuyo, todo es tuyo". Hacía años y años que esperaba ese minuto; soñaba con él y ahora se quedaba ahí, como un enamorado tímido, temblando de impaciencia en el momento de poner entre las manos de su bienamada el regalo precioso que es la expresión de todo su amor. Luego se afanó con una prisa casi cómica, comenzó a hojear

Librodot

los papeles, a explicar y citar cifras; mostraba el balance, la suma de los depósitos en el banco, mes por mes; la suma de los intereses, y hasta su testamento. Todo estaba preparado desde el mediodía, todo estaba perfectamente en orden. Leonardo miraba y miraba. "¿Y tú?", preguntó señalando la habitación con gesto elocuente. El viejo se puso a reír como un jugador de baraja sorprendido en tren de hacer trampas. Se compuso el pecho, tosió, escupió y luego no dejó de cloquear de contento. Leonardo bajó la cabeza. A través de la gritería' de las mujeres y del ruido de las bocinas, le llegó el sonido prolongado de un cuerno. Se sentó visiblemente fatigado y preguntó con esfuerzo: "¿Dónde está Hildegarda, lo sabes?" El viejo ocultó la decepción que experimentó al ver que Leonardo mostraba tan poca alegría frente a la fortuita que le había reunido, porque era realmente una fortuna; pero, como respondiendo a su hijo, le mostrará que también pensó en eso y que así se ha dedicado a él por todos los medios a su alcance, se siente de nuevo orgulloso y le hace saber, sacudiendo la cabeza con aire importante, que hasta el mes de mayo precedente la jovencita estuvo en un pensionado de Bélgica; entonces hizo un viaje a París y el sur de Francia con varias amigas. Según los informes que ha recibido, ella tiene notables disposiciones para la música, y por lo tanto debe perfeccionarse en el canto. Desde mediados de mayo, se encuentra en la propiedad de una sobrina de la señora Caspot, que es casada, se llama Kruse y habita en Kaiserswerth, sobre el Rin. Hildegarda debe quedarse con ella hasta el otoño y luego ir a Florencia a casa de un profesor de canto. Leonardo se sumerge en sus reflexiones. "Mañana iré a verla", declara de pronto. "¿Mañana ya? -pregunta el viejo-. ¿Es preciso que vayas allá mañana mismo? Espera un poco". "Es necesario que vaya mañana". Se puso de pie, agitado y nervioso. La penumbra de la habitación lo irritaba. Quisiera salir. Habló de la necesidad de rehacer su guardarropa, porque carecía de todo y no tenía otra camisa que la que llevaba puesta. El viejo se echó a reír por lo bajo con gesto cómico. Ya estaba todo arreglado. Esa mañana había ido a un gran comercio de Francfort y había hecho compras. Todo estaba previsto. Todo de lo más elegante que hay. Se dirigió con paso pesado a la puerta de su alcoba, que tenía el aspecto de un antro. Allí había trajes, sobretodos, ropa blanca de toda clase, zapatos, corbatas y sombreros, extendidos sobre la cama. Señalándolo, extendió el brazo con gesto de triunfo. Era el segundo gran momento de felicidad del día, el que hacía de él un dios generosamente dispensador de dones. Esta vez Leonardo le tomó la mano y la conservó un momento en la suya. "Examina un poco eso -dijo el viejo con tono apurado-; si falta algo lo compraremos, y si alguna cosa no te resulta, la cambiaremos". Sacó la pipa del bolsillo, trató de cargarla y por fin lo consiguió. Le temblaban las piernas. "Mira un poco -repitió, dando golpecitos en el pecho de Leonardo con la punta del dedo-, que mientras descansaré algo". Cuando se dejó caer pesadamente en un extremo del canapé, Leonardo pasó a la alcoba, más por dar gusto al viejo que porque aquello le interesara. Pero el examen de todas las cosas le libró de una molestia, porque constituían la manera de poner entre él y el mundo una distancia que le era necesaria. vio que había hasta camisas y calcetines de seda. Luego sus miradas cayeron sobre el armario que tenía las dos puertas abiertas; y allí estaban acomodados los trajes que él llevara diecinueve años antes: su frac, su pelliza de piel, un traje de deportes marrón, en fin, se diría que esa era una casa donde se conservaban reliquias en recuerdo de un muerto. De pronto, se le presentó una asociación de ideas inesperada: la señora de sombrero blanco que vio en la primera fila de los concurrentes el último día del proceso y cuya fisonomía le había chocado con cierta expresión de sufrimiento sensual. Ni una sola vez en aquellos diecinueve años pensó en ella, no la volvió a ver, y ahora su imagen se le presentaba más viva que en la realidad, y lo que él percibe en ella de sufrimiento sensual la hace especialmente nítida; hasta distingue la pequeña cicatriz de su labio superior y el camafeo que llevaba al cuello. Sintió deseos de bajar en seguida a la calle, pareciéndole que al salir de la casa encontraríase con ella. Entonces volvió al comedor para decirle a su padre que de todas maneras quería salir, pero el viejo estaba hundido apaciblemente en el hueco del canapé, con la pipa apagada en la mano y la barbilla sobre el pecho. Sus grandes patillas parecían espuma pegada en las mejillas y sobre la cabeza el lobanillo semejaba una bombilla eléctrica. Dormía. ¡Qué

Librodot

tranquilo estaba! Pero Leonardo se aproximó a él para escuchar su respiración porque algo en su actitud no le parecía natural. No, el viejo no dormía. El viejo estaba muerto.

5

OBLIGADO por aquel acontecimiento a salir de sí mismo, Maurizius tuvo de pronto el sentimiento penoso de su falta de soltura y de la molestia que lo separa de los demás hombres. La entrevista con el médico, la declaración del fallecimiento, el transporte del cuerpo, las conversaciones con respecto a la tumba, el entierro, todas las formalidades para procurarse dinero, las visitas al escribano, la conversación con el propietario, las explicaciones y las firmas necesarias, fueron otras tantas gestiones dolorosas y torturadoras. Agregando a eso los periodistas que descubrieron su pista, de los que huyó y de quienes tuvo que esconderse. Sólo al cabo de seis días pudo partir. Pasó la noche en Colonia. A las once llegó a Kaiserswerth y preguntó por la familia Kruse. Le indicaron una casa a orillas del Rin. Fue allá y tocó el timbre en un gran portón. Cuando apareció una persona de cierta edad, dijo que deseaba hablar con la señora Kruse. ¿Sobre qué? Por un asunto personal. ¿A quién debía anunciar? Al señor Markmann, de Francfort, comerciante en objetos de arte. Maurizius estaba tan pálido y tenía un aspecto tan trastornado, que la mujer lo examinó con mirada sospechosa, y luego desapareció en el interior. El aguardó con la garganta seca, sintiendo la necesidad de tragar saliva continuamente. Un enorme bulldog atravesó el césped, se detuvo asombrado, lo miró con atención, gruñó y se quedó en guardia. Volvió la mujer y le hizo presente que lo sentía mucho, pero que la señora había salido y que tuviera a bien escribir lo que deseara. Como él hiciera presente que tenía que salir de viaje, la mujer se encogió de hombros. Con una insistencia torpe que sólo podía despertar sospechas, preguntó si podría encontrar a la señora Kruse después de almorzar porque el asunto que lo llevaba era importante. No obtuvo más que una respuesta vaga. Ya a punto de alejarse, volvió sobre sus pasos a pesar suyo y, aunque reconociera en seguida que era una tontería que traicionaba sus intenciones, preguntó: "¿La señorita Koerner, vive aquí?" La pregunta desconcertó a la mujer, que lo miró con redoblada atención primero; replicó luego que ella no sabía nada y finalmente le cerró la puerta. Estaba bien claro que obedecía instrucciones precisas. Su visita era esperada. No quedaba ninguna duda de que, en consecuencia, habían tomado medidas. Le pareció que desde una ventana de la casa alguien lo observaba. ¡Vio moverse un visillo! Tuvo un vago presentimiento que no quiso mantener y cuyos pensamientos apartó como uno espanta las moscas que zumban alrededor de un terrón de azúcar, Pero ahora la certidumbre nace poco a poco en él. Quieren cerrarle el camino que le lleva a su hija. Y desde el momento en que se ha tenido la intención, que tuvieron el valor, la crueldad de pensarlo no más, hay que esperar que vayan despiadadamente hasta el fin. No discutirán ni transigirán con él; se mostrarán irreductibles, y la inicua escena del portón, con la cual comenzaron, no permite esperar en adelante un espíritu más conciliador. ¿Qué hacer? En nombre del cielo, ¿qué hacer? ¿Sabrá Hildegarda que él ha sido devuelto al mundo? ¿Sabe tan siquiera que existe? Quizás lo cree muerto... Tal vez ella ignore hasta su nombre. ¿Qué lo autorizó a pensar en ella como un ser que le perteneciera? ¿Tiene el menor derecho sobre ella, otros derechos que no sean los que él se arrogó, sin ninguna relación con la realidad? ¿Y si ella supiera que él existe y que le impiden verlo? La verdad es que esa medida, a la larga, resultaría ineficaz. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Comenzó a pasearse de arriba abajo por la avenida frente a la casa. No podía tranquilizarse ni apartar de sí los pensamientos que se le presentaban tumultuosamente, y que, más terribles que nunca, atenaceaban su pobre cerebro. Al cabo de dos horas, se volvió a Düsseldorf, y en cuanto llegó al hotel telefoneó: "Habla con la casa de Kruse". "Yo soy el señor Markmann. Quisiera hablar con la señora Kruse". "Con ella está hablando. ¿De qué se trata?" "De una entrevista con la señorita Koerner". "Está de viaje". "¿De viaje? ¿Desde cuándo? ¿Adónde?" "No se lo podemos decir". "Tengo que comunicarle una cosa, es un encargo importante, urgente". "¿De parte de quién?" "De parte de una persona allegada a

Librodot

ella". "No conocemos a ninguna persona allegada a ella y que pueda tener que comunicarle algo especial. Si usted quisiera explicarse más claramente..." "Es imposible desde aquí". "Lo siento, pero... ¿Quiere decirme el nombre de esa persona?" Después de un silencio, respondió con voz ahogada: "Maurizius". "¿Podría darme su dirección?" "Hotel del Parque". "Dentro de una hora, recibirá usted una carta". Esperó en el hall, y exactamente una hora más tarde recibió un sobre. Lo abrió y leyó "Previendo lo que sucede, hemos mandado a Hildegarda al extranjero, a casa de unos buenos amigos, hace tres días. En vista de su salud delicada y de su extremada sensibilidad, no podíamos ni por ella ni por nosotros mismos tomar la responsabilidad de exponerla a una fuerte emoción y a un estado de continuo trastorno, que habría probablemente comprometido y quizás arruinado todo su porvenir. El hombre en cuyo nombre usted se dirige a nosotros, debe ser el primero en comprenderlo, y ese pensamiento debe dirigir su conducta. La principal preocupación de la persona que ha criado a la querida Hildegarda fue la de mantenerla en la ignorancia de una cosa cuyo conocimiento hubiera ensombrecido su vida desde la infancia. Nosotros nos hemos hecho también de eso mismo un deber, al cual debemos permanecer fieles. Eso debe parecer a todos los interesados una cosa muy natural. Kruse y señora". Maurizius se levantó como movido por un resorte, arrugó el papel entre los dedos y cayó desvanecido. Algunos clientes corrieron junto a él. Cuando- lo iban a llevar a su habitación, recobró el conocimiento. Pero recuperar el conocimiento no le servía de nada, ni le causaba ningún placer; mas eso es otro asunto.

6

LA decisión de ver a Ana Jahn, señora de Duvernon, y de tener una entrevista con ella, sólo podía germinar en un cerebro cuyas relaciones con el medio ambiente hubieran perdido todo carácter normal. Aquello era en Leonardo el deseo insensato de aferrarse a lo que había sido. Era un último resplandor de la esperanza de encontrar así un medio de reunirse con Hildegarda, un vago consuelo, un plazo. En lugar de un rechazo definitivo, de aquella puerta cerrada ante él, de aquel "¡Fuera de aquí, maldito!", pudiera ser que encontrara una palabra humana y que hallase un corazón vuelto a la razón, capaz de conmoverse y que le hiciera ver un lado más luminoso de la vida. El pobre "romántico" incorregible se extraviaba todavía hasta ahí, hasta esas esferas radiantes donde todo se equilibra y se compensa y donde las almas son hermanas. Aun acariciaba este pensamiento: las cosas no pueden y no deben ser tal cual son; por lo tanto, son de otro modo. No negaba la realidad, se rehusaba a verla y, contra todo razonamiento, quería forzar por la violencia y el desafío, arrojándose de cabeza hacia el obstáculo, lo que no podía ser. Una mente que quiere detener los acontecimientos y que no acepta ninguna verdad, no se admite que las cosas hayan podido cambiar y se ilusiona con posibilidades cuando ya no existen. Las gentes de este temple, deben pasar por la escuela de la experiencia y ser mil y mil veces uncidas por la vida. De modo que al otro día partió para Echternach, cerca de Tréveris, junto a la frontera luxemburguesa se alojó en un hotelito y escribió a Ana Duvernon bajo el nombre de Markmann, pero de tal forma que ella no pudiera ignorar quién se ocultaba tras dicho nombre. Le decía que estaba en Echternach por algunas horas y tenía necesidad de hablarle; le pedía que señalara hora' y lugar para la cita. El horno de ladrillos de los Duvernon estaba a un kilómetro de la localidad y su casa habitación estaba poco alejada, según le habían dicho. Mandó una carta con un mensajero al que recomendó entregarla en propias manos. Eran las tres de la tarde. A las cuatro y media se detenía delante del. hotel una "voiturette" de cinco caballos. Por la ventana vio que una mujer bajaba de ella y entraba rápidamente en la casa. Permaneció paralizado en la ventana, y cuando golpearon en la puerta, sus labios no le obedecieron para contestar: "Entre". La visitante ya estaba en la habitación, jadeante como si la persiguieran, con el rostro pálido y paseando con inquietud a su alrededor la mirada sin brillo de sus ojos negros. Llevaba puesto un vestido azul, un guardapolvo y un sombrero beige con un velo azul; todas cosas muy corrientes y sin ninguna

Librodot

traza de elegancia y el exquisito encanto de otros tiempos. Ya no mostraba esa nota inédita y rara que intriga y atormenta, atrae el pensamiento y encanta, por el hecho mismo de ser rara e inédita. Todo en ella se había ligeramente empastado o secado; por aquí y por allá las líneas se habían desplazado un poco, sólo un poco, pero en ese poco estaba sin embargo la decadencia que se notaba. El aspecto y la mirada, así como la piel, tenían algo de marchito. La gracia frágil incomparable de la jovencita de diecinueve años se había cambiado en una fragilidad enfermiza y el aire de sufrimiento etéreo había cedido su lugar a esa gordura doliente que una vida burguesa fácil y asegurada había favorecido. Exteriores reveladores que permitían temer lo que iba a seguir y que hacían superflua toda conversación. Pero Maurizius no quería ver lo que a pesar de todo percibía con una terrible claridad. Se había vuelto lentamente y permaneció allí trastornado y con los brazos colgando. "¡Oh! Si pudiera llorar -se decía-, si pudiera caer de rodillas y llorar. Y decir todo, pedir todo, olvidar todo, y llorar, llorar, llorar..."

Pero Ana Duvernon estaba tan lejos de experimentar esos sentimientos como de comprenderlos, y dijo con una voz tan baja que no era más que un susurro: "Usted no puede, naturalmente, quedarse. Yo vine porque... Hay que impedir... Por suerte, su verdadero nombre... pero de todos modos es bastante peligroso,.. ¿Cómo ha podido usted?... No tengo fuerzas para soportar semejantes emociones. Supe su libertad por los diarios. No podía suponer... que usted vendría. ¿Qué es lo que...? ¿Viene usted con una intención determinada? Dígalo pronto, porque es preciso que me vaya en seguida. Dije abajo que venía a ver un cliente de mi marido con el que tenía que arreglar un asunto". Maurizius se quitó los anteojos y miró a la mujer sin hablar. Ella bajó los ojos y frunció las cejas con dureza. "Usted sabe bien que esto no conduce a nada", murmuró malhumorada y algo molesta. "Así parece -concedió él, sin quitarle de encima la mirada severa-; quizás no conduce a nada". "He roto con el pasado -continuó ella hablando siempre entre dientes, y echando inquietas miradas a las puertas, a derecha e izquierda-: Usted no sabe... Hace algunos años todavía... pero para qué remover esos horribles recuerdos. Las oraciones me han sostenido. Hay que tener la fuerza moral de librarse del pasado. Y además, tengo hijos... la vida... el deber, el deber está antes que todo cuando una lo ha reconocido... Usted comprende..." "Sí, claro", dijo Maurizius. Estupefacto se devanaba los sesos. ¿Qué significa esto? ¿Qué está diciendo? ¿Estoy oyendo realmente esto, o me lo imagino? ¿Qué ser tengo delante? "Sin duda, no puedo pedirle que se siente algunos minutos... -preguntó tímidamente-. Tendría varias cosas..." "¡Oh!, Dios mío, no", se defendió ella aterrada, pero visiblemente libre, por su acento y toda su actitud, de un temor que hasta ese momento había pesado sobre ella, provocándole aquella agitación febril. Sus nervios se aflojaron, aunque la presencia del hombre le resultaba todavía extremadamente penosa. Era evidente que esperaba una discusión borrascosa, expansiones, súplicas, un interrogatorio en forma y exigencias. Había temido ver turbada su paz y amenazada su situación, acudiendo a la cita sólo acosada por el miedo y obedeciendo, para apartar el peligro, más bien a un sentimiento de terror al que no podía substraerse, que a una voluntad o un plan adoptado. Ahora veía con ese instinto de la mujer, más pronto para descubrir una posición de defensa y aprovecharse de ella, que a defender una posición atacada, que no tenía nada que temer de aquel hombre, y la comprobación le devolvió de inmediato la seguridad y confianza en sí misma. Quedaba disipada la turbación de su conciencia e igualmente los recuerdos cuyo despertar la trastornaban. Apenas si unos jirones de imágenes flotaban todavía en su espíritu; cosas descompuestas, que caían hechas polvo, vacías de toda fuerza inteligible, que la sangre no arrastra en las venas ni la memoria retiene más que si ellas pertenecieran a la vida de un extraño, conservadas en el desván de los ojos lejanos; cosas que habían dejado de ser verdaderas, de existir; cosas estancadas, congeladas o calcificadas. "Es con respecto a Hildegarda -repuso Maurizius-; yo quería pedirle su consejo y ayuda... Fui allá, a Kaiserswerth... ni me recibieron... han hecho que la niña se vaya..." Ana Duvernon se encogió de hombros, con el mismo gesto que si le hubieran pedido cien mil marcos. "Eso no me atañe para nada", interrumpió vivamente. "Yo podía renunciar a

Librodot

todo lo demás, pero sobre eso no abdico", puntualizó con aire sombrío. "Está bien, pero se equivoca de puerta. Es el tutor quien debe decidir. Yo me retiré hace bastantes años. La responsabilidad era demasiado pesada". Durante su detención, Maurizius había tomado la costumbre de mirar atentamente a su interlocutor y seguir mirándolo varios segundos en silencio cuando terminaba de hablar antes de tomar a su vez la palabra; y ahora lo hacía con una mirada melancólica, perdida y con cierto esfuerzo, como si le costara trabajo hacerse comprender a través de una muralla. »'Siempre se encuentran demasiado pesadas las responsabilidades cuando uno quiere substraerse a ellas", respondió. Aquella verdad sobrepasaba la comprensión de la señora Duvernon, quien no vio su amargura y sólo notó en ella la resignación. De pronto interpretó todo lo que él decía, en un sentido favorable para ella, tal vez porque hasta entonces le iba bien y porque el hombre le parecía tan lejos de ella como el asunto de que hablaba. Porque lo concerniente a él no era de ningún modo cosa de ella y hasta se asombraba de que antes, en un pasado lejano, sus asuntos hubieran sido también suyos. El parecía comprender su punto de vista; de manera que Ana no tenía por qué prolongar su visita y buscó un amable pretexto para despedirse. Ya no se arriesgaba nada y la aventura que comenzara como una catástrofe, arrancándola aterrorizada de la hermosa indiferencia en que se había envuelto, terminaba con indecible alivio para ella, como un incidente sin importancia. Eso la llenaba de una especie de gratitud, fenómeno tan natural como los cálculos de un jugador supersticioso o la rapacidad de una vieja campesina. "Hay que tomar la vida como es -dijo con una vivacidad demasiado débil por cierto para atenuar la trivialidad de aquel lugar común-; todos sabemos lo que es un combate, ¿verdad? Teniendo confianza en sí mismo es como se vencen las dificultades. La confianza en sí mismo y en Dios, porque es menester tener las dos. Nosotros también atravesamos tiempos bien duros. El que no vio la guerra... pero mire, por espantosa que sea, a mí me fue útil. Salí de ella más fuerte moralmente, y mis nervios también ganaron. Fue una verdadera cura. Antes, una nada me trastornaba. Una palabra dicha por cualquiera podía tener sobre mí el mismo efecto que un veneno. Ahora... cuando un pueblo entero, cuando la humanidad toda sufre, cada uno olvida sus intereses egoístas y uno se vuelve más modesto y más pequeño, ¿no es verdad?" "Claro está. Lo comprendo perfectamente". ("¿A qué viene esto? -se preguntaba Maurizius, estúpido de asombro-. ¿Qué está diciendo? ¿Adónde quiere llegar? ¿Y al fin, para qué habla? ¿Qué se saca con esto?"). "Es necesario que me vaya ahora. Ya me he retrasado. Tenemos invitados. Adiós". Ana levantó la mano vacilando, pero Maurizius hizo como que no la veía y se inclinó ceremoniosamente. Ana Duvernon se creyó obligada a agregar: "Le deseo que tenga mucho felicidad en el porvenir". La frase fue un rudo golpe para el hombre. Mucha felicidad... perfecto, ciertamente perfecto. ¿Pero dónde estamos, mi noble amiga? "Muchas gracias", dijo con voz fría y sarcástica. Una vez solo, Maurizius apoyó sobre su frente las dos manos entrelazadas y permaneció un momento inmóvil. Una idea le bullía en la cabeza: ¡Bondad divina! Pero era estúpida, sencillamente estúpida, de una estupidez insondable. Su belleza, su alma (o lo que uno tomaba por su alma), su gracia, su encanto, aquel misterioso demonismo, el natural apasionado y su propensión al sufrimiento, todo aquello no era sino una capa de barniz que los años hicieron caer, poniendo al desnudo el primitivo fondo árido. La naturaleza había quitado el velo a su propia impostura. Nada de corazón, ninguna comprensión del destino, ningún rayo elevado, nada que halague; engaño... animal, eso es lo que es; un animal como los que se detuvieron en el camino, como todos aquellos a quienes una vida ficticia parece animar y que están muertos. Como aquellos que no sienten que su espíritu y su corazón han muerto. Estúpida como un fantasma... ¡Y fue por esto! , ¡Por esto, Dios bendito! Por esto su sacrificio y su martirio, el suplicio que lo quebró y aquellos diecinueve años en una tumba... Se acostó cuan largo era, boca abajo en el suelo, apoyando en él la cara también, por encima de la ceja izquierda, y sintió el frío de la cabeza de un clavo. Eso le produjo bienestar y hubiera querido que el clavo se diera vuelta en la madera y le metiese la punta en el cráneo.

Librodot

El tiempo que, en su bondad, tapa las cosas, o cruel las pone al descubierto, es todopoderoso para revelar en toda su mezquindad el exacto valor y las relaciones reales de lo que a primera vista parece al ojo humano un encadenamiento inextricable y un impenetrable misterio. Una vez que un retroceso necesario nos da una clara visión de los hechos, les notamos una simplicidad primitiva que sólo sobrepasa la simplicidad de los destinos. Toda la magia de la palabra de un Waremme no cambia nada a esta verdad. Aquellos que creen justificarse ante Dios, o explicar la trama complicada de su vida imaginando en lugar de las cosas simples de este mundo un misterio grandioso, son los verdaderos perjudicados, porque no pueden ser salvados a sus propios ojos. En el caso de Ana Duvernon, es verdad que hay que hacer entrar un hecho en cuenta. El florecimiento maravilloso de la juventud había tenido en ella tal esplendor que, como una obra maestra; se prestaba a toda suerte de interpretaciones, tomaba toda clase de aspectos y parecía ser para los ojos de cada uno, realmente lo que cada uno buscaba o ponía de sí mismo. Luego, cumpliendo los años su obra destructiva, no se tenía ya conciencia en lo que subsistía, sino del encanto perdido. No quedaba más, por decir así, que cenizas, una cosa muerta; y sin embargo, era una mujer que en realidad no era ni peor ni más tonta que otras mil como ella.

7

DEJÓ de nuevo Echternach. Tomó en la estación un billete para Maguncia, pasó allí la noche y al otro día fue hasta Basilea y se alojó en una habitación que daba sobre el Rin. El río le hacía el efecto de un testigo de su desgracia que se obstinara en seguirlo. Pronto volvió a hacer su valija y partió para Zurich. Compró libros, pero carecía de la tranquilidad de espíritu necesaria para leerlos. Alquiló un bote e hizo un paseo por el lago, pero se sintió cansadísimo. Conversó con el portero del hotel, con la camarera, con el mozo, en fin, con cualquiera con tal de matar el tiempo. Como tenía buen aspecto e iba bien vestido, la gente sentía por Maurizius el interés que despierta un sabio o un literato; le tenía consideración y más de una persona trató de entablar relación con él, pero su rostro grave, casi sombrío, con sus anteojos negros, resultaba un obstáculo invencible. Lo que le agradaba era hablar con los niños, y en las plazas públicas donde juegan, se sentaba a veces en un banco, esperando que alguno de los chicos se le aproximase, para dirigirle la palabra en voz baja, con ternura; hacerle preguntas y acariciarle los cabellos, pero generalmente se daba cuenta de que su conducta despertaba sospechas, y entonces se levantaba y se marchaba. El barullo de la ciudad le resultaba a menudo una verdadera tortura, aunque a veces encontraba tranquilidad cuando, medio arrastrado por el oleaje humano, circulaba dentro de la muchedumbre. Soportaba más fácilmente los golpes sordos y los ruidos de las máquinas que el sonido de las campanas. Prefería el ruido mezclado de todas las voces al sonido de una voz aislada que lo obligaba a prestar atención. Poco a poco, bajo la acción de ese esfuerzo, los nervios de su cabeza se ponen tensos hasta que parece que van a partirse. Por la noche, generalmente no duerme, pero no son malos pensamientos los que lo mantienen despierto, sino la sensación de no tener conciencia de su vivir y de no poseerse a sí mismo, lo cual lo sumerge en una especie de estupefacción letárgica. Tiene entonces la sensación de estar ya dormido, y no se quiere abandonar al sueño verdadero a fin de no perderse más todavía. En esos momentos, se palpaba partes de su cuerpo, las piernas, los brazos y las caderas, y eso lo aliviaba, porque al menos le daba la. seguridad de que esas partes de sí mismo existían. Encontraba las camas demasiado blandas y no se podía acostumbrar a las plumas. Algunas veces se acostaba en el sofá y se envolvía en su manta de viaje para sentir sobre su cuerpo algo áspero. También pensó en trabajar. ¿Pero para qué? ¿Qué utilidad le reportaría eso? En todas partes se hallaba fuera de lugar. Nada lo liga a nada, y lo que hace o emprende carece de consecuencias. Mejor dicho, puede -y eso es para él una tortura- volver atrás en seguida sobre lo que hizo. Que dé vuelta a la derecha o a la izquierda en la calle, que compre cigarrillos ingleses o turcos, que encargue que lo despierten a las seis o a las ocho, que se ponga zapatos amarillos o negros,

Librodot

que retire del banco trescientos o mil marcos, poco importa; todo le es fácil en seguida y es para él una tortura pensar que igual podría hacer lo contrario. Siempre podría hacer de otro modo, es decir, a la inversa de lo que hace. Nada tiene importancia. A cada minuto puede cambiar de idea sin tener que lamentarlo y sin que eso le traiga consecuencias. La vida no es posible, y esto es un hecho, sino cuando nos acuerda volver sobre el pasado. Pero en él el sentimiento de la revocabilidad había sido anulado en plena fuerza de la edad. Había sido condenado irrevocablemente, purgó su pena, y se veía obligado a seguir viviendo, pero es imposible vivir aplastado por el sentimiento de lo irrevocable. Su voluntad se encarnizaba por encontrar mil y una pequeñas cosas revocables, de esas que dan un desmentido a la ley de la vida, como reacción de la naturaleza que quiere su desquite. Se hacía a sí mismo el efecto de hallarse fuera de la ley, de escapar a toda regla y a toda norma.

Sin cesar se atormentaba buscando un medio de poner término a ese estado de cosas. Su alma era presa de un trastorno rayano en la locura. A veces surgía una idea que le prometía la salvación, entrevistando la posibilidad de volver a entrar en un mundo donde no siempre podría volver sobre sus actos y donde la irrevocabilidad que había marcado su destino no sería más que una irrevocabilidad del destino común a todos. Aquello sería un medio de entrar de nuevo en la ley, dentro de la ley suprema que no excluye a ningún mortal. Y si no lo conseguía, tendría que ser porque estaba maldito para siempre.

Rehizo sus valijas y se marchó a la montaña, franqueó desfiladeros y valles, pasó las noches en albergues perdidos, lejos de la multitud de los desocupados y turistas, pero ningún paisaje lo atraía ni ninguna pradera tenía perfumes- para él. Ni selvas ni picos nevados le hacían levantar los ojos. No sentía alegría ni curiosidad, nada despertaba su atención ni nada lo hacía estremecer. Tomó de nuevo el tren y se fue más lejos, siempre más lejos. Descendía en cualquier hotel, deshacía su valija, la rehacía al otro día y volvía a marcharse

- más lejos, siempre más lejos. Una ciudad después de la otra. Iglesias, fuentes, estatuas y palacios. Permanecía indiferente. Un libro de figuras medianamente interesante, le hubiera hecho el mismo efecto. Las salas del palacio Pitti, las pinturas del Ticiano y del Tintoreto, en Venecia; las pinacotecas de Munich, todo la mismo. Nada. Y hubo un tiempo, antes, en que todo aquello lo había entusiasmado. Era lo que daba a la vida su sabor y su valor. Los apóstoles de Durero le parecían unos buenos hombres aburridos y la estatua de Cassel, que tanto deseó ver de nuevo, fue para él un bronce lleno de verdín. Nada vibraba en Leonardo, y las cosas, las obras y la gente, todo está muerto para él. Todo retrocede cada vez más. Comprueba que los hombres se han agrupado, constituyéndose en clases y categorías. La aterradora distancia le permite distinguir cambios que escapan al que está implicado en ellos. No es sólo el idioma lo que se ha modificado, sino también la entonación y el sentido de las palabras.

Las caras tampoco tienen la expresión de veinte años atrás, porque el que está descontento lo está de otra manera y la cólera del hombre irritado, así como el asombro del hombre asombrado, no son los mismos de otros tiempos. Los ojos se abren más anchos, son más francos y la mirada más fija; la risa es más nerviosa y el paso más apurado por llegar a su meta; en fin, la actitud de la mayoría de los hombres recuerda la del cazador al acecho. Antes no era así. Todo está orientado en otra dirección y hay nuevas leyes que rigen las relaciones y la actividad. La gente tiene un aspecto y un color diferentes, la vida otro ritmo y medios de comunicarse que él no conoce, maneras de amar y de odiar que lo hacen sentirse de otra raza, así como bailes y distracciones frente a los cuales le parece ser Gulliver en Brobdignac. Los viejos-le daban lástima y los jóvenes le inspiraban un extraño temor. Siendo niño había experimentado algo análogo la primera vez que se encontró en un establecimiento de baños y tuvo que desnudarse. Estaba como Gulliver en Brobdignac o más bien como un minero a quien hubieran olvidado en el fondo de la mina y que hubiese pasado quinientos años anquilosado en las tinieblas. El día en que vuelve a la superficie del suelo, se halla enteramente desorientado en medio de millones de hombres y ya no reconoce ni el cielo, ni la tierra, ni el agua.

Librodot

Un día se dirigió de Hanover a Berlín. Frente a él, en el mismo compartimiento, estaba sentada una señora de aspecto simpático, que podía tener alrededor de treinta años. Vestía con buen gusto, se mostraba reservada, sus facciones tenían una rara dulzura, su mirada estaba extrañamente velada y la sonrisa que flotaba en sus labios era singularmente burlona y sin embargo llena de bondad. Lo que más le atraía de aquélla eran sus manos, siempre en movimiento, que tan pronto se unían como se deslizaban una junto a otra, encendían un cigarrillo o se aplicaban a los codos de los brazos cruzados. Parecían traicionar a la vez el deseo y la laxitud de vivir. Eran unas manos blandas, dulces y de dedos largos y afilados. Maurizius no podía dejar de mirarla y estudiarla, y la joven sonrió con aquella sonrisa dulce e irónica. Trabaron conversación, y aunque no dijeran nada de notable, cada uno adivinó en las palabras del otro la soledad en que ambos vivían. La mujer fue la que pareció más impresionada, presintiendo algo terrible. Indudablemente, el instinto estaba desarrollado en ella. A medida que se aproximaban a su destino, se volvía taciturna y toda su persona expresaba una dejadez melancólica, como si borracha de sueño y con medio cuerpo suspendido sobre un abismo, le fuese indiferente y casi agradable caer en él. Maurizius comprendió, más con los sentidos que con la mente, sintiendo que se le apretaba la garganta. El también se quedó silencioso y ambos se miraron sin hablar, con los ojos dilatados, temerosos, durante largos, muy largos minutos. El estaba pálido como un muerto y ella, por su parte, mostraba la expresión grave, dolorosa y tensa del ser que no puede todavía adivinar si lo van a castigar o a acariciar. Descendieron juntos del tren y uno al lado del otro llegaron a la parada de taxis, subieron sin haberse puesto antes de acuerdo al mismo coche, y la mujer dio la dirección de una calle de Halensee. Hicieron el trayecto en silencio. La mujer notó que Maurizius se sacudía a veces por un temblor, y entonces miró al vacío sin decir nada y sonrió. Tenía en Halensee un departamentito, dos habitaciones en un cuarto piso, confortables y bien puestas, hasta con una pizca de lujo, con flores y libros. ¿Quién podría ser aquella mujer? ¿Divorciada? ¿Sin hijos? ¿Una víctima del destino? ¿Una desdichada impulsada por éste a su último refugio? Ella no se lo dijo y a él no le importaba saberlo, así como ella no deseaba saber tampoco lo que las horas que seguirían iban a darle. En todo caso, ella no era uno de esos seres a quienes anima sólo una vida ficticia, y allí estaba, bien viva, dulce, de buen humor, plácida y con una especie de generosidad. Muchas mujeres son así cuando abdican de toda esperanza ("medio cuerpo suspendido sobre el abismo") y esa suave actitud flemática revela en ellas un alma desprendida de todo. La mujer hizo té, puso la mesa, rogó a su visitante que se sirviera, y como al dirigirle la palabra se detuviese de pronto, él dio su nombre, su verdadero nombre. Ella reflexionó, lo miró y reflexionó de nuevo. "Soy tal y tal", le explicó él en diez palabras que encerraban veinte años. La mujer lo miró y sus labios se estremecieron; se veía que luchaba con el temor de que él interpretara mal el sentimiento que ella pudiera experimentar, porque cualquier sentimiento que fuese, sería en ella de una exquisita delicadeza. Entonces ella se arrodilló a sus pies, le tomó una mano y apoyó en ella sus labios con respeto. "¡Dios mío!", pensó Maurizius, sin que su pensamiento se atreviera a ir más lejos, y se quedó mudo, sin ver y sin respirar. Ignoraba el nombre de aquella mujer y le parecía hermoso que no tuviese ningún nombre, porque eso la elevaba por encima del resto de los mortales. "¡Dios mío, líbrame de mi nombre!", murmuró él con fervor. Unos brazos lo estrecharon y un cuerpo se levantó apretándose a él. A él, a él... y se levantaba. ¡Ah!, si le pudiera hacer algo para agradecerlo... pero no lo puede agradecer porque no tiene nada que dar. Bruscamente se encontró solo. ¿Adónde se habrá ido ella? Está claro que lo ha abandonado. Todo ha terminado y ya no volverá. Se pone de pie, desesperado; pasea sus miradas a su alrededor, pone el oído y entra en la habitación vecina. Allí está ella acostada y lo espera, con los ojos irradiando un fuego que lo trastorna. ¡Pero aquello no podía ser cierto! Sería un sueño... Se apaga la luz de la habitación. Están acostados muy juntos. Unos cuchicheos y luego el silencio. Nada más. Otros cuchicheos y luego el silencio. Pasan las horas. Oyese un sollozo ahogado, feroz, desesperado. Es él. La que no tiene nombre quiere consolarlo. No, no, no hay consuelo. El sexo está muerto en él. De manera que no hay ya ninguna duda; no tiene nada de

Librodot

común con el mundo. Su sexo también está muerto en él. Cuando el alba blanquea los vidrios, Maurizius se levanta y se viste de prisa, y como la mujer está profundamente dormida, no lo siente salir. Con su valija en la mano (el baúl estaba todavía en la estación) atravesó las calles. El aire matinal lo refrescó. Buscó un hotel donde durmió la tarde. Cuando se despertó, experimentó un curioso bienestar, tomó un baño y pidió una cena abundante. Cerca de las nueve fue a la estación y tomó un billete de primera clase para Leipzig. Una vez en Lepzig, decidió seguir hacia el sur con el tren nocturno. Como no tenía ninguna meta precisa, dio el nombre de una ciudad cualquiera, porque estaba obligado a dar alguna. Viajó solo en su compartimiento.

Leyó los diarios, hojeó un libro y lo dejó de nuevo. Cerró los ojos y sintió que la sangre le latía en las arterias. Al cabo de un largo rato. abrió otra vez los ojos, sacó de su bolsa de viaje una manzana, la peló con cuidado y cortándola en trozos comió con placer la fruta fresca y jugosa. Se sintió animado y diríase que hasta con un espíritu emprendedor. Apoyó la cabeza en el vidrio de la ventanilla. De cuando en cuando brillaban algunas luces como fuegos artificiales, en medio de las tinieblas densas. Se levantó, encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse silbando en tono bajo por el pasillo. Bajó el vidrio y miró la tierra negra y vio que el cielo reflejaba un débil resplandor, y detrás de la niebla, algunas estrellas a lo lejos, muy lejos. Unas colinas mostraban sus contornos netos. La locomotora asmática jadeaba, mientras el tren subía una cuesta y allá abajo gruñía un torrente. Tiró el cigarrillo, que cayó oblicuamente al abismo, y pudo seguir con la mirada bastante tiempo el punto rojo. Siempre silbando, fue hasta la portezuela, empuñó el picaporte y la abrió; el viento frío de la noche le golpeó en el rostro. Con fuerte ruido de herrajes, el tren pasaba en ese momento por el borde de un viaducto, muy alto y sin parapeto. A sus pies se abría un precipicio. Se sostuvo del pasamanos sucio de grasa y bajó el estribo, echando al abismo una mirada curiosa y escrutadora. Le pareció que de pronto el mundo se había dado vuelta, con el cielo estrellado para abajo. Le resultó desagradable pensar que el pasamanos lleno de grasa le ensuciaba las palmas, y por un momento tuvo la tentación ridícula de volver a lavarse. En eso, desde la ventanilla cercana del vagón siguiente, el inspector lo vio, y fuera de sí de rabia y espanto, le mostró el puño, tiró violentamente de la correa del vidrio y comenzó a gritarle algo abriendo mucho la boca. Maurizius no lo oía, viendo sólo la boca del hombre desmesuradamente abierta y dos filas de dientes que parecían los de una fiera. Le respondió haciendo con la cabeza un gesto de indiferencia y dio un paso en el vacío. Ya era tiempo, porque unos metros más y el tren hubiera pasado el viaducto. Y dio aquel paso como uno cruza de una habitación a otra. Era un paso en el mundo de lo irrevocable, de lo irrevocable sin posible retorno.

CAPITULO DECIMOSEXTO

1

EL REGRESO de Etzel a la casa paterna causó sensación entre los sirvientes y los inquilinos que compartían el edificio, y provocó en la buena Rie, no hay para qué decirlo, interminables demostraciones ruidosas; caía de un extremo en el otro, tan pronto sollozando como riendo sin saber ya dónde tenía la cabeza. Llegó a las diez de la mañana. Como tenía muy poco dinero, había hecho el viaje en cuarta clase, tardando en él casi veinticuatro horas. Después de haberlo asaltado con preguntas y sacudido la mano como para desarticularle el brazo, y de haberse prodigado en exclamaciones y en acciones de gracias, levantando los brazos al cielo, Rie notó que el muchacho se parecía más bien a un mercachifle ambulante que a un joven de buena familia. Su chaqueta estaba desgarrada, su camisa repugnantemente sucia y el pantalón parecía hecho con dos bolsas de papas mal cosidas. Los zapatos estaban gastados en los tacos y agujereados, los cabellos le caían sobre la nuca y el rostro demacrado

se había alargado; los ojos, más dilatados, brillaban en medio de un óvalo cetrino. Después de despojarse de su bolsa de turista, tan llena como a su partida, pidió lavarse, ropa limpia y algo que comer, dirigiéndose a su habitación. Rie, que no podía resignarse a dejarlo abandonado a sí mismo, hizo en la cocina toda clase de recomendaciones respecto al desayuno, y luego lo siguió. Se apresuró a abrir armarios y cajones, corrió a abrir el grifo del baño, volvió, y mientras sacaba de los muebles con mano temblorosa lo necesario, se puso a hablar con una volubilidad febril. Ante todo le contó cosas sin importancia, pequeños acontecimientos del barrio: el nacimiento de un niño, un robo nocturno en casa del joyero Herschmann, un incendio en la chimenea de los Malapert... e interrumpiéndose de pronto: "¡Dios mío! ¡El agua, Ema! ¡El baño se va a desbordar!" Después pasó a las noticias más importantes: las de la casa misma. El señor de Andergast no estaba. No había nada de raro en eso porque invariablemente iba todos los días al tribunal a las nueve y media. Lo que era curioso, es que desde hacía algún tiempo regresaba a una hora desusada y desde las once u once y media se instalaba en su despacho y se quedaba allí todo el día; comía allí mismo. Había cambiado por completo. Por ejemplo, ya no colgaba sus trajes en la puerta para que se los cepillaran. Una vez había estado tres días sin afeitarse. Y lo más extraordinario era que no parecía trabajar cuando permanecía sentado en su escritorio desde el mediodía hasta horas avanzadas de la noche. Rie lo había sorprendido dos días antes (tenía que entregarle un telegrama) con los codos apoyados en la ventana, abriendo y cerrando con aire preocupado su encendedor de plata. Todo eso concordaba con el rumor inverosímil, pero que persistían en hacer correr por todas partes, de que había pedido su jubilación.

Etzel escuchaba con atención, pero no decía una palabra. Veía que Rie tenía alguna otra cosa en su corazón, pero la mujer lo mandó primero a que tomara su baño, y mientras se .vestía se ocupó de prepararle un desayuno substancioso. Ella misma puso el cubierto, y en tanto que el muchacho devoraba con apetito todo cuanto le servía, lo miraba embobada; luego se arriesgó a decir: "Has crecido, mi querido Etzel, y tienes el aspecto de un hombre. Pero, en fin, ¿qué es lo que te ocurrió? Cuando lo pienso se me caen los brazos". "Déjalos caer y no pienses -interrumpió secamente-. Sigue dándome noticias más bien, porque veo que no faltan. Vamos, habla". Rie se inclinó hacia él y le comunicó entonces que su madre estaba en la ciudad y que se alojaba en casa de la Generala. Etzel se puso de pie de un salto: "¿Es verdad eso, Rie? ¿Lo jures?" Ella dijo que sí con la cabeza y agregó que la señora de Andergast había estado en la casa diez días antes y había tenido una larga conversación con el padre de Etzel; también le había hablado a ella, es verdad que sólo algunas palabras, buenos días y gracias, pero había bastado eso para demostrar que era una verdadera dama. "¿Cómo es, Rie? ¿Joven, linda? ¿La miraste bien? Dímelo", dijo pasándole el brazo izquierdo alrededor del cuello al mismo tiempo que con la mano derecha le acariciaba la mejilla. Rie, que desde hacía mucho tiempo ya no estaba acostumbrada a tales cariños de su parte, desfallecía de felicidad y se. le llenaron los ojos de dulces lágrimas. "¿Entonces, está realmente en casa de mi abuela, Rie?" "Pero sí, mi querido Etzel". "Es preciso -agregó— que llamemos por teléfono en seguida. No me perdonaré no haberlo hecho ya". Etzel la retuvo por la manga y replicó: "No; espera, Rie. No me gusta hablar por teléfono. No está bien. Iré yo mismo. Pero antes es preciso..." Y en el mismo instante en que decía estas palabras, se abrió la puerta del todo y apareció el señor de Andergast.

2

ALTABA a los ojos el cambio de que Rie había hablado. Ya lo revelaba la manera de llevar la cabeza, que parecía más pesada sobre los hombros, como si aplastara al cuello. Hilos de plata se dejaban ver en la barba, y la corona de cabellos grises alrededor del cráneo calvo, había blanqueado. Los párpados se levantaban y bajaban con un movimiento cansado, y la

mirada violeta estaba sin vida, como si algo la hubiera inmovilizado. Ruina profunda que traicionaba a un cerebro que había perdido su orden magnífico. Para haber llegado a eso, era preciso que aquel hombre se hubiera visto afectado por cosas tales como nunca las hubiese imaginado o temido. Había distancias abolidas, y certidumbres que parecían inmutables, puestas en duda. Se había operado un retroceso. Un todo perfectamente coherente, había volado en pedazos, y hasta los mismos pedazos, rotos otra vez, habían vuelto a su forma bruta y primitiva. Imaginémonos un palacio vuelto al estado de cantera de piedra, su estado original, y delante de él al arquitecto, abandonado por todos sus ayudantes, desprovisto de toda asistencia y hasta habiendo olvidado las proporciones de la obra que había sido suya. No era nada sorprendente que aquel hombre ofreciera la imagen de un buscador completamente desamparado. La expresión tensa de su semblante demostraba la imposibilidad en que se veía de apartar u pensamiento de asuntos sobre los cuales sabía muy bien que era inútil pensar. El examen, la crítica, la argumentación y la refutación, lo obsesionaban constantemente, pero sin conducirlo a nada. Al contrario, le cerraban el camino que, etapa por etapa, hace penetrar al hombre hasta el corazón del hombre. Tal vez alegase -es un medio cómodo- que debió inclinarse ante la necesidad y cederle el lugar. Mas todo eso no pesa mucho sobre las decisiones de la conciencia, que por el momento eran las únicas que contaban. Volver sobre sus pasos para mirar las cosas, es lo que yo llamo considerarlas de cerca; aquel que marcha hacia adelante puede tener apartado de sí todo lo que le recuerde su caída y sus errores, pero basta que se vuelva una sola vez para verse rodeado en seguida por una turba hostil, nube de murciélagos que moran en las chozas deshabitadas, dejando entonces de ser lo que era, el magistrado ejemplar cuyo juicio frío no debe ser turbado por ninguna mirada echada sobre el reverso de las cosas. Durante varias tardes y noches. el señor de Andergast tuvo la impresión de ser un alter ego del preso Maurizius. Encerrado en la celda de los recuerdos, estaba condenado a soportar la presencia y la promiscuidad de individuos equívocos. A su alrededor se juntaban encubridores, ladrones, asaltantes, asesinos, rufianes, mujeres de la vida, borrachos, madres que habían martirizado a sus hijos, estafadores, quebrados, caballeros de industria, monederos falsos, infanticidas, malversadores, contrabandistas, envenenadores, incendiarios, en fin, un ejército de criminales de toda edad, que podían satisfacer las necesidades de diez mil novelistas, y que él, procurador general, les gritaba a todos el veredicto de culpabilidad. Al fin y al cabo, eso se vuelve cuestión de costumbre, como todo lo demás, costumbre a la cual lo unía una dignidad que sostenía el crédito de la nación. Uno se endurece y la toga aísla. Se toma asiento en la silla curul y se entrega el malhechor al juez, quien, apoyándose en el código, lo pone fuera del estado de hacer daño. No es posible usar guantes con la hez de la sociedad, y semejante idea no pasaría ni por la mente del preso Maurizius, ni por la de su querido amigo Klakusch, infestado de sentimientos románticos. No se puede permitir que el mundo estrictamente ordenado de los acontecimientos se convierta en un enredo de responsabilidad, ni comenzar todos los lunes por la mañana por el principio del orden social, para reconocer con desesperación, los sábados por la tarde que se es tan impotente como incompetente. Pero cuando aquellos miles y miles de rostros desfilan delante de él, sucede que alguno que otro se destaca, asustado bajo la luz de un destello repentino, y en sus ojos se lee una pregunta y se ve en sus labios apretados un pliegue amargo. Nada más a fin de cuentas que una pregunta, una pregunta que no es formulada. Pero eso es bastante. Fuere cual fuese el rostro que surja de aquel ejército, es bastante. Y, cura sorprendente, cada uno sirve de testigo a un grupo, así como el preso Maurizius declaró por todo, por todo un mundo. Automáticamente, el criminal condenado hace unos diecinueve años, y cuyo nombre ya ha caído en el olvido, se convierte en acusador porque de un rincón ignorado surgen hechos o se revelan dignos de atención. Pero si alguien se hubiera detenido para considerarlos en otro tiempo, hubieran hecho de un caso jurídico un problema humano, ¿y qué hacer con un problema humano? Ni el Estado ni la ley proporcionan los medios para resolverlo. A pesar de todo, el estado mórbido que obligaba al señor de Andergast a realizar aquel examen retrospectivo y volver sobre sus pasos, lo llevaba ayudado por su extraordinaria memoria de

Librodot

los hechos, a representarse todo el desenvolvimiento y todo el conjunto del proceso, exactamente como lo ha hecho con el caso Maurizius, cuyo sumario consulta de tiempo en tiempo, buscando incansablemente y volviendo a buscar. Como su mente no se ocupaba de un caso particular, sino de media docena de casos por lo menos que se agitaban al mismo tiempo en su pensamiento, a veces se confundía todo en su cabeza, y tenía la impresión de estar transportado en pleno aquelarre, y no era raro que saliese de su casa muy tarde por las noches (Rie no había nada) y anduviese vagando por las calles hasta el alba. El ruido y el eco de las voces que lo persiguen, desgarraban el silencio: "El acusado pretende que ese día se hallaba en casa de su tía entre las doce y la una y media, pero se ha probado... -Solicito que se recuerde a la barra ese testigo que sin razón se esfuerza por desacreditar a la defensa... -Testigo, su declaración plantea graves objeciones y le recuerdo su juramento..." Miradas temerosas, afirmaciones vehementes, rostros angustiados o llenos de odio, el examen minucioso del empleo del tiempo, las idas y venidas de un acusado, la casualidad, los objetos que se transforman en traidores, los allanamientos de los domicilios, los jardines, los sótanos, la orilla de los ríos y en los garitos, las mentiras, las negativas, las acusaciones falsas, la lucha desesperada por obtener la absolución, los jurados incapaces de formarse una opinión, los abogados pagados de sí mismos, ciertos jueces indolentes y otros torpes, la insuficiente claridad del texto de la ley, la opinión pública extraviada, y, en medio de todo eso, a la luz de este examen retrospectivo, todos los detalles del sumario que le llenaban la mente de siniestras dudas y parecen de pronto como el trigo que se pudre en una granja... Un castigo del tamaño del brazo por una falta del tamaño del dedo... sin tener en cuenta la persona moral... y siempre, aquí y allá y en todas partes un acusado, y la pregunta sin formular en los labios, que niega el derecho a juzgar y acusa al acusador. A menudo, cuando pasaba alguien en silencio, junto al señor de Andergast, éste tenía un movimiento de miedo, como si debiera justificarse y no pudiese recordar por qué razón y respecto a -qué. Y cuando el transeúnte se alejaba sin que se produjera nada, sentía ganas de correr tras él y pedirle que lo acompañase un poco. Deseaba no estar tan solo. Pensaba que era imposible que de pronto se encontrase con el preso Maurizius ya liberado en una esquina cualquiera. Y esta idea llegó a ser para él un deseo y dicho deseo una necesidad. Se detenía a la puerta de los hoteles para ver quién entraba y salía. Espiaba por las rendijas de las cortinas, hacia el interior de los cafés y restaurantes. Maurizius podría hallarse allí, solo también, tan solo como el señor de Andergast. Una noche entró en la casa que había habitado Violeta Winston. Tocó el timbre y una sirvienta que abrió la puerta del departamento de enfrente le hizo saber que la señorita Winston había partido ocho días antes. Sin embargo, en la tarde siguiente volvió como si hubiera olvidado completamente lo que le dijeran o como si creyese que en ese tiempo Violeta podía haber vuelto Empero, no conservaba ningún recuerdo suyo, y en el supuesto caso de que ella le hubiera abierto, hubiese permanecido perfectamente indiferente. En la noche siguiente buscó en su casa, entre viejas cartas, las que había enviado Etzel (eran muy pocas, escritas durante las vacaciones o cuando su estada en el Odenwald) y las releyó con la mayor atención y volvió a leerlas una y otra vez, cromo si aquellas palabras tan sencillas tuviesen un doble sentido que sin tardanza le fuese menester desentrañar.

3

ETZEL fue hacia su padre y le tendió la mano: "Buen día, papá". Se hubiera dicho que se habían separado la noche anterior. El señor de Andergast, evitando encontrarse con sus ojos, miraba más lejos, fijándose por encima de su cabeza, en el delantal de Rie.

"¿Por fin volviste?", preguntó, abriendo y cerrando la boca como un pez. Un momento de silencio. "¿Querrías venir a mi escritorio?" "Ciertamente, papá". Y pasaron al despacho. Rie los siguió con una mirada que decía: "Si el chico sale sano y salvo, daré gracias al cielo". El señor de Andergast iba delante; dejó entrar a Etzel, cerró de nuevo la puerta y le señaló una' silla: "¡Siéntate!" Etzel miró la mano oscura y velluda extendida en dirección a la silla y

Librodot

tomó asiento dócilmente. El señor de Andergast iba y venía por la pieza con un paso singularmente rápido. Etzel no le había visto nunca ese paso apresurado, y la agitación interior que se traslucía de ese modo, despertaba en él una intima satisfacción. "Creí poder acostumbrarme -comenzó el señor de Andergast-, pero no pude. Hay una especie de traición sobre la cual, a mi edad, no se puede pasar. Poco importa entrar en los detalles; me los ahorrarás. La primera pregunta que se plantea no es: ¿qué sucedió?, sino: ¿qué hacer ahora?" "Perfectamente, papá, es también lo que yo pienso", replicó modestamente Etzel. El señor de Andergast se detuvo bruscamente y lo miró: "Ese sentido común te honra", dijo con tono sarcástico. Se aproximó un paso más, colocó la mano en la frente del joven y echándole la cabeza hacia atrás: "Tienes bastante mal aspecto", agregó con tono sombrío, y retiró la mano como si se hubiese quemado. "Estuve enfermo, papá". ¿Enfermo? No es extraño. ¿Por qué anduviste rodando?" De pronto, con el rostro crispado, gritó fuera de sí de furor:

"Di: ¿dónde has andado rodando por ahí?" En seguida se ocultó la cara entre las manos y exhaló un gemido. Etzel no se esperaba eso y era la primera vez en su vida que veía a su padre fuera de sí. Se sintió profundamente desconcertado. Un momento antes, cuando el padre le puso la mano en la frente, creyó sentir que aquella mano temblaba. Volvió a mirar el pliegue de la boca y su expresión torturada, y eso le hizo pensar. Y sentía también satisfacción por lo mismo. Mientras preparaba una respuesta, el señor de Andergast se esforzó por recuperar la calma. "Cuando me fui, ¿no te escribí acaso diciéndote por qué era necesario que me fuera? -dijo Etzel-. No se trataba de rodar por el mundo". El señor de Andergast se dejó caer en su sillón del escritorio, cruzó las piernas y se acarició nerviosamente la barba. "Despistaste todas las pesquisas con una admirable habilidad", hizo notar. "¡Sí, claro! ¡No faltaba más!", dijo Etzel levantando las cejas. El señor de Andergast estimó que su tono era insolente y tosió ligeramente como para advertirle. "¡Bueno! ¿Y entonces? Nothing succeeds like success, dicen los norteamericanos". "Ya lo sé. En este tiempo he aprendido un poco de inglés -replicó Etzel con una sonrisa cáustica que aumentó el descontento de su padre-. Pues bien -añadió juntando todo su valor y levantó la cabeza con gesto enérgico-, _ ¡Maurizius es inocente! Absolutamente inocente. Fue injustamente condenado. Eso es un asesinato judicial". El señor de Andergast respondió a esas palabras con un estremecimiento apenas perceptible, mientras se examinaba las uñas y movía las manos como de costumbre. Por fin contestó al muchacho con aquel tono glacial que Etzel llamó siempre "la temperatura refrigerante del desayuno": Eso es fácil de decir; probarlo podría ser más molesto". "Si yo no fuese capaz de hacerlo, no estaría aquí". Una mirada de asombro le llegó desde el escritorio. Después la misma mirada buscó el suelo como si hubiera sido puesta en fuga por un adversario más poderoso e inesperado. En la expresión del joven había algo difícil de resistir: la llama de la certidumbre. "Esa es una hermosa frase", repuso el padre, frío e irónico. "Waremme hizo una declaración falsa -insistió Etzel resueltamente-. Conseguí saberlo. Encontré al individuo. Ya no se llama más Gregorio Waremme, sino Jorge Warschauer. Este es su verdadero nombre y vive en Berlín.

Durante siete semanas estuve casi todos los días con él. No puedo decir que nos hayamos hecho amigos. Es algo de lo que no puedo hablar. Era... pero eso no tiene ninguna importancia. Lo que importa, es que me confesó haber declarado en falso. Si tú deseas saber cómo, podré contártelo cualquier día. Puedes creerme que no fue fácil. Le arranqué su confesión desde el fondo de las entrañas. Tengo también un testigo, una mujer de la cual él ni siquiera sospecha la existencia, pero puedo contar con ella, gracias a Dios". El joven hizo un breve relato subrayando las palabras y con su mente al acecho, mirando fijamente a su interlocutor y mostrando en su rostro una viva tensión. El señor de Andergast balanceó suavemente su pie derecho y se miró la punta del zapato. Pensó en la alcoba de Violeta Winston y se vio mirándose en el espejo. Y el espejo le devolvía la imagen de una especie de David, de pie en la palma de la mano de un Goliat, del cual alumbraba con una linterna sorda el horrible cerebro parecido a una cáscara de caracol. El sombrío asombro de antes se mezclaba con el asombro de hoy. Echó una mirada al otro lado del escritorio, hacia aquel en

Librodot

quien ardía la llama de la certidumbre. Y al oír la pregunta imperiosa, que sonó como una hoja de acero hendiendo el aire: "¿Qué hay que hacer después de eso?", respondió glacial e imperturbable: "Nada". Etzel dio un salto. "¿Cómo..., nada?" "No es preciso hacer nada. No hay nada que hacer". Etzel no pudo menos que abrir la boca como un idiota y luego balbuceó algo. ¿Acaso su padre ha perdido la razón? "Toda gestión es superflua. El preso Maurizius ha sido indultado". "¿Indultado?... ¡Indultado!" Un ligero movimiento de cabeza le respondió. "Le han condonado el resto de su pena". Etzel no pudo dejar de echarse a reír, aunque sabía que aquello era irrespetuoso. "¡Indultar! ¡Pero si te digo que es inocente!" Le respondió un suspiro cansado: "El decreto de gracia prevé esa probabilidad o posibilidad". Una frase hueca. Etzel se olvida y deja de lado el respeto que se le ha inculcado, gritando: "¡Pero te digo de una vez, que si es inocente, no tiene necesidad de indulto!" "Ya no se trata de saber si es inocente -respondió el señor de Andergast con tono cortante-, y además procura expresarte en buena forma, ¿no?" Etzel, recordando los preceptos de su buena educación, que hizo mal en violar muchas veces en compañía de Waremme, permitió que sus buenos modales dominaran un momento a su indignación. "Sí, perdón... -balbuceó-. ¿Por qué ya no se trata de saber si es inocente?" Y sacudió los hombros como para romper una cadena invisible. El señor de Andergast no se dignó discutir: "Admitamos -dijo- que sea verdaderamente inocente. Quiero admitir que está probado. Supongamos que tenemos en la mano las pruebas irrefutables de ello". "Puedes admitirlo sin temor -interrumpió Etzel vibrando de impaciencia- porque es un hecho". "Esa es tu opinión. Pero sosteniéndola sales del terreno de la realidad. Déjame terminar. Continuamente me cortas la palabra. Tus maneras son verdaderamente raras. Te digo que eres víctima de un error que puede ser de graves consecuencias. Estamos lejos de la incontestabilidad jurídica. ¿Tienes la confesión por escrito? ¿Con la firma legalizada ante notario? ¿Entonces? Las confesiones se pueden retractar, y eso es lo que por lo general sucede. Hay cientos de medios para eludir sus consecuencias. El tiempo transcurrido desde el crimen hace imposible toda investigación y toda comprobación serias. ¿Testigos? ¡Ah! Los testigos nos hacen ver las cosas de todos colores. En cuanto se los somete al primer interrogatorio, vacilan. Para el segundo no queda nadie. Pregúntate si, dada la fragilidad de los argumentos que puedes presentar, el resultado vale la pena. Tú, claro, no te preocupas por eso, pero yo si debo pensarlo". Etzel extendió un brazo: "Habías comenzado a decir otra cosa; tú supones que es inocente, quieres considerar el asunto como probado, decías..., ¡bueno!, ¿y entonces? ¿Eso no cambia nada?" "¡No cambia nada! ¿Hablas seriamente? ¿Eso no cambiaría nada si tú estuvieses convencido de su inocencia?" "No, nada. Nos topamos con un obstáculo ante el cual nuestra misma convicción se ve obligada a detenerse". "Pero se trata de algo extremadamente grave, de lo que hay en el mundo de más grave. ¡Se trata de la justicia! -exclamó Etzel, que ya no era dueño de sí mismo-. ¡Vaya, se puede anular un juicio! Si no puede-hacerse que la pena no haya sido sufrida, se puede anular el veredicto; se puede, se debe devolver su honor a la víctima. Y no tan sólo su honor... ¿Qué es el honor, después de todo?... ¿Para qué le sirve y para qué nos sirve a todos? La justicia es la muerte. Hay que moverse... Ustedes no pueden quedarse mirando las cosas con los brazos cruzados... Eso sería... ¡Por lo que yo sé, un proceso puede tener revisión!" El señor de Andergast movió la cabeza como un muñeco. "Charlatanerías de la gente que no entiende nada -replicó fastidiado y con voz sorda-. Estamos obligados a ser prudentes. Nosotros, que asumimos la responsabilidad, no tenemos el derecho de jugar con la justicia y los tribunales. La revisión de un proceso... ¡niño! No tienes idea de lo que eso significa. No se va a movilizar todo un ejército para levantar un árbol caído, que, de todas maneras, no sería ya capaz de vivir ni desarrollarse. Conmover un aparato poderoso, agitar la opinión pública y, despertar el viejo pleito que tanto trabajo costó ahogar... ¿En qué piensas? Mira: si, por ejemplo, el falso testimonio no hubiera sido alcanzado por la prescripción, el proceso de ese Waremme debería, según la ley, pasar por todos los grados de jurisdicción y su condena tendría que ser fundada en derecho. Eso requeriría años. Te doy este ejemplo para mostrarte cómo son de complicadas estas cosas. Naturalmente que la prescripción no sería por fuerza

Librodot

un obstáculo. Además... hay numerosos intereses que salvar, intereses graves; quedaría amenazada la situación de varias personas, los fondos del Estado tendrían que soportar enormes gastos, la autoridad del tribunal que juzgó el caso quedaría maltrecha y la misma justicia se vería, en sus engranajes, a merced de una crítica disolvente, la misma que ya socava los cimientos de la sociedad... Renuncia a la idea de que la justicia pura y la de los tribunales son y deben ser una misma y única cosa. Es imposible. Eso sobrepasa las posibilidades humanas y terrestres. Hay entre ellas la misma relación que entre los símbolos de la fe y la práctica de la religión. Un símbolo no puede hacerte vivir. Pero cuando uno ha observado prácticas estrictas y concienzudas, saber que el símbolo eterno está por encima de uno, eso... ¿cómo diría?... eso lo absuelve a uno. Esa absolución es naturalmente necesaria. Pero es igualmente necesario que uno se contente con ella".

Era un discurso. Una clase de profesor. Cuando la voz se detuvo, se sumió la pieza en un silencio terrible. Etzel permaneció un momento con los ojos fijos en el suelo y los labios apretados. pero de pronto gritó con voz aguda: "¡No! -Y su mirada tenía un fulgor de maldad-. ¡No! -repitió-. ¡Eso no me puede pasar y no quiero contentarme con eso!" Sintió que le ardía la cabeza y que todo el respeto que lo contenía caía por tierra. "No lo admito -agregó con una amargura que tomaba aspectos de embriaguez-. Símbolos..., prácticas..., ¿qué es eso?..., malas excusas..." Un nuevo: "¡Procura expresarte mejor!" que tronó en sus oídos, lo dejó indiferente. No, no lo aceptaba. El hombre posee un derecho primordial, nacido en su corazón al mismo tiempo que él mismo. Cada uno tiene derecho a su parte de justicia, como tiene derecho a la parte de aire que respiramos. Si se la quitan, fatalmente su alma se ahoga. "No admito otra interpretación, no quiero admitirla y no creo en ella. Esa es la astucia de una casta. Un complot. El miedo de los sacerdotes a perder el dinero. ¿Las prácticas de la religión? ¡Y qué! ¿Qué tiene que ver con la religión el hecho de que se deje perecer al inocente porque eso es una práctica y porque el símbolo está colocado por encima, como el casco sobre la cara gesticulante de un agente de policía?..." No aceptaba todo eso. Lo rechazaba. Valía más no vivir. Era mejor ver que el mundo se deshacía en pedazos, que verlo caer en semejante envilecimiento. "¡No..., no... y no!"

"Es espantoso", pensó el señor de Andergast. Se le cayeron los brazos. Tenía la impresión de que alguien le tenía la cabeza sobre una olla de agua hirviendo. Se puso de pie penosamente y llevándose la mano a la garganta declaró, esforzándose, con tono seco: "Por otra parte, nuestra conversación es inútil, porque Maurizius aceptó su indulto. Lo aceptó sin reservas". Etzel dio dos saltos hacia adelante, juntó las manos a la altura de los ojos y luego se las aplicó a la boca. "¿Aceptó..., aceptó su indulto?", murmuró temerosamente. "Sin reservas, tal como te digo". "¿Y sigue viviendo? ¿Deja que pese sobre él esa injusticia? ¿Se calla? ¿Sigue viviendo?" El señor de Andergast se encogió de hombros. "Ya lo ves. Todo es posible para el hombre". Una sonrisa feroz contrajo los labios de Etzel. "En efecto, veo que todo es posible para el hombre -replicó en tono ambiguo e insolente-: uno puede ahogar la verdad y otro puede reventar por ella". "¡Etzel!", rugió el señor de Andergast. "De modo que ustedes han conseguido llevarlo hasta eso -prosiguió el muchacho en el paroxismo de la desesperación (todo cuanto había hecho, lo había hecho entonces en vano, y todo aquello en que se apoyaba como si fuese una roca, se desmoronaba lamentablemente)-. Ahí está a lo que han llegado ustedes con sus artículos, sus cláusulas, su - prudencia y sus miramientos... Y todavía hay que callarse... Si sigue viviendo, no tiene sino lo que se merece... A lo mejor Maurizius se deshizo en agradecimientos por el puntapié con que lo echaron de la cárcel. Muchas gracias, señores, por estos diecinueve años de prisión. ¡Eh! ¿No sabes quién disparó aquel tiro? Seguro que lo sabes. Sin duda eso es lo que motivó su indulto... Creo que ya no puedo soportar más todo esto... el indulto... ¿Dónde está el juez para escupirle su indulto a la cara?... ¿Cómo podría mostrarme jamás entre los hombres?... Ese es el hijo de Andergast, dirían; el padre hizo que Maurizius obtuviera su indulto y el hijo ni se movió. Están de acuerdo... Es muy lindo. Y limpio. Un hermoso mundo, por cierto. Si por lo menos uno pudiera volar en seguida..."

Librodot

Lanzó un gemido como si el suelo se escapase bajo sus pies, como si el alma fuese a dejar su cuerpo, hasta verse obligada a habitar durante diecisiete años en una morada tan débil, tan nula, y también tan fatua y pretenciosa, una morada manchada de ese modo. Continuó hablando, jadeante, pero sus palabras ya no se encadenaban. No podía librarse por completo de aquel temor a su padre arraigado en él; aun en aquel momento, en aquel minuto de suprema desesperación, lo detenía. Hubiera querido decir algo mucho más decisivo y que tuviese mayor alcance, pero ante lo chato, insignificante, inocuo e impotente de las palabras, se calló. Le parecía que tenía la boca llena de polvo. Comenzó a dar vueltas alrededor del sillón como un loco; sus ojos inyectados de sangre tenían un resplandor maligno; agitaba nerviosamente las manos; agarró una borla del sillón y la arrancó. Se metió el pañuelo en la boca, lo mordió y a tirones lo hizo trizas. Unas raras manchas azules aparecieron en su frente convulsa por el sufrimiento y exhalaba sonidos que podían ser carcajadas lo mismo que gritos plañideros. Al mismo tiempo no cesaba de saltar sucesivamente sobre uno u otro pie, como si tuviese el baile de San Vito. Ya no era el pequeño Etzel; bueno, razonable, tranquilo, reflexivo, sino un demonio. "¡Esperen -vociferó con la boca llena de espuma-, pero ustedes no se quedarán así! ¡Será preciso que ustedes lo paguen! ¡Vaya, ya les llegará el turno!"... El señor de Andergast quedó un instante como petrificado. Parecía una estatua de bronce. De pronto hizo un gesto para asir al joven y logró sujetarlo por el hombro, pero Etzel se desprendió de la mano, con el rostro convulsionado por el horror, la cólera y el asco. "¡No quiero ser más tu hijo!", gritó con una violencia indecible. "¡Vil, infame!", exclamó roncamente el señor de Andergast, pero al mismo tiempo toda su persona parecía implorar. Etzel corrió a la puerta del comedor. Rápidamente el padre lo siguió. Del comedor, Etzel se precipitó al saloncito. El señor de Andergast corría tras él. Detrás de ambos, las puertas iban quedando abiertas. Etzel volteó las sillas que encontró a su paso. Rie estaba en su camino y la apartó con rudeza y se precipitó en su cuarto. Rápidamente, el señor de Andergast lo seguía siempre. Aquel corpachón poderoso que corría con las manos extendidas hacia adelante, tenía realmente algo de trágico. Aquella carrera parecía una persecución horrible, loca e infernal. Rie, muda de espanto, abrió la boca, pero de ésta no salió ningún sonido. Al llegar a su habitación, Etzel dio un portazo furioso y echó llave. El señor de Andergast comenzó a golpear la puerta con los puños. De la cocina salieron precipitadamente la cocinera y la doncella. Dentro de la pieza se oyó un estrépito prolongado de vidrios rotos. Al oírlo, Rie dio un grito que hizo sacudir a todos los individuos. El señor de Andergast con toda su fuerza hercúlea se echó sobre la puerta y consiguió que cediera. De un salto entró en la habitación, y Rie lo siguió retorciéndose las manos. En la puerta se quedaron los sirvientes de los Andergast y los Malapert, el portero, su mujer y un cartero que acababa de llegar con la correspondencia. Etzel, junto a la mesa, estaba cubierto de sangre. Vacilante, el señor de Andergast se le aproximó, y tomándole la cabeza entre sus dos manos balbuceó: "Agua, agua..;" Alguien corrió a buscarla. Rie juntó las manos para rezar.

¿Qué había pasado? Etzel había roto los vidrios de las dos ventanas y no sólo eso, sino también el espejo del armario, los frascos del tocador y los jarrones de porcelana que estaban sobre la cómoda, en medio de un delirio de destrucción y con el alma presa de la locura. La sangre le corría por las sienes, las mejillas y la nariz. Se había tirado de cabeza, contra los vidrios y partió el espejo a puñetazos. Tenía las manos hasta las muñecas llenas de tajos y las ropas empapadas de sangre. Pero su furor había decaído de golpe ahora se encontraba

tranquilo y de pie junto a la mesa, contemplando sus heridas con una sonrisa de hosca satisfacción y parpadeando porque le corría la sangre sobre los ojos. De pronto sintió que su espíritu quedaba extraordinariamente tranquilo, como si junto con la sangre hubiera corrido de sus venas una parte de la amarga decepción que le envenenaba el corazón. Presentaba el aspecto de un desdichado que después de una caída se levanta lentamente, mira perplejo a su alrededor y pregunta por el camino que ha perdido o del que se apartara que no percibiendo ningún paso para salir del lugar en que se encuentra, pasea sus miradas a su alrededor e inquiere sobre la ruta a seguir. En un momento dado, las miradas de Etzel cayeron sobre su

Librodot

padre, y un asombro vacilante se pintó en sus rasgos, como si la figura habitual que siempre lo había dominado se hubiera transformado en otra, situada en cierto modo algunos escalones más abajo y hacia la cual hasta tenía que inclinarse un poco para reconocerla. Aquel ya no era un ser enigmático, detentor y depositario de secretos ya no era más el regente de misteriosos destinos: ya no era Trimegisto, sino un pobre hombre culpable y deshecho. El señor de Andergast tenía la boca entreabierta y se le veían los dientes. Así, con la boca entreabierta, se dejó caer en una silla y sus ojos color violeta, vacíos de toda expresión, parecían salírsele de las órbitas, como bolillas de la lotería. (Cuando, después del mediodía, salió acompañado por un médico para el manicomio, estaba todavía en el mismo estado, con la boca entreabierta y los ojos desorbitados, sin mirada y sin expresión). Etzel contemplaba con aire pensativo el rostro que literalmente se descomponía bajo sus miradas, y mientras Rie lavaba cuidadosamente la -sangre que le corría por las mejillas, la frente y las manos, dijo con voz de niño, seca y clara: "Que vayan a buscar a mi madre". Así lo hicieron.

Aquí termina la historia del caso Maurizius, pero no la de Etzel Andergast.

FIN